



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Alice L. Hopper

1872

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO II.

17 21

LA GAVIOTA.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

FERNAN CABALLERO.



LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

—
1868.

5660.3

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY

LA GAVIOTA.¹⁾

PARTE PRIMERA.

CAPITULO I.

Hay en este ligero cuadro lo que mas debe gustar generalmente: novedad y naturalidad.

G. DE MOLÈNE.

Es innegable que las cosas sencillas son las que mas conmueven los corazones profundos y los grandes entendimientos.

ALEJANDRO DUMAS.

En noviembre del año de 1836, el paquete de vapor *Royal Sovereign* se alejaba de las costas nebulosas de Falmouth, azotando las olas con sus brazos, y desplegando sus velas pardas y húmedas en la neblina, aun mas parda y mas húmeda que ellas.

El interior del buque presentaba el triste espectáculo del principio de un viaje marítimo. Los pasajeros amontonados luchaban con las fatigas del mareo. Veíanse mujeres en extrañas actitudes, desordenados los cabellos, ajados los camisolines, chafados los sombreros. Los hombres pálidos y

1) Gaviota es el nombre de un ave marítima. Se aplica familiarmente á la mujer gritona, imprudente, atolondrada y de ásperos modales, como lo indica el conocido refran: *La Gaviota, mientras mas vieja, mas loca.*

de mal humor; los niños abandonados y llorosos, los criados atravesando con angulosos pasos la cámara, para llevar á los pacientes té, café y otros remedios imaginarios, mientras que el buque, Rey y señor de las aguas, sin cuidarse de los males que ocasionaba, luchaba á brazo partido con las olas, dominiéndolas cuando le oponian resistencia, y persiguiéndolas de cerca cuando cedian.

Paseábanse sobre cubierta los hombres que se habian preservado del azote comun, por una complexion especial, ó por la costumbre de viajar. Entre ellos se hallaba el gobernador de una colonia inglesa, buen mozo y de alta estatura, acompañado de dos ayudantes. Algunos otros estaban envueltos en sus *mackintosh*, metidas las manos en los bolsillos, los rostros encendidos, azulados ó muy pálidos, y generalmente desconcertados. En fin, aquel hermoso bajel parecia haberse convertido en el alcázar de la displicencia.

Entre todos los pasajeros se distinguia un jóven como de veinte y cuatro años, cuyo noble y sencillo continente, y cuyo rostro hermoso y apacible no daban señales de la mas pequeña alteracion. Era alto y de gentil talante; y en la apostura de su cabeza reinaban una gracia y una dignidad admirables. Sus cabellos negros y rizados adornaban su frente blanca y majestuosa: las miradas de sus grandes y negros ojos eran plácidas y penetrantes á la vez. En sus labios sombreados por un ligero bigote negro, se notaba una blanda sonrisa, indicio de capacidad y agudeza, y en toda su persona, en su modo de andar y en sus gestos, se traslucia la elevacion de su clase y la del alma, sin el menor síntoma del aire desdeñoso, que algunos atribuyen injustamente á toda especie de superioridad.

Viajaba por gusto, y era esencialmente bueno, aunque un sentimiento virtuoso de cólera no le impidiese á estrellarse contra los vicios y los extravíos de la sociedad. Es decir que no se sentia con vocacion de atacar los molinos de viento, como don Quijote. Erale mucho mas grato encontrar lo bueno, que buscaba con la misma satisfaccion pura y sencilla, que la doncella siente al recoger violetas. Su fisonomía, su gracia, la soltura con que se embozaba en su capa, su insen-

sibilidad al frío y á la desazon general, estaban diciendo que era español.

Paseábase observando con mirada rápida y exacta la reunion, que, á guisa de mosaico, amontonaba el acaso en aquellas tablas, cuyo conjunto se llama navío, así como en dimensiones mas pequeñas se llama ataúd. Pero hay poco que observar en hombres que parecen ebrios, y en mujeres que semejan cadáveres.

Sin embargo, mucho excitó su interes la familia de un oficial inglés, cuya esposa habia llegado á bordo tan indispueta, que fué preciso llevarla á su camarote; lo mismo se habia hecho con el ama, y el padre la seguia con el niño de pecho en los brazos, despues de haber hecho sentar en el suelo á otras tres criaturas de dos, tres y cuatro años, encargándoles que tuviesen juicio, y no se moviesen de allí. Los pobres niños, criados quizas con gran rigor, permanecieron inmóviles y silenciosos como los ángeles que pintan á los piés de la Virgen.

Poco á poco el hermoso encarnado de sus mejillas desapareció; sus grandes ojos, abiertos cuan grandes eran, quedaron como amortiguados y entontecidos, y sin que un movimiento ni una queja denunciase lo que padecian, el sufrimiento comprimido se pintó en sus rostros asombrados y marchitos.

Nadie reparó en este tormento silencioso, en esta suave y dolorosa resignacion.

El español iba á llamar al mayordomo, cuando le oyó responder de mal humor á un jóven que, en aleman y con gestos expresivos, parecia implorar un socorro en favor de aquellas abandonadas criaturas.

Como la persona de este jóven no indicaba elegancia ni distincion, y como no hablaba mas que aleman, el mayordomo le volvió la espalda, diciéndole que no le entendia.

Entónces el aleman bajó á su camarote á proa y volvió prontamente trayendo una almohada, un cobertor y un capote de bayeton. Con estos auxilios hizo una especie de cama, acostó en ella á los niños, y los arropó con el mayor esmero. Pero apenas se habian reclinado, el mareo, comprimido por

la inmovilidad, estalló de repente, y en un instante almohada, cobertor y sobretodo quedaron infestados y perdidos.

El español miró entonces al alemán, en cuya fisonomía solo vió una sonrisa de benévola satisfacción, que parecia decir: ¡gracias á Dios, ya están aliviados!

Dirigióle la palabra en inglés, en frances y en español, y no recibió otra respuesta sino un saludo hecho con poca gracia, y esta frase repetida: *ich verstehe nicht* (no entiendo).

Cuando despues de comer, el español volvió á subir sobre cubierta, el frio habia aumentado. Se embozó en su capa, y se puso á dar paseos. Entonces vió al alemán sentado en un banco, y mirando al mar; el cual, como para lucirse, venia á ostentar en los costados del buque sus perlas de espuma y sus brillantes fosfóricos.

Estaba el joven observador vestido bien á la ligera, porque su leviton habia quedado inservible, y debia atormentarle el frio.

El español dió algunos pasos para acercársele: pero se detuvo, no sabiendo cómo dirigirle la palabra. De pronto se sonrió, como de una feliz ocurrencia, y yendo en derechura hácia él, le dijo en latin:

— Debeis tener mucho frio.

Esta voz, esta frase, produjeron en el extranjero la mas viva satisfaccion, y sonriendo tambien como su interlocutor, le contestó en el mismo idioma:

— La noche está en efecto algo rigorosa; pero no pensaba en ello.

— ¿Pues en qué pensabais? le preguntó el español.

— Pensaba en mi padre, en mi madre, en mis hermanos y hermanas.

— ¿Porqué viajais, pues, si tanto sentís esa separacion?

— ¡Ah! señor; la necesidad... Ese implacable despota...

— ¿Con qué no viajais por placer?

— Ese placer es para los ricos, y yo soy pobre. ¡Por mi gusto!... Si supierais el motivo de mi viaje, veriais cuán léjos está de ser placentero!

— ¿A dónde vais, pues?

— A la guerra, á la guerra civil, la mas terrible de todas: á Navarra.

— ¡A la guerra! exclamó el español al considerar el aspecto bondadoso, suave, casi humilde y muy poco belicoso del alemán. ¿Pues qué, sois militar?

— No señor, no es esa mi vocacion. Ni mi aficion ni mis principios me inducirian á tomar las armas, sino para defender la santa causa de la independendencia de Alemania, si el extranjero fuese otra vez á invadirla. Voy al ejército de Navarra á procurar colocarme como cirujano.

— ¡Y no conoceis la lengua!

— No señor, pero la aprenderé.

— ¿Ni el país?

— Tampoco: jamas he salido de mi pueblo sino para la universidad.

— ¿Pero tendréis recomendaciones.

— Ninguna.

— ¿Contaréis con algun protector?

— No conozco á nadie en España.

— ¿Pues entónces, qué teneis?

— Mi ciencia, mi buena voluntad, mi juventud y mi confianza en Dios.

Quedó el español pensativo al oir estas palabras. Al considerar aquel rostro en que se pintaban el candor y la suavidad; aquellos ojos azules, puros como los de un niño; aquella sonrisa triste y al mismo tiempo confiada, se sintió vivamente interesado y casi enternecido.

— ¿Quereis, le dijo despues de una breve pausa, bajar conmigo, y aceptar un ponche para desechar el frio? Entretanto, hablaremos.

El alemán se inclinó en señal de gratitud, y siguió al español, el cual bajó al comedor, y pidió un ponche.

A la testera de la mesa estaba el gobernador con sus dos acólitos; á un lado habia dos franceses. El español y el alemán se sentaron á los piés de la mesa.

— Pero ¿cómo, preguntó el primero, habeis podido concebir la idea de venir á este desventurado país?

El alemán le hizo entónces un fiel relato de su vida. Era

el sexto hijo de un profesor de una ciudad pequeña de Sajonia, el cual habia gastado cuanto tenia en la educacion de sus hijos. Concluida la del que vamos conociendo, hallábase sin ocupacion ni empleo, como tantos jóvenes pobres se encuentran en Alemania, despues de haber consagrado su juventud á excelentes y profundos estudios, y de haber practicado su arte con los mejores maestros. Su manutencion era una carga para su familia; por lo cual, sin desanimarse, con toda su calma germánica, tomó la resolucion de venir á España, donde por desgracia, la sangrienta guerra del Norte le abria esperanzas de que pudieran utilizarse sus servicios.

— Bajo los tilos que hacen sombra á la puerta de mi casa, dijo al terminar su narracion, abracé por última vez á mi buen Padre, á mi querida Madre, á mi hermana Lotte ¹⁾, y á mis hermanitos, que clamaban por acompañarme en mi peregrinacion. Profundamente conmovido y bañado en lágrimas, entré en la vida, que otros encuentran cubierta de flores. Pero, ánimo; el hombre ha nacido para trabajar: el cielo coronará mis esfuerzos. Amo la ciencia que profeso, porque es grande y noble: su objeto es el alivio de nuestros semejantes; y el resultado es bello, aunque la tarea sea penosa.

— ¿Y os llamais?...

— Fritz Stein, respondió el aleman, incorporándose algun tanto sobre su asiento, y haciendo una ligera reverencia.

Poco tiempo despues, los dos nuevos amigos salieron.

Uno de los franceses, que estaba enfrente de la puerta, vió que al subir la escalera, el español echó sobre los hombros del aleman su hermosa capa forrada de pieles; que el aleman hizo alguna resistencia, y que el otro se esquivó, y se metió en su camarote.

— ¿Habeis entendido lo que decian? le preguntó á su compatriota.

— En verdad, repuso el primero (que era un comisionista de comercio), el latin no es mi fuerte; pero el mozo rubio y pálido se me figura una especie de Werther lloron, y he oido

1) Diminutivo aleman de Carlota.

que hay en la historia su poco de Carlota, amen de los chiquillos, como en la novela alemana. Por dicha, en lugar de acudir á la pistola para consolarse, ha echado mano del ponche, lo que si no es tan sentimental, es mucho mas filosófico y aleman. En cuanto al español, le creo un Don Quijote, protector de desvalidos, con sus ribetes de San Martín, que partia su capa con los pobres: esto, unido á su talante altanero, á sus miradas firmes y penetrantes como alambres, y á su rostro pálido y descolorido, á manera de paisaje en noche de luna, forma un conjunto perfectamente español.

— Sabéis, repuso el otro, que como pintor de historia, voy á Tarifa, con designio de pintar el sitio de aquella ciudad, en el momento en que el hijo de Guzman hace seña á su padre de que le sacrifique ántes que rendir la plaza. Si ese jóven quisiera servirme de modelo, estoy seguro del buen éxito de mi cuadro. Jamas he visto la naturaleza mas cerca de lo ideal.

— Así sois todos los artistas: ¡siempre poetas! respondió el comisionista. Por mi parte, si no me engañan la gracia de ese hombre, su pié mujeril y bien plantado, y la elegancia y el perfil de su cintura, le califico desde ahora de torero. Quizas sea el mismo Montes, que tiene poco mas ó ménos la misma catadura, y que ademas es rico y generoso.

— ¡Un torero! exclamó el artista, ¡un hombre del pueblo! ¿Os estais chanceando?

— No por cierto, dijo el otro; estoy muy léjos de chancearme. No habeis vivido como yo en España, y no conoceis el temple aristocrático de su pueblo. Ya veréis, ya veréis. Mi opinion es, que como gracias á los progresos de la igualdad y fraternidad, los chocantes aires aristocráticos se van extinguiendo, en breve no se hallarán en España, sino en las gentes del pueblo.

— ¡Creer que ese hombre es un torero! dijo el artista con tal sonrisa de desden, que el otro se levantó picado, y exclamó:

— Pronto sabré quién es: venid conmigo, y exploraremos á su criado.

Los dos amigos subieron sobre cubierta, donde no tardaron en encontrar al hombre que buscaban.

El comisionista, que hablaba algo de español, entabló conversacion con él, y despues de algunas frases triviales, le dijo:

— ¿Se ha ido á la cama su amo de vd.?

— Sí señor, respondió el criado, echando á su interlocutor una mirada llena de penetracion y malicia.

— ¿Es muy rico?

— No soy su administrador, sino su ayuda de cámara.

— ¿Viaja por negocios?

— No creo que los tenga.

— ¿Viaja por su salud?

— La tiene muy buena.

— ¿Viaja de incógnito?

— No señor: con su nombre y apellido.

— ¿Y se llama?...

— Don Carlos de la Cerda.

— ¡Ilustre nombre por cierto! exclamó el pintor.

— El mio es Pedro de Guzman, dijo el criado, y soy muy servidor de ustedes.

Con lo cual, les hizo una cortesía y se retiró.

— El Gil Blas tiene razon, dijo el frances. En España no hay cosa mas comun que apellidos gloriosos: es verdad que en Paris mi zapatero se llamaba Martel, mi sastre Roland, y mi lavandera Mad. Bayard. En Escocia hay mas Estuardos que piedras. ¡Hemos quedado frescos! El tunante del criado se ha burlado de nosotros. Pero bien considerado, yo sospecho que es un agente de la faccion; un empleado oscuro de Don Carlos.

— No por cierto, exclamó el artista. Es mi Alonso Perez de Guzman, el Bueno: el héroe de mis sueños.

El otro frances se encogió de hombros.

Llegado el buque á Cádiz, el español se despidió de Stein.

— Tengo que detenerme algun tiempo en Andalucía, le dijo. Pedro, mi criado, os acompañará á Sevilla, y os tomará asiento en la diligencia de Madrid. Aquí tenéis una carta de recomendacion para el Ministro de la Guerra, y

otra para el General en jefe del ejército. Si alguna vez necesitais de mí, como amigo, escribidme á Madrid con este sobre.

Stein no podia hablar de puro conmovido. Con una mano tomaba las cartas, y con otra rechazaba la tarjeta que el español le presentaba.

— Vuestro nombre está grabado aquí, dijo el aleman poniendo la mano en el corazon. ¡Ah! No lo olvidaré en mi vida. Es el del corazon mas noble, el del alma mas elevada y generosa, el del mejor de los mortales.

— Con ese sobrescrito, repuso Don Carlos sonriendo, vuestras cartas podrian no llegar á mis manos. Es preciso otro mas claro y mas breve.

Le entregó la tarjeta, y se despidió.

Stein leyó: *El Duque de Almansa*.

Y Pedro de Guzman, que estaba allí cerca, añadió:

— Marques de Guadalmonite, de Val-de-Flores y de Roca-Fiel; Conde de Santa Clara, de Encinasola y de Lara; Caballero del Toison de Oro, y Gran Cruz de Carlos III; Gentil hombre de cámara de Su Majestad, Grande de España de primera clase, etc., etc.

CAPITULO II.

En una mañana de octubre de 1838, un hombre bajaba á pié de uno de los pueblos del condado de Niebla, y se dirigia hácia la playa. Era tal su impaciencia por llegar á un puertecillo de mar que le habian indicado, que creyendo acortar terreno, entró en una de las vastas dehesas, comunes en el Sur de España, verdaderos desiertos destinados á la cria del ganado vacuno, cuyas manadas no salen jamas de aquellos límites.

Este hombre parecia viejo, aunque no tenia mas de veinte y seis años. Vestia una especie de levita militar, abotonada hasta el cuello. Su tocado era una mala gorra con visera.

Llevaba al hombro un palo grueso, del que pendia una cajita de caoba, cubierta de bayeta verde; un paquete de libros, atados con tiras de orillo, un pañuelo que contenia algunas piezas de ropa blanca, y una gran capa enrollada.

Este ligero equipaje parecia muy superior á sus fuerzas. De cuando en cuando se detenia, apoyaba una mano en su pecho oprimido, ó la pasaba por su enardecida frente, ó bien fijaba sus miradas en un pobre perro que le seguia, y que en aquellas paradas se acostaba jadeante á sus piés.

¡Pobre Treu! ¹⁾ le decia, único ser que me acredita que todavía hay en el mundo cariño y gratitud! No: jamas olvidaré el dia en que por primera vez te vi! Fué con un pobre pastor, que murió fusilado por no haber querido ser traidor. Estaba de rodillas en el momento de recibir la muerte, y en vano procuraba alejarte de su lado. Pidió que te apartasen, y nadie se atrevia. Sonó la descarga, y tú, fiel amigo del desventurado, caiste mortalmente herido al lado del cuerpo exánime de tu amo. Yo te recogí, curé tus heridas, y desde entónces no me has abandonado. Cuando los graciosos del regimiento se burlaban de mí, y me llamaban *cura-perros*, venias á lamerme la mano que te salvó, como queriendo decirme: «los perros son agradecidos.» ¡O Dios mio! Yo amaba á mis semejantes. Hace dos años, que lleno de vida, de esperanza, de buena voluntad, llegué á estos países, y ofrecí á mis semejantes mis desvelos, mis cuidados, mi saber y mi corazon. He curado muchas heridas, y en cambio las he recibido muy profundas en mi alma. ¡Gran Dios! ¡Gran Dios! Mi corazon está destrozado. Me veo ignominiosamente arrojado del ejército, despues de dos años de servicio, despues de dos años de trabajar sin descanso. Me veo acusado y perseguido, solo por haber curado á un hombre del partido contrario, á un infeliz, que perseguido como una bestia feroz, vino á caer moribundo en mis brazos! ¿Será posible que las leyes de la guerra conviertan en crimen lo que la moral erige en virtud, y la religion en deber? Y ¿qué me queda que

1) Treu significa en aleman fiel, y se pronuncia Troy.

hacer ahora? Ir á reposar mi cabeza calva y mi corazon ulcerado á la sombra de los tilos de la casa paterna. ¡Allí no me contarán por delito el haber tenido piedad de un moribundo!

Despues de una pausa de algunos instantes, el desventurado hizo un esfuerzo.

— Vamos, Treu; *vorwärts, vorwärts* ¹⁾.

Y el viajero y el fiel animal prosiguieron su penosa jornada.

Pero á poco rato perdió el estrecho sendero que habia seguido hasta entónces, y que habian formado las pisadas de los pastores.

El terreno se cubria mas y mas de maleza, de matorrales altos y espesos: era imposible seguir en línea recta; no se podia andar sin inclinarse alternativamente á uno ú otro lado.

El sol concluia su carrera, y no se descubria el menor viso de habitacion humana en ningun punto del horizonte; no se veia mas, sino la dehesa sin fin, desierto verde y uniforme como el Océano.

Fritz Stein, á quien sin duda han reconocido ya nuestros lectores, conoció demasiado tarde que su impaciencia le habia inducido á contar con mas fuerzas que las que tenia. Apenas podia sostenerse sobre sus piés hinchados y doloridos, sus arterias latian con violencia, partia sus sienes un agudo dolor; una sed ardiente le devoraba. Y para aumento del horror de su situacion, unos sordos y prolongados mugidos le anunciaban la proximidad de algunas de las toradas medio salvajes, tan peligrosas en España.

— Dios me ha salvado de muchos peligros, dijo el desgraciado viajero: tambien me protegerá ahora; y si no, hágase su voluntad.

Con esto apretó el paso lo mas que le fué posible: pero ¡cuál no seria su espanto, cuando habiendo doblado una espesa mancha de lentiscos, se encontró frente á frente, y á pocos pasos de distancia, con un toro!

1) Adelante, adelante.

Stein quedó inmóvil y como petrificado. El bruto, sorprendido de aquel encuentro y de tanta audacia, quedó también sin movimiento, fijando en Stein sus grandes y feroces ojos, inflamados como dos hogueras. El viajero conoció que al menor movimiento que hiciese, era hombre perdido. El toro, que por el instinto natural de su fuerza y de su valor, quiere ser provocado para embestir, bajó y alzó dos veces la cabeza con impaciencia, arañó la tierra, y suscitó de ella nubes de polvo, como en señal de desafío. Stein no se movía. Entónces el animal dió un paso atrás, bajó la cabeza, y ya se preparaba á la embestida, cuando se sintió mordido en los corvejones. Al mismo tiempo, los furiosos ladridos de su leal compañero, dieron á conocer á Stein su libertador. El toro embravecido, se volvió á repeler el inesperado ataque, movimiento de que se aprovechó Stein para ponerse en fuga. La horrible situacion de que apénas se habia salvado, le dió nuevas fuerzas para huir por entre las carrascas y lentiscos, cuya espesura le puso al abrigo de su formidable contrario.

Habia ya atravesado una cañada de poca extension, y subiendo á una loma, se detuvo casi sin aliento, y se volvió á mirar el sitio de su arriesgado lance. Entónces vió de léjos entre los arbustos á su pobre compañero, á quien el feroz animal levantaba una y otra vez por el alto. Stein extendia sus brazos hácia el leal animal, y repetia sollozando:

— ¡Pobre, pobre Treu! ¡Mi único amigo! ¡Qué bien mereces tu nombre! ¡Cuan caro te cuesta el amor que tuviste á tus amos!

Por sustraerse á tan horrible espectáculo, apresuró Stein sus pasos, no sin derramar copiosas lagrimas. Así llegó á la cima de otra altura, desde donde se desenvolvió á su vista un magnífico paisaje. El terreno descendia con imperceptible declivo hácia el mar, que en calma y tranquilo, reflejaba los fuegos del sol en su ocaso, y parecia un campo sembrado de brillantes, rubíes y zafiros. En medio de esta profusion de resplandores, se distinguia como una perla, el blanco velámen de un buque, al parecer clavado en las olas. La accidentada línea que formaba la costa, presentaba ya una playa de

dorada arena que las mansas olas salpicaban de plateada espuma, ya rocas caprichosas y altivas, que parecian complacerse en arrostrar el terrible elemento, á cuyos embates resisten, como la firmeza al furor. A lo léjos, y sobre una de las peñas que estaban á su izquierda, Stein divisó las ruinas de un fuerte, obra humana que á nada resiste, á quien servian de base las rocas, obra de Dios que resiste á todo. Algunos grupos de pinos alzaban sus fuertes y sombrías cimeras, descollando sobre la maleza. A la derecha, y en lo alto de un cerro, descubrió un vasto edificio, sin poder precisar si era una poblacion, un palacio con sus dependencias, ó un convento.

Casi extenuado por su última carrera, y por la emocion que recientemente le habia agitado, aquel fué el punto á que dirigió sus pasos.

Ya habia anochecido cuando llegó. El edificio era un convento, como los que se construian en los siglos pasados, cuando reinaban la fe y el entusiasmo: virtudes tan grandes, tan bellas, tan elevadas, que por lo mismo no tienen cabida en este siglo de ideas estrechas y mezquinas; porque entónces el oro no servia para amontonarlo ni emplearlo en lucros inicuos, sino que se aplicaba á usos dignos y nobles, como que los hombres pensaban en lo grande y en lo bello, ántes de pensar en lo cómodo y en lo útil. Era un convento, que en otros tiempos suntuoso, rico, hospitalario, daba pan á los pobres, aliviaba las miserias y curaba los males del alma y del cuerpo; mas ahora, abandonado, vacío, pobre, desmantelado, puesto en venta por unos pedazos de papel, nadie habia querido comprarlo, ni aun á tan bajo precio.

La especulacion, aunque engrandecida en dimensiones gigantescas, aunque avanzando como un conquistador que todo lo invade, y á quien no arredran los obstáculos, suele, sin embargo, detenerse delante de los templos del Señor, como la arena que arrebatada el viento del desierto, se detiene al pié de las Pirámides.

El campanario, despojado de su adorno legítimo, se alzaba como un gigante exánime, de cuyas vacías órbitas hubiese desaparecido la luz de la vida. Enfrente de la entrada

duraba aun una cruz de mármol blanco cuyo pedestal medio destruido, la hacia tomar una postura inclinada, como de caimiento y dolor. La puerta, ántes abierta á todos de par en par, estaba ahora cerrada.

Las fuerzas de Stein le abandonaron, y cayó medio exánime en un banco de piedra pegado á la pared cerca de la puerta. El delirio de la fiebre turbó su cerebro; parecíale que las olas del mar se le acercaban, cual enormes serpientes, retirándose de pronto, y cubriéndolo de blanca y venenosa baba: que la luna le miraba con pálido y atónico semblante: que las estrellas daban vueltas en rededor de él, echándole miradas burlonas. Oía mugidos de toros, y uno de estos animales salia de detras de la cruz, y echaba á los piés del calenturiento su pobre perro, privado de la vida. La cruz misma se le acercaba vacilante, como si fuera á caer, y abrumarle bajo su peso. Todo se movía y giraba en rededor del infeliz! Pero en medio de este caos, en que mas y mas se embrollaban sus ideas, oyó no ya rumores sordos y fantásticos, cual tambores lejanos, como le habian parecido los latidos precipitados de sus arterias, sino un ruido claro y distinto, y que con ningun otro podia confundirse: el canto de un gallo.

Como si este sonido campestre y doméstico le hubiese restituido de pronto la facultad de pensar y la de moverse, Stein se puso en pié, se encaminó con gran dificultad hácia la puerta, y la golpeó con una piedra; le respondió un ladrido. Hizo otro esfuerzo para repetir su llamada, y cayó al suelo desmayado.

Abrióse la puerta y aparecieron en ella dos personas.

Era una mujer jóven, con un candil en la mano, la cual dirigiendo la luz hácia el objeto que divisaba á sus piés, exclamó:

— ¡Jesus María! no es Manuel: es un desconocido... ¡Y está muerto! ¡Dios nos asista!

— Socorrámosle, exclamó la otra que era una mujer de edad, vestida con mucho aseo. Hermano Gabriel, hermano Gabriel, gritó entrando en el patio: venga Vd. pronto. Aquí hay un infeliz que se está muriendo.

Oyéronse pasos precipitados, aunque pesados. Eran los de un anciano, de no muy alta estatura, cuya faz apacible y cándida indicaba una alma pura y sencilla. Su grotesco vestido consistia en un pantalon y una holgada chupa de sayal pardo, hechos al parecer de un hábito de fraile, calzaba sandalias, y cubria su luciente calva un gorro negro de lana.

— Hermano Gabriel, dijo la anciana, es preciso socorrer á este hombre.

— Es preciso socorrer á este hombre, contestó el hermano Gabriel.

— ¡Por Dios, señora! exclamó la del candil. ¿Dónde va Vd. á poner aquí á un moribundo?

— Hija, respondió la anciana, si no hay otro lugar en que ponerle, será en mi propia cama.

— ¿Y va Vd. á meterle en casa, repuso la otra, sin saber siquiera quién es?

— ¿Qué importa? dijo la anciana. ¿No sabes el refran: haz bien, y no mires á quién? Vamos: ayúdame, y manos á la obra.

Dolores obedeció con celo y temor á un tiempo.

— Cuando venga Manuel, decia, quiera Dios que no tengamos alguna desazon.

— ¡Tendria que ver! respondió la buena anciana, ¡no faltaba mas sino que un hijo tuviese que decir á lo que su Madre dispone!

Entre los tres llevaron á Stein al cuarto del hermano Gabriel. Con paja fresca y una enorme y lanuda zalea se armó al instante una buena cama. La tia María sacó del arca un par de sábanas no muy finas, pero limpias, y una manta de lana.

Fray Gabriel quiso ceder su almohada, á lo que se opuso la tia María, diciendo que ella tenia dos, y podia muy bien dormir con una sola. Stein no tardó en ser desnudado y metido en cama.

Entretanto se oian golpes repetidos á la puerta.

— Ahí está Manuel, dijo entónces su mujer. Venga Vd. conmigo, Madre, que no quiero estar solo con él, cuando vea que hemos dado entrada en casa á un hombre sin que él lo sepa.

La suegra siguió los pasos de la nuera.

— ¡Alabado sea Dios! Buenas noches, Madre: buenas noches, mujer, dijo al entrar un hombre alto y de buen talle, que parecia tener de treinta y ocho á cuarenta años, y á quien seguia un muchacho como de unos trece.

— Vamos, Momo ¹⁾, añadió, descarga la burra y llévala á la cuadra. La pobre Golondrina no puede con el alma.

Momo llevó á la cocina, punto de reunion de toda la familia, una buena provision de panes grandes y blancos, unas alforjas y la manta de su padre. En seguida desapareció llevando del diestro á Golondrina.

Dolores volvió á cerrar la puerta, y se reunió en la cocina con su marido y con su madre.

— ¿Me traes, le dijo, el jabon y el almidon?

— Aquí viene.

— ¿Y mi lino? preguntó la madre.

— Ganas tuve de no traerlo, respondió Manuel sonriéndose, y entregando á su madre unas madejas.

— ¿Y por qué, hijo?

— Es que me acordaba de aquel que iba á la feria, y á quien daban encargos todos sus vecinos. Tráeme un sombrero; tráeme un par de polainas: una prima queria un peine; una tia, chocolate; y á todo esto, nadie le daba un cuarto. Cuando estaba ya montado en una mula, llegó un chiquillo y le dijo: «Aquí tengo dos cuartos para un pito, ¿me lo quiere Vd. traer?» Y diciendo y haciendo, le puso las monedas en la mano. El hombre se inclinó, tomó el dinero, y le respondió: «*Tu pitarás!*» Y en efecto, volvió de la feria, y de todos los encargos no trajo mas que el pito.

— ¡Pues está bueno! repuso la madre: ¿para quién me paso yo hilando los dias y las noches? ¿No es para tí y para tus hijos? ¿Quieres que sea como el sastre del Campillo, que cosia de valde y ponía el hilo?

En este momento se presentó Momo á la puerta de la cocina. Era bajo de cuerpo y rechoncho, alto de hombros,

1) Diminutivo de Jerónimo en Andalucía.

y ademas tenia la mala maña de subirlos mas, con un gesto de desprecio y de *qué se me da á mí*, hasta tocar con ellos sus enormes orejas, anchas como abanicos. Tenia la cabeza abultada, el cabello corto, los labios gruesos. Era ademas chato y horribilmente bizco.

— Padre, dijo con un gesto de malicia, en el cuarto del hermano Gabriel hay un hombre acostado.

— ¡Un hombre en mi casa! gritó Manuel saltando de la silla. Dolores, ¿qué es esto?

— Manuel, es un pobre enfermo. Tu madre ha querido recogerlo. Yo me opuse á ello, pero su merced quiso. ¿Qué habia yo de hacer?

— ¡Bueno está! pero, aunque sea mi madre, no por eso ha de meter en casa al primero que se presenta.

— No; sino dejarle morir á la puerta, como si fuera un perro, dijo la anciana. ¿No es eso?

— Pero, madre, repuso Manuel. ¿Es mi casa algun hospital?

— No; pero es la casa de un cristiano; y si hubieras estado aquí, hubieras hecho lo mismo que yo.

— Que no: respondió Manuel; le habria puesto encima de la burra, y le habria llevado al lugar; ya que se acabaron los conventos.

— Aquí no teníamos burra ni alma viviente que pudiera hacerse cargo de ese infeliz.

— ¡Y si es un ladron!

— Quien se está muriendo, no roba.

— Y si le da una enfermedad larga, ¿quién la costea?

— Ya han matado una gallina para el caldo, dijo Momo; yo he visto las plumas en el corral.

— ¿Madre, ha perdido Vd. el sentido? exclamó Manuel colérico.

— Basta, basta, dijo la Madre con voz severa y dignidad. Caérsete debia la cara de vergüenza de haberte incomodado con tu madre, solo por haber hecho lo que manda la ley de Dios. Si tu Padre viviera, no podria creer que su hijo cerraba la puerta á un infeliz que llegase á ella muriéndose y sin amparo.

Manuel bajó la cabeza, y hubo un rato de silencio general.

— Vaya, Madre, dijo en fin; haga Vd. cuenta que no he dicho nada. Gobiérnese á su gusto. Ya se sabe que las mujeres se salen siempre con la suya.

Dolores respiró mas libremente.

— ¡Qué bueno es! dijo gozosa á su suegra.

— Tú podias dudarlo, respondió esta sonriendo á su nuera á quien queria mucho, y levantándose para ir á ocupar su puesto á la cabecera del enfermo. — Yo que lo he parido, no lo he dudado nunca.

Al pasar cerca de Momo, le dijo su abuela:

— Ya sabia yo que tenias malas entrañas; pero nunca lo has acreditado tanto como ahora. Anda con Dios; te compadezco: eres malo, y el que es malo, consigo lleva el castigo.

— Las viejas no sirven mas que para sermonear, gruñó Momo, echando á su abuela una impaciente y tercida mirada.

Pero apenas habia pronunciado la última palabra, cuando su madre que lo habia oido, se arrojó á él, y le descargó una bofetada.

— Aprende, le dijo, á ser insolente con la Madre de tu Padre, que es dos veces Madre tuya.

Momo se refugió llorando á lo último del corral, y desahogó su coraje dando una paliza al perro.

CAPITULO III.

La tia María y el hermano Gabriel se esmeraban á cual mas en cuidar al enfermo; pero discordaban en cuanto al método que debia emplearse en su curacion. La tia María sin haber leído á Brown, estaba por los caldos sustanciosos y los confortantes tónicos, porque decia que estaba muy débil y muy extenuado.

Fray Gabriel, sin haber oido el nombre de Broussais,

queria refrescos y temperantes, porque en su opinion, habia fiebre cerebral, la sangre estaba inflamada y la piel ardia.

Los dos tenian razon; y del doble sistema, compuesto de los caldos de la tia María y de las limonadas del hermano Gabriel, resultó que Stein recobró la vida y la salud el mismo dia en que la buena mujer mató la última gallina, y el hermano cogia el último limon en el árbol.

— Hermano Gabriel, dijo la tia María, ¿qué casta de pájaro cree Vd. que será nuestro enfermo? ¿Militar?

— Bien podrá ser que sea militar, contestó fray Gabriel, el cual, excepto en puntos de medicina y de horticultura, estaba acostumbrado á mirar á la tia María como á un oráculo, y á no tener otra opinion que la suya, lo mismo que habia hecho con el Prior de su convento. Así que casi maquinalmente, repetia siempre lo que la buena anciana decia.

— No puede ser, prosiguió la tia María, meneando la cabeza. Si fuera militar, tendria armas, y no las tiene. Es verdad que al doblar su leviton para quitarlo de enmedio, hallé en el bolsillo una cosa á modo de pistola; pero al examinarla con el mayor cuidado, por si acaso, vine á caer en que no era pistola, sino flauta. Luego no es militar.

— No puede ser militar, repitió el hermano Gabriel.

— ¿Si será un contrabandista?

— ¡Puede ser que sea un contrabandista! dijo el buen lego.

— Pero no, repuso la anciana, porque para hacer el contrabando es preciso tener géneros ó dineros, y él no tiene ni lo uno ni lo otro.

— Es verdad: ¡no puede ser contrabandista! afirmó fray Gabriel.

— Hermano Gabriel, ¿á ver qué dicen los títulos de esos libros? puede ser que por ahí saquemos cuál es su oficio.

El hermano se levantó, tomó sus espejuelos engarzados en cuerno, los colocó sobre la nariz, echó mano al paquete de libros, y aproximándose á la ventana que daba al gran patio interior, estuvo largo rato examinándolos.

— Hermano Gabriel, dijo al cabo la tia María. ¿Se le ha olvidado á Vd. el leer?

— No: pero no conozco estas letras. me parece que es hebreo.

— ¡Hebreo! exclamó la tia María. ¡Virgen Santa! ¿Si será judío?

En aquel momento Stein, que habia estado largo tiempo aletargado, abrió los ojos, y dijo en aleman:

— *¿Gott, wo bin ich?* (Dios mio, ¿dónde estoy?)

La tia María se puso de un salto en medio del cuarto. El hermano Gabriel dejó caer los libros, y se quedó hecho una piedra, abriendo los ojos tan grandes como sus espejuelos.

— ¿Qué ha hablado? preguntó la tia María.

— Será hebreo como sus libros, respondió fray Gabriel. Quizas será judío como Vd. ha dicho, tia María.

— ¡Dios nos asista! exclamó la anciana: pero no. Si fuera judío, ¿no le habríamos visto el rabo cuando lo desnudamos?

— Tia María, repuso el lego, el Padre Prior decia que eso del rabo de los judíos es una patraña, una tontería, y que los judíos no tienen tal cosa.

— Hermano Gabriel, replicó la tia María, desde la bendita constitucion todo se vuelve cambios y mudanzas. Esa gente que gobierna en lugar del Rey, no quiere que haya nada de lo que ántes hubo, y por esto no han querido que los judíos tengan rabo, y toda la vida lo han tenido como el diablo. Si el Padre Prior dijo lo contrario, le obligaron á ello, como lo obligaron á decir en la misa Rey *constitucional*.

— ¡Bien podrá ser! dijo el hermano.

— No será judío, prosiguió la anciana, pero será un moro ó un turco que habrá naufragado en estas costas.

— Un pirata de Marruecos, repuso el buen fraile; ¡puede ser!

— Pero entónces llevaria turbante y chinelas amarillas, como el moro que yo vi hace treinta años cuando fui á Cádiz: se llamaba el moro Seylan. ¡Qué hermoso era! Pero para mí, toda su hermosura se le quitaba con no ser cristiano. Pero mas que sea judío ó moro, no importa: socorrámosle.

— Socorrámosle aunque sea judío ó moro, repitió el hermano.

Y los dos se acercaron á la cama.

Stein se habia incorporado, y miraba con extrañeza todos los objetos que le rodeaban.

— No entenderá lo que le digamos, dijo la tia María; pero hagamos la prueba.

— Hagamos la prueba, repitió el hermano Gabriel.

La gente del pueblo en España cree generalmente que el mejor medio de hacerse entender es hablar á gritos. La tia María y fray Gabriel, muy convencidos de ello, gritaron á la vez, ella: ¿quiere Vd. caldo? y él: ¿quiere Vd. limonada?

Stein, que iba saliendo poco á poco del caos de sus ideas, preguntó en español:

— ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son Vds?

— El señor, respondió la anciana, es el hermano Gabriel, y yo soy la tia María, para lo que usted quiera mandar.

— ¡Ah! dijo Stein, el Santo Arcángel y la bendita Virgen, cuyos nombres lleváis, aquella que es la salud de los enfermos, la consoladora de los afligidos y el socorro de los cristianos, os pague el bien que me habeis hecho.

— Habla español, exclamó alborozada la tia María, y es cristiano, y sabe las letanías!

Y llena de júbilo, se arrojó á Stein, le estrechó en sus brazos, y le estampó un beso en la frente.

— Y á todo esto, ¿quién es Vd.? dijo la tia María, despues de haberle dado una taza de caldo. ¿Cómo ha venido Vd. á parar enfermo y muriéndose á este despoblado?

— Me llamo Stein, y soy cirujano. He estado en la guerra de Navarra, y volvia por Extremadura á buscar un puerto donde embarcarme para Cádiz, y de allí á mi tierra, que es Alemania. Perdí el camino, y he estado largo tiempo dando rodeos, hasta que por fin he llegado aquí enfermo, exánime y moribundo.

— Ya ve Vd., dijo la tia María al hermano Gabriel, que sus libros no están en hebreo, sino en la lengua de los cirujanos.

— Eso es, están escritos en la lengua de los cirujanos, repitió fray Gabriel.

— ¿Y de qué partido era Vd.? preguntó la anciana; ¿de D. Carlos, ó de los otros?

— Servia en las tropas de la Reina, respondió Stein.

La tia María se volvió á su compañero, y con un gesto expresivo, le dijo en voz baja:

— Este no es de los buenos.

— No es de los buenos, repitió fray Gabriel, bajando la cabeza.

— Pero ¿dónde estoy? volvió á preguntar Stein.

— Está Vd., respondió la anciana, en un convento, que ya no es convento; es un cuerpo sin alma. Ya no le quedan mas que las paredes, la cruz blanca y fray Gabriel. Todo lo demas se lo llevaron los otros. Cuando ya no quedó nada que sacar, unos señores que se llaman *crédito público*, buscaron un hombre de bien para guardar el convento, es decir, el caparazon. Oyeron hablar de mi hijo, y vinimos á establecerlos aquí, donde yo vivo con ese hijo, que es el único que me ha quedado. Cuando entrámos en el convento, salian de él los Padres. Unos iban á América, otros á las misiones de la China, otros se quedaron con sus familias, y otros se fueron á buscar la vida trabajando ó pidiendo limosna. Vimos á un hermano lego, viejo y apesadumbrado, que sentado en las gradas de la cruz blanca, lloraba unas veces por sus hermanos que se iban, y otras por el convento que se quedaba solo. — «¿No viene su merced?» le preguntó un co-rista. — «¿Y á dónde he de ir? respondió. — Jamas he salido de estos muros, donde fuí recogido niño y huérfano, por los Padres. No conozco á nadie en el mundo, ni sé mas que cuidar la huerta del convento. ¿A dónde he de ir? ¿Qué he de hacer? ¡Yo no puedo vivir sino aquí!» — «Pues quédese Vd. con nosotros,» le dije yo entónces. — «Bien dicho, Madre, repuso mi hijo. Siete somos los que nos sentamos á la mesa: nos sentaremos ocho; comeremos mas, y comeremos ménos, como suele decirse.»

— Y gracias á esta caridad, añadió fray Gabriel, cáteme Vd. aquí cuidando la huerta, pero desde que se vendió la noria, no puedo regar ni un palmo de tierra; de modo que se están secando los naranjos y los limones.

— Fray Gabriel, continuó la tia María, se quedó en estas paredes, á las cuales está pegado como la yedra; pero como

iba diciendo, ya no hay mas que paredes. ¡Habrá picardía! Nada, lo que ellos dicen: «Destruyamos el nido, para que no vuelvan los pájaros.»

— Sin embargo, dijo Stein, yo he oido decir que habia demasiados conventos en España.

La tia María fijó en el aleman sus ojos negros, vivos y espantados; despues, volviéndose al lego, le dijo en voz baja:

— ¿Serán ciertas nuestras primeras sospechas?

— Puede ser que sean ciertas! respondió el hermano.

CAPITULO IV.

Stein, cuya convalecencia adelantaba rápidamente, pudo en breve, con ayuda del hermano Gabriel, salir de su cuarto, y examinar menudamente aquella noble estructura, tan suntuosa, tan magnífica, tan llena de primores y de riquezas artísticas, la cual, léjos de las miradas de los hombres, colocada entre el cielo y el desierto, habia sido digna morada de muchos varones ricos é ilustres, que vivieron en el convento, realizando su nobleza y suntuosidad con las virtudes y grandes prendas de que Dios los habia dotado, sin otro testigo que su Criador, ni mas fin que glorificarle; porque se engañan mucho los que creen que la modestia y la humildad se ocultan siempre bajo la librea de la pobreza. No: los remiendos y las casuchas abrigan á veces mas orgullo que los palacios.

El gran portal embovedado, por donde habia sido introducido Stein, daba á un gran patio cuadrado. Desde la puerta hasta el fondo del patio, se extendia una calle de enormes cipreses. Allí se alzaba una vasta reja de hierro, que dividia el patio grande, de otro largo y estrecho, en que continuaba la calle de cipreses, pareciendo entrar en ella con paso majestuoso, y formando una guardia de honor al magnífico portal de la iglesia, que se hallaba en el fondo de este segundo y estrecho patio.

Cuando la puerta exterior y la reja estaban abiertas de par en par, como las iglesias de los conventos no están obstruidas por el coro, desde las gradas de la cruz de mármol blanco, que estaba situada á distancia fuera del edificio, se divisaba perfectamente el soberbio altar mayor, todo dorado desde el suelo hasta el techo, y que cubria la pared de la cabecera del templo. Cuando reverberaban centenares de luces en aquellas refulgentes molduras, y en las innumerables cabezas de ángeles que formaban parte de su adorno; cuando los sonidos del órgano, armonizando con la grandeza del sitio, y con la solemnidad del culto católico estallaban en la bóveda de la iglesia, demasiado estrecha para contenerlos, y se iban á perder en las del cielo; cuando se ofrecia esta grandiosa escena, sin mas espectadores que el desierto, la mar y el firmamento, no parecia sino que para ellos solos se habia levantado aquel edificio, y se celebraban los oficios divinos.

A los dos lados de la reja, fuera de la calle de cipreses, habia dos grandes puertas. La de la izquierda, que era el lado del mar, daba á un patio interior, de gigantescas dimensiones. Reinaba en torno de él un anchuroso claustro, sostenido en cada lado por veinte columnas de mármol blanco. Su pavimento se componia de losas de mármol azul y blanco. En medio se alzaba una fuente, alimentada por una noria que estaba siempre en movimiento. Representaba una de las obras de misericordia, figurada por una mujer dando de beber á un peregrino, que postrado á sus piés, recibia el agua, que en una concha ella le presentaba. La parte inferior de las paredes, hasta una altura de diez piés, estaba revestida de pequeños azulejos, cuyos brillantes colores se enlazaban en artificiosos mosaicos. En frente de la entrada se abria una anchísima escalera de mármol, construccion aérea, sin mas apoyo ni sosten, que la sabia proporcion de su masa enorme. Estas admirables obras maestras de arquitectura, eran muy comunes en nuestros conventos. Los grandes artistas, autores de tantas maravillas, estaban animados de un santo celo religioso, y por el noble deseo y la creencia de que trabajaban para la mas remota posteridad. Sabido es que el primero y

el mas popular de ellos, no trabajaba en ningun asunto religioso sin haber comulgado ántes ¹⁾).

El claustro alto estaba sostenido por veinte columnas mas pequeñas que las del bajo. Reinaba en torno una balaustrada de mármol blanco, calada, y de un trabajo esquisito. Caian á estos claustros las puertas de las celdas, hechas de caoba, pequeñas, pero cubiertas de adornos de talla. Las celdas se componian de una pequeña antecámara, que daba paso á una sala tambien chica, con su correspondiente alcoba. El ajuar lo formaban en la pieza principal, algunas sillas de pino, una mesa y un estante, y en la alcoba, una cama que consistia en cuatro tablas sin colchon, y dos sillas.

Detras de este patio habia otro por el mismo estilo: allí estaban el noviciado, la enfermería, la cocina y los refectorios. Consistian estos en unas mesas largas, de mármol, y una especie de púlpito para el que leia durante las comidas.

El departamento situado á la derecha de la calle de cipreses, contenia un patio semejante á la del lado opuesto. Allí estaba la hospedería, donde eran recibidos los forasteros, ya fuesen legos ó religiosos. Estaban tambien la librería, las sacristías, los guarda-muebles, y otras oficinas. En el segundo patio, al que se entraba por una puerta exterior, se hallaban, abajo almacenes para el aceite, y arriba los graneros. Estos cuatro patios, en medio de los cuales, precedida de la calle de cipreses, se erguia la iglesia con su campanario, como un enorme cipres de piedra, formaban el conjunto de aquel majestuoso edificio. El techo se componia de un millon de tejas, sujeta cada una con un gran clavo de hierro, para evitar que las arrancasen los huracanes en aquel sitio elevado y próximo al mar. A razon de real por clavo, esta sola parte del material habia costado cincuenta mil duros.

Rodeaba el convento por delante el patio grande, de que ya hemos hablado, y en él, á izquierda y derecha de la puerta de entrada, habia cuartos pequeños de un solo piso, para alojar á los jornaleros, cuando los religiosos cultivaban sus tierras: allí habitaba en la época en que pasa nuestra historia,

1) Bartolomé Esteban Murillo.

el guarda Manuel Alerza con su familia. A la izquierda, hácia el lado del mar, se extendía una gran huerta, ostentando bajo las ventanas de las celdas, su fresco verdor, sus árboles, sus flores, el murmullo de sus acequias, el canto de los pájaros y la esquila del buey que tiraba de la noria. Formaba todo esto un pequeño oasis, en medio de un desierto seco y uniforme, cerca de esa mar que se complace en el estrago y en la destrucción, y que se detiene delante de un límite de arena. Pero lo que abundaba en este lugar solitario y silencioso, eran los cipreses y las palmeras, árboles de los conventos, los unos de brote derecho y austero, que aspiran á las alturas; los otros no ménos elevados, pero que inclinan sus brazos á la tierra, como para atraer á las plantas débiles que vegetan en ella.

Los pozos y la armazon entera de las norias colocados en colinas artificiales para dar elevacion á las aguas, se abrigan bajo enramadas piramidales de yedra, tan espesa, que, cerrada la puerta de entrada, no se podian distinguir los objetos sin luz artificial. El eje que sostenia la rueda, estaba apoyado en dos troncos de olivo, que habian echado raíces, y cubiértose de una corona de follaje verde oscuro. La espesura vegetal y agreste del techo, daba abrigo á innumerables pajarillos, alegres y satisfechos con tener allí ocultos sus nidos, miéntras que el buey giraba con lento paso, haciendo resonar la esquila que le pendia al cuello, y cuyo silencio indicaba al hortelano que el animal disfrutaba el dulce *farniente*.

Las celdas del piso bajo abrian á un terrado con bancos de piedra, y sentados en ellos los solitarios, podian contemplar aquel estrecho y ameno recinto, animado por el canto de las aves y perfumado por las emanaciones de las flores, parecido á una vida tranquila y reconcentrada; ó bien podian esparcir sus miradas por el espacio, en sus anchos horizontes, en la inmensa extension del Océano, tan espléndido como traidor; unas veces manso y tranquilo como un cordero, otras agitado y violento como una furia, semejante á esas existencias ingentes y ruidosas, que se agitan en la escena de mundo.

Aquellos hombres de ciencia profunda, de estudios graves,

de vida austera y retirada, cultivaban macetas de flores en sus terrados, y criaban pajaritos, con paternal esmero; porque si el paganismo puso lo sublime en la heroicidad, el cristianismo lo ha puesto en la sencillez.

En el lado opuesto á la huerta, un espacio de las mismas dimensiones, y encerrado en las tapias del convento, contenia los molinos de aceite, cuyas vigas, de cincuenta piés de largo y cuatro de ancho, eran de caoba, y ademas las atahonas, los hornos, las caballerizas y los establos.

Guiado por el buen hermano Gabriel, pudo Stein admirar aquella grandeza pasada, aquella ruina proscrita, aquel abandono que, á manera de cáncer, devoraba tantas maravillas; aquella destruccion que se apodera de un edificio vacío, aunque fuerte y sólido, como los gusanos toman posesion del cadáver de un hombre jóven y robusto.

Fray Gabriel no interrumpia las reflexiones del cirujano aleman. Pertenecia á la excelente clase de pobres de espíritu, que lo son tambien de palabras. Concentraba en sí su tristeza *incolora*, sus uniformes recuerdos, sus pensamientos monótonos. Por esto solía decirle la tia María:

— Es Vd. un bendito, hermano Gabriel; pero no parece que la sangre corre en sus venas, sino que se pasea. Si algun dia tuviese Vd. una viveza, (y solo podria ser si volviesen los padres al convento, las campanas á la torre y las norias á la huerta), le ahogaria á Vd.

En la iglesia, vacía y desnuda, todavía quedaban bastantes restos de magnificencia, para poder graduar toda la que se habia perdido. Aquel dorado altar mayor, tan brillante cuando reflejaba la luz de los cirios que encendia la devocion de los fieles, estaba empañado por el polvo del olvido. Aquellas preciosas cabezas de angelitos, que ceñian las arañas; aquellas ventanas, cuyas vidrieras habian desaparecido, y que dejaban entrada libre á los mochuelos y otros pájaros, cuyos nidos afeaban las bien talladas y doradas cornisas, y que convertian en inmunda sentina el rico pavimento de mármol; aquellos esqueletos de altares despojados de todos sus adornos; aquellos grandes y hermosos ángeles, que parecian salir de las pilastras; que habian tenido en sus manos lámparas

de plata siempre encendidas, y extendían aun sus brazos, mirando aquellas con dolor vacías! Los lindos frescos de las bóvedas, que no habían podido ser arrebatados, y á los cuales inundaban de llanto las nubes del cielo, impulsadas por los temporales; el yermo santuario, cuyas puertas habían sido de plata maciza con bajos relieves de Berruguete; las pilas secas y cubiertas de polvo.... ¡Dios mío! ¿qué artista no suspira al verlos? ¿qué cristiano no se estremece? ¿qué católico no se prosterna y llora?

En la sacristía, guarnecida en derredor de cómodas, cuya parte superior formaba una mesa prolongada, los cajones estaban abiertos y vacíos. En ellos se guardaron ántes las albas de oían guarnecidas de encajes, los ornamentos de terciopelo y de tisú, en los que la plata bordaba el terciopelo; el oro, la plata; y las perlas, el oro. En un retrete inmediato estaban todavía las cuerdas de las campanas; una, mas delgada que las otras, movía la campana clara y sonora, que llamaba los fieles á Misa; otra hacía vibrar el bronce retumbante y melodioso, como una banda de música militar; grave, aunque animada, en compañía de sus acólitas, ménos estrepitosas, anunciaba las grandes festividades cristianas. Otra finalmente despertaba sonidos profundos y solemnes, como los del cañon, para pedir oraciones á los hombres y clemencia al cielo por el pecador difunto. Stein se sentó en el primer escalon de las gradillas del púlpito sostenido por un águila de mármol negro. Fray Gabriel se hincó de rodillas en las gradas de mármol del altar mayor.

— ¡Dios mío! decía Stein, apoyando la cabeza en las manos: esas hendiduras, esa agua que penetra en las bóvedas, y gotea minando el edificio con su lento y seguro trabajo, ese maderaje que se hunde, esos adornos que se desmoronan... ¡qué espectáculo tan triste y espantoso! A la tristeza que produce todo lo que deja de existir, se une aquí el horror que inspira todo lo que perece de muerte violenta, y á manos del hombre. ¡Este edificio, alzado en honor de Dios por hombres piadosos, condenado á la nada por sus descendientes!

— ¡Dios mío! decía el hermano Gabriel, en mi vida he visto tantas telarañas. Cada angelito tiene un solideo de ellas.

San Miguel lleva una en la punta de la espada, y no parece sino que me la está presentando. ¡Si el Padre Prior viera esto!

Stein cayó en una profunda melancolía. Este santo lugar, pensaba, respetado por el rumor del mundo, y por la luz del día, donde venían los Reyes á inclinar sus cabezas, y los pobres á levantar las suyas, este lugar que daba lecciones severas al orgullo, y suaves alegrías á los humildes, hoy se ve decaído y entregado al acaso, como bajel sin piloto!

En este momento, un vivo rayo de sol penetró por una de las ventanas, y vino á dar en el remate del altar mayor, haciendo resaltar en la oscuridad con su esplendor, como si sirviese de respuesta á las quejas de Stein, un grupo de tres figuras abrazadas. Eran la Fe, la Esperanza y la Caridad ¹⁾!

CAPITULO V.

El fin de octubre habia sido lluvioso, y noviembre vestia su verde y abrigado manto de invierno.

Stein se paseaba un día por delante del convento, desde donde se descubria una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha el mar sin límites; á la izquierda, la dehesa sin término. En medio, se dibujaba en la claridad del horizonte

1) Habíamos pensado acortar la descripción, quizás demasiado prolija del convento, persuadidos por una parte de que es de poco interés, y no tiene novedad para la presente generación, que conoce estas obras portentosas esparcidas por toda España; y por otra, de que la opinión reinante clasificará tal vez estas suntuosidades, cuando ménos, de gastos inútiles; reflexion, y sea dicho de paso, que no se les ocurre á los fabricantes de las modernas opiniones, cuando de entre las ruinas de los templos griegos levantados á los falsos Dioses, desentierran tantas maravillas del arte, ni al rebuscar y recoger las riquezas que en los templos americanos é indios se acumulaban. Habíamos, pues, decimos, pensado en acortar esta descripción del convento; liémos dicho la causa. Pero no lo hemos verificado, acaso por las mismas razones que lo aconsejaban y hemos expuesto. — Creemos que nos comprenderá el lector.

el perfil oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imagen de la nada en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo mas ligero, se mecia blandamente, levantando sin esfuerzo sus olas, que los reflejos del sol doraban, como una Reina que deja ondear su manto de oro. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamientos, estaba en armonía con el grave y monótono paisaje; su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel uniforme panorama.

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un rio tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores bien cultivados, presentaban de léjos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí, el amarillento de la vid aun cubierta de follaje; allí, el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habian hecho brotar las lluvias de otoño; ó el verde sombrío de las higueras; y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del rio cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevacion, se alzaba una capilla; delante, una gran cruz, apoyada en una base piramidal de mampostería blanqueada; detras habia un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

Delante de la cruz pendia un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvacion, servia de faro á los marineros; como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombres de fe robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.

No puede compararse este árido y uniforme paisaje con los valles de Suiza, con las orillas del Rhin ó con la costa de la isla de Wight. Sin embargo, hay una magia tan poderosa en las obras de la naturaleza, que ninguna carece de bellezas y atractivos; no hay en ellas un solo objeto desprovisto de interes, y si á veces faltan las palabras para explicar en qué consiste, la inteligencia lo comprende, y el corazon lo siente.

Mientras Stein hacia estas reflexiones, vió que Momo salia de la hacienda en direccion al pueblo. Al ver á Stein, le propuso que le acompañase; este aceptó y los dos se pusieron en camino en direccion al lugar.

El dia estaba tan hermoso, que solo podia compararse á un diamante de aguas exquisitas, de vivísimo esplendor, y cuyo precio no aminora el mas pequeño defecto. El alma y el oído reposaban suavemente en medio del silencio profundo de la naturaleza. En el azul turquí del cielo no se divisaba mas que una nubecilla blanca, cuya perezosa inmovilidad la hacia semejante á una odalisca, ceñida de velos de gasa, y muellemente recostada en su otomana azul.

Pronto llegaron á la colina próxima al pueblo, en que estaban la cruz y la capilla.

La subida de la cuesta, aunque corta y poco empinada, habia agotado las fuerzas, aun no restablecidas de Stein. Quiso descansar un rato, y se puso á examinar aquel lugar.

Acercóse al cementerio. Estaba tan verde y tan florido, como si hubiera querido apartar de la muerte el horror que inspira. Las cruces estaban ceñidas de vistosas enredaderas, en cuyas ramas revoloteaban los pajarillos, cantando: *Descansa en paz!* Nadie habria creído que aquella fuese la mansion de los muertos, si en la entrada no se leyese esta inscripcion: *«Creo en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable. Amen.»* La capilla era un edificio cuadrado, estrecho y sencillo, cerrado con una reja, y coronada su modesta media naranja por una cruz de hierro. La única entrada era una puertecita inmediata al altar.

En este habia un gran cuadro pintado al óleo, que representaba una de las caidas del Señor con la cruz. Detras, la Virgen, San Juan y las tres Marías; al lado del Señor, los feroces soldados romanos. De puro vieja, habia tomado esta pintura un tono tan oscuro, que era difícil discernir los objetos; pero aumentando al mismo tiempo el efecto de la profunda devocion que inspiraba su vista, sea porque la meditacion y el espiritualismo se avienen mal con los colores chillones y relumbrantes, ó sea por el sello de veneracion

que imprime el tiempo á las obras del arte, mayormente cuando representan objetos de devocion; que entónces parecen doblemente santificados por el culto de tantas generaciones. Todo pasa y todo muda en torno de esos piadosos monumentos; ménos ellos que permanecen sin haber agotado los tesoros de consuelo que á manos llenas prodigan. La devocion de los fieles habia adornado el cuadro con diferentes objetos de hojuela de plata, colocados de tal modo, que parecian formar parte de la pintura: eran estos una corona de espinas sobre la cabeza del Señor; una diadema de rayos sobre la de la Virgen, y remates en las extremidades de la cruz. Esta costumbre extraña y aun ridícula á los ojos del artista, á los del cristiano es buena y piadosa. Pero á bien que la capilla del Cristo del Socorro no era un museo; jamas habia atravesado un artista sus umbrales: allí no acudian mas que sencillos devotos, que solo iban á rezar.

Las dos paredes laterales estaban cubiertas de ex votos, de arriba á abajo.

Los ex-votos son testimonios públicos y auténticos de beneficios recibidos, consignados por el agradecimiento al pié de los altares, unas veces ántes de obtener la gracia que se pide; otras se prometen en grandes infortunios y circunstancias apuradas. Allí se ven largas trenzas de cabello, que la hija amante ofreció, como su mas precioso tesoro, el dia en que su madre fué arrancada á las garras de la muerte; niños de plata colgados de cintas de color de rosa, que una madre afligida, al ver á su hijo mortalmente herido, consagró por obtener su alivio al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata ó de cera, segun las facultades del votante; cuadros de naufragios ó de otros grandes peligros, en medio de los cuales los fieles tuvieron la sencillez de creer que sus plegarias podrian ser oidas y otorgadas por la misericordia divina; pues por lo visto las gentes *de alta razon, los ilustrados, los que dicen ser los mas, y se tienen por los mejores* no creen que la oracion es un lazo entre Dios y el hombre. Estos cuadros no eran obras maestras del arte; pero quizas si lo fueran, perderian su fisonomía, y sobre todo, su candor. ¡Y hay todavía personas que presumiendo

hallarse dotadas de un mérito superior, cierran sus almas á las dulces impresiones del candor, que es la inocencia y la serenidad del alma! ¿Acaso ignoran que el candor se va perdiendo, al paso que el entusiasmo se apaga? Conservad, Españoles, y respetad los débiles vestigios que quedan de cosas tan santas como inestimables. No imiteis al mar Muerto que mata con sus exhalaciones los pájaros que vuelan sobre sus olas, ni, como él, sequeis las raíces de los árboles, á cuya sombra han vivido felices muchos países, y tantas generaciones! ¹⁾

Entre los ex-votos habia uno que por su singularidad causó mucha extrañeza á Stein. La mesa del altar no era perfectamente cuadrada desde arriba abajo, sino que se estrechaba en línea curva hácia el pié. Entre su base y el enladrillado habia un pequeño espacio. Stein percibió allí en la oscuridad un objeto apoyado contra la pared; y á fuerza de fijar en él sus miradas, vino á distinguir que era un trabuco. Tal era su volúmen, y tal debia ser su peso, que no podia entenderse cómo un hombre podia manejarlo: lo mismo que sucede cuando miramos las armaduras de la edad media. Su boca era tan grande que podia entrar holgadamente por ella una naranja. Estaba roto, y sus diversas partes toscamente atadas con cuerdas.

— Momo, dijo Stein, ¿qué significa eso? ¿Es de veras un trabuco?

— Me parece, dijo Momo, que bien á la vista está.

— Pero, ¿por qué se pone un arma homicida en este lugar pacífico y santo? En verdad que aquí puede decirse aquello de que pega como un par de pistolas á un Santo Cristo.

— Pero ya ve Vd., respondió Momo, que no está en ma-

1) Que los hombres sin fe en el alma, ni simpatía en el corazón para los sentimientos religiosos, desdeñen estas prácticas, lo entiendo, por mucho que me aflija; pero que uno de los primeros y mas acreditados escritores de Francia, Jorge Sand, haya escrito estas palabras, hablando des los ex-votos: *ces fétiches affreux, ces exvotos me font peur*, solo puede atribuirse á una completa ignorancia de lo que son y de lo que significan.

nos del Señor, sino á sus piés, como ofrenda. El dia en que se trajo aquí ese trabuco (que hace muchísimos años) fué el mismo en que se le puso á ese Cristo el nombre del Señor del Socorro.

— Y ¿con qué motivo, preguntó Stein.

— Don Federico, dijo Momo abriendo tantos ojos, todo el mundo sabe eso. ¡Y Vd. no lo sabe!

— ¿Has olvidado que soy forastero? replicó Stein.

— Es verdad, repuso Momo; pues se lo diré á su merced. Hubo en esta tierra un salteador de caminos, que no se contentaba con robar á la gente, sino que mataba á los hombres como moscas, ó porque no le delatasen, ó por antojo. Un dia, dos hermanos vecinos de aquí, tuvieron que hacer un viaje. Todo el pueblo fué á despedirlos, deseándoles que no topasen con aquel forajido que no perdonaba vida, y tenia atemorizado al mundo. Pero ellos, que eran buenos cristianos, se encomendaron á este Señor, y salieron confiando en su amparo. Al emparejar con un olivar, se echaron en cara al ladron, que les salia al encuentro con su trabuco en la mano. Echóselo al pecho, y les apuntó. En aquel trance se arrodillaron los hermanos clamando al Cristo: ¡Socorro, Señor! El desalmado disparó el trabuco, pero quien quedó alma del otro mundo fué él mismo, porque quiso Dios que en las manos se le reventase el trabuco. ¡Y el trabuquillo era flojo en gracia de Dios! Ya lo está Vd. mirando; porque en memoria del milagroso socorro, lo ataron con esas cuerdas, y lo depositaron aquí, y al Señor se le quedó la advocacion del Socorro.¹⁾ ¿Con qué no lo sabia usted, Don Federico?

1) Esta leyenda del Señor del Socorro, ó por mejor decir, esta relacion verídica del suceso que es asunto del cuadro, la testificaba el mencionado trabuco, que á los piés del altar se veia en su capilla, sita en la calle del Ganoado, del Puerto de Santa María. Há poco (en 1855) ha sido cerrada. El Sr. Vicario de dicho punto, segun tenemos entendido, reclama el cuadro para que se le dé culto en la Iglesia Mayor. — Estamos persuadidos de que si logra su deseo, no se atreverá, merced *la ilustracion que tanto realza y distingue á nuestra próspera y culta era*, poner á los piés del altar el antiguo y roto trabuco, que al reventar, salvó la vida á los dos devotos quel al Señor pedian Socorro. ¿Qué dira el decoro protestante que se nos va inoculando

— No lo sabia, Momo, respondió este, — y añadió como respondiendo á sus propias reflexiones, — ¡si tú supieras cuánto ignoran aquellos que dicen que se lo saben todo!!!

— Vamos, ¿se viene Vd., Don Federico? dijo Momo despues de un rato de silencio: mire Vd. que no me puedo detener.

— Estoy cansado, contestó este, véte tú, que aquí te aguardaré.

— Pues con Dios, repuso Momo, poniéndose en camino y cantando:

Quédate con Dios y á Dios,
Dice la comun sentencia:
Que el pobre puede ser rico,
Y el rico no compra ciencia.

Stein contemplaba aquel pueblecito tan tranquilo, medio pescador, medio marinero, llevando con una mano el arado y con la otra el remo. No se componia, como los de Alemania, de casas esparcidas sin orden con sus techos tan campestres, de paja, y sus jardines; ni reposaba, como los de Inglaterra, bajo la sombra de sus pintorescos árboles; ni como los de Flándes formaba dos hileras de lindas casas á los lados del camino. Constaba de algunas calles anchas, aunque mal trazadas, cuyas casas de un solo piso y desigual elevacion, estaban cubiertas de vetustas tejas: las ventanas eran escasas, y mas escasas aun las vidrieras y toda clase de adorno. Pero tenia una gran plaza, á la sazón verde como una pradera, y en ella una hermosísima iglesia; y el conjunto era diáfano, aseado y alegre.

Catorce cruces iguales á la que cerca de Stein estaba, se seguian de distancia en distancia, hasta la última, que se alzaba en medio de la plaza haciendo frente á la iglesia. Era esto la *Via crucis*.

Momo volvió, pero no volvía solo. Venia en su compañía un señor de edad, alto, seco, fiaco y tieso como un cirio. Vestia chaqueta y pantalon de basto paño pardo, chaleco de

como un humor frio, de ver un trabuco en una iglesia? ¿Qué los que acatan la letra, y no el espíritu? . . .

piqué de colores moribundos, adornado de algunos zurcidos, obras maestras en su género, faja de lana encarnada, como las gastan las gentes del campo, sombrero calañés de ala ancha, con una cucarda, que habia sido encarnada, y que el tiempo, el agua y el sol habian convertido en color de zanahoria. En los hombros de la chaqueta habia dos estrechos galones de oro problemático, destinados á sujetar dos charreteras; y una espada vieja, colgada de un cinturón ídem, completaba este conjunto medio militar y medio paisano. Los años habian hecho grandes estragos en la parte delantera del largo y estrecho cráneo de este sugeto. Para suplir la falta de adorno natural, habia levantado y traído hácia adelante los pocos restos de cabellera que le quedaban, sujetándolos por medio de un cabo de seda negra sobre la parte alta del cráneo, de donde formaban un hopico con la gracia chinesca mas genuina.

— Momo, ¿quién es este señor? preguntó Stein á media voz.

— El Comandante, respondió este en su tono natural.

— ¡Comandante! ¿de qué? tornó Stein á preguntar.

— Del fuerte de San Cristóbal.

— ¡Del fuerte de San Cristóbal!... exclamó Stein extático.

— Servidor de Vd., dijo el recién venido, saludando con cortesía; mi nombre es Modesto Guerrero, y pongo mi inutilidad á la disposicion de usted.

Ese usual cumplido tenia en este sugeto una aplicacion tan exacta, que Stein no pudo ménos de sonreirse al devolver al militar su saludo.

— Sé quién es Vd., prosiguió Don Modesto, tomo parte en sus contratiempos, y le doy el parabien por su restablecimiento, y por haber caído en manos de los Alerzas, que son, á fe mia, unas buenas gentes; mi persona y mi casa están á la disposicion de Vd., para lo que guste mandar. Vivo en la plaza de la Iglesia, quiero decir, de la Constitucion, que es como ahora se llama. Si alguna vez quiere usted favorecerla, el letrado podrá indicarle la plaza.

— ¿Si en todo el lugar hay otra, á qué tantas señas? dijo Momo.

— ¿Con que tiene una inscripcion? preguntó Stein, que en su vida agitada de campamentos, no habia tenido ocasion de aprender los usuales cumplidos, y no sabia contestar á los del cortés español

— Sí señor, respondió este; el alcalde tuvo que obedecer las órdenes de arriba. Bien ve vd. que en un pueblo pequeño no era fácil proporcionarse una losa de mármol con letras de oro, como son las lápidas de Cádiz y de Sevilla. Fué preciso mandar hacer el letrero al maestro de escuela, que tiene una hermosa letra, y debia ponerse á cierta altura en la pared del Cabildo. El maestro preparó pintura negra con hollin y vinagre, y encaramado en una escalera de mano, empezó la obra, trazando unas letras de un pié de alto. Por desgracia, queriendo hacer un gracioso floreó, dió tan fuerte sacudida á la escalera, que esta se vino al suelo con el pobre maestro y el puchero de tinta, rodando los dos hasta el arroyo. Rosita, mi patrona, que observó la catástrofe desde mi ventana, y vió levantarse al caído, negro como el carbon, se asustó tanto, que estuvo tres dias con flatos, y de veras, me dió cuidado. El alcalde, sin embargo, ordenó al magullado maestro que completase su obra, en vista de que el letrero no decia todavía mas que *consti*; el pobre maestro tuvo que apechugar con la tarea; pero esta vez no quiso escalera de mano, y fué preciso traer una carreta, y poner encima una mesa, y atarla con cuerdas. Encaramado allí el pobre, estaba tan turulato acordándose de lo de marras, que no pensó sino en despachar pronto; y así es, que las últimas letras, en lugar de un pié de alto como las otras, no tienen mas que una pulgada; y no es esto lo peor, sino que con la prisa, se le quedó una letra en el tintero, y el letrero dice ahora: PLAZA DE LA CONSTITUCION. El alcalde se puso furioso; pero el maestro se cerró á la banda, y declaró que ni por Dios ni por sus santos volvía á las andadas, y que mas bien quiera montar en un toro de ocho años, que en aquel tablado de volatines. De modo que el letrero se ha quedado como se estaba; pero á bien que no hay en el lugar quien lo lea. Y es lástima que el maestro no lo haya en-

mendado, porque era muy hermoso, y hacia honor á Villar.

Momo, que traia al hombro unas alforjas bien rellenas, y tenia prisa, preguntó al Comandante si iba al fuerte de San Cristóbal.

— Sí, respondió, y de camino, á ver á la hija del tio Pedro Santaló, que está mala.

— ¿Quién? ¿la Gaviota? preguntó Momo. No lo crea Vd. Si la he visto ayer encaramada en una peña, y chillando como las otras gaviotas.

— ¡Gaviota! exclamó Stein.

— Es un mal nombre, dijo el Comandante, que Momo le ha puesto á esa pobre muchacha.

— Porque tiene las piernas muy largas, respondió Momo; porque tanto vive en el agua como en la tierra; porque canta y grita, y salta de roca en roca como las otras.

— Pues tu Abuela, observó Don Modesto, la quiere mucho, y no la llama mas que Marisalada, por sus graciosas travesuras, y por la gracia con que canta y baila, y remeda á los pájaros.

— No es eso, replicó Momo; sino porque su padre es pescador, y ella nos trae sal y pescado.

— ¿Y vive cerca del fuerte? preguntó Stein, á quien habian excitado la curiosidad aquellos pormenores.

— Muy cerca, respondió el Comandante. Pedro Santaló tenia una barca catalana, que, habiendo dado á la vela para Cádiz, sufrió un temporal, y naufragó en la costa. Todo se perdió, el buque y la gente, ménos Pedro, que iba con su hija; como que á él le redobló las fuerzas el ansia de salvarla. Pudo llegar á tierra, pero arruinado; y quedó tan desanimado y triste, que no quiso volver á su tierra. Lo que hizo fué labrar una choza entre esas rocas con los destrozos que habian quedado de la barca, y se metió á pescador. El era el que proveia de pescado al convento, y los Padres, en cambio, le daban pan, aceite y vinagre. Hace doce años que vive allí en paz con todo el mundo.

Con esto llegaron al punto en que la vereda se dividia, y se separaron.

— Pronto nos veremos, dijo el veterano. Dentro de un rato iré á ponerme á la disposicion de Vd. y saludar á sus patronas.

— Dígale Vd. de mi parte á la Gaviota, gritó Momo, que me tiene sin cuidado su enfermedad, porque mala yerba nunca muere.

— Hace mucho tiempo que el Comandante está en Villar? preguntó Stein á Momo.

— Toma.... ciento y un años, desde ántes que mi padre naciera.

— ¿Y quién es esa Rosita, su patrona?

— ¡Quién, Señá Rosa Mística! respondió Momo con un gesto burlon. Es la maestra de amiga. Es mas fea que el hambre; tiene un ojo mirando á Poniente y otro á Levante y unos hoyos de viruelas, en que puede retumbar un eco. Pero, Don Federico, el cielo se encapota; las nubes van como si las corrieran galgos. Apretemos el paso.

CAPITULO VI.

Antes de seguir adelante no será malo trabar conocimiento con este nuevo personaje.

Don Modesto Guerrero era hijo de un honrado labrador, que no dejaba de tener buenos papeles de nobleza, hasta que se los quemaron los franceses en la guerra de la independencia, como quemaron tambien su casa, bajo el pretesto de que los hijos del dueño eran *brigantes*, esto es, reos del grave delito de defender á su patria. El buen hombre pudo reedificar su casa. Pero á los pergaminos no les cupo la suerte del Fénix.

Modesto cayó soldado, y como su padre no tenia lo bastante para comprarle un sustituto, pasó á las filas de un regimiento de infantería, en calidad de distinguido.

Como era un bendito, y ademas, de larga y seca catadura, pronto llegó á ser el objeto de las burlas y de las chanzas pesadas de sus compañeros. Estos, animados por su mansedumbre, llevaron al extremo sus bromas, hasta que Modesto los puso término del modo siguiente. Un dia que habia gran formacion, con motivo de una revista, Modesto ocupaba su lugar al estremo de una fila. Allí cerca habia una carreta; con gran destreza y prontitud sus compañeros le echaron á una pierna un lazo corredizo, atando la extremidad del cordel á una de las ruedas de la carreta. El coronel dió la voz de «marchen.» Sonaron los tambores, y todas las mitades se pusieron en marcha, ménos Modesto, que se quedó parado con una pierna en el aire, como los escultores figuran á Céfiro.

Terminada la revista, Modesto volvió al cuartel tan sosegado como de él habia salido, y sin alterar su paso, pidió una satisfaccion á sus compañeros. Como ninguno queria cargar con la responsabilidad del chasco, declaró con la misma calma que mediria sus armas con las de todos y cada uno de ellos, uno despues de otro. Entónces salió al frente el que habia inventado y dirigido la burla: se batieron, y de sus resultas perdió un ojo su adversario. Modesto le dijo con su calma acostumbrada, que si queria perder el otro, él estaba á su disposicion cuando gustase.

Entretanto Modesto, sin parientes ni protectores en la corte, sin miras ambiciosas, sin disposiciones para la intriga, hizo su carrera á paso de tortuga, hasta que en la época del sitio de Gaeta en 1805, su regimiento recibió órden de juntarse como auxiliar con las tropas de Napoleon. Modesto se distinguió allí por su valor y serenidad, en términos que mereció una cruz, y los mayores elogios de sus jefes.

Su nombre lució en la *Gaceta*, como un meteoro, para hundirse despues en la eterna oscuridad. Estos laureles fueron los primeros y los últimos que le ofreció su carrera militar; porque habiendo recibido una profunda herida en el brazo, quedó inutilizado para el servicio, y en recompensa, le nombraron Comandante del fuertecillo abandonado de San Cristóbal. Hacia, pues, cuarenta años que tenia bajo sus

órdenes el esqueleto de un castillo y una guarnicion de la-gartijas.

Al principio no podia nuestro guerrero conformarse con aquel abandono. No pasaba año sin que dirigiese una re-presentacion al Gobierno, pidiendo los reparos necesarios, y los cañones y tropa que aquel punto de defensa requeria. Todas estas representaciones habian quedado sin respuesta, á pesar de que, segun las circunstancias de la época, no habia omitido hacer presente la posibilidad de un desembarco de ingleses, de insurgentes americanos, de franceses, de revo-lucionarios y de carlistas. Igual acogida habian recibido sus continuas plegarias para obtener algunas pagas. El Gobierno no hizo el menor caso de aquellas dos ruinas: el castillo y su Comandante. Don Modesto era sufrido; con que acabó por someterse á su suerte sin acritud y sin despecho.

Cuando vino á Villamar, se alojó en casa de la viuda del sacristan, la cual vivia entregada á la devocion, en compañía de su hija, todavía jóven. Eran escelentes mujeres: algo remilgadas y secas, con sus ribetes de intolerantes; pero buenas, caritativas, morigeradas y de esmerado aseo.

Los vecinos del pueblo, que miraban con aficion al Co-mandante, ó, mas bien al *Comendante*, que era como le llama-ban, y que al mismo tiempo conocian sus apuros, hacian cuanto podian para aliviarlos. No se hacia matanza en casa alguna, sin que se le enviase su provision de tocino y mor-cillas. En tiempo de la recoleccion, un labrador le enviaba trigo, otro garbanzos; otros le contribuian con su porcion de miel ó de aceite. Las mujeres le regalaban los frutos del corral; de modo que su beata patrona tenia siempre la des-pensa bien provista, gracias á la benevolencia general que inspiraba Don Modesto; el cual, de índole correspondiente á su nombre, léjos de envanecerse de tantos favores, solia decir que la Providencia estaba en todas partes, pero que su cuartel general era Villamar. Bien es verdad que él sabia correspon-der á tantos favores, siendo con todos por extremo servicial y complaciente. Levantábase con el sol, y lo primero que hacia, era ayudar la misa al Cura. Una vecina le hacia un encargo, otra le pedia una carta para un hijo soldado; otra,

que le cuidase los chiquillos, mientras salía á una diligencia. El velaba á los enfermos, rezaba con sus patronas; en fin, procuraba ser útil á todo el mundo, en todo lo que no pudiese ofender su honradez y su decoro. No es esto nada raro en España, gracias á la inagotable caridad de los españoles, unida á su noble carácter, el cual no les permite atesorar, sino dar cuanto tienen al que lo necesita: díganlo los exclaustrados, las monjas, los artesanos, las viudas de los militares, y los empleados cesantes.

Murió la viuda del sacristan, dejando á su hija Rosa con cuarenta y cinco años bien contados, y una fealdad que se veía de léjos. Lo que mas contribuía á esta desgracia, eran las funestas consecuencias de las viruelas. El mal se había concentrado en un ojo, y sobre todo en el párpado, que no podía levantarse sino á medias; de lo que resultaba que la pupila, medio apagada, daba á toda la fisonomía cierto aspecto poco inteligente y vivo, contrastando notablemente el ojo entornado con su compañero, del cual salían llamas, como de una hoguera de sarmientos, al menor motivo de escándalo; y en verdad que los solía encontrar con harta frecuencia.

Después del entierro, y pasados los nueve días de duelo, la señora Rosa dijo un día á D. Modesto:

— Don Modesto, siento mucho tener que decir á Vd. que es preciso separarnos.

— ¡Separarnos! exclamó el buen hombre abriendo tantos ojos, y poniendo la jícara de chocolate sobre el mantel, en lugar de ponerla en el plato. ¿Y por qué Rosita?

Don Modesto se había acostumbrado por espacio de treinta años, á emplear este diminutivo cuando dirigía la palabra á la hija de su antigua patrona.

— Me parece, respondió ella arqueando las cejas, que no debía Vd. preguntarlo. Conocerá Vd. que no parece bien que vivan juntas, y solas, dos personas de estado honesto. Sería dar pábulo á las malas lenguas.

— Y ¿qué pueden decir de Vd. las malas lenguas? repuso D. Modesto; ¡Vd. que es la mas ejemplar del pueblo!

— ¿Ascaso hay nada seguro de ellas? ¿Qué dirá Vd.

cuando sepa que Vd. con todos sus años, y su uniforme y su cruz, y yo, pobre mujer que no pienso mas que en servir á Dios, estamos sirviendo de diversion á estos deslenguados?

— ¿Qué dice Vd., Rosita? exclamó D. Modesto asombrado.

— Lo que está Vd. oyendo. Ya nadie nos conoce sino por el mal nombre que nos han puesto esos condenados monacillos.

— ¡Estóy atónito, Rosita! no puedo creer...

— Mejor para Vd. si no lo cree, dijo la devota; pero yo le aseguro que esos inicuos (Dios los perdone) cuando nos ven llegar á la iglesia todas las mañanas á misa de alba, se dicen unos á otros: «Llama á misa, que ahí vienen *Rosa Mística* y *Turris Davidica*, en amor y compañía como en las letanías.» A Vd. le han puesto ese mote por ser tan alto y derecho.

D. Modesto se quedó con la boca abierta; y los ojos fijos en el suelo.

— Sí señor, continuó Rosa Mística: la vecina es quien me lo ha dicho escandalizada, y aconsejándome que vaya á quejarme al señor Cura. Yo la he respondido que mejor quiero sufrir y callar. Mas padeció nuestro Señor sin quejarse.

— Pues yo, dijo D. Modesto, no aguanto que nadie se burle de mí, y mucho ménos de Vd.

— Lo mejor será, continuó Rosa, acreditar con nuestra paciencia que somos buenos cristianos, y con nuestra indiferencia, el poco caso que hacemos de los juicios del mundo. Por otra parte si castigan á esos irreverentes, lo harían peor; créame Vd., Don Modesto.

— Tiene Vd. razon, como siempre, Rosita, dijo Don Modesto. Yo sé lo que son los *guasones*; si les cortasen las lenguas, hablarían con las narices. Pero si en otro tiempo alguno de mis camaradas se hubiese atrevido á llamarme *Turris Davidica*, bien hubiera podido añadir: *Ora pro nobis*. Mas ¿es posible que siendo Vd. una santa bendita, les tenga miedo á los maldicientes?

— Ya sabe Vd., D. Modesto, lo que vulgarmente dicen los que piensan mal de todo: entre santa y santo, pared de cal y canto.

— Pero entre Vd. y yo, dijo el Comandante, no hay necesidad de poner ni tabique. Yo, con tantos años á cuestas: yo, que en toda mi vida no he estado enamorado mas que una vez.... y por mas señas que lo estuve de una buena moza, con quien me habria casado á no haberla sorprendido en chicleos con el tambor mayor, que...

— D. Modesto, D. Modesto, gritó Rosa poniéndose erguida. Honre Vd. su nombre y mi estado, y déjese de recuerdos amorosos.

— No ha sido mi intencion escandalizar á usted, dijo D. Modesto en tono contrito: basta que Vd. sepa y yo le jure jamas ha cabido ni cabrá en mí un mal pensamiento.

— D. Modesto, dijo Rosa Mística con impaciencia, (mirándole con un ojo encendido, mientras el otro hacia vanos esfuerzos por imitarlo) ¿me cree Vd. tan simple que pueda pensar que dos personas como Vd. y yo, sensatas y temerosas de Dios, se conduzcan como los casquivanos, que no tienen pudor, ni miedo al pecado? Pero en este mundo no basta obrar bien; es preciso no dar que decir, guardando en todo las apariencias.

— ¡Esta es otra! repuso el Comandante. ¿Qué apariencias puede haber entre nosotros? ¿No sabe Vd. que el que se excusa se acusa?

— Dígole á Vd., respondió la devota, que no faltará quien murmure.

— Y qué voy yo á hacer sin Vd.? preguntó afligido D. Modesto. ¿Qué será de Vd. sin mí, sola en este mundo?

— El que da de comer á los pajaritos, dijo solemnemente Rosa, cuidará de los que en El confían.

D. Modesto, desconcertado, y no sabiendo dónde dar de cabeza, pasó á ver á su amigo el Cura, que lo era tambien de Rosita, y le contó cuanto pasaba.

El Cura hizo patente á Rosita, que sus escrúpulos eran exagerados, é infundados sus temores; que por el contrario, la proyectada separacion daria lugar á ridículos comentarios.

Siguieron, pues, viviendo juntos como ántes, en paz y gracia de Dios. El Comandante, siempre bondadoso y servicial; Rosa, siempre cuidadosa, atenta, y desinteresada; por-

que D. Modesto no se hallaba en el caso de remunerar pecuniariamente sus servicios, puesto que si la empuñadura de su espada de gala no hubiera sido de plata, bien podría haber olvidado de qué color era aquel metal.

CAPITULO VII.

Cuando Stein llegó al convento, toda la familia estaba reunida, tomando el sol en el patio.

Dolores, sentada en una silla baja, remendaba una camisa de su marido. Sus dos niñas, Pepa y Paca, jugaban cerca de la madre. Eran dos lindas criaturas, de seis y ocho años de edad. El niño de pecho, encanastado en su andador, era el objeto de la diversion de otro chico de cinco años, hermano suyo, que se entretenia en enseñarle gracias que son muy á propósito para desarrollar la inteligencia, tan precoz en aquel país. Este muchacho era muy bonito, pero demasiado pequeño; con lo que Momo le hacia rabiar frecuentemente llamándolo Francisco de Anís, en lugar de Francisco de Asís, que era su verdadero nombre. Vestia un diminuto pantalon de tosco paño con chaqueta de lo mismo, cuyas reducidas dimensiones permitian á la camisa formar en torno de su cintura un pomposo buche, como que los pantalones estaban mal sostenidos por un solo tirante de orillo.

— Haz una vieja, Manolillo, decia Anís.

Y el chiquillo hacia un gracioso mohin, cerrando á medias los ojos, frunciendo los labios y bajando la cabeza.

— Manolillo, mata un morito.

Y el chiquillo abria tantos ojos, arrugaba las cejas, cerraba los puños, y se ponía como una grana, á fuerza de fincharse en actitud belicosa. Despues Anís le tomaba las manos, y las volvía y revolvía cantando:

¡ Qué lindas manitas
Que tengo yo !
¡ Qué chicas ! ¡ qué blancas !
¡ Qué monas que son !

La tía María hilaba, y el hermano Gabriel estaba haciendo espuelas con hojas secas de palmito.¹⁾

Un enorme y lanudo perro blanco, llamado Palomo, de la hermosa casta del perro pastor de Extremadura, dormía tendido cuán largo era, ocupando un gran espacio con sus membrudas patas y bien poblada cola, mientras que Morrongo, corpulento gato amarillo, privado desde su juventud de orejas y de rabo, dormía en el suelo, sobre un pedazo de la nagua de la tía María.

Stein, Momo y Manuel llegaron al mismo tiempo por diversos puntos. El último venía de rondar la hacienda, en ejercicio de sus funciones de guarda; traía en una mano la escopeta, y en otra tres perdices y dos conejos.

Los muchachos corrieron hacia Momo, quien de un golpe vació las alforjas, y de ellas salieron, como de un cuerno de la Abundancia, largas cáfilas de frutas de invierno, con las que se suele festejar en España la víspera de Todos Santos: nueces, castañas, granadas, batatas, etc.

— Si Marisalada nos trajera mañana algún pescado, dijo la mayor de las muchachas, tendríamos *jolgorio*.

— Mañana, repuso la Abuela, es día de Todos Santos; seguramente no saldrá á pescar el tío Pedro.

— Pues bien, dijo la chiquilla, será pasado mañana

— Tampoco se pesca el día de los Difuntos.

— ¿Y porqué? preguntó la niña.

— Porque sería profanar un día que la Iglesia consagra á las ánimas benditas: la prueba es que unos pescadores que fueron á pescar tal día como pasado mañana, cuando fueron á sacar las redes, se alegraron al sentir que pesaban mucho; pero en lugar de pescado, no había dentro mas que calaveras. ¿No es verdad lo que digo, hermano Gabriel?

— ¡Por supuesto! yo no lo he visto; pero como si lo hubiera visto, dijo el hermano.

— ¿Y por eso nos haceis rezar tanto el día de Difuntos á la hora del Rosario? preguntó la niña.

— Por eso mismo, respondió la Abuela. Es una costumbre

1) Palmera enana; el *Camerops* de los botánicos.

santa, y Dios no quiere que la descuidemos. En prueba de ello, voy á contaros un ejemplo. — Erase una vez un Obispo, que no tenia mucho empeño en esta piadosa práctica, y no exhortaba á los fieles á ella. Una noche soñó que veia un abismo espantoso, y en su orilla habia un Angel, que con una cadena de rosas blancas y encarnadas, sacaba de adentro á una mujer hermosa, desgredada y llorosa. Cuando se vió fuera de aquellas tinieblas, la mujer, cubierta de resplandor, echó á volar hácia el cielo. Al dia siguiente el Obispo quiso tener una explicacion del sueño, y pidió á Dios que le iluminase. Fuése á la Iglesia, y lo primero que vieron sus ojos fué un niño hincado de rodillas, y rezando el rosario sobre la sepultura de su madre.

— ¿Acaso no sabias eso, chiquilla? decia Pepa á su hermana. Pues mira tú que habia un zagalillo que era un bendito y muy amigo de rezar; habia tambien en el Purgatorio un alma mas deseosa de ver á Dios que ninguna. Y viendo al zagalillo rezar tan de corazon, se fué á él y le dijo: ¿Me das lo que has rezado? — Tómalo, dijo el muchacho; y el alma se lo presentó á Dios, y entró en la gloria de sopeton. ¡Mira tú si sirve el rezo para con Dios!

— Ciertamente, diyo Manuel, no hay cosa mas justa que pedir á Dios por los difuntos; y yo me acuerdo de un cofrade de las ánimas, que estaba una vez pidiendo por ellas á la puerta de una capilla, y diciendo á gritos: «El que eche una peseta en esta bandeja, saca un alma del Purgatorio.» Pasó un chusco, y habiendo echado la peseta, preguntó: «Diga Vd., hermano, ¿cree Vd. que ya está el alma fuera? — Qué duda tiene? repuso el hermano. — Pues entónces, dijo el otro, recojo mi peseta, que no será tan boba ella que se vuelva á entrar.»

— Bien puede Vd. asegurar, D. Federico, dijo la tia María, que no hay asunto para el cual no tenga mi hijo, venga á pelo ó no venga, un cuento, chascarrillo ó chufleta.

En este momento se entraba D. Modesto por el patio, tan erguido, tan grave, como cuando se presentó á Stein en la salida del pueblo, sin mas diferencia que llevar col-

gada de su baston una gran *pescada* ¹⁾), envuelta en hojas de col.

— ¡El Comendante! ¡el Comendante! gritaron todos los presentes.

— ¿Viene Vd. de su castillo de San Cristóbal? preguntó Manuel á D. Modesto, despues de los primeros cumplidos, y de haberle convidado á sentarse en el poyo, que tambien servia de asiento á Stein. Bien podia Vd. empeñarse con mi madre, que es tan buena cristiana, para que rogase al santo bendito que reedificase las paredes del fuerte, al reves de lo que hizo Josué con las del otro.

— Otras cosas de mas entidad tengo que pedirle al santo, respondió la Abuela.

— Por cierto, dijo fray Gabriel, que la tia María tiene que pedir al Santo cosas de mas entidad, que reedificar las paredes del castillo. Mejor seria pedirle que rehabilitase el convento.

D. Modesto, al oir estas palabras, se volvió con gesto severo hácia el hermano, el cual visto este movimiento, se metió detras de la tia María, encogiéndose de tal manera, que casi desapareció de la vista de los concurrentes.

— Por lo que veo, prosiguió el veterano, el hermano Gabriel no pertenece á la iglesia militante. ¿No se acuerda Vd. de que los judíos, ántes de edificar el templo, habian conquistado la tierra prometida, espada en mano? ¿Habria iglesias y sacerdotes en la Tierra Santa, si los Cruzados no se hubieran apoderado de ella, lanza en ristre?

— Pero ¿porqué ha de pedir cosas imposibles la buena tia María? dijo entónces Stein, con la sana intencion de distraer de aquel asunto al Comandante, cuya bÍlis empezaba á exaltarse.

— Eso no importa, contestó Manuel, ni reparan en ello las ancianas; si no, aquella que le pedia á Dios sacar la lotería, y habiéndole preguntado uno si habia echado, respondió: «¿pues si hubiese echado, dónde estaria el milagro?»

— Lo cierto es, opinó D. Modesto, que yo quedaria muy

1) Una merluza.

agradecido al Santo, si tuviese á bien inspirar al Gobierno el pensamiento laudable de rehabilitar el fuerte.

— De reedificarlo, querrá Vd. decir, repuso Manuel; pero cuidado con arrepentirse despues, como le sucedió á una devota del Santo, la cual tenia una hija tan fea, tan tonta y tan para nada, que no pudo hallar un desesperado que quisiese cargar con ella. Apurada la pobre mujer, pasaba los dias hincada delante del santo bendito, pidiéndole un novio para su hija: en fin, se presentó uno, y no es ponderable la alegría de la madre; pero no duró mucho, porque salió tan malo, y trataba tan mal á su mujer y á su suegra, que esta se fué á la iglesia, y puesta delante del Santo, le dijo:

San Cristobalon

Patazas, manazas, cara de cuerno.

Tan judío eres tú como mi yerno.

Durante toda esta conversacion, Morrongo despertó, arqueó el lomo tanto como el de un camello, dió un gran bostezo, se relamió los bigotes, y olfateando en el aire ciertas, para él gratas emanaciones, fuése acercando poquito á poco á D. Modesto, hasta colocarse detras del perfumado paquete colgado de su baston. Inmediatamente recibió en sus patas de terciopelo una piedrecilla lanzada por Momo, con la singular destreza que saben emplear los de su edad en el manejo de esa clase de armas arrojadizas. El gato se retiró con prontitud; pero no tardó en volver á ponerse en observacion, haciéndose el dormido. D. Modesto cayó en la cuenta, y perdió su tranquilidad de ánimo.

Miéntas pasaban estas evoluciones, Anís preguntaba al niño:

— Manolito, ¿cuántos Dioses hay?

Y el chiquillo levantaba los tres dedos.

— No, decia Anís, levantando un dedo solo: no hay mas que uno, uno, uno.

Y el otro persistia en tener los tres dedos levantados.

— Mae-abuela, gritó Anís oñuscado. El niño dice que hay tres Dioses.

— Simple, respondió esta, ¿acaso tienes miedo de que le lleven á la Inquisicion? ¿No ves que es demasiado

chico para entender lo que le dicen y aprender lo que le enseñan?

— Otros hay mas viejos, dijo Manuel, y que no por eso están mas adelantados; como por ejemplo, aquel ganso que fué á confesarse, y habiéndole preguntado el confesor ¿cuántos dioses hay? respondió muy en sí: ¡siete! — ¡Siete! exclamó atónito el confesor. — ¿Y cómo ajustas esa cuenta? — Muy fácilmente. Padre, Hijo y Espíritu Santo, son tres; tres personas distintas, son otros tres, y van seis; y un solo Dios verdadero, siete cabales. — Palurdo, le contestó el Padre, ¿no sabes que las tres Personas no hacen mas que un Dios? — ¡Uno no mas! dijo el penitente. ¡Ay Jesus! ¡Y qué reducida se ha quedado la familia!

— ¡Vaya, prorumpió la tia María, si tiene que ver cuánta chilindrina ha aprendido mi hijo miéntras sirvió al Rey! Pero hablando de otra cosa, ¿no nos ha dicho Vd., señor Comandante, cómo está Marisaladilla?

— Mal, muy mal, tia María, desmejorándose por dias. Lástima me da de ver al pobre Padre, que está pasadito de pena. Esta mañana la muchacha tenia un buen calenturon; no toma alimento, y la tos no la deja un instante.

— ¿Qué está Vd. diciendo, señor? exclamó la tia María. ¡D. Federico! Vd. que ha hecho tan buenas curas, que le ha sacado un lobanillo á fray Gabriel, y enderezado la vista á Momo, ¿no podria Vd. hacer algo por esa pobre criatura?

— Con mucho gusto, respondió Stein. Haré lo que pueda por aliviarla.

— Y Dios se lo pagará á Vd.; mañana por la mañana iremos á verla. Hoy está Vd. cansado de su paseo.

— No le arriendo la ganancia, dijo Momo refunfuñando. — Muchacha mas soberbia...

— No tiene nada de eso, repuso la abuela; es un poco arisca, un poco huraña... ¡Ya se ve! se ha criado sola, en su solo cabo: con un Padre que es mas blando que una paloma, á pesar de tener la corteza algo dura, como buen catalan y marinero. Pero Momo no puede sufrir á Marisalada, desde que dió en llamarle *romo*, á causa de serlo.

En este momento se oyó un estrépito: era el Comandante

que perseguia, dando grandes trancos al pícaro de Morrongo, el cual, frustrando la vigilancia de su dueño, habia cargado con la pescada.

— Mi Comandante, le gritó Manuel riéndose, sardina que lleva el gato, tarde ó nunca vuelve al plato. Pero aquí hay una perdiz en cambio.

D. Modesto agarró la perdiz, dió gracias, se despidió, y se fué echando pestes contra los gatos.

Durante toda esta escena, Dolores habia dado de mamar al niño, y procuraba dormirle, meciéndole en sus brazos, y cantándole:

Allá arriba, en el monte Calvario,
Matita de oliva, matita de olor,
Arrullaban la muerte de Cristo
Cuatro jilgueritos y un ruiseñor.

Difícil seria á la persona que recoge al vuelo, como un muchacho las mariposas, estas emanaciones poéticas del pueblo, responder al que quisiese analizarlas, el porqué los ruiseñores y los jilgueros plañeron la muerte del Redentor; porqué la golondrina arrancó las espinas de su corona; porqué se mira con cierta veneracion el romero, en la creencia de que la Virgen secaba los pañales del Niño Jesus en una mata de aquella planta; porqué, ó mas bien, cómo se sabe que el sauce es un árbol de mal agüero, desde que Judas se ahorcó de uno de ellos; porqué no sucede nada malo en una casa, si se sahuma con romero la noche de Navidad; porqué se ven todos los instrumentos de la Pasion en la flor que ha merecido aquel nombre. Y en verdad, no hay respuestas á semejantes preguntas. El pueblo no las tiene ni las pide: ha recogido esas especies como vagos sonidos de una música lejana, sin indagar su origen, ni analizar su autenticidad. Los *sabios* y los hombres *positivos* honrarán con una sonrisa de desdenosa compasion á la persona que estampa estas líneas. Pero á nosotros nos basta la esperanza de hallar alguna simpatía en el corazon de una madre, bajo el humilde techo del que sabe poco y siente mucho, ó en el místico retiro de un claustro, cuando decimos que por nuestra parte creemos que siempre ha habido y hay para las almas piadosas y ascéticas,

revelaciones misteriosas, que el mundo llama delirios de imaginaciones sobreexcitados, y que las gentes de fe dócil y ferviente, miran como favores especiales de la Divinidad.

Dice Henri Blaze, «¡cuántas ideas pone la tradicion en el aire en estado de germen, á las que el Poeta da vida con un soplo!» Esto mismo nos parece aplicable á estas cosas, que nada obliga á creer, pero que nada autoriza tampoco á condenar. Un origen misterioso puso el germen de ellas en el aire, y los corazones creyentes y piadosos les dan vida. Por mas que talen los apóstoles de racionalismo el árbol de la fe, si tiene este sus raíces en buen terreno, esto es, en un corazon sano y ferviente, ha de echar eternamente ramas vigorosas y floridas, que se alcen al Cielo.

— Pero, D. Federico, dijo la tia María, miéntas este se entregaba á las reflexiones que preceden: todavía á la hora esta no nos ha dicho Vd. qué tal le parece nuestro pueblo.

— No puedo decirlo, respondió Stein, porque no lo he visto: me quedé afuera aguardando á Momo.

— ¿Es posible que no haya Vd. visto la Iglesia, ni el cuadro de Nuestra Señora de las Lágrimas, ni el San Cristóbal, tan hermoso y tan grande, con la gran palmera y el Niño Dios en los hombros, y una ciudad á sus piés, que si diera un paso, la aplastaba como un hongo? ¿Ni el cuadro en que está Santa Ana enseñando á leer á la Virgen? ¿Nada de eso ha visto Vd.?

— No he visto, repuso Stein, sino la capilla del Señor del Socorro.

— Yo no salgo del convento, dijo el hermano Gabriel, sino para ir todos los viernes á esa capilla, á pedir al Señor una buena muerte.

— ¿Y ha reparado Vd., D. Federico, continuó la tia María, en los milagros? ¡Ah D. Federico! No hay un señor mas milagroso en el mundo entero. En aquel Calvario empieza la *Via Crucis*. Desde allí hasta la última cruz, hay el mismo número de pasos que desde la casa de Pilatos al Calvario. Una de aquellas cruces viene á caer frente por frente de mi casa, en la calle Real. ¿No ha reparado usted en ella? Es justamente la que forma la octava estacion, donde el Sal-

vador dijo á las mujeres de Jerusalem: «No lloreis sobre mí; llorad sobre vosotras y vuestros hijos.» Estos hijos, añadió la tia María dirigiéndose á fray Gabriel, son los perros judíos.

— ¡Son los judíos! repitió el hermano Gabriel.

— En esta estacion, continuó la anciana, cantan los fieles:

Si á llorar Cristo te enseña,
Y no tomas la leccion,
O no tienes corazon,
O será de bronce ó peña.

— Junto á la casa de mi madre, dijo Dolores, está la novena cruz, que es donde se canta:

Considera cuán tirano
Serás con Jesus rendido,
Si en tres veces que ha caido
No le das una la mano.

O tambien de esta manera:

¡Otra vez yace postrado!
¡Tres veces Jesus cayó!
¡Tanto pesa mi pecado!
¡Y tanto he pecado yo!

V. ¡Rompa el llanto y el gemir.
R. Porque es Dios quien va á morir!

— ¡Oh D. Federico! continuó la buena anciana, no hay cosa que tanto me parta el corazon, como la Pasion del que vino á redimirnos! El Señor ha revelado á los Santos los tres mayores dolores que le angustiaron: primero, el poco fruto que produciria la tierra que regaba con su sangre: segundo, el dolor que sintió cuando extendieron y ataron su cuerpo para clavarlo en la cruz, descoyuntando todos sus huesos como lo habia profetizado David¹⁾. El tercero... (añadió la buena mujer fijando en su hijo sus ojos enternecidos), el tercero, cuando presencié la angustia de su Madre. Hé aquí la única razon (prosiguió despues de algunos instantes de silencio), porque no estoy aquí tan gustosa como en el pueblo: porque aquí no puedo seguir mis devociones. Mi marido, sí, Manuel,

1) Dinumeraverunt omnia ossa mea.

tu Padre, que no habia sido soldado, y que era mejor cristiano que tú, pensaba como yo. El pobre (en gloria esté), era hermano del Rosario de la Aurora, que sale despues de la media noche á rezar por las Animas. Rendido de haber trabajado todo el dia, se echaba á dormir, y á las doce en punto, venia un hermano á la puerta, y tocando una campanilla, cantaba:

A tu puerta está una campanilla:
Ni te llama ella, ni te llama yo:
Que te llaman tu Padre y tu Madre,
Para que por ellos le ruegues á Dios.

Cuando tu Padre oia esta copla, no sentia ni cansancio ni gana de dormir. En un abrir y cerrar de ojos se levantaba y echaba á correr detras del hermano. Todavía me parece que estoy oyéndole cantar al alejarse:

La corona se quita Maria,
Y á su propio Hijo se la presentó,
Y le dijo: «ya yo no soy Reina,
Si tú no suspendes tu justo rigor.»
Jesus respondió:
«Si no fuera por tus ruegos, Madre,
Ya hubiera acabado con el pecador.»

Los chiquillos, que gustan tanto de imitar lo que ven hacer á los grandes, se pusieron á cantar en la lindísima tonada de las coplas de la Aurora:

¡Si supieras la entrada que tuvo
El Rey de los Cielos en Jerusalem! . . .
Que no quiso coche llevar, ni calesa,
Sino un jumentillo que prestado fué!

— D. Federico, dijo la tia María despues de un rato de silencio. ¿Es verdad que hay por esos mundos de Dios, hombres que no tienen fe?

Stein calló.

— ¡Qué no pudiera Vd. hacer con los ojos del entendimiento de los tales, lo que ha hecho con los de la cara de Momo! contestó con tristeza, y quedándose pensativa, la buena anciana.

CAPITULO VIII.

Al día siguiente caminaba la tía María hacia la habitación de la enferma, en compañía de Stein y de Momo, escudero pedestre de su Abuela, la cual iba montada en la formal *Golondrina*, que siempre servicial, mansa y dócil, caminaba derecha, con la cabeza caída y las orejas gachas, sin hacer un solo movimiento espontáneo, excepto si se encontraba con un cardo, su homónimo, al alcance de su hocico.

Llegados que fueron, se sorprendió Stein de hallar en medio de aquella uniforme comarca, de tan grave y seca naturaleza, un lugar frondoso y ameno, que era como un oasis en el desierto.

Abríase paso la mar por entre dos altas rocas, para formar una pequeña ensenada circular, en forma de herradura, que estaba rodeada de finísima arena, y parecía un plato de cristal, puesto sobre una mesa dorada. Algunas rocas se asomaban tímidamente entre la arena, como para brindar con asientos y descanso en aquella tranquila orilla. A una de estas rocas estaba amarrada la barca del pescador, balanceándose al empuje de la marea, cuál se impacienta el corcel que han sujetado.

Sobre el 'peñasco del frente descollaba el fuerte de San Cristóbal, coronado por las copas de higueras silvestres, como lo está un viejo Drúida por hojas de encina.

A pocos pasos de allí descubrió Stein un objeto que le sorprendió mucho. Era una especie de jardín subterráneo, de los que llaman en Andalucía *navazos*. Fórmanse estos escavando la tierra hasta cierta profundidad, y cultivando el fondo con esmero. Un cañaveral de espeso y fresco follaje circundaba aquel enterrado huerto, dando consistencia á los planos perpendiculares que le rodeaban con su fibrosa raigambre, y preservándolo con sus copiosos y elevados tallos contra las irrupciones de la arena. En aquella hondura, no obstante la proximidad de la mar, la tierra produce sin necesidad de riego, abundantes y bien sazonadas legumbres; porque el agua del mar, filtrándose por espesas capas de

arena, se despoja de su acritud, y llega á las plantas adaptable para su alimentacion. Las sandías de los navazos, en particular, son exquisitas, y algunas de ellas de tales dimensiones, que bastan dos para la carga de una caballería mayor.

— ¡Vaya si está hermoso el navazo del tio Pedro! dijo la tia María. No parece sino que lo riega con agua bendita. El pobrecito siempre está trabajando; pero bien le luce. Apuesto á que coge ogaño tomates como naranjas, y sandías como ruedas de molino.

— Mejores han de ser, repuso Momo, las que acá cojamos en el cojumbral de la orilla del rio.

Un *cojumbral* es el plantío de melones, maíz y legumbres sembrado en un terreno húmedo, que el dueño del cortijo suele ceder gratuitamente á las gentes del campo pobres, que cultivándolo, lo benefician.

— A mí no me hacen gracia los cojumbrales, contestó la Abuela meneando la cabeza.

— ¿Pues acaso no sabe Vd., señora, replicó Momo, lo que dice el refran que «un cojumbral da dos mil reales, una capa, un cochino gordo y un chiquillo mas á su dueño?»

— Te se olvidó la cola, repuso la tia María, que es «un año de tercianas,» las cuales se tragan las otras ganancias, ménos la del hijo.

El pescador habia construido la cabaña con los despojos de su barca, que el mar habia arrojado á la playa. Habia apoyado el techo en la peña, y cobijaba este una especie de gradería natural, que formaba la roca; lo que hacia, que la habitacion tuviese tres pisos. El primero se componia de una pieza alta, bastante grande para servir de sala, cocina, gallinero y establo de invierno para la burra. El segundo, al cual se subia por unos escalones abiertos á pico en la roca, se componia de dos cuartitos. En el de la izquierda, sombrío y pegado á la peña, dormia el tio Pedro; el de la derecha era el de su hija, que gozaba del privilegio exclusivo de una ventanita que habia servido en el barco, y que daba vista á la ensenada. El tercer piso, al que conducia el pasadizo que separaba los cuartitos del padre y de su hija, lo formaba un oscuro y ahogado desvan. El techo, que como

hemos dicho, se apoyaba en la roca, era horizontal y hecho de enea, cuya primera capa, podrida por las lluvias, producía una selva de yerbas y florecillas, de manera que cuando en otoño, con las aguas, resucitaba allí la naturaleza de los rigores del verano, la choza parecía techada con un pensil.

Cuando los recién venidos entraron en la cabaña, encontraron al pescador triste y abatido, sentado á la lumbre, frente de su hija, que con el cabello desordenado y colgando á ambos lados de su pálido rostro, encogida y tiritando, envolvía sus desordenados miembros en un toquillon de bayeta parda. No parecía tener arriba de trece años. La enferma fijó sus grandes y ariscos ojos negros en las personas que entraban, con una expresión poco benévola, volviendo en seguida á acurrucarse en el rincón del hogar.

— Tío Pedro, dijo la tía María: Vd. se olvida de sus amigos; pero ellos no se olvidan de Vd. ¿Me querrá Vd. decir para qué le dió el Señor la boca? ¿No hubiera Vd. podido venir á decirme que la niña estaba mala? Si ántes me lo hubiese Vd. dicho, ántes hubiese yo venido aquí con el señor, que es un médico de los pocos, y que en un dos por tres se la va á Vd. á poner buena.

Pedro Santaló se levantó bruscamente, se adelantó hácia Stein; quiso hablarle; pero de tal suerte estaba conmovido, que no pudo articular palabra, y se cubrió el rostro con las manos.

Era un hombre de edad, de aspecto tosco y formas colosales. Su rostro tostado por el sol, estaba coronado por una espesa y bronca cabellera cana: su pecho, rojo como el de los indios del Ohío, estaba cubierto de vello.

— Vamos, tío Pedro, (siguió la tía María, cuyas lágrimas corrían hilo á hilo por sus mejillas, al ver el desconsuelo del pobre Padre); ¡un hombre como Vd., tamaño como un templo, con un aquel que parece que se va á comer los niños crudos, se amilana así sin razón! ¡Vaya! ¡ya veo que es Vd. todo fachada!

— ¡Tía María! respondió en voz apagada el pescador, ¡con esta serán cinco hijos enterrados!

— ¡Señor! ¿y porqué se ha de descorazonar Vd. de esta

manera? Acuérdesse Vd. del santo de su nombre, que se hundió en la mar cuando le faltó la fe que le sostenia. Le digo á Vd. que con el favor de Dios, D. Federico curará á la niña en un decir Jesus.

El tio Pedro meneó tristemente la cabeza.

— ¡Qué cabezones son estos catalanes! dijo la tia María con viveza, y pasando por delante del pescador, se acercó á la enferma, y añadió:

— Vamos, Marisalada, vamos, levántate, hija, para que este señor pueda examinarte.

Marisalada ne se movió.

— Vamos, criatura, repitió la buena mujer; verás cómo te va á curar como por ensalmo.

Diciendo estas palabras, cojió por un brazo á la niña, procurando levantarla.

— ¡No me da la gana! dijo la enferma, desprendiéndose de la mano que la retenia, con una fuerte sacudida.

— Tan suavita es la hija como el Padre; quien lo hereda no lo hurta, murmuró Momo, que se habia asomado á la puerta.

— Como está mala, está impaciente, dijo su Padre, tratando de disculparla.

Marisalada tuvo un golpe de tos. El pescador se retorció las manos de angustia.

— Un resfriado, dijo la tia María: vamos que eso no es cosa del otro juéves. Pero tambien, tio Pedro de mis pecados, ¿quién consiente en que esa niña con el frio que hace, ande descalza de piés y piernas por esas rocas y esos ventisqueros?

— ¡Queria! respondió el tio Pedro.

— ¿Y por qué no se le dan alimentos sanos, bucnos caldos, leche, huevos? Y no que lo que come no son mas que mariscos.

— ¡No quiere! respondió con desaliento el Padre.

— Morirá de mal mandada, opinó Momo, que se habia apoyado cruzado de brazos en el quicio de la puerta.

— ¿Quieres meterte la lengua en la faltriquera? le dijo impaciente su Abuela; y volviéndose á Stein, D. Federico,

procure Vd. examinarla sin que tenga que moverse, pues no lo hará aunque la maten.

Stein empezó por preguntar al Padre algunos pormenores sobre la enfermedad de su hija; acercándose despues á la paciente, que estaba amodorrada, observó que sus pulmones se hallaban oprimidos en la estrecha cavidad que ocupaban, y estaban irritados de resultas de la opresion. El caso era grave. Tenia una gran debilidad por falta de alimentos, tos honda y seca, y calentura continua; en fin, estaba en camino de la consuncion.

— ¿Y todavía le da por cantar? preguntó la anciana durante el exámen.

— Cantará crucificada como los *murciélagos*, dijo Momo, sacando la cabeza fuera de la puerta, para que el viento se llevase sus suaves palabras, y no las oyese su Abuela.

— Lo primero que hay que hacer, dijo Stein, es impedir que esta niña se exponga á la intemperie.

— ¿Lo estás oyendo? dijo á la niña su angustiado Padre.

— Es preciso, continuó Stein, que gaste calzado y ropa de abrigo.

— ¡Si no quiere! exclamó el pescador, levantándose precipitadamente, y abriendo una arca de cedro, de la que sacó cantidad de prendas de vestir. Nada le falta; ¡cuanto tengo y puedo juntar, es para ella! María, hija, ¿te pondrás estas ropas? ¡hazlo por Dios, Mariquilla! ya ves que lo manda el Médico.

La muchacha que se habia despabilado con el ruido que habia hecho su padre, lanzó una mirada díscola á Stein, diciendo con voz áspera:

— ¿Quién me gobierna á mí?

— No me dieran á mí mas trabajo que ese, y una vara de acebuche, murmuró Momo.

— Es preciso, prosiguió Stein, alimentarla bien, y que tome caldos sustanciosos.

La tia María hizo un gesto expresivo de aprobacion.

— Debe nutrirse con leche, pollos, huevos frescos, y cosas análogas.

— ¡Cuando yo le decia á Vd., prorumpió la abuelita en-

carándose con el tío Pedro, que el señor es el mejor médico del mundo entero!

— Cuidado que no cante, advirtió Stein.

— ¡Qué no vuelva yo á oirla! exclamó con dolor el pobre tío Pedro.

— ¡Pues mira que desgracia! contestó la tía María. Deje Vd. que se ponga buena, y entónces podrá cantar de día y de noche como un reloj. Pero estoy pensando que lo mejor será que yo me la lleve á mi casa; porque aquí no hay quien la cuide, ni quien haga un buen puchero, como lo sé yo hacer.

— Lo sé por experiencia, dijo Stein sonriéndose; y puedo asegurar que el caldo hecho por manos de mi buena enfermera, se le puede presentar á un Rey.

La tía María se esponjó tan satisfecha.

— Con que, tío Pedro, no hay mas que hablar; me la llevo.

— ¡Quedarme sin ella! No, no puede ser!

— Tío Pedro, tío Pedro, no es esa la manera de querer á los hijos, replicó la tía María; el amar á los hijos, es anteponer á todo, lo que á ellos conviene.

— Pues bien está, repuso el pescador levantándose de repente; llévesela Vd.: en sus manos la pongo, al cuidado de ese señor la entrego, y al amparo de Dios la encomiendo.

Diciendo esto, salió precipitadamente de la casa, como si temiese volverse atras de su determinacion; y fué á aparejar su burra.

— D. Federico, (preguntó la tía María, cuando quedaron solos con la niña, que permanecía aletargada), ¿no es verdad que la pondrá Vd. buena con la ayuda de Dios?

— Así lo espero, contestó Stein, ¡no puedo expresar á Vd. cuánto me interesa ese pobre Padre!

La tía María hizo un lio de la ropa que el pescador habia sacado, y este volvió trayendo del diestro la bestia. Entre todos colocaron encima á la enferma, la que siguiendo amodorrada con la calentura, no opuso resistencia. Antes que la tía María se subiese en *Golondrina*, que parecia bastante satisfecha de volverse en compañía de *Urca* (que tal era la

gracia de la burra del tío Pedro), este llamó aparte á la tia María, y le dijo dándole unas monedas de oro:

— Esto pude escapar de mi naufragio; tómelo Vd. y déselo al Médico; que cuanto yo tengo, es para quien salve la vida de mi hija.

— Guarde Vd. su dinero, respondió la tia María, y sepa que el doctor ha venido aquí en primer lugar por Dios, y en segundo..... por mí. La tia María dijo estas últimas palabras con un ligero tinte de fatuidad.

Con esto, se pusieron en camino.

— No ha de parar Vd., Madre abuela, dijo Momo que caminaba detras de Golondrina, hasta llenar de gentes el convento, tan grande como es. Y qué, ¿no es bastante buena la choza para la Princesa Gaviota?

— Momo, respondió su Abuela, métete en tus calzones: ¿estás?

— Pero ¿qué tiene Vd. que ver, ni qué le toca esa gaviota montaraz, para que asina la tome á su cargo, señora?

— Momo, dice el refran «¿quién es tu hermana? la vecina mas cercana;» y otro añade, «al hijo del vecino quitarle el moco y meterlo en casa,» y la sentencia reza: «al prójimo como á tí mismo.»

— Otro hay que dice, al prójimo contra una esquina, repuso Momo. ¡Pero nada! Vd. se ha encalabrinado en ganarle la palmeta á San Juan de Dios.

— No serás tú el Angel que me ayude; dijo con tristeza la tia María.

Dolores recibió á la enferma con los brazos abiertos, celebrando como muy acertada la determinacion de su suegra.

Pedro Santaló, que habia llevado á su hija, ántes de volverse, llamó aparte á la caritativa enfermera, y poniéndole las monedas de oro en la mano, le dijo:

— Esto es para costear la asistencia, y para que nada le falte. En cuanto á la caridad de Vd., tia María, Dios será el premio.

La buena anciana vaciló un instante, tomó el dinero, y dijo:

— Bien está; nada le faltará; vaya Vd. descuidado, tío Pedro, que su hija queda en buenas manos.

El pobre Padre salió aceleradamente, y no se detuvo hasta llegar á la playa. Allí se paró, volvió la cara hácia el convento, y se echó á llorar amargamente.

Entre tanto la tia María decia á Momo: menéate, ves al lugar, y tráeme un jamon de en casa del Serrano, que me hará el favor de dártelo añejo, en sabiendo que es para un enfermo; tráete una libra de azúcar, y una cuarta de almendras.

— ¡Eche Vd. y no se derrame! exclamó Momo, y eso ¿piensa Vd. que me lo den fiado, ó por mi buena cara?

— Aquí tienes con que pagar, repuso la Abuela, poniéndole en la mano una moneda de oro de cuatro duros.

— ¡Oro! exclamó. estupefacto Momo, que por primera vez en su vida veia ese metal acuñado. ¿De dónde demonios ha sacado Vd. esa moneda?

— ¿Qué te importa? repuso la tia María; no te metas en camisa de once varas. Corre, vuela, ¿estás de vuelta?

— ¡Pues solo faltaba, repuso Momo, el que le sirviese yo de criado á esa pilla de playa, á esa condenada gaviota! No voy, ni por los catalanes.

— Muchacho, ponte en camino, y *liberal*¹⁾.

— Que no voy ni hecho trizas, recalcó Momo.

— José, dijo la tia María al ver salir al pastor, ¿vas al lugar?

— Sí señora, ¿qué me tiene Vd. que mandar?

Hízole la buena mujer sus encargos, y añadió: Ese Momo, esa mal alma, no quiere ir, y yo no se lo quiero decir á su padre, que le haria ir de cabeza, porque llevaria una soba tal, que no le habia de quedar en su cuerpo hueso sano.

— Sí, sí, esmérese Vd. en cuidar á esa cuerva, que le sacará los ojos; dijo Momo. ¡Ya verá el pago que le da! y si no..... el tiempo!

1) Es decir: pronto, vé de prisa.

CAPITULO IX.

Un mes despues de las escenas que acabamos de referir, Marisalada se hallaba con notable alivio, y no demostraba el menor deseo de volverse con su Padre.

Stein estaba completamente restablecido. Su índole benévola, sus modestas inclinaciones, sus naturales simpatías le apegaban cada dia mas al pacífico círculo de gentes buenas, sencillas y generosas en que vivia. Disipábase gradualmente su amargo desaliento, y su alma revivia y se reconciliaba cordialmente con la existencia y con los hombres.

Una tarde, apoyado en el ángulo del convento que hacia frente al mar, observaba el grandioso espectáculo de uno de los temporales, que suelen inaugurar el invierno. Una triple capa de nubes pasaba por cima de él, rápidamente impelida por el vendaval. Las mas bajas, negras y pesadas parecian la vetusta cúpula de una ruinosa catedral, que amenazase desplomarse. Cuando caian al suelo desgajándose en agua, veíase la segunda capa, ménos sombría y mas ligera, que era la que desafiaba en rapidez al viento que la desgarraba, descubriéndose por sus aberturas otras nubes mas altas y mas blancas, que corrian aun mas de prisa, como si temiesen mancillar su albo ropaje al rozarse con las otras. Daban paso estos intersticios á unas súbitas ráfagas de claridad, que unas veces caian sobre las olas, y otras sobre el campo, desapareciendo en breve, reemplazadas por la sombra de otras mustias nubes; cuyas alternativas de luz y de sombra daban extraordinaria animacion al paisaje. Todo ser viviente habia buscado un refugio contra el furor de los elementos, y no se oia sino el lúgubre duo del mugir de las olas y del bramido del huracan. Las plantas de la dehesa doblaban sus ásperas cimas á la violencia del viento, que despues de azotarlas, iba á perderse á lo léjos con sordas amenazas. La mar agitada formaba esas enormes olas, que gradualmente, se *hinchán, vacilan, y revientan mugientes y espumosas*, segun la expresion de Goethe, cuando las compara en su Torcuato Tasso, con la ira en el pecho del hombre. La reventazon rompía

con tal furor en las rocas del fuerte de San Cristóbal, que salpicaba de copos de blanca espuma las hojas secas y amarillentas de las higueras, árbol del estío, que no se place sino á los rayos de un sol ardiente, y cuyas hojas, á pesar de su tosco exterior, no resisten al primer golpe frio que las hiere.

— ¿Es Vd. un aljibe, D. Federico, para querer recoger toda el agua que cae del Cielo? preguntó á Stein el pastor José; — colemos á dentro; que los tejados se hicieron para estas noches. Algo darian mis pobres ovejas, por el amparo de unas tejas.

Entraron, ambos, en efecto, hallando á la familia de Alerza reunida á la lumbre.

A la izquierda de la chimenea, Dolores, sentada en una silla baja, sostenia en el brazo al niño de pecho, el cual, vuelto de espaldas á su Madre, se apoyaba en el brazo que le rodeaba y sostenia, como en el barandal de un balcon, moviendo sin cesar sus piernecitas y sus bracitos desnudos, con risas y chillidos de alegría, dirigidos á su hermano Anís; este, muy gravemente sentado en el borde de una maceta vacía, frente al fuego, se mantenía tieso é inmóvil, temeroso de que su parte posterior perdiese el equilibrio, y se hundiese en el tiesto, percance que su Madre le habia vaticinado.

La tia María estaba hilando al lado derecho de la chimenea; sus dos nietecitas, sentadas sobre troncos de pita secos, que son excelentes asientos, ligeros, sólidos y seguros. Casi debajo de la campana de la chimenea, dormían el fornido Palomo y el grave Morrongo, tolerándose por necesidad, pero manteniéndose ambos recíprocamente á respetuosa distancia.

En medio de la habitacion habia una mesa pequeña y baja, en la que ardía un velon de cuatro mecheros; junto á la mesa estaban sentados el hermano Gabriel, haciendo sus espuestas de palma; Momo, que remendaba el aparejo de la buena Golondrina, y Manuel, que picaba tabaco. Hervia al fuego un perol lleno de batatas de Málaga, vino blanco, miel, canela y clavos; y la familia menuda aguardaba con impaciencia que la perfumada compota acabase de cocer.

— ¡Adelante, adelante! gritó la tia María al ver llegar á su huésped y al pastor; ¿qué hacen ustedes ahí fuera, con un temporal como este, que parece se quiere tragar el mundo? D. Federico, aquí, aquí; junto al fuego, que está convidando. Sepa Vd. que la enferma ha cenado como una Princesa, y ahora está durmiendo como una Reina. Va como la espuma su cura, ¿no es verdad, D. Federico?

— Su mejoría sobrepuja mis esperanzas.

— Mis caldos, opinó con orgullo la tia María.

— Y la leche de burra, añadió por lo bajo fray Gabriel.

— No hay duda, repuso Stein, y debe seguir tomándola.

— No me opongo, dijo la tia María; porque la tal leche de burra es como del redaño; si no hace bien, no hace daño.

— ¡Ah! ¡qué bien está aquí! dijo Stein acariciando á los niños; si se pudiese vivir pensando solo en el dia de hoy, sin acordarse del de mañana!

— Sí, sí, D. Federico, exclamó alégremente Manuel, «media vida es la candela; pan y vino, la otra media.»

— ¿Y qué necesidad tiene Vd. de pensar en ese mañana? repuso la tia María. ¿Es regular que el dia de mañana nos amargue el de hoy? De lo que tenemos que cuidar es del de hoy, para que no nos amargue el de mañana.

— El hombre es un viajero, dijo Stein, y tiene que mirar al camino.

— Cierto, dijo la tia María, que el hombre es un viajero; pero si llega á un lugar donde se encuentra bien, debe decir como Elías, ó como San Pedro, que no estoy cierta: «bien estamos aquí: armemos las tiendas.»

— Si va Vd. á echarnos á perder la noche, dijo Dolores, con hablar de viaje, creeremos que le hemos ofendido, ó que no está aquí á gusto.

— ¿Quién habla; de viajes en mitad de Diciembre? preguntó Manuel. ¿No ve Vd., santo señor, los humos que tiene la mar? Escuche Vd. las seguidillas que está cantando el viento. Embárguese Vd. con este tiempo, como se embarcó en la guerra de Navarra, y saldrá con las manos en la cabeza, como salió entónces.

— Además, añadió la tía María, que todavía no está enteramente curada la enferma.

— Madre, dijo Dolores, sitiada por los niños, si no llama Vd. á esas criaturas, no se cocerán las batatas de aquí al día del Juicio.

La Abuela arrimó la rueda á un rincon, y llamó á sus nietos.

— No vamos, respondieron á una voz, si no nos cuenta Vd. un cuento.

— Vamos, lo contaré, dijo la buena anciana.

Entónces los muchachos se le acercaron; Anís recobró su posicion en el tiesto, y ella tomó la palabra en los términos siguientes:

MEDIO - POLLITO.

CUENTO.

Erase vez y vez una hermosa gallina, que vivia muy holgadamente en un cortijo, rodeada de su numerosa familia, entre la cual se distinguia un pollo deforme y estropeado. Pues este era justamente el que la Madre queria mas; que así hacen siempre las Madres. El tal aborto habia nacido de un huevo muy *rechiquetetillo*. No era mas que un pollo á medias; y no parecia sino que la espada de Salomon habia ejecutado en él la sentencia que en cierta ocasion pronunció aquel Rey tan sabio. No tenia mas que un ojo, un ala y una pata: y con todo eso, tenia mas humos que su Padre, el cual era el gallo mas gallardo, mas valiente y mas galan que habian en todos los corrales de veinte leguas á la redonda. Creíase el polluelo el Fénix de su casta. Si los demas pollos se burlaban de él, pensaba que era por envidia; y si lo hacian las pollas, decia que era de rabia, por el poco caso que de ellas hacia.

Un dia le dijo á su Madre: — Oiga Vd., Madre. El campo me fastidia. Me he propuesto ir á la corte; quiero ver al Rey y á la Reina.

La pobre Madre se echó á temblar al oir aquellas palabras.

— Hijo, exclamó, ¿quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Tu Padre no salió jamás de su tierra, y ha sido la honra de su casta. ¿Dónde encontrarás un corral como el que tienes? ¿Dónde un monton de estiércol mas soberbio? ¿Un alimento mas sano y abundante, un gallinero tan abrigado cerca del anden, una familia que mas te quiera?

— *Nego*, dijo Medio-pollito en latin, pues la echaba de leido y escrito; mis hermanos y mis primos son unos ignorantes y unos palurdos.

— Pero, hijo mio, repuso la madre, ¿no te has mirado al espejo? ¿No te ves con una pata y con un ojo de ménos?

— Ya que me sale Vd. por ese registro, replicó Medio-pollito, diré que debia Vd. caerse muerta de vergüenza de verme en este estado. Vd. tiene la culpa, y nadie mas. ¿De qué huevo he salido yo al mundo? ¿A que fué del de un gallo viejo? ¹⁾

— No, hijo mio, dijo la Madre; de esos huevos no salen mas que basiliscos. Naciste del último huevo que yo puso; y saliste débil é imperfecto, porque aquel era el último de la overa. No ha sido, por cierto, culpa mia.

— Puede ser, (dijo Medio-pollito con la cresta encendida como la grana), puede ser que encuentre un cirujano diestro, que me ponga los miembros que me faltan. Con que, no hay remedio; me marchó.

Cuando la pobre Madre vió que no habia forma de disuadirle de su intento, le dijo:

— Escucha á lo ménos, hijo mio, los consejos prudentes de una buena Madre. Procura no pasar por las iglesias donde está la imágen de San Pedro; el Santo no es muy aficionado á gallos, y mucho ménos á su canto. Huye tambien de ciertos hombres que hay en el mundo, llamados *cocineros*, los

1) Es comun en el pueblo la supersticion de que los gallos viejos ponen un huevo, del que sale á siete años un basilisco. Añaden que este mata con la vista á la primera persona que ve; pero que muere él, si la persona le ve á él primero.

cuales son enemigos mortales nuestros, y nos tuercen el cuello en un *santi-amen*. Y ahora, hijo mio, Dios te guie y San Rafael bendito, que es abogado de los caminantes. Anda, y pídele á tu Padre su bendicion.

Medio-pollito se acercó al respetable autor de sus dias, bajó la cabeza para besarle la pata, y le pidió la bendicion. El venerable gallo se la dió con mas dignidad que ternura, porque no le queria, en vista de su carácter díscolo. La Madre se enterneció, en términos de tener que enjugarse las lágrimas con una hoja seca.

Medio-pollito tomó el portante, batió el ala, y cantó tres veces, en señal de despedida. Al llegar á las orillas de un arroyo casi seco, porque era verano, se encontró con que el escaso hilo de agua se hallaba detenido por unas ramas. El arroyo al ver al caminante, le dijo:

— Ya ves, amigo, que débil estoy: apenas puedo dar un paso; ni tengo fuerzas bastantes para empujar esas ramillas incómodas, que embarazan mi senda. Tampoco puedo dar un rodeo para evitarlas, porque me fatigaria demasiado. Tú puedes fácilmente sacarme de este apuro, apartándolas con tu pico. En cambio, no solo puedes apaciguar tu sed en mi corriente, sino contar con mis servicios cuando el agua del cielo haya restablecido mis fuerzas.

El pollito le respondió:

— Puedo, pero no quiero. ¿Acaso tengo yo cara de criado de arroyos pobres y sucios?

— ¡Ya te acordarás de mí cuando ménos lo pienses! murmuró con voz debilitada el arroyo.

— ¡Pues no faltaba mas que la echaras de buche! dijo Medio-pollito con socarronería: no parece sino que te has sacado un terno á la lotería, ó que cuentas de seguro con las aguas del diluvio.

Un poco mas léjos encontró al viento, que estaba tendido, y casi exánime en el suelo.

— Querido Medio-pollito, le dijo; en este mundo todos tenemos necesidad unos de otros. Acércate y mírame. ¿Ves como me ha puesto el calor del estío; á mí, tan fuerte, tan poderoso; á mí, que levanto las olas, que arraso los campos, que no

hallo resistencia á mi empuje? Este dia de canícula me ha matado; me dormí embriagado con la fragancia de las flores con que jugaba, y aquí me tienes desfallecido. Si tú quisieras levantarme dos dedos del suelo con el pico, y abanicarme con tu ala, con esto tendria bastante para tomar vuelo, y dirigirme á mi caverna, donde mi madre y mis hermanas, las tormentas, se emplean en remendar unas nubes viejas que yo desgarré. Allí me darán unas sopitas, y cobraré nuevos bríos.

— Caballero, respondió el malvado pollito: hartas veces se ha divertido Vd. conmigo, empujándome por detras, y abriéndome la cola, á guisa de abanico, para que se mofaran de mí todos los que me veian. No, amigo; á cada puerco le llega su San Martin; y mas ver, seor farsante.

Esto dijo, cantó tres veces con voz clara, y pavonéandose muy hueco, siguió su camino.

En medio de un campo segado, al que habian pegado fuego los labradores, se alzaba una columnita de humo. Medio-pollito se acercó, y vió una chispa diminuta, que se iba apagando por instantes entre las cenizas.

— Amado Medio-pollito, le dijo la chispa al verle: á buena hora vienes para salvarme la vida. Por falta de alimento estoy en el último trance. No sé dónde se ha metido mi primo el viento, que es quien siempre me socorre en estos lances. Tráeme unas pajitas para reanimarme.

— ¿Qué tengo yo que ver con la jura del Rey? le contestó el pollito. Revienta si te da gana; que maldita la falta que me haces.

— ¿Quién sabe si te haré falta algun dia? repuso la chispa. Nadie puede decir de esta agua no beberé.

— ¡Hola! dijo el perverso animal. ¿Con que todavía echas plantas? Pues tómate esa.

Y diciendo esto, le cubrió de cenizas; tras de lo cual, se puso á cantar, segun su costumbre, como si hubiera hecho una gran hazaña.

Medio-pollito llegó á la capital; pasó por delante de una iglesia, que le dijeron era la de San Pedro; se puso enfrente de la puerta, y allí se desgañó cantando, no mas que por

hacer rabiar al santo, y tener el gusto de desobedecer á su Madre.

Al acercarse á palacio, donde quiso entrar para ver al Rey y á la Reina, los centinelas le gritaron: «¡Atras!» — Entónces dió la vuelta, y penetró por una puerta trasera en una pieza muy grande, donde vió entrar y salir mucha gente. Preguntó quiénes eran, y supo que eran los cocineros de S. M. En lugar de huir, como se lo habia prevenido su Madre, entró muy erguido de cresta y cola; pero uno de los galopines le echó el guante, y le torció el pescuezo en un abrir y cerrar de ojos.

— Vamos, dijo, venga agua para desplumar á este penitente.

— ¡Agua, mi querida Doña Cristalina! dijo el pollito, hazme el favor de no escaldarme. ¡Ten piedad de mí!

— ¿La tuviste tú de mí, cuando te pedí socorro, mal engendro? le respondió el agua, hirviendo de cólera; y le inundó de arriba á bajo, -miéntras los galopines le dejaban sin una pluma para un remedio.

Paca, que estaba arrodillada junto á su Abuela, se puso colorada y muy triste.

— El cocinero entónces, continuó la tia María, agarró á Medio-pollito, y le puso en el asador.

— ¡Fuego, brillante fuego! gritó el infeliz, tú, que eres tan poderoso y tan resplandeciente, duélete de mi situacion; reprime tu ardor, apaga tus llamas, no me quemes.

— ¡Bribonazo! respondió el fuego: ¿cómo tienes valor para acudir á mí, despues de haberme ahogado, bajo el pretesto de no necesitar nunca de mis auxilios? Acércate, y verás lo que es bueno.

Y en efecto, no se contentó con dorarle, sino que le abrasó hasta ponerle como un carbon.

Al oir esto, los ojos de Paca se llenaron de lágrimas.

— Cuando el cocinero le vió en tal estado, continuó la Abuela, le agarró por la pata, y le tiró por la ventana. Entónces el viento se apoderó de él.

— Viento, gritó Medio-pollito, mi querido, mi venerable viento, tú, que reinas sobre todo, y á nadie obedeces, pode-

roso entre los poderosos, ten compasion de mí, déjame tranquilo en ese monton de estiércol.

— ¡Dejarte! rugió el viento arrebatándole en un torbellino, y volteándole en el aire como un trompo; no en mis dias.

Las lágrimas que se asomaron á los ojos de Paca, corrian ya por sus mejillas.

— El viento, siguió la Abuela, depositó á Medio-pollito en lo alto de un campanario. San Pedro extendió la mano, y lo clavó allí de firme. Desde entónces ocupa aquel puesto, negro, flaco y desplumado, azotado por la lluvia, y empujado por el viento, del que guarda siempre la cola. Ya no se llama Medio-pollito, sino veleta; pero sépanse ustedes que allí está pagando sus culpas y pecados; su desobediencia, su orgullo y su maldad.

— Madre abuela, dijo Pepa, vea Vd. á Paca que está llorando por Medio-pollito. ¿No es verdad que todo lo que Vd. nos ha contado, no es mas que un cuento?

— Por supuesto, saltó Momo, que nada de esto es verdad; pero aunque lo fuera, ¿no es una tontería llorar por un bribon que llevó el castigo merecido?

— Cuando yo estuve en Cádiz hace treinta años, contestó la tia María, vi una cosa que se me ha quedado bien impresa. Voy á referírtela, Momo, y quiera Dios que no te se borre de la memoria, como no se ha borrado de la mia. Era un letrero dorado, que está sobre la puerta de la cárcel, y dice así:

ODIA EL DELITO, Y COMPADECE AL DELINCUENTE.

— ¿No es verdad, D. Federico, que parece una sentencia del Evangelio?

— Si no son las mismas palabras, respondió Stein, el espíritu es el mismo.

— Pero es que Paca tiene siempre las lágrimas pegadas á los ojos, dijo Momo.

— ¿Acaso es malo llorar? preguntó la niña á su Abuela.

— No, hija, al contrario; con lágrimas de compasion y de arrepentimiento, hace su diadema la Reina de los Angeles.

— Momo, dijo el pastor, si dices una palabra mas que pueda incomodar á mi ahijada, te retuerzo el pescuezo, como hizo el cocinero con Medio-pollito.

— Mira si es bueno tener padrino, dijo Momo dirigiéndose á Paca.

— No es malo tampoco tener una ahijada, repuso Paca muy oronda.

— ¿De veras? preguntó el pastor. ¿Y por qué lo dices?

Entonces Paca se, acercó á su Padrino, el cual la sentó en sus rodillas con grandes muestras de cariño, y ella empezó la siguiente relacion, torciendo su cabecita para mirarle.

Erase una vez un pobre, tan pobre, que no tenia con que vestir al octavo hijo, que iba á traerle la cigüeña, ni que dar de comer á los otros siete. Un dia se salió de su casa, porque le partia el corazon oirlos llorar y pedirle pan. Echó á andar, sin saber adónde, y despues de haber estado andando, andando, todo el dia, se encontró por la noche ¿á que no acierta Vd. dónde, Padrino? Pues se encontró á la entrada de una cueva de ladrones. El capitan salió á la puerta; ¡mas feróstico era! — Quién eres? ¿Qué quieres? le preguntó con una voz de trueno. — Señor, respondió el pobrecillo hincándose de rodillas; soy un infeliz, que no hago mal á nadie, y me he salido de mi casa por no oir á mis pobres hijos, pidiéndome pan, que no puedo darles. El capitan tuvo compasion del pobrecito; y habiéndole dado de comer, y regalándole una bolsa de dinero y un caballo, véte, le dijo, y cuando la cigüeña te traiga el otro hijo: avísame, y seré su Padrino.

— Ahora viene lo bueno, dijo el pastor.

— Aguarde Vd., aguarde Vd.; continuó la niña, y verá lo que sucedió. Pues señor, el hombre se volvió á su casa tan contento, que no le cabia el corazon en el pecho. ¡Qué holgorio van á tener mis hijos! decia. Cuando llegó, ya la cigüeña habia traído al niño, el cual estaba en la cama con su madre. Entonces se fué á la cueva, y le dijo al bandolero lo que habia sucedido, y el capitan le prometió que aquella noche estaria en la iglesia, y cumpliria su palabra. Así lo

hizo y tuvo al niño en la pila, y le regaló un saco lleno de oro.

Pero á poco tiempo el niño se murió y se fué al cielo. San Pedro, que estaba á la puerta, le dijo que colara; pero él respondió: yo no entro, si no entra mi Padrino conmigo.

— ¿Y quién es tu padrino? preguntó el Santo.

— Un capitan de bandoleros, respondió el niño.

— Pues, hijo, continuó San Pedro, tú puedes entrar; pero tu Padrino, no.

El niño se sentó á la puerta, muy triste, y con la mano puesta en la mejilla. Acertó á pasar por allí la Virgen, y le dijo:

— ¿Porqué no entras, hijo mio?

El niño respondió que no queria entrar si no entraba su Padrino, y San Pedro dijo que eso era pedir imposibles. Pero el niño se puso de rodillas, cruzó sus manecitas, y lloró tanto, que la Virgen, que es Madre de misericordia, se compadeció de su dolor. La Virgen se fué, y volvió con una copita de oro en las manos: se la dió al niño, y le dijo:

— Vé á buscar á tu Padrino, y díle que llene esta copa de lágrimas de contricion, y entónces podrá entrar contigo en el cielo. Toma estas alas de plata, y echa á volar.

El ladron estaba durmiendo en una peña, con el trabuco en una mano, y un puñal en la otra. Al despertar, vió enfrente de sí, sentado en una mata de alhucema, á un hermoso niño desnudo, con unas alas de plata que relumbraban al sol, y una copa de oro en la mano.

El ladron se refregó los ojos creyendo que estaba soñando; pero el niño le dijo: «No, no creas que estás soñando. Yo soy tu ahijado.» Y le contó todo lo que habia ocurrido. Entónces el corazon del ladron se abrió como una granada, y sus ojos vertian agua como una fuente. Su dolor fué tan agudo, y tan vivo su arrepentimiento, que le penetraron el pecho como dos puñales, y se murió. Entónces el niño tomó la copa llena de lágrimas, y voló con el alma de su Padrino al cielo, donde entraron, y donde quiera Dios que entremos todos.

— Y ahora, Padrino, continuó la niña torciendo su cabe-

cita y mirando de frente al pastor, ya ve Vd. lo bueno que es tener ahijados.

Apénas acababa la niña de referir su ejemplo, cuando se oyó un gran estrépito: el perro se levantó, aguzó las orejas, apercebido á la defensa; el gato erizado el pelo, asombrados los ojos, se aprestó á la fuga; pero bien pronto al susto sucedieron alegres risas. Era el caso que Anís se habia quedado dormido durante la narracion que habia hecho su hermana: de lo que resultó que perdiendo el equilibrio, cumplió el vaticinio de su Madre, cayendo en lo interior del tiesto, en el que quedó hundida toda su diminuta persona, á excepcion de sus piés y piernas, que se alzaban del interior de la maceta, como una planta de nueva especie. Impaciente su Madre, le agarró con una mano por el cuello de la chaqueta, le sacó de aquella profundidad, y á pesar de su resistencia, le tuvo algun tiempo suspenso en el aire, de manera que parecia uno de esos muñecos de carton que cuelgan de un hilo, y que tirándoles de otro, mueven desafortadamente brazos y piernas.

Como su Madre le regañaba y todos se reian, Anís, que tenia el genio fuerte, como dicen que lo tienen todos los chicos, (lo que no quita que lo tengan tambien los altos) reventó en un estrepitoso llanto de coraje.

— No llores, Anís, le dijo Paca, no llores, y te daré dos castañas que tengo en la faltriquera.

— ¿De verdad? preguntó Anís.

Paca sacó las castañas y se las dió; y en lugar de lágrimas se vieron tan luego brillar á la luz de la llama, dos hileras de blancos dientecitos en el rostro de Anís.

— Hermano Gabriel, dijo la tia María, dirigiéndose á este, ¿no me ha dicho Vd. que le duelen los ojos? ¿A qué trabaja Vd. de noche?

— Me dolian, contestó fray Gabriel; pero D. Federico me ha dado un remedio que me ha curado.

— Bien puede D. Federico saber muchos remedios para los ojos, pero no sabe su merced el que no marra, dijo el pastor.

— Si Vd. lo sabe, le agradecería que me lo comunicase, le dijo Stein.

— No puedo decirlo, repuso el pastor, porque aunque sé que lo hay, no lo conozco.

— ¿Quién lo conoce, pues? preguntó Stein.

— Las golondrinas, contestó el pastor. ¹⁾

— ¿Las golondrinas?

— Pues sí señor, prosiguió el pastor: es una yerba que se llama *pito-real*, pero que nadie ve ni conoce sino las golondrinas: si se les sacan los ojos á sus polluelos, van y se los restriegan con el *pito-real*, y vuelven á recobrar la vista. Esta yerba tiene tambien la virtud de quebrar el hierro, no mas que con tocarla: y así cuando á los segadores ó á los podadores, se les rompe la herramienta en las manos sin poder atinar porqué, es porque tocaron al *pito-real*. Pero por mas que la han buscado, nadie la ha visto; y es una providencia de Dios que así sea, pues si toparan con ella, poca tracamundana se armaria en el mundo, puesto que no quedarian á vida ni cerraduras, ni cerrojos. ni cadenas, ni aldabas.

— ¡Las cosazas que se engulle José, que tiene unas tragaderas como un tiburón! dijo riéndose Manuel. D. Federico, ¿sabe Vd. otra que dice, y que se cree como artículo de fe? que las culebras no se mueren nunca.

— Pues ya se ve que las culebras no se mueren nunca, repuso el pastor. Cuando ven que la muerte se les acerca, sueltan el pellejo, y arrancan á correr. Con los años se hacen serpientes; entónces, poco á poco, van criando escamas

1) Las cosas que cree y refiere el pueblo, aunque adornadas por su rica y poética imaginacion; tienen siempre algun origen. En la segunda parte de la obra intitulada. *Simples incógnitos en la medicina*, escrita por fray Estéban de Villa, é impresa en Burgos el año 1654, hallamos este párrafo, que coincide con lo que dice el pastor:

«La íbis (que quieren sea la cigüeña) enseñó el uso de las ayudas, que se echa á sí misma llenando de agua la boca, sirviéndole lo largo del pico para el efecto. El perro, el uso del vomitivo, comiendo la grama, que para él es de virtud vomitiva. El caballo marino la sangría, cuando se siente cargado de sangre, abriéndose la vena con punta de caña que le sirve de lanceta, y el barro de venda, revolcándose en él, con lo que cierra la cisura. La golondrina, el colirio en la *Celidonia*, con que da vista á sus pollos y nombre á esta planta, que se dijo *hirundinaria*, por su inventor la golondrina, etc.»

y alas, hasta que se hacen dragones, y se vuelan al desierto. Pero tú, Manuel, nada quieres creer: ¿si querrás negar también que el lagarto es enemigo de la mujer, y amigo del hombre? si no lo quieres creer, pregúntaselo á tio Miguel.

— ¿Ese lo sabe?

— Toma! por lo que á el mismo le pasó.

— ¿Y qué fué! preguntó Stein.

— Estando durmiendo en el campo, contestó José, se le vino acercando una culebra; pero apenas la vió venir un lagarto, que estaba en el vallado, salió á defender al tio Miguel, y empezaron á pelearse la culebra y el lagarto, que era tamaño y tan grande. Pero como el tio Miguel ni por esas despertaba, el lagarto le metió la punta del rabo por las narices. Con eso despertó el tio Miguel, y echó á correr como si tuviese chispas en los piés. El lagarto es un bicho bueno, y bien inclinado; nunca se recoge á puestas de sol sin bajarse por las paredes y venir á besar la tierra.

Cuando habia empezado esta conversacion tratando de las golondrinas, Paca habia dicho á Anís, que sentado en el suelo entre sus hermanas con las piernas cruzadas parecia el gran Turco en miniatura: — Anís, ¿sabes tú lo que dicen las golondrinas?

— Yo no; no me *jan jablao*.

— Pues atiende: dicen: (remedando la niña el gorgceo de las golondrinas, se puso á decir con celeridad)

Comer y beber:

Buscar emprestado,

Y si te quieen prender ¹⁾

Por no haber pagado,

Huir, huir, huir, huiiir,

Comadre Beatriiz,

— ¿Por eso se van? preguntó Anís.

— Por eso; afirmó su hermana.

— ¡Y las quiero mas...!! dijo Pepa.

1) Este verso no se puede decir, sino con la manera de abreviar las palabras que el pueblo gasta pronunciando *quieen* por *quieren*.

— ¿Porqué? preguntó Anís.

— Porque has de saber, respondió la niña,

Que en el monte Calvario
Las golondrinas
Le quitaron á Cristo
Las cinco espinas.

En el monte Calvario
Los jilgueritos
Le quitaron á Cristo
Los tres clavitos.

— Y los gorriones, ¿qué hacian? preguntó Anís.

— Los gorriones, respondió su hermana, nunca he sabido que hicieran mas que comer y pelearse..

Entretanto Dolores, llevando á su niño dormido en un brazo, habia puesto con la mano que le quedaba libre, la mesa, y colocado en medio las batatas, y distribuido á cada cual su parte. En su propio plato comian los niños; y Stein observó que Dolores ni aun probaba el manjar que con tanto esmero habia confeccionado.

— Vd. no come, Dolores, le dijo.

— ¿No sabe Vd. (respondió esta riendo) el refran: el que tiene hijos al lado, no morirá ahitado? D. Federico, lo que ellos comen, me engorda á mí.

Momo, que estaba al lado de este grupo, retiraba su plato, para que no cayesen sus hermanos en tentacion de pedirle de lo que contenia.

Su padre que lo notó, le dijo:

— No seas ansioso, que es vicio de ruines; ni avariento, que es vicio de villanos. Sabrás que una vez se cayó un avariento en un rio. Un paisano que vió se le llevaba la corriente, alargó el brazo y le gritó: *Déme la mano*. ¡Qué habia de dar! ¡dar! ántes de dar nada, dejó que se le llevase la corriente. Fué su suerte que le arrastró el agua cerca de un pescador, que le dijo: hombre, *tome Vd. esta mano*. Conforme se trató de tomar, estuvo mi hombre muy pronto, y se salvó.

— No es ese chascarrillo el que debias contar á tu hijo,

Manuel, dijo la tia María, sino ponerte por ejemplo lo que acaeció á aquel rico miserable, que no quiso socorrer á un pobre desfallecido, ni con un pedazo de pan, ni con un trago de agua. Permita Dios, le dijo el pobre, que todo cuanto toqueis, se convierta en ese oro y esa plata á que tan apegado estais. — ¡Y así fué! — Todo cuanto en la casa del avaro habia, se convirtió en aquellos metales tan duros como su corazon. Atormentado por el hambre y la sed, salió al campo, y habiendo visto una fuente de agua cristalina, se arrojó con ansia á ella; pero al tocarla con los labios, el agua se cuajó y convirtió en plata. Fué á tomar una naranja del árbol, y á tocarla se convirtió en oro; y así murió rabiendo, y maldiciendo aquello mismo, por lo que ansiado habia.

Manuel, *el espíritu fuerte* de aquel círculo, meneó la cabeza.

— ¡Lo ve Vd., tia María, dijo José; Manuel no lo quiere creer! Tampoco cree que al dia de la Asuncion, en el momento de alzar en la misa mayor, todas las hojas de los árboles se unen de dos en dos, para formar una cruz; las altas se doblan, las bajas se empinan, sin que ni una sola deje de hacerlo. Ni cree que el 10 de agosto, dia del martirio de San Lorenzo, que fué quemado en unas parrillas, en cavando la tierra, se halla carbon por todas partes.

— Cuando llegue ese dia, dijo Manuel, he de cavar un hoyo delante de tí, José, y veremos si te convenzo de que no hay tal.

— ¿Y qué pica en Flándes habrás puesto, si no hallas carbon? le dijo su Madre: ¿acaso crees que lo hallarás si lo buscas sin creerlo? Pero Manuel, tú te has figurado que todo lo que no sea artículo de fe, no se ha de creer, y que la credulidad es cosa de bobos; cuando no es, hijo mio, sino cosa de sanos.

— Pero, Madre, repuso Manuel, entre correr y estar parado, hay un medio.

— ¿Y para qué, dijo la buena anciana, escatimar tanto la fe, que al fin es la primera de las virtudes? ¿Qué te pareceria, hijo de mis entrañas, si yo te dijese: te parí, te

crié, te puse en camino; cumplí, pues, con mi obligacion? ¿si solo como obligacion mirase al amor de Madre?

— Que no era Vd. buena Madre, Señora.

— Pues, hijo, aplica esto á lo otro; el que no cree, sino por *obligacion*, y solo aquello que no puede dejar de creer, sin ser renegado, es mal cristiano: como seria yo mala Madre, si solo te quisiese por obligacion.

— Hermano Gabriel, dijo Dolores, ¿cómo es que no quiere Vd. probar mis batatas?

— Es dia de ayuno para nosotros, respondió fray Gabriel.

— ¡Qué! ya no hay conventos, reglas ni ayunos, dijo campechanamente Manuel, para animar al pobre anciano á que participase del regalo general. Ademas Vd. ha cumplido cuanto há los sesenta años; con que así, fuera escrúpulos, y á comer las batatas, que no se ha de condenar Vd. por eso.

— Vd. me ha de perdonar, repuso fray Gabriel; pero yo no dejo de ayunar como ántes, miéntras no me lo dispense el Padre Prior.

— Bien hecho, hermano Gabriel, dijo la tia María, Manuel, no te metas á diablo tentador, con su espíritu de rebeldía, y sus incitativos á la gula.

Con esto, la buena anciana se levantó, y guardó en una alhacena el plato que Dolores habia servido al lego, diciéndole: Aquí se lo guardo á Vd. para mañana, hermano Gabriel.

Concluida la cena dieron gracias, quitándose los hombres los sombreros que siempre conservan puestos dentro de casa.

Despues del Padre nuestro, dijo la tia María:

Bendito sea el Señor,
Que nos da de comer
Sin merecerlo. Amen.
Como nos da sus bienes,
Nos dé su gloria. Amen.
Dios se lo dé
Al pobrecito que no lo tiene. Amen.

Anís al acabar, dió un salto á pié-juntillas tan espontáneo, derecho y repentino, como lo dan los peces en el agua.

CAPITULO X.

Marisalada estaba ya en convalecencia; como si la naturaleza hubiera querido recompensar el acertado método curativo de Stein, y el caritativo esmero de la buena tia María.

Habíase vestido decentemente, y sus cabellos, bien peinados y recogidos en una castaña, acreditaban el celo de Dolores, que era quien se habia encargado de su tocado.

Un dia en que Stein estaba leyendo en su cuarto, cuya ventanilla daba al patio grande, donde á la sazón se hallaban los niños jugando con Marisalada, oyó que esta se puso á imitar el canto de diversos pájaros con tan rara perfección, que aquel suspendió su lectura para admirar una habilidad tan extraordinaria. Poco despues, los muchachos entablaron uno de esos juegos tan comunes en España, en que se canta al mismo tiempo. Marisalada hacia el papel de madre; Pepa, el de un caballero que venia á pedirle la mano de su hija. La madre se la niega; el caballero quiere apoderarse de la novia por fuerza; y todo este diálogo se compone de coplas cantadas en una tonada cuya melodía el sumamente agradable.

El libro se cayó de las manos de Stein, que como buen aleman, tenia gran afición á la música. Jamas habia llegado á sus oídos una voz tan hermosa. Era un metal puro y fuerte como el cristal, suave y flexible como la seda. Apenas se atrevia á respirar Stein, temeroso de perder la menor nota.

— Se quisiera Vd. volver todo orejas, dijo la tia María que habia entrado en el cuarto sin que él lo hubiese echado de ver. ¿No le he dicho á Vd. que es un canario sin jaula? Ya verá Vd.

Y con esto se salió al patio, y dijo á Marisalada que cantase una canción.

Esta con su acostumbrado desabrimiento, se negó á ello.

En este momento entró Momo mal enjestado, precedido de Golondrina cargada de picon.

Traia las manos y el rostro tiznados y negros como la tinta.

— ¡El Rey Melchor! gritó al verlo Marisalada. El rey Melchor, el rey Melchor, repitieron los niños.

— Si yo no tuviera mas que hacer, respondió Momo rabioso, que cantar y brincar como tú, grandísima holgazana, no estaria tiznado de piés á cabeza. Por fortuna D. Federico te ha prohibido cantar; y con esto no me mortificarás las orejas.

La respuesta de Marisalada fué entonar á trapo tendido una cancion.

El pueblo andaluz tiene une infinidad de cantos; son estos boleras ya tristes, ya alegres; el ole, el fandango, la caña, tan linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el *romance*. La tonada del romance es monótona, y no nos atrevemos á asegurar que puesta en música, pudiese satisfacer á los *dilettantis*, ni á los filarmónicos. Pero en lo que consiste su agrado (por no decir encanto), es en las modulaciones de la voz que lo canta; es en la manera con que algunas notas se ciernen, por decirlo así, y mecen suavemente, bajando, subiendo, arreciando el sonido ó dejándolo morir. Así es que el romance, compuesto de muy pocas notas, es difícilísimo cantarlo bien y genuinamente. Es tan peculiar del pueblo, que solo á estas gentes, y de entre ellas, á pocos, se lo hemos oido cantar á la perfeccion: parécenos que los que lo hacen, lo hacen como por intuicion. Cuando á la caida de la tarde, en el campo, se oye á lo léjos una buena voz cantar el romance con melancólica originalidad, causa un efecto extraordinario, que solo podemos comparar al que producen en Alemania los toques de corneta de los postillones, cuando tan melancólicamente vibran suavemente repetidos por los ecos, entre aquellos magníficos bosques y sobre aquellos deliciosos lagos. La letra del romance trata generalmente de asuntos moriscos, ó refiere piadosas leyendas ó tristes historias de reos.

Este famoso y antiguo romance que ha llegado hasta nosotros, de padres á hijos, como una tradicion de melodía, ha sido mas estable sobre sus pocas notas confiadas al oido, que las grandezas de España, apoyadas con cañones y sostenidas por las minas del Perú!

Tiene ademas el pueblo canciones muy lindas y expresivas, cuya tonada es compuesta expresamente para las pala-

bras, lo que no sucede con las arriba mencionadas, á las que se adaptan esa innumerable cantidad de coplas, de que cada cual tiene un rico repertorio en la memoria.

Maria cantaba una de aquellas canciones, que transcribiremos aquí con toda su sencillez y energía popular.

Estando un caballerito
En la isla de Leon,
Se enamoró de una dama
Y ella le correspondió,
Que con el aretin, que con el areton.

— Señor, quédese una noche,
Quédese una noche ó dos;
Que mi marido está fuera
Por esos montes de Dios.
Que con el aretin, que con el areton.

Estándola enamorando,
El marido que llegó:
— Abreme la puerta, Cielo,
Abreme la puerta, Sol.
Que con el aretin, que con el areton.

Ha bajado la escalera
Quebradita de color;
— ¿Has tenido calentura?
¿O has tenido nuevo amor?
Que con el aretin, que con el areton.

— Ni he tenido calentura
Ni he tenido nuevo amor,
Me se ha perdido la llave
De tu rico tocador.
Que con el aretin, que con el areton.

— Si las tuyas son de acero,
De oro las tengo yo.
¿De quién es aquel caballo
Que en la cuadra relinchó?
Que con el aretin, que con el areton.

— Tuyo, tuyo, dueño mio,
Que mi Padre lo mandó,
Porque vayas á la boda
De mi hermana la mayor
Que con el aretin, que con el areton.

— Viva tu Padre mil años,
Que caballos tengo yo.
¿De quién es aquel trabuco
Que en aquel clavo colgó?
Que con el aretin, que con el areton.

— Tuyo, tuyo, dueño mio,
Que mi padre lo mandó,
Para llevarte á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

— Viva tu Padre mil años,
Que trabucos tengo yo.
¿Quién ha sido el atrevido
Que en mi cama se acostó?
Que con el aretin, que con el areton.

— Es una hermanita mia,
Que mi padre la mandó
Para llevarme á la boda
De mi hermana la mayor.
Que con el aretin, que con el areton.

La ha agarrado de la mano,
Al Padre se la llevó:
— Toma allá, Padre, tu hija.
Que me ha jugado traicion.
Que con el aretin, que con el areton.

Llévatela tú, mi yerno,
Que la iglesia te la dió; —
La ha agarrado de la mano,
Al campo se la llevó.
Que con el aretin, que con el areton.

Le tiró tres puñaladas
Y allí muerta la dejó,
La Dama murió á la una,
Y el Galan murió á las dos.
Que con el aretin, que con el areton ¹⁾.

1) El ilustre literato, el estudioso recopilador, el sabio bibliófilo don Juan Nicolas Böhl de Faber, á quien debe la literatura española el *Teatro anterior á Lope de Vega*, y la *Floresta de rimas castellanas*, trae en el primer tomo

Apénas hubo acabado de cantar, Stein que tenia un excelente oído, tomó la flauta, y repitió nota por nota la can-

de esta coleccion, página 255, el siguiente romance antiguo, de autor no conocido. Nos ha parecido curioso el reproducirlo aquí, por tratar el mismo asunto que trata esta cancion. No somos competentes para juzgar si habrá sido que el canto popular subió del pueblo al poeta culto que lo rehizo, ó si bajaria del poeta culto al popular que lo simplificó y trató á su manera, ó si bien seria el suceso un hecho cierto, que simultáneamente cantaron, aunque parece el lenguaje de la cancion del pueblo mas moderno.

Blanca sois, Señora mia,
mas que no el rayo del sol.
si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor,
que siete años habia, siete,
que no me desarmo, no;
mas negras tengo mis carnes
que un tiznado carbon.
— Dormidla, Señor, dormidla,
desarmado y sin temor.
que el conde es ido á la caza
á los montes de Leon:
rabia le mate los perros
y aguilas el su halcon,
y del monte hasta casa
á él lo arrastre el moron.
Ellos en aquesto estando,
su marido que llegó:
— ¿Qué haceis, la blanca niña,
hija de padre traidor?
— Señor, peino mis cabellos,
peinolos con gran dolor,
que me dejeis á mi sola
y á los montes os vais vos.
— Esa palabra, la niña,
no era sino traicion.
¿Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?
— Señor, era de mi Padre,
y enviáralo para vos.
— ¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?
Señor, eran de mi hermano,
y hoy os las envió.
— ¿Cuya es aquella lanza,
desde aquí la veo yo?

cion de Marisalada. Entónces fué cuando esta á su vez quedó pasmada y absorta, volviendo á todas partes la cabeza, como si buscase el sitio en que reverberaba aquel eco, tan exacto y tan fiel.

— No es eco, clamaron todas las niñas; es Don Federico que está soplando en una caña agujereada.

María entró precipitadamente en el cuarto en que se hallaba Stein, y se puso á escucharle con la mayor atencion, inclinando el cuerpo hácia adelante, con la sonrisa en los labios, y el alma en los ojos.

Desde aquel instante la tosca aspereza de María se convirtió, con respecto á Stein, en cierta confianza y docilidad, que causó la mayor extrañeza á toda la familia. Llena de gozo la tia María, aconsejó á Stein que se aprovechase del ascendiente que iba tomando con la muchacha, para inducir la, á que se enseñase á emplear bien su tiempo aprendiendo la ley de Dios, y á trabajar, para hacerse buena cristiana, y mujer de razon, nacida para ser madre de familia y mujer de su casa. Añadió la buena anciana, que para conseguir el fin deseado, así como para domellar el genio soberbio de María, y sus hábitos bravíos, lo mejor seria suplicar á Señá Rosita, la maestra de amiga, que la tomase á su cargo, puesto que era dicha Maestra mujer de razon y temerosa de Dios, y muy diestra en labores de mano.

Stein aprobó mucho la propuesta, y alcanzó de Marisalada, que se prestase á ponerla en ejecucion, prometiéndole en cambio ir á verla todos los dias, y divertirla con la flauta.

Las disposiciones que aquella criatura tenia para la música despertaron en ella una aficion extraordinaria á su cul-

— Tomadla , conde , tomadla ,
matadme con ella vos ,
que aquesta muerte , buen Conde ,
bien os la merezco yo.

Pudiéramos ademas dar otra version de este mismo tema recogida en otro pueblo del campo de Andalucía; pero nos abstenemos, por considerar que la poesia popular no tiene para todo el mundo el interes y el encanto que para nosotros.

tivo, y la habilidad de Stein fué la que le dió el primer impulso.

Cuando llegó á noticia de Momo que Marisalada iba á ponerse bajo la tutela de Rosa Mística, para aprender allí á coser, barrer y guisar, y sobre todo, como él decia, á tener juicio, y que el doctor era quien la habia decidido á este paso, dijo que ya caia en cuenta de lo que Don Federico le habia contado de allá en su tierra, que habia ciertos hombres, detras de los cuales echaban á correr todas las ratas del pueblo, cuando se ponian á tocar un pito.

Desde la muerte de su madre, Señá Rosa habia establecido una escuela de niñas, á que en los pueblos se da el nombre de amiga, y en las ciudades, el mas á la moda, de academia. Asisten á ella las niñas en los pueblos, desde por la mañana hasta medio dia, y solo se enseña la doctrina cristiana y la costura. En las ciudades aprenden á leer, escribir, el bordado y el dibujo. Claro es que estas casas no pueden crear pozos de ciencia, ni ser semilleros de artistas, ni modelos de educacion cual corresponde á la *mujer emancipada*. Pero en cambio suelen salir de ellas mujeres hacendosas y excelentes madres de familia; lo cual vale algo mas.

Una vez restablecida la enferma, Stein exigió de su Padre que la confiase por algun tiempo á la buena mujer que debia suplir con aquella indómita criatura, á la Madre que habia perdido, y adoctrinarla en las obligaciones propias de su sexo.

Cuando se propuso á Señá Rosa que admitiese en su casa á la *bravía* hija del pescador, su primera respuesta fué una terminante negativa, como suelen hacer en tales casos las personas de su temple; pero acabó por ceder cuando se le dieron á entender los buenos efectos que podria tener aquella obra de caridad; como hacen en iguales circunstancias todas las personas religiosas, para las cuales la obligacion no es cosa convencional, sino una línea recta trazada con mano firme.

No es ponderable lo que padeció la infeliz mujer, mientras estuvo á su cargo Marisalada. Por parte de esta no cesaron las burlas ni las rebeldías, ni por parte de la Maestra los sermones sin provecho, y las exhortaciones sin fruto.

Dos ocurrencias agotaron la paciencia de Señá Rosa, con tanta mas razon, cuanto que no era en ella virtud innata, sino trabajosamente adquirida.

Marisalada habia logrado formar una especie de conspiracion en las filas del batallon que Señá Rosa capitaneaba. Esta conspiracion llegó por fin á estallar un dia, tímida y vacilante á los principios, mas despues osada y con el cuello erguido; y fué en los términos siguientes:

— Ne me gustan las rosas de á libra, dijo de repente Marisalada.

— ¡Silencio! mandó la Maestra, cuya severa disciplina no permitia que se hablase en las horas de clase.

Se restableció el silencio.

Cinco minutos despues, se oyó una voz muy aguda, y no poco insolente, que decia:

— No me gustan las rosas lunarias.

— Nadie te lo pregunta, dijo Señá Rosa, creyendo que esta intempestiva declaracion habia sido provocada por la de Marisalada.

Cinco minutos despues, otra de las conspiradoras dijo, recogiendo el dedal que se le habia caido.

— A mí no me gustan las rosas blancas.

— ¿Qué significa esto? gritó entónces Rosa Mística, cuyo ojillo negro brillaba como un fanal. ¿Se están Vds. burlando de mí?

— No me gustan las rosas de pitiminí, dijo una de las mas chicas, ocultándose inmediatamente debajo de la mesa.

— Ni á mí las rosas de Pasion.

— Ní á mí las rosas de Jericó.

— Ní á mí las rosas amarillas.

La voz clara y fuerte de Marisalada, oscureció todas las otras gritando:

— A las rosas secas no las puedo ver.

— A las rosas secas, exclamaron en coro todas las muchachas, no las puedo ver.

Rosa Mística, que al principio habia quedado atónita, viendo tanta insolencia, se levantó, corrió á la cocina, y volvió armada de una escoba.

Al verla, todas las muchachas huyeron como una bandada de pájaros. Rosa Mística quedó sola, dejó caer la escoba, y se cruzó de brazos.

— ¡Paciencia, Señor! exclamó, despues de haber hecho lo posible por serenarse: sobrellevaba con resignacion mi apodo, como tú cargaste con la cruz; pero todavía me faltaba esta corona de espinas. ¡Hágase tu santa voluntad!

Quizas se habria prestado á perdonar á Marisalada en esta ocasion, si no se hubiera presentado muy en breve otra, que la obligó por fin á tomar la resolucion de despedirla de una vez. Fué el caso, que el hijo del barbero, Ramon Perez, gran tocador de guitarra, venia todas las noches á tocar y cantar coplas amorosas bajo las ventanas severamente cerradas de la beata.

— Don Modesto, dijo esta un día á su huésped, cuando Vd. oiga de noche á este ave nocturna de Ramon desollarnos las orejas con su canto, hágame Vd. favor de salir y decirle que se vaya con la música á otra parte.

— Pero, Rosita, contestó D. Modesto, ¿quiere Vd. que me indisponga con ese muchacho, cuando su Padre (Dios se lo pague) me está afeitando de valde desde el dia de mi llegada á Villamar? Y vea Vd. lo que es: á mí me gusta oirle, porque no puede negarse que canta y toca la guitarra con mucho primor.

— Buen provecho le haga á Vd., dijo Señá Rosa. Puede ser que tenga Vd. los oidos á prueba de bomba. Pero si á Vd. le gusta, á mí no. Eso de venir á cantar á las rejas de una mujer honrada, ni le hace favor, ni viene á qué.

La fisonomía de Don Modesto expresó una respuesta muda, dividida en tres partes. En primer lugar, la estrañeza, que parecia decir: ¡Qué! ¡Ramon galantea á mi patrona! En segundo lugar la duda, como si dijera: ¿será posible? En tercer lugar, la certeza, concretada en estas frases: ¡cier-tos son los toros! Ramon es un atrevido.

Despues de pensarlo, continuó Señá Rosa:

— Usted podria resfriarse, pasando del calor de su cama al aire. Mas vale que se quede Vd. quieto, y sea yo la que diga al tal chicharra, que si se quiere divertir, que compre una mona.

Al sonar las doce de la noche, se oyó el rasgueo de una guitarra, y en seguida una voz que cantaba:

¡Vale mas lo moreno
De mi morena,
Que toda la blancura
De una azucena!

— ¡Qué tonteras! exclamó Rosa Mística, levantándose de la cama. ¡Qué larga será la cuenta que haya de dar á Dios de tanta palabra vana!

La voz prosiguió cantando:

Niña, cuando vas á misa,
La iglesia se resplandece:
La yerba seca que pisas,
Al verte, se reverdece.

— ¡Dios nos asista! exclamó Rosa Mística, poniéndose las terceras enaguas; tambien saca á colacion la misa en sus coplas profanas; y los que lo oigan, como saben que soy dada á las cosas de Dios, dirán que lo canta por lavarme la cara. ¿Si pensará ese barbi-lampião burlarse de mí? ¡No faltara mas!

Rosa llegó á la sala, y ¡cuál no se quedaria al ver á Marisalada asomada al postigo, y oyendo al cantor con toda la atencion de que era capaz! Entónces se persignó, exclamando:

— ¡Y todavía no ha cumplido trece años! ¡Sobre que ya no hay niñas!

Tomó á Marisalada por el brazo, la apartó de la ventana, y se colocó en ella á tiempo que Ramon, dándole de firme á la guitarra, entonaba desgañitándose, esta copla:

Asómate á esa ventana,
Esos bellos ojos abre;
Nos alumbrarás con ellos.
Porque está oscura la calle.

Y siguió mas violento y desatinado que nunca el rasgueo.

— Yo seré quien te alumbraré con un blandon del infierno, gritó con agria y colérica voz Rosa Mística: libertino, profanador, cantor sempiterno é insufrible!

Ramon Perez, vuelto en sí de la primera sorpresa, echó á correr mas ligero que un gamo, sin volver la cara atras.

Este fué el golpe decisivo. Marisalada fué despedida de una vez, á pesar del empeño que hizo tímidamente Don Modesto en su favor.

— Don Modesto, respondió Rosita, dice el refran, cargos son cargos; y miéntras esta descaradota esté al mio, tengo que dar cuenta de sus acciones á Dios y á los hombres. Pues bien, cada cual tiene bastante con responder de lo suyo, sin necesidad de cargar con pecados ajenos. Además de que, Vd. lo está viendo, es una criatura que no se puede meter por vereda; por mas que se la inclina á la derecha, siempre ha de tirar á la izquierda.

CAPITULO XI.

Tres años habia que Stein permanecia en aquel tranquilo rincon. Adoptando la índole del país en que se hallaba, vivia al dia, ó como dicen los franceses, *au jour le jour*, y como en otros términos le aconsejara su buena patrona la tia María, diciendo que el dia de mañana no debia echarnos á perder el de hoy, y que de lo solo que se debia cuidar era de que el de hoy no nos echase á perder el de mañana.

En estos tres años habia estado el jóven médico en correspondencia con su familia. Sus padres habian muerto, mientras él se hallaba en el ejército en Navarra; su hermana Carlota habia casado con un arrendatario bien acomodado, el cual habia hecho de los dos hermanos pequeños de su mujer, dos labradores poco instruidos, pero hábiles y constantes en el trabajo. Stein se veia, pues, enteramente libre y árbitro de su suerte.

Habíase dedicado á la educacion de la niña enferma, que le debia la vida, y aunque cultivaba un suelo ingrato y estéril, habia conseguido á fuerza de paciencia hacer germinar en él rudimentos de la primera enseñanza. Pero lo que excedió sus esperanzas, fué el partido que sacó de las extraordinarias facultades filarmónicas, con que la naturaleza habia

dotado á la hija del pescador. Era su voz incomparable, y no fué difícil á Stein, que era buen músico, dirigirla con acierto, como se hace con las ramas de la vid, que son á un tiempo flexibles y vigorosas, dóciles y fuertes.

Pero el maestro, que tenia un corazon tierno y suave, y en su temple una propension á la confianza que rayaba en ceguedad, se enamoró de su discípula, contribuyendo á ello el amor exaltado que tenia el pescador á su hija, y admiracion que esta excitaba en la buena tia María; ambos tenian cierto poder simpático y comunicativo que debió ejercer su influencia en una alma abierta, benévola y dócil como la de Stein. Se persuadió, pues, con Pedro Santaló de que su hija era un ángel, y con la tia María, de que era un portento. Era Stein uno de aquellos hombres, que pueden asistir á un baile de máscaras, sin llegar á persuadirse de que detras de aquellas fisonomías absurdas, detras de aquellas facciones de carton pintado, hay otras fisonomías y otras facciones, que son las que el individuo ha recibido de la naturaleza. Y si á Santaló cegaba el cariño apasionado, y á la tia María la bondad suma, ambos llegaron á la vez á cegar á Stein.

Pero despues de todo, lo que mas le sedujo fué la voz pura, dulce, expresiva y elocuente de María.

Es preciso, se decia á sus solas, que la que expresa de un modo tan admirable los sentimientos mas sublimes, posea un alma llena de elevacion y de ternura.

Mas, como el grano de trigo en un rico terreno se esponja y echa raíces ántes de que sus brotes suban á la luz del dia, así crecia y echaba raíces este tranquilo y sincero amor, en el corazon de Stein, ántes sentido que definido.

Tambien María por su parte se habia aficionado á Stein, no porque agradeciese sus esmeros, ni porque apreciase sus excelentes prendas, ni porque comprendiese su gran superioridad de alma é inteligencia, ni aun siquiera por el atractivo que ejerce el amor en la persona que lo inspira, sino porque agradecimiento, admiracion, atractivo, los sentia y se los inspiraba el músico, el maestro que en el arte la iniciaba. Ademas, el aislamiento en que vivia, apartaba de ella todo otro objeto que hubiese podido disputar á aquel la preferen-

cia. D. Modesto no estaba en edad de figurar en la palestra de amor, Momo, además de ser extraordinariamente feo, conservaba toda su animosidad contra Marisalada, y no cesaba de llamarla *Gaviota*; y ella le miraba con el mas alto desprecio. Es cierto que no faltaban mozalvetes en el lugar, empezando por el barberillo, que persistia en suspirar por María; pero todos estaban léjos de poder competir con Stein.

Por este tranquilo estado de cosas habian pasado tres veranos y tres inviernos, como tres noches y tres dias, cuando acaeció lo que vamos á referir.

Forjábase en el tranquilo Villamar (¿quién lo diría?) una intriga; era su promotor y jefe (¿quién lo pensara?) la tia María; era el confidente (¿quién no se asombra?) D. Modesto!!

Aunque sea una indiscrecion, ó por mejor decir, una bajeza el acechar, oigámoslos en la huerta escondidos detras de este naranjo, cuyo tronco permanece firme, mientras sus flores se han marchitado y sus hojas se han caido, como queda en el fondo del alma la resignacion, cuando se ha ajado la alegría y se han muerto las esperanzas; oigamos, volvemos á decir, el coloquio que en secreto conciliábulo tienen los mencionados confidentes, mientras fray Gabriel, que está á mil leguas, aunque pegado á ellos, amarra con vencejos las lechugas para que crezcan blancas y tiernas.

— No es que me lo figuro, D. Modesto, decia la instigadora, es una realidad; para no verlo era preciso no tener ojos en la cara. D. Federico quiere á Marisalada, y á esta no le parece el doctor costal de paja.

— Tia María, ¿quién piensa en amores? respondió D. Modesto, en cuya calma y tranquila existencia no se habia realizado el eterno, clásico, pero invariable axioma de la inseparable alianza de Marte y Cupido. — ¿Quién piensa en amores? repitió Don Modesto en el mismo tono en que hubiese dicho: ¿quién piensa en jugar á la billarda, ó en remontar un pandero?

— La gente moza, D. Modesto, la gente moza; y si no fuera por eso, se acabaria el mundo. Pero el caso es, que es preciso darles á estos un espolazo, porque esa gente de por allá arriba, quiéreme parecer que se andan con gran

pachorra, pues dos años há que nuestro hombre está queriendo á su ruiñón, como él la llama, que eso salta á la cara; y estoy para mí, que no le ha dicho buenos ojos tienes. Vd. que es hombre que supone, un señor *considerable*, y que D. Federico le aprecia tanto, debería Vd. darle una puntadilla sobre el asunto, un buen consejo, en bien de ellos y de todos nosotros.

— Dispénsame Vd., tia María, respondió D. Modesto, pero Ramon Perez está por medio; es amigo, y no quiero hacerle mal tercio; me afeita por mi buena cara, é ir así contra sus intereses, seria una mala partida. Tiene mucha pena en ver que Marisalada no le quiere, y se ha puesto amarillo y delgado que es un dolor. El otro dia dijo que si no se casaba con Marisalada, rompería su guitarra, y ya que no podia meterse fraile, se metería á faccioso. Ya ve Vd., tia María, que de todas maneras me comprometo, metiéndome en este asunto.

— Señor, dijo la tia María, ¿y va Vd. á tomar á dinero contado lo que dicen los enamorados? ¿Si Ramon Perez, el pobrecillo, no es capaz de matar un gorrion, cómo puede Vd. creer que se vaya á matar cristianos? Pero considere Vd. que si se casa D. Federico se nos quedará aquí para siempre, ¿y qué suerte no seria esta para todos? Le aseguro á Vd. que se me abren las carnes así que habla de irse. Por fortuna que cada vez se lo quitamos de la cabeza. Pues y la niña, ¡qué suerte haría! Que ha de saber Vd. que gana D. Federico muy buenos cuartos. Cuando asistió y sacó en bien al hijo del alcalde D. Perfecto, le dió este cien reales, como cien estrellas. ¡Qué linda pareja harían, mi Comandante!

— No digo que no, tia María, repuso D. Modesto; pero no me dé Vd. cartas en el asunto, y déjeme observar mi estricta neutralidad. No tengo dos caras; tengo la que me afeita Ramon, y no otra.

En este momento entró Marisalada en la huerta. No era ya por cierto la niña que conocimos desgredada y mal compuesta; primorosamente peinada y vestida con esmero, venia todas las mañanas al convento, al que si bien no la atraian el cariño ni la gratitud á los que lo habitaban, traíala el

deseo de oír y aprender música de Stein, al paso que la echaba de la cabaña el fastidio de hallarse sola en ella con su Padre, que no la divertía.

— ¿Y D. Federico? dijo al entrar.

— Aun no ha vuelto de ver á sus enfermos, respondió la tía María; hoy iba á vacunar mas de doce niños. ¡Tales cosas, D. Modesto! Sacó el *pus*, como dice su merced, de la teta de una vaca: ¡que las vacas tengan un contraveneno para las viruelas! Y verdad será, porque D. Federico lo dice.

— Y tanta verdad que es, repuso D. Modesto, y que lo inventó un Suizo. Cuando estaba en Gaeta vi á los Suizos, que son la guardia del Papa; pero ninguno me dijo ser él el inventor.

— Si yo hubiese sido Su Santidad, prosiguió la tía María, hubiese premiado al inventor con una indulgencia plenaria. Siéntate, Saladilla mia, que tengo hambre de verte.

— No, contestó María, me voy.

— ¿Dónde has de ir que mas te quieran? dijo la tía María.

— ¿Qué se me da á mí que me quieran? respondió Marisalada, ¿qué hago yo aquí sino está Don Federico?

— ¡Vamos allá! ¿con que no vienes aquí sino por ver á D. Federico, ingrátilla?

— Y si no, ¿á qué había de venir? contestó María; ¿á hallarme con Romo, que tiene los ojos, la cara y el alma todo atravesado?

— ¿Con que esto es que quieres mucho á D. Federico? tornó á preguntar la buena anciana.

— Le quiero, respondió María; si no fuera por él, no ponía aquí los piés, por no encontrarme con ese demonio de Romo, que tiene un aguijon en la lengua, como las abispas en la parte de atras.

— ¿Y Ramon Perez? preguntó con chuscada la tía María, como para convencer á D. Modesto de que su protegido podía archivar sus esperanzas.

Marisalada soltó una carcajada. Si ese *Raton Perez* (Momo había puesto este sobrenombre al barberillo), respondió, se cae en la olla, no seré yo la hormiguita que lo canta y lo llora, y sobre todo la que lo escuche cantar; porque su

canto me ataca el *sistema nervioso*, como dice D. Federico, que asegura que lo tengo mas tirante que las cuerdas de una guitarra. Verá Vd. cómo canta ese Raton Perez, tia María.

Cogió Marisalada rápidamente una hoja de pita que estaba en el suelo, y era de las que servian al hermano Gabriel, para poner como biombos contra el viento Norte delante de las tomateras cuando empezaban á nacer; y apoyándola en su brazo, á estilo de una guitarra, se puso á remedar de una manera grotesca los ademanes de Ramon Perez, y con su singular talento de imitacion y su modo de cantar y hacer gorgoritos, de esta suerte cantó:

¿Qué tienes, hombre de Dios,
Que te vas poniendo flááááco?
— Es porque puse los ojos
En un castillo muy áááálto!

— Sí, dijo D. Modesto, que recordó las serenatas á la puerta de Rosita; ese pobre Ramon siempre ha puesto alto los ojos.

A D. Modesto no le habian podido disuadir los ulteriores sucesos, de que no fuese Rosita el objeto que atrajo las con-sabidas serenatas, porque una idea que entraba en la cabeza de D. Modesto, caia como en una alcancía; ni él mismo la podia volver á sacar. Eran las casillas de su entendimiento tan estrechas y bien ordenadas, que una vez que penetraba una idea en la que le correspondia, quedaba encajada, embutida, é incrustada *per in sæcula sæculorum*.

— Me voy, dijo María, tirando la pita, de modo que vino á dar ruidosamente contra fray Gabriel, que vuelto de espalda y agachado, ataba su centésimo vigésimo quinto vencejo.

— ¡Jesus! exclamó asombrado fray Gabriel; pero en seguida se volvió á atar sus vencejos, sin añadir palabra.

— ¡Qué puntería! dijo María riéndose: D. Modesto, tómeme Vd. para artillero, cuando logre los cañones para su fuerte.

— Esas no son gracias, María; son chanzas pesadas, que sabes que no me gustan, dijo incomodada la buena anciana.

Díme á mí lo que quieras; pero á fray Gabriel déjale en paz, que es el único bien que le ha quedado.

— Vamos, no se enfade Vd., tia María, repuso la Gaviota; consuélase Vd. con pensar, que nada tiene de vidrio fray Gabriel, sino sus espejuelos. Mi Comandante, dígame Vd. á Señá Rosa Mística que traslada su *amiga* al fuerte de Vd. cuando tenga cañones de veinte y cuatro, para que estén bien guardadas las niñas de las asechanzas del demonio, que se meten en guitarras destempladas. Me voy, porque D. Federico no viene; estoy para mí que está vacunando á todo el lugar, incluso Señá Mística, el Maestro de escuela y el alcalde.

Pero la buena anciana, que estaba acostumbrada á las maneras desabridas de María, y á la que por lo tanto no herian, la llamó, y le dijo se sentase á su lado.

D. Modesto, que infirió que la buena mujer iba á armar sus baterías, fiel á la neutralidad que habia prometido, se despidió, dió media vuelta á la derecha, y tocó retirada; pero no sin que la tia María le diese un par de lechugas y un manojo de rábanos.

— Hija mia, dijo la anciana cuando estuvieron solas; ¿qué no seria, que se casase contigo D. Federico, y que fueses tú así la Señá médica, la mas feliz de las mujeres, con ese hombre que es un San Luis Gonzaga, que sabe tanto, que toca tan bien la flauta, y gana tan buenos cuartos? Estarias vestida como un palmito, comida y bebida como una mayora; y sobre todo, hija mia, podrias mantener al pobrecito de tu padre, que se va haciendo viejo, y es un dolor verle echarse á la mar, que llueva, que ventee, para que á tí no te falte nada. Así D. Federico se quedaria entre nosotros, consolando y aliviando males, como un Angel que es.

María habia escuchado á la anciana con mucha atencion, aunque afectando tener la vista distraida: cuando hubo acabado de hablar, calló un rato, y dijo despues con indiferencia:

— Yo no quiero casarme.

— ¡Oiga! exclamó tia María, ¿pues acaso te quieres meter monja?

— Tampoco, respondió la Gaviota.

— ¿Pues qué? preguntó asombrada la tia María, ¿no quieres ser ni carne, ni pescado? ¡No he oído otra! La mujer, hija mia, ó es de Dios, ó del hombre; si no, no cumple con su vocacion, ni con la de arriba, ni con la de abajo. ¡

— ¿Pues qué quiere Vd., Señora? no tengo vocacion ni para casada ni para monja.

— Pues hija, repuso la tia María, será tu vocacion la de la mula. A mí, Mariquita, no me gusta nada de lo que sale de lo regular; en particular á las mujeres, les está tan mal no hacer lo que hacen las demas, que si fuese hombre, le habia de huir á una mujer así, como á un toro bravo. En fin, tu alma en tu palma; allá te las avengas. Pero, añadió con su acostumbrada bondad, eres muy niña, y tienes que dar mas vueltas que da una llave. El tiempo quiebra, sin canto ni piedra.

Marisalada se levantó y se fué.

— ¡Sí! iba pensando, tocándose el pañolon por la cabeza; me quiere; eso ya me lo sabia yo. Pero... como fray Gabriel á la tia María, esto es, como se quieren los viejos. ¿A que no sufría un aguacero en mi reja por no resfriarse? Ahora, si se casa conmigo me hará buena vida; eso sí! me dejará hacer lo que me dé gana, me tocará su flauta cuando se lo pida y me comprará lo que quiera y se me antoje. Si fuera su mujer, tendria un pañolon de espumilla, como Quela la hija de tio Juan Lopez, y una mantilla de blonda de Almagro, como la alcaldesa. ¡Lo que rabiarian de envidia! Pero me parece que D. Federico, que se derrite como tocino en sarten, cuando me oye cantar, lo mismo piensa en casarse conmigo, que piensa D. Modesto en casarse con su querida Rosa... de todos los diablos.

En todo este bello monólogo mental, no hubo un pensamiento ni un recuerdo para su Padre, cuyo alivio y bienestar habian sido las primeras razones que habia aducido la tia María!

CAPITULO XII.

Convencida la tia María de que ningun apoyo ni ayuda alguna tenia que aguardar del hombre de influencia, al cual habia querido asociarse en su empresa matrimonial, se determinó á llevarla á cabo por sí y ante sí, segura de vencer las objeciones de María, y las que pudiese poner D. Federico, como Sanson á los filisteos. Nada le arredraba, ni el despego de María, ni la inmovilidad de Stein; porque el amor es perseverante como una hermana de la caridad, y arrojado como un héroe; y el amor era el gran móvil de todo lo que hacia aquella buenísima mujer. Así fué, que sin mas ni mas, le dijo un dia á Stein:

— ¿Sabe Vd., D. Federico, que días atras estuvo aquí Marisalada, y nos dijo muy clarito, y con esa gracia que Dios le ha dado, que no venia aquí sino por Vd.? ¿Qué le parece á Vd. de la franqueza?

— Que á ser cierto, seria una ingratitud, y que mi rui señor no es capaz de ella: habrá sido una broma.

— Ello es, D. Federico, que barbas mayores quitan menores, y el primer lugar compete á quien compete. ¿Tan mal le sabrá á Vd. que le quieran, señor mio?

— No por cierto, que estamos de acuerdo en aquel axioma que Vd. tanto repite, *amor no dice basta*. Pero... tia María, en querer siempre he sido mejor donador, que no recaudador.

— Eso no habla conmigo, exclamó con viveza la buena mujer.

— No por cierto, mi querida tia María, respondió Stein tomando y estrechando entre las suyas la mano de la anciana. En sentimientos, estamos en cuenta corriente y pagada; pero en pruebas he quedado muy atras; ¡ojalá pudiese dar á Vd. alguna de mi cariño y de mi gratitud!

— Pues fácil es, D. Federico; y voy á pedírsela á Vd.

— Desde luego, mi querida tia María, ¿y cual es esa prueba? Decidlo pronto.

— Que se quede con nosotros, y para eso, que se case

Vd., D. Federico: de esta suerte se nos quitaria el continuo sobresalto en que vivimos, de que se nos quiera Vd. ir á su país; porque, como dice el refran: ¿Cuál es tu tierra? — La de mi mujer.

Stein se sonrió.

— ¿Que me case? dijo; ¿pero con quién, mi buena tia María?

— ¿Con quién? ¿con quién habia de ser? con su *rui-señor*; así tendrá Vd. eterna primavera en el corazon. ¡Es tan guapa, tan sandunguera, está tan amoldada á sus mañas de Vd., que ni ella puede vivir sin Vd., ni Vd. sin ella. ¡Si se están Vds. queriendo como dos tortolillos! que eso salta á la cara.

— Soy viejo para ella, tia María, (respondió Stein, suspirando, y sonrojándose al darse cuenta de que en cuanto á él, llevaba razon la buena mujer); soy viejo, repitió, para una niña de diez y seis años, y mi corazon es un inválido á quien deseo hacer la vida dulce y tranquila, y no exponerlo á nuevas heridas.

— ¡Viejo! exclamó la tia María, ¡qué disparate! ¡Pues si apenas tiene Vd. treinta años! Vamos, que eso es una razon de pié de banco, D. Federico.

— ¿Qué mas desearia yo, replicó Stein, que disfrutar con una inocente jóven, de la dulce y santa felicidad doméstica, que es la verdadera, la perfecta, la sólida que puede disfrutar el hombre, y que Dios bendice, porque es la que nos ha trazado? Pero, tia María, ella no me puede querer á mí.

— ¡Esta es otra que mejor baila! Delicadita de gusto habia de ser, á fe mia, la que á Vd. le hiciese fó, D. Federico. ¡Jesus! no diga Vd. lo contrario; que parece burla. Pues si la mujer que Vd. quiera ha de ser la mas feliz del mundo entero.

— ¿Lo cree Vd. así, mi buena tia María?

— Como me he salvar, D. Federico; y la que no lo fuese, era preciso asparla viva.

A la mañana siguiente, cuando llegó Marisalada, al entrar

en el patio, se dió de frente con Momo, que sentado sobre una piedra de molino, almorzaba pan y sardinas.

— ¿Ya estás ahí, Gaviota? (este fué el suave recibimiento que le hizo Momo); ¡sobre que un dia te hemos de hallar en la olla del potaje! ¿No tienes nada que hacer en tu casa?

— Todo lo dejo yo, respondió María, por venir á ver esa cara tuya, que me tiene hechizada, y esas orejas que te envidia Golondrina. Oyes, ¿sabes porqué teneis vosotros las orejas tan largas? Cuando padre Adan se halló en el paraíso con tanto animal, les dió á cada cual su nombre; á los de tu especie los nombró borricos. Unos dias despues, los juntó, y les fué preguntando á cada cual su nombre; todos respondieron, ménos los de tu casta, que ni su nombre sabian. Dióle tal rabia á padre Adan, que cogiendo al desmemoriado por las orejas, se puso á gritar á la par que tiraba desaforadamente de ellas; te llamas borriiicóóo!

Diciendo y haciendo, habia cogido María las orejas á Momo, y se las tiraba de manera de arrancárselas.

Fué la suerte de María, que al primer berrido que dió Momo, con toda la fuerra de sus anchos pulmones, se le atravesó un bocado de pan y sardina, lo que le ocasionó tal golpe de tos, que ella, ligera como buena gaviota, pudo escaparse del buitre.

— Buenos dias, mi rui señor, dijo Stein que al oirla habia salido al patio.

— Por via del rui señor, ¡ehé, ehé, ehé, ehé! gruñia y tosia Momo, ¡rui señor, y es la chicharra mas cansada que ha criado el estío! ¡ehé, ehé, ehé, ehé!

— Ven, María, prosiguió Stein, ven á escribir, y á leer los versos que traduje ayer. ¿No te gustaron?

— No me acuerdo de ellos, respondió María; ¿eran aquellos del país donde florecen los naranjos? Esos no pegan aquí, donde se han secado por no bastar á su riego las lágrimas de Fray Gabriel. Déjese Vd. de versos, D. Federico, y tóqueme Vd. el Nocturno de Weber, cuyas palabras son:

— ¡Escucha, escucha, amada mia! se oye el canto del rui señor; en cada rama florece una flor; ántes que aquel calle, y estas se ajen, escucha, escucha, amada mia!

— ¡Los terminachos que ha aprendido esa Gaviota! murmuraba Momo, y que le sientan como confites á un ajo molinero.

— Despues que leas, tocaré la serenata de Carl de Weber, dijo Stein, que solo á favor de esta recompensa, podia obligar á María á aprender lo que queria enseñarle. María tomó con mal gesto el papel que le presentaba Stein, ¡y leyó corrientemente, aunque de mala gana:

AL RETIRO.

(Traducido del poeta aleman Salis.)

En la suave sombra del retiro hallé la paz, la paz que á un mismo tiempo nos ablanda y fortalece, y que mira tranquila los golpes de la suerte como el Santo mira los sepulcros.

Dulce olvido de la marcha del tiempo, suave alejamiento de los hombres, que llevas á amarlos mas que su trato! tú sacas blandamente de la herida el dardo que en el alma clavó la injusticia.

Aquel que *tolera y aprecia*, aquel que exige mucho de sí mismo y poco de los demas, para este brotan las mas suaves hojas del olivo, con las que coronará la moderacion su frente.

En cuanto á mí, coronó á mis Penates con loto ¹⁾, y los cuidados por el porvenir no se acercan á mis umbrales, pues el hombre cuerdo concreta su felicidad á un estrecho círculo.

— María, dijo Stein cuando esta hubo acabado la lectura; tú, que no conoces al mundo, no puedes graduar cuánta y qué profunda verdad hay en estos versos, y cuánta filosofía. ¿Te acuerdas que te expliqué lo que era filosofía?

— Sí Señor, respondió María, la ciencia de ser feliz. Pero en eso, Señor, no hay reglas ni ciencia que valga; cada cual entiende el modo de serlo á su manera. Don Modesto, en que le pongan cañones á su fuerte, tan ruinoso como él. Fray Gabriel, en que le vuelvan su convento, su Prior y sus campanas; tia María, en que Vd. no se vaya; mi Padre en coger una corvina, y Momo, en hacer todo el mal que pueda.

Stein se echó á reir, y poniendo cariñosamente su mano

1) Loto, planta que simboliza el olvido. — Almez ó almezo.

Momo en respuesta, cantó en tres tonos diferentes.

— ¡Gaviota! ¡Gaviota! ¡Gaviota!

— ¡Romo! ¡Romo! ¡Romo! chato, nariz de rabadilla de pato, cantó María con su magnífica voz.

— ¿Es posible, Mariquita, le dijo Stein, que hagas caso de lo que dice Momo solo por molerte? Son sus bromas ton-tas y groseras, pero sin malicia.

— Alguna de la que á él le sobra, le hace falta á Vd., D. Federico, respondió María. Y para que Vd. lo sepa, no me da la gana de aguantar á ese zopenco, mas rudo que un canto, mas bronco que un escambron, y mas áspero que un cuero sin curtir. Así, me voy.

Diciendo esto, se salió la Gaviota, y Stein la siguió.

— Eres un desvergonzado, dijo la tia María á su nieto; tienes mas hiel en tu corazon, que buena sangre en tus venas: á las faldas, se las respeta, ganso! Pero en todo el lugar hay otro mas díscolo ni mas desamoretado que tú.

— Como está Vd. hecha á la finura de esa pilla de playa, respondió Momo, que me ha puesto las orejas como Vd. las ve, le parecen á Vd. los demas bastos! El demonio que acierte de qué hechizo se ha valido esa agua-mala ¹⁾ para cortarle á Vd. y á D. Federico el ombligo. Mire Vd. una gaviota *leta y escrebía?*... ¿quién ha visto eso? Así es que esa gran *jaragana*, que no se cuida de otra cosa en todo el dia, sino de hacer gorgoritos como el agua al fuego, ni le guisa la comida á su Padre, que tiene que guisársela él mismo, ni le cuida la ropa; de manera que tiene Vd. que cuidársela. Pero su Padre, Don Federico, y Vd. no saben dónde ponerla, y querrian que Su Santidad la santificara. ¡Ella dará el pago! ¡ella dará el pago! y si no el tiempo! Cria cuervos...

Stein habia alcanzado á Marisalada, y le decia:

— ¿De qué sirve, Mariquita, cuanto he procurado ilustrar

1) Agua-Mala es el nombre vulgar de un pólipo marino, que vive rodeado de una materia glutinosa que flota en el mar, y cuyo contacto produce un escozor en la piel, parecido al que causa el de la ortiga.

tu entendimiento, si no has llegado siquiera á adquirir la poca superioridad necesaria para sobreponerte á necedades sin valor ni importancia?

— Oiga Vd., D. Federico, contestó María, yo entiendo que la superioridad me ha de valer para que por ella me tengan en mas, y no en ménos.

— Válgame Dios, María, ¿es posible que así trueques los frenos? La superioridad enseña cabalmente á no engreirse con lauros, y á no rebelarse contra injusticias. Pero esas son, añadió sonriéndose, cosas de tu edad casi infantil, y de tu efervescente sangre meridional. Tú habrás aprendido, cuando tengas canas como yo, el poco valor de esas cosas. ¿Has notado que tengo canas, María?

— Sí, respondió esta.

— Pues mira, bien jóven soy; pero el sufrir madura pronto la cabeza. Mi corazon ha quedado jóven, María; y te ofrecería flores de primavera, si no temiese te asustasen las tristes señales de invierno que ciñen mi frente.

— Verdad es, respondió María (que no pudo contener su natural impulso), que un novio con canas no pega.

— ¡Bien lo pensé así! dijo Stein con tristeza; mi corazon es leal, y la tia María se engañó cuando al asegurarme posible la felicidad, hizo nacer en él esperanzas, como nace la flor del aire, sin raíces, y solo al soplo de la brisa.

María, que echó de ver que habia rechazado con su aspe-
reza, á una alma demasiado delicada para insistir, y á un hombre bastante modesto para persuadirse de que aquella sola objecion bastaba para anular sus demas ventajas, dijo precipitadamente:

— Si un novio con canas no pega, un marido con canas no asusta.

Stein quedó sumamente sorprendido de esta brusca salida, y aun mas, de la decision é impasibilidad con que se hacia. Luego, se sonrió, y la dijo:

— ¿Te casarias, pues, conmigo, bella hija de la naturaleza?

— ¿Por qué no? respondió la Gaviota.

— María, dijo conmovido Stein, la que admite á un hom-

bre para marido, y se aviene á unirse á él para toda la vida, ó mejor dicho, á hacer de dos vidas una, como en una antorcha dos pábilos forman una misma llama, le favorece mas, que la que le acoge por amante.

— ¿Y para qué sirven, dijo María con mezcla de inocencia y de indiferencia, los peladeros de pava en la reja? ¿á qué sirven los guitarreos, si tocan y cantan mal, sino para ahuyentar los gatos?

Habian llegado á la playa, y Stein suplicó á María se sentase á su lado, sobre unas rocas. Callaron largo rato: Stein estaba profundamente conmovido; María, aburrida, habia tomado una varita, y dibujaba con ella figuras en la arena.

— ¡Cómo habla la naturaleza al corazon del hombre! dijo al fin Stein; ¡qué simpatía une á todo lo que Dios ha creado! Una vida pura es como un dia sereno; una vida de pasiones desenfrenadas, es como un dia de tormenta. Mira esas nubes, que llegan lentas y oscuras, á interponerse entre el sol y la tierra: son como el deber, que se interpone entre el corazon y un amor ilícito, dejando caer sobre el primero sus frias, pero claras y puras emanaciones. ¡Dichoso el terreno sobre el que no resbalan! Pero nuestra felicidad será inalterable como el cielo de mayo; porque tú me querrás siempre, ¿no es verdad, María?

María, en cuya alma tosca y áspera no experimentaba la poesía ni hacía los sentimientos ascéticos de Stein, no tenia ganas de responder; pero como tampoco podia dejar de hacerlo, escribió en la arena con la varita, con que distraia su ocio, la palabra «*¡Siempre!*»

Stein tomó el fastidio por modestia, y prosiguió conmovido:

— Mira la mar: ¿oyes cómo murmuran sus olas con una voz tan llena de encanto y de terror? parecen murmurar graves secretos, en una lengua desconocida. Las olas son, María, aquellas sirenas seductoras y terribles, en cuya creacion fantástica las personificó la florida imaginacion de los griegos: seres bellos y sin corazon, tan seductores como terribles, que atraian al hombre con tan dulces voces para per-

derle. Pero tú, María, no atraes con tu dulce voz, para pagar con ingratitud; no: tú serás la sirena en la atracción, pero no en la perfidia. ¿No es verdad, María, que nunca serás ingrata?

— ¡*Nunca!* escribió María en la arena; y las olas se divertían en borrar las palabras que escribía María, como para parodiar el poder de los días, olas del tiempo, que van borrando en el corazón, cual ellas en la arena, lo que se asegura tener grabado en él para siempre.

— ¿Porqué no me respondes con tu dulce voz? dijo Stein á María.

— ¿Qué quiere Vd., D. Federico? contestó esta, se me anuda la garganta para decirle á un hombre que lo quiero. Soy seca y descastada, como dice la tía María, que no por eso deja de quererme; cada uno es como Dios lo ha hecho. Soy como mi Padre; palabras, pocas.

— Pues si eres como tu Padre, nada mas deseo, porque el buen tío Pedro, — diré mi Padre, María — tiene el corazón mas amante que abrigó pecho humano. Corazones cómo el suyo, solo laten en los diáfanos pechos de los ángeles, y en los de los hombres selectos.

— ¡Selecto mi Padre! dijo para sí María, pudiendo apenas contener una sonrisa burlona. ¡Anda con Dios! mas vale que así le parezca.

— Mira, María, dijo Stein acercándose á ella; ofrezcamos á Dios nuestro amor puro y santo: prometámosle hacérselo grato con la fidelidad en el cumplimiento de todos los deberes que impone, cuando está consagrado en sus aras; y deja que te abrace como á mi mujer, y á mi compañera.

— ¡Eso no! dijo María dando un rápido salto atrás, y arrugando el entrecejo, ¡á mí no me toca nadie!

— Bien está, mi bella esquivia, repuso Stein con dulzura; respeto todas las delicadezas, y me someto á todas las voluntades. ¿No es acaso, como dice uno de vuestros antiguos y divinos Poetas, la mayor de las felicidades, la de obedecer amando?

CAPITULO XIII.

El agradecimiento que sentia el pescador hácia el que habia salvado á su hija, se habia convertido al verle tan interesado por ella, en una amistad exaltada, que solo podia compararse á la admiracion que excitaban en él las grandes prendas que adornaban á Stein.

Desde que se conocieron el tosco marinero y el ilustrado estudiante, habian congeniado; porque las personas de buenos y análogos sentimientos sienten tal atraccion cuando se ponen en contacto, que venciendo las distancias, desde luego se saludan hermanas.

Así fué que cuando se le ofreció por yerno, el buen Padre enmudeció, profundamente conmovido por el gozo que sintió en su corazon, y solo suplicó á Stein cogiéndole la mano, que, por Dios, se quedasen á vivir en la choza; en lo que consintió Stein de mil amores. Entónces el pescador pareció recobrar las fuerzas y la agilidad de su juventud, para emplearlas en mejorar, asear y primorear su habitacion. Despejó el pequeño desvan, al que se retiró, dejando los cuartitos del segundo piso para sus hijos. Enlució las paredes, las enjalbegó, aplanó el suelo, y lo cubrió despues con una primorosa estera de palma, que al efecto tejió, encargando á la tia María el sencillo ajuar correspondiente.

Grande fué igualmente el regocijo que causó la noticia del casamiento de Stein en todas las personas que le conocian y le amaban. La tia María, de puro gozo, no pudo dormir en tres noches. Pronosticó, que puesto que D. Federico iba á residir en aquel país, ninguno de sus habitantes moriria sino de viejo.

Fray Gabriel se manifestó tan contento de aquella resolucion, y sobre todo de ver á la tia María tan alegre, que abundando en los sentimientos de esta, se aventuró á soltar un gracejo, que fué el primero y el último de su vida. En voz baja dijo que el señor cura iba á olvidarse del *De profundis*.

Tanto agradó este chiste á la tia María, que por espacio

de quince dias, no habló con alma viviente, á quien despues de los buenos dias no se lo refiriese, en honra y gloria de su protegido. Y á él le causó tal embarazo el asombroso éxito de su chiste, que hizo voto de no caer en semejante tentacion en todo el resto de su vida.

D. Modesto fué de opinion que la Gaviota habia ganado el premio grande de la lotería, y la gente del lugar, el segundo; porque él no se hallaria manco si se hubiese encontrado en el sitio de Gaeta, un cirujano tan hábil como Stein.

La opinion de Dolores fué, que si el pescador habia dado dos veces la vida á su hija, la voluntad de Dios le habia dado dos veces la felicidad, proporcionándole tal Padre y tal marido.

Manuel observó que habia una torta en el cielo reservada para los maridos que no se arrepintiesen de serlo; y que hasta ahora nadie le habia metido el diente. Su mujer le respondió que eso era porque los maridos no entraban allí, habiéndolo prometido así San Pedro á Santa Genoveva.

En cuanto á Momo, sostuvo que una vez que la Gaviota habia encontrado marido, bien podia la epidemia no perder las esperanzas.

Rosa Mística lo tomó por otro estilo. María habia aumentado el catálogo de sus agravios con uno de fecha reciente. Habia llegado el mes de María, y en el culto que se le tributaba, algunas devotas se reunian á cantar coplas en honor de la Virgen, acompañadas por un mal clavicordio que tocaba el viejo y ciego organista. Rosita presidia esta sociedad filarmónica y religiosa. Algunas voces puras y agradables, se unian en este concierto á la suya, que no dejaba de ser áspera y chillona. Rosa, que no podia desconocer la admirable aptitud de Marisalada, impuso silencio á sus antiguos resentimientos, en obsequio del mes de María, y pensó en aprovecharse de la mediacion de D. Modesto, para que la hija del pescador tomase parte en aquel coro virginal.

D. Modesto agarró el baston y se puso en marcha.

Marisalada, que no la echaba de devota, y que no se cuidaba mucho de ejercer su habilidad bajo aquel maestro al

cembalo; respondió al veterano con un *no* pelado sin preámbulo y sin epílogo.

Este monosílabo aterró á D. Modesto mas que una descarga de artillería; y no supo que hacer.

Era D. Modesto uno de aquellos hombres que tienen bastante buen corazon para desear sinceramente el bien de sus amigos, pero no poseen el valor necesario para contribuir á su logro, ni imaginacion bastante fecunda para hallar los medios de conseguirlo.

— Tio Pedro, dijo al pescador despues de aquel perentorio rechazo: ¿Sabe Vd. que me tiemblan las carnes? ¿Qué dirá Rosita? ¿Qué dirá el padre Cura? ¿Qué dirá todo el pueblo? ¿No podria Vd. hallar medio de convencerla?

— ¡Si no quiere! ¿qué le hago? respondió el pescador.

De modo que el pobre D. Modesto tuvo que resignarse á ser el portador de tan triste embajada, la cual no solo debia ofender, sino escandalizar á su mística patrona.

— Mil veces mas quisiera, decia volviendo á Villamar, presentarme delante de todas las baterías de Gaeta, que delante de Rosita, con este *no* en la boca. ¡Jesus, cómo se va á poner!

Y tenia razon; porque en vano adornó D. Modesto su mensaje con un exordio modificador; en vano lo comentó con notas explicativas; en vano lo exornó con verbosas paráfrasis; no por esto dejó de ofender mucho á Rosita, la cual exclamó en tono sentencioso:

— Quien recibe dones del cielo y no los emplea en su servicio merece perderlos.

Así fué, que cuando supo el proyectado casamiento, dijo, dando un suspiro, y alzando los ojos al cielo:

— ¡Pobre D. Federico! ¡Tan bueno, tan piadoso, tan bendito! Dios los haga felices, como hacerlo puede, ya que nada es imposible á su omnipotencia.

Momo, con su acostumbrada mala intencion, tuvo el gusto de dar la noticia del casamiento á Ramon Perez.

— Oye, Raton Perez, le dijo, ya puedes comer cebolla, hasta hartarte, que á D. Federico le ha tentado el diablo, y se casa con la Gaviota.

— ¿De veras? exclamó consternado el barbero.

— ¿Te asombras? mas me asombré yo; ¡sobre que hay gustos que merecen palos! ¡Mire Vd., prendarse de esa descastada, que parece una culebra en pié, echando centellas por los ojos, y veneno por la boca! Pero en D. Federico se cumplió aquello de que *quien tarde casa, mal casa*.

— No me asombro, repuso Ramon Perez, de que D. Federico la quiera; sino de que Marisalada quiera á ese desgavilado, que tiene pelo de lino, cara de manzana, y oyos de pescado. Que no haya tenido presente esa ingrata de que *¡quien léjos se va á casar, ó va engañado, ó va á engañar!*

— A fe que no será lo primero, porque lo que es él es un hombre de los buenos; no hay que decir. Pero esa mariparda lo ha engatusado con su canto, que dura desde que echa el sol sus luces, hasta que las recoge; pues no hace *naita* mas. Ya se lo dije yo: D. Federico, dice el refran, *toma casa con hogar, y mujer que sepa hilar*; y no ha hecho caso: es un Juan Lanas. En cuanto á tí, Raton Perez, te has quedado con mas narices que un pez espada.

— Siempre se ha visto, (contestó el barbero dando tan brusca vuelta á la clavija de su guitarra que saltó la prima) que de fuera vendrá, quien de casa nos echará. Pero has de saber tú, Romo, que á mí se me da tres pitos. Tal dia hará un año; á Rey muerto, Rey puesto.

Y poniéndose á rasguear furiosamente la guitarra, cantó con voz arrogante:

Dicen que tú no me quieres,
No me da pena maldita;
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

Si no me quieres á mi,
Se me da tres caracoles;
Con ese mismo dinero
Compro yo nuevos amores.

CAPITULO XIV.

El casamiento de Stein y la Gaviota se celebró en la iglesia de Villamar. El pescador llevaba en lugar de su camisa de bayeta colorada, una blanca muy almidonada, y una chaqueta nueva de paño azul basto; con cuyas galas estaba tan embarazado, que apenas podía moverse.

D. Modesto, que era uno de los testigos, se presentó con toda la pompa de un uniforme viejo y raído á fuerza de cepillazos, el que habiendo su dueño enflaquecido, le estaba anchísimo. El pantalon de mahon, que Rosa Mística habia lavado por milésima vez, pasándolo por agua de paja, que por desgracia, no era el agua de Juvencio, se habia encogido de tal modo, que apenas le llegaba á media pierna. Las charreteras se habian puesto de color de cobre. El tricornio, cuyo erguido aspecto no habian podido alterar ocho lustros de duracion, ocupaba dignamente su elevado puesto. Pero al mismo tiempo brillaba sobre el honrado pecho del pobre inválido la cruz de honor ganada valientemente en el campo de batalla, como un diamante puro en un engaste deteriorado.

Las mujeres, segun el uso, asistieron de negro á la ceremonia; pero mudaron de traje para la fiesta. Marisalada iba de blanco. Tia María y Dolores llevaban vestidos, que Stein les habia regalado para aquella ocasion. Eran de tejido de algodón, traído de Gibraltar, de contrabando: el dibujo, el que entónces estaba de moda, y se llamaba *Arco Iris*, por ser una reunion de los colores mas opuestos y ménos capaces de armonizar entre sí. No parecia sino que el fabricante habia querido burlarse de sus consumidores andaluces. En fin, todos se compusieron y engalanaron, excepto Momo, que no quiso molestarse en una ocasion como aquella; lo que dió motivo á que la Gaviota le dijese:

— Has hecho bien, gaznápiro; por aquello de que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda.» La misma falta haces tú en mi boda, que los perros en misa.

— ¿Si te habrás figurado tú, que por ser *méica* dejas de ser Gaviota, repuso Momo, y que por estar recompuesta,

estás bonita? Sí, ¡bonita estás con ese vestido blanco! Si te pusieras un gorro colorado, parecerías un fósforo.

— Y en seguida se puso á cantar con destemplada voz:

Eres blanca como el cuervo .
Y bonita como el hambre .
Colorúa como la cera ,
Y gorda como el alambre.

Marisalada repostó en el acto:

Tienes la boca ,
Que parece un canasto
De colar ropa:

Con unos dientes ,
Que parecen zarcillos
De tres pendientes.

y le volvió la espalda.

Momo, que no era hombre que se quedase atras en tratándose de insolencias y denuestos, replicó con coraje:

— Anda, anda, á que te echen la bendicion; que será la primera que te hayan echado en tu vida, y que estoy para mí que será la última.

Celebróse la boda en el pueblo, en la casa de la tia María, por ser demasiado pequeña la choza del pescador para contener tanta concurrencia. Stein, que habia hecho algunos ahorros en el ejercicio de su profesion (aunque hacia de valde la mayor parte de las curas) quiso celebrar la fiesta en grande, y que hubiese diversion para todo el mundo: por consiguiente se llegaron á reunir hasta tres guitarras, y hubo abundancia de vino, mistela, bizcochos y tortas. Los concurrentes cantaron, bailaron, bebieron, gritaron; y no faltaron los chistes y agudezas propias del país.

La tia María iba, venia, servia las bebidas, sostenia el papel de madrina de la boda, y no cesaba de repetir:

— Estoy tan contenta, como si fuera yo la novia.

A lo que fray Gabriel añadía indefectiblemente:

— Estoy tan contento, como si fuera yo el novio.

— Madre, le dijo Manuel, viéndola pasar á su lado; muy alegre es el color de ese vestido para una viuda.

— Cállate, mala lengua, respondió su Madre. Todo debe

ser alegre en un dia cómo hoy: ademas, que á caballo regalado, no se le mira el diente. Hermano Gabriel, vaya esta copa de mistela, y esta torta. Eche Vd. un brándis á la salud de los novios, ántes de volver al convento.

— Brindo á la salud de los novios ántes de volver al convento, dijo fray Gabriel.

Y despues de apurada la copa, se escurrió, sin que nadie, excepto la tia María, hubiese echado de ver su presencia, ni notado su ausencia.

La reunion se animaba por grados.

— ¡Bomba! gritó el sacristan, que era bajito, encogido y cojo.

Calló todo el mundo al anuncio del brándis de aquel personaje.

— Brindo, dijo, á la salud de los recién casados, á la de toda la honrada compañía, y por el descanso de las ánimas benditas!

— ¡Bravo! bebamos, y viva la Mancha, que da vino en lugar de agua!

— A tí te toca, Ramon Perez; echa una copla, y no guardes tu voz para mejor ocasion.

Ramon cantó:

Parabien á la novia
Le rindo y traigo;
Pero al novio no puedo,
Sino envidiarlo.

— ¡Bien, salero! gritaron todos. Ahora el fandango, y á bailar.

Al oir el preludio del baile eminentemente nacional, un hombre y una mujer se pusieron simultáneamente en pié, colocándose uno en frente de otro. Sus graciosos movimientos se ejecutaban casi sin mudar de sitio, con un elegante balanceo de cuerpo, y marcando el compas con alegre repiqueteo de las castañuelas. Al cabo de un rato, los dos bailarines cedian sus puestos á otros dos, que se les ponian delante, retirándose los dos primeros. Esta operacion se repetia muchas veces, segun la costumbre del país.

Entretanto, el guitarrista cantaba:

Por el sí que dió la niña
A la entrada de la iglesia,
Por el sí que dió la niña,
Entró libre, y salió presa.

— ¡Bomba! gritó de pronto uno de los que la echaban de graciosos. Brindo por ese *cúralo-todo* que Dios nos ha enviado á esta tierra, para que todos vivamos mas años que Matusalen; con condicion de que, cuando llegue el caso, no trate de prolongar la vida de mi mujer, y mi purgatorio.

Esta ocurrencia ocasionó una explosion de vivas y palmas.

— ¿Y qué dices tú á todo esto, Manuel? le gritaron todos.

— Lo que yo digo, repuso Manuel, es que no digo nada.

— Esa no pasa. Si has de estar callado, véte á la iglesia. Echa un brándis, y espabílate.

Manuel tomó un vaso de mistela, y dijo:

— Brindo por los novios, por los amigos, por nuestro Comandante y por la resurreccion del San Cristóbal.

— ¡Viva el Comandante, viva el Comandante! gritó todo el concurso; y tú, Manuel, que lo sabes hacer, echa una copla.

Manuel cantó la siguiente.

Mira, hombre, lo que haces
Casándote con bonita;
Hasta que llegues á viejo,
El susto no te se quita.

Despues que se hubieron cantado algunas otras coplas, dijo el que la echaba de gracioso:

— Manuel, cantan esos unos despilfarros, que no llevan idea ni consonante: tú que sabes decir las cosas en buen versaje, y mas cuando estás calamocano, echa una décima en regla á los novios, y toma este vaso de vino para que te se ponga la lengua *espeíta*.

Manuel tomó el vaso de vino, y dijo:

Ven acá, quita-pesares,
Alivio de mi congoja;
Criado entre verde boja,
Y pisado en los lagares;
Te pido de que me aclares
Esta garganta y galillo
Para brindar á los novios
Empinando este vasillo.

— Ahora te toca á tí, Ramon del diablo, ¿te ha embotado el licor la garganta? estás mas soso que una ensalada de tomates.

Ramon tomó la guitarra, y cantó:

Cuando la novia va á misa
Y yo la llevo á encontrar:
Toda mi dicha es besar
La dura tierra que pisa.

Habiendo sucedido á esta copla, otra que *verdeaba*, la tía María se acercó á Stein, y le dijo:

— D. Federico, el vino empieza á explicarse; son las doce de la noche, los chiquillos están solos en casa con Momo y Fray Gabriel, y me temo que Manuel empine el codo mas de lo regular, el tío Pedro se ha dormido en un rincon, y no creo que seria malo tocar la retirada. Los burros están aparejados. ¿Quiere Vd. que nos despidamos á la francesa?

Un momento despues, las tres mujeres cabalgaban sobre sus burras hácia el convento. Los hombres las acompañaban á pié, entretanto que Ramon, en un arrebató de celos y despecho, al ver partir á los novios, rasgueando la guitarra con unos brios insólitos, berreaba mas bien que cantaba la siguiente copla:

Tu me distes calabazas;
Me las comí con tomates:
Mas bien quiero calabazas,
Que no entrar en tu linaje.

— ¡Qué hermosa noche! decia Stein á su mujer, alzando los ojos al cielo. Mira ese cielo estrellado, mira esa luna en todo su lleno, como yo estoy en el lleno de mi dicha! Como mi corazon, nada le falta, ni nada echa ménos!

— ¡Y yo que me estaba divirtiendo tanto! respondió María impaciente; no sé por qué dejamos tan temprano la fiesta.

— Tía María, decia Pedro Santaló á la buena anciana, ahora sí que podemos morir en paz.

— Es cierto, respondió esta; pero tambien podemos vivir contentos, y esto es mejor.

— ¿Es posible que no sepas contenerte, cuando tomas el vaso en la mano? decia Dolores á su marido. Cuando sueltas las velas, no hay cable que te sujete.

— ¡Caramba! replicó Manuel. Si me he venido, ¿qué mas quieres? Si hablas una palabra mas, viro de bordo, y me vuelvo á la fiesta.

Distinguíanse aun los cantos de los bebedores:

— ¡Viva la Mancha que da vino en lugar de agua!

Dolores calló, temerosa de que Manuel realizase su amenaza.

— José, dijo Manuel á su cuñado, que tambien era de la comitiva; ¿está la luna llena?

— Por supuesto que sí, repuso el pastor. ¿No le ves lo que le está saliendo del ojo? ¿á qué no sabes lo que es?

— Será una lágrima, dijo Manuel riendo.

— No es sino un hombre.

— ¡Un hombre! exclamó Dolores plenamente convencida de lo que decia su hermano. ¿Y quién es ese hombre?

— No sé, respondió el pastor; pero sé cómo se llama.

— ¿Y cómo se llama? preguntó Dolores.

— Se llama Vénus, repuso José.

Manuel soltó la carcajada. Habia bebido mas de lo regular, y tenia el vino alegre, como suele decirse.

— D. Federico, dijo Manuel: ¿quiere Vd. que le dé un consejo, como mas antiguo en la cofradía?

— Calla, por Dios, Manuel, le dijo Dolores.

— ¿Quieres dejarme en paz? si no, vuelvo grupa. Oiga Vd., D. Federico. En primer lugar, á la mujer y al perro, el pan en una mano, y el palo en la otra.

— Manuel, repitió Dolores.

— ¿Me dejas en paz, ó me vuelvo? contestó Manuel; Dolores calló.

— D. Federico, prosiguió Manuel; casamiento y señorío, ni quieren fuerza, ni quieren brio.

— Hazme el favor de callar, Manuel, le interrumpió su Madre.

— Tambien es fuerte cosa, gruñó Manuel. No parece sino que estamos asistiendo á un entierro.

— ¿No sabes, Manuel, observó el pastor, que á D. Federico no le gustan esas chanzas?

— D. Federico, dijo Manuel, despidiéndose de los novios, que seguian hácia la choza; cuando Vd. se arrepienta de lo que acaba de hacer, nos juntaremos, y cantaremos á dos voces la misma letra.

Y siguió hácia el convento, oyéndose en el silencio de la noche, su clara y buena voz, que cantaba:

Mi mujer y mi caballo
Se me murieron á un tiempo.
¡Qué mujer, ni qué demonio!
Mi caballo es lo que siento.

— Véte á acostar, Manuel, y *liberal*, le dijo su Madre cuando llegaron.

— De eso cuidará mi mujer, respondió este. ¿No es verdad, morena?

— Lo que yo quisiera es que estuvieses dormido ya, contestó Dolores.

— ¡Mentira! ¡cómo habias tú de querer guardarte en el buche el sermon sin paño, que me tengo que zampar yo, entre duerme y vela, si he de dormir en cama! ¡fácil era!

— ¿Y no sabes tú taparle la boca? le dijo riendo su cuñado.

— Oye, José, contestó Manuel, ¿has hallado tú entre las breñas ó cuevas del campo, lo que á una mujer pueda tapar la boca? Mira que si lo has hallado no faltará quien te lo compre á peso de oro; por esos mundos no lo he encontrado ni conocido en la vida de Dios.

Y se puso á cantar.

Mas fácil es apagarle
Sus rayos al sol que abrasa,
Que atajarle la sin hueso
A una mujer enojada.

No sirve el halago,
Ni tampoco el palo:
Ni sirve ser bueno,
Ni sirve ser malo.

CAPITULO XV.

Tres años habian transcurrido. Stein, que era uno de los pocos hombres que no exigen mucho de la vida, se creia feliz. Amaba á su mujer con ternura; se habia apegado cada dia mas á su suegro, y á la excelente familia que le habia acogido moribundo, y cuyo buen afecto no se habia desmentido jamas. Su vida uniforme y campestre estaba en armonía con los gustos modestos y el temple suave y pacífico de su alma. Por otra parte, la monotonía no carece de atractivos. Una existencia siempre igual es como las melodías compuestas de pocas notas, que nos arrullan tan blandamente. Quizas no hay nada que deje tan gratos recuerdos, como lo monótono, ese encadenamiento sucesivo de dias, ninguno de los cuales se distingue del que le sigue, ni del que le precede.

¡Cual no seria, pues, la sorpresa de los habitantes de la cabaña, cuando vieron venir una mañana á Momo, corriendo, azorado, y gritando á Stein, que fuese, sin perder un instante, al convento!

— ¿Ha caido enfermo alguno de la familia? preguntó Stein asustado.

— No, respondió Momo; es un Usía que le dicen *su Esencia*, que estaba cazando en el coto jabalíes y venados, con sus amigos; y al saltar un barranco, resbaló el caballo, y los dos cayeron en él. El caballo reventó, y la *Esencia* se ha quebrado cuantos huesos tiene su cuerpo. Le han llevado allá en unas parihuelas, y aquello se ha vuelto una Babilonia. Parece el día del juicio. Todos andan desatentados, como rebaño en que entra el lobo. El único que está cariparejo, es el que dió el batacazo. Y un real mozo que

es, por mas señas. Allí andaban todos aturrullados sin saber que hacer. Madre abuela les dijo que habia aquí un cirujano de los pocos; mas ellos no lo querian creer. Pero como para traer uno de Cádiz, se necesitan dos dias, y para traer uno de Sevilla, se necesitan otros tantos, dijo su Esencia que lo que queria, era que fuese allá el recomendado de mi Abuela; y para eso he tenido que venir yo: pues no parece sino que ni en el mundo ni en la vida de Dios hay de quien echar mano sino de mí. Ahora le digo á Vd. mi verdad: si yo fuera que Vd., ya que me habian despreciado, no iba ni á dos tirones.

— Aunque yo fuese capaz, respondió Stein, de infringir mi obligacion de cristiano, y de profesor, necesitaria tener un corazon de bronce para ver padecer á uno de mis semejantes sin aliviar sus males pudiendo hacerlo. Ademas, que esos caballeros no pueden tener confianza en mí, sin conocerme; y esto no es ofensa: ni aun lo seria, si no la tuviesen, conociéndome.

Con esto llegaron al convento.

La tia María, que aguardaba á Stein con impaciencia, le llevó á donde estaba el desconocido. Habíanle puesto en la celda prioral, donde apresuradamente, y lo mejor que se pudo, se le habia armado una cama. La tia María y Stein atravesaron la turbamulta de criados y cazadores que rodeaban al enfermo. Era este un jóven de alta estatura. En torno de su hermoso rostro, pálido, pero tranquilo, caian los rizos de su negra cabellera. Apenas le hubo mirado Stein, lanzó un grito, y se arrojó hácia él, pero temeroso de tocarle, se detuvo de pronto, y cruzando sus manos trémulas, exclamó:

— ¡Dios mio, Señor Duque!

— ¿Me conoce Vd.? preguntó el Duque; porque, en efecto, la persona que Stein habia reconocido, era el Duque de Almansa.

— ¿Me conoce Vd.? repitió alzando la cabeza y fijando en Stein sus grandes ojos negros, sin poder caer en quién era el que le dirigia la palabra.

— ¡No se acuerda de mí! murmuró Stein, mientras que

dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. No es extraño: las almas generosas olvidan el bien que hacen, como las agradecidas conservan eternamente en la memoria el que reciben.

— ¡Mal principio! dijo uno de los concurrentes. Un cirujano que llora; estamos bien!

— ¡Qué desgraciada casualidad! añadió otro.

— Señor Doctor, dijo el Duque á Stein, en vuestras manos me pongo. Confío en Dios, en vos, y en mi buena estrella. Manos á la obra, y no perdamos tiempo.

Al oír estas palabras, Stein levantó la cabeza; su rostro quedó perfectamente sereno, y con un ademán modesto, pero imperativo y firme, alejó á los circunstantes. En seguida examinó al paciente con mano hábil y práctica en este género de operaciones: todo con tanta seguridad y destreza, que todos callaron; y solo se oía en la pieza el ruido de la agitada respiración del paciente.

— El señor Duque (dijo el cirujano, después de haber concluido su exámen), tiene el tobillo dislocado y la pierna rota, sin duda por haber cargado en ella todo el peso del caballo. Sin embargo, creo que puedo responder de la completa curación.

— ¿Quedaré cojo? preguntó el Duque.

— Me parece que puedo asegurar que no.

— Hacedlo así, continuó el Duque, y diré que sois el primer cirujano del mundo.

Stein, sin alterarse, mandó llamar á Manuel, cuya fuerza y docilidad le eran conocidas, y de quien podía disponer con toda seguridad. Con su auxilio, empezó la cura, que fué ciertamente terrible; pero Stein parecía no hacer caso del dolor que padecía el enfermo, y que casi le embargaba el sentido. Al cabo de media hora, reposaba el Duque, dolorido, pero sosegado. En lugar de muestras de desconfianza y recelo, Stein recibía de los amigos del personaje enhorabuena cumplidas y pruebas de aprecio y admiración, y él, volviendo á su natural modesto y tímido, respondía á todos con cortesías. Pero quien se estaba bañando en agua rosada, era la tía María.

— ¿No lo decia yo? repetia sin cesar á cada uno de los presentes; ¿no lo decia yo?

Los amigos del Duque, tranquilizados ya, á ruegos de este, se pusieron en camino de vuelta. El paciente habia exigido que le dejaran solo, bajo la tutela de su hábil doctor, su antiguo amigo, como le llamaba, y aun despidió á casi todos sus criados.

Así él y su médico pudieron renovar conocimiento á sus anchas. El primero era uno de aquellos hombres elevados y poco materiales, en quienes no hacen mella el hábito ni la afición al bienestar físico; uno de los seres privilegiados, que se levantan sobre el nivel de las circunstancias, no en ímpetus repentinos y eventuales, sino constantemente, por energía característica, y en virtud de la inatacable coraza de hierro, que se simboliza en el *¿qué importa?*; uno de aquellos corazones que palpitaban bajo las armaduras del siglo XV, y cuyos restos solo se encuentran hoy en España.

Stein refirió al Duque sus campañas, sus desventuras, su llegada al convento, sus amores y su casamiento. El Duque lo oyó con mucho interés; y la narración le inspiró deseo de conocer á Marisalada, al pescador, y la cabaña que Stein estimaba en mas que un espléndido palacio. Así es que en la primera salida que hizo, en compañía de su médico, se dirigió á la orilla del mar. Empezaba el verano; y la fresca brisa, puro soplo del inmenso elemento, les proporcionó un goce suave en su romería. El fuerte de San Cristóbal parecia recién adornado con su verde corona, en honra del alto personaje, á cuyos ojos se ofrecia por primera vez. Las florecillas que cubrian el techo de la cabaña, en imitación de los jardines de Semíramis, se acercaban unas á otras, mecidas por las auras, á guisa de doncellas tímidas, que se confían al oído sus amores. La mar impulsaba blanda y pausadamente sus olas hácia los piés del Duque, como para darle la bienvenida. Oíase el canto de la alondra, tan elevada, que los ojos no alcanzaban á verle. El Duque, algo fatigado, se sentó en una peña. Era poeta, y gozaba en silencio de aquella hermosa escena. De repente sonó una voz, que cantaba una melodía sencilla y melancólica. Sorprendido el

Duque, miró á Stein, y este se sonrió. La voz continuaba.

— Stein, dijo el Duque, ¿hay sirenas en estas olas, ó ángeles en esta atmósfera?

En lugar de responder á esta pregunta, Stein sacó su flauta, y repitió la misma melodía.

Entónces el Duque vió que se les acercaba medio corriendo, medio saltando, una jóven morena, la cual se detuvo de pronto al verle.

— Esta es mi mujer, dijo Stein; mi María.

— Que tiene, dijo el Duque entusiasmado, la voz mas maravillosa del mundo. Señora, yo he asistido á todos los teatros de Europa; pero jamas han llegado á mis oídos, acentos que mas hayan excitado mi admiracion.

Si el óútis moreno, inalterable y terso de María hubiera podido revestirse de otro colorido, la púrpura del orgullo y de la satisfaccion se habria hecho patente en sus mejillas, al escuchar estos exaltados elogios en boca de tan eminente personaje y competente juez. El Duque prosiguió:

— Entre los dos poseeis cuanto es necesario para hacerse camino en el mundo. ¿Y quereis permanecer enterrados en la oscuridad y en el olvido? No puede ser: el no hacer participar á la sociedad de vuestras ventajas, repito que no puede ser, ni será.

— ¡Somos aquí tan felices, señor Duque! respondió Stein; que cualquiera mudanza que hiciera en mi situacion, me pareceria una ingratitud á la suerte.

— Stein, exclamó el Duque, ¿dónde está el firme y tranquilo denuedo que admiraba yo en vos, cuando navegábamos juntos á bordo del *Royal Sovereign*? ¿Qué se ha hecho de aquel amor á la ciencia, de aquel deseo de consagrarse á la humanidad afligida? ¿Os habeis dejado enervar por la felicidad? ¿Será cierto que la felicidad hace á los hombres egoistas?

Stein bajó la cabeza.

— Señora, continuó el Duque; á vuestra edad, y con esas dotes, ¿podeis decidiros á quedaros para siempre apegada á vuestra roca, como esas ruinas?

María, cuyo corazon palpitaba impulsado por intensa alegría y por seductoras esperanzas, respondió sin embargo, con aparente frialdad:

— ¿Qué mas me da?

— ¿Y tu Padre? le preguntó su marido en tono de reconvencion.

— Está pescando, respondió ella, fingiendo no entender el verdadero sentido de la pregunta.

El Duque entró en seguida en una larga explicacion de todas las ventajas á que podria conducir aquella admirable habilidad, que le labraria un trono y un caudal.

María los escuchaba con avidez, mientras el Duque admiraba el juego de aquella fisonomía sucesivamente fria y entusiasmada; helada y enérgica.

Cuando el Duque se despidió, María habló al oido á Stein, y le dijo con la mayor precipitacion:

— Nos iremos; nos iremos. ¡Y qué! ¿la suerte me llama y me brinda coronas, y yo me haria sorda? ¡No, no!

Stein siguió tristemente al Duque.

Cuando entraron en el convento, la tia María preguntó á este, que trataba con mucha bondad á su enfermera, ¿qué tal le habia parecido su querida María?

— ¿No es verdad, preguntó, que Marisalada es una linda criatura?

— Ciertamente, respondió el Duque. Sus ojos son de aquellos que solo puede mirar frente á frente un águila, segun la expresion de un poeta.

— ¿Y su gracia? prosiguió la buena anciana, ¿y su voz?

— En cuanto á su voz, dijo el Duque, es demasiado buena para perderse en estas soledades. Bastante teneis vosotros con vuestros ruseñores y jilgueros. Es preciso que marido y mujer se vengan conmigo.

Un rayo que hubiese caido á los piés de la tia María, no la habria aterrado, como lo hicieron aquellas palabras.

— ¿Y quieren ellos? exclamó asustada.

— Es preciso que quieran, respondió el Duque, entrando en su departamento.

La tia María quedó consternada y confusa por algunos momentos. En seguida fué á buscar al hermano Gabriel.

— ¡Se van! le dijo bañada en lágrimas.

— ¡Gracias á Dios! repuso el hermano. Bastante han echado á perder las losas de mármol de la celda prioral. ¿Qué dirá su Reverencia cuando vuelva?

— No me ha entendido Vd., dijo la tia María interrumpiéndole. Quienes se van, son D. Federico y su mujer.

— ¿Qué se van? dijo fray Gabriel; ¡no puede ser!

— ¿Será verdad? preguntó la tia María á Stein que venia buscándola.

— ¡Ella lo quiere! respondió él con semblante abatido.

— Eso es lo que dice siempre su Padre, continuó la tia María; y con esa respuesta, la habria dejado morir, si no hubiera sido por nosotros. ¡Ah D. Federico! ¡está Vd. tan bien aquí! ¿Va Vd. á ser como el español, que estando bueno quiso estar mejor?

— No espero ni creo hallarme mejor en ninguna parte del mundo, mi buena tia María, dijo Stein.

— Algun dia, repuso ella, se ha de arrepentir Vd. ¡Y el pobre tio Pedro! ¡Dios mio! ¿Porqué ha llegado acá el barullo del mundo?

D. Modesto entró en aquel instante. Hacia algun tiempo que habia escaseado sus visitas, no porque el Duque no le hubiese recibido perfectamente, ni porque dejase de ejercer sobre el veterano la misma irresistible atraccion que ejercia en todos los que se le acercaban. Pero como era regular, D. Modesto se habia impuesto la regla de no presentarse ante el Duque, General y ex-Ministro de la Guerra, sino de rigurosa ceremonia. Rosa Mística, empero, le habia dicho que su uniforme no se hallaba capaz de un servicio activo, y esta era la causa de escasear sus visitas. Cuando la tia María le notificó que el Duque pensaba emprender su marcha dentro de dos dias, D. Modesto se retiró inmediatamente. Habia formado un proyecto, y necesitaba tiempo para realizarlo.

Cuando Marisalada comunicó á su Padre la resolucion que habia tomado de seguir el consejo que le diera el Du-

que, el dolor del pobre anciano habria partido un corazon de piedra. Este dolor era, sin embargo, silencioso. Oyó los magníficos proyectos de su hija, sin censurarlos ni aplaudirlos, y sus promesas de volver á la choza, sin exigir las ni rechazarlas. Consideraba á su hija como el ave á su polluelo, cuando se esfuerza á salir del nido, al cual no ha de volver jamas. El buen Padre lloraba hácia dentro, si es lícito decirlo así.

Al dia siguiente, llegaron los caballos, los criados y las acémilas que el duque habia mandado venir para su partida. Los gritos, los votos y los preparativos de viaje, resonaban en todos los ángulos del convento. El hermano Gabriel tuvo que irse á trabajar en sus espuestas bayo la yedra, á cuya sombra estaban en otro tiempo las norias.

Morrongo se subió al tejado mas alto, y se recostó al sol, echando una mirada de desprecio al tumulto que habia en el patio; Palomo ladró, gruñó y protestó tan enérgicamente contra la invasion extranjera, que Manuel mandó á Momo que le encerrase.

— No hay duda, decia Momo, que mi Abuela que es la mas aferrada curandera que hay debajo de la capa del cielo, tiene imán para atraer enfermos á esta casa. Ya va de tres con este: sobre que en el cielo se ha de poner su mercé á curar á San Lázaro!

Llegó el dia de la partida. El Duque estaba ya preparado en su aposento. Habian llegado Stein y María, seguidos del pobre pescador, el cual no alzaba los ojos del suelo, doblado el cuerpo con el peso del dolor. Este dolor le habia envejecido mas que los años y todas las borrascas del mar. Al llegar, se sentó en los escalones de la cruz de mármol.

En cuanto á D. Modesto, tambien habia acudido, pero con la consternacion pintada en el rostro. Sus cejas formaban dos arcos, de una elevacion prodigiosa. La diminuta mecha de sus cabellos se inclinaba desfallecida hácia un lado. De su pecho se exhalaban hondos suspiros.

— ¿Qué tiene Vd., mi Comandante? le preguntó la tia María.

— Tia María, le respondió: hoy somos 15 de junio, día de mi santo, día tristemente memorable en los fastos de mi vida. ¡Oh San Modesto! ¿Es posible que me trates así el mismo día en que la Iglesia te reza?

— Pero, ¿qué novedad hay? volvió á preguntar la tia María, con inquietud.

— Vea Vd., dijo el veterano, levantando el brazo, y descubriendo un gran desgarron en su uniforme, por el cual se divisaba el forro blanco, que parecia la dentadura que se asoma por detras de una risa burlona. D. Modesto estaba identificado con su uniforme; con él habria perdido el último vestigio de su profesion.

— ¡Qué desgracia! exclamó tristemente la tia María.

— Una jaqueca le cuesta á Rosita, prosiguió Don Modesto.

— S. E. suplica al Señor Comandante que se sirva pasar á su habitacion, dijo entónces un criado.

D. Modesto se puso muy erguido: tomó en su mano un pliego cuidadosamente doblado y sellado, apretó lo mas que pudo al cuerpo el brazo, bajo del cual se hallaba la desventurada rotura, y presentándose ante el magnate, le saludó respetuosamente, colocándose en la estricta posicion de ordenanza.

— Deseo á V. E., dijo, un felicísimo viaje, y que encuentre á mi señora la Duquesa y á toda su familia, en la mas cumplida salud; y me tomo la libertad de suplicar á V. E. se sirva poner en manos del señor Ministro de la Guerra esta representacion relativa al fuerte que tengo la honra de mandar. V. E. ha podido convencerse por sí mismo de cuán urgentes sos los reparos que el castillo de San Cristóbal necesita, especialmente hablándose de guerra con el Emperador de Marruecos.

— Mi querido D. Modesto, contestó el Duque, no me atrevo á responder del éxito de esa solicitud: mas bien le aconsejaria que pusiera una cruz en las almenas del fuerte, como se pone sobre una sepultura. Pero en cambio, prometo á Vd. conseguir que se le faciliten algunas pagas atrasadas.

Esta agradable promesa no fué parte á borrar la triste

impresion que habia hecho en el Comandante la especie de sentencia de muerte pronunciada por el Duque sobre su fuerte.

— Entretanto, continuó el Duque, suplico á Vd. que acepte como recuerdo de un amigo . . .

Y diciendo esto, indicó una silla inmediata.

¿Cuál no seria la sorpresa de aquel excelente hombre al ver expuesto sobre una silla un uniforme completo, nuevo, brillante, con unas charreteras dignas de adornar los hombros del primer Capitan del siglo? D. Modesto, como era natural, quedó confuso, atónito, deslumbrado al ver tanto esplendor y tanta magnificencia.

— Espero, dijo el Duque, señor Comandante, que viva Vd. bastantes años, para que le dure ese uniforme otro tanto, cuando ménos, como su predecesor.

— ¡Ah! Señor Excelentísimo, contestó D. Modesto, recordando poco á poco el uso de la palabra; esto es demasiado para mí!

— Nada de eso, nada de eso, respondió el Duque. ¡Cuántos hay que usan uniformes mas lujosos que ese, sin merecerlo tanto! Sé ademas, continuó, que tiene Vd. una amiga, una excelente patrona, y que no le pesaria llevarle un recuerdo. Hágame el favor de poner en sus manos esta fineza.

Era un rosario de filigrana de oro y coral.

En seguida, sin dar tiempo á D. Modesto para volver en sí de su asombro, el Duque se dirigió á la familia á quien habia mandado convocar, con el objeto de acreditarle su gratitud, y dejarles una memoria. El Duque no hacia el bien con la indiferencia y dadivosidad desdeñosa, y tal vez ofensiva, con que lo hacen generalmente los ricos; sino que lo verificaba como lo practican los que no lo son: es decir, estudiando las necesidades y gustos de cada cual. Así es, que todos los habitantes del convento recibieron lo que mas falta les hacia, ó lo que mas podia agradarles. Manuel una capa y un buen reloj; Momo, un vestido completo, una faja de seda amarilla, y una escopeta; las mujeres y los niños, telas para trajes y juguetes; Anís, un *barrilete*, ó cometa de tan vastas dimensiones, que cubierto con él desaparecia su

diminuta persona, como un raton detras del escudo de Aquiles. A la tia María, á la infatigable enfermera del ilustre huésped, á la diestra fabricante de caldos sustanciosos, señaló el Duque una pension vitalicia.

En cuanto al pobre fray Gabriel, se quedó sin nada. Hacia tan poco ruido en el mundo, y se habia ocultado tanto á los ojos del Duque, que este no le habia echado de ver.

La tia María, sin que nadie la observase, cortó algunas varas de una de las piezas de crea, que el Duque le habia regalado, y dos pañuelos de algodón, y fué á buscar á su protegido.

— Aquí tiene Vd., fray Gabriel, le dijo, un regalito que le hace el señor Duque. Yo me encargo de hacerle la camisa.

El pobrecillo se quedó todavía mas aturdido que el Comandante. Fray Gabriel era mas que modesto: era humilde!

Estando todo dispuesto para el viaje, el Duque se presentó en el patio.

— Adios, Romo, honra de Villamar, le dijo Marisalada; si te vide, no me acuerdo.

— Adios, Gaviota, respondió este; si todos sintieran tu ida como el hijo de mi madre, se habian de echar las campanas á vuelo.

El tio Pedro se mantenía sentado en los escalones de mármol. La tia María estaba á su lado, llorando á lágrima viva.

— No parece, dijo Marisalada sino que me voy á la China, y que ya no nos hemos de ver mas en la vida. Cuando les digo á Vds. que he de volver. Vaya, que esto parece un duelo de gitanos! Si se han empeñado Vds. en aguar-me el gusto de ir á la ciudad!

— Madre, decia Manuel, conmovido al presenciar el llanto de la buena mujer; si llora Vd. ahora á jarrillas, ¿qué haria si me muriera yo?

— No lloraria, hijo de mi corazon, respondió la Madre, sonriendo en medio de su llanto. No tendria tiempo para llorar tu muerte.

Vinieron las caballerías. Stein se arrojó en los brazos de la tia María.

— No nos eche Vd. en olvido, D. Federico, dijo sollozando la buena anciana. — ¡Vuelva Vd.!

— Si no vuelvo, respondió este, será porque habré muerto.

El Duque habia dispuesto que Marisalada montase apresuradamente en la mula que se le habia destinado, á fin de sustraerla á tan penosa despedida. El animal rompió al trote; siguiéronla los otros, y toda la comitiva desapareció muy en breve detras del ángulo del convento.

El pobre Padre tenia los brazos extendidos hácia su hija.

— ¡No la veré mas! gritó sofocado, dejando caer el rostro en las gradas de la cruz.

Los viajeros proseguian apresurando el trote. Stein al llegar al Calvario, desahogó la afliccion que le oprimia, dirigiendo una ferviente oracion al Señor del Socorro, cuyo benigno influjo se esparcia en toda aquella comarca, como la luz en torno del astro que la dispensa.

Rosa Mística estaba en su ventana, cuando los viajeros atravesaron la plaza del pueblo.

— ¡Dios me perdone! exclamó al ver á Marisalada, cabalgando al lado del Duque; ni siquiera me saluda, ni siquiera me mira. ¡Vaya, si ha soplado ya en su corazon el demonio del orgullo! Apuesto (añadió, asomando la cabeza á la reja), que tampoco saluda al señor Cura, que está en los porches de la iglesia. Sí; pero es porque ya le da ejemplo el Duque. ¡Hola! ¡y se detiene para hablarle..... y le pone una bolsa en las manos, ¡qué será para los pobres!.... Es un Señor muy bueno, y muy dadivoso. Ha hecho mucho bien: Dios se lo remunere!

Rosa Mística no sabia todavía la doble sorpresa que le aguardaba.

Al pasar Stein, la saludó tristemente con la mano.

— ¡Vaya Vd. con Dios! dijo Rosa, meneando un pañuelo. ¡Mas buen hombre! Ayer al despedirse de mí, lloraba como un niño. ¡Qué lástima que no se quede en el lugar! Y se quedaria, si no fuera por esa loca de Gaviota, como le dice muy bien Momo.

La comitiva habia llegado á una colina, y empezó á bajarla. Las casas de Villamar desaparecieron muy en breve

á los ojos de Stein, quien no podia arrancarse de un sitio en que habia vivido tan tranquilo y feliz.

El Duque, entretanto, se tomaba el inútil trabajo de consolar á María, pintándole lisonjeros proyectos para el porvenir. Stein no tenia ojos sino para contemplar las escenas de que se alejaba!

La cruz del Calvario y la capilla del Señor del Socorro desaparecieron á su vez. Despues, la gran masa del convento pareció poco á poco hundirse en la tierra. Al fin, de todo aquel tranquilo rincon del mundo, no percibió mas que las ruinas del fuerte, dibujando sus masas sombrías en el fondo azul del firmamento, y la torre, que segun la expresion de un poeta, como un dedo, señalaba el cielo con muda elocuencia.

Por último, toda aquella perspectiva se desvaneció, Stein ocultó sus lágrimas, cubriéndose con las manos el rostro.

FIN DEL PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

En España, cuyo carácter nacional es enemigo de la afectacion, ni se exige ni se reconoce lo que en otras partes se llama *buen tono*. El buen tono es aquí la naturalidad; porque todo lo que en España es natural, es por sí mismo elegante.

EL AUTOR.

El mes de julio habia sido sumamente caloroso en Sevilla. Las tertulias se reunian en aquellos patios deliciosos, en que las hermosas fuentes de mármol, con sus juguetones saltaderos, desaparecian detras de una gran masa de tiestos de flores. Pendian del techo de los corredores, que guarnecian el patio, grandes faroles, ó bombas de cristal, que esparcian en torno torrentes de luz. Las flores perfumaban el ambiente, y contribuian á realzar la gracia y el esplendor de esta escena los ricos muebles que la adornaban, y sobre todo las lindas sevillanas, cuyos animados y alegres diálogos competian con el blando susurro de las fuentes.

En una noche, hácia fines del mes, habia gran concurrencia en casa de la jóven, linda y elegante Condesa de Algar. Teníase á gran dicha ser introducido en aquella casa; y por cierto, no habia cosa mas fácil; porque la dueña era tan amable y tan accesible, que recibia á todo el mundo con la misma sonrisa y la misma cordialidad. La facilidad con que admitia á todos los presentados, no era muy del gusto de su tío el General Santa María, militar de la época de Napoleon,

belicoso por excelencia, y (como solian ser los militares de aquellos tiempos) algo brusco, un poco exclusivo, un tanto cuanto absoluto y desdeñoso, en fin, un hijo clásico de Marte, plenamente convencido de que todas las relaciones entre los hombres consisten en mandar ú obedecer, y de que el objeto y principal utilidad de la sociedad es clasificar á todos y á cada uno de sus miembros. En lo demas, español como Pelayo, y bizarro como el Cid.

El General, su hermana la Marquesa de Guadalcanal, Madre de la Condesa, y otras personas estaban jugando al tresillo. Algunos hablaban de política, paseándose por los corredores; la juventud de ambos sexos, sentada junto á las flores, charlaba y reia, como si la tierra solo produjese flores, y el aire solo resonase con alegres risas.

La Condesa medio recostada en un sofá, se quejaba de una fuerte jaqueca, que sin embargo, no le impedia estar alegre y risueña. Era pequeña, delgada, y blanca como el alabastro. Su espesa y rubia cabellera ondeaba en tirabuzones á la inglesa. Sus ojos pardos y grandes, su nariz, sus dientes, su boca, el óvalo de su rostro, eran modelos de perfeccion; su gracia, incomparable. Querida en extremo por su Madre, adorada por su marido, que, no gustando de la sociedad, le daba, sin embargo, una libertad sin límites, porque ella era virtuosa y él confiado, era la Condesa en realidad una niña mimada. Pero, gracias á su excelente carácter, no abusaba de los privilegios de tal. Sin grandes facultades intelectuales, tenia el talento del corazon; sentia bien y con delicadeza. Toda su ambicion se reducía á divertirse y agradar sin exceso, como el ave que vuela sin saberlo, y canta sin esfuerzo. Aquella noche, habia vuelto de paseo, cansada y algo indispuesta: se habia quitado el vestido, y puéstose una sencilla blusa de muselina blanca. Sus brazos blancos y redondos, asomaban por los encajes de sus mangas perdidas: se habia olvidado de quitarse un brazalete y las sortijas. Cerca de ella estaba sentado un Coronel joven, recién venido de Madrid, despues de haberse distinguido en la guerra de Navarra. La Condesa, que no era hipócrita, tenia fijada en él toda su atencion.

El General Santa María los miraba de cuando en cuando, mordiéndose los labios de impaciencia.

— ¡Fruta nueva! decía; dejaría ella de ser hija de Eva, si no le petase la novedad. ¡Un mequetrefe! ¡Veinte y cuatro años, y ya con tres galones! ¿Cuándo se ha visto tal prodigalidad de grados? Hace cinco ó seis años que iba á la escuela, y ya manda un Regimiento! Sin duda vendrán á decirnos que ganó sus grados con acciones brillantes. Pues yo digo que el valor no da experiencia; y que sin experiencia, nadie sabe mandar. ¡Coronel del ejército con veinte y cuatro años de edad! Yo lo fui á los cuarenta, despues de haber estado en el Rosellon, en América, en Portugal; y no gané la faja de general, sino de vuelta del Norte con la Romana, y de haber peleado en la guerra de la independencia. Señores, la verdad es que todos nos hemos vuelto locos en España; los unos por lo que hacen, y los otros por lo que dejan hacer.

En este momento se oyeron algunas exclamaciones ruidosas. La Condesa misma salió de su languidez, y se levantó de un salto.

— Por fin, ¡ya pareció el perdido! exclamó. Mil veces bien venido, desventurado cazador, y mal parado jinete. ¡Buen susto nos hemos llevado! Pero, ¿qué es esto? Estáis como si nada os hubiese acaecido. ¿Es cierto lo que se dice de un maravilloso médico aleman, salido de entre las ruinas de un fuerte y las de un convento, como una de esas creaciones fantásticas? Contadnos, Duque, todas esas cosas extraordinarias.

El Duque, despues de haber recibido las enhorabuenas de todos los concurrentes por su regreso y curacion, tomó asiento en frente de la Condesa, y entró en la narracion de todo lo que el lector sabe. En fin, despues de hablar mucho de Stein y de María, concluyó diciendo que habia conseguido de él, que viniese con su mujer á establecerse en Sevilla, para utilizar y dar á conocer, él su ciencia, y ella los dotes extraordinarios con que la naturaleza la habia favorecido.

— Mal hecho, falló en tono resuelto el General.

La Condesa se volvió hácia su Tio, con prontitud.

- ¿Y porqué es mal hecho, Señor? preguntó.

— Porque esas gentes, respondió el General, vivian contentos y sin ambicion, y desde ahora en adelante, no podrán decir otro tanto; y segun el título de una comedia española, que es una sentencia, *Ninguno debe dejar lo cierto por lo dudoso*.

— ¿Creeis, Tio, repuso la Condesa, que esa mujer, con una voz privilegiada, echará de ménos la roca á que estaba pegada como una ostra, sin ventajas y sin gloria para ella, para la sociedad ni para las artes?

— Vamos, sobrina, ¿querrás hacernos creer con toda formalidad que la sociedad humana adelantará mucho, con que una mujer suba á las tablas, y se ponga á cantar *di tanti palpiti*?

— Vaya, dijo la Condesa; bien se conoce que no sois filarmónico.

— Y doy muchas gracias á Dios de no serlo, contestó el General. ¿Quieres que pierda el juicio, como tantos lo pierden, con ese furor melománico, con esa inundacion de notas que por toda Europa se ha derramado como un alud, ó una *avalancha*, como malamente dicen ahora? ¿Quieres que vaya á engrandecer con mi imbécil entusiasmo el portentoso orgullo de los reyes y reinas del gorgorito? ¿Quieres que vayan mis pesetas á sumirse en sus colosales ingresos, miéntras se están muriendo de hambre tantos buenos oficiales cubiertos de cicatrices, miéntras que tantas mujeres de sólido mérito y de virtudes cristianas, pasan la vida llorando, sin un pedazo de pan que llevar á la boca? Esto sí que clama al cielo, y es un verdadero *sarcasmo*, como tambien dicen ahora, en una época en que no se les cae de la boca á esos hipocritones vocingleros la palabra *humanidad*! ¡Pues ya iria yo á echar ramos de flores á una *prima donna*, cuyas recomendables prendas se reducen al do, re, mi, fa, sol!

— Mi Tio, dijo la Condesa, es la mismísima personificacion del *statu quo*. Todo lo nuevo le disgusta. Voy á envejecer lo mas pronto posible, para agradarle.

— No harás tal, sobrina, repuso el General; y así no exijas tampoco que yo me rejuvenezca para adular á la generacion presente.

— ¿Sobre qué está disputando mi hermano? preguntó la Marquesa, que, distraída hasta entónces por el juego, no habia tomado parte en la conversacion.

— Mi Tio, dijo un oficial jóven que habia entrado calladito, y sentándose cerca del Duque, mi Tio está predicando una cruzada contra la música. Ha declarado la guerra á los *andantes*, proscribe los *moderatos*, y no da cuartel ni á los *alegres*.

— ¡Querido Rafael! exclamó el Duque abrazando al oficial, que era pariente suyo, y á quien tenia mucho afecto. Era este pequeño, pero de persona fina, bien formada y airoso; su cara, de las que se dice que son demasiado bonitas para hombres.

— ¡Y yo! respondió el oficial, apretando en sus manos las del Duque; ¡yo que me habria dejado cortar las dos piernas por evitaros los malos ratos que habeis pasado! — Pero estamos hablando de la ópera, y no quiero cantar en tono de melodrama.

— Bien pensado, dijo el Duque; y mas valdrá que me cuentes lo que ha pasado aquí, durante mi ausencia. ¿Qué se dice?

— Que mi prima la Condesa de Algar, dijo Rafael, és la perla de las sevillanas.

— Pregunto lo que hay de nuevo, repuso el Duque, y no lo sabido.

— Señor Duque, continuó Rafael, Salomon ha dicho, y muchos sabios (y yo entre ellos) han repetido, que nada hay nuevo debajo de la capa azul del cielo.

— ¡Ojalá fuera cierto! dijo el General suspirando; pero mi sobrino Rafael Arias es una contradiccion viva de su axioma. Siempre nos trae caras nuevas á la tertulia, y eso es insoportable.

— Ya está mi Tio, dijo Rafael, esgrimiendo la espada contra los extranjeros. El extranjero es el bu del General Santa María. Señor Duque, si no me hubierais nombrado Ayudante vuestro, cuando erais Ministro de la Guerra, no habria contraído tantas relaciones con los diplomáticos extranjeros de Madrid: y no me estarían quemando la sangre

con cartas de recomendacion. ¿Creeis, Tio, que me divierta mucho el servir de *cicerone*, como lo estoy haciendo desde que vine á Sevilla, con todo viandante?

— ¿Y quién nos obliga, repuso el General, á abrir las puertas de par en par á todo el que llega, y á ponernos á sus órdenes? No lo hacen así en Paris, y mucho ménos en Lóndres.

— Cada nacion tiene su carácter, dijo la Condesa, y cada sociedad sus usos. Los extranjeros son mas reservados que nosotros: lo son igualmente entre sí. Es preciso ser justos.

— ¿Han venido algunos recientemente? preguntó el Duque. Lo digo, porque estoy aguardando á lord G., que es uno de los hombres mas distinguidos que conozco. ¿Si estará ya en Sevilla?

— No ha llegado aun, contestó Rafael. Por ahora tenemos aquí, en primer lugar, al Mayor Fly, á quien llamamos la *mosca*, que es lo que su nombre significa. Sirve en los guardias de la Reina, y es sobrino del Duque de W., uno de los mas altos personajes de Inglaterra.

— ¡Sí! ¡Sobrino del Duque de W., dijo el General, como yo lo soy del Gran Turco!

— Es jóven, prosiguió Rafael, elegante y buen mozo; pero un coloso de estatura: de modo que es preciso colocarse á cierta distancia, para poder hacerse cargo del conjunto. De cerca parece tan grande, tan robusto, tan anguloso, tan tosco, que pierde un ciento por ciento. Cuando no está sentado á la mesa, siempre le tengo al lado, dentro ó fuera de casa; cuando mi criado le dice que he salido, responde que me aguardará; y al entrar él por la puerta, salgo yo por la ventana. Tiene la costumbre de tirar al florete con su baston, y aunque sus botonazos sean inocentes, y no hiera mas que el aire, como tiene el brazo fuerte y tan largo, y mi cuarto es pequeño, me agujerea las paredes, y ha roto varios cristales de la ventana. En las sillas se sienta, se mece, se con-toneá y repanchiga de tal modo, que ya van cuatro rotas. Mi patrona, al verlo, se pone hecha una furia. Algunas veces toma un libro, y es lo mejor que puede hacer, porque entónces se queda dormido. Pero su fuerte son las conquis-

tas; este es su caballo de batalla, su idea fija y toda su esperanza, aunque todavía en verde. Tiene con respecto al bello sexo, la misma ilusion que con respecto á los pesos duros el gallego que fué á Méjico, creyendo que no tendria mas que bajarse para recogerlos. He tratado de desengañarle; pero ha sido predicar en desierto. Cuando le hablo en razon, se sonríe con cierto aire de incredulidad, acariciando sus enormes bigotes. Está apalabrado con una heredera millonaria, y lo curioso es, que este Ajax de treinta años, que devora cuatro libras de carne en *beefsteake*, y se bebe tres botellas de Jerez de una sentada, hace creer á la novia que viaja por necesitarlo su salud. El otro *maulo* como dice mi Tio, es un francés: el Baron de Maude.

— ¡Baron! dijo el General con socarronería. ¡Sí! Baron como yo Papa!

— Pero, por Dios, Tio, dijo la Condesa, ¿qué razon hay para que no sea Baron?

— La razon es, sobrina, dijo el General, que los verdaderos Barones, — no los de Napoleon, ni los constitucionales, — sino los de antaño, no viajaban ni escribian por dinero, ni eran tan mal criados, tan curiosos y tan cansadamente preguntones.

— Pero Tio, por Dios; bien se puede ser Baron, y ser pregunton. Por preguntar no se pierde la nobleza. A su regreso á su país va á casarse con la hija de un Par de Francia.

— Así se casará él con ella, replicó el General, como yo con el Gran Turco.

— Mi Tio, dijo Arias, es como Santo Tomas: ver y creer. Pero volviendo á nuestro Baron, es preciso confesar que es hombre de muy buena presencia, aunque como yo, acabó de crecer ántes de tiempo. Tiene un carácter amable; pero la da de sabio y de literato; y lo mismo habla de política, que de artes; lo mismo de historia que de música, de estadística, de filosofía, de hacienda y de modas. Ahora está escribiendo un libro serio, como él dice, el cual debe servirle de escalon para subir á la Cámara de diputados. Se intitula: «*Viaje científico filosófico, fisiológico, artístico y geológico por*

España (a) Iberia, con observaciones críticas sobre su gobierno, sus cocineros, su literatura, sus caminos y canales, su agricultura, sus boleros y su sistema tributario.» Afectadamente descuidado en su traje, grave, circunspecto, económico en demasía, viene á ser una fruta imperfecta de ese invernáculo de hombres públicos, que cria productos prematuros, sin primavera, sin brisas animadoras y sin aire libre; frutos sin sabor ni perfume. Esos hombres se precipitan en el porvenir, en vapor á toda máquina, á caza de lo que ellos llaman una *posicion*, y á esto sacrifican todo lo demas: ¡tristes existencias atormentadas, para las que el dia de la vida no tiene aurora!

— Rafael, eso es filosofar, dijo el Duque sonriéndose. ¿Sabes que si Sócrates hubiera vivido en nuestros tiempos, serias su discípulo mas bien que mi Ayudante?

— No cambio la ayudantía por el apostolado, mi General, respondió Arias. Pero la verdad es, que si no hubiera tanto discípulo necio, no habria tanto perverso maestro.

— ¡Bien dicho, sobrino! exclamó el anciano General; tanto nuevo maestro! y cada cual enseña una cosa, y predica una doctrina á cual mas nueva y mas peregrina. ¡El progreso! ¡el magnífico y nunca bien ponderado progreso!

— General, contestó el Duque; para sostener el equilibrio en este nuestro globo, es preciso que haya gas y haya lastre; ambas fuerzas deberian mirarse recíprocamente como necesarias, en lugar de querer aniquilarse con tanto encarnizamiento.

— Lo que decís, repuso el General, son doctrinas del odioso justo-medio, que es el que mas nos ha perdido con sus opiniones vergonzantes, y sus terminachos *curruscantes*, como dice el pueblo, que habla con mejor sentido que los *ilustrados* secuaces del moderantismo; hipocritones con buena corteza y mala pulpa; adoradores del *Ser Supremo*, que no creen en Jesucristo.

— Mi Tio, dijo Rafael, odia tanto á los *moderados*, que pierda toda *moderacion* para combatirlos.

— Calla, Rafael, respondió la Condesa; tú combates y te burlas de todas las opiniones, y no tienes ninguna, por tal de no tomarte el trabajo de defenderla.

— Prima, exclamó Rafael, soy liberal; dígalo mi bolsa vacía.

— ¡Qué habias tú de ser liberal! dijo con voz estridente el General.

— ¿Y porqué no habia de serlo, Señor? El Duque tambien lo es.

— ¡Qué habias de ser liberal! tornó á decir el veterano en tono fuerte y recalcado, como un redoble de tambor.

— Vamos, murmuró Rafael; mi Tio, por lo visto, no consiente en que sean liberales sino las artes que llevan esa denominacion. — Señor, añadió dirigiéndose á su Tio, al que hallaba su sobrino un sabroso placer en hacer rabiar.

— ¿Porqué no puede ser el Duque liberal? ¿quién se lo puede estorbar si se le antoja ser liberal? ¿se pondrá mas feo por ser liberal? ¿Porqué no podemos ser liberales, Señor, porqué?

— Porque el militar, contestó el General, no es ni debe ser otra cosa que el sosten del Trono, el mantenedor del orden, y el defensor de su Patria: ¿estás, sobrino?

— Pero, Tio.....

— Rafael, le interrumpió la Condesa, no te metas en honduras, y prosigue tu relacion.

— Obedezco; ¡ah prima! en el ejército que estuviese á tus órdenes, no se veria jamas una falta de subordinacion.

— Otro extranjero tenemos en Sevilla, un tal Sir John Burnwood. Es un jóven de cincuenta años; hermosóte, sonrosado, con grandes melenas, como leon *genuino* del Atlas; lente inamovible, sonrisa ídem, apretones de manos á diestro y siniestro; gran parlanchin, bulle-bulle, turbulento para echarla de vivo; como aquel aleman, que con el mismo objeto se tiró por la ventana; gran amigo de apuestas; célebre *sportman*: poseedor de vastas minas de carbon de piedra, que le producen veinte mil libras de renta.

— ¿Supongo, dijo el General, que serán veinte mil libras de carbon de piedra?

— Mi tio, dijo Rafael, es como los bolsistas, que suben y bajan las rentas á su albedrío. Sir John apostó que subiria á la Giralda á caballo, y ese es el gran objeto que le

trae á Sevilla. Es verdad que uno de nuestros antiguos Reyes lo hizo; pero el pobre caballo en que subió, no pudo bajar, y se quedó, como el sepulcro de Mahoma, suspenso entre el cielo y la tierra; fué preciso matarlo en su elevado puesto. Sir John está desesperado porque no le permiten gozar de este monárquico pasatiempo. Ahora quiere, á ejemplo de Lord Elgin y del Baron Taylor, comprar el Alcázar, y llevárselo á su hacienda señorial, piedra por piedra, sin omitir las que, segun dice, estan manchadas para siempre con la sangre de D. Fadrique, á quien mandó dar muerte su hermano el Rey D. Pedro, hace quinientos años!

— No hay cosa, dijo el General, de que no sean capaces esos *Sires*, ni idea, por descabellada que sea, que no se les ocurra.

— Hay mas, continuó Rafael. El otro dia me preguntó si podria yo obtener del Cabildo de la Catedral que vendiese las llaves doradas que el Rey moro presentó en una fuente de plata á San Fernando cuando conquistó á Sevilla, y la copa de ágata en que solia beber el gran Rey.

El General dió tal porrazo sobre la mesa, que uno de los candeleros vino al suelo.

— Mi General, dijo el Duque, ¿no echáis de ver que Rafael está recargando los colores de sus cuadros, y que son puras extravagancias todo lo que está diciendo?

— No hay extravagancia, repuso el General, que sea improbable en los ingleses.

— Pues aun falta lo mejor, continuó Rafael fijando sus miradas en una linda jóven, que estaba al lado de la Marquesa, viéndola jugar. Sir John está enamorado perdido de mi prima Rita, y la ha pedido. Rita, que no sabe absolutamente como se pronuncia el monosílabo *sí*, le ha dado un *no* pelado y recio como un cañonazo.

— ¿Es posible, Ritita, dijo el Duque, que hayais rehusado veinte mil libras de renta?

— No he rehusado la renta, contestó la jóven con soltura, sin dejar de mirar el juego; lo que he rehusado ha sido al que la posee.

— Ha hecho bien, dijo el General: cada cual debe ca-

sarse en su país. Este es el modo de no exponerse á tomar gato por liebre.

— Bien hecho, añadió la Marquesa. ¡Un protestante! Dios nos libre.

— ¿Y qué decís vos, Condesa? preguntó el Duque.

— Digo lo que mi Madre, respondió esta. No es cosa de chanza que el jefe de una familia sea de distinta religion que la de esta; creo como mi Tio, que cada cual debe casarse en su país; y digo lo que Rita: que no me casaria jamas con un hombre, solo porque tuviese veinte mil libras de renta.

— Ademas, dijo Rita, está muy enamorado de la bolera Lucía del Salto; y así, aunque el Señor fuera de mi gusto, le habria dado la misma respuesta. No estoy por las competencias; y mucho ménos con gente de entre bastidores.

Rita era sobrina de la Marquesa y del General. Huérfana desde su niñez, habia sido criada por un hermano suyo, que la amaba con ternura, y por su nodriza, que adoraba en ella, y la mimaba; sin que por esto dejase de haberse hecho una jóven buena y piadosa. El aislamiento y la independencia en que habia pasado los primeros años de su vida, habian impreso en su carácter el doble sello de la timidez y de la decision. Era de esas personas que algunos llaman oscuras, por enemigas del ruido y del brillo; altiva al mismo tiempo que bondadosa; caprichosa y sencilla; burlona y reservada. A este carácter picante se agregaba el exterior mas seductor y mas lindo. Su estatura era medianamente alta, su talle, que jamas se habia sometido á la presion del corsé, poseia toda la soltura, toda la flexibilidad que los novelistas franceses atribuyen falsamente á sus heroínas, embutidas en apretados estuches de ballena. A esa graciosa soltura de cuerpo y de movimientos, unida á la franqueza y naturalidad en el trato, tan encantadora cuando la acompañan la gracia y la benevolencia, deben las españolas su tan celebrado atractivo. Rita tenia el blanco mate limpio é uniforme de las estatuas de mármol; su hermoso cabello era negro; sus ojos, notablemente grandes, de un color pardo oscuro, guarnecidos de grandes pestañas negras, y coronados de cejas que parecian trazadas por la mano de Murillo. Su fresca boca, general-

mente seria, se entreabria de cuando en cuando, para lanzar por entre su blanquísima dentadura una pronta y alegre carcajada, que su encogimiento habitual comprimía inmediatamente; porque nada le era mas repugnante que llamar la atención, y cuando esto le sucedía, se ponía de mal humor.

Habia hecho voto á la Virgen de los Dolores de llevar hábito; y así vestía siempre de negro, con cinturón de cuero barnizado, y un pequeño corazón de oro atravesado por una espada, en la parte superior de la manga.

Rita era la única mujer que su primo Rafael Arias había amado seriamente: no con una pasión lacrimosa y elegiaca, cosa que no estaba en su carácter, el mas antisentimental que entre otros muchos reseco el Levante indígena, sino con un afecto vivo, sincero y constante. Rafael, que era un excelente jóven, leal, juicioso y noble en su porte y por su cuna, y que gozaba de un buen patrimonio, era el marido que la familia de Rita le deseaba. Pero ella, á pesar de la vigilancia de su hermano, había entregado su corazón sin saberlo aquel. El objeto de su preferencia era un jóven de ilustre cuna; arrogante mozo, pero jugador; y esto bastaba para que el hermano de Rita se opusiese de tal modo á sus amores, que le había prohibido rigurosamente verle y hablarle. Rita, con su firmeza de temple y su perseverancia de española (que debiera emplear mejor que lo hacía en esto), aguardaba tranquilamente, sin quejas, suspiros ni lágrimas, que llegase el día de cumplir veinte y un años, para casarse sin escándalo, á pesar de la oposición de su hermano. Entretanto, su amante le paseaba la calle, vestido y montado á lo majo, en soberbios caballos, y se carteaban diariamente.

Aquella noche Rita había entrado, como siempre, en la tertulia, sin hacer ruido, y se había sentado en el sitio acostumbrado, cerca de su tía, para verla jugar. Esta no había observado la proximidad de su sobrina, sino cuando preguntada por el Duque acerca del enlace que había rehusado, se había visto obligada á responder.

— ¡Jesus! Rita, dijo la Marquesa. ¡Qué susto me has dado! ¿Cómo has llegado hasta aquí, sin que nadie te haya sentido?

— ¿Queriais, respondió, que entrase con tambor y trompeta como un Regimiento?

— Pero al ménos, repuso la Marquesa, bien hubieras podido saludar á las gentes.

— Se distraen los jugadores, dijo Rita; y sino, ved vuestros naipes. Oros van jugados, y ya ibais á hacer un renuncio, por echarme una peluca.

Durante este diálogo, Rafael se habia sentado detras de su prima, y le decia al oido:

— Rita, ¿cuándo pido la dispensa?

— Cuando yo te avise, contestó sin volverle la cara.

— ¿Y qué he de hacer para merecer que llegue ese venturoso instante?

— Encomendarte á mi Santa, que es abogada de imposibles.

— Cruel, algun dia te arrepentirás de haber rechazado mi blanca mano. Pierdes el mejor y el mas agradecido de los maridos.

— Y tú la peor y la mas ingrata de las mujeres.

— Escucha, Rita, continuó Arias; ¿tiene nuestro Tio, que está en frente de nosotros, alguna custodia en la cabeza, que te impide volver la cara á quien te habla?

— Tengo una torcedura en el pescuezo.

— Esa torcedura se llama Luis de Haro. ¿Todavía estás encaprichada con ese consumidor de barajas?

— Mas que nunca.

— ¿Y qué dice á eso tu hermano?

— Si te interesa, pregúntaselo.

— ¿Y me dejarás morir?

— Sin pestañear.

— Hago voto al diablo que está á los piés del San Miguel de la parroquia, de que le he de dorar los cuernos, si carga de una vez con tu Luis de Haro.

— Deséale mal; que los malos deseos de los envidiosos engordan.

— Paréceme que te fastidio, dijo Rafael, despues de algunos momentos de silencio, viendo bostezar á su prima.

— ¿Hasta ahora no lo habias echado de ver? respondió Rita.

— Esto es que deseas que me vaya. Ya se ve ¡cómo Luis Barajas es tan celoso!

— ¡Celoso de tí! respondió su prima, lanzando una de sus carcajadas repentinas: tan celeso está de tí, como del inglés gordo.

— Gracias por la comparacion, amable primita; y á Dios para siempre!

— La del humo, respondió Rita sin volver la cara.

Rafael se levantó furioso.

— ¿Qué tenéis, Rafael? le preguntó en tono lánguido una jóven, al pasar delante de ella.

Esta nueva interlocutora acababa de llegar de Madrid, adonde un pleito de consideracion habia exigido la presencia de su Padre. Volvia de esta expedicion, completamente modernizada; tan rabiosamente inóculada en lo que se ha dado en llamar buen tono extranjero; que se habia hecho insoportablemente ridícula. Su ocupacion incesante era leer; pero novelas casi todas francesas. Profesaba hácia la moda una especie de culto; adoraba la música, y despreciaba todo lo que era español.

Al oir Rafael la pregunta que se le dirigia, procuró serenarse, y respondió:

— Eloisita, tengo un dia mas que ayer, y uno ménos de vida.

— Ya sé lo que teneis, Arias; y conozco cuanto sufrís.

— Eloisita, me vais á meter apension como á D. Basilio;

— (y se puso á cantar) «¡Qué mala cara!»

— En vano disimulais; hay lágrimas en vuestra risa, Arias.

— Pero decidme por Dios, Eloisita, lo que tengo, pues es una obra de misericordia, enseñar al que no sabe.

— Lo que teneis, Arias, hartó lo sabeis.

— ¿El qué?

— Una *decepcion*, murmuró Eloisa.

— ¿Una qué? preguntó Rafael que no la entendió.

— Una *decepcion*, repitió Eloisa.

— ¡Ah! ¡ya! habia entendido *desercion*; y mi honor militar se habia horripilado. En cuanto á *decepcion*, tengo un

ciento, como cada hijo de vecino, amiga mia; y no es poca el inspiraros lástima en lugar de agrado, que es lo que mas deseo.

— Pero una hay entre todas que descolora vuestra vida, y hace que sea para vos la felicidad un sarcasmo que os llevará á mirar la tumba como un descanso y la muerte como una sonriente amiga.

— ¡Ah Eloisita! contestó Rafael; un dedo de la mano habria dado, por haber tenido en la accion de Mendigorría tales pensamientos; no que cuando me llevaron al hospital con un balazo en el costado, maldito si me sonreian ni la muerte ni la tumba.

— ¡Qué prosáico sois! exclamó indignada Eloisa.

— ¿Es esto un anatema, Eloisita?

— No Señor, repuso con ironía la interrogada; es un magnífico cumplido.

— Lo que es una verdad de á folio, dijo Rafael, es el que estais lindísima con ese peinado, y que ese vestido es del mejor gusto.

— ¿Os agrada? exclamó la elegante jóven, dejando de repente el tono sentimental. Son estas telas las últimas *nouveautés*, es *gró Ledru-Rollin*.

— No es extraño, dijo Rafael, que se muera por España y por las españolas aquel inglés que veis allí en frente, y cuya cabeza descuella sobre todas las plantas del macetero.

— ¡Qué mal gusto! contestó Eloisa con un gesto de desden.

— Dice, continuó Rafael, que no hay cosa mas bonita en el mundo, que una española con su mantilla, que es el traje que mas favor les hace.

— ¡Qué injusticia! exclamó la jóven. ¿Creen acaso que el sombrero es demasiado elegante para nosotras?

— Dice, prosiguió Rafael, que manejaís el abanico con una gracia incomparable.

— ¡Qué calumnia! dijo Eloisa. Ya no lo usamos las *elegantas*.

— Dice, que esos piececitos tan monos, tan breves, tan lindos, están pidiendo á gritos, medias y zapatos de seda, en

lugar de esas horrendas botas, borceguíes, *brodequines*, ó llámense como quiera.

— Eso es insultarnos, exclamó Eloisa; es querer que retrogrademos medio siglo, como dice muy bien la ilustrada prensa madrileña.

— Que los ojos negros de las españolas son los mas hermosos del mundo.

— ¡Qué vulgaridad! Esos son ojos de las gentes del pueblo, de cocineras y cigarreras.

— Que el modo de andar de las españolas tan ligero, tan gracioso, tan sandunguero, es lo mas encantador que pueda imaginarse.

— Pero ¿no conoce ese Señor que nos mira como párias, dijo Eloisa, y que estamos haciendo todo lo posible para enmendarnos y andar como se debe?

— Lo mejor será que le convirtais, dijo Rafael. Voy á presentárosle.

Arias echó á correr pensando: Eloisa tiene blando el corazón, y la echa de romántica: es pintiparada para el Mayor, que anda á caza de estos avechuchos.

Entre tanto la Condesa preguntaba al Duque si era bonita la Filomena de Villamar.

— No es ni bonita, ni fea, respondió. Es morena, y sus facciones no pasan de correctas. Tiene buenos ojos; es en fin, uno de esos conjuntos, que se ven por donde quiera en nuestro país.

— Una vez que su voz es tan extraordinaria, dijo la Condesa, por honor de Sevilla, es preciso que hagamos de ella una eminente *prima donna*. ¿No podremos oirla?

— Cuando querais, respondió el Duque. La traeré aquí una noche de estas, con su marido, que es un excelente músico, y ha sido su maestro.

En esto llegó la hora de retirarse.

Cuando el Duque se acercó á la Condesa para despedirse, esta levantó el dedo con aire de amenaza.

— ¿Qué significa eso? preguntó el Duque.

— Nada, nada, contestó ella: esto significa ¡cuidado!

— ¿Cuidado? ¿De qué?

— ¿Fingís que no me entendeis? no hay peor sordo que el que no quiere oír.

— Me poneis en ascuas, Condesa.

— Tanto mejor.

— ¿Quereis, por Dios, explicaros?

— Lo haré, ya que me obligais. Cuando he dicho *cuidado*, he querido decir, ¡cuidado con echarse una cadena encima!

— ¡Ah! Condesa, repuso el Duque con calor: por Dios, que no venga una injusta y falsa sospecha á oscurecer la fama de esa mujer, aun ántes de que nadie la conozca. Esa mujer, Condesa, es un ángel.

— Eso por supuesto, dijo la Condesa. Nadie se enamora de diablos.

— Y sin embargo, teneis mil adoradores, repuso sonriendo el Duque.

— Pues no soy diablo, dijo la Condesa; pero soy zahorí.

— El tirador no acierta cuando el tiro salva el blanco.

— Os aplazo para dentro de aquí á seis meses, invulnerable Aquiles, repuso la Condesa.

— Callad por Dios, Condesa, exclamó el Duque; lo que en vuestra bella boca es una chanza ligera, en las bocas de víboras que pululan en la sociedad, seria una mortal ponzoña.

— No tengais cuidado: no seré yo quien tire la primera piedra. Soy indulgente como una santa, ó como una gran pecadora; sin ser ni lo uno ni lo otro.

Nada satisfecho salia el Duque de esta conversacion, cuando á la puerta le detuvo el General Santa María.

— Duque, le dijo, ¿habéis visto cosa semejante?

— ¿Qué cosa? preguntó escamado el Duque.

— ¡Qué cosa, preguntais!!!

— Sí, lo pregunto y deseo respuesta.

— ¡Un coronel de veintitres años!!

— En efecto, es algo prematuro, contestó el Duque sonriéndose.

— Es un bofetón al ejército.

— No hay duda.

- Es dar un solemne mentís al sentido comun.
 - Por supuesto!
 - ¡Pobre España! exclamó el General, dando la mano al Duque, y levantando los ojos al cielo.
-

CAPITULO II. .

El Duque habia proporcionado á Stein y á su mujer una casa de pupilos, á cargo de una familia pobre, pero honrada y decente. Stein habia encontrado en una cómoda, cuya llave le entregaron al tomar posesion de su aposento, una suma de dinero, bastante á sobrepujar las mas exageradas pretensiones. Adjunto se hallaba un billete, que contenia las siguientes líneas: «*Hé aquí un justo tributo á la ciencia del cirujano. — Los esmeros y las vigiliass del amigo, no pueden ser recompensadas, sino con una gratitud y una amistad sincera.*»

Stein quedó confundido.

— ¡Ah María! exclamó, enseñando el papel á su mujer. Este hombre es grande en todo: lo es por su clase, lo es por su corazon, y por sus virtudes. Imita á Dios, levantando á su altura á los pequeños y los humildes. ¡Me llama amigo, á mí, que soy un pobre cirujano; y habla de gratitud, cuando me colma de beneficios!

— ¿Y qué es para él todo ese oro? respondió María; un hombre que tiene millones, segun me ha dicho la patrona, y cuyas haciendas son tamañas como provincias! Además, que si no hubiera sido por tí, se habria quedado cojo para toda la vida.

En este momento entró el Duque, y cortando el hilo á los desahogos de agradecimiento en que Stein se deshacia, le dijo á su mujer:

— Vengo á pedir os un favor: ¿me lo negaréis, María?

— ¿Qué es lo que podremos negaros? se apresuró á contestar Stein.

— Pues bien, María, continuó el Duque, he prometido á una íntima amiga mia, que iriais á cantar á su casa.

María no respondió.

— Sin duda que irá, dijo Stein. María no ha recibido del cielo un don tan precioso como su voz, sin contraer la obligacion de hacer participar á otros de esta gracia.

— Estamos, pues, convenidos, prosiguió el Duque. Y ya que Stein es tan diestro én el piano como en la flauta, tendréis uno á vuestra disposicion esta tarde, así como una coleccion de las mejores piezas de las óperas modernas. Así podréis escoger las que mas os agraden, y repasarlas; porque es preciso que María triunfe y se cubra de gloria. De eso depende su fama de cantatriz.

Al oir estas últimas palabras, los ojos de María se animaron.

— ¿Cantaréis, María? le preguntó el Duque.

— ¿Y porque no? respondió esta.

— Ya sé, dijo el Duque, que habeis visto muchas de las buenas cosas que encierra Sevilla. Stein vive de entusiasmo, y ya sabe de memoria á Cean, Ponz y Zúñiga. Pero lo que no habeis visto, es una corrida de toros. Aquí quedan billetes para la de esta tarde. Estaréis cerca de mí; porque quiero ver la impresion que os causa este espectáculo.

Poco despues el Duque se retiró.

Cuando por la tarde Stein y María llegaron á la plaza, ya estaba llena de gente. Un ruido sostenido y animado, servia de preludio á la funcion, como las olas del mar se agitan y mugen ántes de la tempestad. Aquella reunion inmensa, á la que acude toda la poblacion de la ciudad y la de sus cercanías; aquella agitacion, semejante á la de la sangre cuando se agolpa al corazon en los parasismos de una pasion violenta; aquella atmósfera ardiente, embriagadora, como la que circunda á una bacante; aquella reunion de innumerables simpatías en una sola; aquella expectacion calenturienta; aquella exaltacion frenética, reprimida sin embargo, en los límites del órden; aquellas vociferaciones estrepitosas, pero sin grosería; aquella impaciencia, á que sirve de tónico la inquietud; aquella ansiedad, que comunica estremecimientos

al placer, forman una especie de galvanismo moral, al cual es preciso ceder, ó huir.

Stein aturdido, y con el corazon apretado, habria de buena gana preferido la fuga. Su timidez le detuvo. Veia que todos cuantos le rodeaban estaban contentos, alegres y animados, y no se atrevió á singularizarse.

La plaza estaba llena; doce mil personas formaban vastos círculos concéntricos en circúito. La gente rica estaba á la sombra; el pueblo lucia á los rayos del sol el variado colorido del traje andaluz.

En los grandes teatros donde brillan la Grisi, Lablache, la Rachel y Macready, la *sala* no se llena sino cuando le toca salir al artista favorito; pero la funcion bárbara que se ejecuta en este inmenso circo, no ha pasado jamas por semejante humillacion.

Salió el despejo, y la plaza quedó limpia. Entónces se presentaron los picadores montados en sus infelices caballos, que con sus cabezas bajas y sus ojos tristes parecian (y eran en realidad) víctimas que se encaminaban al sacrificio.¹⁾

Solo con ver á estos pobres animales, cuya suerte preveia, la especie de desazon que ya sentia Stein, se convirtió en compasion penosa. En las provincias de la Península que habia recorrido hasta entónces, desoladas por la guerra civil, no habia tenido ocasion de asistir á estas grandiosas fiestas nacionales y populares, en que se combinan los restos de la brillante y ligera estrategia morisca, con la feroz intrepidez de la raza goda. Pero habia oido hablar de ellos, y sabia que el mérito de una corrida, se calcula generalmente por el número de caballos que en ella mueren. Su compasion, pues, se fijaba principalmente en aquellos infelices animales, que, despues de haber hecho grandes servicios á sus amos, con-

1) Damos un sincero parabien al *Clamor público*, por haber tomado la iniciativa en la prensa española, en contra de la inaudita crueldad con que aquí se trata á los pobres animales. y haber pedido se diese fin á la agonía de los miserables caballos por medio de la puntilla. Como para nada de lo bueno (para que podria servir) sirve la libertad de imprenta, tan justa y caritativa advertencia no ha sido atendida.

tribuido á su lucimiento, y quizas salvádoles la vida, hallaban por toda recompensa, cuando la mucha edad y el exceso del trabajo habian agotado sus fuerzas, una muerte atroz, que por un refinamiento de crueldad, les obligan á ir á buscar por sí mismos: muerte que su instinto les anuncia, y á la cual resisten algunos, miéntras otros, mas resignados, ó mas abatidos, van á su encuentro dócilmente, para abreviar su agonía. Los tormentos de estos seres desventurados destrozarían el corazon mas empedernido; pero los aficionados no tienen ojos, ni atencion, ni sentimientos, sino para el toro. Están sometidos á una verdadera fascinacion; y esta se comunica á muchos de los extranjeros mas preocupados contra España, y en particular contra esta feroz diversion. Ademas, es preciso confesarlo, y lo confesaremos con dolor. En España, la compasion en favor de los animales, es, particularmente en los hombres, por punto general, un sentimiento mas bien teórico que práctico. En las clases ínfimas no existe. ¡Ah, Mr. Martin! ¡Cuánto mas acreedor sois al reconocimiento de la humanidad, que muchos filántropos de nuestra época, que hacen tanto daño á los hombres, sin aumentar ni en un ápice su bienestar! ¹⁾

Los toros deleitan á los extranjeros de gusto estragado ó que se han empalagado de todos los goces de la vida, y que ansian por una emocion, como el agua que se hiela, por un sacudimiento que la avive; ó á la generalidad de los españoles, hombres enérgicos y poco sentimentales, y que ademas se han acostumbrado desde la niñez á esta clase de espectáculos. Muchos, por otra parte, concurren por hábito; otros, sobre todo, las mujeres, para ver y ser vistas; otros que van á los toros, no se divierten, padecen, pero se quedan, merced á la parte *carneril*, de que fué liberalmente dotada nuestra humana naturaleza.

1) M. Martin de Galloway, miembro del Parlamento Británico, fué quien propuso en él un célebre *Bill* para evitar y castigar la crueldad contra los animales. Fundó ademas una Sociedad con el mismo objeto; sociedad que, aun despues de la muerte de su ilustre fundador, trabaja con infatigable celo en la línea de principios y de conducta que le dejó trazada.

Los tres picadores saludaron al Presidente de la plaza, precedidos de los banderilleros y chulos espléndidamente vestidos, y con capas de vivos y brillantes colores. Capitaneaban á todos, los primeros espadas y sus sobresalientes, cuyos trajes eran todavía mas lujosos que los de aquellos.

¡Pepe Vera! ¡Ahí está Pepe Vera! gritó el concurso. ¡El discípulo de Montes! ¡Guapo mozo! ¡Qué gallardo! ¡Qué bien plantado! ¡Qué garbo en toda su persona! ¡Qué mirada tan firme y tan serena!

— ¿Saben vds., decia un jóven que estaba sentado junto á Stein, cuál es la gran leccion que da Montes á sus discípulos? Los empuja cruzados de brazos hácia el toro, y les dice: *no temas al toro*.

Pepe Vera se acercó á la valla. Su vestido era de raso color de cereza, con hombreras y profusas guarniciones de plata. De las pequeñas faltriqueras de la chupa salian las puntas de dos pañuelos de olan. El chaleco de rico tisú de plata, y la graciosa y breve montera de terciopelo, completaban su elegante, rico y airoso vestido de majo.

Despues de haber saludado con mucha soltura y gracia á las autoridades, fué á colocarse, como los demas lidiadores, en el sitio que le correspondia.

Los tres picadores ocuparon los suyos, á igual distancia unos de otros, cerca de la barrera. Los matadores y chulos estaban esparcidos por el redondel. Entónces todo quedó en silencio profundo, como si aquella masa de gente, tan ruidosa poco ántes, hubiese perdido de pronto la facultad de respirar.

El alcalde hizo la seña; sonaron los clarines, que, como harán las trompetas el dia del último juicio, produjeron un levantamiento general; y entónces, como por magia, se abrió la ancha puerta del toril, situada en frente del palco de la autoridad. Un toro colorado se precipitó en la arena, y fué saludado por una explosion universal de gritos, de silbidos, de injurias y de elogios. Al oir este tremendo estrépito, el toro se paró, alzó la cabeza y pareció preguntar con sus encendidos ojos, si todas aquellas provocaciones se dirigian á él, á él, fuerte atleta que hasta allí habia sido generoso y hecho

merced al hombre, tan pequeño y débil enemigo: reconoció el terreno, y volvió precipitadamente la amenazadora cabeza á uno y otro lado. Todavía vaciló: crecieron los recios y penetrantes silbidos; entónces se precipitó con una prontitud que parecia incompatible con su peso y su volúmen, hácia el picador.

Pero retrocedió al sentir el dolor que le produjo la puya de la garrocha en el morrillo. Era un animal aturdido, de los que se llaman en el lenguaje tauromáquico, boyantes. Así es que no se encarnizó en este primer ataque, sino que embistió al segundo picador.

Este no le aguardaba tan prevenido como su antecesor, y el puyazo no fué tan derecho, ni tan firme; así fué que hirió al animal sin detenerlo. Las astas desaparecieron en el cuerpo del caballo, que cayó al suelo. Alzóse un grito de espanto en todo el circo; al punto todos los chulos rodearon aquel grupo horrible; pero el feroz animal se habia apoderado de la presa, y no se dejaba distraer de su venganza. En este momento, los gritos de la muchedumbre se unieron en un clamor profundo y uniforme, que hubiera llenado de terror á la ciudad entera, si no hubiera salido de la plaza de los toros.

El trance iba siendo horrible, porque se prolongaba. El toro se cebaba en el caballo; el caballo abrumaba con su peso y sus movimientos convulsivos al picador, aprensado bajo aquellos dos masas enormes. Entónces se vió llegar, ligero como un pájaro de brillantes plumas, tranquilo como un niño que va á coger flores, sosegado y risueño, á un jóven cubierto de plata, que brillaba como una estrella. Se acercó por detras del toro; y este jóven, de delicada estructura y de fino aspecto, cogió con sus dos manos la cola de la fiera, y la atrajo á sí, como si hubiera sido un perrito faldero. Sorprendido el toro, se revolvió furioso, y se precipitó contra su adversario, quien, sin volver la espalda, y andando hácia atras, evitó el primer choque con una media vuelta á la derecha. El toro volvió á embestir, y el jóven lo esquivó segunda vez, con un recorte á la izquierda, siguiendo del mismo modo,

hasta llegar cerca de la barrera. Allí desapareció á los ojos atónitos del animal, y á las ansiosas miradas del público, el cual, ebrio de entusiasmo, atronó los aires con inmensos aplausos; porque siempre conmueve ver que los hombres jueguen así con la muerte, sin baladronada, sin afectacion y con rostro inalterable.

— ¡Vean Vds. si ha tomado bien las lecciones de Montes! Vean Vds. si Pepe Vera sabe jugar con el toro, clamó el jóven sentado junto á Stein, con voz, que á fuerza de gritar, se habia enronquecido.

El Duque fijó entónces su atencion en Marisalada. Desde su llegada á la capital de Andalucía, ahora fué la primera vez que notó alguna emocion en aquella fisonomía fria y desdenosa. Hasta aquel momento nunca la habia visto animada. La organizacion áspera de María, demasiado vulgar para admitir el exquisito sentimiento de la admiracion, y demasiado indiferente y esquiva para entregarse al de la sorpresa, no se habia dignado admirar, ni interesarse en nada. Para imprimir algo, para sacar algun partido de aquel duro metal, era preciso hacer uso del fuego y del martillo.

Stein estaba pálido y conmovido.

— Señor Duque, le dijo con aire de suave reconvencion. ¿Es posible que esto os divierta?

— No, respondió el Duque con bondadosa sonrisa: no me divierte; me interesa.

Entretanto habian levantado al caballo. El pobre animal no podia tenerse en pié. De su destrozado vientre colgaban hasta el suelo los intestinos. Tambien estaba en pié el picador, agitándose entre los brazos de los chulos, furioso contra el toro, y queriendo á viva fuerza, con ciega temeridad, y á pesar del aturdimiento de la caida, volver á montar á continuar el ataque. Fué imposible disuadirle; y volvió, en efecto, á montar sobre la pobre víctima, hundiéndole las espuelas en sus destrozados hijares.

— Señor Duque, dijo Stein, quizas voy á pareceros ridiculo; pero en realidad me es imposible asistir á este espectáculo. ¿María, quieres que nos vayamos?

— No, respondió María, cuya alma parecía concentrarse en los ojos. ¿Soy yo alguna melindrosa, y temes por ventura que me desmaye?

— Pues entónces, dijo Stein, volveré por tí cuando se acabe la corrida.

Y se alejó.

El toro habia despachado ya un número considerable de caballos. El infeliz de que acabamos de hacer mencion, se iba dejando arrastrar por la brida, con las entrañas colgando, hasta una puerta, por la que salió. Otros, que no habian podido levantarse, yacian tendidos, con las convulsiones de la agonía; á veces alzaban la cabeza, en que se pintaba la imagen del terror. A estas señales de vida, el toro volvía á la carga, hiriendo de nuevo con sus fieras astas los miembros destrozados, aunque palpitantes todavía, de su víctima. Después, ensangrentadas la frente y las astas, se paseaba alrededor del circo, en actitud de provocacion y desafío, unas veces alzando soberbio la cabeza á las gradas, donde la gritería no cesaba un momento; otras hacía los brillantes chulos, que pasaban delante de él, á manera de meteoros, clavándole las banderillas. A veces, de una red oculta entre los adornos de la banderilla, salian unos pajarillos y se echaban á volar. ¿Quién seria el primero á quien se ocurrió la idea de producir este notable contraste? No tendria, por cierto, intencion de simbolizar á la inocencia indefensa, alzándose sin esfuerzo sobre los horrores y las feroces pasiones de la tierra. Mas bien seria una de esas ideas poéticas, que brotan espontáneas, aun en los corazones mas duros y crueles del pueblo español, como una planta de resedá florece espontáneamente en Andalucía entre los cantos y la cal de un balcon.

A una señal del Presidente, sonaron otra vez los clarines. Hubo un rato de trógua en aquella lucha encarnizada, y todo volvió á quedar en silencio.

Entónces Pepe Vera, con una espada y una capa encarnada en la mano izquierda, se encaminó hácia el palco del Ayuntamiento. Paróse enfrente; y saludó, en señal de pedir licencia para matar al toro.

Pepe Vera habia echado de ver la presencia del Duque, cuya aficion á la tauromaquia era conocida. Tambien habia percibido á la mujer que estaba á su lado; porque esta mujer á quien hablaba el Duque frecuentemente, no quitaba los ojos del matador.

Este se dirigió al Duque, y quitándose la montera: «Brindo, dijo, por V. E. y por la real moza que tiene al lado.» — Y al decir esto, arrojó al suelo la montera con inimitable desgaire, y partió adonde su obligacion le llamaba.

Los chulillos le miraban atentamente, prontos á ejecutar sus órdenes. El matador escogió el lugar que mas le convenia; despues indicándolo á su cuadrilla:

— Aquí! les gritó.

Los chulos corrieron hácia el toro para incitarle, y el toro persiguiéndolos, vino á encontrarse frente á frente con Pepe Vera, que le aguardaba á pié firme. Aquel era el instante solemne de la corrida. Un silencio profundo sucedió al tumulto estrepitoso y á las excitaciones vehementes que se habian prodigado poco ántes al primer espada.

El toro, viendo aquel enemigo pequeño, que se habia burlado de su furor, se detuvo como para reflexionar. Temia sin duda que se le escapase otra vez. Cualquiera que hubiera entrado á la sazon en el circo, no habria creído asistir á una diversion pública, sino á una solemnidad religiosa. ¡Tanto era el silencio!

Los dos adversarios se contemplaban recíprocamente.

Pepe Vera agitó la mano izquierda. El toro le embistió: sin hacer mas que un ligero movimiento, él le pasó de muleta, y volviendo á quedar en suerte, en cuanto la fiera volvió á acometerle, dirigió la espada por entre las dos espaldillas; de modo que el animal, continuando su arranque, ayudó poderosamente á que todo el hierro penetrase en su cuerpo, hasta la empuñadura. Entónces se desplomó sin vida.

Es absolutamente imposible describir la explosion general de gritos y de aplausos que retumbaron en todo el ámbito de la plaza. Solo pueden comprenderlo los que acostumbran pre-

senciar semejantes lances. Al mismo tiempo sonó la música militar.

Pepe Vera atravesó tranquilamente el circo en medio de aquellos frenéticos testimonios de admiracion apasionada, de aquella unánime ovacion, saludando con la espada á derecha é izquierda, en señal de gratitud, sin que excitase en su pecho sorpresa ni orgullo un triunfo, que mas de un Emperador Romano habria envidiado. Fué á saludar al Ayuntamiento, y despues al Duque y á la real moza.

El Duque entregó disimuladamente una bolsa de monedas de oro á María, y esta, envolviéndola en su pañuelo, las arrojó á la plaza.

Al hacer Pepe Vera una nueva demostracion de agradecimiento, las miradas de sus ojos negros se cruzaron con las de María. Al mentar este encuentro de miradas, un escritor clásico diria que Cupido habia herido aquellos dos corazones con tanto tino, como Pepe Vera al toro. Nosotros, que no tenemos la temeridad de afiliarnos en aquella escuela severa é intolerante, diremos buenamente que estas dos naturalezas estaban formadas para entenderse y simpatizar una con otra, y que en efecto se entendieron y simpatizaron.

En verdad, Pepe Vera habia estado admirable. Todo lo que habia hecho en una situacion que le colocaba entre la muerte y la vida, habia sido ejecutado con una destreza, una soltura, una calma y una gracia, que no se habian desmentido ni un solo instante. Es preciso para esto, que á un temple firme y á un valor temerario, se agregue un grado de exaltacion, que solo pueden excitar veinte y cuatro mil ojos que miran, y veinte y cuatro mil manos que aplauden.

CAPITULO III.

Durante las escenas que hemos procurado describir en el anterior capítulo, Stein daba la vuelta alrededor de Sevilla, siguiendo la línea de sus antiguas murallas, alzadas por

Julio César, como lo testifica esta inscripcion colocada sobre la puerta de Jerez.

HERCULES ME EDIFICO;
JULIO CESAR ME CERCO
DE MUROS Y TORRES ALTAS;
Y EL REY SANTO ME GANO
CON GARCI-PEREZ DE VARGAS.

Volviendo hácia la derecha, Stein pasó por delante del convento del Pópulo, transformado hoy en cárcel: allí cerca vió la bella puerta de Triana; mas léjos, la puerta Real, por donde hizo su entrada San Fernando, y en siglos posteriores Felipe II. Delante se encuentra el convento de San Laureano, donde Fernando Colon, hijo del inmortal Cristóbal, fundó una escuela, y estableció su observatorio. Pasó despues por delante de la puerta de San Juan y la de la Barqueta, á la que se ligan tantos recuerdos. A cierta distancia, y á orillas del rio, divisó el suntuoso monasterio de San Gerónimo, cuya estatua, que se considera como una de las mas perfectas que han salido jamas de las manos de un artista, adorna hoy el salon principal del Museo. Stein hizo entónces esta reflexión: «¿Habrian hecho los antiguos artistas tantas obras maestras, si en lugar de consagrarlas á la veneracion de las almas piadosas, á recibir su culto y sus oraciones, hubieran sabido que su paradero habia de ser un Museo, donde estarian expuestas al frio análisis de los amigos del arte y de los admiradores de la forma?»

Vió despues á San Lázaro, hospital de leprosos, y el inmenso y soberbio hospital de las Cinco Llagas del Señor, llamado vulgarmente Hospital de la Sangre, obra magnífica de los Enríquez de Rivera, en que han consumido millones, y cuyo patronato ha reservado la caridad y el celo público del fundador, harto mas grandes que su grande obra, á aquel que la concluya.

Vió la puerta de la Macarena, que toma su nombre, segun unos, del de una hija de Hércules, á quien Julio César la consagró; y segun otros, del de una Princesa mora, que allí tuvo un palacio. D. Pedro el Cruel entró por ella muchas

veces vencedor, y tambien D. Fadrique, cuando el mismo D. Pedro, su hermano, le sacrificó á su resentimiento. Pasó en seguida por delante de la puerta de Córdoba, sobre la cual todavía se ve, convertido en capilla, el estrecho encierro en que estuvo preso y fué martirizado San Hermenegildo por órden de su Padre Leovigildo, Rey de los godos, por los años de 586. En frente de la puerta está el convento de los Capuchinos, en el mismo sitio que ocupó, segun dicen; la primera iglesia que hubo en España, fundada por el Apóstol Santiago; aunque Zaragoza disputa esta gloria á Sevilla. Vió mas léjos el convento de la Trinidad, en el mismo terreno que ocuparon las cárceles romanas; y el subterráneo en que estuvieron encerradas las Santas Vírgenes Justa y Rufina, Patronas de la ciudad. En este subterráneo se ha erigido un altar, en cuyo centro se conserva un pilar de mármol, al que estuvieron atadas las Santas, y en que grabaron con sus débiles dedos una cruz que se ve todavía.

Despues de las puertas del Sol y del Osario, halló la de Carmona, una de las mas bellas del recinto, de donde arranca, en línea paralela con el acueducto que provee de agua á Sevilla, el camino real que atraviesa toda la península en su longitud, brincando como una cabra, por las asperezas de Despeñaperros. Con esta puerta se liga una anécdota, que pinta á lo vivo el carácter de los nobles sevillanos de aquel tiempo. Era en 1540. Por ella salian los sevillanos para ir á socorrer á Gibraltar. D. Rodrigo de Saavedra llevaba el pendon de la ciudad; pero la puerta de entónces era tan baja, que el pendon no podia pasar sin inclinarse. D. Rodrigo pasó por encima de la puerta tirando de él con cuerdas, prefiriendo esta incomodidad á la humillacion de su noble depósito.

A la mano izquierda están los grandes y alegres arrabales de San Roque y San Bernardo, con el jardin del Rey, llamado así por haber sido de un Rey moro llamado Ben-joar. Stein llegó á la puerta de la Carne, cerca de la cual está el hermoso cuartel de Caballería; dejando á mano derecha la elegante puerta de San Fernando, edificada en el año 1760 al mismo tiempo que la inmediata y magnífica fábrica de tabaco,

cuyo costo subió á treinta y siete millones de reales; y dejando á mano izquierda el Cementerio, esa sima que la muerte se emplea continuamente en llenar, como las Danáides su tonel, llegó á los hermosos paseos, que son como ramilletes que adornan la ciudad y las orillas floridas del Guadalquivir.

El único ruido que alteraba á la sazón el silencio del hermoso paseo de las Delicias, era el saludo que hacían las aves al sol en su ocaso. La inmovilidad del río era tal, que habría parecido helado, si no le hubieran hecho sonreír de cuando en cuando la caricia del ala de un pájaro ó el salto de algún pececillo juguetón. En la orilla opuesta se alzaba el convento de los Remedios, con su corona de cipreses, cuyas elevadas copas se erguían soberbias, sin echar de ver que el edificio se estaba abriendo en hondas grietas, como una planta abandonada se marchita cuando no hay una mano que la riegue. Las sombras del crepúsculo empezaban á cubrir la ciudad, mientras que la bella y colosal estatua de bronce dorado, emblema de la Fe, que se enseñorea en lo alto de la Giralda, resplandecía á los últimos rayos del sol, radiante y ardiente como la gloria de los grandes hombres que la pusieron allí, coronando la inmensa basílica. Costearon esta de su bolsillo los Canónigos en 1401, sujetándose por más de un siglo, ellos y sus sucesores, fuesen quienes fuesen, á vivir en comun, para aplicar todas sus rentas á la construcción del templo. Ni uno solo faltó á este compromiso, acaso sin ejemplo en la historia de las artes. ¡Magnífico ejemplo de abnegación, de entusiasmo religioso, y de inteligencia artística, que fué digno cumplimiento del memorable acuerdo con que decretaron la erección de aquel templo y que no podemos menos de consignar! FAGAMOS, dijeron, UNA ECLESIA TAL E TAN GRANDE, QUE EN EL MUNDO NO HAYA OTRA SU EGUAL, E QUE LOS DEL PORVENIR NOS TENGAN POR LOCOS.

A la derecha de Stein se elevaba la torre redonda del Oro, cuyo nombre proviene, según algunos, de haber sido en otro tiempo depósito del oro que venía de América. Sin embargo, esta derivación no es probable, puesto que tenía el

mismo nombre ántes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Mas verosímil es que procediese de los azulejos amarillos de que estaba revestida, y algunos de los cuales se conservan aun. Esa antiquísima torre, muy anterior á la era cristiana, enlazada con tantos recuerdos heróicos, colocada allí entre las variadas banderas de los buques, las ráfagas de humo de los vapores, los paseos contruidos ayer, y las flores nacidas hoy, con sus cimientos, que cuentan los siglos por décadas, es como la clava de Hércules lanzada en medio de los juguetes de los niños.

Entre estos recuerdos hay uno de muy pequeña importancia, aunque histórica, que ha excitado muchas veces nuestra sonrisa (cosa rara cuando se ojean los anales del mundo), y que por otra parte, pinta al natural al hombre de quien vamos á hablar, al Rey D. Pedro, cuya memoria es allí la mas popular, despues de la del Santo Rey D. Fernando.

Cerca de la torre del Oro, hay un muelle que mandaron construir los canónigos, cuando se edificaba la catedral, para el cómodo desembarco de los materiales de la obra, y en él cobraban un muellaje de todos los que allí desembarcaban. D. Pedro, apurado de dinero, hizo uso de estos fondos en calidad de empréstito forzado. Parece que este Monarca, muy jóven aun, tenia la memoria muy flaca en materia de deudas, puesto que el cabildo pensó acudir á la justicia para reclamar el pago de la contraida. Pero ¿dónde estaba un escribano bastante valiente para presentarse á D. Pedro con una notificacion en la mano? Era necesario para esto un escribano Cid, ó Pelayo, como no suele haberlos en el mundo. La curia tomó sus medidas; y hé aquí el arbitrio de que echó mano. Un dia en que el Rey se paseaba á caballo cerca del susodicho muelle, vió venir un batel, que se detuvo á una respetuosa distancia de su persona. En este batel se hallaba una especie de cuervo ó pajarraco negro del mal agüero. El Rey quedó atónito al ver en el rio esta vision, porque la gente que de negro se viste, suele ser tan poco aficionada á Marte como á Neptuno. Pero ¡cuánto no creceria su asombro, cuando oyó una voz agria que le decia: «A vos, D. Pedro, intimamos....» No pudo decir mas,

porque el Rey, echando centellas por los ojos, sacó la espada, aguijoneó el caballo, y se arrojó al agua sin reflexionar lo que hacia. ¡Cuál no seria el terror del pájaro negro! Dejó caer los papeles, se apoderó del remo, y se puso en salvo. Es de presumir que el pueblo, tan admirador del valor temerario, como enemigo de las maniobras judiciales, aplaudiese este hecho con entusiasmo. Nosotros, que gustamos de todo lo que es grande, aunque sea una ira *Real*, hemos referido esta anécdota, porque los pájaros verdaderamente negros, esto es, los que tienen emponzoñada la lengua y la pluma, se han vengado despues, valiéndose siempre de sus armas usuales, el ardid y la calumnia; y han calumniado al infortunio.

¡Pobre D. Pedro! Acaso fué malo, porque fué desgraciado. Su crueldad fué efecto de la exasperacion; pero tuvo tacto mental, carácter enérgico y un corazon que sabia amar.

Stein, con la cabeza apoyada en las manos, recreaba sus miradas en el magnífico espectáculo que ante ellas se desenvolvía, y respiraba con deleite aquella pura y balsámica atmósfera. De cuando en cuando un clamor prolongado y vivo le arrancaba á su suave éxtasis, y afectaba dolorosamente su corazon. Era la gritería de la plaza de toros.

— ¡Dios mio! ¡es posible, (se decia aludiendo á la guerra) que á aquello lo llamen gloria, y á esto (aludiendo á los toros) lo llamen placer!

CAPITULO IV.

Marisalada pasaba su vida consagrada á perfeccionarse en el arte, que le prometia un porvenir brillante, una carrera de gloria, y una situacion que lisonjeara su vanidad y satisficiera su aficion al lujo. Stein no se cansaba de admirar su constancia en el estudio y sus admirables progresos.

Sin embargo, se habia retardado la época de su intro-

duccion en la sociedad de las gentes de viso, por una enfermedad del hijo de la Condesa.

Desde los primeros síntomas habia olvidado esta todo cuanto la rodeaba: su tertulia, sus prendidos, sus diversiones, á Marisalada y sus amigos, y, ántes que á todo, al elegante y jóven coronel de que hemos hablado.

Nada existia en el mundo para esta Madre, sino su hijo, á cuya cabecera habia pasado quince dias sin comer, sin dormir, llorando y rezando. La denticion del niño no podia avanzar, por no poder romper las encías hinchadas y doloridas. Su vida peligraba. El Duque aconsejó á la afligida Madre que consultase á Stein; y, verificado así, el hábil aleman salvó al niño con una incision en las encías. Desde aquel momento, Stein llegó á ser el amigo de la casa. La Condesa le estrechó en sus brazos; y el Conde le recompensó como podria haberlo hecho un Príncipe. La Marquesa decia que era un santo; el General confesó que podia haber buenos médicos fuera de España. Rita, con toda su aspezeza, se dignó consultarle sobre sus jaquecas, y Rafael declaró que el dia ménos pensado iba á romperse los cascos, para tener el gusto de que le curase el GRAN FEDERICO.

Una mañana, la Condesa estaba sentada, pálida y desmejorada á la cabecera de su hijo dormido. Su madre ocupaba una silla muy baja, y, como antídoto contra el calor, tenia el abanico en continuo movimiento. Rita se habia establecido delante de un gran bastidor, y estaba bordando un magnífico frontal de altar, obra que habia emprendido en compañía de la Condesa.

Entró Rafael.

— Buenos dias, Tia: buenos dias, primas. ¿Cómo va el heredero de los Algares?

— Tan bien como puede desearse, respondió la Marquesa.

— Entónces, mi querida Gracia, continuó su primo, me parece que ya es tiempo de que salgas de tu encierro. Tu ausencia es un eclipse de sol visible, que trae consternada á la ciudad. Tus tertulianos lanzan unánimes suspiros, que van á dejar sin hojas los árboles de las Delicias. El Baron

de Maude añade á su coleccion de preguntas, las que le arranca tu invisibilidad. Ese exceso de amor materno le escandaliza. Dice que en Francia se permite á las señoras hacer muy bonitos versos sobre este asunto; pero no tolerarian que una Madre joven expusiese su salud, marchitando la frescura de su tez, privándose de reposo y de alimento, y olvidando su bienestar individual al lado del chiquillo.

— ¡Disparate! ¡exclamó la Marquesa. ¿Cómo podrá persuadirse de que hay un país en el mundo, en que una Madre se aleje ni un solo instante, de su hijo, cuando está malo?

— Pues el Mayor es peor todavía, continuó Rafael; al saber lo que estás haciendo, logró agrandar sus ojos habitualmente espantados, y dice que no creia tan bárbaros á los españoles, que no tuviesen en sus casas una *nursery*¹⁾.

— ¿Y qué es eso? preguntó la Marquesa.

— Segun él se explica, prosiguió Rafael, es la Siberia de los niños ingleses. Sir John apuesta á que te has puesto tan ligera y delgada, que podrás pasar por hija del Céfito con mas razon que las yeguas andaluzas, que gozan de esa reputacion, y que en la carrera se quedarian muy atras de su yegua inglesa *Atalante*, sin necesidad de derramar una cuartilla de cebada en el camino para distraerla. Prima, el único que se ha consolado de los males de la ausencia, ha sido Polo, dando á luz un tomo de poesías, y con este motivo casi nos hemos reñido.

— Cuéntanos eso, Rafael, dijo Rita. Hubiera querido presenciar vuestra disputa, y no me habria divertido poco.

— Ya saben vds., dijo Rafael, que todas nuestras modernas *ilustraciones* aspiran por todos los medios posibles al título de *notabilidades*.

— Sobrino, exclamó la Marquesa, déjate por Dios de esas palabras extranjeradas, que me degüellan.

— Perdonad, Tia, siguió Rafael; pero son necesarias para mi historia, y participan de su esencia. Como estos señores,

1) *Nursery* es en las casas inglesas el departamento destinado á los niños y á las personas que los cuidan, que está retirado y en otro piso.

y, sobre todo, los que han bebido en manantiales franceses, han visto que en Francia, la partícula *de* es signo de nobleza, han querido tambien adoptarla; y como en España no significa absolutamente nada, pueden lisonjear sus oídos con la sonoridad del monosílabo inocente, así como con una cáfila de apellidos, cada uno hijo de su padre y de su madre. Esto puede deslumbrar á los extranjeros, que ignoran que en España el *de*, y la muchedumbre de apellidos, son prácticas arbitrarias, y pueden usarse *ad libitum*.

— Por cierto, dijo la Marquesa, es cosa rara que uno ha de ser de sangre noble, solo por tener dos letras delante del apellido. Las mujeres casadas añaden al suyo el de sus maridos, con su *de* corriente: y así, tu Madre firmaba Rafael Santa María de Arias. Hay muchos apellidos nobles que no lo tienen. En Sevilla, el Marqués de C... es J. P. El Conde del A... F. E. El Marqués de M... A. S. — Mi hermano se llama Leon Santa María, y el Duque de Rivas pone en el frontispicio de sus obras Angel Saavedra. Volviendo á nuestro Polo, prosiguió Rafael, no satisfecho con tener un nombre tan adaptado al título de una coleccion de poesías, se le ocurrió la idea de poner tambien el de su Madre, ó el de su Abuela, segun lo mas ó ménos armonioso de las sílabas, y tuvo la satisfaccion de estampar con letras góticas en el frontispicio de su obra: *Por A. Polo de Mármol*; y quedó tan contento al ver en papel vitela su nombre prosáico prolongado, ennoblecido, sonoro, distinguido y soberbio, á manera de un paladin antiguo que sale de la tumba con su armadura mohosa, que se creyó otro hombre distinto del que era ántes; se admiró, y se respetó, como aquel oficial portugues, que viéndose en el espejo, armado de piés á cabeza, se echó á temblar, teniendo miedo de sí mismo. Su entusiasmo subió á tal punto, que mandó grabar sus tarjetas con la recién descubierta fórmula, añadiendo un escudo de armas imaginarias, en que se ve un castillo...

— De naipes, dijo la Marquesa impaciente.

— Un leon, continuó Rafael, una águila, un leopardo, un zorro, un oso, un dragon; en fin, el arca de Noé de la heráldica; y encima una corona imperial. Por desgracia, el

grabador, que no era un Estevez ni un Carmona, no pudo poner cuerdas en una lira, qué formaba parte de las armas de Polo; pero es un pequeño contratiempo, de que nadie hace caso. Dábale yo la enhorabuena por su nuevo nombre, asegurándole que el nombre de Mármol venia de perlas despues del de A. Polo, porque un APolo de mármol valia mas que un APolo de yeso: tomándolo él á sátira, se puso tan furioso, que me amenazó con escribir una sátira contra los humos de los nobles. Le pregunté si la sátira á los nobles, se extenderia á *las idem*. Entónces se acordó de tí, mi querida prima; lanzó un suspiro, y se le cayó de las manos la formidable pluma; peinó, alisó y cubrió de pomada la cabellera serpentina de su Némesis; y yo me he escapado de una buena, gracias á los hermosos ojos de mi prima. Pero, añadió Rafael viendo entrar á Stein, aquí viene la mas preciada de las *pedras* preciosas¹⁾; piedra melodiosa como Memnon. D. Federico, ya que sois observador fisiologista, admirad como en todas las situaciones de la vida son inalterables en España, la igualdad de humor, la benevolencia y aun la alegría. Aquí no tenemos el *schwermuth* de los alemanes, el *spleen* de los ingleses, ni el *ennui* de nuestros vecinos. ¿Y sabeis porqué? Porque no exigimos demasiado de la vida; porque no suspiramos en pos de una felicidad alambicada.

— Es, opinó la Marquesa, porque solemos tener todas las aficiones propias de nuestra edad.

— Es, dijo Rita, porque cada uno hace lo que le da la gana.

— Es, observó la Condesa, porque nuestro hermoso cielo derrama el bienestar en nuestro ánimo.

— Yo creo, dijo Stein, que es por todo eso, y ademas, por el carácter nacional. El español pobre, que se contenta con un pedazo de pan, una naranja y un rayo de sol, está en armonía con el patricio que se contenta casi siempre con su destino, y se convierte en noble Procusto moral de sí mismo, nivelando sus aspiraciones y su bienestar con su situacion.

1) Stein significa en aleman, piedra.

— Decís, D. Federico, observó la Marquesa, que en España cada cual está satisfecho con lo que le ha tocado en suerte. ¡Ah Doctor! ¡Cuánto siento decir que ya no somos en esa parte lo que éramos! Mi hermano dice que en la gerigonza del día, hay una palabra inventada por el genio del mal y del orgullo, especie de palanca á que no resisten los cimientos de la sociedad, y que ha ocasionado mas desventuras á la especie humana, que todo el despotismo del mundo.

— ¿Y cuál es esa palabra, preguntó Rafael, para que yo le corte las orejas?

— Esa palabra, dijo la Marquesa suspirando, es la *noble ambicion*.

— Señora, dijo Rafael, es que á la ambicion le ha entrado la manía general de nobleza.

— Tia, exclamó Rita, si nos metemos en la política, y os poneis á repetir las sentencias de mi tio, os advierto que D. Federico va á caer en esa *quisicosa* alemana, Rafael en el *spleen* inglés, y Gracia y yo en el *ennui* frances.

— ¡Desvergonzada! dijo su Tia.

— Para evitar tamaña desgracia, dijo Rafael, hago la mocion de que compongamos entre todos una novela.

— ¡Apoyado, apoyado! gritó la Condesa.

— ¡Tal desatino! dijo su Madre. ¡Quereis escribir algun primor, como esos que suele mi hija leerme, en los folletines que escriben los franceses?

— ¿Y porqué no? preguntó Rafael.

— Porque nadie la leerá, respondió la Marquesa, á ménos de anunciarla como francesa.

— ¿Qué nos importa? continuó Rafael. Escribiremos como cantan los pájaros, por el gusto de cantar; y no por el gusto de que nos oigan.

— Hacedme el favor, á lo ménos, prosiguió la Marquesa, de no sacar á la colada seducciones ni adulterios. Pues ¡es bueno hacer á las mujeres interesantes por sus culpas! Nada es ménos interesante á los ojos de las personas sensatas que una muchacha ligera de cascos, que se deja seducir, ó una mujer liviana que falta á sus deberes. No vayais tampoco,

segun el uso escandaloso de los novelistas de nuevo cuño, á profanar los textos sagrados de la Escritura. ¿Hay cosa mas escandalosa que ver en un papelito bruñado, y debajo de una estampita deshonesta las palabras mismas de nuestro Señor, tales como: «mucho le será perdonado, porque amó mucho» ó aquellas otras: «el que se crea sin culpa, tírele la primer piedra?» ¡Y todo ello para justificar los vicios! ¡Eso es una profanacion! ¿No saben esos escritores boquirubios que aquellas santas palabras de misericordia recaian sobre las ansias del arrepentimiento y los merecimientos de la penitencia?

— ¡Cáspita! dijo Rafael, ¡qué trozo de elocuencia! Tia está inspirada, iluminada; votaré por su candidatura á diputado á Cortes.

— Tampoco vayais, continuó la Marquesa, á introducir el espantoso suicidio, que no se ha conocido por acá, hasta ahora, que han logrado entibiar, sino desterrar la Religión.

— Nada de esas cosas nos pegan á nosotros.

— Tiene Vd. razon, dijo la Condesa; no hemos de pintar á los españoles como extranjeros: nos retrataremos como somos.

— Pero con las restricciones que exige mi Señora Marquesa, dijo Stein, ¿qué desenlace *romanesco* puede tener una novela, que estribe, como generalmente sucede, en una pasion desgraciada?

— El tiempo, contestó la Marquesa; el tiempo, que da fin de todo, por mas que digan los novelistas, que sueñan en lugar de observar.

— Tia, dijo Rafael, lo que estais diciendo es tan prosáico como el gazpacho.

— ¿Te matarás si me caso con Luis? le preguntó Ritá.

— ¡Yo verdugo, y de mi propia, interesante é inocente persona! ¡yo mi propio Herodes! ¡Dios me libre, bella ingrata! contestó Rafael. Viviré para ver y gozar de tu arrepentimiento, y para reemplazar á tu Luis Triunfos, si se le antoja ir á jugar al monte con su compadre Lucifer, en su reino.

— No hagais ostentacion en vuestra novela, prosiguió la

Marquesa, de frases y palabras extranjeras de que no tenemos necesidad. Si no sabeis vuestra lengua, ahí está el Diccionario.

— Bien dicho, replicó Rafael: no daremos cuartel á las *esbeltas*, á las *notabilidades* ni á los *dandys*; perversos intrusos, parásitos venenosos, y peligrosos emisarios de la revolucion.

— Mas verdad dices de la que piensas, repuso la Marquesa.

— Pero Madre, dijo la Condesa; á fuerza de restricciones, nos pondréis en el caso de hacer una insulsez.

— Me fio de tu buen gusto, respondió la Marquesa, y en lo que es capaz de discurrir é inventar Rafael, para que así no sea. Otra advertencia. Si nombrais á Dios, llamadle por su nombre, y no con los que están hoy de moda, *Ser Supremo*, *Suprema Inteligencia*, *Moderador del Universo*; y otros de este jaez.

— ¡Cómo, señora Tia! exclamó Rafael, ¿negais á Dios sus poderes y sus prerogativas?

— No por cierto, respondió la Marquesa; pero en el nombre Dios se encierra todo. Buscar otros mas altisonantes es lo mismo que platear el oro. Lo mismo me parece eso, que lo que aquí se hace de tejas abajo, quitando al poder el título de Rey para llamarlo Presidente, Primer cónsul ó Protector. Estoy cierta de que ántes de haber consumado del todo su rebeldía, Lucifer nombraba á Dios el Ser Supremo.

— Pero, Tia, no podréis negar, observó Rafael, que es mas respetuoso y aun mas sumiso.

— Anda á paseo, Rafael, contestó con impaciencia la Marquesa. Siempre me contradices, no por conviccion, sino por hacerme rabiar. Dale á Dios el nombre que se dió El mismo, que nadie ha de ponerle otro mejor.

— Teneis razon, Madre, dijo la Condesa. Dejémonos de flaquezas, de lágrimas y de crímenes, y de términos retumbantes. Hagamos algo bueno, elegante y alegre.

— Pero, Gracia, dijo Rafael; es menester confesar que no hay nada tan insípido en una novela, como la virtud

aislada. Por ejemplo, supongamos que me pongo á escribir la biografía de mi Tia. Diré que fué una jóven excelente; que se casó á gusto de sus Padres, con un hombre que le convenia; y que fué modelo de esposas y de Madres, sin otra flaqueza que estar un poco templada á la antigua, y tener demasiada aficion al tresillo. Todo esto es muy bueno para un epitafio; pero es menester convenir que es muy solito para una novela.

— ¿Y de dónde has sacado, preguntó la Marquesa, que yo aspiro á ser modelo de heroína de novela? ¡Tal dislate!

— Entónces, dijo Stein, escribid una novela fantástica.

— De ningun modo, dijo Rafael: eso es bueno para vosotros los alemanes; no para nosotros. Una novela fantástica española seria una afectacion insoportable.

— Pues bien, continuó Stein: una novela heróica ó lúgubre.

— ¡Dios nos libre y nos defienda! exclamó Rafael. Eso es bueno para Polo.

— Una novela sentimental.

— Solo de oirlo, prosiguió Rafael, me horripilo. No hay género que ménos convenga á la índole española, que el lloron. El sentimentalismo es tan opuesto á nuestro carácter, como la jerga sentimental al habla de Castilla.

— Pues entónces, dijo la Condesa, ¿qué es lo que vamos á hacer?

— Hay dos géneros, que á mi corto entender, nos convienen: la novela histórica, que dejaremos á los escritores sabios, y la novela de costumbres, que es justamente la que nos peta á los medias cucharas, como nosotros.

— Sea, pues; una novela de costumbres, repuso la Condesa.

— Es la novela por excelencia, continuó Rafael, útil y agradable. Cada nacion deberia escribirse las suyas. Escritas con exactitud y con verdadero espíritu de observacion, ayudarian mucho para el estudio de la humanidad, de la historia, de la moral práctica, para el conocimiento de las localidades y de las épocas. Si yo fuera la Reina, mandaria escribir una novela de costumbres en cada provincia, sin dejar nada por referir y analizar.

— Seria por cierto una nueva especie de geografia, dijo Stein riéndose. ¿Y los escritores?

— No faltarian si se buscaran, respondió Rafael, como nunca faltan hombres para toda empresa, cuando hay bastante tacto para escogerlos. La prueba es que aquí estoy yo, y ahora mismo vais á oir una novela compuesta por mí, que participará de ambos géneros.

— Así saldrá ella; dijo la Marquesa. D. Federico, ya veréis algo parecido á Bertoldo.

— Puesto que mi Prima quiere algo bueno y sencillo; mi Tio algo moral, sin pasiones, flaquezas, crímenes ni textos de la Escritura, y mi prima Rita algo festivo, voy á tomar por asunto la vida honrada y moral de mi Tio el General Santa María.

— No faltaba mas, dijo la Marquesa, sino que fueras á hacer burla de mi hermano. No me parece que da margen á ello. — ¡Vaya!

— No por cierto, replicó Rafael; respeto y aprecio á mi Tio mas que nadie en este mundo; y sé que sus virtudes militares, que á veces pasan de raya, le han merecido el dictado del Don Quijote del ejército. Pero nada de esto impide que tambien tenga su historia; porque si Mad. Stael ha dicho que la vida de una mujer es siempre una novela, creo que con igual derecho puede decirse que la vida de un hombre es siempre una historia. Escuchad, pues, incomparable Doctor, la historia de mi Tio, en compendio. Santiago Leon Santa María nació predestinado para la noble carrera de las armas, porque vió la luz del dia, ó por mejor decir, las sombras de la noche, en el momento mismo en que la retreta pasaba por delante de los balcones de la casa: de modo que hizo su entrada en el mundo á son de caja.

— Eso es cierto, dijo la Marquesa sonriéndose.

— Yo no miento jamas... cuando digo la verdad, continuó gravemente Rafael. Como señal de aquella predestinacion, nació con una espada color de sangre en el pecho, dibujada por mano de la naturaleza, con la mayor propiedad; de modo que todas las comadres del barrio acudieron á saludar al General *in partibus* de los ejércitos de S. M. Católica.

— No hay tal cosa, dijo la Marquesa; tiene una señal en el pecho, es verdad: pero es en figura de rábano, un an- tojo que habia tenido nuestra Madre.

— Observad, Doctor, continuó Rafael, que mi Tia des- prestigia y *despoetiza* la historia de su querido hermano. ¡Un rábano en el pecho de un valiente, en lugar de una órden militar! Vaya, Tia, ¿hay cosa mas ridícula?

— ¿Qué tiene de ridículo, dijo la Marquesa, nacer con una señal en el pecho?

— Prosigue, Rafael, dijo Rita. Yo no sabia ninguna de esas particularidades. Prosigue sin tantos paréntesis.

— Nadie nos corre, querida Rita, dijo Rafael; ¿qué prisa tenemos? Una de las ventajas que llevamos á otras naciones, es no vivir á galope, como corredores intrusos.

Con que apénas Leon Santa María cumplió los doce años, entrá de cadete en un Regimiento, y se puso desde entón- ces, derecho como un huso, serio como un sermon, y grave como un entierro. Haciendo el ejercicio, y peleando como valiente muchacho en el Rosellon, fué pasando el tiempo, y llegó mi Tio á la edad, en que el corazon canta y suspira.

— Rafael, Rafael, dijo su Tia, cuenta con lo que se habla.

— No tengais cuidado, Tia: no hablaré mas que de amo- res platónicos.

— ¿Amores qué? ¿Hay acaso varias clases de amores?

— El amor platónico, contestó Rafael, es el que se en- cierra en una mirada, en un suspiro ó en una carta.

— Es decir, repuso la Marquesa, la vanguardia; pero ya sabes que el cuerpo del ejército viene detras; con que do- blemos la hoja sobre ese capítulo.

— Señora Marquesa, repuso Rafael; no os apureis. Mi historia será tal, que despues de haberla oida, cualquiera podrá retratar á mi Tio con la espada en una mano y la palma en la otra.

— Sus primeros amores fueron con una guapa moza de Osuna, donde estaba acuartelado su Regimiento. El dia ménos pensado llegó la órden de marchar. Mi Tio dijo que

volveria, y ella se puso á cantar: *Mambrú se fué á la guerra*; y lo estaria todavía cantando, si un labrador grueso no la hubiera ofrecido su gruesa mano y su gruesa hacienda. Sin embargo, al principio estuvo inconsolable. Lloraba como las nubes de otoño, y no paraba de exclamar dia y noche: ¡Santa María, Santa María! tanto que una criada que dormia cerca, creyendo que su ama estaba rezando las letanías, no dejaba de responder devotamente: *ora pro nobis*.

— Mi Tio, siguió Rafael, recibió orden de pasar á América: volvió para tomar parte en la guerra de la Independencia, y no tuvo tiempo para pensar en amoríos. De donde resultó que, no tratando con mas bellezas que las que podia hacer marchar á tambor batiente, adquirió tal acritud de temple, que se le quedó el nombre del General *Agraz*.

— ¿Cómo te atreves?..... exclamó la Tia.

— Tia, contestó Rafael, yo no me atrevo á nada: lo que hago es repetir lo que otros han dicho. *Pian pianino* llegaron los sesenta años, trayendo en pos la comitiva ordinaria de reumatismos y catarros, con todas las trazas de convertirse en crónicos. Mi Tia y todos los amigos le aconsejaban que se retirase, y se casase para vivir tranquilo. Fijád las mientes, Doctor, en el remedio: ¡casarse para vivir tranquilo! Ya ve Vd. que mi Tia se siente inclinada á la homeopatía.

— ¿Ese sistema nuevo, preguntó la Marquesa, que receta estimulantes para refrescar? No lo creais, Doctor, ni vayais á dar esa clase de remedios al niño.

— Pues, como iba diciendo, continuó Rafael, habia aquí una soltera de edad madura, que no habia querido casarse á gusto de su Padre, ni su Padre la habia querido dejar casar á su gusto; este tenia muchos humos, en vista de que su hija se llamaba Doña Pancracia Cabeza de Vaca. Ahora bien, esta noble parte del animal...

La Marquesa le interrumpió.

— Ríete cuanto quieras, como te ries de todo: este es un privilegio que la naturaleza te ha dado, como al sol el de brillar. Pero sabed, D. Federico, que ese nombre, tan ridículo á los ojos de mi sobrino, es uno de los mas ilustres y

mas antiguos de España. Debe su origen á la batalla de las Navas de Tolosa.....

— La cual, añadió Rafael, se dió por los años de 1212, y la ganó el Rey. D. Alfonso IX, llamado el Noble, Padre de la Reina de Francia Blanca, Madre de San Luis; y con aquella hazaña libertó á Castilla del yugo de los Sarracenos.

— Así es, repuso la Marquesa: todo eso se lo he oído contar á mi cuñada. El Miramamolin, segun ella cuenta, se habia retirado á una altura donde se retrincheró con sus tesoros en una especie de recinto formado con cadenas de hierro. Un rio separaba esta altura del ejército cristiano. El Rey, que no podia pasarlo, estaba desesperado. Entónces se le presentó un pastor viejo, con su hopalanda y su capucha, y le descubrió un sitio por donde podria vadear el rio sin dificultad: «Seguid la orilla, le dijo, aguas abajo, y donde veais la cabeza de una vaca, que han devorado los lobos, allí está el vado.» De resultas de este aviso, se ganó aquella memorable batalla. El Rey, agradecido, ennobleció al que le habia hecho un servicio tan señalado, y le dió á él y á sus descendientes, el nombre de Cabeza de Vaca. Mi cuñada dice, que aun se conservan en la catedral de Toledo, la estatua del pastor patriota y las cadenas del campo del Miramamolin.

— Seiscientos años de nobleza, dijo Rafael, son un moco de pavo en comparacion de la nuestra; porque ha de saber Vd., Doctor, que el nombre de Santa María eclipsa á todas Cabezas de Vaca, aun cuando arranque su árbol geneológico, de los cuernos de la que Noé llevó á su arca. — Para que Vd. lo sepa, somos parientes de la Santa Virgen, nada menos; y en prueba de ello, una de mis abuelas, cuando rezaba el rosario con sus criadas, segun la buena costumbre española.....

— Costumbre que se va perdiendo; interrumpió suspirando la Marquesa.

— Decia, prosiguió Rafael: «Dios te salve MARIA, Prima y Señora mia,» y los criados respondian: «Santa MARIA, Prima y Señora de Usía.»

— No digas esas cosas delante de extranjeros, Rafael, dijo la Condesa; porque ó están bastante preocupados contra

nosotros para creerlas, jó sin creerlas, tienen bastante mala fe para repetirlas. Lo que acabas de contar es una cosa que todo el mundo sabe; un chiste inventado para burlarse de las exageradas pretensiones de antigüedad, que nuestra familia tiene.

— A propósito de lo que dicen los extranjeros, ¿sabes, Prima, que lord Londonderry ha escrito su *Viaje á España*, en el que dice que no hay mas que una mujer bonita en Sevilla, y es la marquesa de A....., desfigurando, por supuesto, su nombre del modo mas extraño?

— Tiene razon, dijo la Condesa; Adela es lindísima.

— Es lindísima, respondió Rafael; pero decir que es la única, me parece un disparaton de tomo y lomo. El Mayor está furioso, y va á ponerle pleito como calumniador, con plenos poderes de la Giralda, que se tiene y se califica por la mejor moza de toda Sevilla.

— Eso es ser mas realista que el Rey, dijo Rita, con un gracioso gesto de desden; y bien puedes asegurar al Mayor, en nombre de todas las sevillanas, que tanto nos da que ese Lord nos encuentre feas como bonitas. Pero sigue con tu historia, Rafael; te quedaste en los preliminares del casamiento del Tio.

— Antes que Rafael tome la ampolleta, interrumpió la Marquesa, diré á Vd. D. Federico, que la nobleza de nuestra familia estaba ya reconocida en el año 737, porque uno de nuestros abuelos fué el que mató al oso que quitó la vida al Rey godo don Favila, y por eso tenemos un oso en nuestro escudo de armas.

Rafael se echó á reir con tan 'estrepitosa carcajada, que cortó el hilo á la narracion de su Tia.

— Vaya, dijo, aquí tenemos la segunda parte de *Prima y Señora mia*. La Marquesa tiene una coleccion de datos genealógicos, tan verídicos unos como otros. Sabe de memoria la de los Duques de Alba, que vale un Perú.

— Si quisierais tener la bondad, Señora Marquesa, de referírmela, dijo Stein, os lo agradecería infinito.

— Con mucho gusto, respondió la Marquesa; y espero que daréis mas crédito á mis palabras que ese niño, tan

preciado de saber mas que los que nacieron ántes que él. Sabeis que nada ennoblece tanto al hombre, como los rasgos de valor.

— Por esa cuenta, dijo Rita, José María podia ser noble, y algo mas, Grande de España de primera clase.

— ¡Qué amigos de contradecir son mis sobrinos! exclamó la Marquesa con alguna impaciencia. Pues bien; sí, señorita. José María podia ser noble si no fuera ladron.

— Ya que se trata de José María, dijo Rafael, voy á contar á D. Federico un rasgo de valor de aquel personaje. Lo sé de buena tinta.

— No queremos saber las hazañas de los héroes del trabuco, dijo la Marquesa. Rafael, tú hablas sin punto ni coma.

— Escuchad mi aventura de José María, continuó Rafael. Un ladron héroe, caballeroso, elegante, galan y distinguido, es fruta que no nace sino en nuestro suelo. Vosotros los extranjeros podréis tener muchos Duques de Alba, pero seguramente no tendréis un José María.

— ¿Qué dices tú? dijo la Marquesa, ¿qué los extranjeros podrán tener muchos Duques de Alba? ¡pues ya! ¡fácil éra! Escuchad, D. Federico: cuando el santo Rey D. Fernando estaba delante de los muros de Sevilla, viendo que el sitio se prolongaba, propuso al Rey moro.....

— Que se llamaba Axataf por mas señas, interrumpió Rafael.

— Poco importa el nombre, continuó la Marquesa: propúsole, pues, como iba diciendo, que se decidiese la suerte de la ciudad sitiada, en combate singular, cuerpo á cuerpo, entre los dos Monarcas. El moro tuvo vergüenza de rehusar el reto. El Rey Fernando ocultó á todo el mundo su designio, y cuando llegó la hora convenida, salió solo y de noche de sus reales, encaminándose al puesto señalado. Un soldado de su guardia que le vió salir, tuvo algunas sospechas de su intento, y temeroso de que el Rey cayese en alguna asechanza, se armó y le siguió de léjos. Llegado que hubo el Monarca al sitio que todavía se llama la *fuenta del Rey*, y que era entónces un lugar muy agreste, se detuvo aguardando á que se presentase el moro. Pero por mas que

aguardaba, el otro en lo ménos que pensaba era en acudir á la cita. Así pasó la noche, y al clarear el alba, convencido de que su contrario no vendría, iba á retirarse, cuando oyó ruido en la enramada, y mandó que saliese al frente, quien quiera que fuese.

Era el soldado, y obedeció.

— ¿Qué haces ahí? preguntó el Rey.

— Señor, respondió el soldado, he visto á V. M. salir solo del campo, é inferí su intento; he temido algun lazo, y he venido á defender su Persona.

— ¿Solo? preguntó el rey.

— Señor, continuó el soldado, ¿V. M. y yo, acaso no bastamos para doscientos moros?

— Saliste de mis reales soldado, dijo el Rey, y entras en ellos Duque de Alba.

— Ya veis, D. Federico, dijo Rafael, que esa leyenda popular arregla desafíos á media noche, y crea duques, á pedir de boca.

— Calla por Dios, Rafael, dijo la Condesa, y déjanos esta creencia, pues me gusta esa etimología.

— Sí, respondió Rafael; pero el Duque de Alba no le agradecerá á tu Madre la *ilustracion* que quiere darle. Ahora veréis lo que hay en el asunto.

Diciendo estas palabras, y echando á correr Rafael, volvió muy pronto con un libro en folio y en pergamino, que sacó de la librería del Conde.

— Hé aquí, dijo, la creacion, privilegios y antigüedad de los títulos de Castilla, por D. José Berni y Catalá, Abogado de los Reales Consejos. Página 140. «Conde de Alba, hoy dia Duque. El primero fué D. Fernando Alvarez de Toledo, creado Conde de Alba por Juan II, 1439. D. Enrique IV lo hizo Duque en 1469. Esta ilustre y excelsa familia es de sangre Real, y ha tenido los primeros empleos de España en guerra y en política. El Duque mandó todo el ejército en la conquista de Flándes y en la de Portugal, donde hizo maravillas. Esta ilustrísima familia tiene tanto lustre y tantos méritos, que para enumerarlos seria necesario escribir volú-

menes.» — Ya veis, Tia, que la historia que nos habeis contado, aunque muy propagada, es apócrifa.

— No sé lo que quiere decir, continuó la Marquesa, esa palabra griega ó francesa; pero volviendo á los Santa Marías, este nombre les fué dado con motivo de.....

— Tia, Tia, exclamó Rita, hacednos el favor de dispensarnos de oir nuestra historia genealógica. ¿No tenemos bastante con la de los Cabezas de Vaca, y los Albas? Cuando penseis contraer segundas nupcias, entónces podréis lucir estas galas genealógicas á los ojos del favorecido.

— El apellido de los Duques de Alba, dijo Stein, es Alvarez, y así se llama tambien mi patron, que es un buen hombre, lleno de honradez, y tendero retirado. Me causa mucha extrañeza ver que en este país los nombres mas ilustres son comunes á las clases mas elevadas y á las mas ínfimas. ¿Será cierto lo que se dice en mi país, que todos los españoles se creen de noble sangre?

— Esa es una confusion de ideas, contestó Rafael, como todas las que generalmente tienen los extranjeros sobre las cosas de España; y así no hay ninguno que no crea á puño cerrado que cada gañan arando, lleva colgada á su lado la espada distintiva de caballero. Hay muchos apellidos generales y como *mancomun*es en España, no hay duda; pero esto nace en gran parte de que, en tiempos pasados, los Señores que tenian esclavos, les daban sus apellidos al emanciparlos. Estos nombres, usados por los moros ya libres, debieron multiplicarse, en particular los de los magnates, á medida que mas esclavos tenian. Algunas de esas nuevas familias se ilustraron y fueron ennoblecidas, porque muchas descendian de moros nobles. Pero los Grandes de España, que tienen aquellos mismos nombres, llevan tan á mal ser confundidos con estas familias, como con las de los artesanos que se hallan en el mismo caso. Tambien hay que observar, que muchos han tomado los nombres de las localidades de donde provienen, y así tenemos centenares de Medinas, Castillas, Navarros, Toledos, Búrgos, Aragones etc. En cuanto á esas aspiraciones á sangre noble que están tan propagadas entre los españoles, es observacion que no carece de funda-

mento, porque es cierto que este pueblo tiene orgullo, y propensiones delicadas y distinguidas; pero no deben confundirse estos rasgos del carácter nacional, con las ridículas afectaciones nobiliarias que hemos visto en tiempos modernos. El pueblo español no aspira á engalanarse con colgajos, ni á salir de la esfera en que le ha colocado la Providencia; pero da tanta importancia á la pureza de su sangre, como á su honra! sobre todo en las provincias del Norte, cuyos habitantes se jactan de no tener mezcla de sangre morisca. Esta pureza se pierde por un nacimiento ilegítimo; por la menor y mas dudosa alianza con sangre mulata ó judía, así como por los oficios de verdugo y pregonero, ó por castigos infamantes.

— ¡Válgame Dios, dijo Rita, qué fastidiosos están Vds. con su nobleza! ¿Quieres, Rafael, hacernos el favor de continuar la historia del Tio?

— ¡Dále! exclamó la Marquesa.

— Tia, respondió Rafael, no hay cuento desgraciado, como el que lo cuente sea porfiado. Con que, D. Federico; Santa María y Cabeza de Vaca, se unieron como dos palomos. Muchas veces he oido decir que mi Tia, que está aquí presente, lloró de placer y de ternura al ver tan bien concertada union. Mi Tio tranquilizó los recelos que hubiese podido inspirarle el nombre de su cara mitad, solo con verla.

— ¡Rafael, Rafael! exclamó la Marquesa.

— Pero quien quedó asombrado, prosiguió Rafael, fué todo el mundo, y mas que nadie, mi Tio, cuando al cabo de nueve meses, la Cabeza de Vaca dió á luz un pequeño Santa Maria, tamaño como un abanico, y que parecia engendrado por una X y una Z. La Cabeza de Vaca se puso mas oronda que la de Júpiter cuando produjo á Minerva. Hubo, con este motivo, un gran debate matrimonial. La señora queria que el dulce fruto de su amor se llamase Pancracio, nombre que, desde la batalla de las Navas de Tolosa, habia sido el de los primogénitos de la familia. Mi tio se empestilló en que el futuro representante de los venerables Santa Marías no llevase otro nombre que el de su Padre, nombre sonoro y militar. Mi Tia los puso de acuerdo, proponiendo que se

bautizase la criatura con los nombres de Leon Pancracio; de lo que ha resultado que su Padre lo ha llamado siempre Leon, y su Madre siempre Pancracio.

De repente interrumpió esta narracion el General, entrando en la sala, pálido como un muerto, con los labios apretados, y lanzando rayos por los ojos.

— ¡Santo Dios! dijo Rafael á Rita en voz baja, quisiera estar ahora siete estados debajo de tierra, con las estatuas romanas que sirvieron á los moros para hacer los cimientos de la Giralda.

— Estoy furioso, dijo el General.

— ¿Qué teneis, Tio? le preguntó la Condesa, colorada como un tomate.

Rita bajaba la cabeza sobre su bordado, mordiéndose los labios para sofocar la risa.

La Marquesa tenia la cara mas larga que la de D. Quijote.

— Esto es peor que burlarse de la gente, continuó el General con voz temblona: es un insulto!

— Tio, dijo la Condesa suavizando la voz lo mas posible; cuando no hay mala intencion, cuando no hay mas que ligereza, atolondramiento, gana de reir....

— ¡Gana de reir! interrumpió el General: ¡reirse de mí! ¡reirse de mi mujer! Por vida mia, que se le ha de pasar la gana. Ahora mismo voy á presentar mi queja á la policia.

— ¡A la policia! ¿estás en tu juicio, hermano? exclamó la Marquesa.

— Si salgo con bien de esta, dijo Rafael á Rita, hago voto á San Juan el Silenciarlo, de imitarle durante un año y un dia.

— Mi querido Leon, prosiguió la Marquesa: por Dios te ruego que no des tanta importancia á una niñería. Cálmate. Yo sé que te ama y te respeta. ¿Quieres dar un escándalo? Las quejas de familia no deben salir al público. Vamos, Leon, hermano, quédese eso entre nosotros.

— ¿Qué estás hablando de quejas de familia? replicó el General volviéndose hácia su hermana. ¿Qué tiene que ver la familia con las insolencias inauditas de ese desaforado inglés, que viene á insultar á la gente del país?

Al oír estas palabras, la hermana y los sobrinos del General respiraron con holgura, como si se les hubiera quitado una piedra de sobre el corazón. Su temor de que nuestro cronista hubiese sido oído por el inflexible veterano, carecía de fundamento, y Rafael preguntó con los tonos mas sonoros de su voz:

— ¿Pues qué ha hecho ese gran anfibio?

— ¿Lo que ha hecho? contestó el General: voy á decírtelo. Sabeis que, por desgracia mia, ese hombre vive enfrente de mi casa. Pues bien: á la una de la noche, cuando todo el mundo está en lo mejor de su sueño, el *mister* abre la ventana y se pone..... ¡á tocar la trompa!

— Ya sé que es furiosamente aficionado á ese instrumento, dijo Rafael.

— Además de eso, continuó el General, lo hace malísimamente, y el soplo de su vasto pecho saca del instrumento sonidos capaces de despertar á los muertos de veinte leguas á la redonda; de modo que se ponen á ahullar todos los perros de la vecindad. Con esto tendréis una idea de las noches que nos hace pasar.

Todos los esfuerzos que habian hecho hasta allí los oyentes para contener la risa, fueron infructuosos. La carcajada fué tan simultánea y tan estrepitosa, que el General calló de repente, y les echó una mirada indignada.

— No faltaba mas, sobrinos! no faltaba mas sino que os parezca asunto de risa tan descarada insolencia, tal desprecio de las gentes. Reíos, reíos! ya veremos si se reirá tambien tu recomendado.

Dijo, y se salió de la pieza tan denodadamente como en ella habia entrado, con direccion á la policía.

Rita se desternillaba de risa.

— ¡Válgame Dios, Rita! dijo la Marquesa, que no estaba para fiestas: mas propio seria que te indignases de tanta falta de seso, que no reirse de ella.

— Tia, contestó la jóven; bien sé lo' que el caso merece: pero aunque estuviese en el atahud, me habia de reir. Os prometo, que, para vengar á mi Tio, cuando el Mayor moscon venga á chapurrearme piropos, no me contentaré con volverle

la espalda, sino que he de decirle: guardad vuestro resuello para tocar la trompa.

— Mejor harías, dijo Rafael, en imitar á las señoritas extranjeras, que se ponen coloradas para dar los buenos dias, y pálidas para dar las buenas noches.

— Eso seria mejor, contestó Rita; pero yo prefiero hacer lo peor.

— A todo esto, dijo Stein con su perseverancia alemana, me habiais prometido, Señor de Arias, contarme un rasgo de valor de José María.

— Será para otro dia, respondió Rafael. Hé aquí á mi General en Jefe, añadió sacando el reloj: son las tres ménos cuarto, y á las tres estoy convidado á comer en casa del Capitan General. Doctor, si yo fuera vos, iria á suministrar los socorros del arte á mi tia Cabeza de Vaca en el estado crítico en que la ha puesto la trompa del Mayor.

CAPITULO V.

Completamente restablecido ya el niño de la Condesa, habia llegado la noche que esta señora habia fijado para recibir á María. Algunos tertulianos estaban ya reunidos, cuando Rafael Arias entró precipitadamente.

Prima, dijo, vengo á pedirte un favor: si me lo niegas, voy en derechura á echarme de cabeza... en mi cama, bajo pretexto de una jaqueca monstruo.

— ¡Jesus! replicó la Condesa. ¿De qué modo puedo yo evitar tamaña desgracia?

— Vas á saberlo, continuó Rafael. Ayer he tenido carta de uno de mis camaradas de embajada, el Vizconde de Saint Léger.

— Quítale el *Saint* y el *Vizconde*, y deja Léger pelado, repuso el General.

— Bien, dijo Rafael; mi amigo, que segun el Tio, no es ni Vizconde ni Santo, me recomienda á un Príncipe italiano.

— ¡Un Príncipe! ¡pues ya! dijo con sorna el General. ¿Porqué no han de llamarse las cosas por sus nombres? Lo que será es un carbonario, un propagandista, una verdadera plaga. ¿Y de dónde es ese Príncipe?

— No lo sé, repuso Rafael; lo que sé es que la carta dice lo siguiente: «Os agradeceré que hagais conocer á mi recomendado las mujeres mas bellas y amables, las reuniones mas escogidas, y las antigüedades mas notables de la hermosa Sevilla, ese jardin de las Hespérides.»

— Jardin del Alcázar querrá decir, observó la Marquesa.

— Es probable, prosiguió Rafael. Cuando me vi encargado de esta tarea, sin saber á qué santo encomendarme, se me ocurrió la luminosa idea de acudir á mi prima, y pedirle licencia para traer al Príncipe á su tertulia; porque de este modo podrá conocer las mujeres mas bellas y amables, la sociedad mas escogida, y (añadió en voz baja, y señalando con el dedo la mesa del tresillo) las antigüedades mas notables de Sevilla.

— Mira que mi Madre está ahí (murmuró la Condesa echándose á reir á pesar suyo): eres un insolente. Y añadió en voz alta, «tendré mucho gusto en recibirle.»

— Bien, muy bien! exclamó el General, barajando violentamente los naipes. ¡Mimarlos, abrirles las puertas de par en par, ponerles andadores! se divertirán á vuestra costa, y despues se burlarán de vosotros.

— Creed, Tio, contestó Rafael, que tomamos la revancha. Es cierto que se prestan á ello admirablemente. Algunos vienen con el único designio de buscar aventuras, muy persuadidos de que España es la tierra clásica de estos lances. El año pasado tuve uno á cuestras, con esta monomanía. Era un irlandés, pariente de lord W.

— Sí, ¡como yo del gran Turco! dijo el General aplicando su muletilla.

— El espíritu del héroe de la Mancha, continuó Rafael, se habia apoderado de mi irlandés, á quien llamaré *Verde Erin*¹⁾ por haberseme olvidado su verdadero nombre. Una

1) Nombre poético de Irlanda.

tarde nos paseábamos en la plaza del Duque. El cielo se oscureció, y estalló de repente una tormenta: yo traté de buscar abrigo; pero él siguió paseando, porque tenía gana de experimentar una tormenta española. A las justas observaciones que le hice, de que iba á calarse hasta los huesos, contestó que todo lo que tenía encima era *water-proof*¹⁾ el sombrero, el gaban, los pantalones, los guantes, las botas, todo. — Le abandoné á su suerte.

— ¿Es eso creible, Rafael? dijo la Condesa.

— Es mas; es probable, dijo el General; ningun inglés se va nunca á la cama sin haber hecho una extravagancia.

— Sigue, Rafael, sigue, hijo, suplicó la Marquesa, porque ya preveo que ese temerario va á saber por experiencia propia, que no se debe tentar á Dios.

— Pues mi Erin, siguió Rafael, estaba recibiendo el agua como el arca de Noé, cuando cayó un rayo en el árbol bajo el cual se habia sentado.

— Vaya, vaya, gritaron todos, eso es cuento; ¡cosas de Rafael!

— Como soy, que es la verdad, exclamó este acalorado: informáos, si quereis, de mas de cien personas que presenciaron el lance. Aseguro que una acacia entera y verdadera se desplomó sobre mi pobre Erin. Por fortuna estaba colocado de tal manera, que evitó el choque del tronco, pero quedó preso entre las ramas, como un pájaro en la jaula. En vano gritaba, en vano prodigaba el juramento nacional y las ofertas de billetes de banco á los que viniesen á socorrerle. Tuvo que aguantarse en su prision vegetal, casi todo el chubasco. Al fin pasó la tormenta, y volvió á salir la gente á la calle. Acudieron en su ayuda; pero la cosa no era tan fácil: hubo que traer sierras y hachas, y cortar las ramas mas gruesas. A medida que caian las paredes de su calabozo, se iba descubriendo parte por parte, la triste figura del hijo de Irlanda. Todos los *water-proof* habian *fatto fiasco*. Sus brazos y sus cabellos, y las alas del sombrero, pendian tiesos y perpendiculares hácia la tierra. Parecia un navío

1) A prueba de agua.

empavesado en calma chicha. Imagináos los chistes, las bromas que descargaría sobre el pobre Erin nuestra gente sevillana, tan chusca de suyo y tan burlona. El buen hombre tuvo que pasar no solo por el susto y el aguacero, sino por una risa homérica, de la que en su tierra no había tenido ni aun idea. Confieso con vergüenza que habiendo vuelto con intencion de reunirme á él, no tuve valor, y eché á correr.

— ¿Y no tuvo mas consecuencias ese lance? preguntó la Marquesa. ¿No le indujo á meditar?

— Ninguna consecuencia tuvo este accidente, ni en el órden físico ni en el moral. Los ingleses tienen siete vidas como los gatos. Lo único que resultó fué destruir su fe en los *water-proof*. Pero no fué esa la mas trágica de las aventuras de mi héroe. Le había traído á España una afición decidida á ladrones: quería verlos á toda costa. El gusto de ser robado era su idea, su capricho, el objeto de su viaje; habría dado diez mil sacos de patatas por ver de cerca á José María en su hermoso traje andaluz, y con su botonadura de doblones de á cuatro. Traía *exprofeso* para él un puñal con mango de oro, y un par de pistolas de Manton.

— ¡Armar á nuestros enemigos! exclamó el General. Ese es su prurito. ¡Siempre los mismos!

— Queriendo irse á Madrid, continuó Rafael, y sabiendo que la Diligencia tenía el mal gusto de llevar escolta, se decidió á irse en el carro del correo. Todos mis argumentos para disuadirle fueron inútiles. Partió en efecto, y mas allá de Córdoba, sus ardientes deseos se realizaron. Encontró ladrones; pero no ladrones de buen tono, no ladrones *fashionables* como José María, que parecia una ascua de oro, montado en su brioso alazan. Eran ladrones de poco mas ó menos; pedestres, comunes y vulgares. Ya sabeis lo que es *ser vulgar* en Inglaterra. No hay apestado, no hay leproso que inspire á un inglés tanto horror como lo que es vulgar. ¡Vulgar! A esta palabra, Albion se cubre de su mas espesa neblina; los *dandys* caen en el *spleen* mas negro; las *Ladys* se llenan de *diablos azules*¹⁾, las *Miss* sienten bascas, y las

1) *To have the blue devils*, tener los diablos azules; expresion familiar inglesa que corresponde á estar de mal humor.

modistas se tocan de los nervios. No es extraño, pues, que Erin se creyese degradado, dejándose robar por ladrones vulgares; y así es que se defendió como un león. No defendía, sin embargo, su tesoro, pues me lo había confiado hasta su vuelta, y lo que de él tenía en mas estima, consistía en una rama del sauce que cubria el sepulcro de Napoleon, un zapato de raso de una bolera, tamaño como una nuez, y una colección de caricaturas de lord W... su tío.

— Eso pinta al hombre, dijo el General.

— Pero yo no hago mas que charlar, dijo Rafael. Adios, prima. Me voy y me quedo.

— ¿Y qué? ¿Te vas, dejando al pobre Erin en manos de los ladrones? Es preciso que acabes tu relacion, dijo la Condesa.

— Pues bien, continuó Rafael, os diré en dos palabras, que los ladrones exasperados, le maltrataron y dejaron sin conocimiento, atado á un árbol, donde le halló una pobre vieja, quien hizo le llevasen á su choza, y allí le cuidó como una madre, durante una enfermedad que le resultó del lance. Yo estuve algun tiempo sin tener noticias suyas; y como se dice vulgarmente que la esperanza era verde y se la comió un borrico, ya iba creyendo que la misma desgracia habia acontecido á mi verde Erin, cuando me escribió contándome lo ocurrido. Me encargaba que diese diez mil reales á la mujer que le habia salvado y cuidado, sin tener la menor idea de quien podria ser, porque su traje, cuando lo descubrieron, era el mismo con que su madre lo parió. La recompensa era, como veis, decente; porque es menester ser justos: nadie puede negar que los ingleses son generosos. Pero aquí viene Polo con una elegía en los ojos. El Príncipe me aguarda. Me voy corriendo, aunque me caiga.

Con esto desapareció.

— ¡Jesus! dijo la Marquesa. Rafael me marea; parece hecho de rabos de lagartijas. Se mueve tanto, gesticula tanto, charla tan sin cesar, y tan de prisa, que me quedo en ayunas de la mitad de las cosas que dice.

— Poco pierdes, dijo el General.

— Pues yo, añadió la Condesa, querria á Rafael, por lo

mucho que me divierte, si no le quisiera ya tanto por lo mucho que vale.

— Aquí tienes, querida Gracia, dijo Eloisa entrando y abrazando á la Condesa, el *Viaje de Dumas por el Sur de Francia*.

La Condesa tomó los libros. — Polo y Eloisa hicieron una disertacion sobre las obras del escritor: disertacion de cuya lectura dispensamos al lector, que nos dará gracias por ello.

— ¡Pobre Dumas! dijo la Condesa al Coronel.

— ¡Pobre! exclamó el Coronel. ¿Pobre llamais al que es rico y personaje, al que todos festejan, obsequian y aplauden? ¿O será porque algunas veces le critican?

— ¿Porqué le critican? respondió la Condesa: no por cierto: yo me tomo algunas veces la libertad de hacerlo. Todo el que se presenta al público, le da ese derecho. No digo *pobre* al oírle criticar; lo digo al oír algunos elogios que de él hacen.

— ¿Y porqué, Condesa? el elogio siempre es lisonjero.

— No podré explicarme bien, dijo la Condesa, sino por medio de una comparacion, porque no soy elocuente como Eloisa. Hace algun tiempo que vino á vernos una de nuestras parientas de Jerez, mujer muy devota, cuyo marido es muy aficionado á las artes. Lo primero que traté de enseñarles fué, por supuesto, nuestra hermosa catedral. En el camino se nos pegó, sin que pudiésemos deshacernos de él, otro jerezano, hombre muy ordinario, pero riquísimo, y tuvimos que conformarnos con que fuese de nuestra comitiva. Al entrar en aquel sin igual edificio, mi prima alzó la cabeza, cruzó las manos, atravesó con paso acelerado la nave, y se arrodilló bañada en lágrimas á los piés del altar mayor. Su marido quedó como arrebatado, sin poder dar un paso adelante. Pero el ricacho exclamó: ¡buena posesion! ¡y qué buena bodega haria! — ¿Habeis comprendido mi idea?

— Sin duda, respondió el coronel riéndose, que un necio elogio es peor que una crítica; y lo dice la Fábula de Iriarte:

Si el sabio no aprueba, malo!

Si el necio aplaude . . . peor!

Pero el cuentecillo tiene su buena dosis de sal y pimienta.

— Lo sentiría mucho, dijo la Condesa. Es un recuerdo que he tenido al oír hacer la apología de las obras de Dumas. ¡Tantas exclamaciones vacías, y ni siquiera una palabra de elogio para esa historia de la Magdalena y de Lázaro, de la que no puedo leer un renglon sin derramar lágrimas!

— Condesa, dijo el Coronel: si alguna vez viene Dumas á España, me obligo á traerle á vuestros piés, para que os dé gracias por el modo que teneis de juzgar sus obras.

— ¿No tendríais gusto en conocerle?

— En general no deja de tener inconvenientes el conocer á escritores de gran mérito.

— ¿Y porque? Condesa.

— Porque, lo comun es que desprestigia al autor. Un amigo mio, persona de mucho talento, decia que los grandes hombres son al reves de las estatuas, porque estas parecen mayores, y aquellos mas pequeños, á medida que uno se les acerca.

En cuanto á mí, si alguna vez me meto á autora (lo cual podrá suceder, por aquello de que de poeta y loco, todos tenemos un poco), á lo ménos tendré la ventaja de que me oirán sin verme, gracias á mi pequeñez, á la escasa brillantez de mi pluma y á la distancia.

— ¿Creeis, pues, que el autor ha de ser uno de los héroes de sus ficciones?

— No; pero temeria verle desmentir las ideas y los sentimientos que expresa, y entónces se disiparia el encanto, porque al leer lo que me habria arrebatado, no podria apartar de mí la idea de que el hombre lo habia escrito con la cabeza, y no con el corazon.

— ¡Cómo escriben esos franceses! decia entretanto Eloisa resumiendo el mencionado certámen literario.

— ¿Qué es lo que no hacen bien esos hijos de la libertad? repuso Polo.

— Pero señorita, dijo el General ¿porqué no leéis libros españoles?

— Porque todo lo español lleva el sello de una estupidez chabacana, respondió Eloisa. Estamos en todos ramos y conceptos, en un atraso deplorable.

— ¿Qué quereis que escriba un escritor culto, en este detestable país, añadió Polo algo picado, si no estamos á la altura de nada, y solo podemos imitar? ¿Cómo hemos de pintar nuestro país y nuestras costumbres, si nada de elegante, de característico ni de bueno hallamos en él?

— A no ser, dijo Eloisa, con remilgada sonrisa, que celebren con los alemanes al azahar y las naranjas; con los franceses, el bolero, y con los ingleses, el vino de Jerez.

— ¡Ah! Eloisita, exclamó entusiasmado Polo, ese chiste es tan *espiritual*, que si no es francés, merece serlo.

En lo que decia, plagiaba Polo, segun su costumbre, un conocido dicho francés.

Afortunadamente acababan de dar un codillo al General, lo que hizo que no oyese este precioso diálogo.

En este momento entró Rafael con el Príncipe: le presentó á la Condesa, la cual le recibió con su acostumbrada amabilidad, pero sin levantarse, segun el uso español. El Príncipe era alto, delgado; representaba cuarenta y cinco años, y, aunque Príncipe, no de muy distinguida persona ni maneras. Con esto se hallaba ya reunida toda la tertulia, y todos aguardaban con impaciencia á la cantatriz anunciada, no sin grandes dudas acerca de su mérito.

El Mayor Fly se contoneaba en su silla, cerca de las jóvenes, distribuyéndolas miradas tan homicidas como los botonazos de su florete. Sir John tenia fijo su lente en Rita, la cual no lo notaba. El Baron, sentado cerca de un Oidor viejo, le preguntaba si los moros blanqueaban sus casas con cal.

— Carezco de datos para responderos, contestó el Magistrado. Es punto que no ha merecido llamar la atencion de Zúñiga, Ponz, D. Antonio Morales, ni Rodrigo Caro.

— ¡Qué ignorante! pensaba el Baron.

— ¡Qué pregunta tan tonta! pensaba el Oidor.

— Teneis una prima lindísima, dijo el Príncipe á Rafael.

— Sí, respondió este, es una Ondina de agua de rosa, á quien si el amor no dió un alma, en cambio se la dió un Angel.¹⁾

1) Alusion á la novelita fantástica del autor aleman *La Motte Fouqué*, nombrada *Ondine*. Está traducida al frances.

— ¿Y ese General que está jugando, y que tiene un aspecto tan distinguido?

— Es el Néstor retirado del ejército. No teneis en Pompeya una antigüedad mejor conservada.

— ¿Y la señora con quien juega?

— Su hermana, la Marquesa de Guadalcanal, una especie de Escorial; es un sólido compuesto de sentimientos monárquicos y monacales, con un corazón, panteón de Reyes sin trono.

En esto se oyó un gran ruido. Era el Mayor, que al levantarse para ir á reunirse con Rafael, habia echado á rodar una maceta.

— El Mayor, dijo Rafael, anuncia su llegada. Sin duda viene á suspirar como un órgano, por el poco caso que de él hacen las damas.

— Serán delicadas de gusto, repuso el Príncipe, pues el Mayor tiene una hermosa figura.

— No digo que no, dijo Rafael; es el mas bello Sanson del mundo; pero, en primer lugar, tiene su Dálila, que va á ser muy en breve legítima (gracias á los millones que ha ganado su Padre con el té y con el opio). Ella le aguarda entre las nieblas de su isla, mientras que él se recrea bajo el hermoso cielo andaluz. Además, Príncipe, los extranjeros que vienen á España, tienen la preocupacion de contar entre los goces que se proponen disfrutar, esto es, el buen clima, los toros, las naranjas y el bolero, *las conquistas amorosas*; y muchas veces se llevan chasco. ¡Cuántas quejas he oido yo de los que entraron como Césares, y salieron como Daríos!

Entretanto el Baron se habia acercado á las mesas, y veia jugar.

— La señora, dijo, hablando con la Marquesa, es la Madre.....

— De mi hija, sí señor, respondió la Marquesa.

Rita lanzó una de sus carcajadas repentinas.

— Baron, dijo la Condesa, cuyo sofá estaba cerca de la mesa del juego; ¿sois aficionado á la música?

— Sí señora, respondió el Baron. La admiro y la venero; es decir, la música profunda, sabia, seria: la música

filosófica, como la han entendido Haydn, Mozart y Beethoven.

— ¿Qué está diciendo? preguntó el General á Rafael, que se habia acercado para saludar á Rita. ¡Música seria y sabia! ¡La filosofía del taralá! ¿Cómo pueden decirse tamaños desatinos delante de gentes sensatas? Yo creia que los franceses no gustaban mas que de romances y de contradanzas.

— ¿Qué quereis, Tio? respondió Arias. Los silfos de los jardines de Lutecia se han convertido en gnomos teutónicos de la Selva Negra.

— No por eso son mas amables, añadió la Marquesa.

Rafael, huyendo del Mayor, se intercaló en los grupos que formaban los tertulianos. Llegó al de las jóvenes, algunas de las cuales eran sus parientas. Entre ellas tenia gran partido; pero viendo que no les hacia caso por atender á sus recomendados, se habian conjurado contra él, y querian vengarse. Apenas se les acercó, cuando todas quedaron de repente graves y silenciosas.

— ¿Si me habré convertido yo, sin saberlo, en cabeza de Medusa? dijo Arias.

— ¡Ah! ¿eres tú? dijo una de las conspiradoras.

— Me parece que sí, Clarita, respondió Rafael.

— Es que hace tanto tiempo que no te veo, que ya te desconocia. Me parece que estás avejentado. ¿Cómo has podido separarte de tus extranjeros?

— ¡Mios! repuso Arias, renuncio la propiedad. Y en cuanto á haber envejecido, cuando yo nací, Clarita, era ya el siglo mayor de edad: por consiguiente, ajusta la cuenta.

— Serán los afanes y fatigas que te dan tus recomendados los que te han puesto viejo.

— Hay quien dice, añadió otra muchacha, que los extranjeros están haciendo una suscripcion para levantarte una estatua.

— Y que la Reina te va á crear MARQUES DE ITALICA,¹⁾ dijo otra.

1) Santi-Ponce, la Itálica romana, donde se ven muchas antigüedades, que visitan los extranjeros que van á Sevilla.

— Y que están gastadas las losas del Alcázar con tus botas.

— Y que el San Félix de Murillo te conoce de vista, y te da la bendicion cuando te ve llegar con un nuevo admirador.

— Señoritas, exclamó Rafael, ¿es esta una declaracion de guerra, una conspiracion? ¿En qué quedamos?

Entónces siguieron todas interpeándole como un fuego graneado.

— ¡Jesus, Arias, oleis á carbon de piedra! — Rafael, mira que cuando hablas, tienes dejo. — Arias, se os ha pegado el *desgavilo*. — Arias, te vas volviendo rubio. — Rafael, cántale al Baron:

Cuando el Rey de Francia
Toca el violin,
Dicen los franceses
Uí, uí, uí, uí, uí.

— Arias, dijo Polo, pareceis un oso en medio de un enjambre de abejas.

— La comparacion, respondió Arias, no es muy poética para ser de un discípulo de las nueve solteronas. Apolo recusará ser tocayo vuestro. Pero quedáos como la rosa entre estas abejas, prodigándoles los raudales de vuestra miel hiblea, miéntras yo voy por un paráguas que me preserve del aguacero.

En este momento, los tertulianos, que estaban reunidos junto á la puerta del patio, hicieron calle para dejar entrar á María, á quien el Duque conducia por la mano; Stein los seguia.

CAPITULO VI.

María, dirigida en su tocador por los consejos de su patrona, se presentó malísimamente pergeñada. Un vestido de *foulard* demasiado corto, y matizado de los mas extravagantes colores; un peinado sin gracia, adornado con cintas encarnadas muy tiesas; una mantilla de tul blanco y azulado guarnecida de encaje catalan, que la hacia parecer mas morena: tal era el adorno de su persona, que necesariamente debia causar, y causó mal efecto.

La Condesa dió algunos pasos para salir á su encuentro. Al pasar junto á Rafael, este le dijo al oido, aplicando las palabras de la fábula del cuervo de la Fontaine:

— Si el gorjeo es como la pluma, es el fénix de estas selvas.

— Cuánto tenemos que agradeceros, dijo la Condesa á María, vuestra bondad en venir á satisfacer el deseo que teníamos de oiros! ¡El Duque os ha celebrado tanto!

María, sin responder una palabra, se dejó conducir por la Condesa á un sillón colocado entre el piano y el sofá.

Rita para estar mas cerca de ella, habia dejado su puesto ordinario, y colocádose á Eloisa.

— ¡Jesus! dijo al ver á María: si es mas negra que una morcilla extremeña.

— No parece, añadió Eloisa, sino que la ha vestido el mismísimo enemigo. Parece un Júdas de Sábado Santo. ¿Qué os parece, Rafael?

— Aquella arruga que tiene en el entrecejo, respondió Arias, le da todo el aspecto de un unicornio.

Entretanto, María no descubrió el menor síntoma de corteidad ni de encogimiento en presencia de una reunion tan numerosa y tan lucida; ni se desmintieron un solo instante su inalterable calma y aplomo. Con la ojeada investigadora, y penetrante, con la comprension viva, y con el tino exacto de las españolas, diez minutos le bastaron para observar y juzgarlo todo.

— Ya estoy; decia en sus adentros, y dándose cuenta de sus observaciones. La Condesa es buena, y desea que me luzca. Las jóvenes elegantes se burlan de mí y de mi postura, que debe ser espantosa. Para los extranjeros, que me están echando el lenté con desden, soy una Doña Simplicia de aldea; para los viejos, soy cero. Los otros se quedan neutrales, tanto por consideracion al Duque que es mi patron, y lo entiende, como para lanzarse despues á la alabanza ó la censura, segun la opinion se pronuncie en pro ó en contra.

Durante todo este tiempo, la buena y amable Condesa hacia cuantos esfuerzos le eran posibles para ligar conversacion con María; pero el laconismo de sus respuestas frustraba sus buenas intenciones.

— ¿Os gusta mucho Sevilla? le preguntó la Condesa.

— Bastante, respondió María.

— ¿Y qué os parece la catedral?

— Demasiado grande.

— ¿Y nuestros hermosos paseos?

— Demasiado chicos.

— Entónces, ¿qué es lo que mas os ha gustado?

— Los toros.

Aquí se paró la conversacion.

Al cabo de diez minutos de silencio, la Condesa le dijo:

— ¿Me permitís que ruegue á vuestro marido que se ponga al piano?

— Cuando gusteis, respondió María.

Stein se sentó al piano. María se puso en pié á su lado, habiéndola llevado por la mano el Duque.

— ¿Tiemblas, María? le preguntó Stein.

— ¿Y porqué he de temblar yo? contestó María.

Todos callaron.

Observábanse diversas impresiones en las fisonomías de los concurrentes. En la mayor parte, la curiosidad y la sorpresa; en la Condesa, un interes bondadoso; en las mesas de juego, ó, como decia Rafael, en la cámara alta, la mas completa indiferencia.

El Príncipe se sonreia con desden.

El Mayor abria los ojos, como si pudiera oir por ellos.

El Baron cerraba los suyos.

El Coronel bostezaba.

Sir John se aprovechó de aquel intervalo, para quitarse el lente y frotarlo con el pañuelo.

Rafael se escapó al jardin para echar un cigarro.

Stein tocó sin floreos ni afectacion el ritornelo de *Casta Diva*. Pero apenas se alzó la voz de María, pura, tranquila suave y poderosa, cuando pareció que la vara de un conjurador habia tocado á todos los concurrentes. En todos los rostros se pintó y se fijó una expresion de admiracion y de sorpresa.

El Príncipe lanzó involuntariamente una exclamacion.

Cuando acabó de cantar, una borrasca de aplausos estalló unánimemente en toda la tertulia. La Condesa dió el ejemplo, palmoteando con sus delicadas manos.

— ¡Válgame Dios! exclamó el General, tapándose los oidos. No parece sino que estamos en la plaza de toros.

— Déjalos, Leon, dijo la Marquesa; déjalos que se diviertan. Peor fuera que estuvieran murmurando del prójimo.

Stein hacia cortesías hácia todos lados. María volvió á su asiento, tan fria, tan impasible como de él se habia levantado.

Cantó despues unas variaciones verdaderamente diabólicas, en que la melodía quedaba oscurecida en medio de una intrincada y difícil complicacion de floreos, trinos y *volatas*. Las desempeñó con admirable facilidad, sin esfuerzo, sin violencia, y causando cada vez mas admiracion.

— Condesa, dijo el Duque, el Príncipe desea oir algunas canciones españolas, que le han celebrado mucho. María sobresale en este género. ¿Quereis proporcionarle una guitarra?

— Con mucho gusto, respondió la Condesa.

Al punto fué satisfecho su deseo.

Rafael se habia colocado junto á Rita, habiendo instalado al Mayor al lado de Eloisa. Esta procuraba persuadir al inglés de que las españolas se iban poniendo al nivel de las extranjeras, en cuanto á tierna afectacion y artificio; porque

ya se sabe que los que imitan servilmente, lo que copian siempre mejor es los defectos.

— ¡Qué ojos tiene! decia Rafael á su prima. ¡Qué bien guarnecidos de grandes y negras pestañas! Tienen el color y el atractivo del iman.

— Tú sí que eres un iman para los extranjeros, respondió Rita. ¿Porqué has colocado al Mayor cerca de Eloisa? Escucha las simplezas que le está diciendo. Te advierto, primo, que vas adquiriendo la facha y el garbo de un Diccionario.

— ¡Dále y mas dále! exclamó Rafael, descargando un golpe á puño cerrado en el brazo del sillón. No se trata de eso, Rita: se trata del amor que te tengo, y que durará eternamente. Ningun hombre ama en toda su vida mas que á una mujer, en *efectivo*. Las otras se aman en *papel*.

— Ya lo sé, dijo Rita. Bastantes veces me lo ha repetido Luis. — Pero ¿sabes lo que digo? Que te vas volviendo un cansadísimo reloj de repeticion.

— ¿Qué significa esto? gritó Eloisa, viendo que traian la guitarra.

— Parece que vamos á tener canciones españolas, dijo Rita, y me alegro infinito. Esas sí que animan y divierten.

— ¡Canciones españolas! clamó Eloisa indignada. ¡Qué horror! Eso es bueno para el pueblo; no para una sociedad de buen tono. ¿En qué está pensando Gracia? Ved porque los extranjeros dicen con tanta razon que estamos atrasados: porque no queremos amoldar nuestros modales y nuestras aficiones á las suyas: porque nos hemos empestillado en comer á las tres, y no queremos persuadirnos, que todo lo español es ganso à *nativitate*.

— Pero, dijo el Mayor en mal español, creo que hacen muy bien, *indeed*, en ser lo que son

— Si es esto un cumplimiento, respondió enfáticamente Eloisa, es tan exagerado, que mas bien parece burla.

— Ese señor italiano, dijo Rita, es el que ha pedido canciones españolas. Es aficionado y lo entiende; con que es prueba de que merecen ser oidas.

— Eloisa, añadió Rafael, las barcarolas, las tirolesas, el

ranz des vaches, son canciones populares de otros países. ¿Porqué no han de tener nuestras boleras y otras tonadas del país, el privilegio de entrar en la sociedad de la gente decente?

— Porque son mas vulgares, contestó Eloisa.

Rafael se encogió de hombros; Rita soltó una de sus carcajadas; el Mayor se quedó en ayunas.

Eloisa se levantó, pretextó una jaqueca, y se salió acompañada de su Madre á quien iba diciendo:

— Sépase á lo ménos que hay señoritas en España bastante finas y delicadas para huir de semejantes chocarrerías.

— ¡Qué desgraciado será el Abelardo de esa Eloisa! dijo Rafael al verla salir.

María, ademas de su hermosa voz y de su excelente método, tenia, como hija del pueblo, la ciencia infusa de los cantos andaluces, y aquella gracia que no puede comprender, y de que no puede gozar un extranjero, sino despues de una larga residencia en España, y solo identificándose, por decirlo así, con la índole nacional. En esta música, así como en los bailes, hay una abundancia de inspiracion, un atractivo tan poderoso, tal serie de sorpresas, quejas, estallidos de gozo, desfallecimientos, muestras de despego y atraccion; una cierta cosa que se entiende y no se explica; y todo esto tan determinado, tan arreglado al compas, tan arrullado, si es lícito decirlo así, por la voz en el canto, y por los movimientos en el baile; la exaltacion y la languidez se suceden tan rápidamente, que suspenden, embriagan y cautivan al auditorio.

Así es que, cuando María tomó la guitarra y se puso á cantar:

Si me pierdo, que me busquen
Al lado del Mediodía,
Donde nacen las morenas,
Y donde la sal se cria.

la admiracion se convirtió en entusiasmo. La gente jóven llevaba el compas con palmadas, repitiendo *bien, bien*, como para animar á la *cantaora*. Los naipes se cayeron de las manos de los formales jugadores; el Mayor quiso imitar el

ejemplo general, y se puso tambien á palmotear sin ton ni son. Sir John afirmó que aquello era mejor que el *God save the Queen*. Pero el gran triunfo de la música nacional fué que el entrecejo del General se desarrugó.

— ¿Te acuerdas, hermano, le preguntó la Marquesa sonriéndose, cuando cantábamos el zorongo y el trípili?

— ¿Qué cosas son zorongo y trípili? preguntó el Baron á Rafael.

— Son, respondió, los progenitores del *serení*, de la *cachucha*, y abuelos de la *jaca de terciopelo*, del *vito* y de otras canciones del dia.

Esas peculiaridades del canto y del baile nacional de que hemos hablado, podrian parecer de mal gusto, y lo serian ciertamente en otros países. Para entregarse sin reserva á las impresiones que llevan consigo nuestras tonadas y nuestros bailes, es preciso un carácter como el nuestro; es preciso que la grosería y la vulgaridad sean, como lo son en este país, dos cosas desconocidas; dos cosas que no existen. Un español puede ser insolente; pero rara vez grosero, porque es contra su natural. Vive siempre á sus anchas, siguiendo su inspiración, que suele ser acertada y fina. Hé aquí lo que da al español, aunque su educacion se haya descuidado, esa naturalidad fina, esa elegante franqueza que hace tan agradable su trato.

María salió de casa de la Condesa tan pálida é impasible como en ella habia entrado.

Cuando la Condesa quedó sola con los suyos, dijo con aire de triunfo á Rafael:

— Y ahora, ¿qué dices, mi querido primo?

— Digo, contestó Rafael, que el gorjeo es mejor que la pluma.

— ¡Qué ojos! exclamó la Condesa.

— Parecen, dijo Rafael, dos brillantes negros en un estuche de cuero de Rusia.

— Es grave, dijo la Condesa; pero no engreida.

— Y tímida, siguió Rafael, como una manola del Avapiés.

— Pero ¡qué voz! añadió la Condesa. ¡Qué divina voz!

— Será preciso, dijo Rafael, grabar en su tumba el epi-

taño que los portugueses hicieron para su célebre cantor Madureira.

Aqui yaz o senhor de Madureira,
O melhor cantor do mundo;
Que morreu porque Deus quiseira,
Que si naon quiseira naon morreira;
E por que lo necesitó na sua capella,
Díjole Deus; canta. ¡Cantou cosa bella!
Dijo Deus á os aujos: id vos á pradeira,
Que melhor canta o senhor de Madureira.

— Rafael, dijo la Condesa; mofador eterno, ¿quién se escapa de tus tijeras? Voy á mandar hacer tu retrato en figura de pájaro burlon, como se ha hecho el de Paul de Kock en forma de gallo.

— De esa suerte, repuso Rafael al irse, haré una Harpía masculina; lo cual tendrá la ventaja de que se pueda pagar la casta.

CAPITULO VII.

Habia pasado el verano, y era llegado setiembre; los dias conservaban aun el calor del verano, pero las noches eran ya largas y frescas. Serian las nueve; y aun no habia en la tertulia de la Condesa sino las personas mas allegadas y de mayor confianza, cuando entró Eloisa.

— Toma asiento en el sofá, á mi lado, le dijo la dueña de la casa.

— Te lo agradezco, Gracia; pero vuestros sofás de aquí, son muebles rellenos de estopas ó crin: son de lo mas duro é *inconfortable* que darse puede.

— Así son mas frescos, hija mia, dijo Rita, á cuyo lado se habia sentado Eloisa en una estudiada postura.

— ¿Sabeis lo que se dice? dijo á esta ultima el poeta Polo, jugando con su guante amarillo y extendiendo la pierna para lucir un lindo calzado de charol. Se dice que nombran Arias, Mayor de la plaza; pero lo creo un solemne *puff*.

— Cosas de lugaron, de poblachon, de villorro como es este, repuso remilgadamente Eloisa. Rafael merece mejor. Es un hombre muy *espiritual*, un jóven muy *fashionable* y un bravo militar.

— ¿Qué estais diciendo, señorita? preguntó el General que absorto escuchaba la conversacion de los dos jóvenes de buen tono.

— Digo, señor, que vuestro sobrino es un bravo oficial.

— ¿Y que quereis decir con eso?

— Señor, lo que dice su hoja de servicio, y repiten todos los que lo conocen; que se ha distinguido en la guerra como un hombre de honor.

— Pues si lo habeis querido decir, ¿porqué no lo habeis dicho? segun la célebre expresion de Don Juan Nicasio Gallego; el cual, así como el Duque de Rivas, Quintana, Breton, Martinez de la Rosa, Hartzenbusch y otros muchos, han cometido la pifia de ser hombres eminentes y poetas de primer rango sin dejar de ser españoles en la forma ni en la esencia? ¿Habeis por ventura querido decir valiente?

— Pues es claro, General, ¿acaso no lo he dicho?

— No señorita, dijo impaciente el General, lo que habeis dicho es *bravo*, epíteto que solo he oido aplicar á los toros montaraces, y á los indios salvajes para ponderar su brutal fiereza. No usais á fe mia, tal palabra, por falta de voces adecuadas al caso, pues ademas de *valiente*, teneis puestas en uso otras muchas, como son: bizarro, valeroso, denodado.

— Jesus, señor, esas son voces anticuadas, muy vulgares, y muy gansas; es preciso admitir las que introduce la elegancia y el buen tono, pésele al Diccionario y á sus ramplones compiladores y secuaces.

— ¡Hay paciencia para esto! exclamó el General tirando los naipes.

— ¿Qué es lo que exalta de esta suerte la bilis de nuestro tio? preguntó Rafael que habia entrado, á su prima Rita.

— La noticia que corre.

— ¿Qué noticia?

— Que te nombran Mayor de plaza, y lo ha tomado por una ironía.

— Tiene razon; yo no puedo aspirar á mas dictado que al *mas chico de la plaza*. Pero traigo una noticia que puede aspirar con razon á la primera categoría.

— ¿Una noticia? una noticia es un patrimonio de todos. Así, suéltala pronto.

— Pues han de saber Vds., dijo Rafael levantando la voz, que la Grisi de Villamar está ajustada para salir á las tablas á lucir su voz.

— ¡Oh! ¡qué felicidad! exclamó Eloisa, el que algun evento notable saque á esta monótona Sevilla, del carril rutinario en que vegeta desde que San Fernando la fundó.

— La conquistó, le dijo por lo bajo su simpático amigo Polo. Pero Eloisa, sin atenderle, prosiguió:

— ¿En que ópera hará su *début*?

— ¿Pues qué, se ha ajustado para salir á las tablas de Bu? preguntó la Marquesa.

— Sí, Tia, respondió Rafael, y Stein de *cancón*, en una pieza compuesta expresamente para ambos.

— ¡Tales cosas! exclamó la buena señora.

— Madre, ¿no echais de ver que Rafael se está chancando, segun su loable é inveterada costumbre? dijo la Condesa.

— Desde que se ha dado la Pata de Cabra, ningun título de piezas teatrales me sorprende, repuso la Marquesa; y desde que se han representado la Lucrecia, Angela, Antony y Carlos el Hechizado, no hay argumento que se me haga increíble.

— Como el teatro es la *escuela de las costumbres*, dijo con ironía el General, lo ponen al nivel de las que quieren introducir.

— ¡Qué bien opinan los franceses, cuando dicen que pasados los Pirineos empieza el Africa! decia entretanto á media voz Eloisa á Polo.

— Desde que ellos ocupan parte del litoral, repuso este, ya no lo dicen; seria hacernos demasiado favor.

Eloisa sofocó una carcajada en su diminuto pañuelo guardado de encaje.

— Aquellos están conspirando, dijo Rita á Rafael. Polo

tiene una máquina infernal entre sus gafas y sus ojos, y Eloisa esconde en el pañuelo que lleva á la boca, una asonada en escabeche de almizcle contra la pícara estacionaria España.

— ¡Ca! no son conspiradores, repuso Rafael.

— ¿Pues qué son, máquina infernal de contradicción?

— Son yo te lo diré para que los juzgues en toda su altura.

— Acaba, pesado.

— Son, dijo solemnemente Rafael, *regeneradores incomprendidos*.

Algunas noches despues de esta escena, las vastas galerías de la casa de la Condesa estaban desiertas. No se veían allí mas figuras que las del antiguo testamento, como Arias llamaba á los jugadores de tresillo.

— ¡Cómo tardan! dijo la Marquesa. Las once y media, y todavía no parecen.

— El tiempo, dijo su hermano, no parece largo á los filarmónicos, cuando están en la ópera pasmándose de gusto, como unos panarras.

— ¿Quién habia de pensar, continuó la Marquesa, que esa mujer tendria los estudios y el valor necesarios para salir tan pronto á las tablas?

— En cuanto á los estudios, dijo el General, una vez que se sabe cantar, no se necesita tantos como tú crees. En cuanto al valor, no quisiera mas que un Regimiento de granaderos por ese estilo, pará asaltar á Numancia ó Zaragoza.

— Contaré á Vds. lo que ha pasado, dijo entónces uno de los concurrentes. Cuando llegó, hace tres meses, esta compañía italiana, nuestra *prima donna* futura tomó por temporada uno de los palcos mas próximos al tablado. No faltó á una sola representacion, y aun logró asistir á los ensaycs. El Duque consiguió de la primera cantatriz que la diese algunas lecciones, y despues, del empresario, que la ajustase en su compañía. Pero el ajuste á que se prestó el empresario, fué en calidad de segunda: propuesta que fué arrogantemente desechada por ella. Por una de aquellas casualidades

que favorecen siempre á los osados, la *prima donna* cayó peligrosamente enferma, y la protegida del Duque se ofreció á reemplazarla. Veremos qué tal sale de este empeño.

En este momento, la Condesa, animada y brillante como la luz, entró en la sala acompañada de algunos tertulianos.

— Madre, ¡qué noche hemos tenido! exclamó. ¡Qué triunfo! ¡qué cosa tan bella y tan magnífica!

— ¿Me querrás decir, sobrina, la importancia que tiene, ni el efecto que puede causar, el que una gaznápira cualquiera, que tiene buena garganta, cante bien en las tablas, para que pueda inspirarte un entusiasmo y una exaltacion, como te la podrian causar un hecho heroico ó una accion sublime?

— Considerád, Tio, contestó la Condesa, ¡qué triunfo para nosotros, qué gloria para Sevilla, el ser la cuna de una artista que va á llenar el mundo con su fama!

— ¿Como el Marqués de la Romana? replicó el General, ¿como Wellington ó como Napoleon? ¿No es verdad, sobrina?

— ¡Pues qué, señor! contestó la Condesa. ¿No tiene la fama mas que una trompeta guerrera? ¡Qué divinamente ha cantado esa mujer sin igual! Con qué desenvoltura de buen gusto se ha presentado en la escena! Es un prodigio. Y luego ¡cómo se comunican de uno en otro el entusiasmo y la exaltacion! Yo, ademas, estaba muy contenta, viendo al Duque tan satisfecho, á Stein tan conmovido

— El Duque, dijo el General, deberia satisfacerse con cosas de otro jaez.

— General, dijo el tertuliano, que habia hablado ántes: son flaquezas humanas. El Duque es jóven . . .

— ¡Ah! exclamó la Condesa. No hay cosa mas infame que sospechar, ó hacer que se sospeche el mal donde no existe. El mundo lo marchita todo con su pestífero aliento. ¿No saben todos que el Duque, no satisfecho con practicar las artes, protege á los artistas, á los sabios, y todo lo que puede influir en los adelantos de la inteligencia? ¿Ademas no es ella mujer de un hombre á quien el Duque debe tanto?

— Sobrina, repuso el General: todo eso es muy santo y muy bueno; pero no alcanza á justificar apariencias sospechosas. En este mundo, no basta estar exento de censura; es preciso, ademas, parecerlo. Por lo mismo que eres jóven y bonita, harias bien en no declararte defensora de ciertas causas.

— Yo no tengo la ambicion de que se me crea perfecta, dijo la Condesa, erigiendo en mi casa un tribunal de justicia; lo que sí quieró es, que se me tenga por leal y sólida amiga, cuando hago respetar y defiendo á los que me dan ese título.

Rafael Arias entró en aquel instante.

— Vamos, Rafael, dijo la Condesa: ¿qué dirás ahora? ¿te burlarás de esa encantadora mujer?

— Prima, para darte gusto, voy á reventar de entusiasmo por imitar al público, como hizo la rana, queriendo alcanzar el tamaño del buey. Acabo de ser testigo de la ovacion imperial que se ha hecho á esa octava maravilla.

— Cuéntanos eso, dijo la Condesa. Cuéntanoslo.

— Cuando bajó el telon, hubo un momento en que se me figuró que íbamos á tener una segunda edicion de la torre de Babel.

Diez veces fué llamada á las tablas la *Diva Donna*, y lo hubiese sido veinte, á no haberse puesto los insolentes reverberos, cansados de la prolongacion de sus servicios, á echar pestes y suprimir luz.

Los amigos del Duque se empeñaron en que los llevase á dar la enhorabuena á la heroína. Todos nos echámos á sus piés con el rostro en tierra.

— ¡Tú tambien, Rafael! dijo el General: yo te creia mas sensato bajo esas apariencias de tarambana.

— Si no hubiera ido adonde iban los otros, no tendria ahora la satisfaccion de referiros el modo con que nos recibió esta Reina de las Molucas, Emperatriz del Bemol. En primer lugar, todas sus respuestas se hicieron en una especie de escala cromática; de su uso, que consta de los siguientes semitonos: primeramente la calma, ó llámese indiferencia; despues la frescura; en seguida la frialdad, y por último el

desden. Yo fuí el primero en tributarle homenaje. Le enseñé mis manos, desolladas á fuerza de aplaudir, asegurándole que el sacrificio de mi pellejo era un débil homenaje á su sobrenatural habilidad, comparable tan solo con la del señor de Madureira. Su respuesta fué una *gravedosa* inclinacion de cabeza, digna de la Diosa Juno. El Baron le suplicó por todos los santos de cielo, que fuese á Paris, único teatro capaz de aplaudirla dignamente, en vista de que los *bravos* franceses resuenan en todos los ámbitos del universo, llevados por su bandera tricolor. A esto respondió con la mayor frescura: «Ya veis que no necesito ir á Paris para que me aplaudan; y aplausos por aplausos, mas quiero los de mi tierra que los de los franceses.»

— ¿Eso dijo? preguntó el General, ¿quién habria pensado que esa mujer dijese una cosa tan racional?

— El Mayor moscon, continuó Rafael, con su indefectible desmaña, le dijo que de todas cuantas cantantes habia oido, solo la Grisi lo hacia mejor que ella. A lo cual respondió con frialdad: Pues una vez que la Grisi canta mejor que yo, haceis mal en oirme á mí en lugar de oirla á ella. En seguida llegó Sir John dando la mano y pisando á todo el mundo. Le dijo que su voz era un *wonder* (una maravilla), y que si se la queria vender, estaba muy pronto á pagarle cincuenta mil libras. Ella respondió con desden que aquello no se vendia. Pero, á todo esto, Prima, ¿qué dices del misterio con que han procedido en este asunto?

— ¿De qué misterio se trata? preguntó el Baron, que habia llegado durante esta conversacion.

— De esa brillante salida á las tablas, respondió Arias, que ha venido á reventar de pronto, como una bomba, cuando ménos se pensaba. Ahora, ahora voy cayendo en ciertas cosas... las entrevistas del Duque con el empresario, la constancia con que esa Norma en ciernes asistia á las representaciones..... ya se van despertando mis *quién vives*.

— ¡Despertar los *quién vives*! dijo el Baron. ¡Qué expresion tan singular!

— Es una metáfora muy comun, repuso Rafael.

— No lo sabia, continuó el Baron; ni la entiendo. ¿Quereis tener la bondad de explicármela, señor Arias?

Rafael miró al soslayo á su Prima, alzó los ojos al cielo, como si fuera á hacer un sacrificio, y dijo:

— Cuando ocurre un accidente sin percibirlo, es porque la atencion lo ha dejado pasar sin darle el *quién vive*, es decir, sin averiguar de dónde viene ni á dónde va. Si después otro accidente, que tiene relacion con el primero, nos obliga á pensar en el anterior, se dice que despertamos un *quién vive*; es decir, se despierta la atencion que estaba en el primer caso ociosa ó adormecida. De este modo tenemos en español muchas palabras sueltas, que explican tanto como una larga frase. Una palabra basta para encerrar un lato sentido. Es cierto que para ello se necesita tanto de la inventiva, como de la comprension. En las gentes del campo corre una expresion que demuestra esto: suelen decir de un hombre inteligente y vivo «ese es de los de *ya está acá*.» Tiene esta expresion su origen, en que cuando en el campo, á distancia, tiene el capataz que dar alguna orden, ó hacer algun encargo á alguno de los trabajadores, al darles voces contesta el llamado: *ya está acá*, desde luego que se ha hecho cargo de lo que se le manda. Pero al dicho que ha llamado vuestra atencion, (en vista de que no todos son de los que designa el pueblo con el epíteto de los de *ya está acá*) se le da la siguiente etimología. Un español que estaba en San Petersburgo, paseándose una hermosa mañana de primavera con un ruso, amigo suyo, quedó atonito, oyendo en el aire un sonido bastante agradable. Este sonido, que se oia unas veces próximo, otras lejano, cuando á la derecha, cuando á la izquierda, no era mas que una repeticion en diversos tonos de la palabra *quién vive*. El español creia que eran pájaros; pero levantó la cabeza, y no vió nada. ¿Era un canto? ¿Era un eco? no: porque no salia de un punto determinado, sino que se oia en todas partes. Entónces creyó que su amigo era ventrílocuo, y le miró con atencion. El ruso se echó á reir. «Ya veo, le dijo, que no sabeis de dónde provienen estas voces que aquí se dejan oir todos los años

por este tiempo. Son los *quién vives* que dan los soldados de la guarnicion, durante el invierno. Con el frio se hielan, y con los primeros calores se deshuelan, y resuenan por el aire de la primavera que los vivifica.»

— No está mal discurrido, dijo el Baron, con distraccion.

— Favor que le haceis, contestó Rafael, haciendo una cortesía irónica.

— ¡Ah! Aquí tenemos á la señorita Ritita, dijo el Baron, viéndola entrar, despues de haberse quitado la mantilla. Me parece, señorita, que he tenido la honra de veros esta mañana, en la calle de Catalanes.

— Yo no os vi, contestó Rita.

— Esa es una desgracia, dijo Rafael á Rita, que no sucederá al Mayor moscon, ni á la Giralda, á quien él quiere hacer Coronela de su Regimiento de *Life Guards* (*Guardias de la Reina*).

— Os vi, continuó el Baron, cerca de una cruz grande que está pegada á la pared. Pregunté.....

— Me hago cargo, dijo en voz baja Rafael Arias.

— Y me respondieron que se llama la Cruz del Negro. ¿Podéis decirme, señorita, porqué se le ha dado un nombre tan extraño?

— No lo sé, contestó Rita. Quizas será porque habrán crucificado en ella algun negro.

— Sin duda así es, dijo el Baron; seria en tiempo de la Inquisicion. Y murmuró en voz baja: ¡qué país! ¡qué religion! — Pero ¿podréis decirme, añadió con aquella insoponible ironía, con aquella insolencia de que hacen uso los incrédulos, con los que creen, y están de buena fe; ¿podréis decirme, ¿porqué está colgado del techo un cocodrilo, en aquel corredor de la Catedral, cerca del patio de los Naranjos, entrando por la puerta á la derecha de la Giralda? ¿Sirve tambien la Catedral de museo de historia natural?

— ¿Aquel gran lagarto? dijo Rita. Está allí porque lo cogieron sobre la bóveda del techo de la iglesia.

— ¡Ah! exclamó el Baron, riéndose. Todo es gigantesco en esta catedral; hasta los lagartos!

— Esa es una vulgaridad propagada en el pueblo, dijo la

Condesa, mientras que Rita sin oír las palabras del Baron, habia ido á ocupar su acostumbrado asiento. — Ese cocodrilo fué presentado al Rey D. Alfonso el Sabio, por la famosa embajada que le envió el Soldan de Egipto. Tambien están colgados de la misma bóveda un colmillo de elefante, un freno, y una vara; y estos objetos, justamente con el lagarto, representan las cuatro virtudes cardinales. El lagarto es símbolo de la prudencia; la vara, de la justicia; el colmillo del elefante, de la fortaleza; y el freno, de la templanza. Así, pues, hace seiscientos años que estos símbolos están á la entrada de aquel grande y noble edificio, como una inscripcion que el pueblo comprende, sin saber leer.

El Baron sentia mucho no poder adoptar la version de Rita. La cruel Condesa le habia privado de un precioso artículo satírico, crítico, humorista, burlesco. ¿Quién sabe si el cocodrilo no habria hecho el papel de un Espíritu Santo, de nueva invencion, en el chistoso relato de ese franses, que tenia la ventaja nacional de haber nacido *malin* (satírico)? Entretanto la Marquesa dijo á Rita:

— ¿Porqué has ido á decirle esa tontería del negro crucificado? ¿No habria sido mejor contarle la verdad?

— Pero, Tia, contestó la jóven, yo no sé por qué esa cruz se llama del Negro: ademas, ya me tenia seca tanta conversacion.

— Entónces, prosiguió la Tia, deberias haberle dicho, que lo ignorabas; y no inducirle en un error tan craso. Estóy segura de que insertará ese disparaton cuando escriba su *Viaje á España*.

— ¿Y qué importa? dijo Rita.

— Importa, sobrina, repuso la Marquesa; porque no me gusta que hablen mal de mi patria.

— Sí, dijo el General con acritud, anda á atajar el rio cuando se sale de madre! — Pero ¿qué extraño es que digan mal del país los extranjeros, si nosotros somos los primeros en denigrarnos? Sin tener presente el refran de que «ruin es quien por ruin se tiene.»

— Has de saber, Rita, prosiguió la Marquesa, para que de ahora en adelante no des lugar á semejantes errores, que

el nombre de esa cruz viene de un negro devoto y piadoso, que en el séptimo siglo viendo que se atacaba el misterio de la Pura Concepcion de la Virgen, se vendió á sí mismo en el sitio en que se hallaba esa cruz, para costear con el dinero de su venta una solemne funcion de desagravio á la Virgen, por las ofensas que se le hacian. Algo se diferencia este rasgo piadoso y fervoroso de abnegacion, de la necedad que has hecho creer al Baron.

— Bien puedes tambien, hermana, dijo el General, regañar al loco de Rafael, por haber respondido á ese *Monsieur le Baron*, á una pregunta por el mismo estilo, acerca de la Cruz de los ladrones, junto á la Cartuja, que se llamaba así, porque á ella iban á rezar los ladrones, para que Dios favoreciese sus empresas.

— ¿Y el Baron se lo ha creído? preguntó la Marquesa.

— Tan de fijo, como yo creo que no es Baron, repuso el General.

— Es una picardía, continuó la Marquesa irritada, dar lugar nosotros mismos á que se crean y repitan tales desatinos.

La cruz fué erigida en aquel sitio por un milagro que hizo allí Nuestro Señor; porque en aquellos tiempos, como habia fe, habia milagros. Unos ladrones habian penetrado en la Cartuja, y robado los tesoros de la iglesia. Huyeron espantados, corrieron toda la noche, y á la mañana siguiente se encontraron á corta distancia del convento. Entónces viendo claramente el dedo del Señor, se convirtieron; y en memoria de este milagro, erigieron esa cruz, á la que el pueblo ha conservado su nombre. Voy á decirle cuatro palabras bien dichas á ese calavera. — Rafael, Rafael.

‘Entretanto su prima Gracia, sentada en el sofá, le decia:

— Estoy en mis glorias. ¡Qué buenos ratos vamos á pasar!

— No durarán mucho, Condesa, dijo el Coronel. Corren voces de que el Duque quiere llevarse á Madrid á la nueva Malibran.

— Y á todo esto, dijo la Condesa, ¿qué nombre de guerra ha tomado? Supongo que no será el de Marisalada;

que muy bonito, y con algo de cariñoso, no es bastante grave para una artista de primer orden.

— Quizá continuará bajo el apodo de Gaviota, dijo Rafael. Un criado del Duque ha dicho al mio, que así era como la llamaban en su lugar.

— Puede que adopte el nombre de su marido, observó el Coronel.

— ¡Qué horror! exclamó la Condesa: necesita un nombre sonoro.

— Pues bien, que tome el de su Padre: Santaló.

— No, señor, dijo la Condesa. Es preciso que acabe en i para que le dé prestigio: miéntras mas ies, mejor.

— En ese caso, dijo Rafael, que se nombre Mississippi.

— Consultaremos á Polo, dijo la Condesa. Y á propósito. ¿Dónde se ha escabullido nuestro poeta?

— Apuesto cualquier cosa, dijo Rafael, á que á la hora esta se ocupa en confiar al papel las inspiraciones armónicas que ha hecho brotar en su alma la divinidad del dia. Mañana sin falta leeremos en *El Sevillano* una de esas composiciones que, segun mi tio, si no es fácil que le lleven al Parnaso, le precipitarán indefectiblemente en el Leteo.

En este instante fué cuando la Marquesa llamó á Rafael.

— Seguro estoy, dijo este á su prima, de que mi Tia me hace la honra de llamarme, para tener la satisfaccion de echarme una peluca. Ya veo despuntar un sermon entre sus labios apretados, una filípica en su nebuloso entrecejo, y una reprimenda de á folio, á caballo sobre su amenazante nariz. Pero... ¡qué feliz ocurrencia! Voy á armarme de un broquel.

Diciendo estas palabras, Rafael se levantó, se acercó al Baron, á quien el Oidor ofrecia á la sazón un polvo de rapé, le dió el brazo, y en su compañía se acercó á la mesa del juego. La Marquesa se guardó la regañadura para mejor ocasion.

Rita se tapaba la cara con el pañuelo para comprimir la risa. El General golpeaba el suelo con el tacon de las botas, que en él era señal indefectible de impaciencia.

— ¿Está incomodado el General? preguntó el Baron.

— Padece ese movimiento nervioso, respondió á media voz Rafael.

— ¡Qué desgracia! exclamó el Baron, eso es un *tic douloureux*¹⁾. ¿Y de qué le ha provenido? ¿Algun tendón dañado en la guerra quizas?

— No, contestó Rafael. Ha sido efecto de una fuerte impresion moral.

— Debió ser terrible, observó el Baron. ¿Y qué se la causó?

— Una palabra de vuestro Rey Luis XIV.

— ¿Qué palabra? insistió el Baron espantado.

— El célebre dicho, contestó Rafael, YA NO HAY PIRINEOS.

Con tanto como se hablaba en las tertulias acerca de la nueva cantatriz, se ignoraba un hecho significativo, que habia ocurrido aquella misma noche.

Pepe Vera no habia cesado de seguir los pasos de María; y como era favorito del público, le habia sido fácil penetrar en lo interior del templo de las Musas, no obstante la enemistad que estas han jurado á las corridas de toros.

María salia á la escena, al ruido de los aplausos, cuando se dió de manos á boca en el vestuario con Pepe Vera, y algunos otros jóvenes.

— ¡Bendita sea — dijo el célebre torero, tirando al suelo y extendiendo la capa, para que sirviese de alfombra á María; — bendita sea esa garganta de cristal, capaz de hacer morir de envidia á todos los ruiñeñores del mes de Mayo.

— Y esos ojos, añadió otro, que hieren á mas cristianos que todos los puñales de Albacete.

María pasó tan impávida y desdeñosa como siempre.

— ¡Ni siquiera nos mira! dijo Pepe Vera. — Oiga Vd., prenda. Un Rey es, y mira á un gato. Y cuidado, caballeros, que es buena moza; á pesar de que...

— ¿A pesar de qué? dijo uno de sus compañeros. •

— A pesar de ser tuerta; dijo Pepe.

Al oir estas palabras, María no pudo contener un movimiento involuntario, y fijó en el grupo sus grandes ojos

1) Tic es la enfermedad del tiro, que padecen los caballos.

atónitos. Los jóvenes se echaron á reir, y Pepe Vera le envió un beso en la punta de los dedos.

María comprendió inmediatamente que aquella expresion no habia sido dicha sino para hacerle volver la cara. No pudo ménos de sonreirse, y se alejó dejando caer el pañuelo. Pepe lo recogió apresuradamente, y se acercó á ella, como para devolvérselo.

— Os lo entregaré esta noche en la reja de vuestra ventana, le dijo en voz baja y con precipitacion.

Al dar las doce salió María de su cama con pasos cautelosos, despues de asegurarse de que su marido yacia en profundo sueño. Stein dormia, en efecto, con la sonrisa en los labios, embriagado con el incienso que habia recibido aquella noche María, su esposa, su alumna, la amada de su corazon. Entretanto un bulto negro se apoyaba en una de las rejas del piso bajo de la casa que habitaba María, y que daba á una de las angostas callejuelas tan comunes en aquella ciudad. No era posible distinguir las facciones de aquel individuo, porque una mano oficiosa habia apagado de antemano los faroles que alumbraban la calle.

CAPITULO VIII.

Era ya Sevilla teatro demasiado estrecho para las miras ambiciosas, y para la sed de aplausos que devoraban el corazon de María. El Duque, ademas, obligado á restituirse á la capital, deseaba presentar en ella aquel portento, cuya fama le habia precedido. Pepe Vera, por otra parte, ajustado para lidiar en la plaza de Madrid, exigió de María que hiciese el viaje. Así sucedió en efecto.

El triunfo que obtuvo María al estrenarse en aquella nueva liza, sobrepujó al que habia logrado en Sevilla. No parecia sino que se habian renovado los dias de Orfeo y de Anfiön, y las maravillas de la lira de los tiempos mitológicos. Stein estaba confuso. El Duque embriagado. Pepe Vera

dijo un día á la *cantaora*: ¡Caramba, María, te palmotean que ni que hubieses matado un toro de siete años!

María estaba rodeada de una corte numerosa. Formaban parte de ella todos los extranjeros distinguidos que se hallaban á la sazón en la capital, y entre ellos habia algunos notables por su mérito, otros por su categoría. ¿Qué motivos los impulsaban? Unos iban por darse tono; segun la locucion moderna. ¿Y qué es tono? Es una imitacion servil de lo que otros hacen. Otros eran movidos por la misma especie de curiosidad que incita al niño á examinar los secretos resortes del juguete que le divierte.

María no tuvo que hacer el menor esfuerzo, para sentirse muy á sus anchas en medio de aquel gran círculo. No habia cambiado en lo más pequeño su índole fria y altanera; pero habia mas elegancia en su talante, y mejor gusto en su modo de vestir; adquisiciones maquinales y exteriores, que á los ojos de ciertas gentes, pueden suplir la falta de inteligencia, de tacto y de buenos modales. Por la noche, en las tablas, cuando el reflejo de las luces blanqueaba su palidez, y aumentaba el realce de sus ojos grandes y negros, parecia realmente hermosa.

El Duque estaba de tal modo fascinado por aquella mujer, en cuyos triunfos le tocaba alguna parte, pues cumplian sus pronósticos, y tal era el entusiasmo que su canto le inspiraba, que no tuvo inconveniente en pedirle que diese lecciones de música á su hija, no obstante que recordaba el pronóstico de su amable amiga de Sevilla, y se estremecia al reflexionar sobre el aplazamiento que le habia dirigido la Condesa. Entónces hacia propósito de respetar á la mujer inocente que él mismo habia introducido en la escena resbaladiza y brillante que pisaba.

Digamos ahora algunas palabras de la Duquesa.

Era esta señora virtuosa y bella. Aunque habia entrado en los treinta años, la frescura de su tez y la expresion de candor de su semblante le daban un aspecto mas jóven. Pertenecia á una familia tan ilustre como la de su marido, con la cual estaba estrechamente emparentada. Leonor y Carlos se habian querido casi desde su infancia, con aquel afecto

verdaderamente español, profundo y constante, que ni se cansa ni se enfría. Se habian casado muy jóvenes. A los diez y ocho años, Leonor dió una niña á su marido, el cual tenia veinte y dos á la sazón.

La familia de la Duquesa, como algunas de la grandeza, era sumamente devota; y en este espíritu habia sido educada Leonor. Su reserva y su austeridad la alejaban de los placeres y ruidos del mundo, á los cuales por otra parte no tenia la menor inclinacion. Leia poco, y jamas tomó en sus manos una novela. Ignoraba enteramente los efectos dramáticos de las grandes pasiones. No habia aprendido ni en los libros ni en el teatro, el gran interes que se ha dado al adulterio, que por consiguiente no era á sus ojos sino una abominacion, como lo era el asesinato. Jamas habria llegado á creer, si se lo hubiesen dicho, que estaba levantado en el mundo un estandarte, bajo el cual se proclama la emancipacion de la mujer. Mas es; aun creyéndolo, jamas lo hubiera comprendido; como no lo comprenden muchas, que ni viven tan retiradas, ni son tan estrictas como lo era la Duquesa. Si se le hubiera dicho que habia apologistas del divorcio, y hasta detractores de la santa institucion del matrimonio, habria creido estar soñando, ó que se acercaba el fin del mundo. Hija afectuosa y sumisa, amiga generosa y segura, madre tierna y abnegada, esposa exclusivamente consagrada á su marido, la Duquesa de Almansa era el tipo de la mujer que Dios ama, que la poesía dibuja en sus cantos, que la sociedad venera y admira, y en cuyo lugar se quieren hoy ensalzar *esas amazonas*, que han perdido el bello y suave instinto femenino.

El Duque pudo entregarse largo tiempo al atractivo que María ejercia en él, sin que la mas pequeña nube empañase la paz sosegada, y, como el cielo, pura, del corazon de su mujer. Sin embargo el Duque, hasta entónces tan afectuoso, la descuidaba cada dia mas. La Duquesa lloraba; pero callaba.

Despues llegó á sus oidos que aquella cantatriz que alborotaba á todo Madrid, era protegida de su marido; que este pasaba la vida en casa de aquella mujer. La Duquesa lloró; pero dudando todavía.

Despues el Duque llevó á Stein á su casa, para dar lecciones á su hijo, y luego quiso, como hemos dicho, que María las diese á su hija, preciosa criatura de once años de edad.

Leonor se opuso con vigor á esto último, alegando no poder permitir que una mujer de teatro tuviese el menor punto de contacto con aquella inocente. El Duque, acostumbrado á las fáciles condescendencias de su mujer, vió en esta oposicion, un escrúpulo de devota, una falta de mundo y persistió en su idea. La Duquesa cedió, siguiendo el dictámen de su confesor: pero lloró amargamente, impulsada por un doble motivo.

Recibió, pues, á María con excesiva circunspeccion; con una reserva fria, pero urbana.

Leonor, que vivia segun sus propensiones tránquilas, muy retirada, no recibia, sino pocas visitas, la mayor parte de parientes; los demas eran sacerdotes y algunas otras personas de confianza. Así, pues, asistia con no desmentida perseverancia á las lecciones de su hija; y tanto empeño puso en no alejarla de sus miradas maternas, que este sistema no pudo ménos de ofender á María. Las personas que iban á ver á la Duquesa, no hacian mas que saludar friamente á la maestra, sin volver á dirigirle la palabra. De este modo, llegaba á ser en extremo humillante la posicion que ocupaba en aquella noble y austera residencia, la mujer que el público de Madrid adoraba de rodillas. María lo conocia, y su orgullo se indignaba: pero como la exquisita cortesía de la Duquesa no se desmintió jamas; como en su grave, modesto y hermoso rostro, no se habia manifestado nunca una sonrisa de desden, ni una mirada de altanería, María no podia quejarse. Por otra parte, el Duque que era tan digno y tan delicado, ¿cómo habia de permitir que nadie se le quejase de su mujer? María tenia bastante penetracion para conocer que debia callar y no perder la amistad del Duque, que la lisonjeaba, su proteccion que le era necesaria, y sus regalos que le eran muy gratos. Tuvo, pues, que tascar el freno, hasta que ocurriese algun suceso, que pusiese término á tan tirante situacion.

Un día en que, vestida de seda, y deslumbrando á todos con sus joyas, cubierta con una magnífica mantilla de encajes, entraba en casa de la Duquesa, se encontró allí con el Padre de esta, el Marques de Elda, y con el Obispo de.....

El Marques era un anciano grave, de los mas chapados á la antigua. Era por los cuatro costados español, católico y realista neto. Vivía retirado de la corte desde la muerte del Rey, á quien habia servido en la guerra de la independencia.

Habia un poco de tibieza entre el Marques y su yerno, á quien el primero acusaba de condescender demasiado con las ideas del siglo. Esta tibieza subió de punto, cuando llegaron á oídos del severo y virtuoso anciano, los rumores ya públicos de la proteccion que el Duque daba á una cantatriz de teatro.

Cuando María entró en la sala, la Duquesa se levantó, con intencion de darle gracias, y despedirla por aquel día, en vista del respeto debido á las personas presentes. Pero el Obispo que ignoraba todo lo que pasaba, manifestó deseos de oír cantar á la niña, que era su ahijada. La Duquesa se volvió á sentar, saludó á María con su urbanidad acostumbrada, y mandó llamar á su hija, quien no tardó en presentarse.

Apénas terminaba la niña los últimas compases de la plegaria de Desdemona, cuando se oyeron tres golpes suaves á la puerta.

— Adelante, adelante, dijo la Duquesa, dando á entender que conocia á la persona en su modo de llamar, y con una viveza nueva á los ojos de María, se puso en pié, y salió obsequiosamente al encuentro de aquella visita.

Peró María se sorprendió todavía mas al ver este nuevo personaje. Era una mujer fea, de unos cincuenta años de edad, y de aspecto comun. Su traje era tan basto como desairado y extraño.

La Duquesa la recibió con grandes muestras de consideracion, y una cordialidad tanto mas notable, cuanto mas contrastaba con la reserva glacial que con la maestra habia usado; la tomó de la mano, y la presentó al Obispo.

María no sabia qué pensar. Jamas habia visto un vestido semejante, ni una persona que le pareciese ménos en armonía con la posicion que parecia ocupaba cerca de gentes tan distinguidas y elevadas.

Despues de un cuarto de hora de una conversacion animada, aquella mujer se levantó. Estaba lloviendo. El Marques la ofreció su coche, con grandes instancias: pero la Duquesa le dijo:

— Padre, ya he mandado que pongan el mio.

Dijo estas palabras acompañando á la reciénvenida, que ya se retiraba, y que se negó tenazmente á hacer uso del carruaje.

— Ven, hija mia, dijo la Duquesa á su hija, ven, con promiso de tu maestra, á saludar á tu buena amiga.

María no sabia qué pensar de lo que estaba viendo y oyendo. La niña abrazó á aquella que la Duquesa llamaba su buena amiga.

— ¿Quién es esa mujer? le preguntó María, cuando volvió á su puesta.

— Es una hermana de la Caridad, respondió la niña.

María quedó anonadada. Su orgullo, que luchaba con la frente erguida contra toda superioridad; que desafiaba la dignidad de la nobleza, la rivalidad de los artistas, el poder de la autoridad, y aun las prerogativas del genio, se dobló como un junco ante la grandeza y la elevacion de la virtud.

Poco despues se levantó para irse; seguia lloviendo.

— Tiene Vd. un coche á su disposicion, le dijo la Duquesa al despedirla.

Al bajar al patio, María observó que estaban quitando los caballos del de la Duquesa. Un lacayo bajó con aire respetuoso el estribo de un coche simon. María entró en él henchido el corazon de impotente rabia.

Al dia siguiente declaró resueltamente al Duque que no continuaria dando lecciones á su hija. Tuvo buen cuidado de ocultarle el verdadero motivo, y la astucia de dar á esta reserva todo el aspecto de un acto de prudencia. El Duque alucinado, tanto por el entusiasmo que María le inspiraba, como por los amañes de que ella supo valerse, supuso que

su mujer habria dado motivo para aquella determinacion, y se mostró aun mas frio con ella.

CAPITULO IX.

La llegada á Madrid del célebre cantor Tenorini, puso cima á la gloria de María, por la admiracion con que la encomiaba aquel coloso, y por el empeño que manifestó en cantar acompañado de una voz digna de unirse á la suya. Tonino Tenorini, alias el Magno, habia salido no se sabe de dónde: algunos decian que habia venido al mundo, como Castor y Pollux, dentro de un huevo, no de cisne, sino de ruiseñor. Su espléndida y ruidosa carrera empezó en Nápoles, donde habia eclipsado enteramente al Vesuvio. Despues pasó á Milan, y de allí sucesivamente á Florencia, San Petersburgo y Constantinopla. A la sazón llegaba de Nueva-York pasando por la Habana, con ánimo de dirigirse á Paris, cuyos habitantes, furiosos por no haber dado todavía su voto decisivo sobre tan gigantesca reputacion, habian hecho un motin para desahogar su bilis. De allí Tenorini se dignaria ir á Lóndres, cuyos filarmónicos tenian un terrible *spleen* de pura envidia, y donde la *season*¹⁾ corria riesgo de suicidarse, si la gran *notabilidad* no se compadecia de los males que su ausencia originaba.

¡Cosa extraña, y que dejó sorprendidos á todos los Polos y á todas las Eloisas! Este sublime artista no llegaba en las alas del genio. Los delfines mal criados del Océano, no le habian cargado en sus filarmónicas espaldas, como hicieron los del Mediterráneo con Arion en tiempos más felices. Tenorini habia llegado en la diligencia..... ¡Qué horror!...

— ¡Y — lo que es mas — traia un saco de noche!

Hubo proyectos de celebrar su llegada, tocando un re-

1) Estacion, época de la apertura de los Parlamentos, en la cual se reúne la gente del buen tono en Lóndres.

pique general de campanas, de iluminar las casas, y de erigir un arco de triunfo con todos los instrumentos de la orquesta del Circo. El Alcalde no consintió en ello, y poco faltó para que este *cangrejo* reaccionario fuese obsequiado con una cencerrada.

Miéntas María participaba con el *gran cantante* de la desaforada ovacion que le ofrecia un público, que de rodillas los veneraba humildemente; se representaba una escena de diferente carácter en la pobre choza de que ella saliera poco mas de un año ántes.

Petro Santaló yacia postrado en su lecho. Desde la separacion de su hija no habia levantado cabeza. Tenia los ojos cerrados, y no los abria sino para fijar sus miradas en el cuartito que habia ocupado María, y que no estaba separado del suyo, sino por el estrecho pasadizo que subia al desvan. Todo allí permanecia en el mismo estado en que su hija lo habia dejado; colgaba de la pared su guitarra, con un lazo de cinta que habia sido color de rosa y que ahora pendia sin forma, como una promesa que se olvida, y descolorido como un recuerdo que se disipa. Sobre la cama habia un pañuelo de seda de la India, y unos zapatos pequeños se veian aun debajo de una silla. La tia María estaba sentada á la cabecera del enfermo.

— Vamos, vamos, tio Pedro, le decia la buena anciana, olvídense de que es Catalan, y no sea tan testarudo: déjese Vd. gobernar siquiera una vez en su vida, y véngase con nosotros al convento; que ya ve Vd. que allí no falta lugar. Así podré asistirle mejor, y no estará aquí aislado y solo en un solo cabo como el espárrago.

El pescador no respondia.

— Tio Pedro, continuó la tia María; D. Modesto ya ha escrito dos cartas, y se han puesto en el correo, que dicen es la manera de que lleguen mas presto y con mas seguridad.

— ¡No vendrá! murmuró el enfermo.

— Pero vendrá su marido, y por ahora eso es lo que importa, repuso la tia María.

— ¡Ella! ¡ella! exclamó el pobre padre.

Una hora despues de esta conversacion, la tia Maria caminaba de vuelta al convento, sin haber logrado que el uraño y obstinado Catalan accediese á trasladarse á él. Cabalgaba la buena anciana en la insigne Golondrina, decana apacible del gremio borrical de la comarca. No hemos averiguado, en vista de lo remoto de la fecha en que fué bautizada, el porqué mereció el nombre de Golondrina, pues nos consta que jamas hizo el menor esfuerzo, no ya para volar, pero ni aun para correr; ni nunca se le notó en Otoño la mas mínima inclinacion á trasladarse á las regiones del Africa.

Momo hecho ya un hombron, sin haber perdido un ápice de su fealdad nativa, iba arreando la burra.

— Oiga Vd., Madre abuela, dijo; ¿y van á durar mucho estos paseitos de recreo cuotidianos para venir á ver á este lobo marino?

— Por decontado, respondió su Abuela; ya que no se quiere venir al convento. Me temo que se muera si no ve á su hija.

— No me he de morir yo de esa enfermedad, dijo Momo, soltando una carcajada de grueso calibre.

— Mira, hijo, prosiguió la Tia María, yo no me fio mucho del correo, por mas que digan que es seguro. Tampoco D. Modesto se fia de él; así para que D. Federico y Marisalada lleguen á saber lo malo que está el Tio Pedro, no queda medio seguro, sino el que tú mismo vayas á Madrid á decírselo; porque al fin no podemos estar así, cruzados de brazos, viendo morir á un Padre que clama por su hija, sin hacer por traérsela.

— ¡Yo! ¡yo ir á Madrid, y para buscar á la Gaviota! exclamó Momo horripilado. ¿Está Vd. en su juicio, señora?

— Tan en mi juicio y tan en ello, que si tú no quieres ir, iré yo. A Cádiz fui, y no me perdí, ni me sucedió nada; lo mismo será si voy á Madrid. Parte el corazon oir á ese pobrecito Padre clamar por su hija. Pero tú, Momo, tienes malas entrañas; con harta pena lo digo. Y no sé de dónde las has sacado, pues ni son de la casta de tu Padre ni de la de tu Madre; pero en cada familia hay un Júdas.

— ¡Ni al mismísimo demonio que no piensa sino en el modo de condenar á un cristiano, murmuraba Momo, se le ocurre otra! Y no eso lo peor; sino que si se le mete á su mercé semejante chochera en la cabeza, lo ha de llevar á cabo. ¡Que no me diera un aire, que me dejase baldado de piés y piernas, siquiera por un mes!

Así pensando, desahogó Momo su coraje, descargando un cruel varazo sobre las ancas de la pobre Golondrina.

— ¡Bárbaro! exclamó su Abuela, ¿á que la pegas con ese pobre animal?

— ¡Toma! repuso Momo; para llevar palos ha nacido.

— ¿De dónde has sacado semejante herejía? ¿de dónde, alma de Herodes? Nadie sabe lo que compadezco yo á los pobres animales que padecen sin quejarse, y sin poder valerse; sin consuelo y sin premio.

— La lástima de Vd., Madre, es como la capa del cielo, que todo lo cobija.

— Sí, hija, sí; ni permita Dios que vea yo un dolor sin compadecerlo, ni que sea como esos desalmados, que oyen un ay como quien oye llover.

— Que diga Vd. eso, tocante al prójimo, ¡anda con Dios! Pero los animales, ¿qué demonio?....

— ¿Y acaso no padecen? ¿Y acaso no son criaturas de Dios? acá, nosotros, estamos cargados con la maldicion y el castigo que mereció el pecado del primer hombre; pero, ¿qué pecado cometieron el Adán y Eva de los burros, para que estos pobres animales tengan la vida tan mortificada? ¡Eso me pasma!!!

— Se comerian la peladura de la manzana, dijo Momo con una carcajada como un redoble de bombo.

Encontraron entónces á Manuel y á José, que iban de vuelta al convento.

— Madre, ¿cómo está el tío Pedro? preguntó el primero.

— Mal, hijo, mal. Se me parte el corazon de verle tan malo, tan triste, y tan solo." Le dije que se viniese al convento; pero, ¡qué! mas fácil era traerse al fuerte de San Cristóbal, que no á ese cabezudo. Ni un cañon de á veinte y cuatro lo menea. Preciso es que el hermano Gabriel se

mude allá con él; y tambien que Momo vaya á Madrid á traerse á su hija y á D. Federico.

— Que vaya, dijo Manuel; así verá mundo.

— ¡Yo! exclamó Momo, ¿cómo he de ir yo, señor?

— Con un pié tras otro, respondió su Padre; ¿tienes miedo de perderte, ó de que te coma el cancon?

— Lo que es que no tengo ganas de ir, replicó Momo, exasperado.

— Pues yo te las daré con una vara de acebuche; ¿estás, mal mandado? dijo su Padre.

Momo, renegando del tio Pedro y de su casta, emprendió su viaje, y uniéndose á los arrieros de la sierra de Aracena que venian á Villamar por pescado, llegó á Valverde, y de allí pasando por Aracena, la Oliva y Barcarota, á Badajoz, por el cual pasa la antigua carretera de Madrid á Andalucía. De allí, sin detenerse siguió á Madrid. Don Modesto habia copiado con letras tamañas como nueces, las señas de la casa en que vivia Stein, y que este habia enviado cuando llegaron á Madrid con el Duque. Con esta papeleta en la mano, salió Momo para la corte, entonando unas nuevas letanías de imprecaciones contra la Gaviota.

Una tarde salia la tia María mas desazonada que nunca, de en casa del pobre pescador.

— Dolores, dijo á su nuera, el tio Pedro se nos va. Esta mañana enrollaba las sábanas de su cama; y eso es que está liando el hato para el viaje de que no se vuelve. Palomo, que fué conmigo, se puso á aullar. ¡Y esa gente no viene! estoy que no se me calienta la camisa en el cuerpo. Me parece que Momo deberia ya estar de vuelta; diez dias lleva de viaje.

— Madre, contestó Dolores, hay mucha tierra que pisar hasta Madrid. Manuel dice que no puede estar de vuelta, sino de aquí á cuatro ó cinco dias.

Pero ¡cuál no seria el asombro de ambas, cuando de repente vieron ante sí con aire azorado y mal gesto, al mismísimo Momo en persona!

— ¡Momo! exclamaron las dos á un tiempo.

— El mismo en cuerpo y alma, contestó este.

— ¿Y Marisalada? preguntó ansiosa la tia María.

— ¿Y D. Federico? preguntó Dolores.

— Ya los pueden Vds. aguardar hasta el dia del juicio, respondió Momo. ¡Vaya que ha estado bueno mi viaje! gracias á Madre abuela, que me he visto metido en un berengenal, que ya.....

— ¿Pero qué es lo que hay? ¿qué te ha sucedido? preguntaron su Abuela y su Madre.

— Lo que van Vds. á oir, para que admiren los juicios de Dios, y le bendigan por verme aquí salvo y libre; gracias á que tengo buenas piernas.

La Abuela y la Madre se quedaron sobresaltadas al oir aquellas palabras que anunciaban graves acontecimientos.

— Cuenta, hombre, dí, ¿qué ha sucedido? volvieron ambas á exclamar; mira que tenemos el alma en un hilo.

— Cuando llegué á Madrid, dijo Momo, y me vi solo en aquel cotarro, se me abrieron las carnes. Cada calle me parecia un soldado; cada plaza una patrulla: con la papeleta que me dió el Comendante, que era un papel que hablaba, fui á dar en una taberna, donde topé con un achispado, amigo de complacer, que me llevó á la casa que rezaba el papel. Allí me dijeron los criados que sus amos no estaban en casa; y con eso, iban á darme con la puerta en los hocicos; pero no sabian esas almas de cántaro con quién se las tenian que haber. ¡Hé! les dije; miren Vds. con quién hablan, que yo no soy criado de nadie, ni nada vengo á pedir; aunque pudiera hacerlo, porque en mi casa fué donde recogimos á Don Federico, cuando se estaba muriendo, y no tenia ni sobre qué caerse muerto.

— ¿Eso dijiste, Momo? exclamó su abuela; ¡quita allá! ¡esas cosas no se dicen! ¡qué bochorno! ¿qué habrán pensado de nosotros? ¡echar en cara un favor! ¿quién ha visto eso?

— ¿Pues qué; no se lo diria? ¡vaya! Y dije mas; para que Vds. se enteren, dije que mi Abuela habia sido quien se habia traído á su casa á su ama, cuando se puso mala de puro correr y pesgañitarse sobre las rocas, como una Gaviota que era. Los mostrencos aquellos se miraban unos á otros

riéndose, y haciendo burla de mí, y me dijeron que venia equivocado, que era hija de un General de las tropas de Don Carlos. ¡Hija de un General! ¿se entera Vd.? ¡Por vía de los moros! ¿Puede darse mas descarada embustera? ¡decir que el tio Pedro es General! ¡el tio Pedro, que ni ha servido al Rey! — Al avío, les dije; que la razon que traigo, urge, y lo que quiero yo es largarme presto, y perder á Vds., á sus amos y á Madrid de vista.

— Nicolás, dijo entónces una moza que tenia trazas de ser tan farota como su ama; lleva ese ganso al *teatro*: allí podrá ver á la Señora.

— Noten Vds., que cuando hablaba de mí, decia la muy deslenguada *ganso*, y cuando hablaba de la tuna de la Gaviota, decia *Señora*; ¿podria eso creerse? ¡cosas de Madrid! ¡confundió se vea!

— Pues, señor, el criado se puso el sombrero, y me llevó á una casa muy grandísima y muy alta, que era á *moo* de iglesia; solo que en lugar de cirios, tenia unas lámparas que alumbraban como soles. En rededer habia como unos asientos; en que estaban sentadas, mas tiesas que husos, mas de diez mil mujeres, puestas en feria, como redomas en botica. Abajo habia tanto hombre, que parecia un hormiguero. ¡Cristianos! ¡yo no sé de dónde salió tanta criatura! Pues no es nada, dije para mi chaleco, ¡la's hogazas de pan que se amasarán en la Villa de Madrid!... Pero asómbrense Vds.; toda esa gente habia ido allí, ¿á qué?... ¡á oir cantar á la Gaviota!!!

Momo hizo una pausa, teniendo las manos extendidas, y abiertas á la altura de su cara.

La tia María bajó y levantó la cabeza en señal de satisfaccion.

— En todo esto no veo motivo para que te hayas vuelto tan de prisa y tan azorado, dijo Dolores.

— Ya voy, ya voy, que no soy escopeta, repuso Momo. Cuento las cosas como pasaron.

— Pues cate Vd. ahí, que de repente, y sin que nadie se lo mandase, suenan á la par mas de mil instrumentos, trompetas, pitos y unos violines tamaños como confesonarios,

que se tocaban para abajo. ¡María Santísima, y que atolondro! yo di una encogida, que fué floja en gracia de Dios.

— Pero, ¿de dónde salió tanto músico? preguntó su Madre.

— ¿Qué sé yo? habria leva de ciegos por toda España.

— Pero no es esto lo mejor; sino que cate Vd. ahí, que sin saber ni cómo, ni por dónde, desaparece un á *moo* de jardín que habia al frente. No parecia sino que el demonio habia cargado con él.

— ¿Qué estás diciendo, Momo? dijo Dolores.

— *Naita* mas que la purísima verdad. En lugar de la arboleda, habia al frente un á *moo* de estrado con redondeles de trapo ¹⁾ que seria de un palacio. Allí se presenta una mujer mas *ajicarada*, con mas terciopelos, bordaduras de oro, y mas dijes que la Virgen del Rosario.

— Esta es la Reina Doña Isabel II, dije yo para mí. Pues, no Señor, no era la Reina. ¿Saben Vds. quién era? Ni mas ni ménos que la Gaviota, la malvada Gaviota, que andaba aquí descalza de piés y piernas! Lo primero que sucedió con el vergel, habia sucedido con ella; la Gaviota descalza de piés y piernas, se la habia llevado el demonio, y en su lugar habia puesto una *princesa*. Yo estaba cuajado. Cuando ménos se pensaba, entra un Señor mayor muy engalanado. Estaba que echaba bombas ¡qué enojado! ponía unos ojos... ¡caramba! dije yo para mi chaleco, no quisiera yo estar en el pellejo de esa Gaviota. A todo esto, lo que me tenia parado era que reñían cantando. Vaya! será la *moa* por allá, entre la gente de fuste. Pero con eso no me enteraba yo bien de lo que platicaban: lo que vine á sacar en limpio fué, que aquel seria el General de Don Cárlos, porque ella le decia *Padre*, pero él no la queria reconocer por hija, por mas que ella se lo pidió de rodillas.

— ¡Bien hecho! le grité, duro, á la embustera descarada.

— ¿A qué te metiste en eso? le dijo su Abuela.

— ¡Toma! como que yo la conocia y podia atestiguarlo; ¿no sabe Vd. que quien calla otorga? Pero parece que allá

1) Alfombra.

no se puede decir la verdad, porque mi vecino que era un celador de policía me dijo: ¿quiere Vd. callar, amigo?

— No me da la gana, le respondí; y he de decir en voz y en grito, que ese hombre no es su Padre.

— ¿Está Vd. loco, ó viene de las Batuecas? me dijo el polizonte.

— Ni uno ni otro, so desvergonzado, le respondí; estoy mas cuerdo que Vd., y vengo de Villamar, donde está su padre *legítimo*, tío Pedro Santaló.

— Es Vd.; me dijo el madrileño, un pedazo de alcornoque muy basto: vaya Vd. á que lo descorchen.

Me amostacé y levanté el codo, para darle una *guantaa*, cuando Nicolas me cogió por un brazo y me sacó fuera para ir á echar un trago.

— Ya he caido en la cuenta, le dije; ese General es el que quiere esa renegada Gaviota que sea su Padre. De muchas iniquidades habia yo oido hablar; de muertes, robos, hasta de piratas; pero eso de renegar de su Padre, en mi vida he oido otra.

Nicolas se desternillaba de risa; por lo visto, esa *indiniá* no les coge allá de susto.

Cuando volvimos á entrar, es de presumir el que le habria mandado el General á la Gaviota, que se quitase los arrumacos, porque salió toda vestida de blanco que parecia amortajada. Se puso á cantar, y sacó una guitarra muy grande que puso en el suelo y tocó con las dos manos (¡qué no es capaz de inventar esa Gaviota!! — y ahora viene lo gordo; pues de repente, sale un moro.

— ¿Un moro?

— ¡Pero qué moro!! mas negro y mas feróstico que el mismísimo Mahoma; con un puñal en la mano, tamaño como un machete. Yo me quedé muerto.

— ¡Jesus María! exclamaron su Madre y su Abuela.

— Pregunté á Nicolas, que quién era aquel Fierabras, y me respondió que se llamaba *Telo*. Para acabar presto; el moro le dijo á la Gaviota que la venía á matar.

— Virgen del Cármén, exclamó la tia María, ¿era acaso el verdugo?

— No sé si era el verdugo, ni sé si era un matador pagado, respondió Momo; lo que sí sé es que la agarró por los cabellos, y la dió de puñaladas: lo vi con estos ojos que ha de comer la tierra; y puedo dar testimonio.

Momo apoyaba sus dos dedos, debajo de sus ojos, con tal vigor de expresion, que aparecieron como queriendo salirse de sus órbitas.

Las dos buenas mujeres lanzaron un grito. La tia María sollozaba, y se retorcia las manos de dolor.

— ¿Pero qué hicieron tantos como presentes estaban? preguntó Dolores llorando, ¿no hubo nadie que prendiese á ese desalmado?

— Eso es lo que yo no sé, contestó Momo, pues al ver aquello, cogí dos de luz y cuatro de traspon, no fuese que me llamasen á declarar. Y no paré de correr hasta no poner algunas leguas entre la villa de Madrid, y el hijo de mi Padre.

— Preciso es, dijo entre sus sollozos la tia María, ocultarle esta desdicha al pobre tio Pedro. ¡Ay! ¡qué dolor! ¡qué dolor!

— ¿Y quién habia de tener valor para decírselo? repuso Dolores. ¡Pobre María! Hizo lo del español, que estando bien quiso estar mejor; y cate Vd. ahí las resultas.

— Cada uno lleva su merecido, dijo Momo; esa embrollona descastada habia de parar en mal: no podia eso marrar. Si no estuviese cansado, iba sobre la marcha á contárselo á Raton Perez.

CAPITULO X.

No tardó en esparcirse por todo el lugar la voz de que la hija del pescador habia sido asesinada.

Así pues, el egoista, torpe y díscolo Momo, que ayudado de su espíritu hostil é instintos egoistas, creyó realidad lo que vió en el teatro, no solo habia hecho un viaje inútil, por

no haber cumplido su comision, sino que indujo en el error en que su torpeza indócil le hizo caer, á todas aquellas buenas gentes.

La cara de D. Modesto se le alargó dos pulgadas.

El Cura dijo una misa por el alma de María.

Ramon Perez ató un lazo negro á su guitarra.

Rosa Mística dijo á D. Modesto:

— Dios la haya perdonado! Bien dije yo, que acabaria mal. Vd. recordará que por mas que procuraba yo guiarla á la derecha, ella siempre tiraba á la izquierda.

La tia María, calculando que en vista de la catástrofe, no le seria posible á D. Federico venir por entónces, se decidió á confiar la cura del tio Pedro, á un médico jóven que habia reemplazado á Stein en Villamar.

— No fio de su ciencia, le decia á D. Modesto, que se le recomendaba; no sabe recetar mas que aguas cocidas, y no hay cosa que debilite mas el estómago. Por alimento manda caldo de pollo; ahora ¿me querrá Vd. decir las fuerzas que podrá reponer semejante bebistrajó? Todo está trastonardo, mi Comandante; pero deje Vd. que pase un poco de tiempo, y desengaños, se volverán á lo que la experiencia de muchos siglos ha acreditado de bueno; que al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solian ir. Lo que atrevidas manos echaron abajo, el tiempo lo levantará; pero despues de haber echado algunas almas á su perdicion, y enviado muchos cuerpos al hoyo.

El médico halló al tio Pedro tan grave, que declaró ser necesario al prepararlo.

Prepararse á la muerte es, en el lenguaje católico, ponerse en estado de gracia, esto es, zanjar sus cuentas en la tierra, haciendo el bien y deshaciendo el mal, en cuanto á nuestro alcance esté, tanto en el órden de las cosas eternas, como en el de las temporales, y granjear así, con la oracion y el arrepentimiento, la clemencia de Dios en favor de nuestras almas.

Si damos esta definicion de una cosa tan sabida y cotidiana, es no solo porque es factible que caiga esta relacion en manos de algunos que no pertenezcan al gremio de nuestra

santa Religion católica, sino porque hemos visto muchos que no consideran esta santa práctica, bajo todas sus grandes y magníficas fases.

La tia María se echó á llorar amargamente al oír aquel fallo; llamó á Manuel, y le encargó que fuese á notificárselo al enfermo, con todas las precauciones debidas, pues ella no se sentia con ánimo para hacerlo.

Manuel entró en el cuarto del paciente.

— ¡Hola! tio Pedro, le dijo, ¿cómo vamos?

— Vamos para abajo, Manuel, contestó el enfermo; ¿quieres algo para el otro mundo? dilo pronto, que estoy levando el ancla, hijo.

— ¡Qué! tio Pedro, no está Vd. en ese caso.. Ha de vivir Vd. mas que yo. Pero... como dice el refran, que hacienda hecha no estorba.... quiere decir....

— No digas mas, Manuel; repuso el tio Pedro sin alterarse. Dile á tu Madre, que dispuesto estoy. Ya ha tiempo que veo venir este trance, y no pienso mas que en eso; y (añadió en voz baja y fatigada) ¡y en ella!

Manuel salió conmovido enjugándose los ojos, á pesar de haber visto tanta sangre y tantas agonías en su carrera militar; ¡tan cierto es, que el alma mas estóica se ablanda á vista de la muerte, cuando no se fuerza al hombre á considerarla como un átomo lanzado en el insondable abismo, que abren á tantos miles el orgullo y la ambicion de los que sin autoridad, sin derecho ni razon, han querido imponer al mundo su personalidad ó sus ideas!

Al dia siguiente reinaba uno de aquellos violentos, ruidosos y animados temporales que consigo trae el equinoccio. Oíase el viento soplar en diferentes tonos, como una hidra cuyas siete cabezas estuviesen silbando á un tiempo.

Estrellábase contra la cabaña, que crujía siniestramente: oíase este invisible elemento, lúgubre entre las bóvedas sonoras de las altas ruinas del fuerte; violento entre las agitadas ramas de los pinos; plañidero entre las atormentadas cañas del navazo; y se desvanecía gimiendo en la dehesa, como se disipa la sombra gradualmente en un paisaje.

La mar agitaba las olas de su seno, con la ira y violen-

cia con que sacude una Furia las sierpes de su cabellera. Las nubes, cual las Danáides, se relevaban sin cesar, vertiendo cada cual su contingente, que caía á raudales sobre las ramas, que se tronchaban, abriendo sus corrientes hondos surcos en la tierra. Todo se estremecía, temblaba ó se quejaba. El sol habia huido, y el triste color del dia era uniforme y sombrío como el de una mortaja.

Aunque la cabaña estaba resguardada por la peña, la tempestad habia arrebatado parte de su techo durante la noche. Para impedir su total destruccion, Manuel, ayudado por Momo, lo habia sujetado con el peso de algunos cantos traídos de las ruinas. — Ya que no quieras albergar mas á tu dueño, le decia Manuel, aguarda al ménos á que muera, para hundirte.

Si alguna otra mirada que la de Dios, hubiera podido llegar á aquel desierto, cruzando la tempestad que lo azotaba, habria descubierto una cuadrilla de hombres, que caminaban en direccion paralela al mar, arrostrando los furores del temporal, envueltos en sus capas, en actitud recogida y silenciosa, los cuerpos inclinados hácia adelante, y las cabezas bajas. Seguíanlos grave y mesuradamente un anciano, cruzados los brazos sobre el pecho á la manera de los orientales, precedido por un muchacho que agitaba de cuando en cuando una campanilla. Se oia por intervalos, y á pesar de las ráfagas del huracan, la voz tranquila y sonora del anciano, que decia: *Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam*. El coro de hombres respondia: *Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam*.

Penetrábalos la lluvia, azotábalos el viento; y ellos seguian impávidos en su marcha grave y uniforme.

Esta comitiva se componia del Cura y de algunos católicos piadosos, hermanos de la cofradía del Santísimo Sacramento, que presididos por Manuel, iban á llevar á un cristiano moribundo, con los últimos Sacramentos, los últimos consuelos del cristiano.

Nada podia, como lo que acabamos de describir, dar realce y vida á esta verdad moral: que en medio del tumulto y de las borrascas de las malas pasiones, la voz de la reli-

gion se deja oir por intervalos, grave y poderosa, suave y firme, aun á aquellos mismos que la olvidan y la reniegan.

El Cura entró en el cuarto del enfermo.

Los niños que habian acudido, recitaban estos versos, que aprendieron al mismo tiempo que aprendieron á hablar.

Jesucristo va á salir.
Yo por Dios quiero morir,
Porque Dios murió por mí.

Los ángeles cantan,
Todo el mundo adora,
Al Dios tan piadoso
Que sale á estas horas.

Aquella pobre morada se habia aseado y dispuesto con esmero y decencia, gracias á los cuidados de la tia María y del hermano Gabriel. Sobre una mesa se habia colocado un Crucifijo con luces y flores; porque las luces y los perfumes son los homenajes externos que se tributan á Dios. La cama estaba limpia y primorosa.

Concluida la ceremonia, nadie quedó con el enfermo, sino el Cura, la buena tia María y Fr. Gabriel. Tio Pedro yacia tranquilo. Al cabo de algun tiempo abrió los ojos, y dijo:

— ¿No ha venido?

— Tio Pedro, respondió la tia María, mientras corrian por sus arrugadas mejillas dos lágrimas que no alcanzaba á ver el enfermo: — hay mucho trecho de aquí á Madrid. Ha escrito que iba á ponerse en camino, y pronto la veremos llegar.

Santaló volvió á caer en su letargo. Una hora despues recobró el sentido, y fijando sus miradas en la tia María, le dijo:

— Tia María, he pedido á mi divino Salvador, que se ha dignado venir á mí, que me perdone, que la haga feliz, y que le pague á Vd. cuanto por nosotros ha hecho.

Despues se desmayó; volvió en sí, abrió los ojos que ya cristalizaba la muerte, y pronunció con acento ininteligible estas palabras:

— ¡No ha venido!!

En seguida dejó caer la cabeza en la almohada, y exclamó en voz alta y firme:

— Misericordia, Señor.

— Rezad el Credo, dijo el Cura tomando entre sus manos las del moribundo, y acercándose á su oído, para hacer llegar á su inteligencia algunas palabras de Fe, Esperanza y Caridad, enmedio del entorpecimiento creciente de sus sentidos.

La tia María y el hermano Gabriel se postraron.

Los católicos conservan á la muerte todo el respeto solemne que Dios le ha dado, adoptándola. El mismo como sacrificio de expiacion.

Reinaban un silencio y una calma llena de majestad, en aquel humilde recinto donde acababa de penetrar la muerte.

Fuera seguia desencadenada y rugiente la tempestad.

Adentro todo era reposo y paz. Porque Dios despoja á la muerte de sus horrores y de sus inquietudes, cuando el alma se exhala hácia el cielo al grito de ¡misericordia!, rodeada de corazones fervorosos, que repiten en la tierra: «¡misericordia, misericordia!»

CAPITULO XI.

El mundo es un compuesto de contrastes. No es muy nueva, ni muy original esta observacion; pero cada dia se nos presentan á la vista la aurora y el ocaso, y cada vez nos sorprenden y admiran, á pesar de su repeticion.

Así es, que miéntras el pobre pescador ofrecia á sus humildes y piadosos amigos el grande y augusto espectáculo de la santa muerte del cristiano, su hija daba al público de Madrid, frenéticamente entusiasmado, el de una *prima donna* sin una gota de sangre italiana en las venas, y que eclipsaba ya en el ejercicio de su arte al mismo gran Tenorini. Habia lo bastante con esto para restablecer el antiguo y noble orgullo de los tiempos de Cárlos III; para libertarnos por siempre jamas amen de la rabia y comezon de imitar, recobrando nuestra inmaculada y pura nacionali-

dad; en fin, habia lo bastante para decir al monumento del Dos de Mayo, á la estatua de Felipe IV y á la de Cervántes: «Humilláos, sombras ilustres, que aquí viene quien sobrepuja vuestra grandeza y vuestra gloria.» No faltaron entusiastas que pensasen acudir á la Reina, para que se dignase ennoblecer á María, dándole un escudo de armas, cuyo lema, imitando el de los Duques de Veragua, en lugar de: A CASTILLA Y A LEON, NUEVO MUNDO DIO COLON, dijese: A ALTA Y BAJA ANDALUCIA, NUEVA GLORIA DIO MARIA. En fin, tal era la impresion hecha por la cantatriz en el público de Madrid, que ya no se escribia en las oficinas, ni se estudiaba en los colegios: hasta los fumadores se olvidaban de acudir al estanco. La fábrica de tabacos se estremeció de indignacion en sus cimientos, á pesar de que, como es público y notorio, son tan profundos, que llegan hasta América.

Todo el entusiasmo que hemos procurado bosquejar sin haberlo conseguido, se manifestaba una noche á la puerta del teatro, en un grupo de jóvenes, que se esforzaban en comunicárselo á dos extranjeros reciénvenidos. Aquellos inteligentes no solo encomiaron, examinaron y analizaron la calidad del órgano, la flexibilidad de garganta, y todo lo que hacia tan sobresaliente el canto de María, sino que tambien pasaron revista de inspeccion á sus prendas personales. Otro joven, embozado hasta los ojos en su capa, estaba cerca de aquel grupo, y se mantenía inmóvil y callado; pero cuando se trató de las dotes físicas, dió colérico con el pié un golpe en el suelo.

— Apuesto cien guineas, Vizconde de Fadièse (*fa sostenido*), decia nuestro amigo Sir John Burnwood (que no habiendo obtenido licencia para llevarse el Alcázar, pensaba en renovar la misma demanda con respecto al Escorial), apuesto á que esta mujer hará mas ruido en Francia que Mad. Lafarge; en Inglaterra, que Tom Pouce, y en Italia que Rossini.

— No lo dudo, Sir John, respondió el Vizconde.

— ¡Qué ojos tan árabes! añadió el joven D. Celestino Armonía. ¡Qué cintura tan esbelta! En cuanto á los piés, no se ven, pero se sospechan; en cuanto al cabello, la Magdalena se lo envidiaria.

— Estoy impaciente por ver y oír ese portento, exclamó con exaltación el Vizconde, el cual siempre estaba, como lo indicaba su nombre, montado medio tono más alto que todos los demás Vizcondes. Preparemos los anteojos, y entremos.

Entretanto el joven embozado había desaparecido.

María, en traje de Semíramis, estaba preparada para salir á la escena. Rodeábanla algunas personas.

El embozado, que no era otro que Pepe Vera, entró á la sazón, se aproximó á ella, y sin que nadie lo oyese, le dijo al oído:

— No quiero que cantes: — y siguió adelante con impasible aire de indiferencia.

María se puso pálida de sorpresa, y enrojeció de indignación en seguida.

— Vamos, dijo á su doncella; Marina, ajusta bien los pliegues del vestido. Van á empezar (y añadió en voz alta para que lo oyese Pepe Vera, que se iba alejando): — con el público no se juega.

— Señora, le dijo uno de los empleados, ¿puedo mandar que alcen el telón?

— Estoy lista, respondió.

Pero, no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando lanzó un grito agudo.

Pepe Vera había pasado por detrás, y cogiéndole el brazo con fuerza brutal, había repetido:

— No quiero que cantes.

Vencida por el dolor, María se había arrojado en una silla llorando. Pepe Vera había desaparecido.

— ¿Qué tiene? ¿Qué ha sucedido? preguntaban todos los presentes.

— Me ha dado un dolor, respondió María llorando.

— ¿Qué teneis, Señora? preguntó el Director, á quien habían dado aviso de lo que pasaba.

— No es nada, contestó María, levantándose y enjugándose las lágrimas. Ya pasó; estoy pronta. Vamos.

En este momento, Pepe Vera, pálido como un cadáver, y ardiéndole los ojos como dos hornillos, vino á interponerse entre el Director y María.

— Es una crueldad, dijo con mucha calma, sacar á las tablas á una criatura que no puede tenerse en pié.

— ¡Pero qué! Señora, exclamó el Director, ¿estais enferma? ¿Desde cuándo? Hace un momento que os he visto tan rezagante, tan alegre, tan animada!

María iba á responder, pero bajó los ojos, y no desplegó los labios. Las miradas terribles de Pepe Vera la fascinaban, como fascinan al ave las de la serpiente.

— ¿Porqué no ha de decirse la verdad? continuó Pepe Vera sin alterarse. ¿Porqué no habeis de confesar que no os halláis en estado de cantar? ¿Es pecado por ventura? ¿Sois esclava, para que os arrastren á hacer lo que no podeis?

Entretanto el público se impacientaba. El Director no sabia que hacer. La autoridad envió á saber la causa de aquel retardo; y mientras el Director explicaba lo ocurrido, Pepe Vera se llevaba á María, bajo el pretexto de necesitar asistencia, agarrándola por el puño con tanta fuerza que parecia romperle los huesos, y diciéndola con voz ahogada, pero firme:

— ¡Caramba! ¿No basta decir que no quiero?

Cuando estuvieron solos en el cuarto que servia de vestuario á María, estalló la cólera de esta.

— Eres un insolente, un infame, exclamó con voz sofocada por la ira. ¿Qué derecho tienes para tratarme de esta suerte?

— El quererte, respondió Pepe Vera, con flema.

— Maldito sea tu querer, dijo María.

Pepe Vera se echó á reir.

— ¡Lo dices eso, como si pudieras vivir sin él! dijo volviendo á reir.

— Véte, véte! exclamó María, y no vuelvas jamas á ponérteme delante.

— Hasta que me llames.

— ¡Yo á tí! Antes llamaria al demonio.

— Eso puedes hacer; que no tendré celos.

— ¡Véte, marcha al instante, déjame!

— Concedido, dijo el torero: de hilo me voy en casa de Lucía del Salto. — Maria estaba celosísima de aquella mujer,

que era una bailarina á quien Pepe Vera cortejaba ántes de conocer á María.

— ¡Pepe! ¡Pepe! gritó María, ¡villano! ¡La perfidia después de la insolencia!

— Aquella, dijo Pepe Vera, no hace mas que lo que yo quiero. Tú eres demasiado Señorona para mí. Con qué.... si quieres que hagamos buenas migas, se han de hacer las cosas á mi modo. Para mandar tú y no obedecer, ahí tienes á tus Duques, á tus Embajadores, á tus desaboridas y achacosas Excelencias.

Dijo y echó á andar hácia la puerta.

— ¡Pepe! ¡Pepe! gritó María, desgarrando su pañuelo entre sus dedos engarrotados.

— Llama al demonio, le respondió irónicamente Pepe Vera.

— ¡Pepe! ¡Pepe! ten presente lo que voy á decirte. Si te vas con la Lucía, me dejo enamorar por el Duque.

— ¿A qué no te atreves? respondió Pepe, dando algunos pasos atras.

— ¡A todo me atrevo yo por vengarme!

Pepe se quedó plantado delante de María, con los brazos cruzados, y los ojos fijos en ella.

María sostuvo sin alterarse, aquellas miradas penetrantes como dardos.

Aquellos amores parecian mas bien de tigres que de seres humanos. ¡Y tales son, sin embargo, los que la literatura moderna suele atribuir á distinguidos caballeros y á damas elegantes!

En aquel corto instante, aquellas dos naturalezas se sondearon recíprocamente, y conocieron que eran del mismo temple y fuerza. Era preciso romper, ó suspender la lucha. Por mutuo consentimiento, cada cual renunció el triunfo.

— Vamos, Maruja, dijo Pepe Vera, que era realmente el culpable. Seamos amigos, y pelillos á la mar. No iré en casa de Lucía: pero en cambio, y para estar seguros uno de otro, me vas á esconder esta noche en tu casa, de modo que puedo ser testigo de la visita del Duque, y convencerme por mí mismo, de que no me engañas.

— No puede ser, respondió altiva María.

— Pues bien, dijo Pepe, ya sabes donde voy en saliendo de aquí.

— Infame! contestó María apretando los puños con rabia, me pones entre la espada y la pared.

Una hora despues de esta escena, María estaba medio recostada en un sofá; el Duque sentado cerca de ella; Stein en pié, tenia en sus manos las de su mujer, observando el estado del pulso.

— No es nada, María, dijo Stein. No es nada, señor Duque: un ataque de nervios que ya ha pasado. El pulso está perfectamente tranquilo. Reposo, María, reposo. Te matas á fuerza de trabajo. Hace algun tiempo que tus nervios se irritan de un modo extraordinario. Tu sistema nervioso se resiente del impulso que das á los papeles. No tengo la menor inquietud, y así me voy á velar un enfermo grave. Toma el calmante que voy á recetar; cuando te acuestes, una horchata, y por la mañana leche de burra; — y dirigiéndose al Duque, — mi obligacion me fuerza, mal que me pese, á ausentarme, Señor Duque.

Y volviendo á recomendar á su mujer el sosiego y el reposo, Stein se retiró, haciendo al Duque un profundo saludo.

El Duque, sentado en frente de María, la miró largo tiempo.

Ella parecia extraordinariamente aburrida.

— ¿Estais cansada, María? dijo aquel con la suavidad que solo el amor puede dar á la voz humana.

— Estoy descansando, respondió.

— ¿Quereis que me vaya?

— Si os acomoda....

— Al contrario, me disgustaria mucho.

— Pues, entónces, quedáos.

— María, dijo el Duque despues de algunos instantes de silencio, y sacando un papel del bolsillo; cuando no puedo hablaros, canto vuestras alabanzas. Hé aquí unos versos que he compuesto anoche; porque de noche, María, sueño sin dormir. El sueño ha huido de mis ojos, desde que la paz ha huido de mi corazón. Perdon, perdon, María, si estas palabras que rebosan de mi corazon, ofenden la inocencia de

vuestros sentimientos, tan puros como vuestra voz. También he padecido yo, cuando padeciais vos.

— Ya veis, repuso ella bostezando, que no ha sido cosa de cuidado.

— ¿Quereis, María, le preguntó el Duque, que os lea los versos?

— Bien, respondió friamente María.

El Duque leyó una linda composicion.

— Son muy hermosos, dijo María algo mas animada: ¿van á salir en *El Herald*?

— ¿Lo deseáis? preguntó el Duque suspirando.

— Creo que lo merecen, contestó María.

El Duque calló apoyando su cabeza en sus manos.

Cuando la levantó vió en los ojos de María, fijos en la puerta de cristales de su alcoba, un vivo rayo, inmediatamente apagado. Volvió la cara hácia aquel lado: pero no vió nada.

El Duque, en su distraccion, habia hecho un rollo del papel en que estaban escritos sus versos, que María no habia reclamado.

— ¿Vais á hacer un cigarro con el soneto? preguntó María.

— Al ménos así serviria para algo, respondió el Duque.

— Dádmelos, y los guardaré, dijo María.

El Duque puso en el papel enrollado una magnífica sortija de brillantes.

— ¡Qué! dijo María, ¿la sortija también?

Y se la puso en el dedo, dejando caer al suelo el papel.

— ¡Ah! pensó entónces el Duque: ¡no tiene corazon para el amor, ni alma para la poesía! ¡ni aun parece que tiene sangre para la vida! Y sin embargo, el cielo está en su sonrisa; el infierno en sus ojos; y todo lo que el cielo y la tierra contienen, en los acentos de su soberana voz.

El Duque se levantó.

— Descansad, María, le dijo. Reposad tranquila en la venturosa paz de vuestra alma, sin que la importune la idea de que otros velan y padecen.

CAPITULO XII.

Apénas cerró el Duque la puerta, cuando Pepe Vera salió por la de la alcoba, riéndose á carcajadas.

— ¿Quieres callar? le dijo María haciendo reflejar los rayos de la luz en el solitario que el Duque acababa de regalarle.

— No, respondió el torero, porque me ahogaria la risa. Ya no estoy celoso, Mariquita. Tantos celos tengo como el sultan en su serrallo. ¡Pobre mujer! ¿Qué seria de tí, con un marido que te enamora con recetas, y un cortejo que te obsequia con coplas, sino tuvieras quien supiera camelarte con zandunga? Ahora que el uno se ha ido á *soñar despierto*, y el otro á *velar dormido*, vámonos tú y yo á cenar con la gente alegre, que aguardándonos está.

— No, Pepe. No me siento buena. El sofocon que he tomado, el frio que hacia al salir del teatro, me han cortado el cuerpo. Tengo escalofríos.

— Tus dengues de Princesa, dijo Pepe Vera. Vente conmigo. Una buena cena te sentará mejor que no esa zonzona horchata, y un par de vasos de buen vino, te harán mas provecho que la asquerosa leche de burra: vamos, vamos.

— No voy, que hace un Norte de Guadarrama, de esos que no apagan una luz, y matan á un cristiano.

— Pues bien, dijo Pepe, si esa es tu voluntad, y quieres curarte en salud, buenas noches.

— ¡Cómo! exclamó María. ¿Te vas á cenar y me dejas? ¿Me dejas sola y mala como lo estoy, por tu causa?

— ¡Pues qué! replicó el torero, ¿quieres que yo tambien me ponga á dieta? Eso no, morena. Me aguardan y me largo. Buen rato te pierdes.

María se levantó con un movimiento de coraje, dejó caer una silla, salió del cuarto cerrando la puerta con estrépito, y volvió en breve, vestida de negro, cubierta de una mantilla cuyo velo le ocultaba el rostro, y envuelta en un pañolon, y salieron los dos juntos.

Muy entrada la noche, al volver Stein á su casa el criado le entregó una carta. Cuando estuvo en su cuarto, la abrió. Su contenido y su ortografía eran como sigue:

«Señor doctor.

«No creha V. que esta es una carta nónima: yo hago las cosas claras; comienzo por decirle mi nombre, que es Lucía del Salto; me parece que es nombre bastante conocido.

«Señor marío de la Santaló, es menester ser tan bueno ó tan bolo como V. lo es, para no caher en la qüenta de que su mujer de V. esta mal entretenía por Pepe Vera, que era mi novio, que yo lo puedo decir, por que no soy casada y á nadie engaño. Si V. quiere que se le caigan las cataratas, vaya V. esta noche á la calle de*** número 13, y allí ará V. como santo Tomas.»

— ¡Puede darse una infamia semejante! exclamó Stein, dejando caer la carta al suelo. Mi pobre María tiene envidiosos, y sin duda son mujeres de teatro. ¡Pobre María! enferma, y quizas durmiendo ahora sosegadamente. Pero veamos si su sueño es tranquilo. Anoche no estaba bien. Tenia el pulso agitado, y la voz tomada. ¡Hay tantas pulmonías ahora en Madrid!

Stein tomó una luz, salió de su cuarto, pasó á la sala, por la cual comunicaba con la alcoba de su mujer, entró en ella, pisando con las puntas de los piés, se acercó á la cama, entreabrió las cortinas... no habia nadie!

En un ser tan íntegro, tan cónfiado como Stein, no era fácil que penetrase de pronto y sin combate, la conviccion de tan infame engaño.

— No, dijo despues de algunos instantes de reflexion. ¡No es posible! Debe haber alguna causa, algun motivo imprevisto.

— Sin embargo, continuó despues de otra pausa; es preciso que no me quede nada sobre el corazon. Es preciso que yo pueda responder á la calumnia, no solo con el desprecio, sino con un solemne mentís y con pruebas positivas.

Con el auxilio de los serenos, Stein pudo hallar fácilmente el lugar indicado en la carta.

La casa indicada no tenia portero: la puerta de la calle, estaba abierta. Stein entró, subió un tramo de la escalera, y al llegar al primer descanso, no supo donde dirigirse.

Debilitado el primer ímpetu de su resolucion, empezó á

avergonzarse de lo que hacia. Espiar, decia, es una bajeza. Si María supiera lo que estoy haciendo, se resentiria amargamente, y tendria razon. ¡Dios mio! ¿sospechar á la persona que amamos, no es crear la primera nube en el puro cielo del amor? ¡yo espiar! ¿á esto me ha rebajado el despreciable escrito de una mujer mas despreciable aun?

Vuélvome. Mañana le preguntaré á María cuánto saber deseo, que este medio es el debido, el natural y el honrado. Alto allá, corazon mio; limpia mi pensamiento de sospechas, como limpia el sol la atmósfera de negras sombras.

Stein lanzó un profundo suspiro, que parecia estarle ahogando, y pasó su pañuelo por su húmeda frente. ¡Oh! exclamó ¡la sospecha, que crea la idea de la posibilidad del engaño que no existia en nuestra alma! ¡oh! la infame sospecha, hija de malos instintos ó de peores insinuaciones, por un momento este monstruo ha envilecido mi alma, y ya para siempre tendré que sonrojarme ante María!

En aquel instante se abrió una puerta que daba al descanso en que se habia parado Stein, y dió salida á un rumor de vasos, de cantos y de risas: una criada que salia de adentro sacando botellas vacías, se hizo atras, para dejar pasar á Stein, cuyo aspecto y traje le inspiraron respeto.

— Pasad adelante, le dijo; aunque venís tarde, porque ya han cenado; y siguió su camino.

Stein se hallaba en una pequeña antesala. Estaba abierta una puerta que daba á una sala contigua. Stein se acercó á ella. Apenas habian echado sus ojos una mirada á lo interior de aquella pieza, cuando quedó inmóvil y como petrificado.

Si todos los sentimientos que elevan y ennoblecen al alma, cegaban al Duque, todos los impulsos buenos y puros del corazon cegaban á Stein con respecto á María. ¡Cuál seria, pues, su asombro al verla sin mantilla, sentada á la mesa en un taburete, teniendo á sus piés una silla baja, en que estaba Pepe Vera, que tenia una guitarra en la mano y cantaba:

Una mujer andaluza
Tiene en sus ojos el sol:
Una aurora en su sonrisa,
Y el Paraíso en su amor.

¡Bien, bien, Pepe! gritaron los otros comensales. Ahora le toca cantar á Marisalada. Que cante Marisalada. Nosotros no somos gente de levita ni de paletós; pero tenemos oídos como los tienen ellos; que en punto á orejas, no hay pobres ni ricos. Ante Vd., Mariquita, cante Vd., para sus paisanos que lo entienden; que en gentes de bandas y cruces no saben jalear sino en frances.

María tomó la guitarra que Pepe Vera le presentó de rodillas, y cantó:

Mas quiero un jaleo pobre,
Y unos pimientos asados,
Que no tener un usía
Desaborio á mi lado..

A esta copla respondió un torbellino de aplausos, vivas y requiebros, que hicieron retemblar las vidrieras.

Stein se puso rojo como la grana, ménos de indignacion, que de vergüenza.

— Sobre que ese Pepe Vera nació de pié, dijo uno de sus compañeros.

— ¡Tiene mas suerte que quiere!

— Cómo que hoy por hoy, no la cambio por un Imperio, repuso el torero.

— ¿Pero qué dice á eso el marido? preguntó un picador, que contaba mas años que todos los demas de la cuadrilla.

— ¿El marido? respondió el torero: no conozco á su mercé sino para servirlo. Pepe Vera no se las aviene sino con toros bravos.

Stein habia desaparecido.

CAPITULO XIII.

El dia siguiente al de los sucesos referidos en el capítulo que precede, el Duque estaba sentado en su librería en frente de su carpeta. Tenia en la mano la pluma inmóvil y derecha, semejante á un soldado de ordenanza que no aguarda mas que una órden para ponerse en movimiento.

Abrióse lentamente la puerta, por la que se vió aparecer la hermosa cabeza de un niño de seis años, casi sumergida en una profusion de rizos negros.

— Papá Carlos, dijo; ¿estais solo? ¿Puedo entrar?

— ¿Desde cuándo, Angel mio, respondió el Padre, necesitas tú licencia para entrar en mi cuarto?

— Desde que no me quereis tanto como ántes, respondió el niño apoyándose en las rodillas de su Padre. Y eso que soy bueno: estudio bien con D. Federico, como me lo habeis mandado, y en prueba de ello voy á hablar en aleman.

— ¿De veras? dijo el Duque tomando á su hijo en brazos.

— De veras: escucha. *Gott segne meinen lieben Vater*; que quiere decir: Dios bendiga á mi buen Padre.

El Duque estrechó entre sus brazos á la hermosa criatura, la cual poniendo sus manecitas en los hombros de su Padre, y echándose atras añadió:

— *Und meine liebe Mutter*, que quiere decir; y á mi querida madre. — Ahora, dadme un beso, prosiguió el niño echándose al cuello del Duque.

— Pero, dijo de repente, se me olvidaba que traigo un recado de D. Federico.

— ¿De D. Federico? preguntó el Duque con extrañeza.

— Dice que quisiera hablaros.

— Que entre, que entre. Vé á decírselo, hijo mio. Su tiempo es precioso, y no debe perderlo.

El Duque guardó el papel en que habia trazado algunos reglones, y Stein entró.

— Señor Duque, le dijo, voy á causaros una gran sorpresa, porque vengo á tomar vuestras órdenes, á daros gracias por tantas bondades, y á anunciaros mi inmediata partida.

— ¡Partir! exclamó el Duque, con la expresion de la mas viva sorpresa.

— Sí, señor, sin demora.

— ¿Sin demora? ¿Y María?

— María no viene conmigo.

— Vamos, D. Federico, os chanceais. No puede ser.

— Lo que no puede ser, señor Duque, es que yo permanezca aquí.

— ¿La razón?

— ¡Ah! no me la preguntéis; porque no puedo decirla.

— No puedo concebir una sola, dijo el Duque, que sea bastante á justificar semejante locura.

— Bien imperiosa debe de ser, respondió Stein, la que me pone en el caso de tomar este partido extremo.

— Pero..... amigo Stein, ¿qué razón es esa?

— Debo callarla, señor.

— ¿Qué debéis callarla? exclamó el Duque, cada vez mas atónito.

— Así lo creo, dijo Stein; y este deber me priva del único consuelo que me quedaba, el de poder desahogar mi corazón en el del noble y generoso mortal que me abrió su mano poderosa, y se dignó llamarme su amigo.

— ¿Y á donde vais?

— A América.

— Eso es imposible, Stein; lo repito; ¡es imposible! exclamó el Duque, levantándose en un estado de agitacion que crecia por momentos. Nada puede haber en el mundo que os obligue á abandonar vuestra mujer, á separaros de vuestros amigos, á desertar de vuestro empleo, y á dejar plantada nuestra clientela, como podria hacerlo un tarambana. ¿Teneis ambicion? ¿Os han prometido mayores ventajas en América?

Stein sonrió amargamente.

— ¡Ventajas, Señor Duque! ¿No ha sobrepujado la fortuna todas las esperanzas que pudo haber soñado vuestro pobre compañero de viaje?

— Me confundís, dijo el Duque. ¿Es capricho? ¿Es un rapto de locura?

Stein callaba.

— De todos modos, añadió el Duque, es una ingratitud.

Al oír esta palabra cruel y tierna al mismo tiempo, Stein se cubrió el rostro con las manos, y su dolor largo rato comprimido estalló en hondos sollozos.

El Duque se acercó á él, le tomó la mano, y le dijo:

— No hay indiscrecion en desahogar sus penas en el corazon de un amigo, ni puede existir deber alguno que prohiba á un hombre recibir los consejos de las personas que se interesan en su bienestar, particularmente en las circunstancias graves de la vida. Hablad, Stein. Abridme vuestro corazon. Estais harto agitado para obrar á sangre fria: vuestra razon está demasiado ofuscada, para poder aconsejar cuerdamente. Sentémonos en este divan. Abandonáos á mis consejos en una circunstancia que parece de trascendencia, como yo me abandonaria á los vuestros, si me hallara en el mismo caso.

Stein se dió por vencido: sentóse cerca del Duque, y los dos quedaron por algun tiempo en silencio. Stein parecia ocupado en buscar el modo de hacer la declaracion que exigia la amistad del Duque. Por fin, levantando pausadamente la cabeza:

— Señor Duque, le dijo, ¿qué hariais si la señora Duquesa os prefiriese otro hombre?... ¿si os fuera infiel?

El Duque se puso en pié de un salto, erguida la frente, y mirando severamente á su interlocutor.

— Señor Doctor, esa pregunta.....

— Respondedme, respondedme, dijo Stein, cruzando los manos en actitud de un hombre profundamente angustiado.

— ¡Por Cristo Santo! dijo el Duque, ¡ambos moririan á mis manos!

Stein bajó la cabeza.

— Yo no los mataré, dijo; pero me dejaré morir!

El Duque empezó entónces á columbrar la verdad, y un temblor que no pudo contener, recorrió sus miembros.

— ¡María!.... exclamó al fin.

— María, respondió Stein sin levantar la frente, como si la infamia de su mujer fuese un peso que se la oprimiera.

— ¡Y la habeis sorprendido! dijo el Duque, pudiendo apenas pronunciar estas palabras, con una voz que la indignacion ahogaba.

— En una verdadera orgía, respondió Stein, tan licenciosa como grosera, en que el vino y el tabaco servian de perfumes, y en que el torero Pepe Vera se jactaba de ser

su amante. ¡Ah María, María! prosiguió, cubriéndose el rostro con las manos.

El Duque, que como todos los hombres serenos tenia un gran imperio sobre sí mismo, dió algunas vueltas por el aposento. Parándose despues delante de su pobre amigo, le dijo:

—Partid, Stein.

Stein se levantó; apretó entre sus manos las del Duque: quiso hablar, y no pudo.

El Duque le abrió sus brazos.

— Valor, Stein, le dijo; y hasta la vista.

— Adios, y.... para siempre! murmuró Stein, arrojándose fuera del cuarto.

Cuando el Duque estuvo solo, se paseó largo rato. A medida que se calmaba la agitacion producida por la terrible sorpresa que se habia apoderado de su alma al oir la revelacion de Stein, se iba asomando á sus labios la sonrisa del desprecio. El Duque no era uno de esos hombres de torpes inclinaciones, estragados y vulgares, para los cuales los desórdenes de la mujer, léjos de ser motivo de desvío y repugnancia, sirven de estimulante á sus toscos apetitos. En su temple elevado, altivo, recto y noble, no podian albergarse juntos el amor y el desprecio; los sentimientos mas delicados, al lado de los mas abyectos.

El desprecio iba, pues, sofocando en su corazon todo afecto, como la nieve apaga la llama del holocausto en el altar en que arde. Ya no existia para él la mujer á quien habia cantado en sus versos, y que en sus sueños le habia seducido.

— ¡Y yo, decia, yo que la adoraba, como se adora á un ser ideal; que la honraba como se honra á la virtud; que la respetaba, como debe respetarse á la mujer de un amigo!... ¡Y yo, que enteramente absorto en ella, me alejaba de la noble mujer, que fué mi primero, mi único amor!.... ¡la casta, la pura Madre de mis hijos! ¡mi Leonor, que todo lo ha sobrellevado en silencio, y sin quejarse!

Por un movimiento repentino, y cediendo al influjo poderoso de sus últimas reflexiones, el Duque salió de su gabinete, y se encaminó á las habitaciones de su mujer. Entró

en ellas por una puerta secreta. Al aproximarse á la pieza en que la Duquesa solia pasar el dia, oyó hablar y pronunciar su nombre. Entónces se detuvo.

— ¿Con que se ha hecho invisible el Duque? decia una voz agridulce. Hace quince dias que he llegado á Madrid, y no solo no se ha dignado venir á verme mi querido sobrino, sino que no le he visto en ninguna parte.

— Tia, respondió la Duquesa, puede ser que no sepa vuestra llegada.

— ¡No saber que la Marquesa de Gutibamba ha llegado á Madrid! No es posible, sobrina. Seria la única persona de la corte que lo ignorase. Además, me parece que has tenido sobrado tiempo para decírselo.

— Es verdad, Tia: soy culpable de ese olvido.

— Pero no hay que extrañarlo, continuó la voz agridulce. ¿Cómo ha de gustar de mi sociedad, ni de las personas de su clase, cuando todo el mundo dice que no trata mas que con cómicas?

— Es falso, respondió con sequedad la Duquesa.

— O eres ciega, dijo la Marquesa exasperada, ó eres consentidora.

— Lo que no consentiré jamas, dijo la Duquesa, es que la calumnia venga á hostilizar á mi marido, aquí, en su misma casa, y á los oídos de su mujer.

— Mejor hariais, continuó la voz, perdiendo mucho en lo dulce y ganando mucho en lo agrio, en impedir que tu marido diese lugar á lo mucho que se habla en Madrid sobre su conducta, que en defenderlo, alejando de aquí á todos tus amigos, con esas asperezas y repulsivas sentencias, que sin duda tienes prevenidas por orden de su confesor.

— Tia, respondió la Duquesa, mejor hariais en consultar al vuestro, sobre el lenguaje que ha de usarse con una mujer casada, sobrina vuestra.

— Bien está, dijo la Gutibamba; tu carácter austero, reservado y metido en tí, te priva ya del corazon de tu marido, y acabará por alejar de tí á todos tus amigos.

Y la Marquesa salió muy satisfecha de su peroracion.

Leonor se quedó sentada en su sofá, inclinada la cabeza,

y humedecido su hermoso y pálido rostro con las lágrimas que por largo tiempo habia logrado contener.

De repente se volvió dando un grito. Estaba en los brazos de su marido. Entónces estallaron sus sollozos; pero sus lágrimas eran dulces. Leonor conocia que aquel hombre, siempre franco y leal, al volver á ella, le restituia un corazon, y un amor sincero que ya nadie le disputaba.

— ¡Leonor mia! ¿Querrás y podrás perdonarme? dijo, dejándose caer de rodillas ante su mujer.

Esta selló con sus lindas manos los labios de su marido.

— ¿Vas á echar á perder lo presente con el recuerdo de lo pasado? le dijo.

— Quiero, dijo el Duque, que sepas mis faltas, juzgadas por el mundo con demasiada severidad, mi justificacion y mi arrepentimiento.

— Hagamos un pacto, dijo la Duquesa interrumpiéndole. No me hables nunca de tus faltas, y yo no te hablaré nunca de mis penas.

En este momento entró Angel corriendo. El Duque y la Duquesa se separaron por un movimiento pronto y simultáneo; porque en España, en donde el lenguaje es libre por demas, delante de los niños y los jóvenes, hay una extrema reserva en las acciones.

— ¿Llora Mamá? ¿llora Mamá? gritó el niño, poniéndose colorado, y llenándosele los ojos de lágrimas. ¿La habeis reñido, Papá Carlos?

— No, hijo mio, respondió la Duquesa. Lloro de alegría.

— ¿Y porqué? preguntó el niño, en cuyo rostro la sonrisa habia sucedido inmediatamente á las lágrimas.

— Porque mañana sin falta, respondió el Duque, tomándole en brazos y acercándose á su mujer, salimos todos para nuestras posesiones de Andalucía, que tu Madre desea ver, y allí seremos felices, como los ángeles en el Cielo.

El niño lanzó un grito de alegría, enlazó con un brazo el cuello de su Padre, y con el otro el de su Madre, acercando sus cabezas, y cubriéndolas sucesivamente de besos.

En aquel instante se abrió la puerta, y dió entrada al Marques de Elda.

— Papá Marques, gritó su nieto, mañana nos vamos todos.

— ¿De veras? preguntó el Marques á su hija.

— Sí, Padre, respondió la Duquesa; y una sola cosa falta á mi contento, y es que querais acompañarnos.

— Padre, dijo el Duque, ¿podeis negar algo á vuestra hija, que seria una santa, si no fuera un ángel?

El Marques miró á su hija, en cuyo rostro brillaba un gozo intenso; despues al Duque, que ostentaba la mas pura satisfaccion. Entónces una tierna sonrisa suavizó la austeridad natural de su semblante, y acercándose á su yerno:

— Venga acá esa mano, le dijo; y cuenta conmigo!

CAPITULO XIV.

María, indispuesta desde ántes de ir á la cena, habia empeorado, y tenia calentura á la mañana siguiente.

— Marina, dijo á su criada, despues de un inquieto y breve sueño, llama á mi marido; que me siento mala.

— El amo no ha vuelto, respondió Marina.

— Habrá estado velando algun enfermo, dijo María. ¡Tanto mejor! Me recetaria una cáfila de cosas y de remedios, y yo los aborrezco.

— Estais muy ronea, dijo Marina.

— Mucho, respondió María, y es preciso cuidarme. Me quedaré hoy en cama, y tomaré un sudorífico. Si viene el Duque, le dirás que estoy dormida. No quiero ver á nadie, Tengo la cabeza loca.

— ¿Y si viene alguien por la puerta falsa?

— Si es Pepe Vera, déjale entrar, que tengo que decirle. Echa las persianas, y véte.

Salió la criada, y á los pocos pasos volvió atras, dándose un golpe en la frente.

— Aquí, dijo, hay una carta que el amo ha dejado á Nicolas para entregárosela.

— Véte á paseo con tu carta, dijo María; aquí no se ve,

y ademas quiero dormir. ¿Qué me dirá? Me indicará el sitio donde le *llama el deber*. — ¿Qué se me da á mí de eso? — Deja la carta sobre la cómoda, y véte de una vez.

Algunos minutos despues volvió á entrar Marina.

— ¡Otra te pego! gritó su ama.

— Es que el Señor Pepe Vera quiere veros.

— Que entre, dijo María, volviéndose con prontitud.

Entró Pepe Vera, abrió las persianas para que entrase la luz, se echó sobre una silla sin dejar de fumar, y mirando á María, cuyas mejillas encendidas y cuyos ojos hinchados indicaban una séria indisposicion.

— ¡Buena estás! le dijo. ¿Qué dirá Poncio Pilatos?

— No está en casa, respondió María cada vez mas ronca.

— Tanto mejor; y quiera Dios que siga andando, como el judío errante, hasta el dia del juicio. — Ahora vengo de ver los toros de la corrida de esta tarde. ¡Ya nos darán que hacer los tales bichos! Hay uno negro que se llama *Medianoche*, que ya ha matado un hombre en el encierro.

— ¿Quieres asustarme, y ponerme peor de lo que estoy? dijo María. Cierra las persianas, que no puedo aguantar el resplandor.

— ¡Tonterías! replicó Pepe Vera: ¡puros remilgos! No está aquí el Duque para temer que te ofenda la luz, ni el *mata-sanos* de tu marido, para temer de que entre un soplo de aire, y te mate. Aquí huele á patchuli, á algalia, á almizcle, á cuantos potingues hay en la botica. Esas porquerías son las que te hacen daño. Deja que entre el aire, y que se oree el cuarto, que eso te hará provecho. Dime, prenda, ¿irás esta tarde á la corrida?

— ¿Acaso estoy capaz de ir? respondió María. Cierra esa ventana, Pepe. No puedo soportar esa luz tan viva, ni ese aire tan frio.

Al decir estas palabras, se levantó él, y abrió de par en par la ventana.

— Y yo, dijo Pepe, no puedo soportar tus dengues. Lo que tienes es poco mal y bien quejado: á Dios: non parece sino que vas á echar el alma! Pues, Señá de la media almendra, voy á mandar hacerte el ataúd, y despues á matar

á Medianoche; brindádoselo á Lucía del Salto, que se pondrá poco hueca en gracia de Dios.

— ¡Dáale con esa mujer! exclamó María, incorporándose con un gesto de rabia. ¿No dicen que se iba con un inglés?

— ¿Qué se habia de ir á aquellas tierras, donde no se ve el sol sino por entre cortinas, y dónde se duerme la gente en pié? dijo el torero.

— Pepe, no eres capaz de hacer lo que dices. ¡Seria una infamia!

— La infamia seria, dijo Pepe Vera, plantándose delante de María con los brazos cruzados, que cuando yo voy á exponer mi vida, en lugar de estar tú allí para animarme con tu presencia, te quedases en tu casa, para recibir al Duque con toda libertad, bajo el pretexto de estar resfriada.

— ¡Siempre el mismo tema! dijo María. ¿No te basta haber estado espiando oculto en mi cuarto, para convencerte por tus mismos ojos, de que entre el Duque y yo no hay nada? Sabes que lo que le gusta en mí es la voz, no mi persona. En cuanto á mí, bien sabes....

— Lo que yo sé, dijo Pepe Vera, es que me tienes miedo! ¡y haces bien, por vida mia! Pero Dios sabe lo que puede suceder, quedándote sola, y segura de que no puedo sorprenderte. No me fio de ninguna mujer; ni de mi madre.

— ¡Miedo yo! replicó María. ¡Yo!

Pero sin dejarla hablar, Pepe Vera continuó:

— ¿Me crees tan ciego que no vea lo que pasa? ¿No sé yo que le estás haciendo buena cara, porque se te ha puesto en el testuz que ese desaborido de tu marido tenga los honores de cirujano de la Reina, como acabo de saberlo de buena tinta?

— ¡Mentira! gritó María con toda su ronquera.

— ¡María! ¡María! No es Pepe Vera hombre á quien se da gato por liebre. Sábeta que yo conozco las mañas de los toros bravos, como las de los toros marrajos.

María se echó á llorar.

— Sí, dijo Pepe, suelta el trapo, que ese es el *Refugium peccatorum* de las mujeres. Tú te fias del refran; «mujer, llora, y vencerás.» — No, morena: hay otro que dice, «en

cojera de perro, y lágrimas de mujer, no hay que creer. Guarda tus lágrimas para el teatro; que aquí no estamos representando comedias. Mira lo que haces: si juegas falso, peligra la vida de un hombre. Con que, cuenta con lo que haces. Mi amor no es cosa de recetas ni de décimas. Yo no me pago de hipfios, sino de hechos. En una palabra, si no vas esta tarde á los toros, te ha de pesar.

Diciendo esto, Pepe Vera se salió de la habitacion.

Estaba á la sazón combatido por dos sentimientos de una naturaleza tan poderosa, que se necesitaba un temple de hierro para ocultarlos, como él lo estaba haciendo, bajo la exterioridad mas tranquila, el rostro mas sereno, y la mas natural indiferencia. Habia examinado los toros que debian correrse aquella tarde: jamas habia visto animales mas feroces. Habia concebido preocupacion extraordinaria hácia uno de ellos, achaque que suele ser comun entre los de su profesion, que se creen salvos y seguros si de aquel libran bien, sin cuidarse de los demas de la corrida.

Ademas, estaba celoso; ¡celoso él, que no sabia mas que vencer, y recibir aplausos! Le habian dicho que le estaban burlando, y dentro de pocas horas iba á verse entre la vida y la muerte, entre el amor y la traicion. Así lo creia al ménos.

Cuando salió Pepe Vera de la alcoba de María, esta desgarró las guarniciones bordadas de las sábanas; riñó ásperamente á Marina, lloró; despues se vistió, mandó recado á una compañera de teatro, y se fué con ella á los toros.

María, temblando con la fiebre y con la agitacion, se colocó en el asiento que Pepe Vera le habia reservado.

El ruido, el calor y la confusion aumentaron la desazón que sentia María. Sus mejillas siempre pálidas, estaban encendidas; un ardor febril animaba sus negros ojos. La rabia, la indignacion, los celos, el orgullo lastimado, la ansiedad, el terror, y el dolor físico se esforzaban en vano por arrancar una queja, un suspiro, de aquella boca tan cerrada y apretada como el sepulcro.

Pepe Vera la vió. En su rostro se bosquejó una sonrisa, que no hizo en María la menor impresion, como si resbalase

en su aspecto glacial, debajo del cual su vanidad herida juraba venganza.

El traje de Pepe Vera era semejante al que sacó en la corrida de que en otra parte hemos hecho mencion, con la diferencia de ser el raso verde, y las guarniciones de oro.

Ya se habia lidiado un toro, y lo habia despachado otro primer espada. Habia sido *bueno*: pero no tan bravo como habian creido los inteligentes.

Sonó la trompeta; abrió el toril su ancha y sombría boca, y salió un toro negro á la plaza.

— Ese es Medianoche! gritaba el gentío. Medianoche es el toro de la corrida; como si dijéramos el Rey de la funcion.

Medianoche, sin embargo, no salió de carrera, cual salen todos, como si fuesen á buscar su libertad, sus pastos, sus desiertos. El queria, ántes de todo, vengarse; queria acreditar que no seria juguete de enemigos despreciables; queria castigar. Al oir la acostumbrada gritería que lo circundaba, se quedó parado.

No hay la menor duda de que el toro es un animal estúpido. Pero con todo, sea que la rabia sea poderosa á aguzar la mas torpe inteligencia, ó que tenga la pasion la facultad de convertir el mas rudo instinto en perspicacia, ello es, que hay toros que adivinan y se burlan de las suertes mas astutas de la tauromaquia.

Los primeros que llamaron la atencion del terrible animal, fueron los picadores. Embistió al primero, y le tiró al suelo. Hizo lo mismo con el segundo sin detenerse, y sin que la pica bastase á contenerle, ni hiciese mas que herirle ligeramente. El tercer picador tuvo la misma suerte que los otros.

Entónces el toro, con las astas y la frente teñidas en sangre, se plantó en medio de la plaza, alzando la cabeza hácia el tendido, de donde salia gritería espantosa, excitada por la admiracion de tanta bravura.

Los chulos sacaron á los picadores á la barrera. Uno tenia una pierna rota, y le llevaron á la enfermería. Los otros dos fueron en busca de otros caballos. Tambien montó el sobresaliente; y miéntras que los chulos llamaban la atencion

del animal con las capas, los tres picadores ocuparon sus puestos respectivos, con las garrochas en ristre.

Dos minutos despues de haberlos divisado el toro, yacian los tres en la arena. El uno tenia la cabeza ensangrentada, y habia perdido el sentido. El toro se encarnizó en el caballo, cuyo destrozado cuerpo servia de escudo al mal parado jinete.

Entónces hubo un momento de lúgubre terror.

Los chulillos procuraban en vano, y exponiendo sus personas, distraer la atencion de la fiera; mas ella parecia tener sed de sangre, y querer saciarla en su víctima. En aquel momento terrible un chulo corrió hácia el animal, y le echó la capa á la cabeza para cegarle. Lo consiguió por algun instante; pero el toro sacó la cabeza, se desembarazó de aquel estorbo, vió al agresor huyendo, se precipitó en su alcance, y en su ciego furor, pasó delante, habiéndole arrojado al suelo. Cuando se volvió, porque no sabia abandonar su presa, el ágil lidiador se habia puesto en pié y saltado la barrera, aplaudido por el concurso con alegres aclamaciones. Todo esto habia pasado con la celeridad del relámpago.

El heróico desprendimiento con que los toreros se auxilian y defienden unos á otros, es lo único verdaderamente bello y noble en estas fiestas crueles, inhumanas, inmorales, que son un anacronismo en el siglo que se precia de ilustrado. Sabemos que los aficionados españoles, y los exóticos como el vizconde de Fadièse, montados siempre medio tono mas alto que los primeros, ahogarán nuestra opinion con sus gritos de anatema. Por esto nos guardamos muy bien de imponerla á otros, y nos limitamos á mantenernos en ella. No la discutimos ni sostenemos, porque, ya lo dijo San Pablo con su inmenso talento: «Nunca disputeis con palabras, porque para nada sirve el disputar;» y Mr. Joubert afirma tambien «que el trabajo de la disputa excede con mucho á su utilidad.»

El toro estaba todavía enseñoreándose solo, como dueño de la plaza. En la concurrencia dominaba un sentimiento de terror. Pronunciábanse diversas opiniones: los unos querian que los cabestros entrasen en la plaza, y se llevasen al

formidable animal, tanto para evitar nuevas desgracias, como á fin de que sirviese para propagar su valiente casta. A veces se toma esta medida; pero lo comun es que los toros indultados no sobrevivan á la inflamacion de sangre que adquirieron en el combate. Otros querian que se le desjarretase para poder matarle sin peligro. Por desgracia, la gran mayoría gritaba que era lástima, y que un toro tan bravo debia morir con todas las reglas del arte.

El Presidente no sabia qué partido tomar. Dirigir y mandar una corrida de toros no es tan fácil como parece. Mas fácil á veces es presidir un cuerpo legislativo. En fin, lo que acontece muchas veces en estos, sucedió en la ocasion presente. Los que mas gritaban, pudieron mas; y quedó decidido que aquel poderoso y terrible animal muriese en regla, y dejándole todos sus medios de defensa.

Pepe Vera salió entónces armado á la lucha. Despues de haber saludado á la autoridad, se plantó delante de María, y la brindó el toro.

El estaba pálido; María encendida, y los ojos saltándose de las órbitas. Su aliento salia del pecho agitado, como el ronco resuello del que agoniza. Echaba el cuerpo adelante, apoyándose en la barandilla, y clavando en ella las uñas. María amaba á aquel hombre jóven y hermoso, á quien veia tan sereno delante de la muerte. Se complacia en un amor que la subyugaba, que la hacia temblar, que le arrancaba lágrimas; porque ese amor brutal y tiránico, ese cambio de afectos profundos, apasionados y exclusivos, era el amor que ella necesitaba; como ciertos hombres de organizacion especial, en lugar de licores dulces y vinos delicados, necesitan el poderoso estimulante de las bebidas alcohólicas.

Todo quedó en el mas profundo silencio. Como si un horrible presentimiento se hubiese apoderado de las almas de todos los presentes, oscureciendo el brillo de la fiesta, como la nube oscurece el del sol.

Mucha gente se levantó, y se salió de la plaza.

El toro, entretanto, se mantenía en medio de la arena con la tranquilidad de un hombre valiente, que, con los bra-

zos cruzados y la frente erguida, desafía arrogantemente á sus adversarios.

Pepe Vera escogió el lugar que le convenia, con su calma y desgaire acostumbrados, y señalándoselo con el dedo á los chulos:

— ¡Aquí! les dijo.

Los chulos partieron volando, como los cohetes de un castillo de pólvora. El animal no vaciló un instante en perseguirlos. Los chulos desaparecieron. El toro se encontró frente á frente con el matador.

Esta formidable situacion no duró mucho. El toro partió instantáneamente, y con tal rapidez, que Pepe Vera no pudo prepararse. Lo mas que pudo hacer, fué separarse para eludir el primer impulso de su adversario. Pero aquel animal no seguia, como lo hacen comunmente los de su especie, el empuje que les da su furioso ímpetu. Volvióse de repente, se lanzó sobre el matador como el rayo, y le recogió ensartado en las astas: sacudió furioso la cabeza, y lanzó á cuatro pasos el cuerpo de Pepe Vera, que cayó como una masa inerte.

Millares de voces humanas lanzaron entónces un grito, como solo hubiera podido concebirlo la imaginacion de Dante: un grito que desgarraba las entrañas; hondo, lúgubre, prolongado!

Los picadores se echaron con sus caballos y garrochas sobre el toro, para impedir que recogiese á su víctima.

Los chulos, como bandada de pájaros, le circundaron tambien.

— ¡Las medias lunas! ¡las medias lunas! gritó la concurrencia entera. El Alcalde repitió el grito.

Salieron aquellas armas terribles, y el toro quedó en breve desjarretado: el dolor y la rabia le arrancaban espantosos bramidos. Cayó por fin muerto, al golpe del puñal que le clavó en la nuca el innoble cachetero.

Los chulos levantaron á Pepe Vera.

— ¡Está muerto! tal fué el grito que exhaló unánime el brillante grupo que rodeaba al desventurado jóven, y que de boca en boca, subió hasta las últimas gradas, cerniéndose sobre la plaza á manera de fúnebre bandera!!

.

Transcurrieron quince dias despues de aquella funesta corrida.

En una alcoba, en que se veian todavía algunos muebles decentes, aunque habian desaparecido los de lujo; en una cama elegante, pero cuyas guarniciones estaban marchitas y manchadas, yacia una jóven pálida, demagrada y abatida. Estaba sola.

Esta mujer pareció despertar de un largo y profundo sueño. Incorporóse en la cama, recorriendo el cuarto con miradas atónitas. Apoyó su mano en la frente, como si quisiese fijar sus ideas, y con voz débil y ronca dijo: ¡Marina! — Entró entónces, no Marina, sino otra mujer, trayendo una bebida que habia estado preparando.

La enferma la miró.

— ¡Yo conozco esa cara! dijo con sorpresa.

— Puede ser, hermana, respondió la que habia entrado, con mucha dulzura. Nosotras vamos á las casas de los pobres como á las de los ricos.

— Pero, ¿dónde está Marina? ¿Dónde está? dijo la enferma.

— Se ha huido con el criado, robando cuanto han podido haber á las manos.

— ¿Y mi marido?

— Se ha ausentado sin saberse á dónde.

— ¡Jesus! exclamó la enferma, aplicándose las manos á la frente.

— ¿Y el Duque? preguntó despues de algunos instantes de silencio. Debeis conocerle, pues en su casa fué donde creo haberos visto.

— ¿En casa de la Duquesa de Almansa? sí, en efecto, esa señora me encargaba de la distribucion de algunas limosnas. Se ha ido á Andalucía con su marido y toda su familia.

— ¡Con qué estoy sola, y abandonada! exclamó entónces la enferma, cuyos recuerdos se agolpaban á su memoria, siendo los primeros los mas lejanos, como suele suceder al volver en sí de un letargo.

— ¿Y qué? ¿no soy yo nadie? dijo la buena hermana

de la Caridad, circundando con sus brazos á María. Si ántes me hubieran avisado, no os hallariais en el estado en que os halláis.

De repente salió un ronco grito del dolorido pecho de la enferma.

— ¡Pepe!... ¡el toro!... ¡Pepe!... ¡muerto!... ¡ah!
Y cayó sin sentido en la almohada.

CAPITULO XV.

Seis meses despues de los sucesos referidos en el último capítulo, la Condesa de Algar estaba un dia en su sala, en compañía de su Madre. Ocupábase en adornar con cintas, y en probar á su hijo un sombrero de paja.

Entró el General Santa María.

— Ved, Tio, dijo, que bien le sienta el sombrero de paja á este ángel de Dios.

— Le estás mimando que es un contento, repuso el General.

— No importa, intervino la Marquesa. Todas mimamos á nuestros hijos, que no por eso dejan de ser hombres de provecho. No te mimó poco nuestra Madre, hermano; lo cual no te ha impedido ser lo que eres.

— Mamá, dame un bizcocho, dijo con media lengua el niño.

— ¿Qué significa eso de tutear á su Madre, señor renacuajo? dijo el General. No se dice así: se dice, «Madre, ¿quiere Vd. hacerme el favor de darme un bizcocho?»

El niño se echó á llorar, al oír la voz áspera de su Tio. La Madre le dió un bizcocho á hurtadillas, y sin que el General lo viese.

— Es tan chico, observó la Marquesa, que todavía no sabe distinguir entre el *tú* y el *usted*.

— Si no lo sabe, replicó el General, se le enseña.

— Pero Tio, dijo la Condesa, yo quiero que mis hijos me tuteen.

— ¡Cómo, sobrina! exclamó el General. ¿Tambien quieres tú entrar en esa moda, que nos ha venido de Francia, como todas las que corrompen las costumbres?

— ¿Con qué el tuteo entre padres é hijos corrompe las costumbres?

— Sí, sobrina; como todo lo que contribuye á disminuir el respeto, sea lo que fuere. Por esto me gustaba la antigua costumbre de los Grandes de España, que exigian el tratamiento de Excelencia á sus hijos.

— El tuteo, que pone en un pié de igualdad, que no debe existir entre Padres é hijos, no hay duda que disminuye el respeto, dijo la Marquesa. Dicen que aumenta el cariño; no lo creo. ¿Acaso, hija mia, me habrias amado mas si me hubieras tuteado?

— No, Madre, dijo la Condesa, abrazándola con ternura; pero tampoco os hubiera respetado ménos.

— Siempre has sido tú una hija buena y dócil, dijo el General, y las excepciones no prueban nada. Pero, vamos á otra cosa. Traigo á Vds. una noticia, que no podrá ménos de serles grata. La hermosa corbeta *Iberia*, procedente de la Habana, acaba de llegar á Cádiz; con que mañana es probable que demos un abrazo á Rafael. ¡Qué afortunado es ese muchacho! Apénas nos escribe que tenia ganas de volver á la Península, cuando se le presenta la ocasion que deseaba, y el Capitan General le envía de vuelta con pliegos importantes.

Aun estaban la Marquesa y la Condesa expresando la alegría que esta noticia les causaba, cuando se abrió la puerta, y Rafael Arias se precipitó en los brazos de sus parientas, estrechándolas repetidas veces entre los suyos, y la mano al General.

— ¡Cuánto me alegro de verte, mi bueno, mi querido Rafael! decia la Condesa.

— ¡Jesus! añadió la Marquesa; ¡gracias á Nuestra Señora del Carmen, que estas de vuelta! Pero ¿qué necesidad tenias, con un buen patrimonio, de ir á pasar la mar, como si fuera un charco? Apuesto á que te has mareado.

— Eso es lo de ménos, porque es mal pasajero, respondió Rafael; pero tuve otro mal que empeoraba de dia en dia, y era el ansia por mi Patria y por las personas de mi cariño. No sé si es porque España es una excelente madre, ó porque nosotros los españoles, somos buenos hijos, lo cierto es que no podemos vivir sino en su seno.

— Es por lo uno y por lo otro, mi querido sobrino; por lo uno y por lo otro, repitió con una sonrisa de gran satisfaccion el General.

— ¡Es la Habana país muy rico! ¿no es verdad, Rafael? preguntó la Condesa.

— Sí, prima, respondió Rafael; y sabe serlo, como una gran Señora que es. Su riqueza no es como la del que se enriqueció ayer; que á manera de torrentes, corre, se precipita y pasa, haciendo gran estrépito. Allí la opulencia mana blandamente y sin ruido, como un rio profundo y copioso, que deriva sus aguas de manantiales permanentes. Allí la riqueza está en todas partes; y sin necesidad de anunciarse con ostentacion, todo el mundo la ve y la siente.

— Y las mujeres, ¿te han gustado? preguntó la Condesa.

— Regla general, contestó Rafael: todas las mujeres me gustan en todas partes. Las jóvenes porque lo son; las viejas porque lo han sido; las niñas porque lo serán.

— No generalices tanto la cuestion, Rafael: precísala.

— Pues bien, prima: las habaneras son unos preciosos *Lazzaronis* femeninos, cubiertas de olan y de encajes; cuyos zapatos de raso son adornos inútiles de los pequeñísimos miembros á que están destinados, puesto que jamas he visto á una habanera en pié. Cantan hablando como los ruseñores; viven de azúcar como las abejas, y fuman como las chimeneas de vapor. Sus ojos negros son poemas dramáticos: y su corazon un espejo sin azogar. El drama lúgubre y horripilante no se hizo para aquel gran vergel, en donde pasan las mujeres la vida recostadas en sus hamacas, meciéndose entre flores, aireadas por sus esclavas con abanicos de plumas.

— ¿Sabes, dijo la Condesa, que la voz pública anunció que te ibas á casar?

— Esa señora doña *Voz pública*, mi querida Gracia, se arroga hoy el lugar que ocupaban ántes los bufones en las cortes de los Reyes. Como ellos, dice todo lo que se le antoja, sin cuidarse de que sea cierto: así pues, Doña *Voz pública* ha mentido, prima.

— Pues decia mas, añadió la Condesa riéndose. Le daba á tu futura dos millones de duros de dote.

Rafael se echó á reir.

— Ya caigo en la cuenta, dijo: en efecto, el Capitan General tuvo la idea de endosarme esa letra de cambio.

— ¿Y qué tal era mi presunta prima?

— Fea como el pecado mortal. Su espaldilla izquierda se inclinaba decididamente hácia la oreja del mismo lado, y la derecha por el contrario, demostraba el mayor alejamiento por la oreja su vecina.

— ¿Y qué respondiste?

— Que no me gustaban las píldoras, ni aun doradas.

— Mal hecho, dijo el General.

— Mal hecho era su torso, Señor.

— Y mas, sabiendo, dijo la Condesa, que No acabó la frase al notar que una expresion penosa, como de amargo recuerdo, se habia esparcido en la abierta y franca fisonomía de su primo.

— ¿Es feliz? preguntó.

— Cuanto es posible serlo en este mundo, respondió la Condesa. Vive muy retirada, sobre todo desde que se han presentado síntomas de hallarse en estado de *buena esperanza*, segun la expresion alemana de que se servia Don Federico, expresion harto mas sentida, y ménos meliflua que la inglesa de *estado interesante*, á la cual hemos dado carta de connaturalizacion. . . .

— Con el ridículo espíritu de extranjerismo y de imitacion que vive y reina, añadió el General, y el pésimo gusto que lós inspira y dirige. ¿Porqué no ha de decirse clara y castizamente, embarazo ó preñez, en lugar de esas ridículas y afectadas frases traducidas? Lo mismo haceis que hacian los franceses en el siglo pasado cuando representaban con polvos y tontillos á las diosas del Paganismo.

— ¿Y él? preguntó Arias.

— Cambiado enteramente, desde que se casó y se reconcilió con su cuñado. Este es el que le dirige en todo. Ahora labra por sí sus haciendas, aconsejado por mi marido, con el que pasa semanas enteras en el campo. En fin, es el niño mimado de la familia, donde ha sido recibido como el hijo pródigo.

— Hé aquí porqué, observó el General, nuestro sensato proverbio dice: mas vale malo conocido, que bueno por conocer.

— ¿Y Eloisa? tornó á preguntar Arias.

— Esa es una historia *lamentable*, dijo la Condesa. Se casó en secreto con un aventurero frances que se decia primo del Príncipe de Rohan, colaborador de Dumas, enviado por el Baron Taylor para comprar curiosidades artísticas, y que por desgracia se llamaba Abelardo. Ella encontró en su nombre y en el de su amante, la indicacion de su union marcada por el Destino. En él vió un hombre que era al mismo tiempo literato, artista y de familia de Príncipes, y creyó haber encontrado el ser ideal que habia visto en sus dorados ensueños. A sus Padres, que se oponian á aquella union, los miraba como tiranos de melodrama, de ideas atrasadas y sumidos en el oscurantismo...

— Y en el *españolismo*, añadió el General en tono de ironía. Y la señorita ilustrada, *nutrida de* novelas y de poesías lloronas, se unió con aquel gran bribon, casado ya dos veces, como despues lo supimos. Pasados algunos meses, y despues de haber gastado todo el dinero que ella le llevó, la abandonó en Valencia, adonde fué á buscarla su desventurado Padre, para traerla deshonorada, ni casada, ni viuda, ni soltera. Ved ahí, sobrinos mios, adonde conduce el extranjerismo exagerado y falso.

— Rafael, tú habrias podido ahorrarle sus desgracias, dijo la Condesa.

— ¡Yo! exclamó su primo.

— Sí, tú, continuó Gracia. Tú sabes muy bien cuánto te estimaba, y cuánto precio daba á tu opinion.

— Sí, dijo el General, porque merecias la de los extranjeros.

— Hablando de otra cosa, ¿qué es de nuestro punto de admiracion, el insigne A. Polo de Mármol de los Cementerios? preguntó Arias.

— Se ha metido á *hombre político*, respondió Gracia.

— Ya lo sé, dijo Rafael: ya sé que ha escrito una oda contra el trono, bajo el seudónimo de la Tiranía.

— ¡Pobre tiranía! dijo el General: de árbol caído todos hacen leña: ya recibió la coz del asno!

— Ya sé, prosiguió Rafael, que escribió otro poema contra las Preocupaciones, contando entre ellas el presagio fatal que se atribuye al número 13, la infalibilidad del Papa, el vuelco de un salero, y la fidelidad conyugal.

— ¡Vaya, Rafael! exclamó la Condesa riéndose, que no ha dicho nada de eso.

— Si no son las mismas palabras, dijo Rafael, tal es poco mas ó ménos el espíritu de aquella obra maestra, la cual será clasificada por la opinion

— Entre las polillas que están carcomiendo esta sociedad, dijo el General. Cuando esté destruida, veremos con qué la reemplazan!

— Además, prosiguió Rafael, ya sé que nuestro A. Polo ha compuesto una sátira (se sentia inclinado á este género; y hace mucho tiempo que sintió brotar en su cabeza los cuernos de Marsías), una sátira, digo, contra la hipocresía, en la cual dice que es un rasgo de hipocresía reclamar el pago de la asignacion del clero, de los exclaustros y de las monjas.

— Pues bien, sobrino, dijo el General; con esas bellas composiciones hizo bastantes méritos para que le recibiesen de colaborador en un periódico de oposicion.

— Ya caigo, dijo Rafael; y adivino lo que sucedió, porque es una farsa que se representa todos los dias. Cortó la pluma á guisa de mandíbula asnal, y armado con ella, atacó á los Filisteos del poder.

— Lo has acertado como un profeta, dijo el General. No sé cómo se ha ingeniado: lo cierto es que en el dia le tienes hecho un personaje: con dinero, rebosando *buen tono*, y reventando *da forte*.

— Estoy seguro, dijo Rafael, que va á ponerse otro nom-

bre mas, A. POLO MARMOL DE CARRARA; y que, sin dejar de escribir contra la nobleza y las distinciones, solicita y obtiene algun cargo honorífico de la Corte, como por ejemplo: CABALLERIZO MAYOR DEL PARNASO. — Y al Duque ¿le encontraré en Madrid?

— No, pero podrás verle al pasar por Córdoba, donde se halla con toda su familia.

— El Duque ha tomado por fin mi consejo, dijo el General; se ha separado de la vida pública. Todas las personas de importancia deben en estos tiempos retirarse á sus tiendas como Aquiles.

— Pero, Tio, dijo Rafael, ese es el modo de que todo se lo lleve la trampa.

— Dicen, continuó la Condesa, que el Duque se ha dedicado enteramente á la literatura. Está componiendo algo para el teatro.

— Apuesto á que el título de la pieza será: *La cabra tira al monte*; dijo Rafael en voz baja á la Condesa. — Aludía esto á los amores de María con Pepe Vera, que todo el mundo sabia ménos aquellos dos hombres tan parciales de María, que nunca pudo ni la nobleza del uno ni la buena fe del otro sospechar algo malo en ella.

— Calla, Rafael, repuso su prima. Debemos hacer con nuestros amigos lo que hicieron los buenos hijos de Noé con su Padre.

— ¿Qué dice? preguntó la Marquesa.

— Nada, Madre, respondió la Condesa: habla de la pieza sin haberla leído.

— ¿Y Marisalada? preguntó Rafael, ¿ha subido al Capitolio en un carro de oro puro, tirado por aficionados?

— Ha perdido la voz, respondió la Condesa, de resultas de una pulmonía. ¿Lo ignorabas?

— Tan ajeno estaba de ello, respondió Rafael, que le traigo magníficas proposiciones de ajuste para el teatro de la Habana. Pero ¿en qué ha venido á parar?

— Ya que no puede cantar, dijo el General, seguirá probablemente el consejo de la hormiga de la fábula, aprenderá á bailar.

— O lo que es mas probable, dijo la Condesa, estará llorando sus faltas y la pérdida de su voz.

— Pero ¿dónde está? repitió con instancia Rafael.

— No lo sé, respondió la Condesa, y lo siento, porque quisiera ofrecerle consuelos y socorros si los necesita.

— Guárdalas para quien los merezca, dijo el General.

— Todos los desgraciados los merecen, Tio, repuso la Condesa.

— Bien dicho, hija mia, dijo en tono sentido su Madre. Haz bien, y no mires á quién. Haz mal, y guardarte has como dice el refran.

— Insisto en preguntar dónde se halla; continuó Rafael, porque le traigo una carta.

— ¿Una carta! ¿Y de quién?

— De su marido.

— ¿Le has visto? preguntó con interes la Condesa. ¿Pues no decian que estaba en Alemania?

— No es cierto. Se embarcó en el mismo buque que nosotros, para la Habana. ¡Qué mudado estaba, y cuán desgraciado era! Estoy seguro de que no le habriais conocido; pero siempre tan suave, tan condescendiente, tan bueno! Poco tiempo despues de nuestra llegada, murió de la fiebre amarilla.

— ¿Murió? exclamaron á un tiempo la Marquesa y su hija.

— ¡Pobre, pobre Stein! dijo la Condesa.

— Dios le tenga en su gloria! añadió la Madre.

— Sobre la conciencia de la maldita cantatriz, va la muerte de ese hombre de bien, dijo el General.

— Yo, que me creo invulnerable, prosiguió Rafael, aunque no habia tenido la epidemia, fui á verle cuando supe que estaba enfermo.

— ¡Mi buen Rafael! dijo la Condesa tomando la mano de su primo.

— La enfermedad fué tan violenta, que le encontré casi en las últimas: pero le hallé tan tranquilo y tan benévolo como siempre. Me dió gracias por mi visita, y me dijo, que era una felicidad para él, ver una cara amiga ántes de morir. Me pidió pluma y papel, escribió casi moribundo algunos ren-

glones, y me pidió que pusiese el sobrescrito á su mujer, y que se los enviase, juntamente con su fe de muerto. En seguida le sobrevinieron los vómitos, y murió, con una mano en la del sacerdote que le ayudaba á bien morir, y la otra en la mia. — Yo te entregaré este depósito, prima, para que lo envíes con un hombre de confianza á Villamar, donde probablemente se habrá retirado ella al lado de su Padre. Hé aquí la carta, dijo Rafael, sacando del bolsillo un papel cuidadosamente doblado. Yo la leo algunas veces, como se lee un himno.

La Condesa desplegó la carta y leyó:

«María! tú á quien tanto he amado, y á quien amo aun; si mi perdon puede ahorrarte algunos remordimientos, si mi bendicion puede contribuir á tu felicidad, recibe ambos desde mi lecho de muerte.»

Fritz Stein.

CAPITULO XVI.

Si el lector quiere ántes de que nos separemos para siempre, echar otra ojeada sobre aquel rinconcillo de la tierra llamado Villamar, bien ajeno sin duda del distinguido huésped que va á recibir en su seno, le conduciremos allá, sin que tenga que pensar en fatigas ni gastos de viaje. Y en efecto, sin pensar en ello, ya hemos llegado. Pues bien, amable lector, aquí tienes el birrete de Merlin: hazme el favor de cubrirte con él, porque si permaneces tan visible como estás ahora, turbarás con tu presencia aquel lugar sosegado y quieto, así como un objeto cualquiera arrojado á las aguas dormidas y claras de un estanque, altera su transparencia y reposo.

Después de cuatro años, es decir, un día de verano de 1848, encontrarías al dicho pueblo tan tranquilamente sentado al borde del mar, como si fuera un pescador de caña. Vamos á dar cuenta de algunos graves sucesos públicos y privados, que habian ocurrido allí durante aquel intervalo.

Empecemos por la malaventurada inscripcion que tantos afanes habia costado al Alcalde ilustrado, de oficio herrero, el cual solia decir que el hierro no era mas duro que las cabezas de sus subordinados; inscripcion, que habia causado ademas un tremendo batacazo al maestro de escuela y tres dias de flatos á Rosa Mística; pero que en compensacion, habia hecho pasmar de admiracion á D. Modesto Guerrero.

Los demas habitantes habian tomado la inscripcion por un bando: uno de aquellos bandos que empiezan: «Cuatro ducados de multa al que arroje inmundicias de cualquiera especie en este sitio.»

Los aguaceros de Andalucía, que parecen mas bien destinados á azotar la tierra que á regarla, habiendo caido en las hermosas letras que de mayor á menor la componian, la habian casi borrado.

Temeroso el Alcalde de que produjese esta vista una impresion análoga en el patriotismo de los habitantes, se propuso despertar en su corazon este noble sentimiento, por otro medio mas eficaz y poderoso. El nombre de CALLE REAL ofendia sus orejas representativas. Quiso *patriotizarlo*, y publicó un bando para que aquel nombre malsonante se cambiase en el de CALLE DE LOS HIJOS DE PADILLA.

Con este motivo hubo su poco de motin en Villamar. ¿Qué punto del globo se escapa sin motines en el siglo en que vivimos?

Era el caso que habia muerto uno de los habitantes de la misma calle, llamado Cristóbal Padilla, y sus hijos heredaron naturalmente la casa que en la misma localidad poseia. Pero en el mismo caso se hallaban los Lopez, los Perez y los Sanchez, los cuales protestaron enérgicamente contra tan infundada preferencia. En vano quiso explicarles el Alcalde que los llamados Hijos de Padilla compusieron en otro tiempo una asociacion de hombres libres: á esto respondian ellos, que ya sabian que los Padillas eran hombres libres, y que nadie pensaba en disputarles este título. Pero que tambien lo eran, y lo habian sido desde la creacion del mundo, los Lopez, los Perez y los Sanchez; que ellos no pasaban por la humillacion de verse pospuestos á los Padillas; y que si

el Alcalde insistia en su empeño, ellos se quejarian á la autoridad competente, porque siempre habian existido tribunales superiores á donde poder acudir contra la arbitrariedad y la injusticia, á ménos que con las novedades del dia no se los hubiese llevado la trampa.

El alcalde, aburrido de tanto clamoreo, los envió á todos los demonios.

No sabiendo á qué santo encomendarse para dar á Villamar cierto aire moderno, que lo elevase á la altura del dia, imaginó dar al camino que iba desde el pueblo á la colina en que estaban el cementerio y la capilla del Señor del Socorro, el nombre patriótico de CAMINO DE URDAX, por ser el de una batalla que precedió al convenio de Vergara.

Pero entónces le salió peor la cuenta. Hubo motin de mujeres: motin en regla, capitaneado por Rosa Mística en persona. Sus gritos y sus lamentaciones habrian aturdido á los sordos.

— ¿Qué quiere decir Urdax? gritaba la una.

— ¿Qué tenemos nosotros que ver con Urdax? clamaba la otra.

— ¿Quién ha de querer enterrarse en Urdax? chillaba una vieja.

— Señor Alcalde, dijo una pobre viuda, si tanto empeño tiene Vd. en hacer mejoras, disminuya Vd. las contribuciones, póngalas como estaban ántes, en tiempo del Rey, y deje Vd. á las cosas los nombres que siempre han tenido.

— Si tanto le place á Vd. el nombre de Urdax, dijo una jóven, póngaselo á sí propio.

— Señor, dijo gravemente Rosa Mística: ese camino es el de la VIA CRUCIS, y Vd. lo profana con ese nombre moruno.

El alcalde se tapó los oidos, y echó á correr.

Frustradas tantas bellas ideas, declaró que los habitantes de Villamar eran unos animales, unos brutos estólidos, partidarios del abominable tiempo del absolutismo, sin otro móvil que el bajo interes pecuniario; enemigos de todo progreso social, y de toda mejora; despreciables rutineros, que no merecian llamarse aldeanos, y mucho ménos ciudadanos libres.

Y despues de este formidable anatema, Villamar y sus habitantes continuaron pasándolo tan bien como ántes.

Poco tiempo despues, se leia en un periódico de los de fuste:

«Nuestro corresponsal de Villamar (Andalucía baja) nos escribe: La tranquilidad pública ha estado amenazada en esta poblacion. Algunos mal intencionados, excitados sin duda por los infames agentes de la odiosa faccion, han querido oponerse á las sábias mejoras, á los útiles progresos, que nuestro digno alcalde D. Perfecto Cívico queria introducir, bajo el ridículo pretexto de que no eran necesarios. Pero la admirable sangre fria, el valor heróico de que ha dado muestras aquella excelente autoridad, intimidaron á los audaces, y todo ha entrado en el orden, sin que hayamos tenido que deplorar ningun grave accidente. Vivan sin inquietud los buenos patriotas. Sus hermanos de Villamar sabrán frustrar las maniobras de nuestros enemigos.

«Como estamos en Julio, la temperatura está bastante elevada. No podemos decir positivamente hasta cuántos grados; porque la civilizacion no ha proporcionado todavía á Villamar el beneficio de un termómetro.

«La cosecha se presenta bien, sobre todo en el ramo de calabazas, cuya cantidad y dimensiones llenan de satisfaccion y de alegría á sus honrados cosecheros.» Firmado

EL PATRIOTA MODELO.

Es excusado decir que este modelo de patriotismo era el mismo alcalde, autor del artículo.

Este buen hombre habia sido albeitar, y corriendo por el mundo, habia llegado á una altura prodigiosa en ideas modernas y miras avanzadas. Hablaba mucho, y se escuchaba á sí propio, con lo cual nunca le faltaba auditorio. Tambien era el único representante de su partido en Villamar; así como el médico que habia reemplazado á Stein, lo era del *justo medio*.

La pandilla del Cura, de Rosa Mística, y de las buenas mujeres, como la tia María, estaba por las ideas antiguas. La de Ramon Perez y otros cantarines, no tenia color polí-

tico. La de José y otros pobres de su clase, echaba de menos los bienes pasados, y deploraba los males presentes, sin definir su origen. Quedaba el escribano, que era un descarado bribon, como suele haberlos en los pueblos pequeños; acérrimo defensor del partido triunfante, y lo que es peor, perseguidor encarnizado del vencido; animal maléfico y hostil que solo se domestica con plata.

Pero volvamos á nuestro asunto.

La torre del fuerte de San Cristóbal se habia derrumbado, y con ella las últimas esperanzas que abrigaba D. Modesto, de ver figurar su fuerte en la misma línea que Gibraltar, Brest, Cádiz, Dunquerque, Malta y Sebastopol.

Pero nada habia causado tanta admiracion en nuestros amigos, los habitantes de Villamar, como la mudanza que se observaba en la tienda del barbero Ramon Perez.

Ramon Perez, despues de la muerte de su Padre, que acaeció algunos meses despues de la partida de María, no habia podido resistir al deseo de ir tambien á la capital, siguiendo los pasos de la ingrata, que le habia sacrificado á un *desaborido* extranjero. Emprendió, pues, su marcha, y volvió al cabo de quince dias, trayendo consigo:

Primero: un caudal inagotable de mentiras y fanfarronadas:

Segundo: una infinidad de canciones á la italiana, á cual mas detestables:

Tercero: un aire de taco, un gesto de *¿qué se me da á mí?* una desenvoltura, un *sans-façon*, capaz de rallar las tripas á todos los habitantes de Villamar, cuyas desgraciadas orejas, y mas desgraciadas mandibulas conservaron largo tiempo deplorables testimonios de aquellas nuevas adquisiciones.

Cuarto: las mas funestas aspiraciones á imitar al leon de los barberos, Fígaro, que por desgracia vió ejecutar en el teatro de Sevilla. Por consiguiente, á imitacion de su modelo, habia procurado sacar al alcalde de la senda del progreso, para introducirlo en la del conde de Almaviva: pero en primer lugar, como el alcalde era casado, habria sido difícil encontrar en Villamar una Rosina, que hubiera querido pasar por aquel inconveniente. En segundo lugar, la alcaldesa era una gallega de admirable fuerza y robustez, y naturalmente

era mas temible á sus ojos que el doctor Bartolo lo habia sido á los de su modelo.

Ramon Perez habia traído de sus viajes otra cosa, que no reveló á nadie, y cuya adquisicion hizo del modo siguiente:

Una noche, que rondaba la calle en que vivia Marisalada, suspirando como una ballena, llamó la atencion de un jóven que guardaba una esquina, embozado en su capa hasta los ojos, y que acercándose á él, le dijo esta sola palabra: — ¡Largo!

Ramon quiso replicar; pero recibió tan vigoroso puntapié que el cardenal que le resultó, contribuyó poderosamente á que su viaje de vuelta fuera sumamente penoso, puesto que habia recaído en el lugar que estaba en contacto con el albardon.

Por una circunstancia que se aclarará mas adelante, el barbero habia conseguido reunir una buena suma de dinero. Entónces los recuerdos de Sevilla y de Fígaro, se habian despertado con nuevo ardor en su mente. Habia hermoñado su tienda con lujo asiático; magníficas sillas pintadas de verde esmeralda; clavos romanos, tamaños como platos soperos, para colgar las tohallas de tela de un dedo de grueso; grabados que representaban un Telémaco muy largo, un Mentor muy barbudo, y una Calipso muy descarnada: tales eran los adornos que rivalizaban en dar esplendor al establecimiento. Ramon Perez habia afirmado, con tanta mas certeza, cuanto que él mismo lo creia así, que aquellas figuras eran San Juan, San Pedro y la Magdalena. Algunos mal contentadizos habian observado, meneando la cabeza, que todo se habia renovado en el laboratorio de Ramon Perez, ménos las navajas: pero él respondia que eran hombres del otro juéves, y que no habian perdido la antigua maña de observar el fondo de las cosas; cuando la regla del dia era dar únicamente importancia á la exterioridad y á la apariencia.

Pero lo que pasmó de admiracion á los villamarinos, fué una formidable muestra que cubria gran parte de la fachada de la casa barbería. En medio figuraba, pintado con arte maravilloso, un pié, que parecia un pié chinesco, de color amarillento, del cual brotaba un chorro de sangre, digno de

rivalizar con las fuentes de Aranjuez y de Versailles. A los dos lados estaban dos enormes navajas de afeitar entreabiertas, que formaban dos pirámides; en el centro de estas, habia dos muelos colosales. En torno reinaba una guirnalda de rosas, semejantes á ruedas de remolachas, y de la guirnalda colgaba un monstruoso par de tijeras. Para colmo de ostentacion y de lujo, Ramon Perez habia recomendado al pintor el uso del dorado, y el artista habia distribuido el oro del modo siguiente: en las espinas de las rosas, en las hojas de las navajas y en las uñas del pié. Esta muestra indicaba lo que todos sabian; es decir, que su poseedor ejercia en Villamar las cuádruples funciones de barbero, sangrador, sacamuelas, y *pelador*.

Pero la muestra resultó tener tal magnitud y tal peso, que la pared de la casa de Ramon, compuesta de tierra y piedras, no pudo sostenerla. Fué preciso levantar á los dos lados de la puerta dos estribos de ladrillo, para apoyarla. Esta construccion formó en la entrada de la casa una especie de portal ó frontispicio, que Ramon Perez declaró con la mas grave é imperturbable desfachatez, ser una copia exacta del de la Lonja de Sevilla, la que, como es sabido, es una de las obras maestras de nuestro gran arquitecto Herrera.

Enterado ya el lector de las cosas pasadas, volvemos á tomar el hilo de las actuales.

Era tan profundo el silencio en aquel rincon del mundo, que se oia desde léjos la voz de un hombre, que se acompañaba con la guitarra, no las rondeñas, ni las mollaras, ni el contrabandista, ni la caña, ¡ah! no: sino una cancion llorona, ¡la Atala! Y lo peor era que la adornaba con tales gorgoritos, con tan descabelladas *fiorituras*, con cadencias tan destestables, y que los versos eran tan malos, que Chateaubriand hubiera podido citar con harto derecho á juicio de conciliacion, al poeta, al compositor y al cantor, como reos de un abuso de popularidad.

Este canto infernal salia de la tienda cuya descripcion hemos presentado en el capítulo anterior; y quien lo ejecutaba era el poseedor de aquel establecimiento, el insigne Ramon Perez.

Entonaba las palabras *Triste Chactas*, etc. con una expresión, con un entusiasmo, que le conmovían á él mismo hasta llenarle los ojos de lágrimas. Enfrente del cantor, estaba erguido, como siempre, D. Modesto Guerrero, escuchando en actitud grave y recogido, idéntico al Mentor respetable que adornaba la pared, sin mas diferencia que estar muy bien afeitado, y con su hopito muy liso, tieso y perpendicular.

De repente, se abrió de par en par la puerta que estaba en el fondo de la tienda, y se vió salir por ella á una mujer con un niño en los brazos, y otro que la seguía llorando agarrándose á sus enaguas. Esta mujer pálida, delgada, de gesto altanero é indigesto, estaba cubierta con un pañolón de espumilla desteñido y viejo. Sus largos cabellos mal trenzados, desaliñados y sin peineta, colgaban hasta el suelo. Calzaba zapatos de seda en chancletas, y llevaba largos pendientes de oro.

— ¡Cállate, cállate, Ramon! dijo con voz ronca al entrar en la tienda. No me desuelles los oídos. Mas quisiera oír los graznidos de todos los cuervos del coto, y los mahullidos de todos los gatos del pueblo, que tu modo de destrozar la música sería. Te he dicho mil veces que cantes los cantos de la tierra. Eso tal cual; se puede tolerar. Tu voz es flexible, y no te falta la gracia que ese género requiere. Pero tu malhadada manía de cantar á lo fino, no hay quien la resista. Te lo digo, y sabes que lo entiendo. Tus disparatados floreos me afectan de tal modo los nervios, que si persistes en imponerme este tormento, me marchó para siempre de esta casa. Calla, añadió dando un golpe en la cabeza, al niño que lloraba, — calla, que berreas lo mismo que tu Padre.

— Véte con mil santos; — y desde ahora; — respondió el barbero picado en lo mas vivo de su amor propio. Véte, echa á correr, y no vuelvas hasta que yo te llame, que de esta suerte podrás correr sin parar.

— ¿Que no me llamarás, dices? replicó la mujer; sería quizás demasiado favor, que harías á la que tantas veces ha sido llamada por los Grandes, por los Embajadores, por la corte entera! ¿Sabes tú, rústico, ganso, zopenco, el dineral que se daba solo por oirme?

— Si esos mismos, dijo el barbero, te vieran ahora con esa cara de vinagre, y te oyeran esa voz de pollo ronco, estoy para mí que pagarían doble por no verte ni oírte.

— ¿Quién me ha metido á mí en este villorro, entre este hato de villanos? exclamó la mujer furiosa. ¿Quién me ha casado con este rapa-barbas, con este mostrenco, que despues de haberse comido la dote que me envió el Duque, se atreve á insultarme? ¡A mí, la célebre María Santaló, que ha hecho tanto ruido en el mundo!

— Mas te hubiera valido no haber hecho tanto, dijo Ramon, á quien daba un valor inaudito el entusiasmo que le inspiraba la cancion de Atala, y su indignacion al verla menospreciada.

Al oír estas palabras, la mujer se abalanzó á su diminuto marido, el cual lleno de espanto, solo tuvo tiempo de poner la guitarra sobre una silla, y echarse á correr.

A la puerta tropezó con un personaje, á quien por poco derribó en tierra, el cual se paró en el umbral.

Apénas lo percibió María, su cólera cedió á un impulso de risa, no ménos violento.

El personaje que lo ocasionaba, era Momo, uno de cuyos carrillos estaba horrorosamente hinchado. Traía un pañuelo atado alrededor de su deforme rostro, y venia á que el barbero le sacase una muela.

— ¡Qué horrenda vision! exclamó María, entre sus carcajadas. Dicen que el Sargento de Utrera reventó de feo. ¿Cómo es que no te sucede á tí otro tanto? Capaz eres de pegar un susto al miedo. ¿Con qué tienes preñado el cachete? Pues parirá un melon, y podrás enseñarlo por dinero. ¿Qué espantoso estás! ¿Vienes á que te retraten para que te pongan en la *Ilustracion*, que anda á caza de curiosidades?

— Vengo, dijo Momo, á que tu Raton Perez me saque una muela dañada, y no á que me hartes de desvergüenzas; pero ¡Gaviota fuiste, Gaviota eres, y Gaviota serás!

— Si vienes á que te saquen lo que tienes dañado, repuso María, bien pueden empezar por el corazon y las entrañas.

— ¡Por via de los gatos! ¡miren quién habla de corazon y de entrañas! replicó Momo; la que dejó morir á su Padre en

manos extrañas, sin acordarse del santo de su nombre, ni de enviarle siquiera un mal socorro.

— ¿Y quién tuvo la culpa, malvado ganso? respondió María. Nada de eso habria sucedido, si no hubieras sido tú un salvaje, que te volviste de Madrid, sin haber desempeñado tu encargo, y esparciendo la nueva de mi muerte; de modo que cuando volví al lugar creyendo que mi Padre vivia, todos me tomaron por ánima del otro mundo. Solamente en tus entendederas, que son tan romas como tus narices, cabe el haber creído que una representacion era una realidad.

— ¡Representacion! repuso Momo: siempre dices que aquello era fingido. Lo cierto es, que si aquel *Telo* hubiera sabido darte la puñalada en regla, y si no te hubiera curado tu marido, á quien todo el mundo llora, ménos tú, estarias ahora roida de gusanos, para descanso de cuantos te conocen. Lo que es á mí, no me la cueles, pedazo de embustera.

— Pues sábetelo, Cara y media, dijo María abriendo la mano, y poniéndola delante de su nariz, que he de vivir cien años, para que rabies, y hacer que tu nariz roma se ponga tamaña.

Momo miró á María con toda la despreciativa dignidad compatible con su tuerta cara, y dijo en voz profunda y tono concluyente, alzando y bajando alternativamente el dedo índice:

— ¡Gaviota fuiste, Gaviota eres, Gaviota serás!

Y le volvió arrogantemente la espalda.

Cuando D. Modesto, aturdido por los gritos de la disputa que hemos referido, vió que las carcajadas sucedian á la explosion de cólera, gracias á la fea y ridícula figura de Momo, de quien solo el lápiz de Cruikshank, el célebre dibujante inglés de caricaturas, podria dar cabal idea, aprovechó aquella ocasion, para escurrirse, sin ser sentido, de aquel campo de batalla. Nuestros lectores saben que D. Modesto, esencialmente grave y pacífico, tenia una profunda antipatía contra toda especie de disputas, altercados, riñas y quimeras. Pero apenas hubo entrado en su casa, muy satisfecho del éxito de su oportuna retirada, nuevos terrores vinieron á asaltarle, al ver el ojo válido de Rosita, severo, iracundo y amenazador,

como un soldado sobre las armas; y su boca grave, remilgada é imponente como un juez en su tribunal. Don Modesto se sentó en un rincon, y bajó la cabeza, á manera de ave, que, presintiendo la tempestad, se posa en la rama de un árbol, y oculta la cabeza debajo de un ala.

Ante todo es de saber que las buenas cualidades y los defectos de Rosita habian ido en aumento con los años. Su aseo habia llegado á convertirse en angustiosa pulcritud. D. Modesto tenia que mudarse de zapatos cada vez que entraba á verla. Si Rosita hubiera tenido noticia de las chinelas, que se ponen en Bruselas los curiosos que van á visitar el palacio del Príncipe de Orange, no hay duda que habria adoptado el mismo medio para preservar las bastas esteras de esparto que cubrian los rajados ladrillos del pavimento de su sala. Si D. Modesto dejaba caer una aceituna en el mantel, Rosita se estremecía: si una gota de vino tinto, lloraba. Su abstinencia y su sobriedad llegaban á los límites de lo posible, y daban á entender que queria rivalizar con Manuela Torres, la famosa mujer del pueblo de Gansar, que habia muerto recientemente, despues de haber vivido cuarenta años, sin comer ni beber.

— Rosita, le decia Don Modesto; ántes comia usted lo que un pájaro puede llevar en el pico: pero ahora está Vd. acreditando que lo que se cuenta del camaleon no es fábula.

— Ya ve Vd., respondia Rosita, que gozo de perfecta salud; lo cual prueba que necesitamos muy poco para vivir, y que todo lo demas es pura gula.

En cuanto á su austeridad, habia llegado á ser algo mas que severa: era cáustica.

— ¡Bien le sienta á Vd., dijo á Don Modesto, — mientras este se encomendaba con todas las veras de su corazon á nuestra señora de la Paz; — ¡bien le sienta á un hombre de su edad y dignidad de Vd., á una de las primeras autoridades del pueblo, á un hombre que se ha visto en letra de molde en la Gaceta, ir á casa de esas gentes, de esos casquivanos (por no decir otra cosa) y entrometerse en esa San-Francia de matrimonio, que ha sido el escándalo de la vecindad.

— Pero, Rosita, contestó Don Modesto, yo no me he entrometido en la gresca: ella fué la que se entrometió donde yo estaba.

— Si no hubiera Vd. ido en casa de ese rapabarbas, cantor sempiterno; si no hubiera Vd. estado allí con la boca abierta, oyendo sus cantos impúdicos, no se habria Vd. hallado en el caso de ser testigo de ese escándalo.

— Pero, Rosita, Vd. no reflexiona que es preciso afeitarme de cuando en cuando, so pena de parecer zapador de un regimiento; que ese buen Ramon Perez me afeita de valde, como lo hacia su Padre, y que la política y la gratitud exigen que, si se pone á cantar delante de mí, tenga yo paciencia, y me preste á oirle. Ademas que no ha cantado nada mal sonante, sino una cancion de las que cantan las gentes finas, en la que dice que una jóven llamada Atala. . . .

— ¿Qué pamplinas va Vd. á contarme, D. Modesto? dijo Rosita indignada. ¡Si no sabré yo lo que dice el Año Cristiano de Atila, que fué un Rey de los bárbaros que invadieron á Roma, y de quien triunfó la elocuencia de San Leon el Magno, Papa á la sazón! Si Vds. quieren que sea una jóven enamorada, contra lo que dicen la sana razon y el Año cristiano, buen provecho les haga á Vd. y á Ramon Perez. El siglo de las luces, como dice ese caribe de alcalde, que queria convertir la *Via crucis* en camino de Urdax, trastorna todas las ideas. Con que así, crean Vds., si les da la gana, que fué una muchacha la que capitaneó los feroces ejércitos de los bárbaros. En cuanto á canciones profanas y malsonantes, sepa Vd. que no le pegan ni á mi edad, ni á mi modo de pensar. Pero los hombres tienen siempre los oidos abiertos á las cosas amorosas. Usted se derrite al oir las canciones de esa gente, cuando yo le he visto... ¡sí!..yo he visto á Vd. en el Quinario de San Juan Nepomuceno, (modelo de confesores) cuando al fin se cantan las coplas en honor del Santo, yo he visto á Vd. dormido como un tronco!

— ¡Yo! Rosita, ¡Jesus! Mire Vd. que se ha equivocado de medio á medio. Tendria los ojos cerrados, y Vd. tomaria mi recogimiento por un sueño irreverente.

— No disputemos D. Modesto, porque capaz seria Vd. de

pecar con descaro contra el octavo mandamiento. Pero, volviendo á lo que decíamos, digo á Vd., que es una vergüenza que esté Vd. uña y carne con esas gentes.

— ¡Ah Rosita! ¿cómo puede Vd. hablar en esos términos del buen Ramon que me afeita de valde, y de esa ilustre Marisalada que ha sido aplaudida por Generales y por Ministros?

— Nada de eso impide, replicó Rosa Mística, que haya sido cómica, de las que ántes estaban excomulgadas, y que deberian estarlo todavía. Yo quisiera saber porqué no lo están ya.

— Es probable, dijo D. Modesto, que el teatro seria entonces una cosa muy mala, un lugar de que ahora, como dice el folletin del periódico, es la escuela de las costumbres.

— ¡La escuela de las costumbres... el teatro! No hay remedio; Vd. se va pervirtiendo, D. Modesto. Eso es peor que dormirse en el Quinario. ¡Que! ¿toma Vd. los periódicos por textos de la Escritura? Dígole á Vd., Señor, que el Papa ha hecho muy mal en levantar la excomunion á esas mujeres provocativas.

— ¡Jesus, María y José! exclamó D. Modesto asustado: ¿Rosita, se atreve Vd. á condenar lo que hace el Papa, justamente cuando se están cantando himnos en su loor, como dice el periódico?

— Bien, bien, repuso Rosita; ya lo sé mejor que Vd. Y me guardaré muy bien de condenar lo que hace el Papa; me limitaré á desear que no tengamos que cantar el *Miserere* despues del himno. Pero volviendo á esa mujer que tantos personajes han aplaudido: — ¿piensa Vd., que esos necios aplausos la absuelvan de sus malos procederes, y de su perversa índole?

— No sea Vd. tan justiciera, Rosita. — En el fondo no es mala: me ha hecho una cucarda para el sombrero.

— Lo que ha hecho ha sido burlarse de Vd. dándole en lugar de una cucarda, una escarola tamaña como un plato. ¿Con qué no es mala en el fondo, dice Vd., la que dejó morir á su Padre, que tanto la queria, solo, pobre, olvidado, mientras que ella se estaba haciendo gorgoritos en las tablas?

— Pero, Rosita, si no sabia la gravedad.....

— Sabia que estaba malo, y basta. Cuando un Padre padece, la hija no debe cantar. Una mujer cuya conducta obligó al pobre de su marido á huir é irse á morir de vergüenza allá en las Indias!.....

— Murió de la epidemia, observó el veterano.

— ¡Buena será ella, (continuó la severa maestra de Amiga, enardeciéndose cada vez mas), cuando fué la única en el pueblo que no veló en su última enfermedad á la tia María, que tanto la habia querido, y tanto habia hecho por ella; la única, que faltó á su entierro; la única, que por ella no rezó en la iglesia, ni lloró por ella en el Campo Santo!

— Estaba de sobreparto, y no habria sido prudente ántes de la cuarentena.

— ¿Qué entiende Vd. de sobrepartos ni de cuarentenas? exclamó Rosa Mística, exasperada al ver el empeño con que D. Modesto defendia á sus amigos. ¿Ha parido Vd. alguna vez, para entender de esas cosas? ¿Con qué tiene buen fondo la que cuando poco despues de la muerte de su bienhechora, Fray Gabriel la siguió al sepulcro, se echó á reir diciendo, que habia creido que solo en el teatro se moria la gente de amor y de pena?

• — ¡Pobre Fr. Gabriel! dijo M. Modesto, conmovido por los recuerdos que acababa de despertar su patrona. Todos los viérnes de su vida, vino al Cristo del Socorro para pedirle una buena muerte. Despues de la de su bienhechora venia todos los dias, porque ya no le quedaba mas que aquel buen Señor, que le comprendiese y le consolase. Yo fuí quien le encontré un viérnes por la mañana, de rodillas, delante de la reja de la capilla del Cristo, inclinada la cabeza sobre las barras. Le llamé y no respondió. Me acerqué..... ¡estaba muerto! ¡muerto como habia vivido; en silencio y solo! ¡Pobre Fr. Gabriel! añadió el Comandante despues de algunos instantes de silencio. Te moriste sin haber visto rehabilitado tu Convento. ¡Yo tambien moriré sin ver reedificado mi Fuerte!

FIN.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

Donna

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XIII.

RELACIONES

POR

FERNAN CABALLERO.



LEIPZIG:

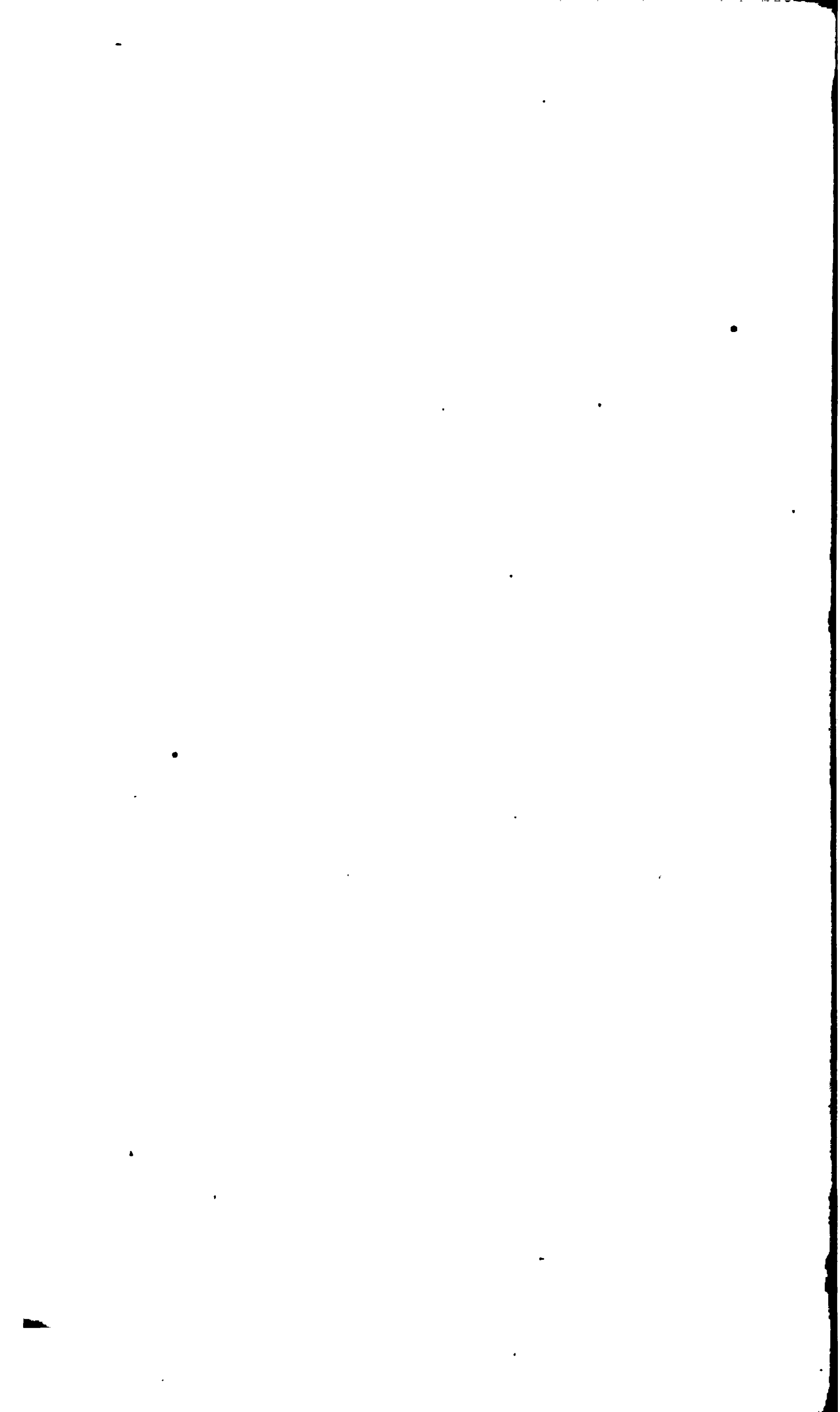
F. A. BROCKHAUS.

1868.

INDICE

de las Relaciones que contiene este tomo.

	Pág.
JUSTA Y RUFINA.	3
MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.	41
NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.	83
LA FLOR DE LAS RUINAS.	121
EL EX-VOTO.	141
LOS DOS AMIGOS.	175
LA HIJA DEL SOL.	187
LA ESTRELLA DE VANDALIA.	199



DOS PALABRAS AL LECTOR.

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros, por falta de otra voz mas adecuada, llamamos RELACIONES, difieren de las novelas de costumbres (*romans de mœurs* que son esencialmente análisis del corazon y estudios psicológicos) en que se componen de hechos rápidamente ensartados en el hilo de una narracion; esto es, en que son *aguadas* en lugar de miniaturas como las antedichas.

Las Relaciones pueden, en favor de su tendencia á *causar efecto*, emanciparse con mas desenfado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad, sin adulterar su esencia, ni faltar á su objeto.

No obstante, aun para la creacion de las Relaciones nos confesamos tímidos, como tan instintiva é indesprendiblemente apegados á la *verdad*, de la que decia Diderot — si bien con un símil que no hubiéramos hecho nosotros — «que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el *bien*, que engendra lo *bello*, que es el espíritu santo.» Ciertamente es que en lo *verdadero* cabe mucho; pues así como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente campo que ha hecho Dios, el cielo y cosas celestiales; muestra tambien inmensurables abismos de culpas y desastres, que han hecho los hombres. Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos, y blasfemias! Allí la misericordia y la compasion; aquí la crueldad, la soberbia,

el odio y la venganza! Esta reflexion que hemos hecho, nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras de mas en lo que escribimos. Mas no por eso las dejaremos de hacer; puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si esta le faltase, podria colocársela en la categoría de un culto, fino *Tutti li mundi*.

Hásenos echado en cara tambien el hablar de Dios con respeto y énfasis. A lo que solo opondremos la sencilla reflexion, que en parecidas circunstancias hizo un antiguo autor: «¡como si no se pudiese decir de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso!»

No podemos ménos de citar aquí unas palabras del periódico *La Esperanza*, en su número del 6 de enero de 1855: «Mas valor se necesita hoy, dice, para mostrar celo por el catolicismo, que para desdeñarlo y hostilizarlo, haciendo ostentacion de indiferencia y de impiedad.»

JUSTA Y RUFINA.

Lo bello es lo que agrada á la virtud
docta y culta.

DE MAISTRE.

Ni los padres que forman á sus hijos
segun ellos mismos, ni los preceptores que
pretenden desenvolver solo las inclinaciones
naturales, logran sus fines. De este con-
flicto eterno entre la naturaleza y la vida,
se puede inferir que hay una mano pode-
rosa y oculta, que educa tanto á las na-
ciones, como á los individuos.

SCHLOSSER.

La vida presente no es sino una transi-
cion, una prueba, pero no un término.

DESNOIRETERRES.

CAPITULO I.

La hermosa y distinguida Marquesa viuda de Villamencia, sentada en el cierro de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada en su hija, que en medio de la habitación estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña, que tenía cinco años, era el tipo de una pequeña *wiki*, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvían tristes cuando se fijaban. No siempre es dulce la tristeza; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frente á esta niña había otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar. Su rostro era basto y moreno: sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida y molesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en cada objeto, no los hubiese hecho sobremanera desagradables y repulsivos.

Al lado de la Marquesa estaba sentada una de esas personas, de que con tanta propiedad se ha dicho, que quitan la soledad y no dan compañía: entes pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor; ¡y tan necios que no lo conocen! Era esta una señora, viuda hacía muchos años de un administrador de loterías, el que al casarse con ella, se había adjudicado á sí mismo el premio grande. Dicha señora conocía á la Marquesa desde jóven, y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin qué

se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino tambien con cierto aire é ínfulas preceptorales.

— ¡Válgame Dios, Marquesa, le dijo. Siempre estás triste! Si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un cena á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez: si es porque te sientes enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó mas que las robustas.

¡Qué don de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? Pues dijimos mal. Debimos decir *falta*: falta de educacion, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo, falta de bondad! El primer *deber* (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el trato social, es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresion, denominados hoy *mundo* y *franqueza*, conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y mas díscola que la de los Hotentotes. ¡Y se habla mucho, mucho, de cultura y civilizacion! sí, ¡como el ciego de los colores!

La Marquesa, que era una mujer fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la administradora:

— Me duele la cabeza.

— Ya, repuso la visitadora; no es extraño; con el ruido que están haciendo esas niñas!

— ¡Pues si apénas hacen ninguno! dijo la Marquesa; además, si lo hiciesen, no me molestaria: la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegría, todo mi recreo.

— ¡Anda con Dios! repusa la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justita es una buena niña, dócil y bien mandada. Pero lo mismo toleras á esa Rufina, que bien se la puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como caridelantera. No sé cómo la puedes sufrir á tu lado, ni tolerarla al de tu hija.

— La he criado á mis pechos, respondió la Marquesa; y quizas por eso le debo la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

— ¡Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entónce, de traer para que la criases, una criatura del hospicio! dijo agriamente la áspera viuda.

— Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

— ¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? Pues no acierto cuáles pudiesen ser.

— La primera, contestó la Marquesa, fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarme mas adelante la criatura que habia alimentado á mis pechos. La segunda fué hacer una obra de caridad, dando madre al pobre ser que no la tenia.

— Esos sentimentitos, dijo la ex-administradora, son muy bonitos impresos en novelas. Pero en la práctica lo que dices es cháchara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

— Pero, señora, (dijo la Marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan agriamente compensaba los beneficios que de ella recibia, y con tanta inconveniencia le reprendia la caridad que con otro ejercitaba) — lo que estais diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien,uviésemos una seguridad de que de ese bien nos resultaria provecho, ¿dónde estaria el mérito de hacerlo? Cada dia vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apegarse á ellos, prohibarlos y amarlos como propios. ¡Triste el decirlo! añadió la Marquesa suspirando; pero el pueblo nos da continuamente ejemplos de caridad. Los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. ¡Qué perfectamente ha dicho Balzac, que la «avaricia empieza donde acaba la pobreza».

— ¡Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen, porque cuando son mayores los niños, les ayudan con su trabajo.

— ¡Señora, por Dios! cuando esos niños son mayores, ó salen soldados, ó se casan; bien lo sabeis.

En seguida se dibujó en el rostro de la Marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma: ¡No hay flor en la naturaleza material, que no mar-

chite el solano; ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral, que no aje la malevolencia!

— Mucho habria que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

— Podrá ser, dijo la Marquesa: un autor frances ha dicho, que el diablo se venga siempre de una buena accion.

— Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es mala *de nativitate*. Nadie la puede ver; y acabará por echar á perder á tu hija.

— El cuidado de que esto no suceda, será mio, dijo la Marquesa con frialdad. Señora, si os parece, hablemos de otra cosa.

Ambas señoras, poco satisfechas la una de la otra, habian callado, pues la una sentia su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo, á un juego de prendas. Rufina, que tenia don de mando, habia puesto el juego diciendo:

— Ahí está señá Mariquita Gil.

A lo que, segun la regla del juego, contestó su vecina:

— ¿Quién es señá Mariquita Gil?

Respondió en seguida Rufina señalando á la viuda:

— La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca, y el dedo en la mejilla, tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una vision, y algo parecida á la viuda, que tenia efectivamente, segun la voz vulgar, un ojo remellado.

— ¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora, que notó el insolente ademan de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues óyela:

Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es lince para mis faltas,
Y topo para las tuyas ¹⁾.

1) Juegos de Noche - Buena. moralizados por Alonso de Ledesma. — Madrid, año 1611.

Cada niña debía hacer y decir otro tanto, so pena de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciese lo que habian hecho las demas, amenazándola si no lo hacia, con que no jugaria mas con ellas; y la niña, afligida por la amenaza, se vino á refugiar en su madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: *¡yo no quiero ponerme tan fea!*

— Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intencion la Marquesa á Rufina. Niñas mias, añadió dirigiéndose á las otras, decid relaciones, que es mas bonito, y os ejercitan en la pronunciacion.

Presentóse primero Rufina, erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relacion, que concluyó con una profunda y grotesca cortesía:

Yo soy Doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes;
murieron en las milicias
donde murieron mis padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros:
Beso á Vd. las tuyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra una morenita gordilla y colorada, que apenas sabia hablar; pero que no obstante recitó, haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor:

Aquí vengo no sé á qué
con mi barba de conejo:
¡ay!! quién se comiera un viejo
que fuera de mazapan!
ehé, ahá!
como soy tan chiquita, ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida, volvióse á negar, alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su madre, como para implorar su auxilio.

— ¿Porqué no quieres hacer como las demas, hija mia? le preguntó su madre.

— Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

— Si sabe, sostuvo Rufina.

— ¿Y porque se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? dijo la viuda, mas bien por contrariar á Rufina, que no por favorecer á Justa.

— Para que sea dócil y no se particularice nunca, y ménos por incomplacencia, contestó la Marquesa: vamos, hija mia, dí una relacion.

— Si no *sabo* relacion, repitió la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

— Pues dí una oracion, dijo su madre; así probarás tu buena voluntad en obedecer.

— ¿La que digo cuando estoy en la cama?... preguntó la dócil niña.

— Bueno; que sea esa, repuso su madre.

Entónces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias palabras:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Virgen María
Está junto á mi cama; ¹⁾
Me dice de quedo:
— Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

CAPITULO II.

Doce años despues de la conversacion referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la Marquesa de Villamencia.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus con-

1) Probablemente deberia leerse para conservar el verso « Junto está á mi cama. Pero como está la canta el pueblo, y así la ha conservado el autor.

tiendas con la buena fe y la bondad! Mas le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista frances: «no hallo vergüenza en ser engañado por alguno; pero la tendria de desconfiar de todos.»

Desde que los malos instintos de Rufina se habian desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para contenerlos, habia cuidado la tierna madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes; puesto que la Marquesa procuraba principalmente conservar pura el alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia. Creía que no era tal ó cual de los siete vicios capitales el que debia quedar de toda mente pura en lontananza, y como un monstruo medio fantástico; sino todos; pues todos, vistos de cerca, rebajan el alma de su altura; todos ajan la delicadeza del sentir; todos empañan la clara transparencia de la inocencia; todos profanan los floridos espacios de la imaginacion, y todos van desprestigiando la vida real, como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Así es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mio, hasta poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo *imposible* de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con la que se coronan y sientan al banquete de la vida! — Pero por suerte existe hoy una inmensa reaccion. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté léjos el dia en que el cinismo del vicio caiga en la abyeccion y en el ridículo en que ha caido ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra andaluza que no está en el diccionario; pero de la que por expresiva y adaptable no podemos ménos de valernos en esta ocasion; esa palabra es *cursi* ¹⁾.

1) *Cursi* se llama especialmente en las provincias de litoral de Andalucía á lo que es estrafalario, y de mal tono. (Nota del E.)

No podemos definir á Justa mejor sino diciendo que en ella nada sorprendia; pero que todo atraia, admiraba é inspiraba simpatía. La innata bõndad y elevacion de su alma la habian llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su madre lo deseaba. Porque Justa tenia la primera virtud religiosa en relacion con lo humano; tenia el primer y mas puro amor de un hermoso corazon; poseia el principal distintivo de una perfecta educacion, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educacion sólida y cristiana, esto es, era *buena hija*. Para Justa no habia nada en el mundo que contrabalancease el amor santo á la madre que le dió el ser, y la crió á sus pechos; ningun respeto en lo humano que sobrepujase al que le inspiraba aquella madre, dechado de virtudes. Esta veneracion, este entrañable amor, esta sumision sin límites, que tenia y en todas ocasiones demostraba Justa á su madre, hacian de ella la jóven mas simpática, mas querida y mas admirada de la ciudad. Y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acompañaban el nombre de Justa, decian las madres á sus hijas: «No promete «el Señor á los que aman y honran á sus padres solamente «la eterna vida, sino que les bendice en esta, y á su bendicion añade la de los hombres. Debe pues ser la primera «virtud y la mas aceptable á Dios, pues es la mas premiada.»

¡Oh! ¡cuán cierto es esto! Pero, por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el monstruo *emancipacion*, y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pié el respeto, la sumision, la obediencia y todas las virtudes filiales, ¡ay de aquella mansion! De ella huyen al punto el aprecio, la consideracion, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la *buena fama*, ese galardón que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates, que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacia! Y solo quedan allí, en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobacion de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca!

Definir los malos instintos de Rufina seria prolijo. Mas corto es decir que los tenia todos; sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresion de un autor frances, «una mata de espino:» no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales, indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo primero que desunió á estas niñas tan diferentes. La Marquesa fomentaba la bien entendida y exquisita sensibilidad de su hija; y cuando sus amigos la reconvenian por esto, y hallaban mas acertado comprimirla advirtiéndole que de esta suerte seria mas feliz, porque el que con todos llora, se queda sin ojos, la Marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnífica respuesta: *Prefiero que mi hija sea buena á que sea feliz* ¹⁾.

Mas tarde, el afan de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y descaro; y su hostil competencia con la suave y bondadosa Justa denotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al jóven Marques, que era tímido y corto de luces, é indisponerle con su madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que vivia en Madrid; el que mediante á ocupar un alto puesto, y por ser aun el Marques de menor edad, pudo arrancarle, á la fuerza, de su casa, y traerlo á su lado. Este y otros disgustos habian empeorado la salud de la Marquesa, quien al reanudar nuestra relacion, estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumia, y hacia necesaria una asistencia continua, á la que Justa consagraba su vida y su corazon.

Este dia hallamos á la Marquesa blanca cual el alabastro, (como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba), acostada en un sofá, y mirando con plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su madre.

1) Sentimos no atrevernos á decir, por temor de ofenderla, el nombre de la santa, ilustrada y excelente madre á quien con admiracion oímos esta respuesta.

— Véte á acostar, hija de mi corazon, le decia; que apénas has descansado en la pasada noche.

— No podria dormir, madre mia, contestó Justa tan de quedo cual si lo que dijese fuera un secreto, y hubiese habido otras personas ademas de ellas en la habitacion.

— ¿Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica, y que acostadita en tu cama no querias dormirte, sino cuando yo te decia: me complaces en dormir? Cerrabas entónces tus ojitos, y un minuto despues sonreias en sueños al ángel de la obediencia, que venia á cubrirtte con sus alas.

— Sí que recuerdo, madre mia, y la oracion que me enseñasteis para quitarme el miedo.

— Verdad es que eras medrosilla, y me decias cuando la noche estaba oscura: Madre, cerrad la ventana; que *entra miedo*.

— Pues aun me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre, y no es ni el *cancon* ni el *coco*, es lo que me amedrenta objeto tan indefinido y tan temeroso como aquellos.

— Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mia?

— Temo *al mal*, de cualquier forma que se pueda presentar, madre. Temo que llegue á mis oidos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion, que paraba los latidos de mi corazon, cerraba suavemente mis ojos, y traia entónces, como ahora, á mis labios la sonrisa que recordais; y digo con tanto fervor y confianza:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Virgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
— Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

— Entónces, como ahora, eras obediente, dijo la Marquesa; y ahora, mas que entónces, me complaces en descansar y dormir.

— Madre, entónces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora estais mala....

— Me encuentro hoy mejor.

— Entónces, madre mia, dijo aun mas de quedo Justa acercándose al oido de su madre, no tenia en qué pensar.

— Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su madre sonriéndose. Pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasion serlo por tí, y procurar que cuando él venga esta noche, no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

— No me quiere por mi buen parecer, madre mia.

— Lo sé; ¡librete Dios de inspirar un amor solo debido al buen parecer! amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazon, que podria desvanecerse si desmejoraban tu hermosura una enfermedad, un percance, ó el tiempo. Pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja; es un don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta, y apareció la administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una avispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

— Ya ves que quedo acompañada, dijo la Marquesa á su hija; véte, pues, á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su madre repetidas veces, cubriéndola de besos; saludó á la recién entrada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

— ¡Válgame Dios, mujer, dijo la administradora sentándose cómodamente en un sillón; — ¡fuerte cosa es, que sepan los amigos por fuera las novedades de tu casa, y que no los encuentres acreedores á participarles lo que todo el mundo sabe! ¿Con qué... se casa Justa?

— Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la Marquesa.

— Acabo de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda; — ¡buena boda hace! dijo el marido. Es con Pepe Arce, hijo

único de un padre millonario. ¡Qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado; con solo saber sumar, y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad. — Y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la Marquesa. — Tanto mas, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

— ¡Válgame Dios! exclamó la Marquesa, — herida tanto por la hostilidad del juicio, como por la indelicadeza en repetírselo, — ¡válgame Dios! ¡cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento, sola y exclusivamente debido á la mútua inclinacion de los jóvenes, que un nada han pensado sino amarse y ser felices, cuando este amor es sancionado por sus padres!

— ¡Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy dia tenemos muchas luces; y á su resplandor se calcula que es un contento. No hay mas que cálculo, nada mas.

— Repito, señora, repuso la Marquesa, que ninguno hay en esto. Sabeis que D. Bruno Arce es, hace muchos años, amigo de la casa, y que me visita todas las noches. Cuando volvió su hijo de sus viajes, le trajo á verme como era regular. Pepe siguió viniendo, porque le atraia Justa; la amó; ella le correspondió cuando se lo permití; lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; y este espontáneo é inocente amor es la sencilla causa de su union. ¡Y el mundo le halla, en lugar de esto, cálculo, diplomacia, y miras ultteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe juzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

— No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo la viuda. ¡Jesus si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa, y á San Bartolomé sin pellejo: yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, que venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la Marquesa la mortificó esta pregunta, que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

— No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pronto, y sin ninguna clase de aparato. Aunque mi pobre hija lo ignora, yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo, al morir, dejar casada á la hija de mi alma.

— ¡Ya, ya! si no viene el Marquesito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el porqué. Pero todo el que no sepa la verdadera causa, lo extrañará. ¡Bien te lo predije! Ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber, ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, despues de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales, en lugar de Justa, se halló con ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hija y el tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, así como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice, que no es él el primer amor de tu hija. Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detras de las puertas. Y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reido de esto, yo te lo participo, para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La Marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que lo estaba habitualmente.

— No, no, no puedo creerlo, dijo con desfallecida voz. Señora, siempre habeis aborrecido á esa muchacha, y repetís calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede darles crédito.

— Pues aun hay mas, prosiguió la noticiera, sin cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma; aun mas. Exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años ménos, se casa ántes que ella, se

ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en cortes, tahur, truhan, sin oficio ni beneficio, (pero con muchas trampas), bien vestido, (gracias á estas), al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oír esta última revelación, la Marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces. ¡Por Dios! ¡por Dios! murmuró la enferma, ¡que nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oír las voces de la viuda, Justa se habia echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta habia acudido desolada y temblorosa, y se habia arrodillado junto á su madre. Rufina, compuesta y ataviada, habia venido tambien, así como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime Marquesa, la primera, bañada en lágrimas como el amor que sufre; la segunda, impasible, como la impermeable indiferencia.

— Cuidala, cuidala, dijo á esta última la implacable viuda; pero híncale como Justa sin temor de ajar tus faraláes, á ver si te deja algo en su testamento.

— Ló hará sin eso, pésele á quien le pesare, respondió Rufina con descoco.

— Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion.... por lo que la mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias despues de la escena referida, por expresa voluntad de la Marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

Aquel mismo dia, y como para acibarar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena madre, desaparecia Rufina de la casa para unirse á su indigno pretendiente.

Al mes yacia la Marquesa en su féretro, blanca y fria como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia, á favor de su falso desconsuelo, que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses despues el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, despues de disipar la manda que dejó la Marquesa á su mujer, habia desaparecido.

CAPITULO III.

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habian en poco tiempo marchitado el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina, y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuia poderosamente á esto, y eran los remordimientos, que son en el corazon lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiña el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presuncion y el despecho, vuelven á nacer. Así los remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por mas que se aparente. El incontestable derecho que tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posicion, ni nuestro dinero, es un torcedor, un buitре, que como el de Prometeo, nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nacen la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demas y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido, lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones mas desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Así era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal, que á porfía cubrian de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba, al pensar en la

familia á quien tanto debia y tan mal pago habia dado, el bien que le habia hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo. — La Marquesa, pensaba, no deberia nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni este deberia haber cedido á la voluntad de su madre, á los consejos de su tio, ni á las advertencias de sus amigos. Este mismo, en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la habia abandonado, el legado que le dejó la Marquesa, no deberia contentarse con pasarle una mezquina pension como lo hacia; sino tenerla en el pié en que habia estado siempre; y otras locas exigencias. Porque así discurre la ingratitud; así cegando á la justicia, falsea la razon!

Ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia, eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella mujer, que despues de maldecir lo pasado, habia de lanzarse al porvenir con redoblados brios y con nuevo furor.

El despecho, la ambicion, la envidia, y la venganza unidos, debian engendrar un monstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos. Y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hácia ella, gratitud y amor por su difunta madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena, y ademas débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad, á aquella mujer, á quien una señora como ella no deberia nunca haber recibido. Cuando su marido le hacia prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondia Justa, que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, ni el corazon á los recuerdos, y perdonar solo de boca. Que tambien la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la miope por lazarillo á la sana razon, sino campar por su respeto.

¡Cuánto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la religion católica por carecer de ella! Por combatir á la intolerancia, se ha querido hacer, mediante la tolerancia, un completo tratado de paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte

(esto es, la culpa) como una cosa natural y sin consecuencia, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencia; la una es divina y religiosa; la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa *antes* de cometida; y esta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza *antes* de cometerla; y esta aparta del mal.

Así aparece claro que, hasta ahora, está la tolerancia de parte de la humana y filosófica. Pero prosigamos; que el *antes* suele llevar al *despues*.

Despues de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable; no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelacion. De manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la religion divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contriccion la implora, le levanta, le abre sus brazos, le absuelve, y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautismo con el agua de sus lágrimas. Todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete: con lo cual demuestra es su rigor, no con quien comete la culpa, sino con la culpa misma.

¿Cuál es, pues, mas indulgente, el mundo filosófico, que *antes* de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la religion divina que despues de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante, hasta arrastrarlos al suicidio! ¡Y á cuántos no ha consolado esta religion, que severa amonesta, hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse. Y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas posea, religion y virtud. No lo es, por lo tanto, esa dulzura inerte, á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad; de cuyas flacas

manos se escapa la pesa de la santa justicia; y cuyo blando corazon oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud. Es, á lo sumo, una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazon. Y repetimos que no es virtud, porque suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, y hace del perdon cosa de tan poco valor que lo da de balde; con lo cual falsea el órden moral de las cosas. Y por último autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente de que podria haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla tambien. Y así habia sucedido respecto á Justa, porque era un ángel; pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los piés de la Virgen pura y limpia, y ángel que de su lugar habia caido á la tierra.

Ambas recién casadas estaban en cinta, y aguardaban su alumbramiento para la misma época. — Ansio por salir cuanto ántes de mi ocasion, solia decir Rufina á Justa, para hallarme en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya. Porque no quiero que otra que yo lo haga; pues, ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos dias de parir ella una niña, asistia á Justa, que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al dia siguiente, cuando volvieron el padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco despues se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, inclusa la feliz madre, Rufina que la velaba, y que tenia en la pieza inmediata á su niña, desnudó ágilmente á ambas recién nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole: «Serás rica, gran señora, y feliz, contra la voluntad de los que mal quieren á tu madre!» Y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió: Tú, sí, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, sí, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas!

¡Tú cobrarás la denda de agravios y desprecios que debo á tu egoista y engreida familia!

Apénas consumó aquella mujer su atentado, cuando con leve pretexto, ó sin él, se despojó de su hipocresía como de un ya inútil disfraz, suspendió la intimidación que habia tenido con Justa, y mas desenfrenada que ántes, se entregó á la vida airada.

CAPITULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso, sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres; siendo por lo regular ilógica aquella á los ojos de estos, porque así lo ha dispuesto todo. Aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres; á los que no ha dado mas luz, en cuanto á lo que á Él pertenece, que la fe, mas guía que sus preceptos, ni mas punto de apoyo para no extraviarse, que la sumisión, cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece; el malo prospera: no hay que extrañarlo. Dios no hizo las felicidades terrestres exclusivamente ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situación, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas. En aquellas se muestra mas severo maestro y señor; en estas mas dulce guía y consolador; padre siempre, siempre juez.

Así nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer, que actúan en los sucesos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlace fatal de los negocios mercantiles, vió su casa millonaria arruinada, y murió de resultas de la pasión de ánimo, que esta inmerecida é imprevista desgracia le produjo; Justa, fácilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido; pues este habia tenido el mérito poco comun de apreciar en

cuanto valia, á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazon, que en su dia habia de llevar al cielo pura, como la gota de rocío que absorbe el sol, sin salir del cáliz de la rosa en que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivia Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distraccion y su consuelo eran educar á su hija Bruna, lo que hacia con el esmero, cariño y santos ejemplos con que habia sido educada ella por su madre.

La educacion puede combatir y domar una mala naturaleza: transformarla de mala en buena, solo lo puede la gracia. La educacion puede, á no dudarlo, aun sin valerse de mas móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera, — lo solo que trajo del Paraíso el que le perdió! — hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca! Por lo cual no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno, sino en la vida de los santos. Así era que Bruna, que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenia tambien, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoista y áspero de su madre, habia amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente direccion de Justa. A falta de dulzura, tenia una calma y dignidad que no era fácil perturbar: no era benévola, pero sí sostenidamente servicial cuando se la ocupaba. Siempre sobre sí, ni tenia ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelia á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, mas su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentia mas orgullo que dicha en tener por madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una auréola de respeto, de simpatías y de admiracion. La fama de que gozaba su madre, era una herencia de que ya disfrutaba en vida, y queria traspasar ilesa á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus padres la dejó impassible; y halló una secreta satisfaccion de orgullo en trabajar oculta-

mente por estipendio, para procurar á su madre algunas de aquellas superfluidades de lujo, de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenia Bruna su virtud en mucho, y le habia labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo. De esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es. La mayor parte de las personas, á quienes se cree sectarios de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno á que deben su virtud. ¡Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno! Pero son pocas. Y lo prueba la creación de la palabra *deseñfreno*, que como baldon se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenia Rufina el atrevimiento de ir á casa de Justa; porque en aquel corazon, en que palpitaba hiel en lugar de sangre, existia el único amor ó instinto que cabe en el del tigre, el apego á su progenitura. Justa no tenia el suficiente carácter para prohibir á aquella mujer la entrada en su casa, pues no podia dejar de mirar en ella á la compañera de su infancia, á la niña que crió y tanto quiso su madre.

En estas visitas la suave Justa veia con extrañeza el fugitivo, pero vehemente cariño, que la fria y áspera Rufina demostraba á Bruna, la que rechazaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenia.

— No puedo sufrir á esa mujer, solia decir á su madre.

— No digas eso, hija mia, contestaba Justa; no se deben abrigar nunca, y en tu edad ménos, sentimientos de odio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla, que echa profundas raíces, y ahoga en su gérmen los buenos y benévolos sentimientos en el corazon, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia. Acuérdate de que dice Chateaubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que «la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos.»

Y sobre todo, hija mia, convéncete de que la benevolencia es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazón.

Pero ¿qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inícuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, que como una lepra los trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y amparada? El angelito, desde pequeña, siempre encerrada; sola en la habitación, en que poco paraba su dueña, nada había aprendido, nada había visto, nada comprendía, y caminaba como otro Gaspar Hauser hácia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mustio decaimiento reemplazaban en la pobre criatura á aquella expansion, aquella alegría, aquella locuacidad y continua movilidad, que tan naturales y simpáticas son á la infancia.

A los trece años una grave enfermedad que tuvo, atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirle; á lo que esta no se pudo negar, so pena de promover un escándalo.

Entónces esta buena cristiana, miéntras que cual Marta asistía á los males, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte, y le enseñó á creer, á amar y á esperar. Como la religion es amada de todos los que la conocen, pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio, aquel ángel doliente de alma y cuerpo, recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella religion que le decía: los que lloran serán consolados!

Piedad se apegó, como es de suponer, con ternura á aquella buena anciana, á quien la religion que le enseñaba, había atraído al lecho de dolor, del que huía la impía fiera que se había hecho cargo de ella. Así sucedía que, cuando llegaba la noche, y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazón de la niña, que con tanta ternura y expansion se había abierto al amor, sentía profundamente esta separacion. Además, la pobre niña temía! temía á su madre, temía á la

noche, temia á la soledad, á la oscuridad! Entónces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándole esta oracion:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Virgen Maria
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
— Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada de alma y cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, y el buen alimento que le suministraba, de lo cual nunca habia cuidado su verdugo, desenvolvieron su atrasada naturaleza. Habia crecido: su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva savia de vida. Su razon despejada llegó á comprender cuánto sufria; pero sufrió ya con resignacion y con esperanza, que sabia que sufrir por Dios era complacerle y obligarle. Sus ojos, ántes inertes, estúpidos y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazon, se levantaban hácia al cielo, puro y celeste cual ellos. Alzaba confiada su cabeza, que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devocion sobre su pecho. Oh! si entónces hubiese podido verla Justa, habria exclamado estrechándola sobre su corazon de madre: ¡esta es mi hija!

Mas entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre el nácar y la perla!

Por entónces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aun mas el atrabiliario carácter de la fiera que la infeliz Piedad creia ser su madre. La brillante suerte que habia querido proporcionar á su hija se habia desvanecido; el amparo, que andando el tiempo, habia contado hallar para sí propia, iniciando á su hija en el secreto de su existencia, habia fallado. Por manera, que de su malvada combinacion solo le quedaba el placer de la verganza, que en su inocente víctima ampliamente ejercia.

CAPITULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo. Bruna se habia casado con un primo de Justa, oficial, que despues de buenos servicios, se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y habia regresado á aquel pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que habia heredado de su madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera. El cual, hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la habia elegido por compañera.

Un dia un alguacil del ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa, de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho alguacil una gratificacion por los muchos pasos que le habia costado dar con la persona á quien venia dirigida la carta.

Rufina la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que habia muerto allí trágicamente habia declarado á última hora llamarse****, ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecia por tanto, de derecho, el dinero que á la sazón poseia como banquero de un garito; dinero que pasaba de cien mil duros, que quedaban depositados en el consulado.

Difícil seria expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta. Su hija, la hija de sus entrañas, debia heredar aquel caudal; y esa hija se hallaba en una posicion tan modesta que rayaba en pobreza! ¡Y la odiada hija de la odiada Justa vendria por razon aparentemente natural á disfrutarlo! Antes mil veces hubiese preferido anonadar tal herencia ocultando el aviso recibido! ¿Pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos dias anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolucion tomar. Bruna su hija, pobre; ¡y la aborrecida hija de Justa, rica! Esta idea la desatentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles. — Al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija habia ido á verla varias veces, no habia conseguido ser admitida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazado, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenia aquella fuerza de voluntad, que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinacion. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo, pues, un dia en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazón trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer zafia y de malas costumbres, á Bruna la mujer morigerada, grave, y escrupulosa, no era suavizado en esta, como sucedia en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia. Así sucedia que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que, como á los perfumes, las desvía un soplo; y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las para la firme y punzante garrocha. A las segundas pertenecia Rufina. Así fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida y rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello:

— ¡Hija de mi alma!

— Señora, abstenéos de estas familiaridades que me repugnan y reprueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

— No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuando sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

— Señora, repuso con enojo Bruna, hacedme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pié, y que me ofenden.

— No son chanzas, dijo con exaltacion Rufina, no, no! Escucha, y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relacion á su hija de cuanto desde su nacimiento habia ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta, y tan asombrada de cuanto oia, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesion de un inaudito crimen.

— ¿Qué dices, qué dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecia callada. — ¿Qué dices de un amor de

madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella, y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aun á esta madre, que ahora se aviene á publicar la sustitucion que hizo, por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecia callada.

— ¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar radiante de gozosa animacion Rufina.

— Me preguntaba, respondió al fin Bruna, cuál seria el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo.

— ¿Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

— Afortunadamente, aunque pudiesen ser ciertos tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podriais probarlos.

— ¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

— Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de sí la carta sin mirarla, la auréola de virtud de mi madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

— No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

-- Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa Señora Doña Justa Villamencia, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciiana.

— ¡Mira que soy tu madre! rugió sofocada Rufina.

— Mi madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en dulce regazo me crió, y que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta todo se lo debo. — Si dable, si posible fuése que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, nada les deberia, y con nada les pagaria.

— ¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina; no es acaso acreedor, hija desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

— Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que

tenia, y de la que nunca se acordó. Si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

— ¡Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

— Gozará de él, como es debido, vuestra infeliz hija, envidiándosele yo tan poco como le envidio su nacimiento.

— Mira, mira que eres pobre!

— Señora, contestó con íntima satisfaccion Bruna: soy rica, soy poderosa!

— Mira que el Marques se va á casar: tendrá hijos, y si su mujer es avara y díscola, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana, en vista de tener una hija casada; y entónces tendrás que mantener á Justa, esa pobre de sopa.

— El dia que mi madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el dia que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

— Y á mí, á mí que te he parido, me rechazas! ¡Ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

— A vos, respondió con un gesto de tedio Bruna, — sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostora, — os desdeño con todo mi corazon, os rechazo con toda mi voluntad, y con toda la autorizacion de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsion al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

— Asistid á la señora: que vayan por un coche para conducirla á su casa. Por mi tio el señor Marques que le pasa una pension, podréis averiguar su domicilio: — y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad, que tenia un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.

— ¡Véte! le gritó.

La pobre niña se apresuró á obedecer.

— ¡Ella!...murmuró Rufina, esa hija desnaturalizada no quiere la herencia de su padre, porque no era Marques, ni yo soy Condesa! Pues á fe mia que esta necia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. ¡Yo, yo la disfrutaré! Contra siete virtudes hay siete vicios. Todavía estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. ¡Ah desnaturalizada! Sé pobre; yo seré rica. Pues si tú me desconoces, yo hago mas: reniego de tí! Y si llegara el caso de verte morir de hambre, no te tiraré, no, ni un hueso de mi mesa!

CAPITULO VI.

Algun tiempo despues la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago. Se quejó á su buena vecina y maestra, sin que lo supiese su madre: ella le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena. A los pocos dias el mal se reprodujo. La buena anciana, alarmada, habló sobre ello á Rufina: esta se incomodó, le dijo que con sus mimos metia en aprension á su hija, y le prohibió pisar su habitacion.

Entretanto los ataques se repetian, y la pobre niña, sufriendo horrorosamente, iba de mal en peor. Cuando salia su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al traves de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad. — ¡Pobre víctima! decia despues á las demas vecinas; está mortal; ¡y se morirá sin auxilio divino ni humano! ¡Esto es una iniquidad nunca vista! ¡Esa mujer sin entrañas no es madre, ni puede serlo! Esto no se debia permitir.

— ¿Y quién se mete con esa mujer, que es una fiera? decia la una.

— Como Vd. quiere tanto á Piedad, decia la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo. Pues qué ¿está su madre sorda y ciega? Pero Vd., tia María, siempre está sintiendo-

lo de todos, y le ha de suceder lo que al Cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.

— ¿Cómo te hallas, hija mia? preguntó pocos días despues la buena anciana á la enferma. Y la voz respondió mas tenue y mas lastimera que nunca:

— Mal, tia María: los dolores me despedazan las entrañas: me abraso! y cuanto tomo, arrojo.

— ¿Y qué tomas, hija de mi alma?

— Agua.

— ¿Y nada mas?

— No tengo otra cosa.

— ¡Qué inhumanidad! ¡qué herejía! Hija, ¡quién pudiera entrar á asistirte!

— ¡Ay, sí! ¡ay, sí! Y un padre! porque creo que me voy á morir. Tia María, ¿me perdonará Dios si muero sin confesion?

— Sí, hija de mi vida, sí: tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, basta cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazon, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro padre nos perdone y acoja. Pero, hija, tú no estás en ese caso.

— Sí, tia María, sí; y no siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido; nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo, que es nuestro criador y padre, que promete el cielo á los que le aman. Y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelos. Pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la religion santa y dulce!

— Díselo á tu madre, alma mia.

— Se lo he dicho, y no quiere.

— Pobre, pobrecita mia! ¡qué vida has tenido y tienes! Pero recuerda, inocente mia, que la santa rosa ama á las espinas entre las cuales se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida. Aquella noche no pudo dormir; y si no su persona, veló su corazon á la cabecera de la enferma. La habia prometido

orar á Dios, para que en caso que falleciese, fuera con todos los consuelos y socorros espirituales; y así lo cumplió, pasando su desvelada noche en oracion.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones, secuaces de la noche, pareciendo como que estos negros etíopes se esforzaban por arrancar á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo habia lanzado ya su animada diana á sus compañeras, aun no habia descendido del campanario la santa llamada de la iglesia á sus feligreses. Pero abríanse ya las puertas del santo templo; en él entró una jóven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolon. La iglesia estaba aun solitaria y oscura: las lámparas de plata, continuas centinelas del tabernáculo, hacian brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubria el altar del sagrario; y las ráfagas que alguna vez despedian de sí las santas luces como un suspiro, parecian animar los rostros de los ángeles postrados en adoracion ante del Santo de los santos! La débil y plácida luz del dia, que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pié de la iglesia, las hacia aparecer en la austera sombra del templo, como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su padre.

Dios habla poderosamente al corazon y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con aquellas palabras, que sin pasar por el oido, suenan en el corazon. Dios es universal, eterno y sin medida. Para El no hay cosa grande ni cosa pequeña: no hay pasado ni porvenir, ese compas del tiempo: no hay para él secreto, olvido ni incertidumbre, esas impotencias del hombre! Es maestro y es padre; y si como maestro nos envía los infortunios, que son lecciones; como padre, une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el gérmen de una virtud, la ocasion de un merecimiento.

La jóven, que con paso vacilante habia entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado, y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el sagrario. Pero era aun tan temprano, que allí se halló sola; y poco despues, no pudiendo sostenerse de rodillas, dió un débil gemido, y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era esta Justa, que habia pasado una noche agitada, y que cual la nave que desde el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas este puerto de refugio!

La señora se acercó á la caida jóven, al lado de la cual se arrodilló, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

— ¿Qué tienes, hija?

— Creo que voy á morir, contestó la jóven.

— ¿Pues cómo es que estás aquí, y no en tu lecho?

— No queria morir sola, y sin los socorros de la religion.

— ¿Y no te los han proporcionado en tu casa?

La moribunda meneó la cabeza.

— ¿Tienes madre?

La jóven hizo una señal afirmativa.

— ¿Dónde está?

— En casa.

— ¿Y qué hacia?

— Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.

— ¡Esa no es tu madre! exclamó Justa con vehemencia: ¡pobrecita! ¿qué edad tienes?

— Diez y ocho años, contestó la interrogada.

— ¿Y de qué mueres?

— No sé: ¡ah! Agua, agua, por Dios! ¡agua! añadió torciéndose y agitándose todos sus miembros por el dolor.

La señora hizo seña á un monaguillo, que se apresuró á traer de la sacristía una vasiga con agua. La infeliz paciente bebió con ansia, sostenida por Justa, que la habia incorporado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

— Quiero confesar, dijo con débil voz.

— Aun no ha venido el Cura, repuso, con angustia la señora, que veia ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Vé á avisarle, prosiguió

dirigiéndose al monaguillo. Y luego añadió alarmada, dirigiéndose á la moribunda: ¿Acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mia?

— ¡Ah no! solo una cosa.

— ¿Y qué es?

— ¡Que no amo á mi madre!

— ¿Se lo has demostrado?

— No.

— ¿Le has faltado al respeto?

— No.

— ¿No la amas, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberias amar?

— ¡Oh, no! No amo mas que á Dios, á la buena tia María que me le hizo conocer, y á vos, señora, que me habeis compadecido y asistido; á vos, que sois tan hermosa y tan buena; ¡á vos os amo!

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó.

— Pues entónces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasion y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente, que ansia por su Dios, le hallará propicio, pues es padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados. Para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones, esta agua bendita, por la cual te se perdonarán tus pecados veniales.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendita.

Entónces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una expresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que le volvió sublime, como el de una de las Vírgenes Mártires, joyas del cristianismo, que tuvieron la gloria de ayudar á cimentarlo.

— ¡Señora, — dijo con apagada voz, — Dios os premie la caridad que conmigo habeis ejercido! Yo tenia miedo, ¡ah! ¡mucho miedo!... ¡Ya no lo tengo! Aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frio;... que se irán... y allí me dejarán sola, sola!... Pero. vos me recordais la

oracion que me enseñó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazon á mis labios:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Virgen María .
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingenua y santa oracion infantil que le enseñara su madre, la concluyó añadiendo:

— Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

— ¿Sois mi madre la Virgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

— No, no lo soy, hija mia. Pero puede que la Señora me haya enviado para auxiliarte.

— Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante: — ¡Madre... Madre mia!... ¡conducid mi alma á vuestro Hijo, pues... en él creo!..... á él amo!..... en él espero!...

— Que te ha de perdonar y salvar, amen; — oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el Cura, el sacristan y otras personas, que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos, que alzaba al altar, se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltacion hácia Aquel que todo lo recompensa; hácia Aquel, que siendo todo amor, es el sublime iman del corazon amante!

Mas su delicada organizacion moral y física no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena, — en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, — habia producido en ella .. Se sintió indispuesta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia, ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría. Pero el alma de Justa estaba *triste hasta morir!* La imagen de aquella suave y hermosa niña, que en su agonía había visto presa de las mas crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovia en opuestos sentidos del modo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores, hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas, que hacen que el corazon, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho, ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Sería que sentia el corazon lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Hacíale sentir sin expresarlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salia un entierro, solo y pobre, de en casa de Rufina: el cadáver no llevaba caja propia, é iba en la caja comun. Las vecinas que lo miraban salir, murmuraban sordamente, como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

— ¡Qué entierro! ¡esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María, que lloraba sin consuelo: ¡ni siquiera lleva palma!

— Vosotras no las veis, contestó la anciana. Pero lleva esa bendita dos: una de pureza, que le ha puesto la Virgen á un lado; y otra de martirio, que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

— Pero, ¿porqué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

— Porque con ese cadáver de vírgen se entierra un negro atentado! contestó la anciana.

— ¿Qué queréis decir con eso, tia María?

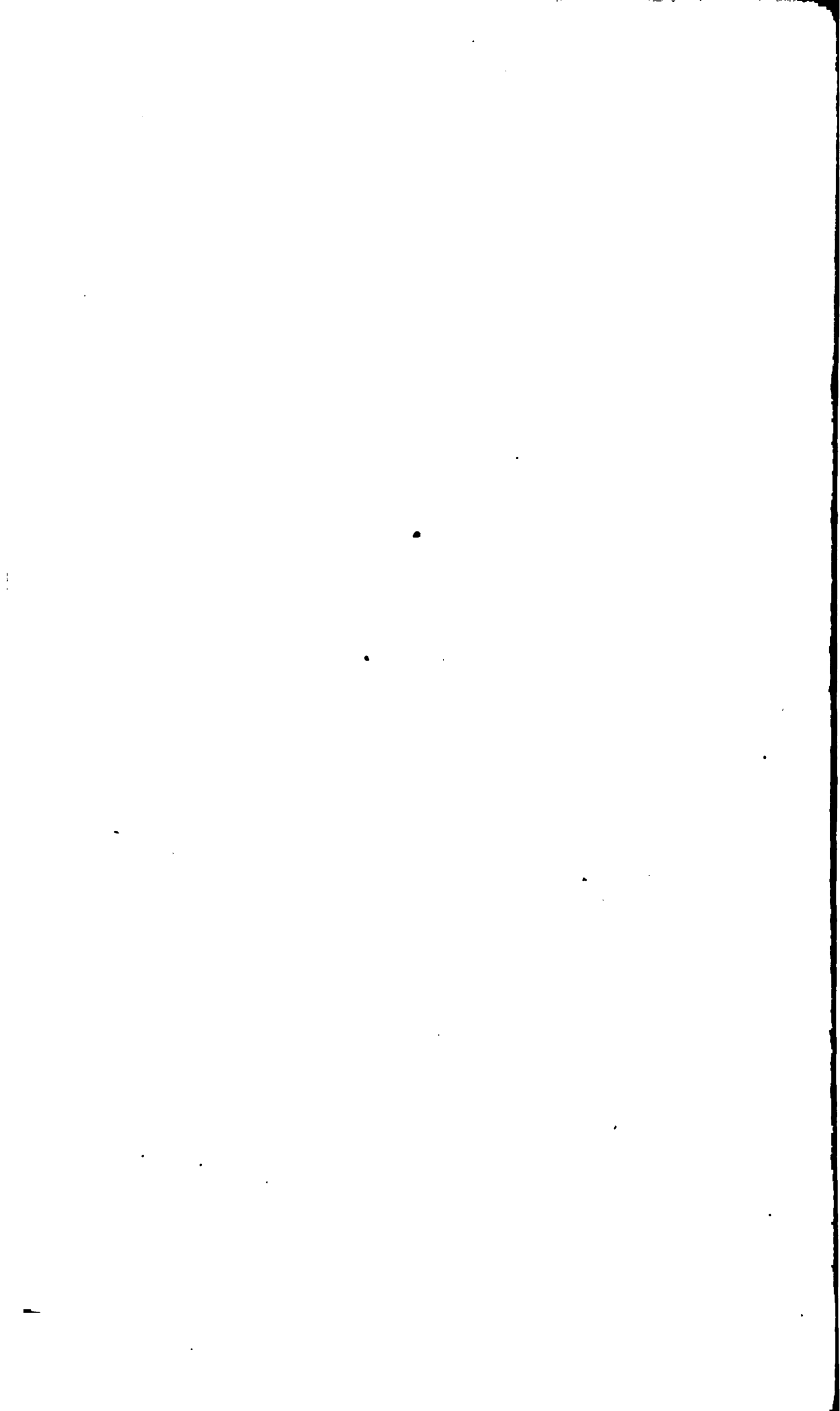
— Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo es, que cuando acabeis el rosario, no olvideis nunca el padre nuestro *por el alma sola!* Pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

EPILOGO.

Si encontrais en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas; que viste con humilde pulcritud, encaminándose hácia la iglesia en que está el jubileo; á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas; á quien los ancianos sonríen y los pobres bendicen, esa es la empobrecida Doña Justa Villamencia.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza, una carretela descubierta, en la que se arregla un mal cantante italiano, con un cigarro en la boca; y á su lado veis una mujer ahuecada con faraláes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una auréola de moños, flores y blondas: si veis que al pasar cerca de ellos, vuelven los caballeros con disgusto la cara; que los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pueblo los escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, — tan infalible cuando es espontáneo! — esa es la enriquecida Rufina.

Algunos años despues, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas Hermanas de la Caridad, por el modo aterrador con que en su frenesí y en su agonía repetia: — ¡Piedad! ¡Piedad!!



MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.

Preséntase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ansia que hagan acelerar su marcha el primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quieres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro, no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado.

Sentencia de Confucio, traducida libremente de una version alemana.

El ladrón que no se deja coger, pasa por hombre honrado.

Refran turco.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Céres. Rodéanle como un soberbio cinturón sus famosas viñas, cuidadas como princesas, y sus campos de trigo, cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas. Extiende sus inmensos propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasión del coloso rural, y pierde la cuenta de sus montes, como un potentado ¹⁾.

Jerez, noble como el que mas, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, y que ha sido testigo de tantas hazañas: conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España: ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fe, obras maestras del arte; y ve con dolor á su lado, desmoronarse su magnífica Cartuja, admiración de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver!

Aunque con razón se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla, — las cuales por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península, — no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía; puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista,

1) Tiene Jerez sesenta y dos leguas y media cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Serranía de Ronda.

quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algar, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas ¹⁾.

Las gentes de Jerez — (y no decimos los jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos) — las gentes de Jerez no son amigas de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que deberia ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas.

1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número del *Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composicion ligera, — pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que competente en la materia, — los siguientes trozos que extractamos á continuacion, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre, de lo que nuestra débil pluma pudiese hacerlo. Aunque imitada, no podemos ménos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginacion, pues les añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable, instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro país y de su historia, y si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice hablando de Jerez;

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martirologio* hasta la moderna *Guia de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres, donde á cada paso no se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustaquio y Esteban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garci-Gomez Carrillo hasta D. Tomas de Morla y D. Rafael de Aristegui, actual Conde de Mirasol; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giralдино; desde el Presidente de Castilla, Mirabal, hasta el Fiscal del Consejo, Fernandez de Gatica; lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.»

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase, cuenta tantos y tan buenos establecimientos de instruccion pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de parvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un instituto, y multitud de establecimientos privados, para la educacion de las clases acomodadas.»

Fuera de las inmensas bodegas, — verdaderos palacios de las feísimas botas de vino — fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera de su gran plaza de toros; no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debian ser alamedas y jardines, son los de un villorrio. Carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas anejas á la acumulacion de gentes, de caudales, de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimiento; y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos, merezca mas sincera admiracion y mas justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen; de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos; de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital; aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias, que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno: — ¿Pues acaso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales, de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal, porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María, la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entónces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban, de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podria formar un volúmen. Los jerezanos, por toda respuesta, hermosteaban cada vez mas su plaza. Ultimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entónces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Sépase quién es Calleja.* — Los

coquíneros ¹⁾, — que son, como otros muchos, muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera: esto es, ni propios, ni mas baldíos que la mar, — quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulía plaza* ²⁾.

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella hace años, al lado de una vereda, un sombrero, á cuyo amparo se habia establecido un hombre que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, habia labrado cuatro paredes, y cubiértolas con anea: habia compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se habia llevado allí á su mujer y dos hijos. Detras de la casa habia levantado un vallado, que formaba un corral cuadrado, en que de noche recogia unas cabras, que de dia llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; y habia hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se habia coronado á la primavera siguiente, de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada por su dueño, se habia hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de mas despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solian ir á cazar, descansaban en la ventilla del Tio Basilio, haciendo un consumo cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra relacion, la mujer del ventero habia muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su padrino y tio, que era un religioso de Santo Domingo, habia estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como capellan de un regimiento á Lima. Así era que el Tio Basilio vivia solo y aislado; sin mas com-

1) *Coquíneros* se llama á los naturales del Puerto de Santa Maria, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinas*. (N. del E.)

2) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR. LOS SRES. DUQUES DE MONTPENSIER.

pañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su madre se habia acabado de entumecer; porque así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endebles necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de éstos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la vírgen y la madre: así es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre. Estaban sentados ante la puerta del ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el Tio Basilio, que era ya un viejo débil y encogido, y su compadre el Tio Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito, un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestia el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja*,¹⁾ polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte interior tienen faltriqueras, en que se guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresion vulgar, *pintadita*, tenia algo de duro y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenia nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo (*una perdíz*), en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles yerbas y monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantinela. Solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentian su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y sohan arrastrar, haciendo dar traspiés á sus dueñas. El gallo, de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hácia atras, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de

1) *Raja*, paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del campo.

lo *confortable*, habia sabiamente escogido para acurrucarse, un ángulo de la casa bañado del sol, y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados, disimuladas miradas á unos gorriones, que como los pobres de la mesa del rico, venian á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma: el magnífico cielo parecia elevarla, y toda la naturaleza infundir tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazon: ¡Dios mio! ¡qué buena es la vida, cuando á Tí se somete como á su principio y como su fin!

— Vaya, compadre, decia su compañero al ventero, no se queje Vd.; que parece Vd. pobre de sopa. Siempre está Vd. con *turbíeses*¹⁾. Míreme Vd. á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostar, me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: aquí están las trampas: — me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aquí están las penas: — me *presino* y duermo como un patriarca: pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y Vd., al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado: ¡por *via* de Barrabás!

— Y, ¿qué quiere Vd.? si este dolor en la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empanada! Casa vieja toda es goteras: ¡y si no fuera mas que eso!!

— ¿Pues qué mas le aqueja, compadre?

— ¡Pues no es nada lo del ojo, — y lo llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe Vd. que hay quinta; que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

— ¡Cómo ha de ser! ¡ese hueso todos le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la casaca²⁾, cuando salió soldado mi Manuel; y tuve paciencia. — Déjelo Vd. ir, compadre: así se espabilará, que metido como lo tiene Vd. con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fuí soldado, y digo á Vd. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fuí asistente, y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno. Le queria... que ni que

¹⁾ *Turbíeses*, como si dijera turbíeces ó turbideces (*de turbio*), tristezas.

²⁾ Cumplir el servicio.

hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿ve Vd. esta cicatriz en la frente? Con esta me señaló un frances en la batalla de Medellín, por ponerme por delante de mi teniente á quien iba á matar. El matado fué él. Pero me dejó este rasguño por memoria. Su hijo de Vd. necesita espabilarse, compadre; que está *cuajado*, y no sirve para maldita de Dios la cosa.

— Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su hermano el mayor; pero tiene sangre de horchata, compadre. Tiene el sentir mejor que el *pronunciado*.

— ¡Ya! entónces es como los borricos; que todo se les queda por dentro. Pues si no le quiere Vd. dejar ir, póngale un sustituto.

— ¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

— ¿De dónde los saca Vd.? De donde los tenga metidos, compadre. Pues Vd. sus cuartos ha de tener; que bien le rinden sus cabras, y el despachillo bien le da. Mas que lo niegue Vd., que es mas estéril que un arenal; y no gasta mas que pachorra; ni da mas que los buenos dias. Así es que, cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: *¡jambre! ¡jambre!* — sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí*; — y maulla el gato: *moriré estenuado*, miau miau.

— Vd. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

— Respirar por no ahogarse.

— Solo me voy á quedar como un pitaco!

— Y hará Vd. malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase al pueblo.

— No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido: estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna; aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven, que hasta entónces habia estado escuchando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose, y diciendo ¡upa!

— Hijo, le dijo el tio Bernardo, el compadre del ventero:

El que al sentarse dice ¡ay!
y al levantarse dice ¡upa!
no es ese el yerno
que mi madre busca.

— Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

— ¡Valiente puñado son tres moscas! repuso el tío Bernardo. Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿Porqué te metes á aprender *laitines*? ¡Por *via* de Barrabas! Para echarla de Usía; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mio, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

— Tío Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene Vd. la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

— ¡Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tío Bernardo, que el mucho humo te ahoga! Y no me la vengas echando de pechisacado, ni con amenazas; que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo; pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fe ni ley. Lo que me vale es saber tú de atras que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que habia sido nombrado Juan Luis Navajas, no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atras.

— ¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado Vd. al barberillo! No parece sino que se la tenia Vd. guardada, dijo el ventero.

— Y *asina* es, compadre, repuso el tío Bernardo; porque ha de saber Vd. que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza, — y él lo sabe, — desde cierto lance.

— ¿Y á qué se mete Vd. con este hampon mal encarado? Mire Vd. que le puede salir caro, y ande Vd. con el ojo sobre el hombro. Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

— Compadre, yo no le temo: verdad es que me tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludia el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche habia acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El tio Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen viejo lo recogió, á pesar de haber querido impedirselo el barberillo. — Oye, Juan Luis, le dijo; no quiero perderte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entónces lo que debió ser agradecimiento, se habia tornado en el aprendiz de barbero en un profundo odio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tedio y encono contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco, se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él, como tenia de costumbre, para pedirle leche; y miéntras José, que se entretenia mucho en su soledad con las cosas que solia contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar una de sus cabras, le dijo este:

— Con qué... ¿entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

— ¡Mira tú, mi padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

— ¿Pues qué, tiene dinero tu padre? preguntó Juan Luis.

— ¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el padre de mi madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

— ¿Pero dónde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

— Mi padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy cnaco, respondió José echándose á reir; pero lo sé; y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió, y cubrió el agujero con

un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así solo un zaborí da con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de suela; y zapatos han de romper ántes que den conmigo.

— No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demas mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y en seguida te cargan con el fusil. Mira: yo tambien entro en suerte; y si salgo soldado, iré con los otros: lo demas no es sino tirar contra el aguijon. Mas adelante, y cuando se presente ocasion oportuna, desertaremos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

— ¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

— Sí, respondió el aprendiz de barbero, siempre que me prometas callar como un poste: ¿lo harás?

— Por el alma de mi madre! contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas, habia tenido lugar la quinta; y tanto al barbero, como al hijo del ventero, les habia tocado la suerte de soldados, y habian sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Despues de algunos meses de servicio en el regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo su bien combinado plan de desercion que habia urdido, y que solo el dia ántes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose ántes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban extenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que este conocia, para pedirles pan, lo que hizo ciegamente. En seguida le dijo que cuando anoheciera y hubiese seguridad de que nadie transitase por la vereda, deberia ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situacion, exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer golpe de cólera de su padre, á quien él se suponía

capaz de convencer de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atras, pidió á José su navaja, por si le acometia el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atárselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora, volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habria notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando este le aseguró que habia hallado á su padre inflexible; que solo habia podido arrancarle su traje de pastor; que se le traia para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos: que por mas seguridad, era necesario separarse; y que él se iba hácia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abria el dia tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugia: las yeguas venidas para la trilla, unian el sonido metálico de sus cencerros á las demas armonías campestres, y el labrador se persignaba ántes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle!

Caminaba el tio Bernardo como siempre, con firme paso y ligero corazon, hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar, extrañó ver la puerta abierta.

— ¡Vaya! pensó, que ha madrugado el compadre! me alegro: por lo visto, no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza; pero á nadie vió.

— ¡Compadre! gritó en recia voz, y nadie contestó. Solo el perro del ventero aulló lúgubrementemente!

El tio Bernardo pertenecia á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasibilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razon, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y

los abultan. Y no obstante, la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio, — solo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecia helar aquella casa, — le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

— ¡Jesus María! — exclamó con hondo acento, al ver caído en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apénas la hubo abierto, dió un paso atras. Deshecha la cama, su mal colchon tirado en el suelo cubria un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacia en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con mas desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habian sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veia una palanqueta, con la que se habia abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí, un hueco oscuro y vacío; y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tio Bernardo de una sola mirada.

— ¡Robado! murmuró; su oro le perdió!

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacia boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se habia desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre. Agotada la sangre que por ella se habia vertido, veíanse los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima; la que con los ojos de par en par, y desatentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacia ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

— ¡Muerto! murmuró el tio Bernardo: ¡Dios le haya perdonado! añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo, que algunas horas despues habia de hacer desmayarse á un jóven escribiente, que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tio Bernardo salió, ató una cuerda al perro, que se llevó

consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaracion de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debia tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto: afirmando el muchacho á cuantos hablaba, que á su padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite donde guardaba ese dinero, era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared; y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometeria el asesinato, pertenecia á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en dias de marchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen:

Que la tarde ántes, al ponerse el sol, habia vagado el desertor por las cercanías, segun deponian unos pastores, á los que habia pedido pan y agua, por no haber probado bocado en todo el día:

Que buscando la partida al delincuente, habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentado á una mujer que lavaba la ropa al padre y al hijo, habia reconocido como perteneciente á José:

Que, fuera del dinero, lo único que habia faltado de casa del ventero, habian sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.

Por consiguiente alcanzó el juzgado la convicción de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada, despues de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso despues de haber servido. El techo se

hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible simoun hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime, busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á aullar en la vacía estancia, y algun portazo que daba con violencia, hacia estremecerse al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías!

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetracion del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no léjos de Coin un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, habia desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, en quanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con las que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vegetando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre la cubierta un jóven con elegante vestido de viaje, con un casaquin de mahon, pantalon igual y un sombrero de ancha ala rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendian por la espalda. Este jóven, de aire petulante é insolente, era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque no se sabia por él, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente: por lo cual los demas pasajeros le acataban, incluso el capitan. Bien ajenos de que aquel que por la insolencia con que se daba tono, sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladron, y un infame asesino! Porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos, fabricados por un judío en Gibraltar y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna,

siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambicion y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia: solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivia: sus recursos disminuian, y el porvenir no le brindaba esperanzas. Así es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentia que no habria en su [azarosa] carrera empresa ardua que no estuviese pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin marrar ni deslizarse, para llegar á sus fines. Ardía entónces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Carlos III levantó el indio Tapac-Amaro el estandarte de rebelion contra la metrópoli; el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del General Don José Lavalle, primer Conde de Premio Real: y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominacion española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Victor con su habitual osadía al general, que se apresuró á admitir entre sus filas el gallardo jóven, el que á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencia. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distincion, que habia casado en Lima con una mujer rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el capellan del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre, y un saber poco comun.

Hacia algun tiempo que D. Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre Capellan, habia caido en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido.

Una tras otra, y con corto intervalo, habia recibido el capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del rey, de un hermano suyo, la del asesinato de su padre, y la de la muerte del rector de Santo Domingo, su tio y padrino, que le habia educado, y al que todo lo debia. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el padre capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y de su mujer, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia, con descaro; y la justicia se da por vencida, porque su reino no es de este mundo. Así se verificó en la relacion que vamos haciendo. No era solo el valor el que proporcionaba á D. Victor Guerra cada dia nuevos lauros, puesto que en el regimiento habia otros muchos tan valientes como él; sino era tambien la fortuna, que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros. Ella era la que ponia su dinero al naípe que habia de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenia; la que empujaba su gran ariete, la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva, — pocas lo son, — que el éxito es el que da valor á las personas y mérito á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados sin serlo! cuántos por entendidos, sin tener nada de ello, porque á la fortuna le plugo burlarse de la justicia, segun llevamos observado!!! ¡Y qué bien dijo un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En la opinion de los hombres influye el éxito tan poderosamente, que el que logra, es encomiado, admirado y celebrado necia y estúpidamente; así como el que no logra, es puesto á un lado y despreciado, miéntras se rie la fortuna de este ridículo género humano, y llora la justicia su impotencia sobre la necia muchedumbre.

Varios años pasaron, en los que el fingido Don Victor, de cadete llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Parecíale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen? ¿Hacíase ilusion de que la nueva posicion que se habia labrado, cubria con su esplendor el negro y ensangrentado hoyo, en que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió, era extinguido su delito? ¿Tenia conciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese? — No podríamos decirlo; porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es, que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando este falta, — por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor, nacida de la ausensia de la fe y religion en cuanto á la justicia divina, — la conciencia decae, se duerme; se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. Uno de estos momentos es el de....la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traído á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Despues de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al capellan, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquel en presentarse, y los amigos y demas oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al sacerdote y al moribundo.

Media hora despues salió el capellan. Su rostro estaba espantosamente demudado; su palidez era lívida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor, que hacia entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

— No es nada, no es nada: un vahido, respondia el padre

á las preguntas que le hacian. — Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y ántes de venir me sentia indispuerto. No es nada, señores: esto pasará al aire libre. Acudid al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué habia puesto á este sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acababa de absolver en nombre de Dios, cuyo ministerio ejercia, al arrepentido asesino de su padre!

El padre capellan habia salido, y se habia dirigido con pasos trémulos á la iglesia: allí habia caido postrado, en cuya postura permaneci6 horas. Y cuando sali6 del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos, y su boca benévola!

Habian vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el sacerdoté al hombre! La calma habia vuelto á su ánimo; mas el físico se resinti6. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo her6ico le habia rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios: verdad que vemos confirmada todos los dias; pero que á pesar de eso es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que habia puesto á D. Victor Guerra á los bordes del sepulcro, habia sido el golpe con que Dios habia despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contricion, despues de purificada por la expiacion, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habria perseverado en la buena senda de la penitencia. Pero no fué así! Apénas convalecia, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña, vino á lisonjear su orgullo; y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambicion. Los

tres galones de coronel brillaron en su porvenir como un punto luminoso y culminante. Mareado y deslumbrado, no pensó mas que en las glorias de la tierra. La conciencia, los remordimientos, los santos propósitos se desvanecieron: los ángeles buenos se velaron la faz, y huyeron de su cabecera!

Algun tiempo despues, su coronel, que ya entónces era general, volvía á España con toda su familia, y persuadía á D. Victor Guerra, ya á la sazón coronel, que le acompañase. Este, que veía cumplidos sus mas ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogeo de su suerte, consiguiendo unirse á la hija del general, que á una gran belleza y á una excelente educacion, unia las no ménos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su padre, y heredera de una gran fortuna por su madre.

Hundia la mente del ambicioso lo pasado en la profunda sima de lo borrado é inaveriguable, con reflexiones tranquilizadoras que de continuo se hacia. Desde su salida de España, se decia para sí, habian pasado diez años: era imposible que nadie reconociese en el brillante Coronel D. Victor Guerra á Juan Luis, llamado por mal nombre *Navajas*, aprendiz de barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado, como el ventero, era un hecho del que despues de tantos años nadie haria memoria.

El general quiso igualmente llevarse consigo al capellan, que solo permanecia en América á instancias suyas; pero sabiendo este que les acompañaba el coronel, buscó un pretexto plausible para eludirlo y separarse por algun tiempo de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdeos, destino del barco á cuyo bordo iban. De allí pasaron á Marsella, y de este punto á Málaga, que era la patria del general.

Solo despues de haber llegado á esta ciudad, se determinó el falso D. Victor á pedir al general la mano de su hija, de quien habia sabido hacerse amar, y á la que se hacia ilusion de adorar.

Nunca habia amado aquel hombre sin corazon, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran con-

quistar un futuro tan incierto y eventual, y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le habia dejado notar que en la tierra germinan perfumadas flores y en el corazon dulces afectos. Pero ahora se persuadia de que amaba con furor; y no se mentia del todo á sí mismo. Hay personas, así en el sexo femenino, como en el masculino, que aman en los objetos de su cariño, no su individualidad, sino la posicion, lustre y ventajas que el ser amado de ellas les proporcionan: que equivocan, por tanto, la pasion de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro drama, que puede que refiramos otro dia ¹⁾.

La proposicion de Guerra no agradó al general, á pesar de la predileccion con que le miraba; porque era evidente que podia aspirar su hija á un enlace mas brillante. Pero las lágrimas de esta y la intercesion de su madre que la patrocinaba, acabaron por triunfar de su oposicion.

El coronel tocaba, pues, á la cima de su ventura: se acercaba el momento en que nada le quedaria que pedir á la fortuna, que le daba aun mas de lo que se habia atrevido á pedirle. Pero acaecia, que miéntras mas brillante se le hacia lo presente, mas espantoso yacia á lo léjos lo pasado; puesto que, miéntras mas se desviaba este, y miéntras mas glorioso aparecia el primero, mas horroroso se hacia el segundo; y por lo tanto, mas espantosa la posible reunion y choque de ambos. Apartaba los ojos de este inmóvil pasado; ¡pero no por eso se desvanecia! Muchas noches se dormia sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas; y solíale despertar una horrorosa pesadilla. Ya oia una voz que le llamaba por su nombre, y por su odioso apodo; ya veia á José Camas aparecer como testigo acusador de la muerte de su padre; ya al ventero, de rodillas, pedirle la vida; ya maldecirle en las ansias de la muerte! Pero con los rayos del sol se desvanecian estas negras y lúgubres visiones, y volvía la confianza á su ánimo. Con el uniforme tornábase el altivo y

1) Al hacer esta reimpression, está ya escrita la indicada relacion, y lleva por título LA FARISEA.

osado D. Victor Guerra; y al lado de su prometida, se decia: — seguro estoy á la sombra de rama de tan buen árbol.

El general marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su hermano mayor. El coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí, por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un consejo de guerra, que debia juzgar á un desertor con circunstancias agravantes cuyo regimiento habia pasado á Cuba, y que habia sido hallado despues de muchos años de estar prófugo.

Habíase reunido el consejo en el dia señalado. Seis capitanes, formando un medio círculo, oian religiosamente la acusacion, que, con los datos recogidos en el teatro del crimen, leia el fiscal. Era esta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta mision que les era confiada, los capitanes no notaron la vívida palidez, que como una mortaja, se extendió sobre el rostro del presidente, al oir la acusacion y el nombre del reo; ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguia, y las pruebas eran tremendas é irrecusables.

Entónces, un pensamiento de aquellos que envía el infierno, desde su mas profundo seno, á los hombres que ya tiene conquistados, se presentó fatídico y claro, como el relámpago que de su centro lanza una negra nube, al presidente. Y fué este: — ¡la muerte de este idiota es la lápida, que para siempre sepulta mi secreto!

Un momento despues añadió mentalmente la máxima vulgar expresada por algun La Rochefoucauld popular: — dijo mi vecino: «si uno ha de morir, que se muera mi padre, que es mas viejo que yo.»

La acusacion terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble, pues no hallaba bases en que fundarse, ni apoyo en el reo, que nada decia para disculparse, y no hacia mas que llorar negando su crimen.

El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo.

El coronel volvió su desatentada vista hácia otro lado.

— Pueden Ustedes interrogar al reo, dijo el presidente con voz firme, aunque roca y sorda.

Los tres capitanes mas jóvenes miraron con profunda compasion á aquel infeliz, envuelto en sus pieles de cabra, indefenso, estúpido, abatido y lloroso como un niño.

— ¿No decís que la noche en que se cometió el crimen, no estabais solo? preguntó el primero.

— Sí, señor.

— ¿Pues con quién estabais?

Al presidente le acometió en este instante un violento golpe de tos.

— No lo puedo decir, contestó el encausado.

— ¿Y porqué?

— Porque así lo prometí, repuso llorando el infeliz preso.

— ¿Y qué hicisteis con el dinero robado? preguntó otro de los vocales.

— ¡Señor, si yo no he robado dinero ninguno!

— Sistema completo de denegacion, dijo otro: — ¡qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo!

— ¿Reconocéis esta navaja? preguntó otro descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

— ¡Yo, no! respondió el reo, que despues de diez años no recordaba su navaja.

— Basta, señores: dijo el presidente, que al ver la navaja se habia puesto de pié con desaliento. — Que se lleven al reo.

— Señores; ¡por amor de María Santísima, mirad que soy inocente! exclamó el preso cruzando sus manos; ¡tened compasion de mí; por la sangre de nuestro Salvador!

— Que se le lleven, gritó el presidente.

— Señores, ¡soy inocente, soy inocente! gemia el infeliz entre sollozos miéntras se le llevaban.

— Yo así lo creo, murmuró compadecido el mas joven de los vocales.

— ¿Y en qué fundais esa creencia? preguntó con vibrante voz el presidente.

— En que al ver á ese hombre, he sentido llenarse mis ojos de lágrimas, contestó el capitán.

— ¡Prueba contundente! dijo irónicamente otro de los capitanes. ¿Asistís por primera vez á un consejo de guerra?

— No señor, contestó el jóven con viveza: he asistido á otro, en el que con horror y repugnancia condené al reo; porque, sobre mi conciencia, me obligaba por juramento el código á hacerlo. Pero esta vez, y en atencion á este mismo juramento, le absuelvo.

— Sois dueño de hacerlo, dijo el presidente; pero no ignorais que debeis dar vuestro voto por escrito y á vuestro turno.

— Es el mio el primero, repuso el jóven acercándose con viveza al pliego, y escribiendo su voto por la vida. Los demas escribieron sucesivamente los suyos, y cuando llegó el pliego á manos del presidente, estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerogativa es la generosidad, habia votado por la vida; los otros tres vocales por la muerte. ¡El voto del presidente iba á decidir! ¹⁾ Este no vaciló, y tomando la pluma escribió:

«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas, con arreglo á ordenanza y Reales órdenes aclaratorias del 17 de febrero de 1778, y 6 de marzo de 1815,» y firmó: — *Victor Guerra*.

Al dia siguiente salia en posto el coronel para Madrid; al otro era fusilado el infeliz José Camas. ¡Pobre justicia humana, qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de códigos! ¿Y qué, no basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente, para hacer que se suprima este terrible derecho de condenar á muerte, que á tan atroz, aunque involuntario atentado puede dar pábulo?

Poco tiempo despues de los sucesos referidos, se hallaba el padre capellan de regreso en Europa, encerrado en su

1) Este voto del presidente vale por uno si es muerte, y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

habitacion de Jerez, entregado al mas profundo dolor. En sus manos tenia un papel público, en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecucion de un parricida: «Este infeliz, decia el papel, llamado José Camas, convicto «por irrecusables pruebas, nunca confesó su crimen. Fuese «natural ó fingida estupidez, no pudo ó no quiso alegar ningun descargo, ni aun disculpa alguna que atenuase su horroroso atentado. Murió humilde y abatido, sin dejar hasta «el último instante de protestar su inocencia.»

A esto seguia la lista del presidente y vocales que habian compuesto el consejo de guerra....

— ¡El! ¡él! — murmuraba con asombro D. Gaspar — ¡él! ¡condenar al infeliz, cuya inocencia le constaba! ¡Pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su padre! ¡Pobre ser, que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedido!

El capellan habia dejado caer la cabeza entre las manos y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresion de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

— No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el padre capellan: estoy indispuesto.

— Abra Vd., señor D. Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El padre capellan, que conoció la voz del anciano amigo de su padre, serenó en cuanto pudo su semblante, y abrió.

— Tio Bernardo, le dijo, sabeis la nueva desgracia con que Dios me aflige, y que no estoy capaz de ver á nadie.

— Todo lo sé, contestó el anciano; y mas de lo que cree su mercé. Y así vengo á decirle que su hermano era inocente.

— Harto sé, repuso el capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crimen. Pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

— Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

— ¡Y será tarde! gimió el capellan dejándose caer en un sillón.

— Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor; — dijo el tio Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre, cuya entereza rayaba en estoicismo. — Pero este José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino! Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegaban á prenderle, fuera avisarme; y es lo primero que no hizo! Dios le crió corto de luces, y con su aislada vida se acabó de entumecer.

— ¿Pues qué? ¿le visteis despues de haber desertado? preguntó el padre capellan con ansia.

— Sí, señor, contestó el tio Bernardo; — pero escuchadme, que todo os lo voy á referir. — Desde que cundió la voz de que era José el matador, dije yo que no lo era; y me las mantuve hasta con el juez, que me mandó llamar. No tenia mas razon que alegar, sino que conocia á aquel infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta conviccion era mas fuerte que cuantas pruebas me pusieran delante. Mis sospechas tenia yo de quién fuese el reo, porque tambien la conocia de atras; pero no podia aventurarme á nombrarle sin una prueba que á ello me autorizase.

— Pero ¿á quién sospechais de ese atentado? — preguntó el capellan clavando los ojos en su interlocutor.

— A un alma de Cain que vos no conoceis, padre. Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: todo se andará, si la sogá no se quiebra! Habia yo recogido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta. Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta, y se puso á aullar lastimosamente. Por mas que le llamaba, no queria seguirme, ni desviarse de la puerta. Preciso será, dije para mí, abrirle, para que se desengañe de que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entónces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que llegando á un rincon, en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó de entre esta un jiron de tela que se puso á despedazar con

rabia. Me tiré á él, y le quité aquel jiron, que al examinarlo, hallé ser la tira de un pantalon, que desde luego discurrí habria arrancado aquel valiente animal al asesino, al verle acometer á su amo. Conocíase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia, se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

— ¡Una carta! exclamó agitado el capellan.

— Sí, señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande ¹⁾.

— ¡Tio Bernardo! exclamó el capellan levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza, — ¡teniais en vuestras manos su salvacion, y habeis dejado morir á un inocente!

— Aguarde su mercé, señor, que no he acabado, — repuso el tio Bernardo con calor, — oid hasta el fin, y juzgad despues. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado; y otro tanto sucedia al reo. Pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, seria capaz de matar á José, para que nunca pudiese atestiguar contra él. Así discurrí que era mas precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte, imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano, prometiéndole un buen estipendio, que me avisase cuando viese en los papeles la prision del uno ó del otro, á pesar de que siempre estuve en el entender de que aquí

1) En el territorio de la Audiencia de Mallorca se descubrió hace pocos años un horrendo asesinato, mucho tiempo despues de cometido, y sin que se le hubiese hallado rastro, por haberse encontrado en la casa en que se ejecutó, el taco de la escopeta con que habia sido perpetrado, y que era una carta de seguridad ó documento de la policia, del cual se habia quemado la mayor parte, pero quedando intacto el nombre del dueño, que era cabalmente el asesino, y confesó su crimen en cuanto de él se le hizo cargo con aquel mudo testimonio.

Así burla la justicia de Dios, cuando quiere, las astucias de los hombres!

(N. del E.)

serian traídos para seguirles la causa. Mas ambos parecian haber caído en un pozo; porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos.

Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fui encargado, á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero, en el que con sorpresa reconocí á José. — ¡Muchacho! le grité, ¿tú por aquí? — Sí, señor, tío Bernardo, me contestó sin alterarse. Pero no se lo diga Vd. á nadie: no sea que me quieran volver á llevar al regimiento, á ponerme casaca y corbatín. — ¿Y te desertaste solo? le pregunté. — No, señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque así me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi madre. — Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero dí, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar? — Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó: al anoecer, mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos. — Ya, dije, ya estoy. Y ¿qué hicieron ustedes despues? — Aguardámos la noche, me contestó José; y entónces fué mi compañero á ver á mi padre, por si nos queria socorrer. — ¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté. — Porque mi compañero dijo que mi padre se pondria fuera de tino si me veia desertado. — ¿Y no te pidió nada tu compañero? — ¿Qué me habia de pedir? Pero.... sí! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió, ni yo le pedí, porque cuando vino, estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venia persiguiendo. Me trajo el pobreillo — ¡Dios se lo pague! — mi ropa de pastor, que le pidió á mi padre; diciéndome que me la pusiera, y me metiese por los breñales de la sierra; que él iba á tirar hácia la raya de Portugal. Y aquí estoy. — ¿Y no te dió parte de lo que le dió tu padre? le pregunté. — ¡Qué habia de dar mi padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo ántes que fuese á pedirselo. — Es que tu padre nó tendria dinero, hombre, le dije. — Sí, señor; ¡vaya si tenia! y mas de cien onzas de oro tambien! que yo las *cuqué* (las atisé). — ¿Y le dijiste esto á tu compañero? — Sí, señor; pero á la

par le dije que ántes se le arrancaba á mi padre el corazon que sus onzas; y así sucedió. — Oye, José; ¿y no te dijo tu compañero que tu padre habia muerto? — María Santísima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

— Mis temores tenia yo de que aquel condenado hubiese podido pervertir á José; porque al fin, dice el refran, que la sangre se hereda y el vicio se pega. Pero hizo el cuitado esta pregunta can tanta sorpresa y dolor, que si aun me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

— Sí, hombre: le dije, murió!

Entónces José se puso á llorar á sollozos: le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto. Pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió: despues de lo cual, nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volvió á llamar. — Tio Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi padre emparedadas sus onzas; sáquelas Vd. y mán-dele decir misas al pobrecito de mi alma. — Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba. — Vuestro padre fué el muerto, prosiguió el tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta: aquí teneis la condenacion de su verdugo!

El padre capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

— Envolvedla de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo. Y miéntras el tio Bernardo cumplia con despacio el encargo, el padre capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

— Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al capellan; mas este, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

— Los muertos solo necesitan sufragios. Guerdad vuestra prueba condenatoria: yo la rehusó.

— Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

— No, porque.... esto ya nada remedia!

— ¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no quereis revindicar la memoria de vuestro hermano?

— ¿Para qué? repuso con abatimiento el capellan.

— Para borrar la ignominia que deshónra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

— Mi familia se extingue en mí.

— ¿Y vos quereis cargar con el sambenito, señor?

— Yo, tio Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

— ¿Y la justicia? ¿y la vindicta pública, señor?

— Sus ministros tiene, tio Bernardo.

— Pues qué, ¡perdonariais!.....

— Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

— Señor, — dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el tio Bernardo; — eso es ser santo!

— No: es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir. Y no creais que sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere.»

— El padre de su mercé decia que José tenia sangre de horchata; y quiéreme parecer que esta es la de toda la familia, padre capellan. Si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido. Y mas le digo á su mercé; y es que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

— Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tio Bernardo, contestó el capellan. Pero difícil será que deis con él, que desaparecido hace diez años, estará expatriado

ó muerto. Rogad mas bien por su alma, ó por su conversion.

— Señor, dice el refran «que á carrera larga nadie escapa.» Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que «con viento se limpia el trigo; y los malos, con castigo.»

— Si con buscarle y acusarle cumplís con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplís con una virtud de cristiano, tio Bernardo.

— ¡Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

— No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdón, tio Bernardo.

— Pues señor, repuso el veterano con energía, yo no estoy como su mercé, con un pié en el cielo ¡y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamé! que ha de pagar sus delitos. ¿Y creéis, padre, que me condenaré por eso?

— No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso: he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno. ¿Pero á que discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halleis al que creéis reo?

— ¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

— Fué una gran casualidad, tio Bernardo.

— Es que hay casualidades que parecen providencias señor D. Gaspar.

— Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

— Señor, dice el refran que mas largo es el tiempo que la fortuna. Se hallará. Y ya que vos no quereis hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo.... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el general y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa, en una de las calles principales de Madrid. El general parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

— En ninguna época, como en la nuestra, decia su hermano al general, se han visto hombres colocarse en primer término, y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincón oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes, con el *qué se me da á mí* de una sociedad que vive al día, sin cuidarse mas que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con el pasado, este desden por la cuna, este olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oír á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneración que les es debida solo por serlo.

— Hermano, — contestó el futuro suegro del coronel, — es tendencia general de los ancianos, la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monótono carril.

— Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos, cuando se trata de las malas tendencias que dominan. Y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas, son, y serán imperfectas, por mas que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es, y será siempre!

— ¿Y todo esto, repuso el general, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

— Es muy cierto, hermano.

— ¿Y sin mas razón, prosiguió el general, que la de no conocer á su padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

— En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

— Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

— No hay apellido ilustre sin filiacion. Me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, son pobres jornaleros, que han tenido un hijo que en 18.... fué embarcado como soldado para América, y que están en la persuasion de que su hijo ha perecido, pues nunca mas han vuelto á saber de él.... El coronel dice que sus padres han muerto: ahora bien, ¿qué te parece de renegar así de sus padres porque son pobres?

— Seria horrible si fuese cierto.

— ¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios, siéndolo de pobres jornaleros?

— Seria ridículo, si fuese exacto.

— ¿Me darás, pues, la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado, tan miserable vanidad?

— Hermano, no creo en tus noticias; esos Guerran serán otros; es un apellido muy general. Mas dado caso que fuesen ciertas, — ¿son estas debilidades humanas, suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del coronel Guerra una boda brillante si no lucida? Su carrera es brillante, su mérito incontestable.

— Bien está, bien está; eso es en cuanto á su vida militar. ¿Pero.... y en la privada?

— No hay uno de sus compañeros que no haga de él en este punto elogios; ademas es rico.

— Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano; fortuna hecha al juego!

— Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el general penosamente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

— ¡No digo! exclamó con amargura el anciano: ¡lo pasado es el surco en el mar! ¿Qué extraño es que se pierda la vergüenza, si hoy dia, aun personas tan virtuosas y llenas

de pundonor como tú, se constituyen en quita-manchas de las mas feas?

— Pero, hermano, — dijo con triste inquietud el general — mi hija le quiere.

— Tu hija es una excelente y dócil niña, que no se habria dejado llevar de su cariño, si te hubieras opuesto á él.

En este momento entró radiante el coronel, el que halló, como de costumbre, frio y seco al hermano del general. Este, en cambio, se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de tan visible desvío prodigándole muestras de afecto y de cordialidad.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

— ¡Adelante! gritó el general.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

— ¡Bernardo! ¡por fin viniste! — gritó el general, apenas le vió, arrojándose hácia el recién entrado, y echándole los brazos al cuello. Cogiéndole en seguida de la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho, y presentándosele á su hermano y al coronel, — aquí teneis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador, al que debó la vida. Mirad, mirad, añadió desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aquí está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazon. ¿Pero cómo te va, amigo? Ya veo que los años han pasado sobre tí como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

— Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente; y de ánimo lo mismo. Pues aunque mis tramojos paso, no me amilano; que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usía sí que está arrogante! ¡Ya! ¡cómo que tiene diez años ménos que yo! ¡Ya sé que su Excelencia se ha casado, y tiene hijos como pimpollos! ¡sea para bien!

— Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tu mujer?

— Señor, mi mujer está tan encogida y arrugada, que parece una castaña pilonga. Los hijos, uno sirve al rey; los demas están casados, y con un celemin de hijos.

— Bernardo, tú no te separas ya mas de mí.

— Señor, ¿y cómo dejo á la mujer?

— Te la traes.

— ¡Qué, señor! mas fácil es traerse á la Cartuja! Allí está endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raíces que una cepa.

— Pues bien, voy á fincar, y no te faltará buena colocacion: tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos. Aquí tienes, añadió el general señalando al caballero anciano á mi hermano, de quien tanto te hablaba; y aquí, prosiguió señalando al coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, y hasta hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse. Pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con aquel hombre no era fortuito, y que deberia repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia, y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse, — al parecer tranquilo, — y leia un periódico. Al oirse presentar por el general á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al reciénvenido.

Pero apenas lo hubo fijado este, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entretanto el general se habia levantado y tocado la campanilla.

— Llévate, le dijo al criado que entró, á este huesped que me ha llegado: que se le sirva de almorzar y se le atienda como á persona de mi propia familia. Anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos, que ansian por conocerte. Y empujando por el hombro al anciano, que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

— ¿Cómo se llama ese coronel? preguntó al criado el tío Bernardo.

— D. Victor Guerra: ¿le conoceis?

— Juraria que sí, contestó el huesped; pero por entónces no era coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra. Mas como de esto hace tiempo, ántes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tío Bernardo no habia podido pasar un bocado. A poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson, habia salido. Pero no habia pasado del portal; en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba, — al parecer, — algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el coronel al asesino del ventero; é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos en la escalera el anciano levantó su ansiosa vista, y vió bajar con toda su arrogancia al que esperaba. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apénas traspasaba el coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decia:

— ¡Juan Luis!

El coronel volvió instantáneamente la cabeza.

— ¡No has olvidado tu nombre! exclamó el tío Bernardo, poniéndose frente al coronel. Juan Luis *Navajas*, ladron, asesino! Lo que sí pareces olvidar en tus postizas grandezas, es que «la verdad adelgaza, quero no quiebra.»

El coronel como herido de un rayo al oir formulada aquella tremenda acusacion, habia tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse. Mas, reponiéndose instantáneamente, — como el que habiendo caido en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie, — se recobró, y dijo con una vehemencia que en vano trataba de disimular bajo la capa de un frio desden:

— ¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura, ó castigar vuestra osadía?

— ¡Osadía! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion. — ¿Quién habla de osadía? ¡vil, infame! ¡tú, que

sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! Has creído poder, como la serpiente, soltar tu piel y seguir arrastrándote impune con otra; olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada!

— ¡Viejo estúpido ó insensato, refrenáos! — exclamó con ira el coronel, — y no abuseis de la prudencia que observo, en consideracion al general. Pero, callad; y no me forceis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

— ¡A la justicia, sí! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo!

El coronel soltó una seca y acerba carcajada.

— Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano: por su mal le nacieron alas á la hormiga! Subiste sirviéndote de hincapié un robo y una muerte: hiciste mas: urdiste con tal maldad tu trama, que en ella hiciste perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí, estabas salvo.

El coronel echó mano á su espada.

— Quietos! dijo el anciano; que una muerte mas no te salva. Porque las pruebas de tu delito no mueren conmigo; que en manos de la justicia las dejé, y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado!

— La gloria y el dinero son para quien los gana, y ganados los tengo, rústico deslenguado, dijo el coronel con altanería.

— Sí, sí, te sopló la suerte, como una desatinada que es. Pero ya todo se te acabó; y pagarás el capital y los réditos. Porque sábete, Juan Luis, que mas largo es el tiempo que la fortuna!

— Considerad que yo os acusaré de calumniador infame; á no ser que generosamente os perdone, si os retractais de lo dicho, y prometeis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el coronel, que nunca perdía la cabeza. — En ese caso os prometo, en consideracion al general, ser vuestro ferviente protector. Soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro, puede estar seguro de mi gratitud.

Desde ahora podeis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

— ¡Anda, anda, mal nacido! que aunque me ves vestido de lana, no soy oveja, respondió el veterano. El que, como tú, tiene echada el alma atras, no es extraño que trate de sobornar á un hombre de bien. Pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas. ¿Pues qué? ¿te habia yo de dejar casar con la hija del general? ¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? habias tú de seguir impune disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

— Pues callaréis para siempre, ya que perderme intentais, exclamó con honda voz en una explosion de ira el coronel. Pruebas de vuestra calumnia ni teneis ni podeis tenerlas; pero basta ella para manchar mi immaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de sí con una pistola en la mano hácia el anciano. Pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa, habia logrado serenar la tempestad de su alma. — ¡Serenidad! se dijo, ¡sangre fria, que es la que salva! — ¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen. Negaré. — ¿Quién no creerá al coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mala hora se ha hallado en mi camino! El general le aprecia y tiene fe en él: pero.... ¡valor! Juguemos el todo por el todo. Mi buena estrella no me abandonará: en ella confio.

El coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas, que empezaba y cortaba con desasosiego, que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta. Sorprendióle, porque de nadie podia esperar comunicacion alguna: abrióla presuroso: era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia:

— Fuge, late, tace!

Aunque la letra era fingida, el coronel creyó reconocer la

del general; quedó inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecía en su trémula mano.

— ¡Lo sabe! murmuró. El mal viejo se lo ha dicho! Pero no le habria dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el general, si no le hubiese comunicado esas pruebas de que me habló.... Pero.... ¿cuáles pueden ser?.... No existen.... ¡miente el villano!.... Y no obstante, hay ciertamente.... hay ciertamente un genio, enemigo del reposo del hombre, que suele alguna vez, cual los vampiros, desenterrar cadáveres yertos y olvidados, del centro de la tierra. *Fuge, late, tace!* huye, ocúltate, calla! — ¿Y con qué fin me traza esa línea de conducta el general? ¡Está claro! Quiere evitar un escándalo que avergüenze al regimiento de que fué jefe, que abochorne á la mujer que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! ¡Compañerismo, amor, amistad!.... ¡palabras huecas y sin raices, que no resisten á un impulso de orgullo!

Así razonaba aquel hombre. ¡Y no es él solo! ¡Cuántos culpan, como él, á la sociedad y á los afectos, por no culparse á sí propios! ¿Cuál será la verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veia — con tanta mas rabia y asombro cuanto que no lo aguardaba, — desmoronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresia; veíalo caer, — levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira, al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos!

Aun reflexionó algunos instantes aquel criminal, hecho tan insolente por su fortuna: se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del general. Este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como coronel del regimiento en que habia servido aquel infame, horrorizado y humillado como padre, del que habia admitido por

yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehension y condenacion del criminal.

Cuando el tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le habia sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

— Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas, dijo. Pero... ¿á dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? Y Dios consiente; pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El tio Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crímenes. «En la pasada noche ha tenido lugar en ***Street el mas «horroroso suceso. No há mucho que llegó aquí un español «que se apellidaba D. Claudio Jaen: su carácter altanero, su «humor irascible y su aire provocativo le habian hecho odioso «en los alojamientos en que habia vivido. Pasaba sus noches «en las casas de juego, en las que ganaba con tan loca fortuna, que se susurraba entre los demas jugadores que no «jugaba limpio.

«Entre estos el mas encarnizado contra él era un limeño «de poco buenos antecedentes, que aseguraba ademas haber «conocido al referido sugeto en Lima, en donde llevaba el «nombre de D. Victor Guerra. Supo todo esto al entrar «anoche en la casa de juego el llamado D. Claudio Jaen, y «se puso en un estado de furia difícil de describir. Al ver «entrar poco despues al limeño, se arrojó sobre él con furia «clavándole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á su «antagonista tan pronto que no hubiese este sacado una pistola «que descargó á quema-ropa sobre su agresor, exclamando: «señores, ya veis que castigo á un asesino. — La muerte de «D. Claudio Jaen fué instantánea; el limeño vivió algunas «horas, y esta tarde ha dejado de existir.»

Tambien pudo verse algun tiempo despues en los periódicos españoles una carta de un misionero en que daba cuenta

del martirio sufrido por otro, llamado el padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tío Bernardo por el general.

— ¡Vaya! dijo; cada cual ha muerto como ha vivido: el uno, como un santo mártir; el otro, como un ladrón y asesino. — Dios premie al uno, y perdone al otro!

— Vaya, Bernardo: esa es una buena palabra, que me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has odiado y tanto has perseguido, le dijo el general.

— El campo santo es un sagrado, señor! — Delante de una sepultura no debe el cristiano tener mas que oraciones! — repuso el tío Bernardo.

NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.

¿Porqué, pues, el mortal ciego se lanza
tras mentida ilusion que poco dura?
Solo asegurará su bienandanza
la paz del alma y la conciencia pura.

Francisco Javier de Búrgos.

*Un seul printemps suffit à la nature,
à reproduire ses fleurs et sa verdure;
jamais la vie ne reproduit
la paix du cœur qu'un seul instant détruit.*

Bástale á la naturaleza una primavera para
recobrar sus flores y su lozanía: pero no al-
canza la vida del hombre para devolver al
corazon la paz que puede destruir un solo
instante.

CAPITULO I.

Así como en las desiertas costas del mar se ve blanquear un nido de gaviotas en la concavidad de una peña, así aparece Cádiz en la concavidad de sus murallas. Hanla labrado tan denodadamente entre las olas, que la tierra alarga un brazo para asirla. Lleva este angosto brazo de piedra y arena, como un brazalete, la Cortadura; esto es, una fortaleza construida en tiempo de la gloriosa guerra de la Independencia: separa las violentas olas del Océano de las tranquilas aguas de la bahía, y conduce á la ciudad de San Fernando, que en el fondo de la ensenada abre sus arsenales de la Carraca como hospitales, á los barcos que, heridos y maltratados en sus azarosas carreras, regresan á sus lares. ¡Pobres barcos, á los que los huracanes dicen: *¡marcha! ¡marcha!* como los acontecimientos se lo gritan á los hombres! y que al llegar á su patria se asen á ella con sus áncoras, como niños con sus manos al cuello de su madre.

Pasada la ciudad de San Fernando, — gallarda y digna vecina de Cádiz, — que ostenta su Calle Larga parecida á un estrado, y sus casas brillantes y sólidas como si fuesen de plata maciza; y atravesando el puente Zuazo, tan antiguo que se atribuye su construccion primitiva á los fenicios, el camino se divide en dos: el de la izquierda sigue costeanado la bahía, y el de la derecha se dirige á Chiclana. Se entra en este precioso pueblo por una arboleda de álamos blancos, que toman asiento entre verdes huertas, — á la manera de nobles ancianos encanecidos, — estimulando con su susurro á las

plantas pequeñas y tiernas á crecer y fortalecerse, para resistir como ellos á los vendavales. El pueblo es grande, y el rio Liro lo divide en dos mitades como un cuchillo de plata.

Dominábanlo otras veces sobre dos alturas, una torre morisca ruinosa, como imagen de lo pasado en la una; y una lindísima capilla, como imagen de lo presente, en la otra. De pocos años á esta parte la torre ha desaparecido, y la capilla es una ruina.

Era un templo, era un altar
donde llora el desvalido:
yo lloré; volví á pasar . . .
¡y era polvo consumido,
que tambien me hizo llorar! ¹⁾

Era esta capilla (dedicada á Santa Ana) de construcción redonda, y estaba ceñida de una columnata, que formaba en su alrededor una galería, desde la cual se admiraba un hermoso panorama, esto es, una bella vista circular.

La aislada y abandonada torre tenia á sus piés el cementerio; como si los hombres muertos buscasen simpáticamente la sombra de la muerta torre! Esta torre, que parecia un sello de piedra que ostentase los archivos del pueblo; que era una herencia de generaciones guardada por la comarca, como la momia de un vencido caudillo, embalsamado por los aromas de las flores del campo; esta torre austera, que no tenia conexiones ya sino con los muertos, que á su alrededor se volvian esqueletos; con las aves nocturnas que en sus oscuros antros, huian del bullicio y de la luz del dia; y con los vientos, que venian á gemir tristemente en las brechas, que podian considerarse como heridas causadas por el tiempo: ¡esta torre inofensiva no pudo escapar al moderno vandalismo! ¡Ni el respeto á los recuerdos que evocaba; ni el respeto al cementerio que tan expresivamente presidia; ni lo romántico de su aspecto; ni lo histórico de su origen, pudieron valerle! ¡Fué demolida bajo el sabio protesto de que *estaba ruinosa!!!* ¡Ruinosa una ruina!! ¡ruinosa aquella torre, que llevaba los siglos, como vosotros los dias! ruinosa aquella mole petrifi-

1) Don Juan Arolas.

cada, que hubiera vivido mas que todas vuestras construcciones de yeso y de madera!

Tambien la capilla, cerrada y abandonada, ha sido presa de la destruccion. Ya ha desaparecido la columnata que tan noblemente la ceñia. Arbolado, edificios, conventos, santuarios, castillos, palacios feudales, hasta las ruinas van desapareciendo! sin que ni siquiera se levanten fábricas, ni se planten huertas para reemplazarlos, para vestir con cocos ¹⁾ y flores á la noble matrona España, en lugar de los tisús y joyas de que la despojan! — ¿Qué nos quedará pues? — Dehesas para criar la fiera salvaje y feroz, cuyas lides forman el ameno y culto placer que goza con preferencia del favor del público!!! ¡Dios mio! ¿Será que la ferocidad y la crueldad del hombre necesitan un desahogo, como lo necesita y lo halla la atmósfera alguna vez en sus tormentas, relámpagos y truenos, para descargarse de su electricidad?

En los tiempos en que Cádiz era el Rothschild de las ciudades; en aquellos tiempos en que, segun decian los forasteros de fuste, hacian los comerciantes de dicho pueblo la vida de rumbo, y con la grandeza propia de embajadores; la mayor parte de ellos tenian casas de campo en Chiclana, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y buen gusto. Aunque deslustrado, aun quedan grandes vestigios de aquel elegante lujo, á que la venida de los franceses de Napoleon dió el golpe de muerte.

En la época presente en la que se cumple en muchos casos aquel conocido adagio, *se abajan adarves y se levantan muladares*; cuando los ancianos cuentan las grandezas y fausto de aquella época; la gente, no diremos *jóven*, sino *nueva*, cree oir cuentos de *Las mil y una noches*, y alternan en sus labios el asombro y la crítica. Garbo, generosidad, esplendidez, son — al parecer de nuestra época, — materia para un apéndice al D. Quijote, es decir, virtudes fantásticas, que solo pueden existir en un cerebro sobreexcitado ²⁾.

1) Cocos, percales.

2) Aunque la época lejana que aquí se pinta, no nos permite dibujarla con la autoridad de testigos oculares, podemos, no obstante, afirmar la

Cuando empiezan los sucesos que vamos á referir, — que es á fines del siglo pasado, — Chiclana estaba en todo su auge, brillaba el oro por Cádiz, y esparcía sus rayos en sus alrededores, como el sol en el cielo. Solo en la Habana se sabe hoy, — cual allí se sabia entónces, — echar por ahí las onzas con la misma sencilla indiferencia con que arrojan los niños globulillos de espuma de jabon en el espacio, y con el señorío de príncipes, que ni miran ni ponen precio á lo que dan ó gastan en obsequio de otros. Cuéntase que fué en esta época cuando la famosa Duquesa de Alba dijo á un jóven, que al ver en su mesa veinte mil duros, opinaba que esta suma, que para ella era tan poca cosa, haria la fortuna de un hombre: ¿los quieres? El jóven admitió. La Duquesa le mandó el dinero, y... le cerró su casa. Hoy dia sucederia lo contrario: no se daria el dinero; pero en cambio no se cierran las puertas al que lo adquiere, sea cual sea el medio de que para ello se haya valido.

En una de las anchas y alegres calles del mencionado pueblo, descollaba entre todas una hermosa casa, aunque solo tenia un piso algo elevado del suelo. Subíase á ella por una escalinata de mármol, y era su puerta de caoba, tachonada de grandes clavos de brillante metal. Coronaban el frontispicio las armas de su dueño esculpidas en mármol. La nobleza y la riqueza se buscan, porque primitivamente fueron hermanas — hoy dia, ni aun primas son! La casa-puerta, — así como el patio y todas las habitaciones, hasta las oficinas interiores, — estaban soladas con magníficas losas de mármol azules y blancas. Sostenian las cuatro galerías que rodeaban el patio, columnas de jaspe; en el centro de este, rodeada de macetas y estatuas de alabastro, corria una fuente sin cesar, celebrando con su pura é infantil voz, lo mismo al pimpollo entreabierto como una esperanza, que á la flor que caia deshojada como el desconsuelo. Entre columna y columna pendian, cubiertas de verdes y floridas colgaduras de jazmines y mosquetas, do-

exacta verdad de la pintura de aquella época, y todos sus pormenores, porque las fuentes de donde hemos sacado estos datos, son las mas autorizadas y fidedignas.

radas jaulas con vistosos pájaros; un toldo de lona con puntas ribeteadas de color, cubria el patio y conservaba la frescura, esparciendo una sombra suave como un *duerme-vela* en una siesta de verano. Las paredes de la sala eran de estuco blanco sobre un fondo celeste; la sillería y sofá, de ébano con adornos de plata maciza, y forros de gro de Tours celeste. Era su hechura sencilla y mezquina, á la griega, moda que habia entronizado la revolucion de Francia, poniéndola á la órden del dia con el gorro frigio, los nombres de *Antenor*, *Anacársis*, *Temístocles*, *Aristídes*, y otras cosas ménos inofensivas. Sobre la mesa, que ostentaba cuatro piés derechos é istriados, habia un magnífico reloj de mármol blanco y bronce negro y dorado. Pasado á la sazón en las artes tambien el gusto por lo pastoril é idílico, privaban entónces las graves y clásicas alegorías, á las que en breve debian seguir los cañones, banderas y coronas de laurel bélicas, con que Bonaparte habia de hacer evaporarse en ancha atmósfera, el ardor de la calentura revolucionaria francesa. A su vez la época de la Restauracion, — en la que acabó la legitimidad con el despotismo del sable, como este habia concluido con el despotismo de la democracia, —¹⁾ trajo las ideas monárquicas y los sentimientos religiosos, con el caballerismo, la lealtad, la fidelidad y la religiosidad antiguas, que habian de introducir el romanticismo en la literatura, y el gusto gótico en las artes y modas, siguiendo luego el gusto á lo Luis XIV y Luis XV, llamado *rococó*. Cual niños, los hombres son entusiastas de lo nuevo, y pisan en seguida con desprecio lo que era su ídolo un momento ántes. Shakespeare ha dicho: «*fragilidad*, tu nombre es mujer!» Bien pudiera haber añadido: «*¡cambio*, tu nombre es hombre!»

Formaba el reloj un grupo compuesto de un anciano que representaba al Tiempo; de dos bellas jóvenes desnudas y enlazadas, que se apoyaban en el anciano, y personificaban

1) Dice Dumas á quien no se tachará por cierto de antibonapartista ni de legitimista: — «Por espacio de setenta y dos años llevó Luis XIV la corona y reinó; — por espacio de diez y nueve años tuvo Napoleon en su mano el cetro, y gobernó con el despotismo.»

la Inocencia y la Verdad, y de otras dos figuras envueltas en negros velos, que figuraban la Maldad y el Misterio huyendo del anciano, que con el dedo levantado parecia amenazarlas. La efigie del viejo estaba bien y característicamente esculpida, y cuando á su expresivo gesto se unia la clara y vibrante voz de la hora que contaba á sus muertas hermanas, parecia amenazante la voz del austero anciano, y no podia ménos de conmover al que, meditando sobre el sentido de aquella alegoría, oía resonar sus compasados ecos.

A cada lado del reloj habia un candelero formado de un Negro de bronce, posado sobre una base redonda de mármol adornada de cadenitas del mismo metal: llevaba el Negro sobre la cabeza y en cada mano, unos cestos de flores doradas, en cuyos centros se colocaban las velas. El techo de la sala estaba pintado, figurando leves nubes blancas y grises, entre las que asomaba una Ninfa ó Hija del Aire, que en sus manos parecia sostener los cordones y borlas celestes, de que pendia una lámpara de alabastro destinada á filtrar una luz suave como la luna, luz que favorecia en extremo la belleza de las mujeres, y era adoptada para tertulias de confianza. En medio del cuarto, sobre un velador de mosaico, habia un gran globo de cristal, en que nadaban pececitos de colores, que ostenta el agua en competencia con el aire, que muestra sus encantadores pájaros, y con el jardin que ostenta sus deliciosas flores. Allí vivian suaves y callados, sin que les intimidase la transparencia de su círculo de accion mirándolo todo con sus grandes ojos sin comprender nada, cual pequeños idiotas. Coronaba este globo otro mas chico, que estaba lleno de flores; y habia profusion de ellas colocadas en jardineras en los huecos de las ventanas. Pendian de estas, cortines de muselina guarnecidas de encajes, poco mas ó menos como se ven hoy dia, con la diferencia de que la muselina de aquellas no era inglesa, sino de la India, y que los encajes no eran de algodón y de telar, sino de hilo y de bolillos. Como era verano, las persianas no dejaban penetrar en la sala sino una débil claridad: la atmósfera estaba embalsamada por las flores y por pastillas de Lima.

Sobre el sofá estaba recostada una mujer de extraordinaria

belleza: una profusion de rizos rubios cubrian una de sus manos de alabastro, en la que se apoyaba su cabeza, reclinada sobre uno de los cojines del sofá. Un peinador de olan, guarnecido de encajes de Flándes, cubria sus perfectas y juveniles formas; y solo asomaba por entre el encaje la punta de su pié, calzado á la moda de entónces, con media de seda y zapato de raso blanco. Las damas de importancia no gastaban otro á ninguna hora del dia, y llegó el lujo hasta gastar zapato de encaje forrado de raso de color. Los apóstoles de la última moda, sobre todo si viene de allende, grandes admiradores de los *brodequins*, echan una mirada de soberano desprecio sobre ese rico y elegantísimo uso, que tiene dos pecados mortales — *el ser antiguo, y el ser español*.

Brillaba en la mano izquierda de la jóven acostada en el sofá un magnífico brillante; y con un pañuelo de olan, bordado en Méjico, que en ella tenia, enjugaba de cuando en cuando una lágrima, que se deslizaba lentamente por sus anacaradas mejillas. Sin duda piensa el lector haber adivinado que esa lágrima solitaria que vierte una mujer jóven y hermosa, rodeada de aquel lujo, indicio de una posicion envidiable, es y no puede ser sino una lágrima de amor. Sentimos decirlo: el lector ha adivinado mal. Y en obsequio á la verdad, y aun á costa de desprestigiar á la heroína de nuestra relacion, tenemos que decir que esa lágrima no era de amor, sino de coraje. Sí; aquella lágrima tan brillante, que caia de aquellos ojos, azules como el cielo de la tarde, y que pasando por entre sus largas y obscuras pestañas, resbalaba por aquellas mejillas de tan suave y fresco sonrosado, era de coraje. — Pero ántes de proseguir, es preciso referir lo que la originaba.

CAPITULO II.

La jóven que hemos descrito, se llamaba Ismena, y era hija única de D. Patricio O-Carty, cuya familia habia emigrado de Irlanda, como otras muchas, huyendo del usurpador Crom-

well, que perseguía dos cosas que suelen unirse: la religión y su constancia; el principio monárquico y su lealtad. La mayor parte de estos fieles, que abandonaron sus empleos, casas y tierras, siguieron á Carlos Eduardo Stuart el *Preteniente*, á Francia, y le acompañaron cuando en 1690, auxiliado por Luis XIV, hizo este desgraciado rey un desembarco en Irlanda, y despues de muchas vicisitudes, mandó en persona la desgraciada batalla de la Boyne. Despues de esta derrota entraron aquellas tropas, que se componian de la primera nobleza de Irlanda, al servicio de Francia y España. Acogiólas, como de suponer era, Felipe V. favorablemente, y formaron en 1709, los regimientos de Ibernia y Ultonia, y mas adelante otro tercero, que se llamó Irlanda. Mandaba estas tropas Jacobo Stuart, Duque de Berwick, hijo natural que tuvo Jacobo II de Arabela Churchill, hermana del famoso Marlborough. Ganó el Duque de Berwick la batalla de Almansa, y tomó á Barcelona por asalto; y el rey premió sus grandes servicios á la corona con los Ducados de Liria y Jérica, y con la Grandeza de España. Tuvo este bizarro general dos hijos: el primero se naturalizó en España y llevó los títulos de Berwick, Liria y Jérica, uniéndose despues por enlace á la noble casa de Alba, que habia recaído en hembra; el hijo segundo se estableció en Francia, donde existen sus descendientes, que llevan el título de Duques de Fitz-James. Los arriba mencionados regimientos han llegado hasta nuestros dias con los hijos de aquellos fieles; pues, segun se nos dice, existen aun noventa apellidos irlandeses en el ejército español, que honran á los que los llevan, por su lealtad, bizarría y nobleza hereditaria¹).

1) Creemos curioso apuntar aquí algunos de los ilustres de estos militares irlandeses, á quienes en atencion á sus méritos, á sus servicios y al lustre de sus familias, ha compensado el gobierno español parte de lo que en su patria perdieron.

Ademas de lo concedido al ilustre caudillo de estas tropas, Jacobo Stuart, se le concedió á un descendiente suyo, Pedro Stuart, el título de Marques de San Leonardo, que andando el tiempo recayó en hembra, la que casó con el Brigadier D. Simon Wall, descendiente del General Ministro D. Ricardo Wall.

En 1776 hizo el rey Conde de Ophalia al Teniente General D. Bernardo

Casó D. Patricio con una española, y su hija Ismena reunió belleza de ambos tipos. Cubria sus delicadas y graciosas formas de andaluza, la alba y rosada tez de las hijas de la nebulosa Erin, á la que daba la impasible frialdad de su dueña esa limpieza y tersura transparente de la esperma que nada enturbia. Sus rasgados ojos azul turquí tenían entre sus obscuras pestañas la altiva y entendida mirada de las hijas del Sur; su porte un poco estirado, era, no obstante, gracioso y natural. La *naturalidad* es el mayor encanto de la gracia española, tan justamente célebre y decantada. El irresistible atractivo que de ella nace, y que en otro tiempo esparcian las mujeres al rededor de sí como la llama su brillo y las flores su perfume, se lo debian á los hombres, que aborrecian cuanto era afectado y supuesto, amanerado y estudiado, anatematizándolo bien y varonilmente con la despreciativa voz de *monadas*. Hoy dia parece que se tiende á lo opuesto: lo que es lo mismo que si los florentinos vistiesen á

O-Connor, señor de Ophalia en Irlanda, del castillo de Philipstown, y baronía de Grashill. Cayó en hembra, y es heredera de este título la Señorita Condesa de Tilly. En 1771 creó el rey el Condado de O-Reilly; su actual poseedor reside en la Habana. Carlos III hizo Conde de Lacy al Teniente General Don Guillermo Lacy: hizo dicho rey Marques del Norte al Brigadier O-Neill por sus servicios en la Florida; reside en la Habana ó Puerto-Rico. En 1729 concedió el rey el título de Marques de la Cañada á D. Guillermo Tyrre, vecino del Puerto de Santa María, hombre muy rico, que habia hecho su caudal en el comercio con América, y que aplicó sus fondos á fundar un mayorazgo. Descendia en linea recta de varon. de Domingo Tyrre, poderoso caballero del Condado de York en Irlanda, creado en 1631 Vizconde de Limerick, de cuya dignidad fué despojado por Cromwell. en atencion á su fidelidad á su rey y religion. En esta época emigraron otros muchos que se establecieron en Cádiz y otros puntos. Usan sus títulos Irlandeses en España los Condes de Clonard: la rama primogénita de los O-Reillys usa su título de Baron de Klonket.

En la Ibernica sirvieron los Condes de Mac-Mahon. Los Butlers son, por ramas colaterales, de la familia de los Duques de Ormond. Los Clairacs son Condes de Clairac. Los Magenis son Condes de Ibeag. Sarsfield es de una gran familia, así como los Obrian, Walsh, O-Linsh, O-Donojú, Comesford, Kindelan, Burk; etc.

Hoy dia ocupan altos grados en el ejército: D. Leopoldo O-Donnell, Conde de Lucena, como Capitan General; el Conde de Clonard, D. Guillermo Stuart y D. José Lemery, como Tenientes Generales; D. Tulio O'Neill, Marques de la Granja. D. Demetrio O-Daly, D. Enrique O-Donnell, D. José Grases (de artillería) como Mariscales de Campo. Todo lo antedicho, salvo error ú olvido.

sus Vénus de Medicis por un figurin de modas. En la naturalidad está la verdad, y fuera de la verdad no hay perfeccion; en la naturalidad está la gracia, y sin la gracia no hay elegancia genuina.

En cuanto á lo moral, — peor dotada Ismena, que en su persona — unia al alma fria y serena de su padre el genio altivo y dominador que habia heredado de su madre, exaltado todo por el orgullo de la niña mimada, rica, hermosa y adulada. No se ocupaba la celebrada Ismena, la rica heredera, sino de sí y de un porvenir, que se forjaba en su imaginacion, lucido y brillante, cual los que pronostican las Hadas. Así fué que despreció con impertinencia el amor de cuantos jóvenes se le ofrecieron sinceramente, no pareciéndole ninguno digno de realizar su soñado porvenir. Pero los cambios de la suerte son repentinos é inesperados, como las transformaciones de las comedias de magia. En pocos meses perdió el padre de Ismena todo su caudal, merced á la traicion de los ingleses, que tantos barcos y caudales apresaron ántes de haber declarado la guerra á España; ¡infausta guerra que nos atrajo el infausto pacto de familia! D. Patricio, que por entonces tambien perdió á su mujer, se retiró arruinado á la bella casa de campo que Chiclana tenia; pero en breve, ni aun ese recurso le quedó, y la casa fué puesta en venta por los acreedores.

El primer comprador que se presentó, fué el General Conde de Alcira. Volvia este general de América, donde habia pasado largos años. Aunque no tenia sino cincuenta y cinco, parecia mucho mayor, gracias á la accion corrosiva del clima de América, que con su ardiente humedad, destruye al europeo, como corroe el hierro. A pesar de su edad, habia heredado á un jóven sobrino suyo, cuyo título y mayorazgo excluian hembra.

El general, á su regreso, se trasladó á Sevilla, su pueblo natal. Allí, su cuñada, — que por él veia á sí y á sus hijas privadas del caudal que ántes poseian, y del título que llevaban, — le recibió de una manera tan agria y tan hostil, que el general, — á pesar de ser el hombre mejor, mas hon-

rado, noble y generoso del mundo, — se indignó, y resolvió dejar á Sevilla, y establecerse en Cádiz.

Hacia bien. En aquella época Sevilla, la grave matrona, con su rosario en la mano, vestia aun la tiesa cotilla, el alto promontorio empolvado, — que mas que peinado parecia una carga, — y los tontillos, con los que solo por una puerta muy ancha podia pasar de frente una señora. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la béciga ó al tresillo con sus canónigos y oidores, con sus veinticuatro y sus maestrantes: no tenia teatro; un voto religioso se lo impedia: no tenia mas alumbrado que las piadosas luces que ardian ante sus numerosos retablos; no tenia baldosas, ni Delicias, ni paseo de Cristina; y tenia *actualidad* — como se diria ahora — aquella regla de:

En dando las diez,
Dejar la calle para quien es:
Los rincones para los gatos,
Y las esquinas para los guapos.

No habia, — es claro, — vapores, esos *corre, ve y díles*, que han estrechado los vínculos de amistad entre ambas ciudades, joyas de Andalucía. Cádiz, tan bella ó mas que lo es hoy, vestia en esta época descotadísimamente á la griega, como vemos en sus retratos á Josefina, á Mad. Recamier y Mad. Tallien, nuestra paisana, que murió no hace mucho princesa de Chimay, y otras beldades de entónces. Cádiz, la seductora sirena de desnudo pecho y escamas de plata, nadaba en un mar de saladas aguas, en un mar de placer y en un mar de riquezas. Sabia hermanar admirablemente la cultura y el arte de la elegancia extranjera con el señorío, la gracia y la espontaneidad de la elegancia española; y así, aunque tomaba ciertas cosas y formas extranjeras que le agradaban, no por eso dejaba la graciosa y entendida andaluza de ser esencialmente española; con lo que probaba su buen gusto, su delicado tino y apego á su nacionalidad.

¡Cosa extraña! En aquellos tiempos no se conocia el pomposo y campanudo *españolismo*, que hoy dia llena las *sábanas no santas* de los papeles públicos; y que resuena por todos los discursos, como esos truenos huecos y prolongados que se

deslizan por entre oscuras y pasadas nubes. Ni brillaba en composiciones líricas, ni mucho ménos se hacia con él un arma de partido, aplicándolo á tales ó cuales opiniones. Ni se le buscaba con entusiasmo al toro *Señorito* ¹⁾ por símbolo; nada de eso. Se tenia amor y apegó á lo español, sencilla y naturalmente, como tiene el valiente su desnudo, sin pregonarlo; como las estatuas griegas tienen su belleza, sin adornarla; como tiene el campo sus flores, sin ostentarlas. No estaba el españolismo en los labios; pero estaba en la sangre, en la índole, en los gustos. Y se hacia tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero; se le conservaba tanto su gracioso tipo meridional, que era la admiracion y encanto de los extranjeros. Hoy dia es al contrario: se reniega de él, se le desconoce, se le desprecia: y al revés del asno que cubrió su piel gris y pobre con la rica y dorada piel del leon, — nosotros, mas asnos que aquel, — en lugar de peinar y alisar la nuestra, la cubrimos de una piel inferior y extraña. Entonces no reinaba el *spleen*, sino la mas franca alegría, identificada con la mas exquisita finura. No habia *clubs*, ni *casinos*; no habia sino tertulias, en las que la galantería tenia por código estos versos antiguos ²⁾:

Vosotras sois las temidas,
 Nosotros somos temientes,
 Vosotras sois las servidas,
 Vosotras obedecidas,
 Nosotros los obedientes:
 Vosotras sojuzgadas,
 Nosotros los sometidos:
 Vosotras libres señoras:
 Vosotras las vencedoras,
 Nosotros siervos vencidos:
 Vosotras las adoradas,
 Nosotros los denegados;
 Vosotras las muy loadas,
 Vosotras las estimadas,
 Nosotros los desechados.

1) El toro Señorito, de la ganadería del Excmo. D. José María Benjumra, de Sevilla, mató en 1850 en la plaza de Madrid á un tigre con quien le echaron á luchar. (N. del E.)

2) Del Poeta Suarez, que floreció en el siglo XVI.

Entonces no se conocia la voz de *darse tono*; pero sí se practicaba la de *darse decoro*. Los oficiales de marina, principal galardón de la sociedad gaditana, finos y caballeros como ahora, pero ricos y galantes mas que ahora, habian formado una alegre hermandad, á cuya cabeza estaba la oficialidad del navío San Francisco de Paula ¹⁾, que se titulaba, con alusion al mote del Santo, — *Charitas, bonitas*, — la devota hermandad de las *caritas bonitas*: dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas, y entusiasmaban los sainetes de D. Ramon de la Cruz. A las ferias de Chiclana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acudia toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pájaros de vistoso y dorado plumaje; en fin, muy posteriormente guardaba Cádiz bastantes hechizos para ser cantada por Lord Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza.

El general Conde de Alcira, á su regreso á Cádiz, deseó comprar una casa de campo; le propusieron la de D. Patricio O-Carty, y fué á verla. El desgraciado dueño de la casa se la franqueó tan luego como se presentó. Quedó admirado el conde de cuanto vió en aquella rica morada que hemos descrito; pero de nada tanto como de la hija del dueño, á la que, enlutada y cubierta al albo cuello de rubios rizos, hallaron escribiendo y llorando en un apartado gabinete, que tomaba del jardin luz y fragancia. Ismena lloraba al contestar á dos amigas suyas que le habian participado el casamiento que habian, la una con un lord inglés, la otra con un marques madrileño. ¡Cuán amargamente hacian contrastar estas cartas la suerte de sus amigas con la de Ismena, que, sola

1) Por la época á que nos referimos, mandaron succesivamente este navio dos de nuestros mas insignes marinos, los entonces Brigadieres D. Federico Gravina y D. Juan Ruiz de Apodaca, caballeros los dos del hábito de Calatrava, tipos cumplidos de castellana hidalguía, y tan célebres despues, el primero, por sus heróicos hechos mandando nuestra flota en la funestamente honrosa batalla de Trafalgar; el segundo, por la rendicion de la escuadra francesa en Cádiz en 1808. por su embajada en Lóndres, y por su vireinato en Méjico. Muertos ambos de capitanes generales de la Real Armada, conserva esta respetuosamente su recuerdo, llevando hoy por nombre dos de sus buques el apellido del primero, y el título de *Conde del Venadito* del segundo.

y pobre, tenia que abandonar hasta esta casa, último resto de su brillante posicion pasada!

Aquellas lágrimas interesaron y conmovieron tanto al bondadoso general, que suplicó á su dueño, despues de comprar la casa, que se quedase viviéndola, y le admitiese en ella como uno de la familia, uniéndole á su hija. Excusado es decir que D. Patricio recibió esta oferta como una embajada de felicidad, y su hija como un medio que la impedia rodar hasta el fondo del abismo en que la precipitaba la suerte.

Difícil seria pintar la furia que se apoderó de la cuñada del conde cuando supo el proyectado enlace. Desfogóla esparciendo calumnias sobre Ismena, y cubriendo de ridículo este enlace, escupiendo su veneno en amargos sarcasmos, vaticinando, por último, que la ambiciosa arruinada, que por interes se casaba con un anciano gastado y valetudinario, no tendria sucesion, burlando así una justa prevencion de Dios sus ambiciosos cálculos, y haciendo volver, — por falta de su actual poseedor, — el mayorazgo á su familia.

¡Cuánto no se resentirian el excesivo orgullo y el altivo amor propio de Ismena, — tan exageradamente susceptibles desde sus desgracias, — con estos escarnios y vilipendios! — Exasperábase mas, viendo los vaticinios de su contraria verificarse, puesto que hacia dos años que estaba casada sin haber tenido sucesion. No parecia sino que Dios en su alta justicia negaba la bendicion de los hijos á un matrimonio, en que la consorte no los deseaba por el santo instinto del amor de madre, sino por vil orgullo y despreciable codicia; no por la bendita gloria de rodearse de su descendencia, sino por la soberbia y despreciable ansia de humillar y triunfar de una contraria!

En esta época, y llena de estos pensamientos, es cuando hemos presentado á Ismena, Condesa de Alcira, vertiendo lágrimas. — Y por eso dijimos que aquellas lágrimas frias y amargas no eran de amor, sino de despecho y de coraje.

CAPITULO III.

La persona que habia indicado la posesion que hemos descrito, al general, habia sido su secretario Lázaro, que la conocia porque era hijo de la casera de dicha casa. Explicaremos esto en breves palabras.

El general, cuando jóven, tuvo por largos años un asistente á quien queria mucho. El asistente español es el criado modelo, es el ideal del sirviente. Es todo corazon, todo lealtad: nada exige, todo le sobra: cuanto se le pide, hace á ojos cerrados, y con gusto; y si se le diesen con este objeto, sembraria las cebollas podridas, como Santa Teresa, por ciego espíritu de obediencia. El asistente tiene el corazon de niño, la paciencia de santo, la fidelidad y apego del perro, ese tipo del amor consagrado. Cual este, ama y cuida de la propiedad de su amo, y sobre todo, de sus hijos si los tiene; y esto á tal punto que ha dicho uno de nuestros mas célebres y distinguidos generales que los asistentes son las mejores amas secas. No tiene voluntad propia; no conoce la pereza; es humilde y valiente, amigo de complacer y agradecido; y siempre en el alojamiento — en el que se le vió llegar con la natural é irritada repulsa que causa todo lo que á la fuerza invade el hogar doméstico, — se le ve marchar con sincero sentimiento. El general, que era entónces capitán, vivió mucho tiempo con su asistente en la mayor intimidad, sin que esta hiciese perder al último ni un ápice del respeto que á su jefe tenia. El respeto es propio y anexo al asistente, como lo es al sauce la inclinacion de sus ramas.

Cuando el general fué á América, su asistente se separó de él con gran sentimiento de ambos, para venir á Chiclana, su pueblo, á casarse con su novia, que hacia quince años le aguardaba con una constancia muy comun en España. A los pocos años murió de un tabardillo ó insolacion, dejando á su desconsolada mujer, un niño. La desamparada viuda entró de casera en casa del Sr. O-Carty con una sobrina suya pequeña. En cuanto al niño, — que era ahijado del general, — este mandó por él, le educó á su lado con mucho esmero, y

le hizo su secretario. En esta calidad le trajo con él á España á los veinte y cuatro años de su edad. Lázaro — así se llamaba, — era uno de aquellos seres que la nobleza marca con su sello, y que ayudados por las circunstancias, llegan al heroismo, sin ostentacion ni premeditacion, y solo por instinto y espontaneidad.

Enterado Lázaro por su madre de que la casa en que hacia de casera, iba á ser vendida, se la habia indicado al general, y este la habia adquirido, y con ella una jóven y bella consorte.

¡Hermosa estaba aquella mujer, blanca y delicada como una Ninfa de alabastro! ¡fria tambien é inmóvil, — cual esta — aquella mujer, que nunca habia amado, sino á sí misma! desabrida y sin fragancia, como un jazmin que nunca hubiesen vivificado los rayos del sol!

A la caida de la tarde entró en la sala para abrir las vidrieras otra mujer llamada Nora, que era el ama que habia criado á Ismena, y nunca se habia separado de ella. Mujer astuta y soberbia, que mucho habia contribuido á desarrollar en la niña las perversas propensiones que ya hemos indicado.

— ¡Siempre llorando! — dijo con un movimiento de impaciencia al ver las lágrimas de la condesa. — Todo lo habrás perdido cuando falte tu marido; caudal, consideracion, juventud y belleza! No te quedará mas que meterte á beata, y vestir Santos.

— Ya sé que todo lo habré perdido; ¡y por eso lloro! contestó Ismena.

— ¿Y quién te dice que tu suerte no puede ser otra? repuso Nora. No es tu cuñada la que dispone de tu porvenir. Mas puedes tú misma contribuir á hacerlo bueno, que no ella á hacerlo malo. La esperanza es lo último que se pierde. Pero no hay que cruzarse de brazos mientras estos puedan servirnos.

— ¡Palabras vanas! interrumpió con áspera tristeza Ismena. — Sabes que son estériles mis esperanzas, como lo es mi matrimonio.

— Lo mismo es parir un hijo que prohijarlo, dijo Nora.

La condesa fijó en Nora la profunda mirada de sus rasgados ojos azules, y exclamó:

— No querria el conde.

— No es necesario que lo sepa, repuso Nora.

— ¡Un fraude, un delito, un espolio, un engaño! ¿Deliras?

— Déjate de palabras altisonantes, repuso Nora: no es sino una obra de caridad, que harás con algun infeliz desvalido. Tus sobrinas, que están bien casadas, y tu cuñada, que disfruta de una pingüe viudedad, no necesitan del caudal del conde, y si por él ansian, es solo por ambicion, y por el mal deseo de que no lo disfrutes tú.

— ¡Nunca! ¡nunca! dijo Ismena. Hay mas orgullo en no exponerse á ser esclava de un secreto que nos pueda deshonestar, que no en sostener una su rango y su posicion. ¡Nunca, nunca! — repitió sacudiendo su cabeza, como si de su mente quisiese sacudir tan funesto pensamiento.

— El secreto solo lo sabré yo, y yo soy la responsable. Así, mas seguro estará en mi pecho que en el tuyo.

— Tendrias que valerte de otra persona.

— Sin confiarme á ella, sí. Pero esa persona ya la tengo hallada. Tu marido se embarca para la Habana; á su vuelta hallará un hijo.

— Nora, Nora, no hay maldad que no inventes!

— Lo que invento es cuanto puede combinarse en provecho tuyo.

— ¡Engañar á un hombre como el conde, seria la mas imperdonable de las infamias!

— Te he oido cantar esta estrofa, Ismena:

Es el engaño leal
y el desengaño traidor;
el uno, mal sin dolor,
el otro, dolor sin mal.

Pero por lo visto estás hoy mas remontada que los mismos poetas.

— Esa letra alude á querellas de amor.

— Esa sentencia, que es muy entendida, se puede aplicar á todo. ¿Acaso no se ha visto mil veces poner en práctica

el caso que te propongo? ¿No es aun mil veces peor combinarlo con la infidelidad?

En este momento entró el conde.

— Ismena, hija mia, dijo acercándose cariñosamente á su mujer. Vengo para sacarte á dar un paseo: ya tus amigas te estarán aguardando en la Cañada. ¿Cómo es que no te animan estas hermosas tardes de primavera á ir á disfrutarlas en su reino, esto es, al aire libre, que embalsama en el campo que atavia?

— Me incomoda el andar, y me fastidian las gentes, contestó Ismena, que al ver entrar á su marido habia palidecido.

— Te encuentro descolorida, hija mia, — repuso lleno de interes el conde; — y sobre todo, te hallo desde algun tiempo á esta parte, abatida. ¿Acaso te hallas enferma?

— No me aqueja mal alguno, contestó Ismena.

— A lo ménos los que sufres no son de aquellos para cuya curacion se llama á un facultativo, dijo Nora, mirando al conde con una maliciosa y significativa sonrisa.

El rostro de Ismena se puso encendido como la sangre que á él hicieron afluir unidas la irritacion y la vergüenza.

— ¡Nora! gritó, — ¿estás demente? — ¡calla!

— Callaré. Señor Conde, dícese que miéntras mas se calla la venida, mas hermoso es lo que viene.

En el bondadoso rostro del general brilló una santa esperanza paternal. — ¿Será cierto? murmuró fijando una enternecida mirada sobre su hermosa mujer.

— Señor, dijo Nora: ¿acaso de tres meses á esta parte no notais su desgana, su languidez, su malestar, sin que otra causa las motive? No está convencida ni se quiere convencer; pero yo, que tengo mas experiencia que ella, lo estoy.

— ¡Mientes, Nora! gritó demudada Ismena.

— El tiempo!... repuso esta con el mayor aplomo.

— El tiempo! repitió Ismena indignada.

En este momento, el reloj que figuraba á Saturno, dió seis campanadas con su claro y metálico son.

— Ya acudió el tiempo á la cita, señor Conde, — dijo Nora con afectada risa; — de aquí á seis meses contestará.

CAPITULO IV.

Seis meses despues de estas escenas, el general, — que habia ido á la Habana á asuntos propios, — anunciaba en una cariñosa carta á su mujer su vuelta, y esta pasaba á Cádiz para recibir á su marido, acompañándola en la berlina un ama, que llevaba en brazos á su supuesto hijo.

Este niño habia sido traído de la Inclusa ¹⁾, y el secreto de esta iniquidad no era conocido sino de Ismena, de Nora, y de Lázaro, que era el que por disposicion de Nora le habia sacado del hospicio de los expósitos. Cómo esta mujer perversa pudo persuadir al noble jóven á prestarse á esta infamia, solo se comprende considerando que esta, segun ella afirmaba á Lázaro, se hacia no solo con autorizacion, sino por disposicion del general. Lázaro dudó; pero Nora, que habia previsto su oposicion, habia prudentemente conservado en su poder la última esquila que ántes de partir habia escrito el general á su mujer, y que decia así:

Ya se despliegan las velas que me van á alejar de tí, y contigo, de todas las dulzuras de mi vida! A Dios, pues! Espero á mi vuelta hallar en tus brazos un niño, que consolide aun nuestra felicidad.

Ya te dije que para el consabido asunto, asi como para todos, te valgas de Lázaro, en el que tengo yo y puedes tener tú, la mas ilimitada confianza.

El general añadia aun algunas frases cariñosas, y firmaba.

Nora desde luego comprendió todo el partido que podia sacar de esta carta, haciendo ver á Lázaro que el *consabido asunto* — que era uno de dinero — era el que ella traia entre manos; y la guardó.

Lázaro, pues, — con el mayor dolor, pero todo consagrado á su bienhechor, — trajo á la inocente criatura abandonada por el vicio, y recogida por la iniquidad; como la suave flor, que del seno de una prostituta, pasa á las manos de un envenenador.

1) Establecimiento dedicado á acoger los niños expósitos.

Poco ántes de la época en que volvemos á reanudar este relato, habia acontecido que el administrador de la Inclusa habia reclamado á Lázaro la criatura. Nora no halló otro medio de salir de este espantoso conflicto sino el que Lázaro pasase á los Estados Unidos: Ismena apoyó con calor este pensamiento, y la consagrada víctima se convino, sabiendo que su ausencia, esa ausencia inmotivada y mal explicada por él, iban á partir el corazon de su madre y el de su prima, con la que estaba tratado su casamiento.

Embarcóse ocultamente en un místico que partia para Gibraltar, el cual, sorprendido frente de la peligrosa costa de Conil por un espantoso temporal, zozobró, sin que se salvase uno solo de los que iban embarcados en él.

Esta catástrofe de que se creyó causa, asombró á Ismena. Y su espanto se aumentó por un amenazante presentimiento, que le hizo no poder fijar su vista ni en lo pasado ni en lo porvenir, sin estremecerse. En el primero veia una reconcion; en el segundo una amenaza.

¡Infeliz de aquel que entre estas dos fantasmas arrastra una angustiosa vida! ¡Feliz aquel que entre desgracias y penas conserva con una buena conciencia la paz del alma, supremo bien que en este destierro prometió Dios al hombre!

CAPITULO V.

Durante muchos años quedó deshabitada la hermosa casa de Chiclana. La condesa rehusaba con obstinacion el ir á gozar allí de la primavera; porque para esta mujer no habia ya ni primavera ni goces! La justicia divina hacia pesar sobre ella de una manera espantosa, los resultados de una culpa fria y voluntaria, que ni una sola disculpa tenia para aminorar su horror. Quiso esta alta y poderosa justicia imprimir en un corazon duro é impávido, por la fuerza de los hechos, lo que los sentimientos no habian podido comunicarle. ¡Y estos

hechos eran terribles! Pues habia dado sucesivamente dos hijos al conde; cuyo nacimiento inesperado aterró á la madre. Habia mas aun: veia al mayor de los tres niños, hermoso muchacho, franco, valiente y sincero, pero de quien no podia sufrir que ocupase en el cariño del general el lugar preferente. Porque, no solo simpatizaba Ramon — así se llamaba este niño, — con el general, sino que en el equitativo anciano, el desvío y hostilidad que le mostraba la condesa, eran motivo para que compensase esta injusticia, redoblando su amor é interes hácia el que de ella era víctima. ¡Así habia traído la Providencia, por la fuerza terrible de los hechos, á aquel corazon frio é inerte, al remordimiento; y este habia ahuyentado á aquella mujer culpable, de la casa en que todo le recordaba su culpa!

¡Remordimiento! Tú, que ciñes la cabeza de una corona de espinas, y el corazón de un cilicio; tú, que tan ligero haces el sueño, y tan pesada la vigilia; tú, que te interpones entre la clara mirada que viene del alma, y los ojos, para empañarla; y entre la sonrisa pura que viene del corazon, y los labios, para amargarla; tú, que callas cuando aparece la culpa seductora de frente, y que tan alta y espantosamente lanzas tus saetas, cuando, pasada ya, no se puede retroceder! ¡cruel é inexorable remordimiento! ¿quién te envía? ¿Es el espíritu del mal, para gozarse en su obra y desesperar al hombre, ó es Dios, para avisarle, á fin de que expíe sus faltas?

La clemencia divina abrió con el remordimiento dos sendas al hombre: la desesperacion y la penitencia. Las almas tibias, las voluntades flojas fluctúan entre ambas, agonizando así entre la hoguera, que las habia de purificar, y el mar sin fondo, en cuyo amargo abismo se corromperian para siempre.

Estos tormentos de que era víctima Ismena; este remordimiento, — ¡gusano eterno! — habian roído su corazón y su vida, como un cáncer incurable. Iban sus torturas en aumento, á medida que sentia acercarse su fin. En sostenida lucha con su conciencia, que no transigia con razones ni con miras mundanas, porque la conciencia proviene de Dios; cada dia mas incierta sobre entrar por la senda que esta le trazaba, y

que su orgullo rechazaba, Ismena, igualmente horrorizada de la terrible hoguera y del espantable abismo, caminaba á su fin, como el reo al patíbulo, deseando á un tiempo alargar y acortar la distancia. Casi postrada ya, los facultativos insistieron, — como por último recurso, — en que respirase su abrasado pecho las frescas brisas del campo.

Habiéndose anunciado en Chiclana la venida de los señores, la casa estaba preparada para recibirlos. El toldo cubria el patio como un movable techo: la limpieza mas exquisita brillaba en ella como un barniz: los pájaros cantaban, y las flores mostrábanse lozanas, aunque María ya no cantaba al regarlas!

El sonido de los cascabeles anunció la berlina, que llegó pausadamente, y se paró á la puerta. ¡Ya no era la hermosa y brillante Ismena, sino su sombra, la que apoyada sobre el brazo del general, y sostenida por un facultativo, se arrastró bajo el soberbio portal de mármol, como un cadáver en su suntuoso mausoleo! A los veinte y ocho años Ismena habia perdido todo el brillo de la juventud: sus claros y brillantes ojos estaban empañados y abatidos; sus dorados cabellos habian encanecido, y su tez blanca y mate parecia una mortaja que cubriera un esqueleto! Pocos años habian bastado para producir este cambio; puesto que no era el tiempo el que con su pausada y suave mano le habia traído, sino el sufrimiento con su destructora garra.

La condesa fué llevada al sofá, en el que quedó por mucho rato tan postrada, que parecia insensible á cuanto la rodeaba. Mas cuando la dejaron sola, dijo con febril agitacion á Nora que llamase á María. Nora, previendo la fuerte sacudida que habia de producir la vista de la desgraciada anciana, víctima de su infortunio, quiso replicar; pero la condesa reiteró la orden con tal exasperacion, que fué preciso obedecer. Cuando entró la anciana, Ismena extendió sus convulsos brazos hácia ella, la estrechó en ellos, y reclinó su cabeza ardiente y su ruborizada sien sobre el pecho de la anciana que la habia visto nacer. Pero María estaba serena: en aquel pecho latia tranquilo su puro corazon. Sus ojos

habian perdido la expresion de contento que ántes tenian; pero no la de la paz del alma.

— María, exclamó al fin Ismena, ¿cómo habeis podido soportar vuestra desgracia?

— Con la resignacion que Dios da cuando se le pide, señora, contestó la anciana.

— ¡Oh! ¡Bienaventuradas las penas con que esta no es incompatible! exclamó mentalmente Ismena.

— Un dia os dije, señora, prosiguió María, que me inspiraba orgullo mi hijo; y Dios ha permitido que ese hijo, mi galardón y mi gloria, fuese difamado por todas las apariencias de un delito!

— ¡Apariencias! dijo Nora; ¿quién dice eso?

— Todos, contestó María con suave firmeza.

Y despues de algunos instantes, continuó con la misma serenidad:

— Un profundo misterio cubre á mis ojos, — como á los de todos, — las circunstancias de su huida. Pero si alguna persona está complicada en ella, ¡perdónela el divino Juez, como la perdono yo! Dios y yo sabemos, que mi hijo no fué ni pudo ser criminal: esto me basta: ¡callo, y me conformo!

— Y no os engañaron vuestro corazón y vuestra conviccion de madre! exclamó Ismena, cayendo exánime sobre los cojines del sofá.

Ismena fué acostada en su lecho, y se atribuyó su peor estado á la agitacion y fatiga del viaje.

Un narcótico fué calmando gradualmente su agitacion, y la sumió mas tarde en un sueño facticio, por lo que todos, — ménos su ama, — se fueron á descansar de las fatigas y emociones del dia.

El general, — por delicada prevision, — habia mandado cerrar la llave de la fuente, para que su murmullo no turbase el débil reposo de su mujer. Sonaron las doce en el reloj de la sala, y doce veces sonó la voz del tiempo como una aterradora profecía. ¡Doce contó el austero anciano con su inflexible memoria, y doce años cumplian ahora que sobrevivia Ismena culpable en la molición del lujo, y con la auréola de la consideracion y del respeto público! ¡Doce años hacia

que despues de sacrificar su conciencia á su soberbia, habia sacrificado una noble existencia á su orgullo!

Ismena despertó sobresaltada, y se incorporó en su lecho: sus ojos desatentados vagaban por todas partes; su sangre hervia precipitada por la fiebre.

Su devoradora inquietud la ahogaba; el peso que oprimia su pecho, la sofocaba! Se arrojó del lecho, y corrió á la ventana, pues anhelaba cual la Margarita en el Fausto de Goethe, respirar aire.

La suave luna y el dulce silencio, se unian en aquella templada noche como hermanos. Eran tan profundos el sosiego y la calma, que pesaron sobre el alma agitada de Ismena, como el ambiente sereno, pero sofocador, que precede á la tormenta.

Apoyó su ardorosa frente en la reja de la ventana que daba al patio, negra y dorada como su existencia! Oyó entonces á lo léjos dos voces que se unian para rezar, tan hermanadas como la Fe y la Esperanza! Eran las voces de María y de Piedad, que rezaban el rosario. Habia algo de solemne en aquel sonido dulce y monótono, con el que la palabra sin pasion, sin movilidad, sin modulaciones terrestres, se alza al cielo, como lo hace el humo del incienso sobre el altar; suave, sin color, sin ímpetu; como impulsado por la atraccion del cielo. Algo, que conmovia hondamente, habia en esas palabras mil veces repetidas, porque mil veces son sentidas; en esos rezos, en que se unen millares de corazones al pié del trono de Dios; en esos rezos, que son tradicion verbal no interrumpida de Jesucristo y de sus Apóstoles; que han santificado las almas de miles de generaciones; en esos rezos tan perfectos y cumplidos, que en vano querrian perfeccionarlos todos los adelantos y todas las ilustraciones del espíritu humano.

¡Qué doloroso contraste formaban aquellas graves y apacibles voces, con el estado del alma de Ismena, en la que rugia el remordimiento! ¡Quiso unirse á ellas, y no pudo!

— ¡Oh, Dios mio, exclamó apartándose de la ventana, no puedo rezar!

Pero pronto volvió, atraída por el santo é irresistible iman de la oracion. Entonces oyó á María pronunciar estas palabras:

¡por la paz del alma de mi hijo Lázaro! — y la oracion de los dos católicas continuó, sin que sus voces se inmutasen.

— ¡Ah! — exclamó Ismena, retorciendo desesperadamente sus manos. — No soy digna, Dios Santo, de unir mi voz maldita á esas voces puras que no empañó la culpa, ni sofoca el remordimiento! — Postróse en el suelo con el rostro sobre la tierra, hasta que el último *amen* subió al cielo. Entónces se levantó, causándose á sí misma horror como un espectro, y vió á Nora que se habia quedado dormida en un sillón: acercóse á ella; y asíóla fuertemente por un brazo con su mano, ántes tan hermosa, y que ahora parecia la garra de un águila de mármol.

— ¡Duermes! exclamó: ¡duerme la iniquidad, en tanto que la inocencia vela y ora! ¡Despierta! que tu reposo es mas horrible aun que tu culpa. Ves á la que sacaste con esmero de su dulce cuna, entrar por tus infames sugeriones en su féretro; y ¡duermes...miéntras ella agoniza! ¿Qué ves en lo pasado? El delito impune. ¡Y duermes! — ¿Qué ves en lo presente? Una usurpacion, un despojo, una traicion, un crimen frio de todos los dias; ¡y duermes! — ¿Qué ves en lo futuro? La divina y universal justicia de Dios, tan dulce para el justo, tan tremenda para el criminal; ¡y duermes! — ¡Pero esta justicia hará que recaiga sobre tu cabeza la maldicion que pesa y oprime ya la mia! ¡Lleva, pues, unida al anatema de Dios, la maldicion de la que sedujiste! Pues culpable soy, cual ninguna; pero, ¡Nora, Nora, sin tí no lo hubiera sido!

A los gritos que dió Nora, acudieron todos los habitantes de la casa, y hallaron á la condesa en un espantoso y convulso estado, que asemejaba á la demencia. Nora estaba aterrada y desvariada; pero esto se atribuyó al dolor que le causaba el cercano fin de su señora.

CAPITULO VI.

Al dia siguiente fué espantosa la agitacion de la enferma. A la noche se vieron los médicos precisados á subministrarle un fuerte narcótico, que la hizo caer en un profundo sueño.

El general se ocupó en arreglar los papeles que yacian dispersos en un lindísimo escritorio antiguo de ébano, ornado de riquísimo trabajo de talla y pinturas de Rubens en sus varios compartimientos, en el que guardaba Ismena sus papeles. El escritorio habia sido abierto por orden de su dueña aquella tarde, para sacar de él papel y pluma que necesitaba.

Ismena habia aprendido de su padre el inglés, que poseia como su propia lengua. El general fijó con dolor su atencion sobre una traduccion empezada por su mujer, considerando que ya no la concluiría! Era la traduccion del *Hamlet* de Shakspeare: el general se puso á leer lo último que su mujer habia escrito. Era el monólogo del Rey Claudio, en el tercer acto: la letra era temblorosa, como si la hubiera trazado una mano trémula. La traduccion, en la que un inteligente hubiera notado algunas supresiones voluntarias, era esta.

«¡Maduró ya la culpa, y clama al cielo! ¡Sobre ella pesa
«la primera maldicion que entró en el mundo, la del fratri-
«cidio! — No puedo rezar, aunque á ello me impelen el deseo
«y la voluntad; pero la postracion de la culpa es mas que la
«fuerza del propósito; y así como el hombre en quien dos
«poderes luchan, vacilo entre sucumbir al peso de mi delito,
«ó entregarme al esfuerzo del buen propósito. ¿De qué sirve
«la misericordia, sino para bajar sobre la frente del pecador?
«¿Y no tiene la oracion la doble virtud de precaver la caida,
«y de levantar al caido, obteniendo el perdon? Quiero, pues,
«levantar al cielo mis miradas. ¿Pero cuál es la forma de
«oracion que se apropia á mi delito? ¿Puedo pedir y esperar
«perdon? ¿Hay acaso bastante agua en las suaves nubes del
«cielo para lavar la mancha de sangre en la mano del fra-
«tricida? ¿Hay, por ventura, remision para aquel que sigue
«disfrutando los beneficios de su delito, su reina, su corona,
«su vanagloria? No puede ser.

«Puede la dorada mano de la iniquidad sumergir la equi-
 «dad en las corrompidas corrientes del mundo, y le es dado
 «á un vil soborno falsear á veces la ley humana. ¡Pero no
 «así allá arriba! ¡Allá no vale el artificio, ni nada puede la
 «mentira! Allá aparece el hecho en su desnudez, y el delin-
 «cuente habrá de acusarse á sí mismo en el reino de la ver-
 «dad. ¿Qué nos queda, pues? — Probar hasta donde alcanza
 «la virtud del arrepentimiento. ¡Ah, sí! Todo lo puede....
 «Pero, ay! ¡Si *quisiese* el pecador y no *pudiese* arrepentirse!
 «— ¡Oh infausto estado! — ¡Oh pecho negro como la muerte!
 «— ¡Oh alma, que al esforzarte por libertarte de la red del
 «pecado, te envuelves en ella! — ¡Angeles, acudid á su so-
 «corro! Ablándate, corazon de acero, hasta ser cual las fibras
 «del niño recién nacido. — ¡Inflexibles rodillas, dobláos! (*Se*
 «*arrodilla, y despues de un momento de silencio prosigue*).
 «¡Ah! ¡Las palabras han volado! pero faltan alas al corazon!
 «y las palabras que sin el corazon llegan al cielo, no hallan
 «en él entrada!»

Esta traduccion literal y mala, aunque apenas daba una idea de la magnífica, profunda y elevada poesía del poeta que fué y es gloria de su patria, llenó, no obstante, de admiracion al general, cuya alma era accesible á todo lo bello y á todo lo bueno. Pero al echar una mirada sobre su mujer, que yacia blanca sobre su blanco lecho, como una marchita azucena sobre nieve, hizo esta sencilla reflexion.

— ¿Porqué busca estos cuadros de delitos y pasiones? ¿Porqué imita la paloma el grito fúnebre del buho? ¿A qué remeda la oveja sencilla el rugido del herido y sangriento leon?

Despues de haber guardado los papeles, el general se sentó en un sillón á los piés de la cama de su mujer, y levantó á Dios su corazon en una ferviente plegaria por la vida de la que amaba.

El reloj de la sala contigua á la alcoba dió las once, con la tenacidad de un recuerdo que se rechaza, y que constantemente vuelve: sus ecos y metálicos sonidos vibraron en el silencio, como si llamase á una cerrada puerta la justicia, para la que no hay puerta que pueda permanecer cerrada!

Estos claros sonidos estremecieron á Ismena en su sueño, y despertó dando un sordo gemido.

El general, que vió á su mujer con los ojos desatentados, y que la oyó pronunciar palabras incoherentes, se acercó á ella, y rodeándola con sus brazos:

— Serénate, Ismena, la dijo: has tenido alivio. Dios oye nuestros ruegos: hace algunas horas un sueño benéfico restaura tus fuerzas.

— ¿He dormido? murmuró Ismena: ¡he dormido en el borde de mi sepultura, como si esta me prometiese descanso! ¡He dormido, cuando tan poco tiempo me queda para arreglar mis cuentas sobre la tierra! Sentáos, señor!... que como á tal quiero hablaros, y no como á mi marido; porque digna no soy de ser vuestra mujer! Hablaros quiero no como á mi compañero, sino como á mi juez, cuya clemencia imploro.

El general atribuyó estas estrañas palabras al delirio; y sin hacer alto en ellas, quiso tranquilizar á su mujer, proponiéndola diferir las explicaciones que queria hacer, para mas adelante. Pero Ismena insistió con energía en que la escuchase, y prosiguió:

— Voy á morir... y dejo sin sentimiento todos los bienes de la tierra. Solo uno es el que ambiciono, y quisiera llevar conmigo á la tumba! Vos, que fuisteis para mí padre, marido y bienhechor, no me lo negaréis, puesto que solo vos podeis dármele. Porque este bien que imploro es, Señor, vuestro perdon!

Al oir á su mujer, el general se confirmó en que deliraba, y volvió á suplicarla que no se agitase como lo estaba haciendo. Pero Ismena insistió de nuevo y con ahinco, en que la prestase atencion sin interrumpirla.

— Si una mujer, dijo, que ha expiado una culpa con todo lo que el remordimiento tiene de terrible y de destrozador, arrebatándole este su sosiego, su salud y su vida; si esta desgraciada, en el momento de morir desesperada, puede inspirar alguna compasion.... ¡oh, vos, que habeis sido el mas generoso de los hombres; vos, que sembrasteis mi vida de flores, tened para mi muerte una rama de oliva! Recibid sin rechazarme, sin huir de mí en mis últimos instantes, sin hacer

horrible mi agonía con maldecirme, una confesion que os probará que mi corazon no está del todo pervertido, cuando tiene valor para hacerla!

Un sudor frio bañaba la frente de la moribunda: sus yertas manos temblaban convulsivamente: sus palabras salian débiles, pálidas de sus labios, como las últimas gotas de sangre que vierte una herida de muerte! Sin embargo, haciendo un postrer y heróico esfuerzo, prosiguió así:

— Sé que voy á traspasar vuestro corazon con un agudo puñal: empero, solo ese medio puede impedir el que yo muera desesperada. Aquí teneis, — prosiguió sacando un pliego cerrado que tenia debajo de su almohada; — una declaracion firmada por mí y atestiguada por dos testigos venerables, con el fin de impedir una infame usurpacion, un criminal espolio y un horrible abuso de vuestra noble buena fe. Por ella veréis, señor, que..... ¡Ramon no es nuestro hijo!

El general, al oir estas tremendas palabras, por un movimiento involuntario se alzó de su asiento con ímpetu; pero al punto recayó en él, anonadado, y cubriendo su rostro con ambas manos, exclamó con asombro y dolor:

— ¡Ramon, Ramon no es hijo mio!!! ¿pues cuyo es?

— Solo Dios lo sabe, pues su mal padre le abandonó. Es un expósito.

— ¿Pero con qué fin?.... El general se detuvo, y prosiguió despues con indignacion.... ¡concibo al fin!.... la ambicion.... el orgullo!.... ¡oh! ¡qué iniquidad!!!

— ¡Tened piedad de mi agonía! dijo Ismena torciéndose las manos.

— ¡Eres una *infame*! exclamó el general con toda la indignacion de la probidad contra la traicion, y con toda la repulsa de la virtud hácia el crimen.

Jamas habia oido Ismena la bondadosa y paternal voz de su marido tomar el terrible y viril acento con que le arrojó el oprobio á la faz; y se sobrecogió cual herida de un rayo. El profundo dolor, y la severa condena de su marido, le parecieron abrir un abismo entre ambos, y hacer imposible que los labios que articulaban aquel acerbo fallo, pronunciasen

la dulce palabra que anhelaba en su agonía, y que deseaba mas que la vida. Esa palabra, que solo podia dulcificar su muerte, era el perdon, que es el mas bello y perfecto fruto de la caridad; el perdon, cuyo valor es tan grande, que con toda su sangre lo compró el Hijo de Dios, y que por lo mismo le concede su padre por una lágrima, — ¡tal es su misericordia! — El perdon, don divino que ni pide ni otorga el orgullo, y que implora y concede la mansedumbre; ese perdon, que llevaria la culpable al cielo como una eficaz intercesion. ¿Acaso habia tardado demasiado en pedirlo? ¿Iria á morir quizas en el momento en que las olas de la sangre sumergian en el corazon del ofendido la santa misericordia, la generosa clemencia? La infeliz, en su desaliento, se arrojó fuera del lecho, cayó postrada, y levantado sus cruzadas manos, que apoyó sobre el noble pecho del hombre á quien habia engañado, gritó con voz gutural y moribunda:

— ¡Perdon!

Su último pensamiento, su último sentir, su último aliento se disolvieron en esta última palabra. El general se estremeció al oir aquel grito destrozador lanzado en el estertor de la muerte; se inclinó hácia su mujer, y la cogió en sus brazos: ¡no levantó sino un cadáver!

En aquel instante se oyeron las doce lentas y graves campanadas del reloj: ¡como si hubiese aguardado el tiempo ese momento para lanzar su metálico sonido, cual un espontáneo y piadoso doble!

CAPITULO VII.

Una culpa secreta, arrastrando sus terribles consecuencias, enlazadas unas á otras cual un grupo de serpientes, habia ya costado la felicidad y la vida á la que la cometió, y la razon á la que la concibió; pues el anatema y la muerte de Ismena condujeron á Nora á la casa de locos. Y sin embargo, su horrenda rastra, y sus amargas influencias no ha-

bian parado aquí; y emponzoñaban los últimos años de la existencia, hasta entónces tan serena y apacible, del general Conde de Alcira. Se reconvenia el excelente anciano, sin cesar, por la palabra dura y acerba que la indignacion arrancara á sus labios, y que era la sola con la que en su vida toda habia herido á un corazon destrozado y marchito, que imploraba una suave y santa palabra para dejar de latir tranquilo, y que solo halló un cruel baldon, con el cual murió desesperado. — Lloraba ardientes lágrimas por no haber concedido aquel perdon, que solo pudo faltar un instante á su corazon generoso; ¡y este instante habia sido el último de la infeliz que lo imploraba! Aquel perdon que quizas hubiese prolongado su vida, calmado sus sufrimientos, dulcificado su muerte ¡se lo habia negado!!! — Este recuerdo, que era á su vez un remordimiento, envenenaba su vida!

La reaccion que experimentaba, llegaba en su bondad natural, hasta hacerle casi disculpar un delito compensado por tan sobresalientes cualidades, borrado por un remordimiento sin igual, y por sufrimientos mortales, puesto que la muerte tiene la dulce prerogativa, al asir su presa, de llevar consigo á la tierra lo malo que tuvo, y dejarle lo bueno por epitafio.

El general compensó aquel momento, en que se habia olvidado de ser cristiano, con multiplicadas obras de caridad, ofrecidas á Dios en holocausto, para lograr del cielo el perdon, — que negó la tierra, — á la arrepentida pecadora, y con incesantes sufragios para obtener el descanso de su alma; preces que el Eterno escucharia, porque El oye al hombre á quien crió, cosa que no puede negar el mas aferrado incrédulo. — Que no hizo el criador del hombre un expósito, sino que le reconoció por hijo, le dió preceptos, y le prometió una gloriosa herencia desde la cruz.

Todas las mañanas un sacerdote ofrecia el santo sacrificio de la misa por el descanso de un alma que eternamente vivia en el corazon del anciano, el cual arrodillado al pié del altar, unia sus oraciones á las del sacrificante.

Amargaba, ademas, la vida del general el horrible secreto que le ahogaba, y envolvía con él á todos sus hijos, así como

en el soberbio grupo del Laocoonte, la fiera sierpe hace su presa del padre y de sus hijos. No podia romper el arcano, sin sacrificar al que su bondadoso corazon amaba siempre con tierno cariño, sin difamar las sagradas cenizas de la madre de sus hijos. El general guardó, pues, este infausto secreto: respetaba la infancia y la inocencia de sus hijos, y no se hallaba con valor para descubrirlo. Siempre será tiempo, pensaba, de descorrer el velo á tan triste y cruel realidad! Algunas veces habia pensado enterrarlo consigo. Pero ¿con qué derecho podia él, hombre de tan estricta y firme probidad, privar á sus hijos de sus bienes en favor de un extraño? ¿Cómo hacer cabeza de su noble casa á un individuo extraño, á un expósito, usurpando sus derechos á sus legítimos propietarios?

Hay padres mundanos que quieren hacer sonar mas alto que la voz de la conciencia el parecer del mundo, y pesar mas que el fallo de aquella las consideraciones sociales, pretendiendo amoldarlas las circunstancias. Pero ¡no transige la conciencia! pues si lo hiciese, no seria lo que es. Seria entónces una encubridora, y no una centinela: seria una velta, y no un cimiento; perderia la confianza que inspira, y el respeto que merece. La conciencia da sus fallos como el sol difunde sus luces, sin que nada las empañe, ni tuerza su direccion.

Háblase, — para turbar á los que ciegamente por la conciencia se guian, — de las lágrimas que su inflexibilidad hace derramar, de los males que á veces origina, y de los trastornos que suele causar en un estado de calma exterior y de tranquila superficie; y para tildarla, se exponen razones bellas y brillantes, pero falsas, y que pecan por la base. Si la conciencia exige una dolorosa operacion en una parte gangrenada del cuerpo social; que no vengán la ciega bondad, — ó á veces la hipocresía con nombre de humanidad, — á clamar contra una decision que llamarán cruel, y que puede que lo sea, pero que es necesaria, si la gangrena no ha de propagarse, y si ha de quedar sano el cuerpo y sin males solapados. La conciencia es el sentimiento del deber que puso Dios en el corazon del hombre, como puso su invariable di-

reccion en el iman, para que, cual este, nos sirva de norte. Este sentimiento del deber, admirémosle con el gran Schlegel, que ha dicho que «las dos cosas mas bellas que conocia, eran el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestro corazon.»

Corrieron entretanto los años: el conde habia envejecido, y veia acercarse su fin. Queriendo pasar sus últimos dias rodeado de sus hijos, y viéndose precisado ántes de morir á descubrir el secreto que no podia llevarse consigo á la tierra, los mandó venir á reunirse con él en Chiclana. Allí queria morir, para ser enterrado al lado de su mujer, y darle, aun despues de muerto, ese público testimonio de amor y de aprecio.

Hallábase recostado el general en su cama-sillon, del que ya no podia levantarse; sus hijos le rodeaban.

Aunque entónces no estaba puesta en uso la palabra *ilustracion*, ni los colegios estaban modernizados, no obstaba eso para que los tres hermanos fuesen tres jóvenes tan cumplidos como caballeros, que llenaban de placer y vanagloria al general. Ramon, el mayor, habia salido del colegio de artillería, colegio del que salieron por entónces Daoiz y Velarde. El segundo salia de las academias de guardias marinas, á donde tambien habian pertenecido los héroes de Trafalgar, titanes que á un tiempo lucharon con las grandes fuerzas de un poderoso adversario, con la cobarde traicion de un aliado, y con la desencadenada furia de los elementos, y que fueron, no vencidos, sino *destrozados* por los tres enemigos conjurados. El tercero llegaba de la universidad de Sevilla, en la que estudiaban poco ántes ó por entónces los Listas, Reinosos, Blancos, Carvajales, Arjonas, Roldanes, Calatravas y Gonzalez, y el digno, sabio y ejemplar Maestre, gobernador que fué del arzobispado; porque bien pueden faltar á España caminos de hierro, buenas posadas, refinados y sensuales goces, pero en ninguna época le han faltado sabios ni héroes. El general miraba á los tres por turno con una indefinible expresion de ternura; y cuando sus ojos se fijaban en Ramon, los bajaba para ocultar las lágrimas que á ellos se asomaban.

El vivo placer que tuvo de ver á sus hijos, unido á la angustia que sentia mirando la espada de Dámocles suspendida, — sin apercibirse el amenazado, — sobre la cabeza de Ramon, agitaron tanto al anciano, que pasó aquella noche mala y calenturienta.

A la mañana siguiente anunciaron los facultativos la conveniencia de que hiciese el enfermo sus últimas disposiciones. La afliccion de sus hijos, que le adoraban, fué desgarradora.

El general estaba tan preparado á dejar el mundo, y á comparecer ante el juicio de Dios, que fueron sus disposiciones solemnes, pero cortas y serenas.

Hácia el anochecer, sintiéndose debilitar por momentos, dispuso que le dejaran solo con sus hijos. Entónces estos se acercaron al lecho del anciano, reprimiendo sus lágrimas para no afligirle.

Despues de haberlos mirado por largo rato:

— Hijos mios, les dijo; un cruel secreto, que ha de hacer la desgracia de uno de vosotros, existe hace muchos años oculto en el fondo de mi alma! Pero.... pues voy á morir, ... no me queda mas tiempo para ser su depositario. ¡Oh! Dios mio! Mi corazon lo desmiente! — y, sin embargo, — ¡uno de vosotros no es hijo mio!

El doloroso asombro que se manifestó en el rostro de los tres hermanos, los dejó mudos, pálidos y sobrecogidos.

— Bien conoceis, continuó el general despues de una pausa, en la que tomó aliento, que mi interes y cariño hácia vosotros son los mismos para todos, y que nadie ha conocido, — ni aun vosotros mismos, — cuál era el que no me pertenecia. — Y vosotros, hijos mios, añadió enternecido, ¿cuál de los tres es el que no siente por mí la ternura de hijo?

La simultánea y elocuente respuesta de los tres hermanos fué arrojarse en los brazos del anciano, sofocados por sus sollozos.

— Pues si vuestro corazon no os lo dice, prosiguió el general profundamente conmovido, mi cruel deber es declararlo!

Los tres hermanos se miraron un instante, y arrojándose por un movimiento instantáneo y unánime en los brazos unos de otros,

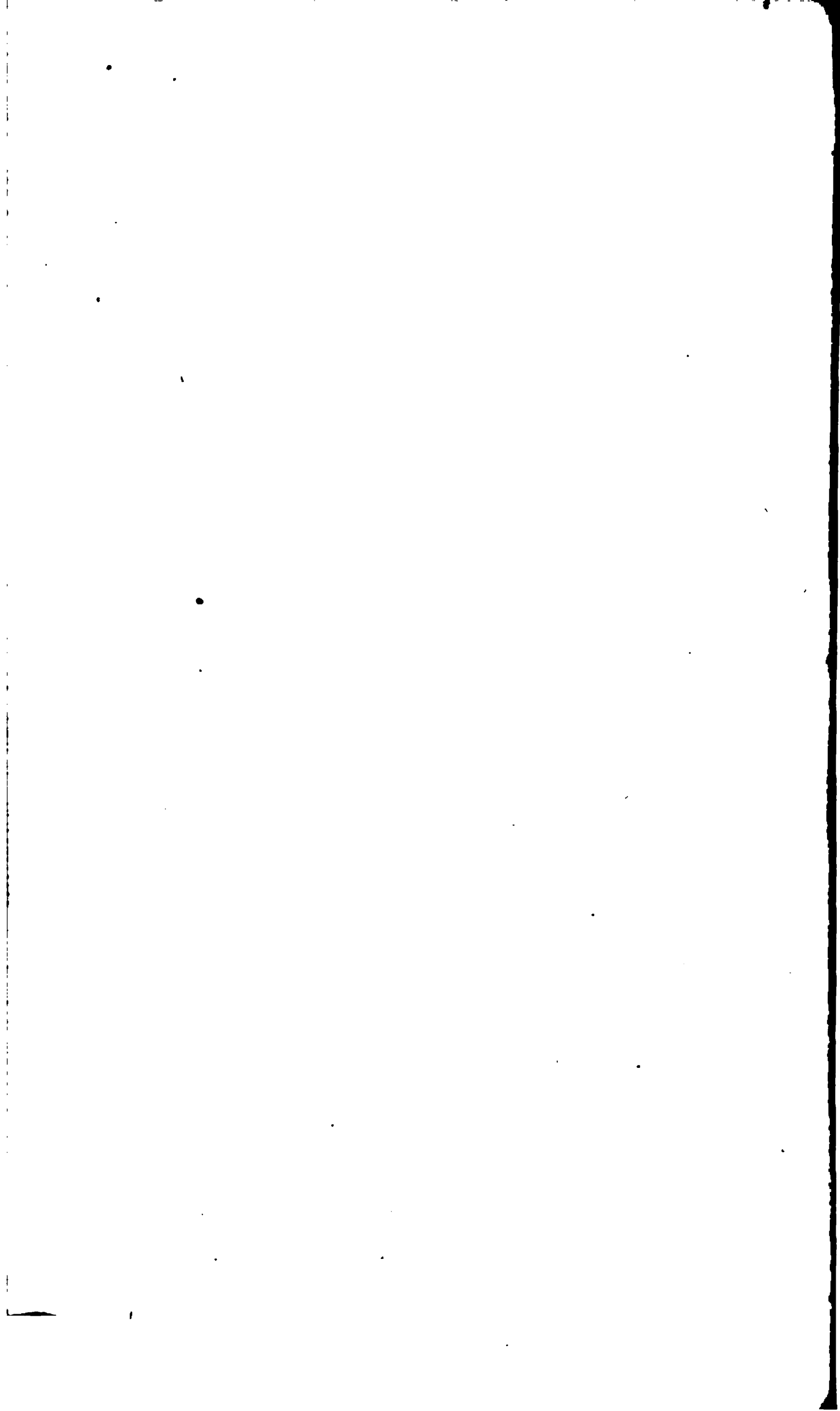
— ¡Padre! exclamaron á una voz; no queremos saberlo!

El general levantó los ojos y las manos al cielo.

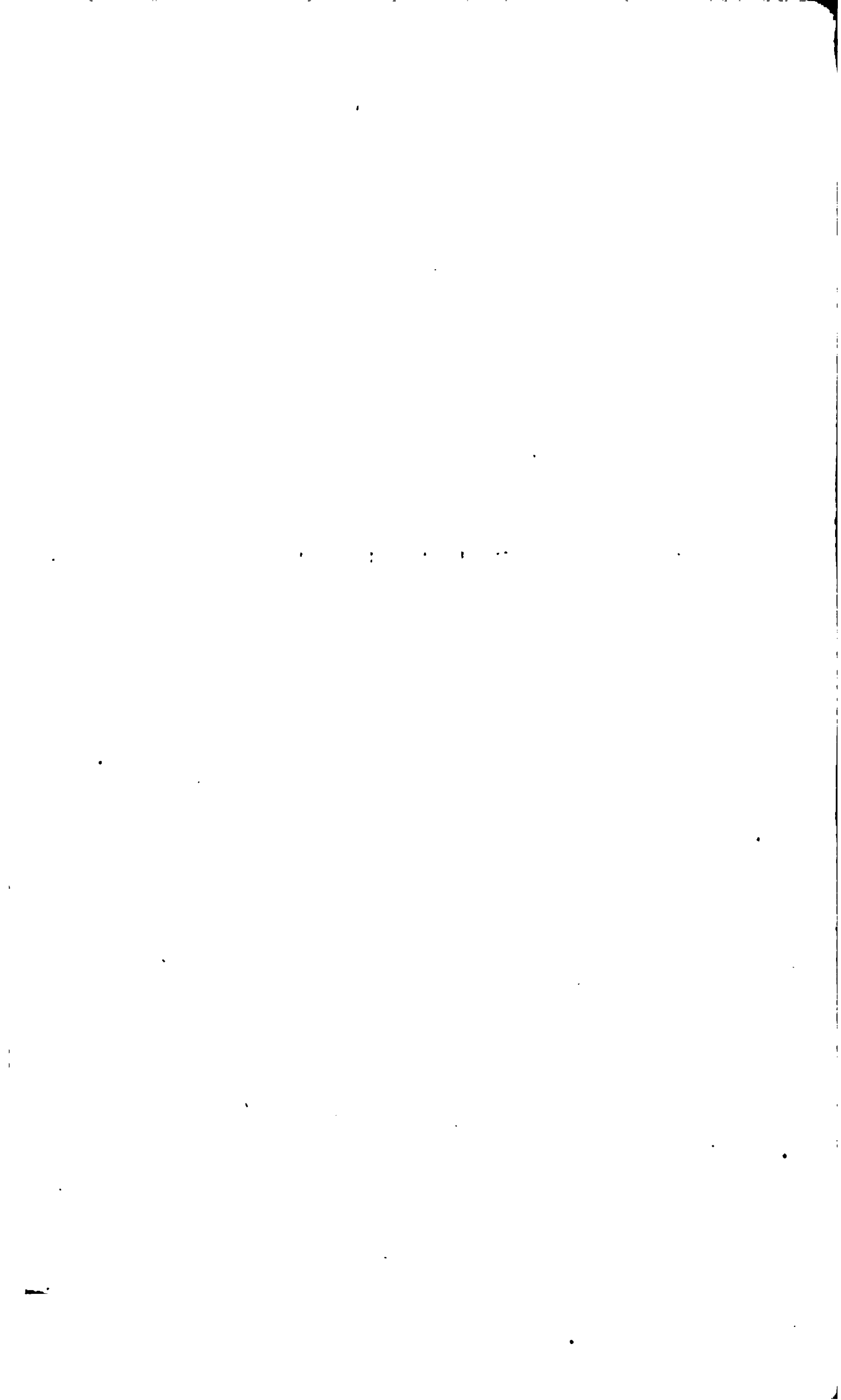
— ¡Dios mio, exclamó, os doy gracias! — Muero tranquilo y contento. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! que la satisfacción de haber ocultado para siempre un funesto secreto; que el recuerdo de haber cubierto con un santo velo de amor fraterno el infortunio de uno de los tres, haga vuestra vida feliz y tranquila, así como vosotros habeis hecho mi muerte!

Y poniendo sus manos sobre las cabezas de los tres hermanos, que se habian arrodillado al lado de su lecho:

— Que sean mis últimas palabras, dijo en voz solemne y suave, vuestra recompensa. — ¡Hijos míos, yo os bendigo!!!



LA FLOR DE LAS RUINAS.



CAPITULO I.

A principios de este siglo, y ántes de la invasion de los franceses en la península ibérica, se habia reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo, que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entónces la política estaba circunscrita al gobierno. ¡Ojalá sucediese hoy lo mismo! Así podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteon de su mujer:

Ci gît ma femme , . . . Ah! qu'elle est bien
Pour son repos , et pour le mien! ¹⁾

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban, sino que se divertian, los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talante de hombres públicos, esos afectados aires de *madurez* — harto desmentidos en la vida privada; — ni se anticipaba una agria y criticadora vejez. Por el contrario, se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud; lo que, á lo ménos, no hacia á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independendencia que les quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres*; pero eran de hecho *soberanas*: lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad.

1) Aquí yace mi mujer,
Ella descansa y yo tambien.

La influencia de la mujer es la mas selecta cultura que recibe el hombre.

La señora de la casa en que se hallaba reunida la sociedad que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opíparo refresco. A pesar de que habia pasado su primera juventud, era aun muy bella; y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenia á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un jóven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los piés de la mesa. Uno de sus vecinos que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entónces ella le dijo en queda y conmovida voz:

— ¿No es cierto que es muy hermoso?

— Como que es vuestro retrato, contestó su amigo.

— No, no, repuso la señora; yo soy pequeña, y él tiene la persona de su padre.

— Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, endonde su padre, que era cónsul extranjero, habia dispuesto que se educase; y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habíase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa, para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendia en prolongada lontananza, mas bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de la plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardín, y á poco el recién llegado vino á sentarse á su lado.

— ¡Qué hermoso es esto, madre mia! exclamó con entusiasmo.

— Con qué.... ¿no has olvidado del todo á tu patria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

— Oh! no: contestó el jóven. Pero las imágenes que conservaba mi memoria, eran las que vi en mi niñez con mis

ojos de niño; y que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.

— ¿Y cuáles te agradan mas?

— Me seria difícil decirlo, señora. Lo que sí puedo aseguráros, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. Así es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazon.

— ¿Te parece, pues, bella, aun viniendo de Lóndres, nuestra Lisboa? preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

— Bellísima, madre. ¿Cómo no me lo habia de parecer la hermosa ciudad, cuyos piés besan el Tajo con sus dulces labios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos, como altiva doncella, se refugia á las faldas de su madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una Ninfa?

— ¿La amas, pues, mas que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su madre.

— Sí por cierto. Inglaterra es grande y bella; pero lo es como una estatua de mármol. Tiene el porte digno y frio de una princesa; y no inspira amor ni simpatía. Así es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su patria; y nosotros no nos hallamos sino en ella. Y es que ellos aman á su país por reflexion, y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país, ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad. Así es que en aquel país se piensa mas, y en el nuestro se siente mas; el inglés admira á su país, nosotros amamos al nuestro.

— Muy cierto! exclamó su madre. Tu padre me llevó recien casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales. Pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazon, este rinconcito que tenemos aquí, no lo hay allí! ¹⁾

1) Bellisima y significativa expresion de una señora española á su regreso de Lóndres.

CAPITULO II.

Tenia Pedro, que así se llamaba el recién llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginación vasta y creadora, sino porque tenía un manantial perenne de poesía en su corazón. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposición ó viso *romanesco* á las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cotidiano, pero no lo extravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fatuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fe ciega seguía.

De esto resultaba que era Pedro un joven modesto y reconcentrado, porque solo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinación y por deber, de todos los vicios, no había intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerogativas, si como despreocupaciones, si como gracias, ó como trofeos de rebeldía.

Así sucedía que solía pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los mas bellos paseos de Europa.

Muchas veces había notado Pedro con extrañeza á un joven de condición humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la mejilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Había en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido, sin ser provocado

por el que lo inspiraba, que no pudo ménos de sorprenderle. Empero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocacion superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interes que la tristeza debian naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veia á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparicion atraia, rudamente rechazados, y cada tarde era mas marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro jóven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasion por abogada á la desgracia. Así sucedió que algunos dias despues, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrian abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, mas por la compasion que las lágrimas inspiran, que no por la seducccion que la belleza ejerce.

Despues que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella, y le preguntó con timidez, si la aquejaba algun pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

— ¡Soy muy desgraciada! contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

— ¿Cuál es vuestra desgracia?

— No puedo decirla.

— Así no hallaréis consuelo. ¿Porqué venís todas las tardes al paseo?

— Antes venia porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

— ¿Quién era, y cuál el motivo que os obligaba, á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

— No puedo decirlo.

— ¿Y porqué venís ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

— ¿Qué os importa? respondió la muchacha con una mezcla de despecho, de afliccion y de *brusquería*, que aun-

que unidos, se hacian cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

— Me importa, puesto que lo pregunto, dijo Pedro.

— ¿Y porqué os importa?

— Porque me interesais.

— ¿De veras? exclamó ella.

— Muy de veras, respondió Pedro. Decidme, pues, el motivo de vuestra afliccion.

— ¡No puede ser! si os intereso, demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

— ¡Eso no! exclamó esta con vehemencia; no me lo demostréis ni con preguntas, ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras caridad; pero ninguna demuestra....

Se detuvo y añadió con tristeza: *interes!*

— Dejad que os acompañe á vuestra casa, dijo Pedro, cada vez mas empeñado, y cada vez mas interesado por aquella extraña mujer. Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

— ¡No, no! ni pensarlo! ¡eso no puede ser!

— ¿Sois casada? preguntó Pedro.

— Ni soy casada, ni me casaré nunca; nunca!

— Entonces ¿en qué puedo servirlos? tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

— ¿Servirme? En nada podeis servirme, repuso ella.

— ¿Pues en qué puedo al ménos complacerlos y mostraros mi interes?

— Con dejarme que os mire, que os hable, y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habeis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan intuitivas en ellas que no necesita la educacion ingerírselas, llevaron un rudo choque al oír aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorumpir en un

amargo llanto, exclamando: ¡Madre, madre! ¡porqué me pariste! ¡Qué crueles son los hombres todos!

— Pero.... ¿Y si yo os amase á mi vez, como de cierto sucederia? preguntó Pedro.

— ¿Y qué mal habria en eso? repuso ella.

— Es, dijo Pedro, que yo no puedo ni debo amar sin saber á quién amo, — á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer, que cual una nube, aparece sin saber de dónde viene, y cual aquella, puede desaparecer, sin que se sepa dónde irá.

— Yo creia, repuso ella, que el amor no hacia mas pregunta, ni necesitaba saber mas, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. A Dios! olvidad á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazon que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo!

Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entónces la muchachia se paró, y le dijo cruzando sus manos:

— ¡Por Dios! ¡por Dios! no me sigais! os juro que mañana me hallaréis en la alameda! — Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

CAPITULO III.

Al dia siguiente Pedro, — sin premeditada intencion, y aun sin notarlo, — salió mas temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del dia por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirle la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde ántes, acabando la entrevista por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvia Pedro mas empeñado, mas interesado y mas seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo mas mínimo sobre su persona, su familia y su condicion.

Por mas que la reciente confianza que se establece entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento, autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro; porque la tierna y feliz jóven que sonreia con dulzura, se tornaba al oir sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistia, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que mas insistia Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivia entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Así era que Pedro, á falta de otro nombre, le habia puesto el de *flor de las ruinas*; pues mientras existan el amor y la poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida jóven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfrazarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podria ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivia aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariega. Otras, en fin, se estremecia con la idea de que pudiese ser alguna mal casada, que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le habia dado ella de que no era casada: pero al mismo tiempo le habia dado otra, y era que no se casaria nunca. ¿Ligábala

quizas algun voto? Si habia vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si habia vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdía en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivía, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducía, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro habia exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas, — cosa de que por una de sus muchas anomalías, no parecia cuidarse su querida, — que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar mas apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el medio-dia prefiere el amor, porque es el idioma del corazon, esto es, el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oídos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

Hei de amar, amar eu quero
 Por mais que murmure a gente,
 Qu'esa gente que murmura
 Tal vez não seja innocente.
 Se o amar fôra peccado
 Era eu gran peccador;
 Mas o ceu facil perdoa
 Culpa que nasce d'amor.¹⁾

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asia á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraídos de todo, sin pensar en el ayer ni en el mañana, que amargan el hoy con

1) He de amar; amar yo quiero
 Aunque murmure la gente;
 Que esa gente que murmura
 Tal vez no sea inocente.
 Si el amar fuese pecado
 Yo fuera gran pecador;
 Mas perdona el cielo fácil
 Culpa que nace de amor.

recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol, sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que unidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras *te amo*, que segun dice un autor, nunca envejecen.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores habia visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual estas; sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acorta las tardes y enturbia su cielo; y las entrevistas de los amantes se hicieron mas cortas y ménos frecuentes. Entónces Pedro resolvió salir de la situacion singular y subyugada en que se hallaba.

Tenia él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es en el tiempo que es ámada; y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con mas pasion que la que él mismo siente. Así fué que confiado en el ascendiente que ejercia sobre su querida, le intimó la terminante resolucion que tenia de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunia sus almas, y que no podian satisfacer de esta suerte ni á su corazon ni á su razon, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

— ¿Para qué quieres, le dijo ella apurada y cariñosa, conocer las ruinas? ¿No te basta la flor?

— Bástame la flor, respondió Pedro; pero la quiero con raíces, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mio, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

— La flor de las ruinas tiene espinas, y sabe guardarse, repuso ella; y no puede, añadió con tristeza, transportarse! Ademas.... ¡las ruinas van á desprestigiar á la flor!

— Mas la desprestigiara esta prolongada y singular ocultacion, dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinacion, y la pobre flor de las ruinas cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado dia.

CAPITULO IV.

Por aquel tiempo habia en la parte alta de Lisboa, un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no habia sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrépitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, — como los tienen las ruinas que hace el tiempo, — teniendo aquellas el repulsivo sello de la destruccion, como las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aun trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías, parecian ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecian entradas de cuevas. Los patios, y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna díscola ortiga, ó algun silencioso lagarto, que vestia del color de las piedras, para no ser apercebido. Un débil eco respondia desde algun lóbrego pasadizo, con exhausta é indistinta voz, á las melancólicas reflexiones, que infundian y hacian formular al que las pisaba, aquella aglomeracion de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habian desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades, con que aun la modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podia verse que fuese mas antipático á la vista y al sentir, que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecian la residencia del

misterio absoluto, la mansion del crimen impune, y el refugio de la desolacion solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban, estaba el magnífico paseo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo mas léjos, y á orillas del Tajo, corrian presurosos por las soberbias plazas, el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que desune y aparta mas que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye mas que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra, renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se habia instalado alguno que otro de esos párias voluntarios, que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de aneas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habian sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veian algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, á algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerreador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¡Cuál no seria, pues, el espanto de Pedro, cuando precedido de su guia, llegó á este lugar de desolacion, que fué al que lo condujo; y cuando empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

— ¿A dónde me conduces? exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

— ¿No te lo decia yo? respondió ella con abatimiento, ¿no te lo decia? ¡que las ruinas despojarían á la flor de su prestigio!

— Pero, exclamó Pedro; ¿porqué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Porqué con inconcebible extrañamiento y orgullo, has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

— No podia admitirlos; en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

— ¿Porqué?

— Porque soy esclava.

— ¡Esclava! ¿de quién?

— De mis perversos hermanos. He intentado libertarme, y huir de su cruel tiranía, ¡y siempre estos ensayos me han salido fallidos, y me han costado caro! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento, por una dislocacion que ha sufrido; y comprenderás no solo el yugo que sobre mí pesa, sino tambien el peligro en que estaria mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese, sabria encontrarme su puñal.

— ¿Y á qué te obligan, infeliz?

— Me obligan á cuidar de su casa, y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan en seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

— ¿Qué dices? exclamó Pedro aterrado.

— ¡Sí, sí! exclamó ella con vehemencia desesperada; ¡sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca....

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apercibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oídos que la escuchasen, y ojos que la espiasen.

— Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspension; ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz: ¡los....asesinan!....

— ¡Qué espanto! exclamó Pedro desviándose de ella. ¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

— ¡Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa! ¡por eso me he resistido á ello con tanta obstinacion! Y cuando obligada por tí te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecerte, he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! solo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

— Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! Por el amor que te tenia, que me hacia imposible traerles mas víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *flor de las ruinas*, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco há amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Miseras desheredadas de perdon, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esa mujer decia era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

CAPITULO V.

— ¡Cristo crucificado! ¡ellos son! exclamó la jóven aterrada al oír los golpes.

— ¿Quiénes?....preguntó Pedro.

— ¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, tus verdugos sin misericordia! respondió ella alzando las manos con espanto. . /

Los golpes redoblaron.

— ¿Qué hacer, madre de piedad, ¿qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desatentados ojos, como para buscar un medio de salvacion que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres forajidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Despues de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvenciones por su tardanza en abrirles, se dirigieron hácia Pedro, sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escudó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

— ¡No, no le mataréis sin atravesar ántes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo, y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres forajidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe: por lo cual los forajidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

— ¡Por Dios, hermanos! gimió su pobre hermana, que se habia arrastrado sobre sus rodillas hasta sus piés; ¡os pido que no le mateis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la mia! ¡Tened piedad,.... una vez siquiera! ¡tened piedad de él y de mí!

Los forajidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

— ¡No, no le mataréis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no le soltais por compasion, lo haréis por temor de mi venganza. Y eso que vosotros no sabeis hasta dónde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

— ¡Atadla! mandó el hermano mayor.

— ¡No, no! ¡matadme de una vez, si no quereis que venga la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré; que la desesperacion da fuerza y valor: y si no lo logro, me vengaré, — ¡tan cierto como hay en el cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra! — delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella; mas el menor le detuvo diciéndole:

— No exasperarla mas; está fuera de tino, y es capaz de todo.

— Pero no se puede dejar á este hombre, repuso el mayor.

— Saquémosle de aquí, propuso el menor.

— ¡Cómo! si hace una luna que deslumbra!

— ¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para mas seguridad le disfrazaremos, repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

— Saca tambien la mordaza, advirtió el que hasta entonces habia callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de piés y manos á su infeliz hermana, que se repercutia con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles esfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y caládole la capucha, salieron á la ancha calle que tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caia perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacian sombra

los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndolos el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apénas habian llegado á la mediacion de la calle, cuando de repente oyeron una voz recia y de mando que les gritó:

— ¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

— ¡Es una ronda, y somos perdidos; huyamos! dijo el menor de los hermanos.

— ¡Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago; — si haceis un solo movimiento, sois muerto! dijo á Pedro.

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

— ¿Quién va? preguntó el que hacia de cabeza.

— Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que le decian era cierto, viendo al callado religioso; y Pedro sin poder exhalar el mas leve sonido, ni hacer el mas mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compas de sus pisadas.

— Aligerar el paso, dijo el mayor de los forajidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas. Mas ántes de llegar á ellas, volvió á oirse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

— ¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corria y gritaba con desgarrador acento:

— ¡Salvadle! salvadle! y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubria la cabeza y el

rostro de Pedro, exclamando con delirio: ¡está salvo! ¡Bendita sea la providencia y la justicia de Dios! ¡Líbrese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

— ¿Qué has hecho, infeliz? exclamó Pedro.

— Lo solo que me quedaba que hacer, contestó ella: procurar tu salvacion, y buscar mi muerte.

— ¡Oh! no morirás, que yo te salvaré! exclamó Pedro.

— No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los forajidos, el cual, ántes que nadie hubiese previsto ni podido impedir su accion, habia cumplido su amenaza.

— ¡Oh! ¡qué frio y qué agudo es este acero! dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. ¡A Dios Pedro! añadió dirigiéndose á este que se habia precipitado á ella y la sostenia en sus brazos: — muero por haberte salvado; y así es mi muerte mas feliz que lo ha sido mi vida!

— ¡No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del cielo y del mundo.

— ¡No, no! repuso en balbuciente voz la moribunda: la flor de las ruinas debe morir entre ellas.... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones, añadió alzando sus ya quebrados ojos, ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues, se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales uno atraia con particularidad la atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente. Miéntras, en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultas de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

EL EX - VOTO.

Cuéntanos en *lisa* prosa castellana, con ese estilo, que no diré si es bueno ó malo, pero que es *tuyo*, y nos gusta por eso; cuéntanos, digo, lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.

Carta del lector de las Batuecas á FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I.

Dos viajeros ilustrados. — Un pueblo que empieza á entrar en la senda del progreso material. — Un sacristan con la boca abierta.

Es la ligereza francesa, es el chiste volteriano, es el *nihil mirari* el que todo lo marchita entre nosotros.

CHATEAUBRIAND.

El ateismo no es tanto la *creencia*, como el refugio de las malas conciencias.

Máxima.

La voluntad inglesa es una fuerza motriz de incalculables caballos normandos. Un inglés muy simpático — á sus paisanos — se ha propuesto que esta voluntad omnímota realice la famosa y fantástica palanca de Arquimedes: á las fuerzas de Atlante reúne los caprichos de una manceba real, y el despotismo de un niño muy mal criadito. Así es, que si un hijo del país, cuyas blancas costas le valieron de los romanos el nombre de Albion, dice, *por aquí meto la cabeza*, lo hará, sin que le arredren calamorrazos, chichones, achocazos ni descalabraduras.

Aplicando estas reglas generales al pequeño cuadro de la relacion que vamos á hacer, nadie extrañará el ver salir de Gibraltar á dos ingleses, con intencion de seguir una marcha en línea recta hasta Roncesvalles, sin llevar mas guia que sus narices. Mister Hall habia dicho á Mister Hill:

— Iremos los dos solos é inseparables, como los Gemelos en el Zodíaco. Cádiz, á donde nos dirigimos primero, no es

el polo, para que podamos correr el riesgo de perdernos, como el capitán Franklin.

— Por supuesto, contestó Mister Hill; el perderse, añadió suspirando, es un placer con el que han acabado las luces del siglo. El globo está ya explotado!

Diciendo esto los dos amigos, el uno alto y el otro bajo, metieron las espuelas á sus pobres caballos, que deseaban morir para descansar, costearon la bahía, pasaron por Algeciras, subieron una cuesta pendiente como una escalera, y llegaron á las cumbres de las últimas alturas de la sierra de Ronda, que se acercan á la mar, como para contemplar su gran hermosura en ancho espejo. Allí se hallaron en una encrespada selva de encinas y alcornoques, que se vestían y engalanaban con las zarzas, la yedra y las vides silvestres, que en sus valles escondían arroyos entre adelfas, y borraban las huellas del hombre con su vigorosa vegetación. Así fué que nuestros viajeros quedaron perdidos en un decir *good by*; tan perdidos como Mister Hill podía desearlo, logrando disfrutar los dos amigos el deleite de andar varias horas errantes por una selva agreste, como Pablo y Virginia. Por fin, al llegar á un alto algo mas despejado de arbolado, divisaron el ancho mar, al que habían venido acercándose; y al pié del monte, un valle que tenía por límites, á la izquierda una angosta playa de dorada arena — puesta por Dios entre el mar y la tierra, como inexpugnable baluarte — y á la derecha un pinar tupido y áspero, como una maciza puerta, con la que se cerraba el valle. Sentado en la mullida alfombra que le proporcionaba la yerba que cubría el suelo, estaba un pueblecito misántropo, que teniendo al frente el mar con su inmensa monotonía, á su espalda el grave y oscuro pinar, y á los lados las intrincadas sierras, parecía haberse colocado allí para disfrutar de todas las soledades. Antes de llegar al lugar se veían algunos álamos blancos, que habiendo crecido bajo el constante azote del viento de la mar, habían adquirido una actitud doblada y doliente, y sombreaban con vacilante é inquieta sombra un profundo y ancho pozo con su pilón adyacente, que servía de abrevadero á los ganados.

A la entrada del pueblo habia una robusta y fornida alcantarilla con pretensiones de puente, la cual salvaba un barranco poco profundo, que en invierno servia de desagüe al prado. Pero á la sazón, habiendo pasado la estación de las lluvias, abría la alcantarilla un tremendo ojo al ver llegar á rendirle homenaje y pasar bajo su férula, no un apacible arroyo, ni ménos un soberbio torrente, sino una manada de gorrinos. Adornaban la cabeza de esta alcantarilla, — obra del arte y honra del lugar, — dos pilares perfectamente cuadrados, que terminaban, uniéndose amistosamente, las cuatro esquinas, y sellando esta union con una alcachofa ó cosa parecida, que por ser únicas en su especie, no tienen clasificacion ni en la horticultura ni en la arquitectura. Cuando se habia concluido aquella mejora urbana, la alcantarilla, y aquel embellecimiento del aspecto público, los postes, con pretensiones á pertenecer, aunque per casta degenerada, á la familia de los obeliscos, ó columnas monumentales, el alcalde encargó al maestro de primeras y únicas letras del lugar, un letrado ó inscripcion, para memoria y señal de la época en que se hizo, y de las personas que en esta obra actuaron. Lo único que le advirtió fué que diese aquel letrado testimonio de todo el profundo respeto que tenia el pueblo á la religion, y del que las autoridades profesaban á la constitucion. El maestro de primeras letras, que era expeditivo, escribió en dos portes, en uno de los postes, con unas letras gordas y robustas, como los chiquillos que iban á su escuela, la siguiente inscripcion:

Detente aquí, caminante.
Adora la religion.
Ama la constitucion.
Y luego . . . pasa adelante ¹⁾.

En el otro poste estaban consignados el dia, mes y año

1) La persona que escribe esto, da testimonio de haber visto este letrado en un poste á la entrada de un puente. No tienen los novelistas la suerte de poder inventar tales cosas; el arte nunca puede llegar en ningun género á la perfeccion de la naturaleza.

en que se levantó é inauguró tan soberbio monumento, con los nombres del alcalde que corrió con la obra, del albañil que la llevó á cabo, y del alfarero que hizo los ladrillos.

Aquel dia memorable hubo fiestas y regocijos públicos, que constan en los fastos del pueblo. Consistieron en un toro de cuerda y seis cohetes; y para fijar mas indeleblemente la memoria de tan fausto dia, el toro cogió por los fondillos al alcalde que, sorprendido por la llegada de la fiera, no halló mas medio de salvacion que subirse por una reja. Pero no pudo verificarlo con bastante ligereza para poner á tiempo fuera del alcance de las astas del toro la parte que en su niñez tampoco habia podido poner fuera del alcance de los azotes ¹⁾.

Pasada la alcantarilla, lo primero que se encontraba era un ventucho, cuyo repuesto consistia en un mal barril de vino y otro peor de aguardiente.

El ventero, que solia tener por parroquianos, — gracias á la proximidad de Gibraltar, esa úlcera de España, — una porcion de perdidos, desertores, presos fugados, contrabandistas y vagos; que veia á estos deudores, poco escrupulosos en el pago, detenerse las horas muertas en su establecimiento, dar sangrías á sus barriles, armar camorras y escurrirse sin pagar, habia escrito por via de muestra, y á manera de estatutos de su establecimiento, con tremendas letras de furibundo almagre, coloradas como pavos, esta cuarteta, modelo de estatutos y de concision:

Vamos entrando,
Vamos bebiendo,
Vamos pagando,
Vamos saliendo ²⁾.

Nuestros blancos hijos de Albion llegaron algo parecidos á las *pieles rojas* de América, por las caricias del sol espa-

1) Histórico.

2) Copiada del natural, como los versos anteriores, ocupa esta cuarteta, ideal del laconismo y tipo del buen sentido, un lugar preferente en el pronuario ó mamotreto del autor.

ñol. En la alcantarilla *no se detuvieron*: la pasaron sin *adorar la religion, ni amar á la constitucion*; sin que por eso el monumento encargado de hacer observar estos preceptos, como verdadero poste, les tirase su alcachofa á la cabeza. Cuando llegaron á la venta, habiéndose orientado, pidieron al ventero les proporcionase un guia que los condujese á Vejer, que era el pueblo mas cercano. Miéntras el ventero iba á evacuar esta diligencia, y los infelices caballos descansaban un rato, fueron sus dueños á dar una vuelta por el pueblo.

Llegaron á la plaza en que estaba la iglesia, que les sorprendió por su buena apariencia, y suplicaron al sacristan, que estaba en los porches, que se la enseñase. El sacristan, con esa obsequiosidad tan espontánea en el pueblo de España, se apresuró á franquearles la entrada en el templo, con todo el inocente placer que se siente al ver á otros admirar y venerar los objetos que nosotros mismos admiramos y veneramos. Però ¡cuál no seria la triste decepcion del pobre sacristan, cuando en lugar de la admiracion devota que aguardaba, solo vió á aquellos señores levantar los hombros con desden y sonreirse con escarnio! En el mundo estamos por desgracia tan acostumbrados á ver la osadía con que la impiedad ataca y hiere de frente nuestras mas arraigadas convicciones, nuestras mas profundas creencias y nuestros mas dulces y suaves sentimientos, que nuestros corazones, despues de quebrarse, se han encallecido; es decir, oyen escandalosas impiedades, sin que estas les causen ya mas impresion que la de triste lástima. Però para el sacristan de aquel lugar apartado y humilde, fueron tales demostraciones, como una capa de nieve echada sobre un recién nacido.

La primera cosa que chocó á aquellos forasteros, que se denominaban con el honorífico dictado frances de *espíritus fuertes*, — pero que acá llamaremos con mas propiedad *ignorantes materialistas*, — fué una hermosa imágen de la Virgen, que bajo su dulce y metafórica advocacion de la Divina Pastora (que lo es del rebaño del que su Divino Hijo es el Pastor), estaba colocada en el altar mayor rodeada de sus ovejas,

metáfora tan universal, que hasta los mismos protestantes llaman á sus curas *pastores*. Nuestros viajeros, á pesar de que venian por cuenta de una junta bíblica esparciendo Biblias, es de presumir que jamas habian leído el Nuevo ni el Antiguo Testamento, pues tanto les sorprendió el culto á la Madre de Dios, que su Divino Hijo instituyó en la cruz, y tan poco se hacian cargo de las figuras con que en ambos Testamentos se hacen palpables estas altas verdades al limitado entendimiento del hombre.

Así fué que Mister Hall dijo á Mister Hill:

— El campo en este país solo presenta eriales, selvas enmarañadas y desiertas: en cambio, en las iglesias hallamos la Arcadia! — ¿Qué significa esta Filis?

— Esto, respondió en tono decidido y dogmático Mister Hill, es uno de los *ídolos*, que adoran los españoles en lugar de adorar al Divino Hacedor.

— ¿Pues qué, no creen en el Ser Supremo? preguntó Mister Hall.

— No le conocen, *dear fellow*, contestó el interrogado. — *Dear fellow* quiere decir *querido compañero*, y es expresion extremadamente usual entre los hijos de Albion.

El *dear fellow*, que la echaba de *humorista* (esto es, de gracioso y original con chiste), hizo brotar de sus labios un manantial de agudezas, capaces de batir en brecha la gracia andaluza y la sal ática, con su ariete de mostaza.

Dióle ancho pábulo á explayarse, un cuadrito, no bien pintado por cierto, el que llevando su lema en un ángulo que con grandes letras decia *ex-voto*, pendia al lado de un altar. Era este altar de mármol blanco y negro, y sobre él se alzaba una gran cruz de ébano, de cuyos brazos colgaba un fino sudario guarnecido de encajes, y á cuyo pié se veian la corona de espinas y los clavos de maciza plata.

El cuadrito del ex-voto, que con preferencia á otros suspendidos al lado del altar de la cruz, habia atraído la atencion de estos aprovechados viajeros, mostraba sobre el oscuro fondo de un pinar, una cruz alzada sobre una sencilla peana de cal y canto, de cuyos brazos pendia una guirnalda de

flores, tal como se ve en todas las cruces en los dias designados particularmente á su culto, á principios de mayo. En la parte delantera del cuadro se veia á un hombre con un puñal en la mano echando al suelo á otro, que al caer se asia á una cruz clavada en el suelo entre la maleza.

— ¿Ha vista Vd. jamas, — decia Mister Hill á su *querido camarada*, — ha visto Vd. jamas pintar en una iglesia una escena de latrocinio y asesinato?

— Será — respondió el interrogado, Salomén sin sal, — un altar consagrado al santo á quien hayan instituido patrono de los puñales.

Los dos *dear fellows* se rieron del modo con que dice Homero ¡se reian los dioses en el Olimpo: ¡sin duda seria cuando veian hombres tan ridículos como aquellos!

— ¡Cruces y puñales! dijo el *fellow* núm. 1.

— ¡Sangre y oraciones! añadió el *fellow* núm. 2.

— ¡Supersticion y estupidez! Eso sí que se encuentra aquí; pero según voy viendo, ni un solo *comfort*.

— ¿No le parece á Vd., amigo, que estos cuadritos, estos mamarrachos, prueban que Murillo y su arte son cosas fantásticas é inventadas por los romanceros que inventaron el Cid; y que nunca han existido en este país de pésimos caminos?

— Podrá Vd. muy bien tener razon, querido señor. Lo que es indudable es, que poner unos cuadritos tan mal pintados en una iglesia, es contra el *decoro* del templo, la *gravedad* de la contemplación y la *dignidad* del culto.

¡Lector mio, que vives quizas apartado del trato de protestantes, ó de hombres que no tienen religion, y que dan á entender, que si no siguen la nuestra, no es por ser ellos soberbios é incrédulos, sino por falta de la religion, que no está á la altura de su sabiduría! Sabe, decimos, que cuando salen muy tiesos á relucir el *decoro*, la *gravedad* y la *dignidad*, tratándose de estas materias, es porque al amor, al fervor, á la fe, en fin, á las virtudes de *arriba*, se han antepuesto las de *abajo*.

— Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

— Un desacato, querido, respondió el otro.

- Una ridiculez, amigo.
- Una impropiedad, *Sir*.
- Una profanacion, *dear*.

— *Señor*, dijo el mas Salomon acercándose al sacristan, quema tú esos *nonsenses* (contrasentidos), ó dálos á tu *baby* (niño chiquito); y toma, — añadió dándole una Biblia, — aquí tienes la *verdad*, que no sabes, y que hallarás en las Santas Escrituras, que *no conoces*.

Con esto se alejaron los interesantes misioneros, riéndose, y dejando al sacristan con la boca abierta.

— ¡No pueden ser cristianos! murmuró al fin; serán judíos, de los muchos que hay en Gibraltar, entre otros géneros prohibidos.

Ahora, á fuer de católicos, españoles y amigos de la ilustracion en su sentido genuino, que es dar luz al entendimiento y aclarar un punto ó materia dudosa, referiremos el origen y significado del *ex-voto* en cuestion, por ser curioso comparar el hecho católico con la interpretacion protestante; el caliente corazon que siente y acierta, con la fria razon que juzga, mide con su compas... ¡y yerra! la elevacion y poesía del alma religiosa que se levanta hácia Dios con sus blancas y brillantes alas, y el prosaico y mezquino razonamiento escéptico, que con sus piés de plomo, tropieza por su seca y estéril senda: seguros de que casi todos dirán con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Porqué ellos enferman y yo no enfermo? ¿porqué se queman y no me quemo?»

CAPITULO II.

La fiesta de la cruz. — Escena de interior. — Porque los buenos ancianos conservan la vista. — El lenguaje de los pájaros. — Orígen, martirologio y muerte de una muñeca de pan.

¡Oh! ne vous hâtez pas de mûrir vos pensées!
Jouissez du matin, jouissez du printemps!
Vos heures sont des fleurs, l'une à l'autre enlacées;
Ne les effeuillez pas plus vite que le temps.

VICTOR HUGO. — *A los niños.*

No os apresureis á madurar vuestros pensamientos; gozad de la mañana, gozad de la primavera. Son vuestras horas flores enlazadas una á otra; no las deshojeis aun ántes que el tiempo!

Et sans comprendre encore ce que vaut l'innocence,
Dis: Mon Dieu, gardez-moi comme une blanche fleur.

Y sin comprender aun lo que vale la inocencia, pide á Dios te la conserve como una flor blanca.

Aquel triste y solitario pueblecito, tenia tambien sus felices y contentos moradores, que estaban apegados á él, como lo están los niños á sus amas, aunque sean feas y displicentes. En cualquiera parte se acomoda el contento de los humildes y de los sanos de corazon.

Al lado opuesto á aquel en que se hallaba la venta, se veia una casa muy limpia, muy blanca; como que hacia poco que habia estrenado un vestido de cal. Su tejado estaba cubierto de yerbecitas y florecillas, como si se hubiese tocado un pañolon enramado: por su abierta puerta se veia el patio, que, — por pasar lo que referimos en los primeros dias de mayo — estaba hecho un canasto de flores. Podía compararse la bella vista que formaba la casa, á una persona sincera que abriese y mostrase á las claras un corazon lleno de inocencia y alegría. Veíanse allí rosas de su color, blancas, rojas y amarillas, como hermanas en diferentes trajes.

La lila — esa flor alemana que tan temprano florece, — se inclinaba indolente y triste en su modesto vestido.

Las delicadas violetas se cubrian con sus hojas redondas

como con parasoles. En las rendijas de las paredes hacia el resedá á toda prisa sus ramilletitos, miéntras lo miraba con sus grandes é inocentes ojos su buena amiga la salamanquesa. Al rededor del patio, en tejas sujetas á la pared como púlpitos, se inclinaban hácia fuera doctos claveles, predicando á las demas flores un sermon sobre la brevedad de la vida. Un pálido y delicado jazmin que esto oia, caia desmayado en brazos de una *espuela de galan*, que denodada y con su vestido de oro habia subido hasta el jazmin escalando una reja. Ocupaban el centro del patio un naranjo y un granado, que mezclaban sus flores rojas y blancas con una armonía y con un silencio, que deberian avergonzar profundamente á la asamblea legislativa francesa.

Una gran cantidad de pájaros, mariposas y abejas, hacian corteses visitas de flor en flor, sin darse el caso de que ninguna de estas amables hijas de Flora, se negase á recibirlas, ni aun con la excusa de estar de trapillo. Una suave brisa de mar, pura como un cristal de roca, llevaba de unas á otras sus perfumes.

En este patio todo florecia, embalsamaba, volaba ó cantaba.

En la habitacion principal de la casa, á la derecha de la puerta del zaguan, se veia una escena de interior, tan suave, pacífica y perfumada como la del patio.

Junto á la ventana, en una silla baja, estaba sentada una mujer muy anciana, que tenia abierta sobre sus faldas la *Guirnalda Mistica*, en la cual leia en alta voz el capítulo correspondiente al dia. Apoyábase en sus rodillas una niña como de ocho años, que pendia de los labios de su abuela, como si las palabras que pronunciaba, hubiesen tenido una forma visible. A su lado estaba una mujer de mediana edad, cosiendo una camisa de hombre; á sus piés — sentada en el suelo, con las piernas estiradas y los piés levantados y descansando sobre los talones, como dos perritos bien enseñados — estaba una niña de cinco años, meciendo en sus brazos con la mayor gravedad materna, una muñeca de pan recientemente salida del horno, ilesa como Sidrach, Misach y Abdenago salieron del que los mandó preparar Nabucodonosor;

pero, en cambio, amenazaba á la pobre la suerte de los hijos de Saturno.

Al otro lado de la ventana, frente á la anciana, veíase al abuelo sentado en un gran sillón de cuero, como los que se ven en los pueblos en las barberías: inclinábase adelante, formando con su mano una especie de embudo para su oído, á fin de no perder una palabra de lo que leía su mujer. Delante de él dos hermosos muchachos jugaban con Cubilon, el perrazo del anciano como su amo. Habíanle obligado, á fuerza de molerle, á dejarse poner una especie de albarda; ahora sus manecillas se esforzaban en abrirle la boca y ponerle un freno. El perro volvía su gran cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda; pero sus tiranillos seguían ágilmente á cada uno de sus movimientos. El fondo de este cuadro lo formaba un altar, que se había colocado contra la pared de la ventana, sobre el que se levantaba una cruz hecha de flores, porque aquel día era el 3 de mayo, día de la cruz. A cada lado una muchacha estaba sujetando las flores en los extremos de los brazos del Santo Arbol, y un joven subido en una escalera de mano, colgaba del techo una araña formada de dos pedazos de caña, juntados y suspendidos al techo por cuatro tomizas; pero todo tan revestido de flores, que quedaba oculta la sencilla y tosca armazon. La abuela leía.

«I. Hay muchas personas que no buscan la cruz, ántes la huyen; pero á ellas la cruz las busca y las halla. Estos son los pecadores, que van siempre en busca de sus gustos; pero estos huyen de ellos, porque el hombre que no busca á Dios, jamás está contento.

«II. Otras personas buscan las cruces, y en efecto, las hallan. Esto sucede á los que empiezan á servir á Dios; que aun no tienen bastante valor y amor á Dios, para que las aficciones les sean dulces.

«III. Las almas santas buscan las cruces con mucho ahinco, pero no las hallan. San Francisco Javier deseaba mas y mas cada día, y Santa Teresa pedía ó padecer ó morir, y entrambos se hallaban colmados de gozo en medio de sus aficciones»¹⁾.

1) El Padre Bosch Centellas, *Guirnalda Mística*.

Cuando la anciana hubo concluido su lectura, dijo la madre de la muñeca, cuyos dientes habian hecho sobre las narices de su hija el efecto de un cáncer:

— *Mae Juana*, vamos á rezarle un *credito* al Señor *atao*?

— No se dice así, observó su hermana mayor, que se dice el Señor de la Humildad, zonzona. Y si así no lo dices, te castigará *Pae Dios*.

— ¡Que no! — repuso muy sobre sí la chica: — que no sale de su cuadro.

— Todo lo ha leído hoy *Mae Juana* sin espejuelós, observó la niña mayor.

— ¿Sabeis, repuso la anciana, porque conservo tan buena la vista? Es, niños míos, porque jamas ni nunca le negué una limosna á un ciego; y como me bendecian siempre con este voto, «Dios os conserve la vista,» el Señor los ha oído; porque ya saben vds. que muchos *amenes* llegan al cielo.

En este momento, y como si los recuerdos de la anciana le hubiesen atraído, se oyó una campanillita.

— ¡El pobre ciego! el pobre ciego! gritaron los niños en coro. Y habiendo pedido y obtenido un ochavo y un pedazo de pan para el pobre, se arrojaron todos al zaguán.

Allí estaba el ciego con su fiel guía, su perrito, que llevaba en su cuello, pelado por el roce, la correa en que estaba sujeta la cuerda que guiaba á su amo, y de la cual pendía la campanillita que le anunciaba. Parado estaba el inteligente animal delante de su amo, expresando con sus elocuentes ojos la triste súplica, que su amo no tenía ya sino en la voz. Su amo le daba el pan; ¡él daba á su amo su mirada! Aguardaba el pobrecillo con aire humilde, baja la cola hasta tocar el suelo, como el saludo del necesitado, fijando en los niños sus ojos tristes é inquietos.

Tráenos esto que vamos describiendo, á la memoria un pasaje de Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, en que dice: «Sin religion no hay sensibilidad. Buffon admira «por su estilo; rara vez entenece. Leed su admirable artículo sobre el perro: todas las clases de perros están incluidas «en él; uno solo falta, que es el perro del ciego; y este seria «el primero que un autor religioso hubiera tenido presente.»

Y tened vosotros presentes, incrédulos españoles, hijos, discípulos é imitadores de la incredulidad francesa, que vuestra madre, maestra y modelo, ha respetado la gran reputacion de su gran escritor Chateaubriand con el buen sentido y delicado gusto con que un soldado de la república saluda al sepulcro de un vandeano.

— Chiquito, Chiquito, ¡pobre Chiquito! decian los niños al perrillo, que se deshacia en fiestas apenas hubieron dado su limosna al ciego; — ¿tienes calor? ¿tienes sed? ¿estás cansado? — El animalito saltaba, les lamia los piés, dando unos gemidos al mismo tiempo tristes y alegres, como es triste y alegre el enternecimiento.

Pero en aquel instante se oyó un fuerte y sordo gruñido. Chiquito dió agudos chillidos, pues Cubilon, que era poco hospitalario y rigidísimo guardian de la inviolabilidad del hogar doméstico, se habia echado sobre el intruso, le habia derribado y le aplastaba con sus enormes patas. — ¡Cubilon! ¡Cubilon! bárbaro, pícaro, ¡desalmado! gritaban los niños; y para hacerle soltar su presa, uno le tiraba de una oreja, el otro le descargaba puñetazos sobre el hocico, la niña mayor le tiraba á todo tirar de la cola, y la mas chica, con el denuevo y esfuerzo que solo pueden dar unidos el coraje y la generosidad, traía una escoba, alcanzando justamente sus fuerzas á dejarla caer sobre el lomo del delincuente. Un perro, que tiene la fuerza y ferocidad de un leon, tiene para aquellos niños que ha visto nacer, y á quienes quiere, la dulzura y sufrimiento de una oveja; y aguanta humildemente tanto castigo é ignominia, sin moverse ni chistar, cuando solo con sacudirse puede lanzar á sus implacables verdugos á diez pasos de distancia. Suelta Cubilon su presa, y se va con las orejas y la cola gachas al lado de su amo; da unas cuantas vueltas al rededor, suspira como un fuelle, y se deja caer con todo su peso, dando tal costalazo que se cimbrea todo el cuarto.

Los niños se entraron en el patio despues de haber seguido con la vista al ciego y á su perrito, que de cuando en cuando volvía la cabeza, como para darles de nuevo las gracias por su limosna y su intervencion generosa.

Al ver el gallo acercarse aquel torbellino, irguió la cabeza, levantó una pata, y miró fijamente al nublado, como el marino al de la tempestad que se acerca.

— Apuesto, — dijo el mayor de los niños á la madre de la muñeca, feroz canibal que habia devorado los brazos de su hija y habia dado sus piernas á Chiquito, — apuesto á que no sabes lo que dicen los gallos cuando cantan.

— Dicen *quiquiriquí*, respondió la niña.

— ¡Qué *tupíos* tienes los sentidos, Mariquilla, simplona!

— ¿Y tú lo sabes, *chacho*?

— Sí que lo sé. Desde que nací lo sé, mira tú!

— Pues *ímelo*.

— No me á gana.

— Anda, chacho, *ímelo*, y te doy la moña de mi muñeca.

El *chacho* alargó la mano y Mariquilla con el desenfado de otra Dálila, arrancó la castaña á su muñeca, y se la dió á su hermano, el que en cumplimiento de lo ofrecido, abrió su boca y empezó á un tiempo á hacer un picadillo de la castaña, y la siguiente relacion:

— Mas de mil años ha, vinieron al reino de España unos enemigos — mas malos que *Arrancao*, mas feos que *Geta*, y mas desalmados que Júdas, — que se llamaban franceses. Se llevaron al rey de España por traicion, sin que lo supiese la gente, que no le queria dejar ir; le hicieron prisionero esos *indinos*, y metieron á su *Sagrada Real Majestá* en un cepo, sin darle mas que pan y agua.

— ¡Jesus! exclamó Mariquilla; ¿y porqué no los mató *Pae Dios*?

— Calla, mujer, repuso su hermano: Dios no mata á los malos; pero se van al infierno; que es peor. Saqueaban esos ferósticos los pueblos, hacian quemas de los trigos, mataban á todos los que se les ponian por delante, pero en particular á los niños....

— ¡María Santísima! exclamó Marquilla.

— ¡Y á los gallos! dijo en voz honda concluyendo su peroracion el muchacho. Así era, continuó, que los niños y los gallos les tenian mas miedo que al Bu.

— ¡Pues no se lo habian de tener á esos Heródes! opinó Mariquilla.

El narrador prosiguió:

— Cuando un gallo veia con sus ojos amarillos como dos estrellas, que alcanzan á ver de dia y de noche diez leguas á la redonda, asomar por algun lado á los franceses con un rey tuerto y borracho, que traian por delante, se ponía á cacarear para avisar á sus hermanos, que al instante le contestaban.

El niño se puso á remedar con perfeccion el canto de los gallos en el siguiente diálogo:

— ¡Franceses vienen!

— ¿Cuántos son, di?

— Son mas de mil!

— ¡Triste de mí!!!

— ¿Y por eso cantan de noche? preguntó muy convencida Mariquilla.

— Sí, se les quedó la maña: desde entónces no duermen mas que una hora.

— ¿Cómo lo sabes, chacho? ¿Te lo han dicho ellos?

— No; pero me lo dijo el monacillo; mira, duermen:

Una hora el gallo.

Dos el caballo.

Tres el santo.

Cuatro el que no lo es tanto.

Cinco el peregrino.

Seis el teatino.

Siete el caminante.

Ocho el estudiante.

Nueve el caballero.

Diez el majadero.

Once el muchacho.

Doce el borracho.

No habia vuelto Mariquilla de su sorpresa, cuando su otro hermano, tirándole vigorosamente del brazo, la hizo voltear y darse de narices con él. ●

— ¿Tampoco sabes, le dijo, lo que dicen las golondrinas, mujer? ●

— No, respondió Mariquilla atónita. ●

— ¡Vaya, que estás en Babia, tonta! Y el sabio versado

en lenguas orientales, imitando admirablemente á las golondrinas en su gorjeo precipitado, — esa alegre algarabía que concluye en un prolongado pitío tan suave, tan monamente recalcado, como el beso de una madre al hijo á quien cria, — con suma ligereza se puso á decir:

Fuí á la mar, vine de la mar,
Y labré mi casa sin piedra ni cal,
Sin azada ni azadon,
Y sin ayuda de varon.
Chicurri, chicurri,
Comadre Beatrriiiiiz!

La niña abrió la boca y los ojos, y levantó la cabeza para atender á las golondrinas, que se ocupaban en hacer sus nidos debajo de las tejas. Allí acudían tan honestas con sus túnicas blancas y sus mantos negros, buscando casas felices y pacíficas por simpatía; pues es fama que traen consigo á ellas la paz y la felicidad. Así, ¿quién es el que no quiere á las golondrinas, esas precursoras de las flores, esas personificaciones de la buena fe y de la confianza, que dicen al hombre, al jornalero como al rey: *¿Tu techo es nuestro techo?*

— Verdad es, verdad es! murmuraba la niña. Pero cuando bajó la vista, un grito de espanto y dolor brotó de sus labios. Era el caso que un gatito negro, aprovechando los momentos de profunda abstracción de Mariquilla, se había apoderado de la muñeca de pan; muñeca que, á semejanza de las buenas estatuas antiguas, aun atrocemente mutiladas, sin piernas, brazos ni narices, conservan gran mérito y son tan apetecidas.

Por mas que aquella desconsolada Céres corrió tras de su Proserpina no alcanzó al negro Pluton, que con su presa estaba ya fuera del alcance de la desolada madre, no debajo de la tierra como el otro, sino sobre el tejado.

Este fué el fin de la muñeca de pan, que vivió *aun ménos de lo que viven las rosas*, tipos de la brevedad de la existencia.

— Juan de la Cruz, — dijo la buena anciana á su nieto cuando bajó de la escalera despues de colgar la araña; — ¿has tenido cuidado de ponerle la guirnalda de flores á la Cruz del Pinar?

— Sí señora, Mae Juana, contestó su nieto.

— No se te olvide llevarle mañana otra fresca, hijo, prosiguió la anciana. Mi madre era ama del cura, y le oía yo decir á su merced una relacion de la cruz, de que era muy devoto: siempre tengo en la memoria esto que decia:

¡Oh cruz alma! oh suave
Camino al cielo! ponte intercediendo
Como del cielo llave!
.
Esos ramos extiende,
Y en su divina sombra nõs defiende!*)

Sed devotos de la cruz, que en todo, *con ese signo venceréis*. No se te olvide la guirnalda, hijo.

— Descanse Vd., Mae Juana, respondió su nieto, que ántes le faltarian al sol sus rayos, que á la Cruz del Pinar su guirnalda.

Entretanto habia entrado el padre de los niños: la madre habia puesto la mesa, y colocado sobre ella una gran cazuela de arroz con almejas, y otra de habas y lechugas, cuyo sabroso olor sobrepujó en breve al suave perfume de las flores, como sobrepuja siempre lo útil á lo agradable.

¡Magna sentencia que salmodian como chicharras los discípulos del nuevo culto de San Positivismo!

CAPITULO III.

Las fábricas de loza de Triana puestas en el lugar que les corresponde. — Juan Palomo y Pedro Palomo ¡qué buen par de pichones! — El silencio, al revés de muchas cosas que vemos y que no tienen nombre, es un nombre sin cosa.

¡Hijo prudente del temor callado
Y la tiniebla muda!
Hermano del sosiego y del reposo!
A tí buscando voy por monte y prado.

ODA AL SILENCIO, DE SOTO DE ROJAS.

En la noche de aquel mismo dia, dos hombres de mala traza habian tomado posesion de la única mesa y de los dos únicos bancos existentes en la venta de que hemos hablado.

1) Lope de Vega.

Colgaba en la pared un candil de hierro sucio, que con unas borras de mal aceite y una espesa mecha — que echaba un tufo negro como una chimenea de vapor, — esparcía una luz amortiguada, vacilante, rojiza, como si hubiese sido el resplandor de un hachon arrimado á la pared; sobre la mesa habia un jarro de vino de loza de Triana. Vamos á describirlo, pues lo merece. En la parte delantera de aquel jarro, una mano maestra, una Mme. Jacotot de Triana ¹⁾ habia pintado con un azul impuro, sobre un fondo blanco sucio un animal apócrifo, como lo son las quimeras, arpías, el pelicano, el dragon con aliento de fuego, el hipogrifo, el fénix, la salamandra, el basilisco, el unicornio, y otros muchos que componen la graciosa casa de fieras de la Imagination, rápida Atalanta que vence en su veloz carrera á la realidad. Esta moderna creacion fantástica no era bella ni elegante; y si acaso tiene esta especie algun origen autorizado ó algun sentido simbólico, no hemos podido ni comprenderlo ni averiguarlo. Pertenecia su cabeza á no dudarlo, — en vista de las astas fieras que la ponian en un respetable estado de defensa, — al ganado vacuno: el arca del cuerpo era en figura y dimensiones de ballena; las piernas ó patas, de cigarron y la bien poblada cola, de caballo. — Creemos que en Triana, su patria, se da á este bicho sobrenatural el nombre de toro. — Si estos jarros fuesen exportados, como deberian serlo, no hay duda que aumentarían la fama que ya gozan en el extranjero, Montes, Cúchares y Redondo, si consideraban que estos hombres matan en un dos por tres á semejantes monstruos. ¡Un toro del tamaño de una ballena, y que saltase como un cigarron! ¿Dónde íbamos á parar?

Antes de proseguir, y despues de la de los productos, es preciso tambien hacer una mencion honorífica de las fábricas, respetables decanas de todas las fábricas europeas. Cien años cuentan las de Sèvres: ahora veremos lo que es esa antigüedad, y cuán frescos son esos pergaminos en comparacion de

1) Mme Jacotot es la famosísima miniaturista, cuyo hábil pincel da un mérito inestimable á los objetos de china de la fábrica de Sèvres, que sirven para los regalos regios.

la antigüedad y no interrumpida filiacion de las fabricas de Triana. No pondremos como prueba de esta remota antigüedad, los mencionados animales, calificándolos de antediluvianos, como podríamos hacerlo sin que nadie tuviese el derecho de impedírnoslo: pero como tendrian el de dudarlo, traeremos pruebas mas irrefragables, pues el asunto es mas serio de lo que parece.

Murillo pintó un cuadro de las Santas Justa y Rufina, patronas de Sevilla, que eran, como es sabido, lozeras. — Este cuadro ha pasado de capuchinos al museo de Sevilla, y así, todo el que quiera cerciorarse de la inmutabilidad de estas fábricas, podrá hacerlo comparando los productos de ellas, que ha pintado el gran genio de Sevilla al pié de las Santas, con los que hoy se fabrican, y verá como son idénticos.

De esto hay doscientos años. Y si Murillo tuvo la advertencia — como es de creer que la tuviese al pintar estos accesorios — de asegurarse de que fueron los que en el año 287 vendian las Santas, se deducirá claramente, que esas respetables fábricas cuentan 1600 años; por lo cual tienen todo el interes de una momia viva, y de un *statu quo* en perpetuo movimiento. ¡Y nadie observa, nadie admira esto! Escandaliza tanta indiferencia por tal fenómeno de duracion y de inmutabilidad, en un siglo en que todo varía, todo es nuevo hasta, — y sobre todo, — el modo de andar!

Triana ha visto levantarse erguidas las elegantes fábricas de Sèvres, de Sajonia, de San Petersburgo, de La Granja y otras, dando á luz diversas generaciones de productos brillantes, ya á lo indio, ya á lo japones, á lo etrusco, á lo griego, á lo chino y á lo rococó, sin envidia y sin la mas mínima emulacion. Solo una taza fraileria le dijo á una bacía: *Chi va piano, va sano: chi va sano, va lontano*. Así estas nobles matronas, sin cuidarse de la Pompadour, ni de sus amorcillos cachetudos y alados, ni de sus flores subidas de color, — como las duquesas de aquella época lo estaban con su colorete, — han seguido fomentando la buena casta de sus animales estrambóticos y pájaros extravagantes, con una constancia única en su clase.

Deben hacer los anticuarios una liga defensiva y *protectoral* para preservar las fábricas de Triana de toda agresión por parte del progreso, que sería una profanación. El progreso, cuando pasa por estas fábricas, con todo su ejército, debe imitar el ejemplo de otro innovador, el Mariscal Soult el que á su entrada en Sevilla, al pasar por ante las pilas de productos extremadamente domésticos de las fábricas de Triana, se quitó el sombrero y gritó á sus legiones: — ¡Soldados franceses! ¡diez y seis siglos os están mirando! ¹⁾

Volvamos á nuestros huéspedes de la venta; de los cuales decia el ventero á su mujer, mirándolos de soslayo:

— Juan Palomo y Pedro Palomo, ¡qué buen par de pichones!!! En seguida daba una vuelta por el aposento en que estaban los huéspedes, cantando su motete, primero á *sotto voce* las dos primeras sentencias, — *vamos entrando, vamos bebiendo*; — y sacando luego un vocejon de sochantre para acabar la segunda parte — *vamos pagando, vamos saliendo*!

Pero eran en vano los paseos y los esfuerzos que hacian los pulmones del ventero, pues el *par de pichones* ni pagaba ni salia.

— ¡Mal haya, decia el uno dando un puñetazo sobre la mesa, ese condenado á muerte, que nos tiene aquí aguardándole mas de dos horas!

— Compadre Pimienta, dijo el otro que parecia mas cachazudo; los reyes son reyes y aguardan....!

— Pues yo no soy rey, y no quiero aguardar, sino á la muerte. Me voy....

— ¿A dónde? preguntó al entrar un hombre alto y de feroz aspecto, acercándose á la mesa con aire de amo.

El que así era interrogado, que se habia ya puesto en pié, se volvió á sentar, y dijo en tono mas templado:

— ¿Tienes grillos en los piés, que dos horas há nos tienes aquí de planton?

1) Recuerdo feliz de la célebre alocucion de Bonaparte á sus soldados, al pasar por delante de las pirámides de Egipto: ¡Soldados franceses! ¡desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os están contemplando!

— No he venido ántes, contestó el recién entrado, porque no he querido venir. Vamos á ver, ¿qué hay que decir?

Su interlocutor no respondió, puesto que el que le dirigia la palabra habia sido soldado de marina y baratero, y no habia valenton ni rufian que le levantase el gallo. Los otros dos, de quienes decia el ventero, — gran conocedor de la especie, — que eran un buen par de pichones, tenian entre los dos tela para ahorcar á cuatro. Era el uno un desertor, que tenia sobre su conciencia una muerte; el otro, un presidiario fugado.

El recién llegado tendió la vista alrededor, y no hallando en qué sentarse, fué á la cocina á pedirle un asiento á la ventera.

— No hay, contestó la mujer — á la que aquella tórtola que venia á unirse á los pichones, no hacia ninguna gracia; — no hay sino dos, que están en el aposento; si no le acomodan, siéntese en las astas de un toro, ó plántese en la del rey.

El maton no hizo caso ninguno de lo que decia la mujer; cogió y levantó por alto la primera silla que tuvo á mano, y se fué á sentar á la mesa con los otros.

Mucho hablaron, bebieron y gesticularon; la conferencia se habia ido acalorando y elevándose gradualmente á disputa, con los vapores del vino. Trataban á la sazón, de cuál de los tres seria capaz de hacer la mayor proeza.

El desertor y el presidiario ponderaban sus hazañas pasadas, y anunciaban aun mayores para lo sucesivo.

— ¡Puro jarabe de pico! dijo en voz bronca el baratero á sus compañeros; — pongo cuanto hay á que ni ninguno de los dos es capaz de hacer lo que yo.

— Jactancia andaluza, repuso el presidiario. Yo hago lo que hagas tú, ú otro hombre, sea el que fuere; ¿estás?

Oyóse en este instante una voz fuerte, pero poco melodiosa, que cantaba: *Vamos pagando, vamos saliendóóóó.*

— Calle ese buho que canta de noche, si no quiere que le toque yo un son para que baile una gaita gallega, que le dé calentura, gritó el baratero. Y á vosotros digo, prosiguió dirigiéndose á los otros, que no haceis lo que yo.

— ¿El qué? preguntó el presidiario.

— Matar en saliendo de aquí al primero que se me ponga por delante, mas que sea el lucero del alba; pero no á traicion; sino como leal y valiente, cara á cara, dejándole que se defienda como pueda y quiera.

— ¿A qué alborotar el mundo sin sacar provecho? opinó el desertor.

— Es que este, añadió el presidiario señalando al baratero, tampoco lo haria. ¡Jactancia; parola, mucho ruido y pocas nueces, como dice el refran; fanfarronadas!

— ¡Por el alma de mi madre! gritó el baratero furioso y levantando el brazo; ya veréis si es jactancia! Mire Vd. quién habla de fanfarronada andaluza, ¡un valenciano!!! ¡por vía del Dios Baco!

Como estaba en mangas de camisa, se remangó esta cuando levantó la mano, descubriendo el musculoso y velludo antebrazo, sobre el cual se veia una cruz azul impresa allí con pólvora, como las que suelen dibujarse los marineros.

— ¡Vaya que eres buen cristiano! dijo al verla con mofa el presidiario.

— No soy buen cristiano; que soy mal cristiano, respondió el baratero. Pero no soy impío como tú: ¿estás? Ni he ido á renegar á los presidios de los moros, ¿estás? Ni soy hereje, ni soy judío, ¿estás? Acato la cruz; que eso lo mamé con la leche de mi madre, — ¡Dios tenga su alma! — y el demonio la mia, si no hago callar, por y mas tiempo de lo que quisiera, al que á esto tenga que decir: ¿estás?

¡Qué contraste formaba aquel aposento sucio, con su moribunda, roja y vacilante luz, su cargada atmósfera, aquellos hombres fieros, sin hogar, sin asilo, sin amores ni lazos en esta vida, sus destempladas voces, roncas y avinadas, sus carcajadas y blasfemias, con la fresca, pura y tranquila noche de mayo bajo la engalanada bóveda del cielo! La mar, que con la ausencia del viento estaba en calma, como una fiera no acosada, reposaba en silencio mirando al cielo, como para aprender de él á no agitarse; lo que hace sobreponiéndose á las nubes y neblinas que exhala la tierra. Formaba la mar, así tranquila y contemplativa, tan mágico espejo á la luna

que le daba el brillo que en el cielo no tenia. Suaves olitas venian, como á escondidas, á tenderse sobre la tersa arena de la playa, y se iban calladas, como para no despertar á las olas grandes que se las tragan. La suave luz de la luna se habia apoderado de la trabajada naturaleza, como el sueño benéfico y tranquilo, de un agitado enfermo.

Oíanse mil susurros indistintos y leves, que son quizas cantos de las flores; con que suenan en las concavidades de los aloes ó pitas; el suspiro de la mariposa, á la que pesan sus alas, y que no obstante no quiere desprenderse de ellas, porque recuerda que sin ellas era oruga; las respiraciones de la noche que duerme; — rumores todos demasiado tenues para que puedan discernirlos nuestros toscos oídos! — ¿O será que resuena en el aire el ruido del dia desde el otro hemisferio? Puede que así como ha inventado el hombre el microscopio, que aumenta para la vista un millon de veces el tamaño de los objetos, andando el tiempo se invente un instrumento para el oído, que aumente un millon de veces la fuerza de los sonidos, y entónces nos descubra, como lo ha hecho el microscopio, muchos secretos.

¡Dios mio! ¿Qué soberbio y necio materialista inventó la palabra *imposible*? ¡Imposible! ¿Hay acaso algo que lo sea para el autor de tanta maravilla? ¡*Imposible* decís, topes de la tierra, cuando solo la combinacion de algunos vidrios, que aumentan vuestra facultad corporal de ver, os lanza un mentís á la cara! — Nada imposible hay para el poder de Dios; ni otro diluvio; ni hacer caer el fuego del cielo sobre la tierra, como en Sodoma y Gomora. Así como tampoco hay nada imposible para su misericordia; ni aun el convertirlos! Y creed que el dia en que volvais á la casa paterna, todos los fieles os recibiremos, no como los Fariseos, que no querian rozarse con los impuros, sino como su padre al hijo pródigo; y os daremos un lugar de preferencia, pues mas habréis hecho en volver, que nosotros en no salir.

Mas volviendo á la escena que pintábamos, solo se oia distintamente el chirrido del grillo que partia el silencio de la noche, como una sierra.

¿Porqué cantan en lugar de dormir esos desvelados?

¿porqué es tan incansable su furor filarmónico? — ¿Es solo en ellos una expresion de amor, ó están dotados del sentido musical? ¿son amantes, ó son *dilettanti*? ¿O son acaso, como los muchachos, enemigos declarados del silencio? Bien podrá ser esta última suposicion la cierta, porque el silencio y la inocencia, — que son las dos cosas mas bellas que en el mundo se pueden hallar, — son tambien las dos que tienen mas enemigos y perseguidores.

¿No habeis notado, como nosotros, el inexplicable encanto del silencio, que es un goce moral y físico; y no habeis observado tambien cuán difícil y casi imposible es llegar á disfrutarlo? Podeis creernos, pues sobre esto hemos hecho un estudio muy especial y profundo: el silencio absoluto en la naturaleza, y la calma inalterable en el corazon, son goces rarísimos. Del primero solo disfrutaban los sordos; de la segunda solo gozan los justos.

Andan los poetas tras del primero; los filósofos tras la segunda; los alquimistas tras el oro artificial: todos con poquísimo éxito. De las ciudades, — hormigueros de toda clase de hormigas y hormigones, — huye el silencio por verse poco apreciado: en el campo, algo se detiene, á pesar de que le acosan de mancomun los pájaros, que cada uno de por sí se cree un ruiseñor, el insecto que prefiere el monótono recitado al variado canto, el viento que suspira, las hojas que le hacen coro, y aun el agua que sale de los canjilones de las norias, como el niño del vientre de su madre, ensayando su voz.

Hémosle buscado en alta mar en dias de calma chicha; ¡nada! Si no lo creéis, vosotros que teneis la dicha de no haber entregado vuestra alma al diablo, ni vuestra persona á la mar — lo cual es otra diablura — preguntádselo á un marino, á uno de esos hijos del Océano, que no saben sino llegar y partir, como los pájaros; y confiando en sus alas no temen las distancias, y confiando en su estrella, no temen los peligros. Ellos os dirán que en tales dias, — á pesar de que parece la inmensidad del mar y la del cielo un gran reloj parado, al que Dios se olvidó de dar cuerda, — á lo mejor se le antoja á un grave pez echarla de saltimbánquis, y des-

pues de hacer brillar sus escamas al sol, cae pesadamente dando un ruidoso zarpazo. — El barco, cansado de su forzoso *far niente*, se inclina y espereza, crujiendo sus coyunturas como las del Rey Don Pedro, y el mar hace gorgoritos alrededor del timon, como para probarle que su flexible voz canta de tiple así como de bajo.

Hemos buscado con mucho afan y con preferencia el silencio en las iglesias; pero tambien allí una legion de resfriados se ha pronunciado unánimemente contra él. — Me objetaréis que se hallará de noche, puesto que siempre los poetas pintaron como gemelos á la noche y el silencio; ¡cosas de poetas, que sueñan despiertos, y hacen rimar las palabras, sin cuidarse de que rimen las ideas! Y si no, ¿acaso no oís un coro poco angelical de mosquitos, que se esmeran en anunciar á son de trompa su poco amena presencia, las cornetas bélicas con que amenazan con su sangriento ataque, el afan con que buscan un postigo mal defendido ó una brecha al mosquitero de gasa, ese murallon, esa trinchera inexpugnable?

Esto en verano. ¡Pues y en invierno! ¡Dios nos asista! El viento nos da unas serenatas á toda orquesta, capaces de helar la sangre en las venas á las pirámides; los serenos sacan unas voces de sus gargantas, ó de debajo de tierra, que son sonidos incalificables é inusitados de dia. — Los gatos *ultra-románticos*, desdeñando la clásica *melancolía*, acuden á la moderna *desesperacion* para interesar á las pulcras gatas, que no consideran decente un paseo por el tejado á deshora. — Las gotas de lluvia de los aguaceros, parecen un ejército de soldaditos de cristal respondiendo á la lista.

Es, pues, preciso desengañarse: el silencio es un nombre sin cosa; una dulce ilusion irrealizable, una utopia, soñada por un Platon que se metió algodón en los oidos; una delicia que inventó Mahoma para su paraíso imaginario; y por eso dice en su Coran que la palabra es plata, y el silencio es oro. — Es el silencio un sueño, un mito, una supersticion: ha huido de la tierra con hastío, y reina en las nubes, adorable sultan en su puro y delicioso serrallo.

CAPITULO IV.

La misa de alba. — El romance. — El pinar. — El brazo de la cruz. —
El ex-voto.

Laissons les cloches rassembler les fidèles; car la voix de l'homme n'est pas assez pure pour convoquer au pied des autels l'innocence, le repentir et le malheur.

CHATEAUBRIAND.

Dejemos á las campanas reunir á los fieles, pues que la voz del hombre no es bastante pura para convocar al pié del altar al arrepentimiento, á la inocencia y al infortunio.

Si les cloches eussent été attachées á tout autre monument qu'à des églises, elles eussent perdu leur sympathie morale avec nos coeurs.

IDEM.

Si las campanas se hubiesen adaptado á cualquier otro monumento profano, hubieran perdido la simpatia moral que tienen con nuestros corazones.

Si existe un sonido que vaya en derechura al corazon, que llene el alma de santa alegría, y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el sonido de la campana, cuando al alba, — ágil y clara ella sola en el *duerme-vela* de la naturaleza, — hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, *mensajeros del culto á las nubes y á los vientos*.

Grandioso es el son de bronce de las campanas, cuando en coro repican á una solemnidad religiosa, ó anuncian un fausto evento al país; grave y solemne cuando, segun la expresiva frase popular, *llaman al muerto á la tierra*; pero es á la vez sencillo y grave, solemne y alegre, cuando tocan á la misa de alba, anticipando á toda faena humana el Divino Sacrificio!

No parece sino que no quiere irse la noche sin haber oido aquellos santos y suaves sonidos, y que el dia no se atreve á llegar sin que ellos le llamen. Así es que se está el alba muda, inmóvil y pálido como una lámpara de alabastro, alum-

brando á la naturaleza con su débil luz sin despertarla, como una madre alumbra con la lamparilla á su dormido hijo, mientras la noche, apoyada en el occidente, extiende sus velos que caen pesados de rocío, y anima á sus sombras que desmayan y caen por tierra.

Pero cuando se despierta el corazon del mundo, — esto es el hombre; que piensa y siente, — son sus primeros latidos los toques de aquella campana que anuncian el Santo Sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño, la voz de *padre*. Entónces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece como un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura en la naturaleza, cuando ningun nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre', cuando ninguna duda fria y amarga la oscurece. Santos y puros los sonidos que esparce por el aire la campana, esa voz del templo, y que bajan sobre la tierra como notas ó acordes sueltos del *Hosanna*, que entonan los ángeles del cielo á su Dios, ¡qué melodiosos son, qué pacíficos, y qué dulces y alegres! — Y lo son, porque todo eso prometa la religion al que la ame y la practique: ¡paz, dulzura, alegría y melodías santas en el corazon!

Con estas salia Juan de la Cruz aquella madrugada, de la iglesia, — en la que habia oido la misa de alba, — y al dirigirse hácia la Cruz del Pinar, llevando en una cesta la fresca guirnalda de flores que iba á colgar de los brazos de aquel santo signo de nuestra redencion, — iba cantando con pura y clara voz este romance:

Hoy que celebra la iglesia
El misterio sacrosanto.
Cuando hallara Santa Elena
Aquel signo consagrado,
Que es el terror del infierno
Y consuelo del cristiano;
Salid á coger las flores
Que nacen en nuestros prados,
Tejed con ellas guirnaldas
Y vestid la cruz de ramos.
Cantad con el avecilla
Que hace su nido en el árbol,

Load al que nos crió,
Y que murió por salvarnos.
Coged, cristianos, las flores
Y vestid la cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de mayo.

Aquel divino trofeo,
Como pronóstico santo,
El invicto Constantino
Miró en el cielo estampado,
Y Santa Elena llegó
A los lugares sagrados
A descubrir el tesoro
Que salvó al género humano.
Y halló el lugar escondido
A donde estaba encerrado
Aquel diamante del cielo
Perdido por tiempo tanto!

Cantad loores á la cruz,
Salid por vegas y campos;
Coged las flores mas bellas
Y vestid la cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de mayo.

Seguia Juan la vereda derecha y blanca, abierta por entre la espesa maleza, como una raya en una crespada cabellera, y que guiaba á la Cruz del Pinar. Ya la distinguia sobre su sencilla base redonda, blanqueada para la apacible fiesta de la cruz, ya veia á esta con sus brazos abiertos — como para implorar á Dios, ó como para abrazar á los hombres; — ya miraba la guirnalda que anteriormente habia colgado con sus mustias flores, como si las hubiesen ajado las lágrimas y marchitado el dolor; ya oia el murmullo de las hojas de los pinos, tan suave que siempre parece lejano, como una dulce y remota esperanza; tan melancólico como un recuerdo de lo que dejó de existir; indeciso, vago, indistinto como el primer sí, que arranca el amor autorizado á la vírgen tímida, criada en el radio de la mirada de su madre y á la sombra de las alas del ángel de su guarda, — cuando de repente vió salir del pinar á un hombre. Aquel hombre, de insolente y duro aspecto, se le vino acercando á pasos precipitados, y cuando estuvo al alcance de la voz:

— ¡Atras! le dijo con toda la insolencia de la osadía y el despotismo de la violencia.

Si Juan de la Cruz hubiese tenido tiempo para reflexionar, al verse ante tan temible antagonista, y no teniendo ningun interes en exponer su vida para resistir á un forajido, hubiese prudentemente abandonado el campo, y cortado así un lance, en que habia mucho que perder y nada que ganar. Pero no dando lo repentino del suceso tiempo á la reflexion, Juan de la Cruz, cediendo á un primitivo instinto de sencilla independencia y á un espontáneo brote de valor, fijó en su agresor la serena mirada de sus grandes ojos pardos, y prosiguió pensadamente su camino.

— ¿No me has oido? dijo asperamente el provocador agarrando al inofensivo y desarmado jóven por un brazo.

— Vamos, repuso Juan de la Cruz, desprendiéndose del brutal apretón del desconocido, ¿á qué me provocais? ¿Acaso os estorbo? ¿No hay lugar en el campo de Dios para ambos?

— ¡Atras! volvió á decir el forastero.

— ¡Id con Dios, y dejadme en paz! repuso Juan de la Cruz, dando un paso adelante.

— ¡Atras! gritó por tercera vez el provocador, y si no, defiéndete, — añadió apuntándole con su escopeta, — puesto que ó te vuelves atras, ó te dejo en el sitio!

Juan de la Cruz, ligero y ágil, se echó sobre su adversario, le cogió la escopeta con la rapidez del rayo, y el tiro se disparó al aire.

Todo esto fué hecho ántes que pensado. El baratero, — pues era él, — se quedó un momento suspenso y atónito de sorpresa y de rabia.

— ¿Esas tenemos? murmuró sacando su navaja; ¡chiquillo, prepárate! defiéndete, y encomienda tu alma á Dios.

Diciendo esto, se precipitó sobre Juan de la Cruz: este se defendió con prudencia y denuedo, tratando de parar los golpes de aquel furioso: pero siempre retrocediendo y perdiendo terreno, salió del camino, y enredándose sus piés en los matorrales de la dehesa, el infeliz perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrastrando en su caída consigo á su im-

placable antagonista. Este, sujetando con una mano á su indefensa víctima, que no podia ya hacer resistencia, y levantando con la otra el arma homicida, iba á descargar el golpe, cuando paró el ímpetu de su brazo y detuvo su accion, un objeto de mas fuerza y consistencia que las carrascas y palmitos, y que no habia cual estos, cedido al peso de los cuerpos de los combatientes, y que así se vino á interponer entre el brazo del asesino y el pecho de su caída víctima. Fijó el primero sus feroces y sangrientas miradas lleno de rabia en este objeto.... y.... ¡no pudo apartarlas de él! Los músculos contraídos de su rostro se dilataron; sus miradas parecieron retroceder hácia dentro, como un áspid en la tierra; sus brazos cayeron inertes sobre sus costados. Aquel objeto que habia extendido un brazo protector sobre el pecho del inocente, era.... ¡una cruz!

— Bien puedes dar gracias á Dios, dijo el asesino levantándose, por el escudo que ha puesto sobre tu pecho.

Diciendo esto, se alejó precipitadamente, y desapareció en el pinar.

La cruz que salvó á su devoto, habia sido erigida, segun la piadosa costumbre de nuestro país, en aquel lugar, porque allí habia sido muerto por un toro un pobre ganadero.

Las carrascas y matorrales que habian crecido despues, habian ocultado la humilde cruz de madera.

Algunos momentos despues colgaba Juan con mano aun trémula y agitada, la fresca guirnalda, que regaba con lágrimas de gratitud, en los brazos de la Cruz del Pinar, y hacia voto de perpetuar la memoria de su milagrosa salvacion por ella, conservándola expuesta en un cuadrito, que como testimonio de su fe y gratitud suspenderia en el altar de la cruz para edificacion de las almas piadosas.

¡Y este era el ex-voto que tanto habia escandalizado el *decorum* protestante! De esta piadosa ofrenda de la fe y de la gratitud era de la que decian los que *nos quieren convertir*.

— Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

— Un desacato, querido; respondió el otro.

— Una ridiculez, amigo.

— Una impropiedad, *Sir*.

— Una profanacion, *dear*.

Y ahora, — despues de comparar el hecho católico con la interpretacion protestante, — ¿habrá entendimiento de buena fe, ni corazon sano, que no repita con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Porqué ellos enferman, y yo no enfermo? ¿Porqué ellos se queman, y yo no me quemo?»

NOTA.

Por una singular coincidencia, miéntras se imprimia esta narracion, han traído los diarios de Madrid copiada del *Diario de Tolosa*, la relacion de un atentado cometido en la frontera de Cataluña, en la que se halla el siguiente párrafo:

Hace unos dias que anunciámos la extradicion de Francia del llamado Juan Dastrado, acusado de asesinato.

Hé aquí segun el *Diario de Tolosa*, la manera con que se cometió aquel crimen.

Hace algunos meses que el acusado era propietario de una posada situada en la extrema frontera de Cataluña en un sitio aislado. En aquel paraje apénas se detenía alguno que otro pasajero. Juan, que era jóven y tenia una fisonomía agradable, se habia enamorado apasionadamente de la hija de un labrador, que habitaba en las cercanías; ella por su parte le amaba tambien; pero los padres no consentian en la boda, pretestando la pobreza del novio.

Desde que recibió esta negativa, el posadero tornóse triste, porque no tenia esperanzas de reunir el dinero necesario para llenar los deseos de los padres de la que amaba.

En esto pensaba una noche tempestuosa, cuando oyó que llamaban violentamente á la puerta de su posada solitaria.

Era un hombre á caballo, que perdido en aquellas breñas, y acobardado con el temporal, pedia hospitalidad por

aquella noche. Juan le recibió, encendió luz y fuego, y se puso á preparar la cena á toda prisa.

Miéntas se ocupaba en esto, notó que el extranjero, cuyo traje indicaba ser un opulento personaje, tenia oro en abundancia. Una idea súbita cruzó por la mente del posadero: pensó que obteniendo por medio de aquel oro la mano de su amada, aseguraba la felicidad de su vida.

La posada estaba en lugar desierto, la noche tempestuosa, el camino solitario.

Armado de una larga navaja catalana, aproximóse Juan á paso de lobo al viajero que cenaba con mucho apetito, y agarrándole por detras, le dió una navajada en el pecho. El infeliz cayó bañado en sangre.

Juan quiso rematarlo; pero el arma tropezó con un crucifijo que el extranjero llevaba en el pecho debajo de la camisa. Al ver este símbolo de nuestra redencion, tan venerado en España hasta por los hombres mas criminales, el posadero sintió que le faltaba el valor, ¡y no osó consumir el asesinato!

LOS DOS AMIGOS.

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía, árida y estéril. No corrían por ella ríos ni arroyos: secas yacían las flores y tiernas plantas de la primavera; solo verdeaban allí algunos espinos lentiscos, y aloes, cuya dureza resiste al rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo, ardiente como lava de volcán. — El cielo puro, y el día claro, parecían sonreírse al dar tormentos á la tierra. — Solo los ganados del país, con su endurecida piel, y el animoso é impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podían tolerar aquella encendida atmósfera; ellos, durmiendo; y él, cantando!

Veíanse sobre esta llanura el 20 de agosto de 1782 las muestras de un reciente combate: caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñidas de sangre. — A lo lejos desfilaba en buen orden un destacamento inglés. — A otro lado el comandante de un escuadrón español ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos, para perseguir á los ingleses, que inferiores en número, se retiraban con la calma de vencedores.

En el que había sido campo de batalla, un jóven sentado en una piedra al pié de un acebuche apoyaba en el tronco su pálido rostro; mientras que otro jóven, en cuya fisonomía se manifestaba la mas violenta desesperación, arrodillado á sus piés, procuraba detener con un pañuelo la sangre que le corría del pecho por una ancha herida.

— ¡Ah, Félix, Félix! — exclamaba con la mayor angustia —, ¡vas á morir, y por mi causa! Has recibido en tu fiel pecho

el golpe que me estaba destinado. ¿Porqué, generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte, para entregarme á una vida de desesperacion y de dolor?

— No te desesperes, Ramiro, le decia su amigo con apagada voz. Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal. Entretanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida tambien?

— Socorros (decia Ramiro sin escucharle), pronto socorros podrian solo salvarte! Pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de tí; pero Félix, moriremos juntos!!!

En este momento oyeron el galope de un caballo. Ramiro, lleno de ansiedad, dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentia, y descubrió á su fiel criado, que habiéndolos perdido en el combate, los buscaba lleno de inquietud.

Félix del Arahál y Ramiro de Lérida, pertenecian á dos familias unidas mucho tiempo habia por la amistad mas sincera. Educados juntos, servian en un mismo regimiento, á donde muy jóvenes pasaron de capitanes, habiendo sido pajes del rey.

Félix, de alguna mas edad que Ramiro, con un carácter mas firme, con un temperamento mas tranquilo, y con razon mas madura, tenia sobre su amigo un ascendiente, que en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadia á este sentimiento, en el uno, la consideracion y reconocimiento que inspira la proteccion que se recibe; en el otro, el interes y apego que engendra la proteccion que se concede. Despues de tan evidente prueba de afecto como la que Félix acababa de dar á Ramiro, exponiéndose á morir por salvar la vida de este, arriesgada con imprudencia, el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo, ya no tuvo límites. Le miraba como á su ángel tutelar; y extremoso como era, habria destruido sus fuerzas y su salud, asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo

Félix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de San Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una Bacante. Lindas mujeres se asomaban á los balcones para ver á los oficiales, que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisonjeras.

— Mira á allí, y verás, ¡por vida mia! una hermosa mujer, dijo Ramiro á Félix, que marchaba á su lado.

Alzó Félix la cabeza, pálida aun, y vió en el balcon de una de las mejores casas de la ciudad, á una jóven de maravillosa belleza, medio oculta detras de las macetas de flores que cubrian su balcon, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.

— Eres buen huron para descubrir muchachas lindas, respondió Félix sonriéndose.

Pasaron. Pero Ramiro volvía de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo á aquella que habia llamado tanto su atencion; mientras que ella seguia tambien con sus miradas á los dos oficiales; el uno alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro mas pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.

— Harías muy bien en retirarte, Laura; — dijo el corregidor, tirando del brazo á su mujer, y quitándola del balcon. — Esos pisaverdes te miran, como si tuvieses una danza de monos en la cara.

— Al ménos, si no muy brillante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche, decia Ramiro á un grupo de oficiales reunidos en la plaza de la ciudad.

— Debíó parecerte así, contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla. Porque, á fe mia, que te divertistes en él muy bien. Yo,

solo me entretuve observando al corregidor, que queria tragarte con los ojos.

— ¿Tragarme? ¿y porqué? preguntó Ramiro.

— ¡Me gusta la pregunta! ¿Quieres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su mujer?

— Y mas si el tal es buen mozo, añadió un oficial de granaderos, apartando de su frente las mechas de pelo de oso de su gorra.

— Y elocuente como un San Agustin, dijo otro oficial.

— Y emprendedor como Colon, continuó otro.

— Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva, dijo un tercero.

— Si así fuese, contestó Ramiro con aire serio, el corregidor se inquietaria por cosa muy corta, y deberir gastar mas flema.

— Eso estaria mas de acuerdo con su gran barriga, replicó el de cazadores; pero amigo; es que él guarda un tesoro que no merece poseer. — Lérída, prosiguió el mismo, mas gloria y placer hay en esta conquista, que en la de la plaza de Gibraltar.

— Basta ya de chanzas, señores, repuso Ramiro. Desgraciadamente el sitio de la plaza, que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y hé aquí lo que ocasiona estas vaciedades y habladurías.

— Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga, dijo Félix á su amigo al separarse de los demas, pues te has formalizado. No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo
fulme enamorando;
empecé riendo,
¡y acabé llorando!

— ¡Reflexiones! ¡Raciocinios! respondió Ramiro. Mira, Félix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes. ¡Sabe Dios cuántas horas viviremos! Además.... pregunta á los viejos, cuánto duraron sus veinte y cinco años! Gocemos, Félix.... gocemos de la vida!

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro, cuando al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño, y apoyándose en la barandilla de su balcon, miraba y apenas veia el sol, que elevándose sobre el horizonte, despertaba al universo como una campana de luz. Apasionado como estaba, su amor habia llegado al último grado, por los insuperables obstáculos que se le oponian. En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes. Laura no salia de su casa desde que su marido habia principiado á sospechar. Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podia pasar disfrazado; pobres billetes, que mas que palabras contenian lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasion; pasion en todo jóven, en todo lozana, y en todo andaluza; sedienta de lo futuro, y sin pasado para vivir de recuerdos. Maldecia Ramiro tantos obstáculos, y se entregaba á una verdadera desesperacion.

Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla, que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase. Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo léjos á la buena mujer; no atreviéndose á mirar á nadie por miedo de ser visto.

Despues de muchos rodeos, María llegó á una callejuela solitaria: de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardin del corregidor. Paróse entónces María, llegó Ramiro, y ella le entregó un billete que él abrió precipitadamente, y que contenia estas pocas palabras: «Mi marido se va al campo. Estoy libre esta noche, y podré verte. Es la primera, y será la última!»

¡Quién podrá dar su justo valor al arrebatamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lagrimas, pero cuyas letras temblorosas y mal trazadas probaban la agitacion con que se habia escrito. Con el mismo enajenamiento besaba las descarnadas manos de la anciana María. Sacó despues una bolsa bien llena, y se la entregó, llamándola su genio tutelar, su

madre y su amiga benéfica! Mas la fisonomía de María cambió de expresion en un momento. Enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron, y miró á Ramiro de piés á cabeza con arrogancia é indignacion.

— Señor, ¿quién ha creido Vd. que soy yo? le dijo. Lo que acabo de hacer por amor de mi niña, puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interes, seria una infamia. — Y desapareció en el momento, entrándose por el postigo del jardin.

Félix al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedóse espantado al encontrarle entregado á la desesperacion mas violenta.

Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano... rompía los muebles!

— ¿Qué tienes, Ramiro? le preguntó.

Pero él solo repetia:

— ¡Maldito sea el estado militar! ¡maldita esta dorada esclavitud! ¡maldito el coronel, tirano absoluto! ¡maldita la hora, en que con estas charreteras recibí una cadena, que no me es posible romper!

— Pero, amigo mio, le dijo Félix; nada comprendo de tus arrebatos. — ¿Has tenido algun disgusto con el coronel?

— ¡Ah! respondió Ramiro, ¡no se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida! — Nada tengo oculto para tí: — ¡toma y lee!

Dióle el billete de Laura, y Félix despues que lo leyó,

— ¡Y bien! dijo.

— ¡Y bien! replicó Ramiro; ¿no soy yo el mas desgraciado de los hombres?

— Estos renglones, contestó Félix, me hacian suponer lo contrario.

— ¿No sabes, pues, exclamó Ramiro, que estoy nombrado de guardia para la avanzada? — Mordíase las manos al decir esto.

Félix se echó á reir.

— ¿Y es esa la causa de tu desesperacion? le dijo. Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua. Yo haré el servicio por tí; tú lo harás por mí cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole:

— Félix... Félix mio!... naciste para mi felicidad: eres mi providencia; un ser benéfico que siembra de flores mi vida. ¿Cómo podré yo jamas pagar tu ternura y tu amistad generosa?

— Pero ¿he hecho yo alguna cosa, contestaba Félix, que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?

Este no dió otra respuesta, que estrechar á su amigo contra su corazon tan lleno de amor y de amistad, como de esperanza y de gratitud.

Elevábase el sol sobre el horizonte con su majestuosa monotonía.

— Mucho te apresuras hoy, rubio mio, decia Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizándose por la puerta del jardin, que María cerró con prontitud luego que aquel salió.

¡Qué dichoso se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido. Todo su ser parecia haberse triplicado.. Saboreaba en el profundo santuario de su corazon, cuantas emociones produce una verdadera pasion correspondida. Embriagado de placer, bendecia su suerte. En su éxtasis no reparó en el teniente de cazadores que salia á su encuentro. Al verle quiso, haciendo el distraido, echar por otro lado. Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole:

— ¡Cuánto me alegro de verte, Lérída! ¡te creia de servicio en la avanzada!

— Bien, ¿y qué? contestó Ramiro.

— ¡Es una friolera! respondió el de cazadores. — Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puesto ha sido muerto.

Ved la antigua Sevilla sentada sobre una llanura, como una viuda en su poltrona. Veda envuelta en sus viejas murallas, como en un manto real desechado. Mirad al viejo Bétis besando sus piés, con la respetuosa galantería española. Oid cuál le pregunta dónde están sus flotas que daban la vela,

llevando á los Colones, los Corteses y Pizarros, al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvian cargadas de plata y oro. — Sevilla suspirando le enseña sus barcos de vapor! ¡Oh progresos del tiempo! — Aproximáos. — Hablad con ella. Como vieja, le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza. — Ella, pues, os llevará desde luego á su catedral. Os enseñará el cuerpo de su San Fernando. Pero... arrodilláos... adorad... venerad con ella!... si no, estad seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros: no podriais comprenderla.

Despues la seguireis al Alcázar, palacio de reyes, viejo y romántico como ella. En los baños de las reinas moras, de Doña María de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias; — y los ecos del palacio, habitado solo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas. En seguida os sentaréis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Bétis, y os hablará de sus hijos queridos: os recitará con magia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de Leon y los Guzmanes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velazquez y su Montañés. — La veréis jóven, ardiente, poética, exaltada: mas luego volviendo á su verdadero estado de mujer anciana, acabará por deciros suspirando: ¡Cómo han mudado los tiempos!

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguiréis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son una porcion de gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del rio, cuando este sale de madre. Pasados aquellos, encontraréis una llanura llamada el Areal; de donde sale el puente que conduce á Triana. Veréis en esta llanura una concurrencia elegante, dirigiéndose hácia la izquierda, donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores. La vecindad del rio es quien sostiene ese lujo de vegetacion; esa multitud tan variada de flores que los embellecen: pues no pudiendo ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con flores.

A la derecha de la puerta de Triana, veréis la *Plaza de*

Armas que hizo construir el general Marques de las Amarillas. Los pilares que sostienen sus cuatro puertas, están adornados de un leon de bronce destrozando un águila; y hacen ilusion á los nombres que llevan aquellas, que son Bailen, Vitoria, San Marcial y Albuera. ¡Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su patria!... que procura libertarla del injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional! que conservó en su corazon, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existirá en los venideros siglos, cuando yazgan en el olvido las disensiones domésticas que la hacen descuidar hoy!

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pié y á caballo, se apresuraban á llegar al paseo. Dirigiase la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un contraste notable. Un misionero capuchino, subido sobre el malecon, predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pié y con la cabeza descubierta, formaban en derredor suyo un círculo á manera de abanico. A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol, dibujaba en su álbum el venerable rostro del capuchino. Un paisano, mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien basta una mirada para hacer conocimiento: — ¡Por vida mia, que se parece, como un ojo de la cara á su compañero! Usted es un gran pintor, señor; y si Vd. es inglés como pienso, muy ajeno estará al mirar á ese pacífico y santo varon, de que haya echado quizas debajo de tierra á algunos de los abuelos de Vd.

El inglés miró al español con admiracion, y este le volvió á decir: — Sí señor: ¡valiente espada era la suya el año 1782! — En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho, hasta que... pero es historia larga. — Suplicóle el inglés se la contara, y el buen hombre que no deseaba otra cosa, le hizo la relacion que se ha leido.

Viendo — añadió por último el español, — con tanta claridad

el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí de dolor por haber causado con su criminal pasión la muerte de su amigo, D. Ramiro de Lérída solo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia. — ¡Gracias á Dios era cristiano, y tuvo valor suficiente para escoger la última!

El inglés miró ya con un nuevo interes al misionero. — Tenia, por decirlo así, el microscopio, que podia penetrar aquella cubierta, humilde y silenciosa.

Mas en vano buscó en aquel semblante, envejecidos surcos de lágrimas, un tinte de dolor, ¡ó una mirada que denotase un recuerdo. — ¡Todo habia desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía! No era obra del tiempo; era total variacion. Una elevada virtud habia desprendido de este mundo su corazon, y conducídole á aquella altura, en que segun el elocuente poeta Lamartine:

«¡Hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella!»

LA HIJA DEL SOL.

¿Est-ce vrai? — Oui; mais qu'importe?

BALZAC.

Tocaban á ánimas las campanas de la ciudad de Sevilla, y muchos corazones religiosos se alzaban al cielo en aquella hora dedicada por la iglesia á recordar á los muertos. Todo yacia frio, silencioso, y triste en la invadiente oscuridad de una noche de diciembre: una espesa cortina de nubes cubria las estrellas, que son, — segun dice un poeta, — los ojos con que mira el cielo á la tierra.

En la sala de una de las hermosas casas de Sevilla, que los extranjeros llaman palacios, frente á una chimenea, en que ardia y daba luz como una antorcha la alegre leña del olivo, estaba sentada una señora, sumida en los pensamientos graves y tristes, que infundian la hora y lo lóbrego de la noche. No se oia sino el gemido del viento, que daba tormento á los naranjos del jardin, y que penetrando por el cañon de la chimenea, caia sobre la llama, á la cual abatia temblorosa, esparciendo ráfagas de vacilante luz por la estancia. Parecia que la soledad la abrumase; y cual si un genio benéfico se ocupase en prevenir sus deseos, abrióse la puerta, apareciendo en el umbral una persona cuya vista debió serle grata, puesto que al verla, hizo la señora un ademan y exclamacion de alegría, y se levantó para ir á encuentro.

La recién entrada era una señora de edad, bajita, trigueña, cuyos ademanes animados y cuyos ojos vivos y alegres denotaban que los años habian pasado por aquella naturaleza juvenil y activa, sin doblegarla, y sin que su dueña los notase.

— Vaya, Marquesa, dijo la recién llegada, que para venir desde donde yo vivo hasta tu casa, se necesitan *amor y coche*.

— Te ha bastado el amor; ¡y cuánto te lo agradezco! Ahora conozco la verdad que encierra este refrán: «amor con amor se paga.» — ¡Salir en una noche como esta!

— ¡Hija mía! no había otra, repuso la amiga. ¿Sabes, añadió, que te he estado mirando por los cristales, y he visto que tienes un aire de languidez, según dicen los poetas del día, que maldito si te sienta bien? Si te hubiese visto tu amigo el Barón de Saint Preux, diría que echada como estás en tu sillón ante la chimenea, parecías la estatua de la lealtad llorando ante la hoguera de un trono.

— Por fortuna, repuso riendo la marquesa, el trono que arde aquí, lo fué solo de un jilguero.

— Si te viese Joaquín Becquer¹⁾ le servirías de modelo para algún cuadro de la Viuda de Padilla, prosiguió la que había entrado.

— Desahoga ese buen humor que rebosa en tí como la alegría en los niños, respondió con resignación la marquesa.

— Tu recomendado Sir Robert Bruce diría al verte, que lo que verdaderamente progresa en el mundo, es el *spleen*.

— Pero, amiga mía, replicó la marquesa, cuando se tienen penas.....

— Si me hablas de penas, tomo el portante, interrumpió la señora: tengo una cáfila de ellas á tu disposición, que me dejo en casa cuando salgo. Vengo á que nos distraigamos un rato en sabrosa plática, como dicen los buenos hablistas, exóticos ya entre nosotros. Dejemos las lamentaciones para Semana Santa.

— De ningún modo me entretendrías mejor y más á mi gusto, repuso la marquesa, que contándome la historia de aquella hermosa dama que debió á su extraordinaria belleza, el nombre por el que fué conocida.

— ¿La *Hija del Sol*?... Verdad es, que prometí referírtela; y cierto es también que nadie te la podrá contar con mejores datos que yo, habiéndolos adquirido en la isla de León, teatro

1) Ilustre pintor de Sevilla contemporáneo.

(N. del E.)

del suceso, donde pasé mi primera juventud, siendo mi padre capitán general del departamento.

Sentáronse ambas amigas frente á la chimenea, avivaron el fuego, y la marquesa se puso á escuchar con ansiosa curiosidad el siguiente relato.

«Quedó viuda la señora de *** con solo una hija, de tan maravillosa belleza, que mereció el dictado de la *Hija del Sol*, por el cual era conocida. Crióla su madre léjos del mundo, en silencio y soledad, velando incesantemente sobre su tesoro, hasta ponerla en manos del hombre digno y honrado, que uniéndose á la hermosa jóven, le dió su nombre y hacienda. Don A. F. era un hombre de mérito, y la *Hija del Sol* se unió á él, sin desear y sin oponérsele la boda: siguió en esta ocasion el dictámen de su madre, que nunca habia hallado oposicion en la dócil niña.

Gozaban hacia algun tiempo los esposos de una felicidad sin nubes, cuando un acaecimiento inútil de referir, obligó á D. A. F. á hacer un viaje á la Habana. — Entónces rogó á su suegra que se encargase de su hija, y la llevase fuera de Cádiz durante su ausencia. Hacíalo, porque en aquella época — por los años de 1764 — era Cádiz rica y poderosa, y el oro arrastraba en pos de sí, ese lujo, esos placeres, esas vanidades, esa embriaguez, y esas pasiones que son su séquito ordinario. Para alejarse de este foco de seducciones y peligros, D. A. F. les suplicó que se trasladasen á la Isla, ciudad de arsenales y de marina, vasta y solitaria, porque Cádiz lo absorbía todo en sus cercanías.

Miéntas un barco salia lentamente de la bahía de Cádiz, entónces animada como una feria, una berlina con cuatro caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, corria por el arrecife que conduce de Cádiz á la Isla, y que se alza entre dos mares, que se unen tanto en las altas mareas, que entónces, mas que camino, parece el arrecife, puente.

En la berlina se hallaban dos señoras, la una anciana, cuyo semblante expresaba cuidados y zozobras; la otra jóven y hermosa, cuyo rostro estaba bañado de lágrimas. Frente de ambas iba sentada una negra aun jóven, doncella y compañera desde su infancia de la que lloraba; la que por sus

visajes, gracias, y niñerías, logró que á una legua de Cádiz las lágrimas de su ama llegaran á secarse, y que una sonrisa reemplazase los suspiros que ántes salian de sus labios.

La isla de Leon es una ciudad larga y angosta, que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos. Tres cosas descuellan en ella, las palmeras de su arenisco suelo, el observatorio de su sábia marina, y la cúpula de sus católicos templos. La Isla es triste, como una bella mujer, arrinconada por una feliz competidora; ó mas bien, la Isla con sus arsēnales, sus diques, sus cordelerías, sus astilleros y machinas, parece la mujer del marino en su soledad, sentada en la playa y mirando al mar.

La berlina se paró delante de una hermosa casa, que como la mayor parte, era de piedra, y estaba solada de mármol, y cuyas puertas eran de caoba. Frente de la puerta de la calle se abria la del jardin. Precedíale una galería que formaban columnas de mármol, entre las cuales habian confeccionado los jazmines, las madreselvas y los rosales guirnalderos, columpios para mecer sus flores. — Caminitos de ladrillos dividian el jardin en cuatro partes. Las paredes desaparecian bajo un espeso velo de enredaderas. En el centro del jardin habia un cenador ó merendero tan espesamente cubierto por rosales de pasion, que en lo oscuro y fresco, mas que cenador, parecia gruta. En medio, sobre un pedestal, se hallaba un Amorcito de mármol, que con una mano escondia sus flechas, y con un dedo de la otra, que llevaba á sus labios, imponia silencio.

En este merendero era en el que pasaba la *Hija del Sol* largas y solitarias horas. Algunas veces le decia Francisca, su negra, despues de prolongados ratos de silencio: — Ese niño, mi señora, nos hace señas que callemos. Mas valiera que nos mandase hablar, pues lo vamos á olvidar. Mi amo tiene en el barco la mar, los vientos y los peligros: pero acá nosotras no tenemos nada sino las flores.

La *Hija del Sol* bostezaba y respondia:

— Mi marido piensa

«que entre dos que bien se quieren,
con uno que goce hasta.»

¡Así pasaba su vida aquella mujer, que, por desgracia no habia sido enseñada á llenar su tiempo, y á ocupar su mente, y á la que pesaba la ociosidad, como al desvelado las tinieblas! Necesitaba la vida activa, para revolotear ligeramente y sin objeto, de flor en flor, como la mariposa.

Un dia estaba la hermosa solitaria sentada, abanicándose, en su ventana ó cierro de cristales. Francisca, echada en el suelo, se entretenia en teñir de azul con agua de añil el blanco perrito habanero de su señora.

— ¿Sabe vd. mi ama, dijo de repente, que ese oficial, ese brigadier de guardias marinas que nos sigue cuando vamos á misa, se ha mudado aquí enfrente?

La *Hija del Sol*, al oir á su negra, volvió la cabeza por un irreflexivo é involuntario impulso, y vió en el balcon de la casa á que Paca aludia, á un jóven, el cual aprovechando el instante en que ella fijó su vista en él, la saludó con la finura y gracia que ha distinguido siempre á los oficiales de la marina real.

La reconvencion que iba á hacer la *Hija del Sol* á su negra, expiró en sus labios al ver al jóven, en el que de sobra habia reparado anteriormente. Así fué que Francisca prosiguió:

— Se llama D. Carlos de las Navas; tiene veinte y cuatro años, y es el mejor mozo de la brigada. Es tan bueno y tan llano, que todo el mundo le quiere....

— Parece que estás muy impuesta en todo lo concerniente á ese caballero, dijo su ama interrumpiendo á la negra. Pero como todo eso ni me atañe ni me importa, guárdalo para tí y otros curiosos.

— Aquí tiene mi ama á su perrito mas azul que una pervinca, dijo la humilde muchacha para distraer á su ama.

Pero la *Hija del Sol* no pensaba ni en el perrito azul, ni en su doncella negra. Dias habia que un gallardo jóven la seguia por todas partes: le veia en todas partes, en la calle, en la iglesia, en sus pensamientos, en sus sueños! Ahora se le encuentra alojado frente á su ventana; se le han nombrado; se halla casi en relaciones con él, por medio de un saludo que no ha podido excusar!

Demás está el que se añada que las Navas, que fué uno

de los mas cumplidos caballeros de su época, al ver á la *Hija del Sol*, habia concebido por ella, una de aquellas pasiones, que en tiempos en que no absorbía la política completamente á los hombres, henchian y exaltaban sus almas á punto de intentar lo imposible, movidos por ellas.

Mucho tiempo fueron inútiles todas sus gestiones; porque á la *Hija del Sol* habian sido infundidos principios religiosos, que si no siempre alcanzan — en vista de la fragilidad humana — á evitar una culpa, siempre llegan á enmendarla ó á corregirla. Las Navas estaba desesperado; la *Hija del Sol* por su parte habia trocado su anterior tranquilo fastidio por un constante dolor que la consumia. Francisca, la negra, llena de compasion por los sufrimientos de ambos, y cediendo á sus instintos de raza incivilizada, sin reflexionar en la culpable causa de estos voluntarios sufrimientos, ni en las trascendentales consecuencias de su necia complacencia, cedió á los ruegos de las Navas, y una noche, en que estaba su ama tristemente sentada en el cenador del jardin, le abrió una puertecita que este tenia, y que daba á la Albina, sitio solitario y pantanoso que se extiende entre la Isla y el mar.

Es una verdad muy conocida, la de que el primer paso es el que cuesta. La puerta que tan imprudentemente abrió la negra, lo fué ya cada noche. En aquella galería, poco ha tan sola y vacía, entre aquellas flores, poco ha tan desdeñadas, á la claridad de aquella luna, poco ha tan desatendida, pasaban los amantes noches de encanto, y cuya felicidad adormecía hasta á la conciencia. De esta suerte pasó un año.

Entónces acaeció, que el capitan general del departamento, que habia ido á Jerez, murió allí repentinamente: toda la brigada de guardias marinas tuvo que trasladarse á aquel pueblo, para acompañar el entierro. Esta ausencia — por corta que fuese — causó un vivo dolor en dos seres que habia un año que no podian vivir sino en la misma atmósfera, y para los cuales era ausencia un compuesto de dolor, de inquietud, de ansiedad, de temor y de celos.

En la noche del segundo dia, estaba sentada la *Hija del Sol* en la galería de su jardin: Francisca lo estaba á sus piés.

La luna se levantaba pura y tranquila, como un corazón exento de pasiones y de inquietudes.

— Mi ama, dijo Francisca poniéndose de un salto en pié, ahí está el señorito de las Navas, ¿no ha oído su mercé la señal?

— No es posible, Francisca; respondió azorada y con corazón palpitante la *Hija del Sol*.

— Escuche, mi ama, escuche, repuso la negra.

La *Hija del Sol* aplicó el oído, y oyó distintamente el silbido particular que usaba las Navas para darse á conocer.

Francisca corrió á buscar la llave del postigo, corrió hacia él, lo abrió, y las Navas envuelto en su capa entró con paso acelerado.

Pero Francisca no pudo volver á cerrar el postigo, porque le empujaron dos hombres que entraron y siguieron á las Navas.

Sobrecogida de un asombro que la paralizó, la negra no pudo ni moverse, ni gritar. Los que habían entrado, alcanzaron á las Navas; y ántes que pudiese defenderse ni parar el golpe, le clavarón sus puñales en el pecho. Las Navas cayó sin dar un gemido; cuando le vieron tendido en el suelo, los asesinos huyeron.

Por algun tiempo, el mas profundo silencio siguió reinando en aquel lugar, mudo testigo de la catástrofe. Francisca permanecía paralizada bajo la doble impresion del espanto y del horror. La *Hija del Sol* yacia desmayada sobre las gradas de mármol de la galería; las Navas no daba señal de vida! La luna plateaba tranquilamente este cuadro, y las flores lo embalsamaban.

Al cabo de un rato, vuelta Francisca en sí por la activa angustia que sucedió á su pánico espanto, vuela hacia su ama, á quien mira ya deshonrada y perdida: la coge en sus brazos, la despierta, la anima.

— ¡Ama mia! ¡ama mia! exclama; sois pérdida si aquí hallan á ese cadáver! — Ama mia, vuestra honra y vuestra suerte dependen de lo que podamos hacer en estos momentos; ¡y son contados! Es preciso sacar de aquí ese cadáver que os compromete. — Valor, mi señora, valor! si no lo

haceis por vos, hacedlo por el amo! — Saquemos de aquí ese cadáver para evitar el escándalo y la afrenta. Ayudadme á arrastrarlo á la Albina; que yo no puedo hacerlo sola!

Y la valerosa negra arrastra á su infeliz ama, y la obliga á ayudarle á arrastrar el cadáver á la Albina.

— ¡Basta! que no puedo mas! gemia su ama.

— ¡Mas todavía, mi señora! replicaba con angustia la negra; ¿quereis aparecer ante los tribunales?

Y las dos, dominando su dolor, su asombro y su flaqueza, volvian á coger el yerto cadáver para alejarlo mas de allí.

Despues Francisca, sosteniendo á su señora, la arrastra á su cuarto, la acuesta; vuelve al jardin, echa agua sobre las manchas de sangre, y hace desaparecer todo rastro, todo vestigio de aquel lúgubre crimen, con esa energía hija del cariño, que es la mas perseverante. — Regresa al lado de su señora, y al verla tendida, tan blanca y tan inmóvil como si fuese aquel lecho su féretro, cae de rodillas, y elevando hácia su señora sus temblorosas manos, prorumpe en sollozos exclamando:

— ¡Ama mia, yo os perdí!

— No, Francisca, no, murmuró su señora; me has salvado! — Y echando uno de sus brazos de marfil al cuello de ébano de la esclava, la atrajo á sí prorumpiendo en sollozos.

— Ya viene el alba, dijo poco despues Francisca, que fué á abrir las ventanas, como para poner cuanto ántes fin á aquella espantosa noche!

Por mas que digan los poetas, — que por lo regular no conocen al alba sino de oidas, — el alba es triste. Cuando el dia cae, todo se prepara al reposo; al alba todo se prepara al trabajo y al sufrimiento! La luz del dia alumbra á una ciudad muerta; tanto brillo en el cielo y tanto silencio en la tierra contrastan penosamente! — La *Hija del Sol* bella y silenciosa, se parecia á esa madrugada sin vida.

Francisca la obligó á levantarse y á sentarse en su cierro de cristales, como tenia de costumbre, para evitar toda sospecha. Francisca entraba y salia en el gabinete.

— ¿Qué se dice? le preguntaba su señora á media voz.

— Todavía nada, respondia Francisca en el mismo tono.

— ¡Dios Santo! ¡Ese cadáver abandonado! gemia la infeliz.

Francisca cruzaba las manos y le hacia seña de que callase, señalándole á su madre, que rezaba tranquilamente sentada en el canapé.

De repente, se oyeron los brillantes y animados sonidos de la música militar. Era la brigada de marina, que regresaba de Jerez.

Cada nota de la música, que tantas veces habia oido cuando precedia á la brigada, y á su cabeza venia el hombre á quien amaba, y que ahora yace muerto y abandonado cadáver en la Albina; cada una de estas notas es un puñal que se clava y destroza el corazon de la infeliz mujer, en la que hasta su dolor es un delito!

De repente, aquella mujer que gemia, quédase muda; sus ojos se abren espantados y fijos; un temblor convulsivo se apodera de ella, y solo tiene accion para extender el brazo con un ademan lleno de espanto hácia la calle. Francisca se arroja al cierro, y sigue con la vista la direccion que indican el brazo y las miradas de su ama, y ve.... ve á las Navas á la cabeza de su brigada, que en aquel instante alza la cabeza, sonríe y saluda alegremente á su amada! Francisca da un grito, y cae sin sentido: la *Hija del Sol*, fuera de sí, clama al cielo pidiendo misericordia: refiere á voces lo acaecido aquella noche. La creen loca, y su madre manda llamar á un facultativo; pero Francisca, vuelta en sí, confirma la relacion de su ama. Van á la Albina; pero allí no se halla cadáver alguno: preguntan á las Navas; este no ha faltado, no ha podido faltar de Jerez, lo que confirman unánimes sus compañeros.

La *Hija del Sol*, despues de restablecida de una larga enfermedad, escribe á su marido, se confiesa culpable, le ruega que la perdone y le dé licencia para entrar en un convento á hacer penitencia. El marido le da esta licencia, la bula es otorgada; y la *Hija del Sol* entró y profesó en las Descalzas de Cádiz, en el que, despues de una vida ejemplar, murió como una santa. Francisca la siguió al convento.»

— ¿Y cómo se explicó eso? preguntó con profundo interés la marquesa á su amiga, cuando esta hubo concluido.

— Esto no se explicó nunca para los incrédulos; pero sí muy luego á las almas creyentes, respondió su amiga.

NOTA. Esta relacion es verídica. La *Hija del Sol* nació en 1742, y murió monja Descalza en Cádiz, en 1801, á los cincuenta y ocho años de edad. El señor D. Francisco Micon, Marques del Mérito, compuso á la *Hija del Sol*, cuando profesó, el siguiente soneto, que si bien no tiene mucho del título de su autor, puede servir de comprobante á lo referido.

A LA HIJA DEL SOL.

SONETO.

Ya en sacro velo esconde la hermosura,
En sayal tosco garbo y gentileza
La *Hija del Sol*, á quien por su belleza
Así llamó del mundo la locura.

Entra humilde y contenta en la clausura;
Huye la mundanal falaz grandeza:
Triunfadora de sí, sube á la alteza,
De la santa Sion, mansion segura.

Nada pueden con ella el triste encanto
Del siglo, la ilusion y la malicia:
Antes los mira con horror y espanto.

Recibe el parabien, feliz novicia,
Y recibe tambien el nombre santo
De hija amada del que es, *Sol de Justicia*.

LA ESTRELLA DE VANDALIA.

religiosos, si bien tenemos que renunciar en nuestras novelas á los efectos dramáticos y romancescos de dicha escuela libre y declamatoria, y ceñirnos á la sencilla fe del carbonero, esperamos hallar en su puro círculo pinturas y sentimientos que merezcan la aprobacion y adquieran las simpatías de las personas que son altamente cultas, sin dejar por eso de ser rígidas en punto á moral y religion.

Esta esperanza me ha animado á tomarme la libertad de dedicar á Vd. esta obrita, que por título lleva el dictado y armas de Carmona; esto es, *La Estrella de Vandalia*.

Si he trasladado al pueblo de Vd. el teatro de la presente relacion, ha sido arrastrado por la fuerza y por el encanto de los recuerdos que conservo de ese lindo pueblo. Es, entre esos recuerdos, el mas lisonjero y el mas grato á mi corazon, la amistad con que me honró una persona, que por su clase, por su mérito, por su delicada benevolencia y exquisita finura, ocupa en Carmona, — como ocuparia en todas partes, — un lugar tan distinguido y preferente.

Este recuerdo me impulsa á ofrecer á Vd. en estas hojas otro, hijo del primero, que resplandecerá siempre en mi mente, como resplandece en nuestro suelo *La Estrella de Vandalia*.

FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I ¹⁾.

Todo hombre que tiene una pluma en la mano, debe ante todo tener algo que decir: es preciso sobre todo que sea sincero, y crea en su obra.

CHAMPFLEURI.

A seis leguas de Sevilla, andadas por el hermoso y bien denominado camino real, que aunque ya arruinado, es una de las grandes obras de Cárlos III, se encuentra la antigua ciudad de Carmona. Hállase labrada la ciudad primitiva sobre una alta roca, como un *bientevero* ²⁾ que algun rey de la Andalucía baja, hubiese erigido para abarcar con la vista sus dominios. Viniendo por el camino de Sevilla se eleva el terreno paulatinamente y casi sin sentir, hasta atravesar un gran arrabal ó ciudad nueva, y llegar á la grandiosa puerta moruna, que forma un largo y estrecho callejon entrecortado por una especie de patio ó plazoleta. Esta entrada es ya

1) El hecho que vamos á relatar es cierto y positivo. Si nos hemos decidido á publicarlo, es porque la familia del protagonista está extinguida. Hemos ademas tenido la precaucion de trasladar la escena á otro pueblo, de variar la época de los sucesos, de poner otros nombres y apellidos á las personas. Volvemos á recordar á los que buscan en nuestras composiciones la novela, que no lo son; sino que son cuadros de costumbres, y que la intriga es solo el marco del cuadro.

2) Sombrero alto que sobre piés derechos, se coloca en el campo en Andalucía para guardar los campos, y especialmente las viñas.

(N. del E.)

pendiente, prolongándose la cuesta mas ó ménos suavemente por las calles, hasta el pinacho de aquella inmensa roca, desde donde desciende el terreno abruptamente, y principia la magnífica vega que cubren campos de trigo, que en primavera forman un mar sin límites, verde como la esperanza; y en el estío, un mar dorado como la abundancia. A la derecha concluye este inmenso paisaje en la Sierra de Ronda, y á la izquierda en Sierra Morena, á cuyos piés caminan hácia el mar las aguas de sus arroyos, que reunidas toman el nombre de Guadalquivir.

Lo magnífico y sorprendente de esta vista tendria en otros países una fama y renombre universal, y habria sido descrita mil veces, tanto en novelas como en poesías. Pero en España es poco comun el gusto y la pasion por las bellezas campestres, las que se suelen admirar sin que en este sentimiento tomen parte ni el corazon ni el entusiasmo. Una vista por bella que sea, se suele apreciar, digamos así, clásica y no románticamente.

La bajada en la de que hablamos es casi perpendicular, y no la puede arrostrar la carretera, que rastrea penosamente el primer tercio, y ciñe despues á la peña como un cinturon, salvando su mayor altura. Despues de lo cual, vuelve á emprender su ascension hasta llegar al alegre y activo arrabal, en que se hallan casas nuevas y bonitas, los paradóres, los mesones, el correo, en fin, cuanto pertenece á la vida de movimiento; dejando tranquila, gracias á su altura, á la aristocrática y antigua ciudad, con sus casas solariegas, sus iglesias y conventos, sus grandiosas ruinas moriscas, y los trozos que aun conserva de los muros que la ceñian cuando tenia fuerza y mando. Todo en la ciudad es antiguo, bello y digno. Solo en su parte mas alta á la derecha, esto es, hácia el levante, ha labrado la era moderna un feísimo telégrafo, que lleva la matrona como sello de actualidad en su frente, en la que aparece una verruga. No es culpa nuestra si los telégrafos son feos; si son caricaturas de torres; si hacen *muecas*, como decia un amigo nuestro; si simbolizando la velocidad, son unas moles pesadas y sin gracia; si significando la publicidad y las comunicaciones, son *frondios* y

mudos oráculos que despiertan la curiosidad sin satisfacerla, envueltos como lo están para los profanos en silencio y misterio. Ni que al pasar por ellos la acción y la vida, queden ellos inertes y muertos, como si protestasen contra ambas; ni por último, que careciendo de belleza en su forma y de poesía en su objeto, sean grotescas esfinges, que solemnizan la co-tización de la bolsa.

No concebimos el moderno afán por vestirlo todo con la misma librea, y por querer borrar en los países y en los pueblos la nacionalidad que le es peculiar. De todas las tiranías, la de la uniformidad es la que mas se resiste á la independencia popular. Arrancar á países, pueblos y personas su ser, su carácter, su individualidad, es la mas cruel, la mas necia y la mas antipoética arbitrariedad. Uniformar á los pueblos como á los presidiarios, diciéndoles: «no seréis lo que habeis sido, no seréis lo que os llevan á ser vuestro suelo, vuestro cielo, vuestro carácter é inspiración espontánea; formaos sobre este modelo único y uniforme en el universo; todos sois carneros de una misma manada, menos nosotros que somos los pastores y zagales, llevando á guisa de cayado la pluma;» esto está muy bueno para los que se erigen en pastores; pero para los que se quiere convertir en uniformes carneros, no tiene ningun género de seducción y de simpatía.

En España, mas que en otro país alguno, tienen las provincias diversas y marcadas fisonomías, así como las tienen distintas entre sí los pueblos de una misma provincia. Todo aquel que haya permanecido en ellos, y los haya observado con cuidado y con *amore* podrá haber notado lo que dejamos dicho. Pero ¿qué autor se rebaja á observar y describir material y moralmente un pueblo de campo, para pintar despues sus costumbres y detallar su localidad? Verdad es que si á esto uniesen datos históricos, y las tradiciones y leyendas que les son peculiares, harian obras originales, simpáticas y provechosas, dando á conocer y poetizando nuestro hermoso país, que tanto se presta á esto último. Pero hoy dia, segun dice Mr. Etienne, lo que agrada es *poetizar el mal*.

Los rasgos peculiares á Carmona, son, en lo material, un aseo excesivo, tan general y erigido en costumbre, que no lo ostentan, ni lo pregonan, ni aun lo notan. El famoso aseo de Holanda podrá ser mas ostensible; pero ni es tan genuino, ni tan general. Cada casa, cada calle se presenta tan pulcra, que inspira el verlas un inexplicable bienestar; y lo mismo las habitaciones de los pobres que las de los ricos. En las casas humildes, vese en los patios rivalizar la cal de Moron y las flores, como para probar que el aseo y el primor, sin ser dispendiosos, pueden prestar á la vida bienestar, encanto y elegancia natural. En lo moral, el rasgo que distingue á la generalidad de los carmonenses, es la religiosidad y por consiguiente, la caridad. Hemos presenciado allí tales rasgos de ambas sublimes virtudes (que en sí resumen todo el Decálogo: — á Dios sobre todo, al prójimo como á tí mismo), — que hemos exclamado con entusiasmo, que bien merece Carmona la denominacion que le dieron los romanos y le otorgaron por armas; que es una estrella con este mote: «sicut Lucifer lubet in Aurora, sic in Vandalia Carmona.» Como brilla la estrella de la mañana en la aurora, brilla en Vandalia Carmona.

Como prueba de esta religiosidad y de esta caridad, muestra la cantidad y hermosura de sus iglesias y conventos, así como la de sus instituciones de beneficencia, que queremos consignar, para ponerlas al frente de las raquílicas obras de la filantropía.

Hubo en otros tiempos en Carmona escuelas de primeras letras y dos cátedras de gramática al cargo de los jesuitas, y cátedra de filosofía en el convento de Santo Domingo; todo de balde. Muchas fundaciones de dotes para pobres; una dotacion para estudiar en Salamanca, que fundó el arcediano D. Luis Puerto; tres dotes anuales para pago del colegio mayor de Sevilla, que fundó el Sr. Sarmiento. La marquesa viuda del Saltillo fundó un hospicio para niñas huérfanas. El número de estas niñas no está prefijado, sino que entran cuantas pueden sostener las rentas con que dotó dicha señora al establecimiento que fundó. En época reciente, siendo elegidos administradores el señor Marques del Vallo y su her-

mano el dignísimo presbítero Señor D. Juan Tamariz, pudieron sostener dichas rentas 45 niñas internas y 150 externas, á las que se daba enseñanza de balde. Hemos visto aquel inmenso salon y las 150 sillitas en que se sientan las inocentes, que ha reunido la caridad para enseñarles á conocer á Dios y á trabajar; y hemos pensado con dulce consuelo, que si hay mucho malo en el mundo, hay tambien mucho bueno.

Tiene Carmona cuatro conventos de monjas, y uno que se demolió para mal situar una plaza de abastos; cinco de frailes, San Francisco, hoy parador de diligencias; San Jerónimo, demolido, y Santo Domingo, extramuros; San José y el Salvador, cuya hermosa fábrica atestigua fué de los jesuitas en la ciudad. Su iglesia mayor, Santa María, es magnífica, y la labró Anton Gallegos. Su parroquia de San Pedro fué edificada por Andres Acebedo, natural de Carmona, que murió á los cuarenta años, y fué muy sentido. Su torre y su capilla de Dios son dos obras maestras de arte y de buen gusto, que si estuviesen en otro país, tendrian fama europea.

En una de las calles que avecinan á San Felipe, estaba situada una casa, la que, como todas las principales, tenia un zaguan hábilmente enchinado de menudo guijarro. En este se hallaban las puertas de las cuadras y escalera para subir á los pajares. A la derecha estaba la puerta, por la que se entraba en el gran patio, en el que naranjos y limones encerrados en sus arriates circulares, dejaban entre sí espacio á las macetas, que segun la estacion se renovaban, trayéndoles allí la primavera las bellas rosas, como para obsequiar al suave azahar; el verano la odorífica albácar y los frescos pinos, que viven de agua como el camaleon de aire, y en el estío hacen tan dulce contraste con la agostada naturaleza en el campo; y el invierno, las constantes y monótonas lauréolas, abortado laurel de inflexibles é inodoras ramas, sin tronco y sin altura.

En un ángulo se hallaba un jazmin, que por sí, y sin ser guiado, habia subido tanto, y se habia hecho tan frondoso, que cubria las ventanas alambradas de un granero, formando para el salon de los garbanzos unas floridas celosías,

que hubiesen envidiado los gabinetes de las mas elegantes beldades.

Este patio tenia una alegría espléndida como la de los niños. Sus corredores habian sido abiertos; mas fuese á causa de las mejoras y comodidades que consigo trae el tiempo, ó bien la necesidad, — pues á no dudarlo, y segun lo afirman ancianos observadores, el clima en España es mas frio de lo que fué antiguamente, — estos corredores habian sido cerrados con tabiques, que tenian ventanas y puertas de cristales. El que estaba al frente de la sala, formaba una galería que servia de antesala; la casa era espaciosa. A la espalda se hallaban en amor y compañía, y en simpática conversacion, el jardin con sus flores que perfumaban; el corral con sus gallos que cacareaban sin aprension ni timidez; el lavadero cubierto de un espeso emparrado, debajo del cual cantaban las lavanderas, y encima del cual cantaban los pájaros con ellas á porfía: y la puerta de la cocina, por la que se arrojaban los recios y prosaicos sonidos del almirez, como repicando triunfalmente la fiesta de San Positivo.

Todas estas cosas no se amalgaman: convenido. Una elegante superlativa y un *dandy quitesenciado* se horripilarian de esta democracia doméstica. Y no obstante, el aseo y el primor es tal, que formarian un lazo de union entre estas cosas opuestas, si no lo formase ya el ser el pueblo, así como las cosas referidas, esencialmente campestres.

El segundo piso de la casa solo se componia de graneros, teniendo, como la tienen allí muchas casas, una torre ó mira. Pero la escalera que subia á esta torre, se habia caido muchos años habia; y no siendo ni los anteriores ni los presentes dueños aficionados á las buenas vistas, no habia sido reedificada esta escalera, y aquella torre quedaba del todo olvidada, sirviendo solo de inexpugnable baluarte á las lechuzas y otras aves agrestes.

CAPITULO II.

Los hombres en general están dispuestos á elogiar las edades pasadas, aun con detrimento de la suya; pero el orgullo de los modernos no ha vacilado en atribuirse la preferencia sobre todos los que les han precedido. La misma disposicion hubo en Roma en los últimos dias de la república.

SANTIAGO CLEMENTE GARCIA.

En esta casa vivia Doña Amparo Figueras, viuda de D. Juan de Trillo, rico labrador afortunado y jovial, que murió porque Dios quiso, que por su voluntad no hubiese muerto, como aquel portugues al que pusieron dicha asercion por epitafio.

Doña Amparo era una mujer de mas de cuarenta y tantos años, fresconaza, activa, bondadosa y razonable, sin mas defecto que el de una economía demasiado inclinada á traspasar sus límites. Criada en casa de sus padres, labradores tambien, llevaba la labor con inteligencia y acierto, desde que murió su marido. Pero en cuanto á educar á dos hijos que tenia, conociendo que no estaba á su alcance el hacerlo, habia tomado al efecto desde la exclaustracion, á un religioso del convento de San Jerónimo, que era lejano pariente suyo, y que tenia la merecida fama de ser un hombre, no solo ejemplar en sus costumbres, sino docto y erudito. Efectivamente, el padre Buendía, que habia tenido gran intimidad y exclusivo trato con los libros, tenia mucha erudicion, pero poca ciencia de mundo. Conocia á fondo las crónicas; pero lo contemporáneo pasaba para él casi desapercibido. Sabia latin y griego; pero no sabia una palabra de frances ni de inglés, por lo cual en nuestra ilustrada y extranjerada corte, habria pasado por un Mastodonte ó un Megaterio¹). Nadie

1) Animales antediluvianos cuyos restos se encuentran en América.

El nombre de Megaterio, que es de origen griego, significa la gran bestia.

En el gabinete de historia natural de Madrid, existe el único casi completo que se conoce, y fué hallado á cien piés de profundidad en terreno de aluvion en Buenos Aires, cerca del rio Luxan. (N. del E.)

cual él, conocia la historia en sus faces religiosa, política y guerrera. Pero en cuanto al mundo, era un laberinto para su abstraída mente, por el que pasaba conducido por la rutina, como un ciego sordo conducido por su perrito.

Cuando la exclaustracion, el prior de su comunidad, que tenia gracia, le habia aconsejado que al quitarse los hábitos, se hiciese para reemplazarlos un vestido de pergamino. Su parienta Doña Amparo cuidó con poco buen gusto y con mucha economía, de su equipo en aquella ocasion, al traérsele á su casa: de lo contrario no se puede colegir lo que hubiese sucedido. Unos pantalones negros muy holgados, medias de estambre negras con fuertes zapatos, una levita de paño basto ámplia y muy larga; un sombrero de copa muy baja y ala muy ancha; tal fué el equipaje con que se presentó á los sesenta años el pobre padre Buendía. Y en él se halló, á pesar de estar todo hecho como para un señor mucho mas grueso que él, tan atado, que este malestar redobló la profunda tristeza que sentia al salir de aquel precioso convento, situado al pié de la formidable altura en que se presenta la Estrella de Vandalia al que del norte de España baja á Andalucía.

Amargo era el desconsuelo del buen religioso al dejar aquel precioso y tranquilo convento, en el que habia pasado casi toda su vida; al ausentarse de aquella iglesia de su mas amante devocion; al dejar aquella alegre celda y aquella silenciosa librería del convento, fuente de goces de su vida entera; y al separarse de sus compañeros y amigos. Cuando á los sesenta años la costumbre de toda la vida ha formado en el hombre una segunda naturaleza, perder de una vez y para siempre, cuanto constituia esta costumbre, — y especialmente cuando estaba en concordancia con la conciencia y en armonía con las inclinaciones, — es lo mas cruel que puede acontecer al individuo; es el trastorno mas desgarrador que puede sufrir la existencia. Y así bien sabido es cuántos de los monjes ancianos arrancados de sus conventos murieron de tristeza; y otros, de dolor, al ver profanados, vendidos, derribados aquellos santuarios que levantó la fe espléndida, en gloria de la religion y honra y bien del país. Con el espíritu

y el sentimiento que llevaron á construir esas maravillas, mueren los grandes arquitectos, escultores y pintores que las hicieron. ¿En qué se habrian de ejercitar ya? ¿Págalos el desprendimiento grandioso del que da á Dios? ¿Inpíralos la fe de Murillo? ¿Estimúlalos la idea de trabajar para el país? ¿Anímalos la conviccion de ser este trabajo para la posteridad?

Era, pues, el padre Buendía un sabio tonto; especie que se va perdiendo, porque á no ser en alguno que otro aleman, hoy dia no se ve sobrepujar lo abstracto á lo concreto. Así es, que Doña Amparo probaba tener mejor tino para elegir capataces y aperadores, que no preceptores. Y era esto tanto mas de sentir, cuanto que sus hijos, — muy mal guiados hasta entónces, y muy dueños de su voluntad, — necesitaban un freno poderoso; pues el freno, por mas que se diga, es el solo contrapeso al mal. El freno que desde pequeños imponen los padres á sus hijos; el de la virtud, que el hombre que la ama, se impone á sí mismo; el del honor, que pone el mundo; el de la política, que exige el trato; el que tiene una sociedad constituida, á saber, el derecho de imponer á los desmanes de los perturbadores de sus leyes: sin contar el suave freno de la religion, que si verdadera y completamente rigiera, haria él por sí solo inútiles á todos los demas.

Mauricio, el mayor de los hijos de la viuda, era desgraciado y enfermo; era flojo, dejado, y tenia horror á todo trabajo, así material como intelectual. Su pasion era la pereza; su estado habitual el decaimiento y la inercia. Su madre, de quien era el predilecto por su estado doliente, le llamaba *un bendito*. Raimundo, el menor, era, — como le denominaba su madre, — un toro. Violento de carácter, acre en su contacto como en su sentir, grosero en sus maneras y expresiones. Tolerado por su madre, aplaudido por los demas pilluelos que capitaneaba, cada obstáculo que hallaba, le parecia un contrario, y legítimos todos los medios para derribarlo. Este desenfreno, este no atender á nada ni á nadie, engendraron en Raimundo el mas asombroso y ridículo orgullo, pues que no tenia mas base sobre que fundarse, sino sobre sí mismo. Si Raimundo hubiese hablado el lenguaje del dia, se hubiese denominado á sí mismo un *mocito de*

fibra; pero como no estaba á esa altura, se contentaba con cantar:

Sobre mi gusto, canela;
Sobre mi gusto, azafran;
Sobre mi gusto ha de ser;
Sobre mi gusto será!

A la persona de Raimundo, muy andaluza, ó por mejor decir, árabe, solo faltaba un turbante para ser un Almanzor ó un Malek-Adhel, y habria agradado mucho, á no ser por la dura y malévola mirada de sus grandes ojos negros, y la espresion insolente y grosera de su rostro.

Estos niños, de trece y once años, — edad suficiente para haber podido arraigarse sus respectivas malas tendencias, — fueron los que puso su madre, despues de ver medir veinte fanegas de garbanzos, al cuidado y bajo la férula del P. Buendía.

Apénas vió Raimundo el poco gracioso sombrero, bajo de copa y ancho de ala, que su madre habia proporcionado á su pariente, cuando se echó á reir, y le dijo:

— P. Buendía, Vd. que sabe tanto, ¿á que no sabe la solucion de este acertijo?

Tamaño como una cazuela,
Tiene alas y no vuela.

El padre no respondió al pronto; pero á la mañana siguiente le dijo en el almuerzo:

— Raimundo, hijo, paréceme que en el acertijo que me dijiste ayer, te has equivocado, y que no es acertijo, sino un memento popular y tradicional, que necesariamente debe aludir á un hecho histórico anterior á las guerras de Viriato, que segun unos duraron ocho, y segun otros catorce años. Fué el caso, que en la guerra entre Romanos y Cartagineses, en la ciudad llamada Bética, venció Escipion á Magon, hermano de Aníbal. Este se retiró y fortaleció sus reales en la ciudad llamada Careon, esto es, aquí, como punto inexpugnable. Dióse una batalla cerca del rio Curbion, aquí en la vega, y quedó vencido Magon.

Es de presumir que para ir al campo saliesen sus huestes por la puerta mas cercana al sitio en que tuvo lugar el combate, que era la puerta de la Acedia, de la que no queda ni aun vestigio. Formaria Magon sus tropas en dos alas, y teniendo que huir ante Escipion, querrian y no podrian volar; lo que daria origen á aquel memento popular, y aludiendo al ejército diria:

Salió por la puerta de la Acedia,
Tiene alas y no vuela.

Al oir esta interpretacion histórica de su acertijo — de la que no comprendió una palabra, — Raimundo se echó á reir y repuso:

— ¡Vaya, P. Buendía, que tiene Vd. un modo de adivinar mas confuso que el acertijo! No se trata del rio Curbion, ni del general *Maton*, ni del otro *Animal*, sino que, lo que es tamaño como una cazuela, tiene alas y no vuela.... es su sombrero de usted.

— No dices mal, — repuso el padre, que tenia buen genio, que en su vida habia llevado sombrero y estaba á matar con la nueva cobertera de su cráneo: — no han inventado los hombres cosa mas fea ni mas incómoda. Pero, ya que habeis concluido vuestro chocolate, vamos á ocuparnos en vuestra enseñanza. Veo que estais muy atrasados, pues nombras á Magon *Maton*, y á Aníbal *Animal*; es, pues, preciso, recuperar el tiempo perdido. Vamos á trabajar, y pronto cogeréis el fruto; que dice San Bernardo: *Si labor terret, merces invitat*; esto es, «si nos asusta el trabajo, anímanos la recompensa.»

CAPITULO III.

En las buenas repúblicas ¹⁾, los individuos viven en chozas, y los dioses en templos magníficos; y no hay peor señal, que cuando los templos yacen abandonados, y los individuos habitan palacios.

WINKELMANN.

Varios años pasaron sin que sacase el pobre padre Buendía fruto de su trabajo. Por suerte, no le asustaba el trabajar, ni necesitaba que le animase la recompensa; puesto que enseñaba mas por el placer de enseñar que por la gloria de sacar fruto. Sembraba la buena simiente, dejando tranquilamente á la tierra aprovecharla ó no.

En Mauricio cayó aquella simiente como sobre una roca, que no penetró. En Raimundo cayó en tierra feraz, pero seca y sin preparar; y las distracciones y desaplicacion se la comieron como pájaros; mas la que llegó á prender, brotó robusta. Solo se aprovechó de la enseñanza de la historia porque le divertia, y de la del latin por emulacion con el hijo del alcalde, que se jactaba de saberlo como preliminar de sus estudios en la universidad de Sevilla.

En los paseos que daban por las tardes con el padre Buendía, les explicaba este sobre el terreno la historia local y la de los monumentos que allí existen. Era entre estos paseos el preferido por el padre, el que conducia á su convento, es decir, al sitio en que estuvo, pues vendido que fué, tuvo el dolor de verlo derribar y llevárselo piedra á piedra, columna á columna, puerta á puerta... parar labrar quizas un meson, dejando el espacio que ocupara, hecho árido por los escombros, como una cicatriz en aquella frondosa, verde y lozana vega. La iglesia subsiste sola y condenada al abandono; y abandonada estaria si no fuese por uno de los monjes que ha quedado, el que ayudado por algunos fieles, mantiene en ella algun culto: ¡culto sublime que expende la caridad por manos de la fidelidad! Culto que, ofrecido al lado

1) República significa aqui cualquier estado ó especie de gobierno.

de aquellas ruinas, tiene la humilde dulzura de un desagravio, y que enternece como lo triste, y eleva como lo santo!

Para emprender este paseo solian salir por la puerta de Córdoba, puerta que ha sido reedificada en el año 1608. Baja despues el camino dirigiéndose á la derecha para reunirse al camino real, teniendo á un lado el monte, que se levanta perpendicularmente, coronando su cúspide con el viejo alcázar moro, y al otro, la vega que separa á Carmona del rio, salpicada toda de haciendas, huertas y olivares. Sobre esta puerta hay un letrero latino, cuya traduccion se ha hecho del modo siguiente:

No porque en fuerte, levantada altura
Situada estoy, ó que de ricas mieses
Mis vegas me coronan, yo me afano;
Ni porque el sol desde su oriente alegre
Mis muros bañe, ó tanto me engrandezcan
De mis vecinos la nobleza antigua.
Mas soy tres veces mas dichosa y grande
De dos patronos por la gloria ilustre;
O bien de Teodomiro, el hijo mio,
O bien, Mateo Apóstol, por el tuyo.

Después de atravesar el camino real, y prosiguiendo el descenso, siempre dirigiéndose á la derecha, se llega al convento.

Como este está situado en cuesta, delante de la iglesia hay un terraplen ó terrado enladrillado al andar, que da vuelta, y por cuyo costado se puede asomar el que lo pasea, y ver una fuente con su pilon, que se apoya en el muro, y parece simbolizar, ó por mejor decir, hacer una de las obras de misericordia. Al fin de ese terraplen hay una puerta; y bajando por una escalera de muy linda fábrica, se llega á una pequeña cueva oscura y húmeda, en el fondo de la cual brota una cristalina fuente. Sobre esta fuente se ve un nicho rústico muy húmedo.

— Aquí es, decia el padre Buendía á sus discípulos, donde escondieron los cristianos, cuando la invasion sarra-cena, á nuestra Santa Patrona La Virgen de Gracia, la que ahora veis en su camarín en la hermosa iglesia de Santa María, cuyo magnífico santuario labró Anton Gallego, en el

sitio en que estaba el famoso templo de Ceres; en cuya ocasion se hallaron tantas estatuas, monedas, lápidas y restos de arquitectura romana.

En el año 1209 — esto es, cuarenta y tres despues de la conquista de Carmona por el Santo Rey, — descubrió un pastor milagrosamente guiado la bella imagen de la Señora, tan admirablemente conservada despues de cerca de seis siglos en aquella húmeda y desconocida cueva, como sigue estándolo hace otros seis siglos en su santuario.

— ¿De suerte que es Carmona muy antigua? preguntó Raimundo, mientras Mauricio, que habia llegado mucho despues que sus compañeros, habia entrado en la cueva, para beber en la fuente.

— Esto no es dudoso, contestó el padre. Pretenden unos que fué fundada por Baco 1324 años ántes de la venida del Salvador; otros aseguran que Brigo, cuarto rey de España, fué su fundador, pues el licenciado Juan Fernandez Franco pretende que Brigo fué cuarto rey de España, y cita en confirmacion al Beroso y á fray Juan Annio, y asegura que reinó 1917 años ántes de la venida de Cristo.

Otros dicen que la fundaron los griegos de Arcadia, y que estos la denominaron Carmona en memoria de la poblacion que en su tierra tenian denominada Carmon; y otros atribuyen su fundacion á Túbal, nieto de Noe, que vino á España 2120 años ántes de la venida de Jesucristo; y segun afirma Francisco Tarrafa Barcelones en su crónica de España, Carmona se amplió por el rey Brigo 148 años despues que se fundó por el patriarca Túbal ¹⁾.

Hablando así, habian vuelto á subir al terrado, y se habian seguido paseando en la huerta, donde se encontraron con el hortelano que la tenia arrendada, en el momento en que decia Raimundo riendo:

— Padre Buendía, ¡y que se crea Vd. como evangelios, todas las cosas que dicen esos cronicones! Ya ha dado Vd. una docena de fundadores á Carmona. ¡Vaya que es esta la

1) Mariana dice: «Túbal, hijo de Japhet, fué el primer hombre que vino á España; así lo asientan y atestiguan autores muy graves.»

niña de los muchos padres! — Tiene Vd. las tragaderas untadas de jabon.

— Te he referido las varias opiniones de sabios y cronistas, sin formular la mia, repuso el padre.

— ¡Qué, señor! todos van descarriados, — dijo el hortelano, el que como buen andaluz, se habia impuesto desde luego en lo que se trataba, y quiso echar su cuarto á espaldas, y lucir su erudicion histórica. — Quien le puso nombre á Carmona fué un rey moro.

— ¿Un rey moro? exclamó el padre Buendía; en cuanto he leído, no he visto nada que se le parezca.

— Y si el padre no lo ha leído, no está ni impreso ni escrito, dijo lánguidamente Mauricio, porque cuanto hay escrito é impreso, lo ha leído su mercé. ¡No sé cómo tiene ojos ni paciencia!

— *At me nocturnis juvat impallescere chartis*, respondió el padre. — ¿Me has comprendido?

— No señor; ni ganas, contestó Mauricio. Ya sabe Vd. que el latin no me entra, ni yo á él; me da jaqueca.

— Y tú, Raimundo? preguntó el padre dirigiéndose á este.

— Sí señor, dice que á vd. le place palidecer sobre los libros. Y ese gusto es *rara avis*. Pero, — prosiguió Raimundo volviéndose hácia el hortelano, — cuénte Vd. cómo y en qué ocasion le puso el moro nombre á Carmona.

— Sí, cuéntanos eso, Nicolas, añadió el padre, pues cuando, merced á la traicion del conde Don Julian, que entró en Carmona como amigo, fué entregada á los moros sus sitiadores, no dejaria de tener ya su nombre.

— Pues señor, — así principió el hortelano su relata, — han de saber Vds. que en tiempo de los moros, que fueron los que labraron los tres alcázares, las murallas y las puertas, estaban ellos aquí tan agarrados y tan seguros, que ni el mismo demonio los hubiese podido echar.

Súpolo esto la reina de Hungría, que era una hembra como un Cid, y se vino aquí con todo su ejército, con intenciones de cantarle al rey moro esta nanita:

Anda, véte, Morito.
A la Moreria,
Que mis tropas no entienden
Tu algarabía.

Pero *ende* que vió ¹⁾ el peñasco ese, al que no trepan sino las cabras, así como el valladito de argamasa almenado, y tras cada almena un moro con un dardo como una lanza, se quedó como toro agarrochado, á medio embestir.

Entónces acudió á la astucia, que para eso las mujeres se pintan solas, padre Buendía. Mandóle al rey moro un mensaje diciéndole que tenia antojo de conocer á S. R. M., y que queria visitarle; que para tener ese gusto habia venido de su tierra Hungría. Los moros, — como sabrán sus mercedes, — eran muy finos y rendidos con las señoras mujeres: y *asina* respondió el rey moro al mensajero, que le dijese á quien le enviaba, que tenia á mucha honra que S. R. M. le visitase, y que al dia siguiente le tendria *aprevenido* un recibimiento y un banquete como correspondia á tan encumbrado huesped. — Y *asina* fué, y cuando le estaba el rey enseñando á la reina el real alcázar, — aquel que *atodavía* está allí en el pináculo á espaldas nuestras, sobre el despeñadero, — abrió un balcon, y abajo en el llano estaban los húngaros. Asomóse la reina; y cuando todos la vieron, armaron un griterío y una algazara, que no parecia sino que se hundia el mundo, pues así lo habia dispuesto S. M. — ¿Qué es eso? — preguntó el rey. — ¿Qué ha de ser? contestó la reina, mis soldados que se divierten con una mona. — ¿Una mona? dijo el moro asomándose al balcon para verla. La reina, que esto aguardaba, le cogió por los piés y le echó por el balcon. Como que la altura es tanta, tardó el desdichado en llegar al suelo, y mientras caia, dando vueltas por el aire, iba diciendo: ¡cara mona, cara mona! Y de ahí le viene el nombre, sin que le quede á su mercé duda, padre Buendía.

— Pues yo te digo, Nicolas, que lo que dices es un *sin-fundo* ²⁾. Las reinas de Hungría, ninguna ha venido á

1) Desde que vió.

2) Sin fundamento.

guerrear á España. El padre Arellano dice que vino Muza á Carmona. Fuéle dicho por los que venian con él, que por ningun combate podria ser tomada la villa, por su mucha fortaleza. Envió al conde D. Julian con algunos cristianos, que aparentaron huir como vencidos en batalla, y recibido el conde por huésped, dió la villa en manos de los árabes, y quien despues la tomó del poder de los moros, fué el Santo Rey Fernando, y así dice:

Soy de Túbal fundacion,
Fuí municipio romano;
Debo mi restauracion
Del dominio mauritano,
Al Rey Santo con Giron.

En tiempo de los Romanos tuvo Carmona senado y senadores que llamaban decuriones. Julio César la sublimó con el título de municipio, favor concedido á pocos pueblos, y que tenia el privilegio de batir moneda. Las armas de Carmona, — atiñende, Raimundo, ya que Mauricio se está durmiendo, — son una estrella con este letrero por divisa: Sicut Lucifer lucet in aurora, sic in Vandalia Carmona.

— ¿Y eso qué quiere decir en nuestra lengua, padre Buendía? preguntó el hortelano.

El padre contestó: — «Así como brilla la estrella de la mañana en la aurora, así brilla Carmona en Andalucía.» El Santo Rey, su conquistador del poder mahometano, le añadió una orla para rodear la estrella, en que alternan castillos y leones.

— ¡Vaya! repuso el hortelano; aquellos romanos lo entendian y eran gente de gusto.

— Así, Nicolas, prosiguió el padre, no te trastornes las mientes con la reina de Hungría. El Santo Rey fué el que conquistó á Carmona del poder de los moros. Al otro lado del pueblo, á la derecha viniendo de Sevilla, tenia sus reales en el Campo del Real, como se denomina aun hoy dia, ahí donde está la capilla, que el mismo Santo mandó labrar en honra de la Virgen Santa que tanto le favorecia. — Quédate con Dios, Nicolas.

— Vaya su mercé con Dios, padre Buendía, contestó el

hortelano. La conquistaria el mismo rey; no me opongo. Pero estóy para mí el rey moro la dió el nombre. ¡Si el mismo nombre lo está diciendo!

— ¡Qué zoquete! exclamó Raimundo cuando se hubieron alejado. Las tradiciones son disparates.

— Te engañas, Raimundo, contestó el padre. Lo que nos ha referido Nicolas, es un chascarrillo que inventó la chuscada, y que la buena fe prohibió. Pero por lo regular, son verdades y datos perdidos, que no recogidos en las bibliotecas, se han refugiado en la memoria del pueblo, en que se han archivado; y así nunca deben desecharse sin maduro exámen, y esto te lo probará un hecho que voy á referirte. — En un viaje que hice á Sevilla, vi á un jóven, hijo de un amigo mio, hacendado de Vejer. Este me contó, que habiendo ido á hacer una excursion al cabo de Trafalgar, para ver una magnífica cueva de estalactitas que se halla allí, fué á embarcarse á dos leguas de Vejer, en los límites de la dehesa de Zahara, sitio que llaman los Caños de Meca. La marea estaba baja, y así pudo observar á flor de agua dos — al parecer — peñas de igual tamaño: pero al considerarlas atentamente, reconoció, á pesar del verdin marisco que las cubria, ser estas moles formadas de piedras, y ser obra de manos de hombres. — Preguntóles á los marineros, así como á unos cabreros que se hallaban allí, lo que podrían ser aquellas extrañas construcciones, y todos unánimes le contestaron sencillamente, que eran los sepulcros de los Geriones. Consta que estos reyes ó jefes de las tribus que apacentaban en aquellas fértiles comarcas sus ganados, murieron defendiendo su territorio, cuando allí desembarcaron los fenicios, y que fueron enterrados á orillas del mar. Este ha ido evidentemente ganando terreno, y ha cubierto lo que ántes fué orilla, y de boca en boca los moradores de aquellas comarcas han conservado su nombre á aquellos sepulcros desconocidos á la historia. Mariana dice: «los tres Geriones fueron vencidos por Hércules. Dióse sepultura á los cuerpos en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo ¹⁾.» Ya veis, hijos, cómo

1) Una sociedad de anticuarios de Tarragona acaba de pedir datos

la tradicion conservó en sus anales verbales el secreto que ocultó la mar á las investigaciones de los historiadores.

CAPITULO IV.

Toute ruine a sa grandeur.

Toda ruina tiene su grandeza.

PAUL FEVAL.

Una tarde dirigieron el maestro y sus discípulos su paseo hácia el magnífico alcázar, que se halla á la izquierda en la parte alta de la ciudad. Para eso se dirigieron hácia la iglesia de San José, que fué convento de Carmelitas, pasaron por delante de la magnífica casa de Freyre, Marques de San Marcial, que es la última en aquel extremo del pueblo, y al concluir el pequeño trozo de calle que le sigue, que tiene á un lado las tapias del jardin de aquel edificio, se hallaron en un espacio desahogado, que á la izquierda tiene la magnífica y grandiosa ruina del alcázar.

No hay pluma que pueda describir la impresion que causa aquel sitio siempre, pero en particular la que produce la primera vez que se pisa. Si dice un autor que toda ruina tiene su grandeza, ¿qué se dirá de esta, que reúne todas las grandezas? . . . La fuerza de un guerrero, la magnitud de un potentado, la altura de un dominador, la nobleza régia de un soberano, la belleza de una hija del arte, la dignidad del que á sí mismo se basta, el decoro del que muere sin debilidad, perseverando, siendo lo que fué, como el mártir á quien despédazan miembro á miembro, sin que varíe de semblante, ni desmaye. ¡Roca artificial sobre la roca natural, magnífica obra de los hombres, que otros hombres van destruyendo y llevándose pedazo á pedazo, para hacer tapias, para hacer

sobre el hecho que hemos referido. Pero dudamos que pueda obtener otros que los que damos nosotros, y que debemos á la complacencia y finura de la curiosa é instruída persona que nos los ha dado, y que fué la que descubrió los sepulcros que cubre el mar.

cuadras, para hacer zahurdas! ¡Obra magna de otros tiempos, que desprecia el presente, que labra palacios de cristal! ¡Cuántos siglos has estado en pié como si el caer fuese para tí una palabra vana de sentido!

No hace muchos años, cuando la epidemia asiática pasó por Europa, dejando tumbas por huellas, aun existia entero el suntuoso alcázar, y prestó sus ventilados y frescos salones como refugio á los acometidos del mal; y la época que se jacta de culta é ilustrada, esta época corta ha podido mas en veinte años, que los seis siglos anteriores! ¡Y no obstante, entregada al pillaje, te despedazan, te mutilan, y no caes! ¡Levántanse aun tus torres, sobre las que tantos siglos y temporales se han estrellado, vacías y desnudas como las han puesto, tan dignas, compactas y severas, que no consienten que las acaricie y alegre la compasiva yedra, ni que insinadora planta parásita corone sus tersas frentes! Torres altas y esforzadas, ruinas de bronce que no sabeis desmoronaros, sois la desolada imágen del abandono! Pero tambien lo sois de la dignidad en la desgracia, de la fuerza de resistencia en ignominioso vasallaje, de la noble austeridad en la vejez solitaria y despreciada, de la firmeza en conservar vuestro puesto, aunque no interrumpa ya el silencio sepulcral en que yaceis, sino el mugir de los huracanes y el tronar de las tormentas que atrae vuestra encumbrada altura. ¡Y hay manos que os derriben, bella y noble diadema de Carmona! Sí, porque hay gentes para quienes demoler nada significa! Para nosotros, el demoler edificios públicos, propiedad y mayorazgo del país, nos parece contra el derecho de los muertos, crimen de lesa patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal y material sobre la influencia moral de la cultura; nos parece, en fin, un espolio de lo pasado, una usurpacion á lo presente, y un robo al porvenir.

Entrado en aquel alto recinto, abarca la vista con ansia el magnífico paisaje, que á los piés del alcázar se despliega sobre una base de innumerables leguas, puesto que cuando el dia está claro, se distinguen desde las altas torres los pueblos siguientes: Sevilla, Cantillana, Brenes, Tocina, Alcolea,

Villanueva, Lora del Rio, la Campana, Fuentes, Marchena, el Arahal, Paradas, Osuna, Moron y Utrera.

Mas aquella tarde era borrascosa: habia llovido mucho los dias anteriores, y aun corrian por el cielo nubarrones, que parecian una enorme manada de blancas y negras ovejas que huyesen presurosas del lobo, echando sus oscuras sombras sobre algunas partes, que aparecian graves y melancólicas, miéntras otras reian y brillaban bajo los rayos del sol, y otras, sin rayos de sol y sin negras sombras, parecian dormir sosegadas el sueño del justo.

A veces, en una de las vueltas que toma el rio, venian los rayos del sol á buscarle y á hacerle brillar sin su anuencia, como suele hacer la fama alguna vez con la virtud modesta, que sigue perseverante su callado curso. Las sierras y los horizontes se unian en lontananza, como se unen muchas cosas en este mundo de engaños, esto es, á la vista y no en realidad, pues son incompatibles; así material como moralmente.

Movíanse los árboles impacientes ó temerosos, bajo el impulso de las fuertes ráfagas del vendaval que desencadenaba la naturaleza, como para animar su obra; los unos alargaban sus brazos como para implorar proteccion; otros temblaban; otros humildes agachaban sus cabezas; otros parecian perderla en convulsa agitacion, ménos los pinos, que inmóviles parecian, segun dice el poeta norte-americano Longfellow, viejos bardos drúidicos envueltos en sus mantos de musgo, apoyados en sus harpas, murmurando de quedo extraños y misteriosos cantos.

Mugia el viento entre aquellas magnas ruinas, tan triste y desconsoladamente, como si ellas le impregnasen de su tristeza.

Todo aquel magnífico y expresivo conjunto hubiese entusiasmado á un poeta, y arrebatado á todo aquel que por vez primera lo hubiese visto. Pero el P. Buendía y sus discípulos no eran poetas, y no contemplaban aquella maravilla por primera vez.

— Ya veis, decia á los discípulos su preceptor, que era mas inclinado á la enseñanza que á la poesía, este alcázar, conocido, entre los tres que tuvo Carmona, por el de Arriba. Tenia tres patios; en este segundo donde vamos á entrar,

habia un estanque cubierto que servia de baño. Mirad el grueso de las paredes; las interiores, que son de ladrillo, tienen dos varas de grueso; las exteriores, así como las torres, son de esa argamasa con la que los moros hacian rocas.

Tenia fosos por los costados de norte y levante, que existen en parte; por los de mediodía y poniente no los necesitaba, por bajar el elevado monte casi perpendicularmente. Para defensa del referido foso, en la esquina que divide los dos costados, se ve una obra llamada el Cubete. Es su construcción redonda, toda de sillería, y se angosta hacia lo alto, aunque no cierra enteramente. Hace, como sobresaliendo á su redondez, cuatro esquinas, y en cada una de ellas hay una garita alta con sus troneras: tambien tiene troneras en lo bajo; mas todas ellas no pueden servir sino para flechas ó mosquetes.

En su interior forma un corredor circular, y sobre este una azotea. Tiene su bocamina que le servia de pozo; dos puertas, una que mira al foso del norte, y otra al de mediodía; tiene veinte pasos de circunferencia, y es obra que ha sido siempre muy celebrada por los inteligentes.

Discurriendo así, habian dado la vuelta á aquella ostentosa ruina, y regresado al primer patio ó solar, que aun conserva su puerta de entrada abovedada entre sus murallas de argamasa.

Al frente de la entrada, y cerca de la rápida cuesta ó despeñadero, estaban tres niñas. La mayor, que tendria de once ó doce años, era altita, y tenia una de esas caras perfectas y como vaciadas en molde, tales cuales con frecuencia se ven en Andalucía, y á las que suele ser anexa una finura de facciones y una expresion de dulzura y de modestia, que hace se les denomine caras de Virgen. De pié en el paraje mas alto y escueto, fijaba sin interrupcion sus miradas hacia un mismo punto de la vega. El viento, que se llevaba sus enaguas, su pañuelo y el negro cabello que adornaba su frente, la hacia aparecer como la personificación alegórica de una temprana esperanza, combatida ya por los temores y vendavales de la vida. Si en lugar de bajarlos, hubiese tenido alzados sus hermosos ojos, hubiera aparecido como la inocencia

aislada en el borde del precipicio, empujada á él por el soplo de la maldad, é implorando al cielo en su auxilio.

Las dos mas pequeñas estaban sobre la verde alfombra que formaba el menudo césped. Habiéndose en este momento nublado el cielo, decia la mas chica á su hermana:

— ¡Ya metió el viento al sol en un saco! ¡Va á llover, y *Pae* se va á mojar!

— Pues para que no suceda, respondió su hermana, vamos á cantarle al Santo.

Pusiéronse en seguida una al frente de la otra, y posando alternativamente un pié y levantando el otro, se pusieron á repetir en un recitativo que no era canto, ni era habla, esta plegaria:

San Isidro labrador,

Quita el agua y pon el sol.

— Niñas, dijo el padre Buendía dirigiéndose á las chicas, ¿qué haceis aquí solas en esta tarde tan cruda?

— Estamos aguardando á padre, respondió la ménos chica de las dos.

— En aquella torre, dijo Raimundo señalando á una de las que allí se veian, está el moro Mustafá, que se lleva á las niñas á Berbería para que guarden manadas de leones.

La chiquita corrió á su hermana y se abrazó de ella, volviendo su angustiada carita hácia la torre, cuya negra entrada no prometia nada bueno; pero la mas grandecita se echó á reir.

— ¿Te ries? añadió al notarle Raimundo; ¿pues qué, no tienes miedo?

— ¿Yo? no, señorito, ni á moros ni á cristianos. No seas tonta, Mariquilla, añadió desprendiendo de sí á su hermanita, el señorito es *guazon*¹⁾ y ha comido melon, que pone á las gentes pesadas.

— ¡Padre! Ahí viene padre, exclamó la mayor de las tres, echando á correr hácia la puerta de entrada, para ir

1) *Tener guaza y ser guazon*, ó *guason* se aplica en Andalucía al que tiene chanzas pesadas, ó como suele decirse, la *sangre gorda*. Acaso aquellas palabras sean degeneracion de *sangre*, ó *sanguaza*. (N. del E.)

á buscar la subida mas accesible que debia tomar el que llegaba.

— ¡Padre, padre! repitieron con júbilo sus hermanas menores, echando tambien á correr, aunque no tan rápidamente como pudo hacerlo la mayor.

El padre Buendía y sus discípulos siguieron su paseo en la misma direccion que habian tomado las niñas, mientras decia este á los distraídos muchachos:

— Dice el Eclesiástico: «Aquel que teme al Señor, honra á sus padres, y sirve como á sus dueños á los que le han engendrado. Honrad á vuestro padre en obras, en palabras y con vuestra sumision, á fin de que os bendiga. El que enoja á su padre ó á su madre, es maldecido de Dios.»

— ¡Qué de textos de escritura sabe el padre! dijo Mauricio á Raimundo.

— Yo creo que los inventa, respondió este.

Vieron entónces á un hombre subir denodadamente y con paso firme por la áspera pendiente, mientras las tres niñas la bajaban haciendo á cada paso hincapié, ya en una piedra saliente, ya en una mata recia.

Reuniéronse al fin aquellos seres, que ya unia el mas puro, el mas profundo, el mas tierno, el mas santo de los amores, amor el mas semejante al augusto amor de Dios, amor á la vez instintivo y razonado, para el que no existe la inconstancia, pues con él nacemos y con él morimos; amor que es á la vez un precepto, una virtud, un lauro y una felicidad; el dulce amor á los padres, que sublimó el Dios Hombre en la cruz.

Detuviéronse el padre y las hijas sobre una roca saliente, que en aquel despeñadero se presentaba como lugar de descanso. Entónces sacó el hombre de una espuerta tres ramos de flores silvestres primorosamente hechos, los que repartió á las tres niñas ¹⁾.

1) No se crea que nuestro amor al pueblo de campo nos lleva á inventar escenas idílicas. Si no hubiésemos presenciado esta escena, no la describiríamos. No es tan insignificante como parece. El hombre rústico, que despues de un rudo trabajo, discurre y halla tiempo para coger y formar tres ramos de flores silvestres para sus hijas, tiene no solo un corazon de padre, sino de padre, madre y amante.

Nada podían oír los paseantes, de las palabras que en aquella escena mediaron. Pero sí vieron que la mayor de las niñas cogió la mano de su padre, y la besó repetidas veces sin querer soltarla; y que las dos chicas se pusieron á saltar de alegría. Volvieron en seguida á emprender su ascension, llevando el padre á la menor en brazos, la que alzaba triunfalmente su ramo como un estandarte. Seguía en pos la segunda casi gateando, pero solo con una mano, porque en la otra llevaba su regalo. Y detras de todas iba la mayor, que arrimaba las flores á sus labios, besándolas y respirando su perfume.

No tardaron el padre Buendía y los niños en emparejar con ellos; y el padre dijo sonriendo y dirigiéndose al jornalero:

— Vaya, José Flores, que no te cuadra mal el apellido; pues cargado vienes de ellas para tus niñas. ¡Bien hecho, hombre! dar gusto á las criaturas en lo que es regular, es de buen padre.

— Señor padre Buendía, contestó José Flores; si parecen las chiquillas estas abejas ó mariposas, por lo que se despepitan por una flor!....

En este momento, Raimundo, que pasaba cerca de la mayor de las niñas, dió con una varita que llevaba, al ramo que esta tenia en la mano, un golpe de lado tan bien asestado, que las tronchó todas.

La niña prorumpió en amargo llanto.

— Gracia, hija de mi alma, le dijo su padre; no llores; que mañana, si Dios nos da vida, te traeré otro.

— Otro mejor le llevará Raimundo mañana, añadió el padre Buendía, como es su deber. Lo que acaba de hacer es contra el amor al prójimo y contra la caridad, y dice San Pablo: *Si charitatem non habuero, nihil sum*¹⁾ y San Agustin: *Qui diligit proximum, legem implevit*²⁾. ¿No es verdad que se las llevarás, hijo?

— ¡Por supuesto! contestó Raimundo; le enviaré todas las que están en el jardin de casa. ¿Para qué las quiero yo?

1) Nada tengo, si no tengo caridad.

2) El que ama al prójimo, cumplió la ley.

La niña, no obstante, no cesaba de llorar sus flores, cuyos destrozados pensiles conservaba en sus manos; y su corazon, encogido por la primera, grosera é inmotivada hostilidad que lo rozaba, permanecía oprimido.

— No parece sino que te he dado en los dedos! dijo impaciente Raimundo.

— Mas queria á mis flores que á mis dedos, contestó la niña.

— ¡Pues mire Vd. la zancona, con vara y cuarta de enaguas, llorar por flores! repuso Raimundo; ¿no te he dicho que mañana te llevaré un esporton?

— Pero no serán las que me ha cogido mi padre, respondió en queda voz y meneando la cabeza la niña; — no serán mi ramo!

— ¿Y qué particularidad tenia tu ramo?

— Tenia una estrella blanca.

— Seria, repuso Raimundo con una carcajada, — esa famosa estrella de Vandalia, que no es mas que una. En el jardin de casa hay un camino de Santiago¹⁾ de todos colores, así, consuélate, comadre llorona.

— Toma el mio, dijo la chiquitita, que ya estaba cansada de llevar el suyo, y lo quiso echar de potencia medianera.

— Con Dios, José Flores, dijo el padre Buendía; niñas, á Dios! hasta mañana.

— A Dios, llorosa estrella de Vandalia, añadió Raimundo con burla: — guarda tus lágrimas para llorar tus pecados, y así las emplearás mejor.

— Lo que has hecho es una mala accion, dijo á Raimundo su preceptor cuando se hubieron alejado.

— ¿El deshojar las flores? — repuso con burla el reconvenido.

— No; el hacer llorar á tu semejante sin motivo ni razon.

— Pues seré como la cebolla, que hace llorar sin querer.

— Si queriendo prueba esto crueldad, el hacerlo sin querer prueba grosería y dureza. Ve de evitar ambas cosas; pues ambas son odiosas, hijo mio.

1) La via láctea.

CAPITULO V.

— ¿Porqué cultivais semejante género?
preguntó el comprador.

— Por ser el que mas me place, y en
el que creo copiar mejor á la naturaleza,
respondió Théniers.

En una de las calles que avecinan el molino de aceite, que se dice ocupa el punto culminante del picacho sobre el que está labrada Carmona, se veia por su abierta puerta el interior de una casa pobre y humilde, pero blanca y florida, como la mente de sus moradores.

Alzábase en medio de su alegre patio un olivo, modesto símbolo de paz y abundancia, que extendia sus ramas sobre la cabeza de los habitantes de la casa, como un padre sus manos, para bendecirlos. Hallábase á la sazón tan cubierto de esquilmo, como si la providencia con un hisopo le hubiese salpicado de menudas flores que tornarán los meses y el sol en esa oliva, de poca apariencia, pero de mas valor que las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, cuyo zumo nos alumbrá, contribuye al culto religioso, y es el *Ave Maria* del *Pan nuestro de cada dia* del pobre.

Por su tronco culebreaban, envolviéndolo en sus vueltas, algunas matas de campanillas; las que léjos de atormentar á este Laocoonte, al llegar á sus ramas le sonreian con sus ojos azules y con sus bocas de color de rosa.

Veíase en un rincon una parra tan vieja, tan arrugada y tan corcobada, que inducia á creer, que así como Túbal era nieto de Noé, fuese ella nieta de la parra que plantó dicho patriarca. No tenia, en verdad, documentos con que probar su antigua nobleza, puesto que todas sus fees de bautismo y demas pergaminos de su propiedad, apénas amarilleaban, se los llevaba él viento revolucionario del otoño, al que nada resiste sino los pinos, que son los militares de la vegetacion, derechos, bien guiados, uniformes, inmutables y serenos.

No obstante, la anciana no se daba por jubilada, ni era momia, como parecia á primera vista. Cuando llegaba febre-

rillo el loco con sus dias veinte y ocho, asomaban á la calla-
callando en sus extremidades unas hijitas pálidas y tiernas,
y detras de ellas sacaban la cabeza unos racimitos microscó-
picos. Entónces el sol los acariciaba para animarlos; el
viento los sacudia para fortalecerlos; y poco despues las lo-
zanas hijas rodeaban á su anciana madre, abrazaban su
cuello, colgaban de sus brazos, y le presentaban sus nietos,
los bellos racimos, de que se gloriaban. La familia de la
casa se encontraba insensiblemente su patio entoldado, sin
trabajo, ruido ni costo, y la parra decia á su vecino el ro-
mero, al que se prendia cariñosamente con sus sarmientos:
«yo tambien cumplo la mision de nuestro criador:» — el ro-
mero respondia con su grave, suave y perfumada voz: «¡glo-
ria á Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra!»
las hojas susurraban, y los pájaros cantaban, *amen*.

Entre las plantas, que tan comfortable como sosegadamente
vivian en su arriate solariego, sin mas incomodidad que la
del fastidioso zumbido de tal cual moscon inoportuno, se
distinguia por su serena y perenne hermosura el ya mencio-
nado romero, que es tan simpático y amigo del pobre, que
jamás logra el pudiente verlo en sus cultivados y costosos
jardines tan lozano como le tiene el pobre en su humilde
morada. Nada allí le hace enfermar ni alejarse; ni las bes-
tias que á su paso le rozan, ni los chiquillos que le tiran, le
jalan y lo estropean; ni las excesivas contribuciones que se
le sacan, ya para remedio en las dolencias, ya para purificar
el ambiente quemándolo, ya para confeccionar ramos de flores,
hechos ó con objeto divino ó con objeto profano.

¿Será esta predileccion que demuestra el romero por las
casas de los pobres, á causa de que en ellas se le considera
como planta santa, por haber la Virgen tendido sobre sus
ramas para secarse las ropas del Niño Dios; y porque agra-
dece mas este culto del corazon que el cultivo material del
jardinero? ¿O será que considerándose propiedad de los
pobres, le sucede lo que á la yerba-buena, de la que se dice
que si su dueño ó su encargado no coge sus vástagos, se
seca?

Al estampar esta encantadora creencia de nuestro pueblo,

así como otras muchas que con tanto amor recolectamos, se nos ocurre que no faltará doctor *sabijondo* que las califique de supersticiones, de supina ignorancia; y hasta profesor de matemáticas que las declare irreverentes dislates.

¡Equivocados estarian los graves y doctos! Y quien se lo asegura con todo el aplomo de la conviccion, es el no grave y no docto escritor de estas hojas. No engendraron estas suaves creencias ni la ignorancia ni la supersticion; pero sí las engendraron en sus primeros amores la imaginacion casta, pura y florida, y el sentir rico y santo! Pues de este pueblo meridional, criado por el catolicismo, se puede decir que tiene una imaginacion que *siente*.

Entre estas creencias las hay que se toman la libertad de ser ciertas, sin la autorizacion de la ciencia. Y si se nos pregunta si creemos en ellas, dejaremos á Cárlos Nodier contestar; que lo hará mejor que nosotros.

«Me permitiréis, contesta á igual pregunta ese sabio é ilustrado escritor, no pronunciarme tan á la ligera sobre creencias apoyadas por el testimonio del pueblo, que se funda él mismo sobre la experiencia;» y en otra parte añade: «El exámen en estas materias es una operacion del entendimiento, que demuestra ingratitud y desconfianza.»

Pero volvamos á la casa del pobre; ¡allí donde aun se cree, ama y espera con tan sano corazon! ¡Qué bien se respira allí! ¡Qué paz siente el alma, que está en armonía con cuanto allí la rodea!

Escuchemos á las golondrinas, que son tan queridas, que cuando llegan, brotan las flores; y cuando se van, mueren las hojas. Escuchémoslas; pues aunque trabajan mucho, cantan aun mas, porque tambien son pobres! Debajo de cada teja se veia una de sus chozas, labrando así una aldea en una casa. El gato, subido en la escalera del sobrado, con las manos guardadas en los bolsillos y las piernas encogidas, cerraba los ojos, y meditaba sobre los mas ó ménos grados de calor que tenia el sol en tal ó cual paraje, sin dejar por eso de vigilar como buen guardia civil la puerta del sobrado en que habia trigo, por si veia algun Caco ratonil, echársele encima desenvainando sus aceros.

En el arriate, frente al mediodía, se notaba un modesto cáctus que levantaba en alto como dedos verdes sus penquitas señalando á sus flores frias y yertas, ese sol que tanto ama su dilatada familia, que mira á los trópicos como su tierra de promision.

Estas flores, llamadas del *lagarto*, son tan idénticas al animalito cuyo nombre llevan, hasta en la frialdad y aspezeza de su contacto, que dejan al que las mira, en la duda de si en una inobservada metempsícosis se unen las hojas de la flor, y sacando de su cáliz unos ojitos y unas patitas que guardan escondidas, se echan á correr por las paredes como flores calaveras; ó bien de si los lagartos, cansados y contritos de su vida vagabunda, curiosa y entremetida, escalando tapias, haciendo lupanares y garitos de las venerables rajass de los muros vetustos, profanando con sus locas carreras las augustas ruinas, forzando á la honrada yedra y al pulcro jazmin á ser encubridores de sus cuitas amorosas, entran al fin en sí, se desprenden de sus ligeras patas, cierran sus curiosos ojos, se encapuchan en su piel, y se vuelven flores frias é inodoras, flores trapenses en su convento de las penecas. El que las mira, se pregunta, abstraída la mente en las reflexiones investigadoras que engendran, qué será lo que contiene aquel oculto y encerrado cáliz? ¿Será acaso un corazon de lagarto arrepentido, ó unas patas de flor de emancipadas y libres ideas, que desean ponerse en rápido movimiento, siguiendo la marcha y doctrinas del siglo?

Por una parte, hay en favor de esta última version, el que para morir no se deshoja de flor como sus compañeras, sino que envejece, se encoge y se seca, lenta, tranquila y paulatinamente como la vida en el claustro. Pero en favor de la primera version, esto es, la de que sean lagartos exclaustrados, hay que los lagartos salen de tierra cuando el sol los llama, y desaparecen cuando las escarchas los echan, lo mismo que las flores. Además, en pro de esta asercion, es la notaria buena propension del lagarto á la santidad; pues sabido es que, aun en la fuerza de su vida disipada, nunca se recoge sin bajar ántes á besar humildemente la tierra.

. Poseemos una maceta de esta planta esfinge, la que nos preocupa como un enigma inacertable. Por mas que hemos observado la misteriosa flor al sol y á la luna, que es el astro de los duendes, por si eran flores de su naturaleza; ellas, metidas entre sus pencas, observan su regla, y callan como hijas de San Bruno; y ha sucedido que ese arcano ha llegado á ser la constante preocupacion de nuestra mente. — Si alguien descubre la solucion de este problema, agradeceremos que nos la participe.

Mas nos perdimos en un laberinto de flores. Pedimos perdon á los enemigos de nuestras disgresiones, y adversarios de los laberintos; como si en cada uno hubiese un Minotauro! Dice Lamennais: *L'esprit revient sans cesse sur ce que le cœur aime*, — siempre recae el pensamiento sobre aquello que ama el corazon!

Al frente tenia el patio la cocina, por la que se pasaba para ir al corral. Al lado de la puerta de entrada habia una salita con su ventana á la calle, y su alcoba interior; al lado de esta otro cuartito con puerta al patio.

Desde la calle se veia cerca de la cocina una escalera de ladrillo sin baranda y sin techar, labrada sobre un arco de material, que llevaba á un sobrado, en la que hemos visto ya al gato en el desempeño de sus funciones.

Estas escaleras rústicas que aparecen entre matas y flores, dan á las casas en que se hallan un aire tan pintoresco, tan genuino de viviendas pobres, campestres y sencillas, que causa el mirarlas el mismo dulce y simpático efecto que causan las construcciones de los nacimientos.

Ansia uno por embutirse en aquella linda y candorosa pobreza; le parece á uno que así como el romero halla allí su adecuado y preferente lugar, lo hallaria uno igualmente. ¡Ah feliz romero! superior en tu noble independencia al imponente Mínos social, Su Alteza el *Qué dirán*, que con su multitud de labradores canes, hijos del primitivo Cerbero, preside y dirige nuestras acciones, y juzga por su propia virtud, al que quiere y al que no quiere ser juzgado en su tribunal, que por cierto, á pesar, ó quizas á causa, de todos los gases modernos, suele estar muy mal alumbrado.

En la aseadísima salita se veían unas toscas sillas; de la pared colgaban unos malos cuadros de Santos, mas admirados por ojos fervientes, que los de Murillo y Velazquez por ojos artísticos. Y ved porqué los Santos, como el romero, prefieren las casas de sus amigos los pobres.

Sobre una mesa habia una imagen de bulto de la Señora, bastante buena, cuyos flotantes vestidos, que eran tambien de talla, estaban primorosamente pintados y dorados, y de una manera tan sólida y permanente, que una incalculable serie de años solo habian logrado amortiguar algun tanto su brillo. Qué artistas, qué artífices, qué menestrales los de la época del oscurantismo!!

CAPITULO VI.

Los espíritus frios que no comprenden el encanto de la *devocion práctica*, me han asombrado siempre.

CARLOS NODIER.

Saber es quizas engañarse; creer es la sabiduría y la felicidad.

IDEM.

A la puerta de la sala estaba sentada una anciana, remendando un vestido de niña, reemplazando la destrozada espalda con un pedazo de tela de color y de dibujo distinto al del vestido.

Concluía su último sobrehilado, cuando se oyó bulla en la puerta, y las tres niñas que hemos visto ir al encuentro de su padre, entraron presurosas enseñando á la anciana, que era su abuela, los ramos de flores que traían.

— Y tú, Gracia, preguntó la anciana dirigiéndose á la mayor, ¿no traes flores?

— Tenia el mejor de los tres ramos, que traía una estrella, — respondió Antonia, que era la segunda; — pero ese pícaro Raimundo, el hijo de la viuda de Trillo, se lo hizo pedazos con su baston.

Gracia presentó á su abuela el destrozado ramo, sobre cuyas estropeadas flores brillaban como gotas de rocío sus lágrimas.

— No le hace, dijo la anciana. Con las que traen tus hermanas basta para llenar los floreritos, que para la fiesta de mañana, el Patrocinio de su Santo Esposo, pondremos ante la Señora. Aunque las flores sean del campo, y aunque sean pocas, no importa; porque bien sabeis que la intencion basta. Esto os lo probará un ejemplo que voy á referiros.

Habia en una huerta un pobre niño huérfano, que por caridad habian criado en ella. Todas las madrugadas venia al pueblo á traer la berza, y despues de entregarla al revenedor, se iba á la iglesia de un convento. Allí se ponía de rodillas ante la imágen de una Virgen con mucho amor y fe, y no pudiendo traerla otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de las berzas que criaba. Los padres, que notaron esta extrañeza, parecida á un desacato, llamaron un dia al niño, y le preguntaron porqué hacia aquello.

El niño contestó que lo hacia por el grande y tierno amor que tenia á la Santa Madre de Dios, que miraba como suya por no tener otra. — ¿Y qué, le preguntaron los padres, no sabes demostrárselo de otro modo? ¿No sabes rezar? — El niño contestó que no. Entónces le dijeron que todas las mañanas entrase en el convento, y que ellos le enseñarian. Así sucedió; y el niño en poco tiempo aprendió á rezar, á leer, á escribir y otras muchas cosas, y ya no le llevaba las hojas de sus berzas á la Señora, porque le daba vergüenza. Pero sucedió que el niño cada dia se fué poniendo mas triste. Los padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza, y se la preguntaron, á lo que contestó el niño que la Virgen no le queria ya tanto como ántes. — ¿Y cómo sabes esto? le preguntaron los padres. — Lo sé, lo sé, respondió el niño. — Pero ¿desde cuándo es que no te quiere como ántes? tornó á preguntar el prior. — Desde que tanto he aprendido, contestó el niño. — Pues qué, le dijo el prior, ¿te mira mal la Virgen ó te despide cuando formulas tus oraciones ó cantas sus alabanzas? — No, no, eso no, respondió el niño. —

Pues entónces, preguntó el prior, ¿por qué dices que te queria mas ántes? — Porque ántes, contestó el niño, cuando le traia las hojitas de mis berzas, se sonreia.... y ya no se sonríe!

— Ved, pues, hijas mias, por qué dice el Señor: «Bienaventurados los pobres de espíritu,» pues cuando son ricos de corazon, hay para ellos gracias excepcionales, negadas del todo á los soberbios fariseos y falsos doctores. — Gracia, hija, las que mas agradece la Señora, son las flores cogidas en nuestro corazon, con las que diariamente le tejemos su corona ¹⁾.

En seguida pusieron las niñas las flores en los floreritos de cristal con algunas ramas de romero; hecho lo cual se arrodillaron las tres ante la imágen de la Virgen, y la abuela empezó á rezar la siguiente devocion:

CORONA DE ROSAS PARA ADORAR A MARIA SANTISIMA.

Para alabar á María
Dadnos gracia en este dia,
María, reina gloriosa.

Las niñas respondieron en coro:

Mi amor te ofrece esta rosa.

La rosa significa el Ave-María, que en seguida empezó la abuela y concluyeron las niñas, siguiendo despues de esta suerte:

Abuela. Virgen pura y candorosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

Abuela. En tu concepcion dichosa,
Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.
Ave-María.

1) Véase otra y otra vez lo mas sublime de la ley de Jesucristo, demostrado prácticamente por el pueblo católico español, pues de las ocho bienaventuranzas, la que segun todos los santos padres debe conceptuarse mas excelente, y de todas ellas la primera, es la de *los pobres de espíritu*.

La mas alta cultura dice hoy por boca del liberal Carlos Nodier: «La culpa del paraíso es la *ciencia* malhadada, hija de la curiosidad.»

Abuela. De Dios Padre Hija amorosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. De Jesus madre piadosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. Del Santo Espíritu esposa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. Luz de los cielos hermosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. Mujer fuerte y victoriosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. Santa la mas milagrosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. Emperatriz poderosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Abuela. Mártir santa y silenciosa,

Niñas. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave-Maria.

Todas en coro. Guirnalda de rosas bellas
Pongo en tus sienes gloriosas;
¡Oh María! logre por ellas
Quien te corona de rosas,
Vértela puesta de estrellas.

¿Quién habrá podido contemplar tres lindas é inocentes criaturitas, arrodilladas ante la pura madre del Hombre Dios, y oído sus suaves vocecitas ofrecerle sus oraciones bajo el símbolo de una corona de rosas, sin sentirse conmovido? ¿Quién entónces no habrá, considerado ó mas bien, *sentido*, que solo es verdadera aquella religion que encuentra á Dios y le adora de este modo puro, espiritual, tierno, ferviente, elevado y dulce, con todas cuantas facultades, á su divina semejanza, puso Dios en la criatura que crió para obedecerle y amarle? ¿Qué haceis vosotros, moralistas falsos, frios escépticos, amargos filósofos, con estas divinas facultades? Las ahogais en hiel y en egoismo!

— *Mae* Abuela, dijo la mas chica de las niñas, volvien-

dose sin levantarse hacía uno de los cuadros que colgaban de la pared y representaba á Cristo en la cruz, — ¿vamos á rezarle un *Credito* al Señor *enclavao* para que vuelva presto *pae*?

— Sí, hija mia, contestó la anciana, la que en seguida empezó á recitar el símbolo de la fe con las niñas. Y apenas lo concluian, cuando, como si el Señor se dignase, sonriendo, conceder en el acto su amante é inocente petición á aquellos pequeños seres que en su peregrinacion en la tierra llamó á sí, abrióse la puerta, en cuyo umbral apareció la bella y bondadosa persona del que llamaríamos, si pudiésemos hacerlo sin irreverencia, el padre, el hijo y el espíritu santo de aquella familia.

— ¡Padre! ¡Pae! ¡Paecito! — lanzando cada una de las niñas uno de estos gritos, se habian arrojado hacía el recién-entrado, colgándose la mayor de su cuello, la segunda de su brazo, y abrazándose la mas chica de una de sus rodillas.

Mae, dijo este dirigiéndose á la anciana, ya me tienen rendido y sujeto, lo propio que los alanos al toro: ya no soy *naide*.

— Niñas, dejad sentar á vuestro padre, que vendrá rendido, dijo la abuela.

— Padre, rogando estábamos á Dios para que volviese Vd. pronto, dijo la mayor.

— Sí, al Señor *enclavao*, añadió la chica.

— ¡Y diciendo amén, Vd. en la puerta, prosiguió la segunda; ¡cómo que es ese Señor mas *milagroso*! ¹⁾

— Como que es este señor un traslado del de la Veracruz, de quien dijo Juan Espera-en-Dios que era idéntico al Señor, dijo la anciana.

1) Qué ignorancia tan crasa, qué evidente prueba de supersticion! Creer que Dios pueda oir nuestros ruegos, creer que pueda conceder nuestras peticiones, y llamar á esta concesion, — sobre todo si es pronta y extraordinaria, — *milagro*, es el colmo del fanatismo. Si no nos *desfanatizan* y *desuperstician* los misioneros protestantes y sus secuaces, ¡qué será de nosotros!!

— ¿Quién es ese Espera-en-Dios, madre-abuela? preguntó Gracia.

— Es el judío errante.

— ¿Y quién es ese judío, abuelita? preguntó Antonia.

— Ese judío, contestó la abuela, es un zapatero que vivía en Jerusalem en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz á cuestas, al llegar á la puerta de su casa, iba tan destròzado y exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño: — ¡Juan, sufro mucho! — Y Juan contestó: — ¡Anda, anda! que mas sufro yo, que estoy aquí cosido al remo del trabajo!

Entónces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, le dijo al zapatero: — Pues anda tú, anda.... hasta la consumacion de los siglos!

Al punto aquel hombre sintió que andaban sus piés sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entónces empezó á andar á andar.... y desde entónces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumacion de los siglos, para que se cumpla la maldicion de Dios que se atrajo!

Viendo aquello, conoció aquel despiadado que era un castigo del cielo por su dureza, y por aquella palabra cruel de ¡anda.... anda! que le echara á la cara al maltraído que le pidió descanso; y se arrepintió con el alma de lo que habia hecho, y empezó á llorar su culpa y á desesperarse. Y así anduvo, hasta que al año, un viérnes santo á las tres de la tarde, se le apareció en lo mas lejano de los horizontes y entre los elementos y celajes, un Calvario con tres cruces. Al pié de la mas alta, que era la de enmedio, estaba una señora tan hermosa como afligida; tan afligida como mansa. Esta señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hácia él, y le dijo: ¡Juan, espera en Dios! ¹⁾

Entónces sintió un consuelo muy grande, y siguió andando, y anda sin pararse jamas desde hace diez y ocho siglos. Y cuando se ve tan solo y desconocido á las generaciones que ve surgir y caer, sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra que fué la del Dios de Israel, en poder de moros,

1) Textual del relato popular.

su pueblo maldecido, desparramado, despreciado y mal visto y que á pesar de todo, queda impenitente y descreído, con una señal en el rostro como Cain, se acongoja y desfallece su corazón! Pero vuelve el tiempo santo y con él el viérnes santo, y á las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes, y la señora, que con su dulce voz le dice: — *Juan, espera en Dios!* Entónces recobra la esperanza, y con ella ánimo para cumplir su condena, y vuelve á andar y andar sin nunca pararse; por lo cual le nombran el judío errante ¹⁾).

— Y ese Juan Espera-en-Dios, como que conoció á Cristo nuestro bien, dijo Gracia, deberá saber si el Señor de la Vera-cruz se parece al que representa.

— Así es, hija mia, contestó la anciana. Así acaeció que cuando inauguraron su capilla, y llevaban á ella en procesion á la santa efigie, se vió pasar á un hombre, que era forastero y á quien nadie conocia, el que alzó la vista y miró al Crucificado; se le cayeron dos lágrimas por su tostado rostro; y dijo: — ¡cómo se parece al de la calle de la Amargura!

Todos los que lo oyeron se quedaron asombrados, y como aquel hombre prosiguiese andando sin pararse, no faltó quien le siguiese y viera como atravesaba el pueblo sin detenerse y sin *relantecer* su marcha, ni aflojar el paso, desaparecia en la distancia ²⁾).

1) ¡Qué version popular católica del judío errante, esa tradicion universal que es en verdad apócrifa, porque puede que sea esto parte del destino de aquel ser excepcional! Sufre su expiacion certera en este mundo, en que pasa desconocido! Tradicion que nada obliga á creer; pero que nada impide que sea creida: tradicion que se desea cierta, porque nos pone casi en contacto directo con la gloriosa época de nuestra redencion; tradicion profundamente melancólica y altamente consoladora, que corona la expiacion con el premio; tradicion que guarda el pueblo en el archivo de su *fe ciega* como debe ser; pues así se simboliza á la fe. Lo cual no prueba ignorancia ni falta de alcances, como lo suponen las medianias pedantescas, sino obediencia, buena fe y espiritualismo, cualidades de corazones sanos.

2) La preciosa leyenda del Cristo de la Vera-cruz que acabamos de referir, no es de Carmona. Está en otro pueblo esta efigie del Señor de la Vera-cruz, de la que era muy devoto el afamado torero Facó Montes. Segun decia, por su poder habia sido libertado en grandes peligros. Aseguraba que en los

CAPITULO VII.

La mision del arte es espiritualizar la
naturaleza. BALZAC.

— ¡Qué lastimosa es esa historia, abuela! dijo Gracia.
¡Pobre Juan Espera-en-Dios! ¡qué lástima me da!

— ¡Toma! para lo que hizo, bien poco castigo fué, opinó
Antonia.

— Ya, — repuso su padre, que se habia sentado teniendo
en sus brazos á la mas chica de sus hijas; — como que tú
no puedes estarte quieta, te parece á tí que eso de andar sin
descanso no es martirio.

— ¡Ay *pae*, que trae Vd. aquí una pulga! exclamó la niña.

— Déjala, que pronto viene San Pedro, y se van todas
las pulgas á cabildo.

— ¡A cabildo! ¿y porqué?

— Porque ya cobraron la contribucion.

— Gracia, dijo Antonia, ¿á que no aciertas este acertijo?

Si la tienes la buscas,
Si no la tienes,
Ni la buscas ni la quieres.

La interpelada no contestó.

— ¿No aciertas, chacha? preguntó Antonia.

— Deja á tu hermana, á la que no divierten los acertijos;
dijo la abuela. — Hijo, añadió dirigiéndose al padre de las
niñas, ¿cobraste los garbanzos?

— No señora, madre. ¡Bien me pesa de haberle fiado á
ese hombre, y no haber tenido presente que «oveja fuera,
duro en la montera!»

— ¡Válgame Dios! exclamó la anciana, ese hombre tiene
con que pagar; y no hacerlo, es puramente mala voluntad.

momentos supremos se encomendó é imploró á este Cristo con tanto fervor y
fe, que le vió con sus ojos acudir y presentarse á sus ruegos; «todos, añadía,
vieron desvanecerse como por ensalmo la certera catástrofe, y todos decían
que me habia salvado mi suerte; yo solo sabia que me habia salvado mi fe.»

Los extranjerós llaman á Juan Espera-en-Dios, *Ahasvarius*.

Pero debia tener presente el refran que dice: «el que paga descansa, y es dueño de lo ajeno.»

— Los cicateros el refran que tienen presente, señora, es el suyo: «la vergüenza pasa, y el dinero queda en casa.»

— Debias ponerle por justicia, hijo.

— ¡Qué, señora; ese era el modo que se fuera el dinero bueno tras el malo!

— Pero, hijo, si tu derecho está claro como el sol y tienes por tí la ley.

— Mas que *asina* sea. ¿No sabe Vd. aquello de: ¿Dónde vais, leyes? — Donde quieren reyes. — Señora, necios y porfiados hacen ricos á los letrados. Ello es que me ha sucedido como á Sebastian Cebada, que fué y vino, y no lo dieron nada. Pero no hay que apurarse, que todos los dias paren las madres.

— ¿Y dónde fué y vino Sebastian Cebada, pae? preguntó la niña Antonia.

— A Madrid, á ver al rey.

— Paecito, cuéntelo Vd., rogó la niña.

— Pues han de saber Vds. — contestó José Flores, — que era Sebastian Cebada el mas' gañan y el mas bárbaro de su pueblo, en el que habia muchos de su jaez. Púsosele entre ceja y ceja que habia de ir á Madrid á pedir un empleo, y no hubo quien le pudiese sujetar, y en Madrid se encampó. Plantóse ante el palacio real, aguardando á que saliese su real majestad, y conforme se tocó la marcha real y se formó la tropa, y vió salir á S. M., se puso á dar desaforadas voces gritando: ¡hé, hé, tio rey, tio rey!

Al oir aquellas voces, se volvió su real majestad y le dijo: ¡insolente, rudo, pátan! — Ya va su mercé cercano, pues me llamo Sebastian, dijo el pretendiente.

El rey se echó á reir de tanta barbaridad, y le preguntó que qué era lo que queria, á lo que respondió este muy en sí, que queria un empleo. — Bien está, dijo su real majestad, hágote administrador de la yesca.

Volvióse Sebastian á su pueblo mas alegre que unas carnestolendas, y mas en sí que uno de los usías ingertos que se usan á la presente. — Con que... le dijo su mujer, *ende*

que entró: ¿vistes al rey? — ¡Vaya si le *vide*! — ¿Y te habló? volvió á preguntar su mujer. — ¡Toma! y me llamó por mi nombre. — ¿Y te dió un empleo? — Y de los buenos. — La mujer se alborotó y llamó á las vecinas todas para decirles la buena nueva, y despues de felicitarla con muchos parabienes, quisieron saber cuál era el decantado empleo. Cuando les dijo el agraciado que era la administracion de la yesca, se fueron riendo y refiriendo que Sebastian Cebada fué y vino y no le dieron nada. — Y yo, hijas, pasé por tres cabrerizas, me dieron tres quesos, y ahí queda eso.

— Padre, dijo Gracia, tomando entre sus manos la cara de su padre, que dirigió hácia un lado de la pared del patio, en que en una teja, sujeta en ella se veia un magnífico clavel; — ¿le ve Vd. medio blanco, medio encarnado, como las nubes á la puesta del sol?

— Ya veo, ya veo, contestó el padre mirando á su preciosa hija con inefable cariño:

Un rosal cria una rosa
Y una maceta un clavel;
Y un padre cria una hija. . . .
¡Sin saber para quién es ¹⁾!

— ¡Pobre rosal, pobre maceta y pobre padre! murmuró la abuela, que recordó una hija difunta que habia casado con un mal hombre.

En este momento entró en la casa un vecino, que era un muchacho de diez y siete á diez y ocho años, no mal parecido de rostro, pero muy pequeño y diminuto; lo que habia hecho que le pusieran por apodo *Peneque*, apodo que le sacaba de tino, contra el que se resistia, se rebelaba y protestaba con poquísimo éxito.

Miéntas mas se obstinaba en rechazarlo, mas inherente se hacia el mal nombre; sucediéndole lo que al pobre pez, que miéntas mas esfuerzos hace por zafarse del anzuelo, mas profundamente se le clava. Pocos dias ántes habia acontecido, que exasperado á lo sumo, se habia ido á quejar al

1) ¿Puede darse un sentimiento mas tierno y paternal, y mas poéticamente expresado?

alcalde, cuya entrevista se referia del modo siguiente. Es de advertir que el alcalde, que le conocia, que sabia que era un excelente chico, que desde pequeño mantenía con incansable afán á dos hermanitos y á su madre, enferma y viuda, le queria mucho, y le recibió con bondad.

Llegado á presencia de la autoridad el diminuto agraviado, diz que le dijo:

A mí me llaman Peneque.
Señor alcalde, ¿qué haré?
— Vete, tranquilo. Peneque;
Que yo lo remediaré.

contestó el alcalde, incurriendo por la fuerza de la costumbre, en la demasía que le prometia refrenar.

Al entrar en la casa Peneque, mal y melancólicamente engestado y con un carrillo hinchado, se dejó caer de medio ganchete sobre una silla.

— ¿Qué traes, Alonsillo, que parece que has probado vinagre? le preguntó José Flores, que era su padrino.

— ¿Estás triste? dijo Antonia; si estás triste, cuélgate un cascabel de las narices.

— ¡Qué he de traer, padrino! contestó Peneque sin hacer caso de la escaramuza de Antonia: las penas se me empalman; ¡ahora estóy malo!

— ¿Pues qué te duele, hombre?

— ¡Todo lo que se llama Alonso!

— Que era treinta y todos tontos, observó Antonia.

— Hijo, si son dolores de frio los que tienes, dijo José Flores, pronto te se quitarán; pues nada los cura mejor que polvos de mayo, y cáscaras de brevas.

— No son dolores de frio, padrino, ¡es que tengo un golondrino! Y esto en este mes, cuando mas apremia la obra de zapatería, que tiene que estar lista para el Córpus! ¡Y el malhadado del maestro, que cuando se lo dije me respondió que era yo como los perros del padre Lobo, que cuando salía la liebre, se les ofrecía ensuciar!

— Tú eres, dijo Antonia, como la vieja del Olivar, que cuando no tenía sarna, tenía postillas, Peneque.

— ¿Qué Peneque? exclamó este poniendo fiero su rostro

desigualmente repartido, — no me llamo Peneque, que me llamo Alonso.

— Poncio Berengena, capitan de la manga llena, repuso Antonia: ¡bien sabes que todos te llaman Peneque, hasta el alcalde!

— Los deslenguados no mas, exclamó el ofendido: mira como Gracia no me lo dice.

— Ya, respondió la chiquilla, Gracia es la *paz vobis*.

— Y cata ahí, dijo Alonso, porque la quieren todos por su *angelidad*. ¿No me ve Vd. la cara qué hinchada la tengo, tiana Juana *Poluceno*?

Peneque quería decir Juana Nepomuceno.

— ¡Vaya por Dios, hombre! contestó la anciana.

— Tengo una *influcion*, prosiguió Peneque. Cuando se lo dije al maestro, me respondió con burla: — el que le duele la muela, que se la saque ó que rabie; — ¿le parece á Vd. eso *rigular*?

— Hijo, toma unas buchadas de romero cocido en vinagre.

— Yo te coceré el romero, se apresuró á decir Gracia.

— ¡Qué habia de tomar buchadas! repuso tristemente Alonso, si tenemos que velar para concluir la tarea.

— ¡Cómo ha de ser, hijo! opinó la anciana; el trabajo es la única herencia que nos legaron nuestros padres desde Adan. Mira á mi hijo José, que se va á trabajar á la luz de la luna á su haza.

— Como que el trabajo es la honra del pobre, dijo José Flores.

— Ya lo sé, repuso Alonso; y que Gracia se va con su mercé!

— Como está entónces el campo tan solo, yo acompaño y velo á mi padre, dijo Gracia.

— Y mira tú, Alonsillo, á un hombre favorecido, que tiene ángeles de guarda á pares, añadió José Flores.

— ¡Ay *pae*! exclamó Antonia, lo propio que usted dice la madre de Alonso!

— Así bendecirá Dios á Alonso, como su madre lo hará; y á Gracia como la bendigo yo.

— ¿Y á mí, padre? — ¿Y á mí, padre? — exclamaron las dos chicas.

— ¡A las tres! contestó el buen padre á sus hijas, que se habian abrazado de su cuello.

CAPITULO VIII.

Hay personas que no creen en nada.
Preferible es á esto el creerlo todo.

VIZCONDE DE ARLINCOURT.

A la mañana siguiente, cuando vino Alonso á la hora de comer, á casa de su padrino, como tenia de costumbre, ántes de entrar en la suya, se quedó sorprendido de hallar en ella al padre Buendía y á sus discípulos que le habian precedido. Mauricio tenia las manos en los bolsillos y bostezaba, y Raimundo en las suyas un hermoso ramo de flores.

El padre se habia acercado á la anciana, y le decia en este momento:

— Ayer tarde destrozó Raimundo el ramo que tenia su nieta de Vd.; y hoy le trae otro en compensacion. El perjuicio que se ocasiona, se resarce.

Antoñita ó Antoñilla, segun la nombraban, que como hemos visto, era viva y despierta y nada tenía de tímida, se acercó al ramo y le echó mano.

— Arre allá, dijo con su díscola grosería Raimundo; el ramo no es para tí, sino para la otra, para la llorosa estrella de Vandalia, que es mas bonita que tú.

— Nadie llora sin causa, ni aun las estrellas, dijo de repente Alonso, cuya entrada no habia notado nadie.

— ¡Ay qué cara! exclamó Raimundo soltando una carcajada. Oye, Peneque, ¿es tu madre gorda y tu padre flaco?

— Al pobre le duele una muela, dijo la anciana; si hubiese hecho lo que yo le aconsejé, ya estaría curado.

— ¿Y qué fué lo que Vd. le aconsejó? preguntó el padre Buendía.

— Que se enjuagase la boca con vinagre cocido con romero. Tomando calientes estas buchadas, nunca se pica la dentadura.

— No sabia yo que el romero tuviese esa virtud, repuso el padre.

— ¡Señor, si las que tiene esa mata bendita son tantas, que no se pueden contar! Era en su principio un yerbasco del campo; pero desde que la Virgen Santísima tendió á secar en ella la ropita del Niño, está siempre verde, se hizo oloroso, y adquirió sus muchas virtudes.

— ¡Qué! ¿Tendió la Virgen las ropitas del Niño en un romero? exclamó Raimundo, en quien despuntaba ya el amable, el elegante y simpático tipo del escéptico ignorante, del necio pedante *Juan Niega*: — ¿cómo lo sabe Vd., señora?

— Todo el mundo lo sabe y lo ha sabido de unos en otros, respondió la anciana; y hasta la copla de Noche-buena lo dice:

Lavando estaba la Virgen,
Y tendiendo en el romero;
Los pajaritos cantaban;
Adoremos el misterio!

— Hay mas, señorito: desde la muerte del Señor florece todos los viérnes, dia de su martirio, como para embalsamar su santo cuerpo. Trae ventura y santifica las casas que con él se sahuman la Noche-buena. Ahuyenta su humo al enemigo, y purifica la atmósfera, evitando los perniciosos contagios: los polvos del romero secados, traídos sobre el corazon, lo alegran. La flor y las hojas, puestas entre la ropa, le dan buen olor y ahuyentan la polilla. Los cogollos mas tiernos, comidos con pan y sal en ayunas, fortifican el cerebro y conservan la vista. El romero ahuyenta todo animal ponzoñoso. Bañar el cuerpo en agua en que ha caido romero, conserva la salud y fortifica el cuerpo. La flor del romero mezclada con miel blanca, espumada y hecha *lectuario*, limpia y fortalece el estómago. Las hojas del romero, cocidas en vino blanco, hacen un emplasto aparente para llagas envejecidas, y este vino sirve tambien para sujetar las raíces del cabello. El zumo del romero, aplicado en el oído, quita el

dolor que proviene de frialdad. El humo que produce al quemarlo, es bueno para aire perlático y para dolores, es...

— ¡Señora! le interrumpió Raimundo, ¿porqué no dice Vd. de una vez que es el *sánalo-todo*? Por lo visto, el romero este que tiene Vd. aquí, y que en lo grande parece un lentisco, es el médico y el boticario de esta casa; aquí no habrá males nunca.

— Sí, señorito, que los hay, contestó la anciana. Dios, que le dió sus virtudes al romero, no le hizo mas poderoso que su voluntad, la que alguna vez se le opone, porque así conviene.

— Niña sensible, — dijo Raimundo dirigiéndose á Gracia, que tanto por cortedad, como por antipático desvío hácia aquel muchacho, áspero y audaz, se habia retirado léjos, — aquí tienes un ramo con tus lloradas estrellas. Vienen las mismas que, segun dice la copla, hay en el cielo; esto es, mil y siete; con las dos de tu cara y la de Vandalia, son mil y diez. Si no quieres tomar las flores, aquí las meto entre las ramas del romero, por si padecen de algun achaque, que se lo cure. — ¡Vaya contigo! que mas pronta estás para llorar las flores cuando las pierdes, que para celebrarlas cuando se te brindan.

— Es que aquellas me las trajo mi padre, murmuró la niña.

— ¿Y eran por eso mas hermosas que estas? preguntó con burla Raimundo.

— No; pero yo las queria mas, respondió Gracia.

— ¡Ay! ¡qué *superfínica, superlatívica y supersupínica* eres! dijo Raimundo, y dirigiéndose á la anciana, añadió: — Tia abuela, Vd. que le reconoce tantas virtudes al romero, que será preciso canonizarlo y rezar á San Romero, ¿me querrá Vd. decir si le reconoce alguna á las abulagas? Pues por mí no sé que tengan otra que la de quemarles las cerdas á los cochinos difuntos, y la de pincharles por detras á los gatos cuando se acercan á las macetas de flores, en las que se las coloca á ellas como guardas de honor.

— Nada bueno sé de las abulagas, contestó la anciana; sí solo sé, que la calle de la Amargura y el Monte Calvario,

están hechos un espeso abulagar, desde que por ellos pasó el Señor con la cruz á cuestas.

— ¿Usted lo ha visto?

Esta muletilla de los sabios y entendidos, que no se las tragan como ruedas de molino, como nosotros los necios é ignorantes, se le ocurrió á Raimundo á pesar de ser un zoquete. ¡Cosa mas rara! Pero á fuer de verídicos, tenemos que consignarlo.

— No, señorito, contestó la anciana. Pero si solo se creyese lo que se ve, los pobres ciegos no creerian nada.

— Bien dicho, tia Juana Nepomuceno, dijo el P. Buendía; y mejor de lo que Vd. piensa. La fe no entra por los ojos, que entra por el oído: *præstet fides supplementum sensuum defectui*, supla una fe viva á la escasez de nuestros sentidos. Hágame Vd. el favor, añadió el padre dirigiéndose hácia el arriate, de darme unas ramas del romero; que me daré, segun Vd. lo aconseja, un sahumero en esta pierna, en que me molesta un dolor reumático.

— ¡Señor, cuantas quiera su mercé! ahí está la mata á su disposicion.

Y la abuela y sus nietas arrancaban á competencia ramas al romero.

— ¡Basta, basta, señora! dijo el padre; que va Vd. á despojar al arbusto.

— Pierda su mercé cuidado, repuso la anciana; en cogiendo al romero sus ramas con buen fin, miéntras mas se le arranca, mas mete. Le sucede como al rico limosnero, que miéntras mas da á los pobres, mas aumenta Dios su caudal.

— Bien dicho, señora, repuso el padre, que á nadie empobrece la limosna.

— ¿Veis, dijo á los niños cuando hubieron salido, cómo está al alcance de todos la santa ley de Dios?

— Ya, respondió Raimundo, la definicion de la limosna la tienen los pobres en la punta de la uña, como que les tiene cuenta, pues ellos son los que la cobran.

— Te equivocas, Raimundo, como siempre que habla por tu boca la malicia, repuso el padre. Los pobres dan todos sin excepcion, á otros mas necesitados, si á ellos acuden; y

no todos, sino pocos, reciben limosna. Avergüenzan, pues, al rico, para el que es un precepto religioso, una obligacion social, y la mas dulce prerogativa de la riqueza, el dar á manos llenas y sin contar.

— ¿Todas sus rentas, aunque se queden sin ellas? ¿No es eso? preguntó Raimundo con ironía.

— No, hijo, eso no. Expresa el pueblo con su buen sentido en un refran la justa medida en el dar, de esta forma: *ni á tí que te luzca, ni á mí que me haga falta*. Pero se debe dar cuanto no se necesite. Dice fray Manuel en su carta portuguesa, traducida por Isidro Fajardo: *quien gasta ménos de lo que tiene, es prudente; quien gasta lo que tiene, es cristiano; quien gasta lo que no tiene, es ladron*. Dice San Lúcas: dad á todo el que os pida. Haced bien, y prestad sin esperanza de recobrarlo. Esta es la ley de Cristo, hijo. Y ten presente que dice San Benito: no soy cristiano en verdad, si á Cristo no sigo. Tú, Raimundo, prosiguió el padre, eres no solo descortes, sino áspero en tu trato, lo que no deja de ser tambien una falta de caridad; y es preciso, hijo, ser cortés con todos, aunque sean inferiores; que esto, *si es honra para quien la recibe, mas es para quien la hace*¹⁾.

Antes de irse, y miéntras cortaban la abuela y las nietas las ramas del romero para el P. Buendía, se habia acercado Raimundo á Alonso, y le habia dicho:

— Oye, Peneque, ¿con que has entrado en la hermandad de la lesna?

Alonso no contestó.

— Como eres tan finito y repulido, prosiguió Raimundo, harás zapatitos de tabinete para las mujeres, y de taflete encarnado para los niños.

— Hago zapatos de vaca para los hombres, ¿está Vd., señorito? respondió Alonso; que aunque le parezco yo á Vd. fino, soy recio para el trabajo, y para cuando se necesita serlo.

1) Ramillete de divinas flores de Bernardo de Sierra. No es la primera vez que hacemos notar, que en el espíritu religioso y en los preceptos cristianos, se hallan aun las mas cultas reglas de delicadeza y finura social.

— Y sobre todo, necesitas serlo para la vida que vas á llevar, repuso Raimundo, pues es sabido que los zapateros llevan una vida trabajosa.

Lunes y martes de chispa;
Miércoles la están durmiendo;
Jueves, viernes, mala gana.
Y sábado entrá el estruendo.

Hoy es viernes; te toca mala gana: y bien te le conoce.

— ¡No es mala la que tengo!... dijo Alonso cerrando los puños en coraje; lo demas de la frase no lo oyó Raimundo, que le habia vuelto la espalda.

— Cuando oigo y veo á ese señorito Raimundo, — dijo Alonso, así que se hubieron alejado el padre Buendía con sus discípulos, — me se pone el cuerpo envenenado, y con una hormiguilla que me desatienta. Es mas raído, mas *insultativo* y provocante que un baratero. Mas humos tiene que una hoguera sin llama; porque tiene dineros mal ganados, siendo un don Nadie, y levantado del polvo de la tierra ayer de mañana; que mi abuelo conoció al suyo arriero, andando tras de los burros.

— Calla, Alonso, le dijo la buena anciana, que haces malamente en echar juicios temerarios, y decir que el caudal de los Trillos es mal ganado.

— Señora, quien dice la verdad, ni peca ni miente.

— No afirmes lo que no sabes, hijo. Tú no conoces á esas gentes de rejas adentro, y nunca han tenido en el pueblo mala nota.

— ¡Mire Vd. que hacer burla de Gracia!... ¡Solo ese mal alma lo hace! ¡Buena prenda saldrá el niño ese! que por las vísperas se conocen los santos.

— Raimundo es áspero y desamoretado, no digo que no, dijo la buena anciana; pero, hijo mio, cada tejadito tiene su jaramaguito. El se enmendará; que para eso tiene á su lado al P. Buendía, que es un señor muy docto y muy santo.

— ¡Qué se habia de enmendar, señora! exclamó cada vez mas exasperado Alonso; la zorra mudará los dientes, pero no las mientes! Mire Vd. que despues de hacer llorar á Gracia, que es tan bendita, hacer burla de su llanto!

— Ya ves cómo le ha traído en desagravio un hermoso ramo de flores, observó la abuela. Tú, Alonso, eres muy noble, y tienes el corazón muy sano; y así, son tus corajes como la risa del negro, que se apaga al instante.

— No lo crea Vd., exclamó Alonso, á quien el golondrino, la muela y Raimundo, en unión y competencia habían exasperado, sino que como no tengo dinero, me llamo *callar*. Pero la procesion anda por dentro. Acuérdesese Vd. de lo que le digo, tía Juana *Poluceno*. Por ese charran, por ese guapo de esquina, me ha de venir á mí algun mal.

— No seas caviloso, Alonso, repuso la anciana, ni ábrignes enemistad, que eso es traer un judío en el cuerpo. El señorito Raimundo no te ha hecho mal: pero caso que te lo hubiese hecho, ten presente que dice la ley de Dios: «no tengas odio con quien te ha hecho mal; nécia cosa es pecar tú por aborrecer al que pecó; y no se ha de castigar un pecado con otro.»

CAPITULO IX.

Galicia en realidad

Da de sí la gente honrada,

Que aunque es un poco pesada,

Guarda palabra y verdad.

Pasaron algunos años. El tiempo, ese gran reloj al que Dios dió cuerda, y para el que no hay paradas, los fragua en su incesante andar, y los fraguará mientras el gran poder que le ordenó andar, no le mande parar.

Estos años habían pasado sin traer mayor alteracion en la vida y circunstancias de la familia de Trillo. La viuda había seguido ocupándose de la labor y de su casa. El padre Buendía había perseverado participando su saber y sembrando su enseñanza; pero ménos afortunado que su parienta, sin recoger la mas mínima cosecha. Solo un sucedido había marcado la época que pasamos por alto. Había muerto un hermano, viudo, de Doña Amparo, dejando un buen caudal y

una hija, y á su hermana albacea del primero y tutora de la segunda, que dicha señora habia traído á su casa.

Esta niña era el engendro de lo indefinido y de la monotonía. En su físico eran su cuerpo y talante un conjunto de líneas rectas sin ondulaciones. Era indefinido el color de su tez, que no era ni blanca ni morena; el de su cabello, que no era ni rubio ni oscuro; el de sus ojos, que no eran ni negros ni azules; y toda ella ni era bonita ni fea. Su trato, de la misma conformidad; ni agradable ni desagradable, pues ni se alzaba á la gratitud, ni alcanzaba á la exigencia. Rodeábala un círculo de atmósfera impermeable. Así era que referia una maldad con severas palabras, pero sin la menor indignacion; contaba una cosa graciosa sin reirse, y las mas tristes sin inmutarse. Y tan nulo era su pulso interno, que siempre que hablaba sobre lances en los que su intervencion hubiese podido ser útil ó evitar un mal, y alguna persona le decia con energía: — Pero tú ¿porqué no hiciste aquello ó estoro? — contestaba indefectiblemente sin añadir mas palabra ni razon: — ¿yo?

Este *yo*, muy usual, es, segun el tono con que se pronuncia, altanero, despreciativo, esquivo, tímido, ó medroso. En ella no era nada de eso: era simplemente la expresion de la sorpresa.

Nombrábanla Trinidad, — aunque habrian acertado mejor en llamarla *Unidad*. — Tenia entónces catorce años, esto es, seis ménos que Mauricio, que á la sazón contaba veinte; y era el sueño dorado de la viuda unir con toda la legalidad á estos dos pimpollos, objeto de su cariño, y los dos caudales, objetos de su ternura. Pero ello es que la viuda tenia en su mano disponer que los mismos arados penetrasen en las tierras de distintas procedencias; pero no tenia la facultad de disponer que los mismos sentimientos penetrasen en aquellos corazones de diferentes dueños.

Doña Amparo nunca habia oído hablar de imanes, de simpatías, de filtros, de atracciones magnéticas, ni aun de sortilegios; ni siquiera de *medias naranjas*. Todo esto, que en realidad es medio griego, era para ella griego entero; á no ser así... — no quisiéramos hacer juicios temerarios; —

pero puede... puede que algun mal pensamiento se le hubiese ocurrido para llevar á cabo uno bueno. A pesar de las pocas esperanzas que la daban el pazguato Mauricio y la pánfila Trinidad de constituirse en amantes de Teruel, Doña Amparo se consolaba con estas sensatas reflexiones:

— Son muy jóvenes; de aquí á dos años comprenderán lo que les tiene cuenta. — Y en esta confianza, la señora se dormia profundamente, hasta que el despertador de la casa ponia á todo el mundo en pié, con un quiquiriquí perentorio y sin apelacion, lanzado en sus barbas á Morfeo.

Lo que es Raimundo, hacia una burla completa de su prima, á la que habia puesto por apodo *Jaletina*, y con este nombre, una banderilla al flemático amor propio de su prima. Por vez primera en su vida, Trinidad se habia picado; de resultas de lo cual, Doña Amparo proscribió en la conversacion, — como lo estaban de su mesa, — toda clase de *jaletinas*.

Poco despues declaró Raimundo un dia á su madre, que queria ser abogado, y para eso, pasar á Sevilla á estudiar.

La casa se alborotó. La viuda se opuso. El padre Buendía se retiró de la peliaguda contienda, diciendo: *Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno* — cada cual tiene su parecer, ni es uno solo el plan y la idea que hay para vivir. — Mauricio apoyó á su hermano por tal que se fuese, y Doña Amparo tuvo que ceder contra toda su voluntad y convencimiento, como sucede á muchos padres de la era presente, de la que ha dicho un autor¹⁾: «La revolucion no modificó solo las instituciones, sino que alteró las ideas y las costumbres. Debilitóse entónces con otros principios, el de la autoridad paterna, hasta ser reemplazado con no ménos exageracion por la tiranía filial. Antes el padre imponia sus opiniones á la familia; ahora obedece.» Esto es, añadimos nosotros, que están los frenos trocados. ¡Y así anda ello!

Doña Amparo halló algun consuelo, al partir su hijo, en su consejo privado, que se componia de dos veteranos beneméritos.

Era uno el capataz, que fué de opinion que con *estudios*

1) Don. Ramon Navarrete. — Tipos españoles.

finos se era un buen alcalde y se les ponía las peras á cuatro á los ensucia-tinta, abogados y escribanos, plagas del mundo; y que aunque la corriese algun tanto el muchacho, no debia apurarse su madre, en vista de que *carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda*.

El otro consejero, que era un antiguo criado gallego, muy simpático á su ama, fué de la misma opinion, y dijo á su señora: — Déjelu ir, mi ama, si le da jana; la llave se echa á los cuartos, é non á los mozos.

Es preciso decir algunas palabras de este gallego, que era persona de alguna importancia en casa de Trillo. Esa importancia, — que él sabia hacer valer, — no la debia por cierto, ni á su finura, ni á sus lisonjas. Blas Sampayo no medraba por semejantes medios de mala especie; la debia á sus servicios y á su hombría de bien, y poco le importaba que estuviesen contentos sus amos ó no. Lo que le importaba era que marchasen las cosas bien y derecho; es decir, que como los gatos, amaba á la casa sin querer mucho á sus amos. Habria llorado un peso duro que hubiesen perdido; pero si uno de los niños se hubiese roto un brazo, le habria dicho con mucha indiferencia: — Bien empleado te se está; ¿é purqué te caes?

Tenia Blas la fidelidad, pero no la abnegacion de los suizos; que la avaricia y el egoismo son gemelos que crecen á la par. Daba sin que le pidiesen su opinion, — la cual era, si bien no siempre entendida, siempre recta y honrada, — sobre lo que era de su incumbencia, y sobre lo que no era tambien. Para él no habia predilecciones ni oposiciones: eran para él las cosas ántes que las personas; el cálculo ántes que el sentir. La señora le entendia, Mauricio no le escuchaba, y Raimundo le mandaba callar, á lo que no obedecia jamas el fiel servidor, que habia criado muchas alas, sin dejar por eso de ser muy pesado.

Cuando primero se presentó para ajustarse, empezó Doña Amparo por enumerarle las faenas que tenia que hacer; á cada cosa contestaba: *está bien, está bien*. De suerte que la señora fué cargando la mano de una manera tan extraordinaria, que si hubiese tenido el dia cuarenta y ocho horas, en

lugar de veinte y cuatro, ninguna hubiese quedado, para el fámulo, vacante y sin ocupacion. Discutióse en seguida el renglon de la comida; pero el gallego le cortó el hilo de la conversacion á la señora, asegurándola que en ese particular solo miraba la cantidad, y no la calidad. En seguida preguntó: — ¿y la paja?

— ¡La paja! — repuso la señora; vaya una pregunta! ¿qué te importa la paja?

— Impórtame mucho, mi ama.

— ¿Pero para qué la quieres?

— Tuma, para mí.

— ¿Pues qué, tienes acaso algun borrico á quien dársela?

— Nun tengo burricu, es para mí.

— ¡Extraña exigencia!

— Mas extrañu es querer tener mozus é nun darles paja.

— ¿Pues yo no doy paja á mis criados.

— E yu nun trabaju sin paja.

— ¿Quién ha visto á un sirviente exigir paja?

— ¿E quién ha vistu á un amu querer que le sirvan sin dar la paja?

La señora se impacientó; el gallego se indignó, y habríanse separado furiosos, á no acertar á entrar el capataz, que explicó á Doña Amparo que la *paja* era la *paga*.

Estando en el cortijo por temporada, la señora, que era religiosa, que tenia mucho arreglo y que no permitia se quedasen sus criados sin misa los dias festivos, envió un domingo á Blas al pueblo, para que oyese la misa de doce, montado sobre una burra, que á su vuelta debia cargar con comestibles.

La burra era vieja, y por mas que Blas la arreó, llegó tarde á la puerta de la iglesia, y no pudo alcanzar la misa.

Desesperado Blas, se volvió hácia la burra, y tirándole con coraje el sombrero que en la mano derecha tenia, ¡sobre tu alma va! le dijo.

Hizo tan buena alianza con Doña Amparo, y se identificó tanto con la casa, — con esa ley y esa buena fe anejas á los gallegos, — que pasaron años y años sin regresar á su tierra, ni acordarse de su mujer, la que al fin mandó una requisi-

toria para recuperar judicialmente su perdido bien. No hubo escapatoria; Blas tuvo que ir á dar cuenta de su persona á su Dido.

Pero fué el caso que llegó en el fatal momento en que se habia acabado de morir una de las dos vacas con las que araba la mujer su campo. Esta, que era una virago intrépida, puso á su marido, que quiso que no, á ocupar al lado de la vaca viva, el lugar de la vaca muerta; y el campo se aró y se sembró. Blas llevó este papel de comodín á regañadientes; pero al fin se conformó. Mas como en seguida los vecinos le quisieron hacer alcalde, con eso no se conformó, y bajo la impresion de su pánico, echó á correr, sin volver la cara atras hasta llegar á Vigo y embarcarse en el vapor. Y una vez en este, se metió en las mas profundas entrañas del barco, en amor y compañía con el carbon de piedra, y no sacó su garbosa persona á luz, hasta haber anclado el vapor en la bahía de Cádiz.

Así fué que regresó Blas de pésimo humo, merced al resultado de su viaje, que fué dejar en Galicia un campo arado, un hijo mas, y una vara de alcalde desairada; todo lo cual le costó seiscientos reales, que lloró siempre harto mas amargamente que sus pecados.

Raimundo partió. Llegado que hubo á Sevilla, y siguiendo sus buenas y finas tendencias, se matriculó en la sociedad del tabaco, y no en la universidad; se dedicó á las franquichelas, y no á las cátedras; frecuentó garitos, y no frecuentó aulas; intimó con las cigarreras y no con los profesores; abrió muchas botellas y pocos libros, hallando para todo esto dinero, porque el dinero, si ha de servir para vicios, no se hace de pencas, como lo hace cuando ha de servir para buenos fines. No parece sino que esas monedas pálidas y sucias, esos napoleones encanallados, esos pesos, á los que con tanta propiedad se les añade la calificacion de *duros*, se retiran y se niegan cuando se les busca con buenos fines; y que sonríen, bailan, se prestan, y van al encuentro de los malos!

CAPITULO X.

Il y a dans ces tableaux un charme d'innocence á convertir les plus rebelles.

Hay en estos cuadros ¹⁾ un encanto de inocencia capaz de convertir á los mas rebeldes

VICTOR PAVIE.

El hombre mas feliz es aquel que pone en relacion el principio y el fin de su vida.

GOETHE.

Miéntras estos sucesos tenian lugar en la casa de Trillo, la de José Flores era presa de la gran calamidad de los pobres, de la que tras sí arrastra todas las demas, la enfermedad. José, víctima en toda la fuerza de su robustez y actividad, de la parálisis, yacia sin movimiento sobre su lecho.

Solo los ángeles del cielo vieron y pudieron contar las desgarradoras lágrimas y las selectas pruebas de cariño que el amor materno y el filial prodigaron á porfía, y unas tras otras sin intervalo, al paciente! Así es que aquellos ángeles compadecidos traian á veces consuelos que se notaban en la dulce sonrisa del enfermo y en la infinita felicidad que estas sonrisas comunicaban á los que le rodeaban.

Quien era el incansable ayuda de estas desvalidas y consagradas criaturas, era Alonso. Siempre que salia del trabajo, se apresuraba á acudir allí; hacia sus comisiones, pagaba la botica, traia de cuando en cuando al enfermo media libra de chocolate ó su cuarta de bizcochos, y los distraia y consolaba á todos, contándoles cuanto sabia y cuanto se le venia á las mientes.

Mas los recursos iban escaseando; y un dia la pobre anciana llamó aparte á Alonso, y le dijo llorando:

— Algun buen ángel te ha traído aquí, hijo. Sin tí, ¿qué seria de nosotros?

— ¡Quiere Vd. callar, señora, por María Santísima! contestó Alonso, al que se le iba oprimiendo su hermoso corazon.

1) Del pueblo sencillo de campo, católico.

— Oye, hijo, que tengo que decirte, prosiguió la anciana. Ya sabes, Alonso, que donde sale y no entra.... el fin se le ve. Ya, hijo, todo se ha ido en la enfermedad, y no nos queda mas remedio que vender el haza; y yo quisiera que me buscaras comprador. ¡Cómo ha de ser! Dios nos la dió, y por eso siento tanto mas perderla.

— Dios lo da todo, dijo Alonso.

— ¡Verdad es! repuso la anciana. Pero has de saber que esta haza vino á nuestro poder de una manera extraña, y que como á son de trompa nos la dió la providencia. Un dia que pasaba yo par la lotería con una vecina, instóme esta á que echase con ella. Yo no tenía mas que tres reales, y mi hijo estaba trabajando en un cortijo, y hasta el sábado no venia á holgar, ni habia quien entrase un real por mis puertas. Alonso, hijo, me desvanecí, y eché veinte y un cuarto con la vecina.

Apénas llegué á casa y me hallé con solo cuatro cuartos en la faltriquera cuando conocí mi desacierto, y me pesó en el alma haberlo cometido. Llegó entónces un pobre á la puerta, y le despedí con poco agrado y sin compasion.

Salí poco despues para mercar siquiera cuatro cuartos de habas para poner un potaje á mis niñas, cuando al salir, lo primero que me eché á la cara fué al pobre anciano que me habia pedido limosna, arrimado á la pared de enfrente, en un rayito de sol, comiéndose un tronco de col. Yo no sé lo que sentí, Alonso; pero mi espíritu se perturbó, y el corazon se me oprimió como puesto en prensa. Corrí á él, y le di los cuatro cuartos. Entónces, Alonso, me dijo por tres veces: ¡Dios se lo pague á usted! ¡Dios se lo pague á Vd.! ¡Dios se lo pague á Vd.! Y si aquella voz no fué la misma de Jesus, fué una voz que llegó á él; pues si bien aquella noche nos acostámos sin cenar, á la mañana siguiente pagó Dios la deuda del pobre con muchas creces, como paga su divina majestad, pues habia puesto en mis números un premio de quince mil reales de vellon ¹⁾.

1) Histórico todo. . Estas cosas no se inventan.

Con ese dinero, hijo, remediámos muchas miserias propias y ajenas; hicimos á la casa aquel *soberado*, una funcion de gracias al Señor de la Vera-cruz, y comprámos el haza. ¿Fué ó no fué milagro?

— No se descorazone Vd., tia Juana, respondió Alonso. Dios tiene mas que dar de lo que ha dado. No faltarán socorros; y el haza no se vende viviendo yo, y teniendo desempeñado mi mayorazgo (y el excelente jóven señaló sus brazos).

En seguida trajo doscientos reales, que á cuenta de trabajo pidió á su maestro. El haza no fué vendida. José lo supo, y no pudiendo hablar, expresaron su sentir dos gruesas lágrimas; y haciendo seña á Alonso para que se acercase, puso trabajosamente sus manos sobre la cabeza que este inclinó, y levantando sus ojos al cielo hizo una oracion mental para bendecirle. Así lo comprendieron su madre y sus hijas, porque cuando José volvió á bajar la vista, las vió arrodilladas, y las oyó decir: Amen.

Alonso salió del cuarto con tal congoja, que despues de beber el agua que se apresuró á traerle Gracia, reclinó y escondió su rostro en el seno de la anciana, que le habia seguido.

— ¡Dios mio! ¿qué es el alambicado, redicho, recalcado sentir y las emociones ficticias de las gentes melancólicas, extremosas, descontentadizas ó mal humoradas, comparadas con el primitivo y enérgico sentir de la naturaleza en sus puras y genuinas fuentes?

Si miéntras mas tiempo pasaba, miraba Alonso con mas amor á Gracia, esta á su vez miraba á Alonso cada dia con mas gratitud y mas ternura, porque no pertenecia Gracia á aquella especie de mujeres de descarriadas inclinaciones, á las que no atrae ni ilusiona lo bueno y lo honrado. No, al contrario; lo bueno y lo honrado era lo que simpatizaba con su noble y puro ser. Añadióse á esto que cada uno de los cuidados que Alonso prodigaba á ese padre que ella adoraba, era una nueva raíz con la que se profundizaba en su corazon, aquel amor, hijo de su gratitud y aprecio.

Una noche entró la *majestad* en la casa del pobre, sin

séquito ni apariencia, como para ejemplo de humildes anduvo por la tierra hecho hombre.

Nuestro jóven y su hermano llevaban dos faroles; un monacillo tocaba una campanilla. Dios venia pobre como anduvo por el mundo; y como entónces, acudia á los pobres y mansos; como entónces, adorable, consolador, salvador y grande!

Verdad es que si aun hubiese estado viviendo hecho hombre, por su propia voluntad hubiese venido á aquella pobre casa, en la que con tanto amor se le llamaba, con tanta esperanza se le aguardaba, con tanta fe se le recibia!

Cuando llegó Alonso de vuelta de acompañar á la *majestad*, José, que no podia hablar, le hizo seña de que se acercase. Entónces fijó sus ojos en el altar, que para el angusto acto habian prevenido. La desconsolada Gracia, que con su manso valor de cristiana reprimia su inmenso dolor, por tal de no separarse un momento del lado de su padre, comprendió, ó mejor dicho, adivinó lo que deseaba; y puso ante sus ojos el cuadro del Señor de la Vera-cruz que adornaba el altar.

Entónces José movió los labios como si quiesiese hablar.

Gracia, que ya estaba acostumbrada á comprender su mudo lenguaje, dijo:

— Palabras.

José hizo una señal afirmativa, y alzó tres dedos.

— ¿Tercera palabra? preguntó Gracia.

— ¡Mujer, ve ahí á tu hijo! murmuró entre sollozos la anciana, recordando las de la cruz.

José volvió á hacer una señal afirmativa, y miró con sus expresivos ojos, primero á su madre, y despues á Alonso.

Este, penetrado del pensamiento del moribundo, se acercó á la pobre anciana, á quien abrazó diciendo: ¡Hombre, ve ahí á tu madre!

En el semblante de José brillo un santo gozo y una tierna gratitud.

Despues miró á Gracia, y en seguida á Alonso; ambos comprendieron; Gracia bajó los ojos, y Alonso dijo en queda y conmovida voz: ¡si ella quiere!....

José miró al Señor en la cruz, y dió un suspiro. Gracia alzó la vista y lanzó un grito; la cabeza de su padre habia recaído sobre la almohada; sus ojos estaban cerrados; con aquel suspiro de amor y gratitud habia volado su cristiana, honrada y amante alma al seno de su criador! La muerte iba borrando poco á poco con su austero sello, aquella dulce y santa sonrisa, última expresion de su buena vida!

Innecesario es, así como es imposible, pintar el dolor de aquellas amantes y desvalidas criaturas, cuando en la casa no quedó ni aun el cadáver del que tanto amaban.

El dolor exalta la juventud y abate la vejez; es mas despota en su reinado cuando lo considera temporal, como sucede con el de los jóvenes, que no cuando lo sabe perdurable como lo es en los ancianos. Así la abuela fué la que, ayudada por la conformidad cristiana, vertió sus consuelos y enseñanzas á sus nietas.

— No desconfiemos, hijas mias, les decia; que Dios no abandona á quien en él confía. El es padre de los huérfanos, y esto os lo probará el ejemplo que voy á contaros:

Cuando Dios andaba por el mundo, caminaba un dia con San Pedro, cuando acertaron á pasar por una casa en que estaba una niña que lloraba amargamente. — ¿Porqué lloras? le preguntó el Señor. — Porque se me han muerto mis padres, contestó la niña. — Será tambien, dijo San Pedro, porque no tendrás ahora quien te mantenga. — No pienso en eso, respondió la niña. — ¿Pues quién te va á mantener? le preguntó el santo. — No me cuido de ello, contestó la niña; que Dios me crió, Dios me mentendrá.

Poco despues pasaron el Señor y San Pedro por una casa en que estaban dos ancianos, marido y mujer, trabajando con mucho ahinco. — ¿Porqué trabajais con tanta ansia y afan, si no teneis necesidad de ello? les preguntó el Señor. — Es preciso, contestaron los viejos, pensar en el dia de mañana. — Mas valiera que pensaseis ménos en el dia de mañana, y mas en la eternidad, y que confiaseis mas en la providencia, les dijo San Pedro.

Cuando el Señor y su discípulo se pusieron á comer, sacó el primero un platito de su comida, y le dijo á San Pedro:

Anda, llévale este platito de comida á la niña que confió en su criador, y dile que nunca le faltará.

Así lo hizo el santo, y cuando pasó por delante de la casa de los viejos ricos y codiciosos, vió que habian entrado en ella unos ladrones que por robarlos, habian muerto á sus dueños. — Ya veis, hijas mias, que no tenemos que desconsolarnos. Tenemos á Alonso que mirará por nosotros, y Vds. que saben coser y bordar, se ayudarán con sus manos.

Efectivamente, las niñas, en particular Gracia, cosian y bordaban con perfeccion.

Parece increíble como sobresalen muchas jóvenes en los pueblos en estos trabajos de mano, sin mas que su buena disposicion y la enseñanza que reciben en las pobres amigas, en que se *canta* la doctrina en aquel monótono é infantil sonsonete, en el que alternan las grandes que preguntan, y las chicas que contestan; en aquellas amigas en que aprenden las graciosas relaciones tan *naïves*, — esto es, sencillas y cándidas, que desprecia y rechaza la época, y que se van disolviendo en el olvido. ¡Cuán cierto es que el escepticismo hostil y el racionalismo rastrero traen consigo por primer ayudante el prosaismo, por primer resultado el desencanto, y por consecuencia la preponderancia de lo material sobre lo espiritual!

¿Qué han adelantado aun los ménos apóstatas con su Teodicea, sino anular la revelacion, extinguir la fe y crear este gran cáos de ideas incoherentes, confusas, alambicadas, incomprensibles y contradictorias? ¡Disidentes! *no enturbieis la fuente que estancó vuestra sed* ¹⁾.

El tierno corazon de Gracia habia hecho, como ya hemos dicho, del aprecio y del agradecimiento que le inspiraba Alonso, un amor puro, suave, modesto como lo era ella, y tan exclusivo, que todo el universo se encerraba para ella en aquella humilde casita en que habian nacido y habian muerto sus padres, en la que se veia rodeada de su buena abuela, de sus hermanitas, y de Alonso. Mas desde la muerte de su padre, este amor, que en ambos jóvenes vivia sentido y

1) Shakespeare.

no expresado, como música sin palabras, se habia declarado á todos con la buena fe y franqueza que existe en estas materias en el pueblo de campo. La última voluntad de su padre habia consagrado este amor, y Gracia se apresuraba á acudir á la reja, cuando de noche oia la voz del honrado y feliz Alonso, que llegaba cantando:

Oprimeme el corazon
Verte vestida de negro;
Que la sombra de tu pena ¹⁾
A mí me da sentimiento.

¡Mal haya la ropa negra,
Y el sastre que la cortó!
Que mi niña tiene luto
Sin haberme muerto yo.

CAPITULO XI.

¿En dónde hallar en adelante esas bellas nociones de moral, que referian nuestros deseos hácia un mundo mejor? Camina el egoismo con la frente erguida, invádelo todo, desde la juventud trabajada por una ávida ambicion, en la edad en que solo sentimientos generosos abrigaba otras veces, hasta la vejez, la que con un pié en la sepultura, especula sobre el alza y sobre la baja, y sueña con un confortable y sólido porvenir para un soplo de vida que le queda.

DISCURSO DE MR. KERATRY EN LA
ASAMBLEA.

Un dia de otoño estaban en casa de la viuda de Trillo, en el comedor, sentados á la mesa de pino sin pintar, esta señora, el padre Buendía, Trinidad y Mauricio.

Cubria la mesa una mantelería primitiva, tal cual se ven en posadas y paradores; mantelerías que están mandadas

1) Hay nada mas delicado y poético, que llamar al luto la sombra de la pena.

recoger y no se recogen; las que si son de lino parecen de punto de aguja, y si son de algodón pueden servir de cobertores; que pesan sobre las faldas, y lastiman los incautos labios que se les arriman. En eso hacen bien; les dan una lección de elegancia, pues los labios pulcros nunca deben estar en el caso de necesitar servilleta.

Cubria el mantel una abundante comida, bien condimentada, aunque sin serlo á la francesa, ni con elegancia; puesto que la viuda dirigia las hornillas de su casa con el mismo tino certero con el que dirigia su labor.

La loza era de la fábrica nueva de Cartuja, extendida ya y usada en toda la provincia.

La cristalería era una legion extranjera, de varias edades y hechuras. La plata buena y pesada; el vino malo y ligero, y el mismo para todas las botellas, en las que estaba como Periquito entre ellas.

Una nube de tristeza reemplazaba la uniforme calma ántes aneja al rostro de Doña Amparo. Tres años habia que su hijo Raimundo estudiaba en Sevilla, — al ménos así lo creia la pobre señora; — y no solo no escribia á su familia, ni iba á visitarla; sino que no ignoraba del todo su madre la vida de calavera que llevaba, puesto que en varias ocasiones habia tenido que pagar por reclamaciones apremiantes, sumas, que aunque no eran muy considerables, visto el círculo ordinario y mezquino á que habia descendido su hijo, eran suficientes á demostrar sus extravíos.

Mauricio, aunque habia seguido achacoso, se hallaba á la sazón un tanto robustecido; merced á los baños minerales de Chiclana, que le habian prescrito los médicos.

Lo que Doña Amparo con su buen sentido habia previsto, se habia verificado. Fuese por la natural inclinación que engendra el trato, fuese por el apego, hijo de la costumbre, fortalecido por el convencimiento de que le convenia, Mauricio se habia apegado fuertemente á su prima. Méno explícitamente habia sentido lo mismo Trinidad, á la que la ausencia de su primo en su viaje á los baños habia dejado un vacío, así en la casa, como en la mesa, que la llevó á desear su regreso, á la manera que desean las personas

adeptas de lo cómodo y de la uniformidad, que las cosas que se quitan de su lugar, vuelvan á ocuparlo.

Así es que, cuando lo dispusiese la viuda, estaban ámbos muy prontos á casarse, sin que entre ellos mediasen ni ántes ni despues palabras de amor, de pasion ni de celos, estimulantes que graduaba Doña Amparo tan innecesarios en los buenos matrimonios, como el de las especies finas en sus amasijos. Y razon llevaba la señora en su sensata prosa; que el puro arroyo corre siempre claro, tranquilo y sereno, miéntras apacible y sin nubes está la atmósfera.

El padre Buendía y Mauricio acababan de regresar de su expedicion al principio de este capítulo, y Mauricio referia durante la comida los pormenores y las *impresiones* de su viaje; que las *impresiones* están al alcance de todos los que viajan.

Ya habia relatado el viajero las maravillas del vapor, que era un estrado metido en un barco, el que andaba como los molinos, por medio de ruedas; las sacudidas que le dió el mar, que parecia una dehesa de agua que nunca se está quieta, ni de dia ni de noche, y echa espuma como ojo de jabon. Habia contado cómo las casas de Cádiz tenian al ménos diez cuerpos, uno encima de otro como torres; y cómo era Chiclana un campesino muy acicalado, con muchos señores de frac y gaban y muchos toros de cuerda, y los primeros con las lenguas tan sueltas, que era fama intercalaban hasta en el padre nuestro voces que en tiempo de nuestros padres jamas manchaban los labios de la gente decente.

— Madre, añadió, no sabe Vd. lo mejor del cuento. Una tarde que estábamos durmiendo la siesta el padre y yo, nos despertó un alboroto que se oia en la calle; nos asomámos al balcon, y vimos que los que lo causaban, eran unos estudiantes de la tuna, que venian cantando con guitarra, palillos y pandereta, y traian un séquito de chiquillos que llenaban la calle. Entre los estudiantes los habia buenos mozos. Pero, señora, ¡qué fachas! De propósito se habian desgarrado los vestidos y los manteos, que traian terciados. Tenian atravesados los sombreros de tres picos, y las caras mas alegres que unas pascuas. Cantaban con sus voces claras y recias

como clarines, y muy bien por cierto, estas coplas que se me han quedado impresas:

Cuando un estudiante llega
A la esquina de una plaza,
Dicen los revendedores,
¡Fuera ese perro de caza!

— Anda, vida mia, no comas tomates;
Que esa es la comida de los estudiantes.

Un pobrecito estudiante
Se puso á pintar la luna,
Y del hambre que tenia
Pintó un plato de aceitunas.

— Anda, vida mia, súbete al tejado;
Verás una vieja peinando un lagarto.

Dirigiéndose al balcon frente al nuestro al que se habian asomado unas señoras, cantaron:

Si en el libro hubiese damas
Como las que estoy mirando
Toda la noche de Dios
Me la llevara estudiando.

— Anda, niña mia, súbete á la torre,
Mira la veleta, y el aire que corre.

Viéndose á nosotros, se encaró uno de ellos con el padre Buendía y cantó:

¡Caballero generoso!
Dénos Vd. una peseta;
Que tenemos la barriga
Como cañon de escopeta.

Pero, quisiera, madre, que hubiese Vd. visto la cara del padre, cuando el estudiante levantó la suya al presentarle su sombrero, que tomó en la mano, para recoger la moneda! ¿quién piensa Vd. que era? — ¡Raimundo! — Raimundo en persona, que conforme miró y reconoció al padre, se puso á cantar:

Vamos, compañeros,
Larguémonos presto;
Que en aquel balcon
Está mi maestro.

Al oír estas palabras, el tenedor y el cuchillo cayeron de las manos de la pobre madre, y un vivo carmin se extendió sobre su honrado rostro.

— ¡Mi hijo! ¡Raimundo! exclamó, ¡hecho un estudiante de la tuna! ¡rodando por caminos, calles y mesones! ¡viviendo sin vergüenza ni empacho, de la bolsa ajena! ¿Así se ha avillapado? ¡así está infamando á su familia por su conducta! ¡así está perdiendo lo que una vez perdido, no se recupera, su buen crédito! Y la pobre madre se echó á llorar amargamente.

El P. Buendía, que estaba, si cabe, mas escandalizado que la señora, y tan avergonzado maestro como ella avergonzada madre, no halló una palabra de consuelo en español; y dijo en latin: *Non pudet ad morem discincti vivere Nattae* (no tiene vergüenza de vivir como Natta) ¹⁾.

Doña Amparo aseguró que no volvería á ver en su vida á aquel mal hijo que deshonoraba á su familia; y que usando de sus derechos de madre y de tutora, le retiraría la pension que le daba, y que despilfarraba con escándalo. Y como toda persona que tiene la íntima convicción de que obra en razón y según su conciencia, es firme en sus resoluciones, ni el pacífico y condescendiente P. Buendía, á quien escribió Raimundo para interesarle en su favor, ni otras personas que lo intentaron, pudieron lograr que variase la señora de propósito; de lo que resultó, que al cabo de dos meses el hijo pródigo, sitiado por hambre, se cansó, no de guardar puercos, sino de guardar abstinencia, y emprendió la vuelta á sus lares.

Las iras de una madre, — por muy mujer fuerte que sea, — son tormentas de verano, detras de las cuales está el sol de la misericordia, ansiando por esparcir sus rayos, desde que la lluvia ha ablandado la tierra.

La tierra que en esta ocasión debía recibir los rayos de misericordia maternos, no se presentaba muy blanda. Pero la buena madre le echó otra encima, dió un último, triste y tierno recuerdo á las fanegas de trigo y arrobas de aceite

1) Célebre pillo. Sátiras de Persio.

que, convertidas en sonantes especies, habia echado su hijo en el pozo Airon de su no debatido presupuesto, y sentó á su hijo en la cabecera de la mesa, mediante á un perdon condicional é interino, que concedió la señora al P. Buendía, que en nombre, pero sin la anuencia de Raimundo, prometió la enmienda.

Todo entró en su lugar. La borrascosa vida de Raimundo hacia pausa, como el viento ántes de tomar otro giro.

Doña Amparo decia con satisfaccion: quíen quita la ocasion quita el pecado; y á puerta cerrada el diablo se vuelve.

El P. Buendía exclamaba con el rey David: *Beati quorum remissae sunt iniquitates* (bienaventurados aquellos á quienes son perdonadas sus iniquidades).

Blas, á quien la escapada de Raimundo con los estudiantes de la legua habia hecho gracia, al ver una crecida cuenta de botas de charol, aconsejó á su ama que encerrase al señorito en los Toribios.

Conociendo lo difícil que es volver á traer al órden lo desordenado, murmuraba el capataz: — escoba desatada, persona desalmada.... Quieto se está; pero esto es en los de su calaña, descansar para tornar á beber.

Lo que es las gentes en general, al saber que despues de tres años, aparentemente dedicados á estudiar, volvia Raimundo á su pueblo sin un grado siquiera, fueron de opinion que era este como otro, que zoquete fué á Madrid, y zoquete volvió á venir.

La parte femenina de las gentes le halló muy mejorado de persona, muy airoso y desenvuelto; y cuando volvió á vestir el traje andaluz, que tan perfectamente sentaba á su cuerpo y á su talante, pareció tan bien, que vino á ser el figurin de modas macareno, el conde de Orset ¹⁾ de Carmona.

1) El elegante por excelencia que ponía la moda en Lóndres.

CAPITULO XII.

A la fina política del siglo último hemos sustituido nosotros el apretón de manos inglés, así como hemos reemplazado el perfume del ámbar con el olor del cigarro.

ALEJANDRO DUMAS.

El hombre posee una facultad de venerar, que mas ó ménos ligada al resto de sus cualidades, las realza todas.

SCHLOSSER.

Raimundo habia regresado hecho el tipo del insolente. Y para darle á conocer en todo el desarrollo que habia adquirido en sus tres años de emancipacion, haremos la fisiología del insolente, que es hoy dia un tipo tan generalizado, que todo el que nos lea, pensará que hemos querido retratar á su vecino de la derecha, y copiar al de la izquierda:

El insolente brilló en todas épocas; pero en la nuestra deslumbra y se generaliza como el gas. Ha reemplazado al hipócrita; pues nadie se toma ya la molestia de serlo, desde que no se respeta lo bueno y lo santo. Este respeto á lo bueno y á lo santo originaba en los malos la hipocresía, que llamó La Rochefoucauld un homenaje que rendia el vicio á la virtud. Hoy dia el cinismo ha libertado al vicio de todo homenaje, y le ha dicho: «¡Nada de coronos! la gorra; con la cual estarás mas á tus anchas. ¡Nada de togas, ni uniformes! la piel de oso. Nada de vara de justicia ni baston de mando; el zurriago, el látigo. ¡Nada de pulidas ni cortesías armas! la porra. Fuera respetos, esos vasallajes morales, relegados á las ominosas épocas del oscurantismo!» Así acontece que el insolente, que encumbra el *yo* y menosprecia el *vos*, lleva el cuerpo derecho y la cabeza erguida. Si no es alto, se le figura que lo es; y si lo es, se le figura que es gigante. Si anda unido á otro sujeto, toma por un impulso espontáneo la acera; cuando encuentra á un amigo, y aunque sea una amiga, y se para á hablarle, él es el que toma siempre la iniciativa de la despedida. Pregunta, no por curiosidad, ni ménos para demostrar interes, sino por

el gusto de ostentar que ni atiende ni escucha la repuesta. Si se sienta será el primero en hacerlo, y en el mejor asiento; si es en la mesa, será en el puesto mas alto que halle vacante, con preferencia á otras personas de mas edad, de mas saber, de mas categoría, y hasta de mas caudal, la mas incontestable superioridad en nuestra era *positiva*.

Si se analizase su derecho á la preeminencia se hallaria que era este el ser *él*, añadiendo que no reconoce superioridad. Que el rico tiene la suya en la bolsa, el sabio en las academias, el viejo en los consejos; pero que toda superioridad adquirida deja de existir en el trato social, en el que solo figura la individualidad, debida al carácter y ascendiente de la persona genuinamente superior, ó á la que sabe colocarse de por sí en su puesto; lo que quiere decir: «eso es mio, eso me toca á mí.»

Por lo cual el insolente lleva á mal que le falten, y lleva igualmente á mal que otros exijan de él que no les falte.

El insolente trata á todo el mundo en su cara con un *sans façons* en extremo chavacano, (á pesar de que por vestir bota charolada y llevar guante nuevo, lo cree en él aristocrático), y á espaldas trata á todas las personas y todas las cosas con un desden que hiere mas que la calumnia. Llama mujeres á las señoras; á las señoritas, muchachas; á las mujeres, tias; á una persona conocida, fulano; á un título, por su apellido, y así sucesivamente rebaja los tonos de la escala social, representando en ella un enorme bemol. ¡Oh juventud! ¡cuándo te convencerás de que es en tí el respeto la mayor prueba de aristocracia moral, de finura, de buen gusto y buen sentir, de pureza de alma y de corazón! que es el sello de superioridad intelectual, y la que realza y hace amable, mientras que la insolencia rebaja y hace odioso al que lo es!

La insolencia da margen á represalias; y cuando esto sucede, el insolente se echa á reir, tornando en chanzas sus impertinencias; esto es que hace bailar al oso que ántes embestia. Las gentes delicadas huyen del baile, como evitan las embestidas.

Tiene el insolente un repertorio de insolencias groseras, que llama oportunidades y chistes, que desea sean repetidas, lucidas y conservadas en la memoria, como lo son las 'célebres y entendidas agudezas de un general Castaños, de un Talleyrand.

Un insolente tiene para su uso particular unas armas agresivas y ofensivas que le suministra su osadía, como en los pugilatos ingleses á los luchadores se las proporciona la fuerza de sus puños; armas que á una persona realmente culta y delicada, le es tan imposible usar en su defensa, cuando se ve atacada, como difícil seria al armiño revestir las puas del puerco espin. Consisten estas en:

Un *ksss* que silba como una culebra.

Una risa que abofetea como una granizada.

Un desentenderse, interrumpir y contradecir, que ofenden, secan y hostigan como el *Simoun*.

¡Un *qué!* que le tira á la cara al mas pintado, como un diploma de Juan Lanás.

El insolente está persuadido de que el motor ascendente del hombre es la hostilidad. Y la suficiencia propia y la época que ellos han formado, les da razon, siendo hoy las palabras, y no las acciones, las que encumbran al hombre. Derriban por insolencia y á su vez son derribados por ella.

Siendo las leyes de la finura y de la delicadeza en el trato social, realzar á los demas y rebajarse á sí mismo, es evidente que ambas cosas, delicadeza y finura, son para el insolente desconocidas, pues es su tendencia la de realzarse á sí mismo, darse una importancia ficticia y rebajar á los demas. Así es que creyéndose altivo como un príncipe, es grosero como un patan.

Para el insolente, — de que era el tipo Raimundo, — no hay respeto de ninguna clase, no hay consideraciones de ningun género: no reconoce obstáculos de ninguna especie á su omnímota voluntad. Al divinizar la insolencia filosófica, el individualismo ha hallado á todas las malas tendencias dispuestas y oficiosas para vulgarizar y poner al alcance de todos su mal espíritu anticatólico, audaz y rebelde.

Raimundo encontró á su prima mudada en mejor; la jaletina

habia adquirido consistencia. Habia embarnecido, se peinaba y vestia con algun mas esmero; en fin, sin que precisamente le agradase, dejó de chocarle como sucedia ántes. Los diez y nueve años habian ganado la palmeta á los quince, caros á los poetas; pero que en realidad, tienen todavía un pié en la edad que define el prosaismo, justa pero antipoéticamente, con la denominacion de *la edad de la chinche*.

Entre calavera y hombre positivo, no hay — que sepamos — incompatibilidad. En la época nuestra de toda clase de asociaciones, se ven en este género las mas heterogéneas. Entre estos nuevos vínculos, — que se forman á medida que se disuelven otros bellos y santos, — se ven los de la vanidad y de la economía, y los del calavera y el hombre positivo. Estas cosas separadas eran tolerables, porque al ménos tenian, si no los *defectos de sus cualidades*, las *cualidades de sus defectos*. — El vano era espléndido; el económico, sencillo y modesto; el calavera, desprendido; el hombre positivo, razonable y ordenado. — Hoy dia se han unido, como les sucede á los malos, para acabar de pervertirse unos á otros.

Así sucedió que Raimundo pensó que le tendria cuenta casarse con su prima, cuyo caudal en manos de Doña Amparo, del capataz y de Blas Sampayo, habia ganado y se habia mejorado en la misma proporcion que su dueña. Verdad es que estaba su hermano Mauricio de por medio. Pero, ¿qué obstáculo era este para un hombre sin conciencia, sin respetos ni cariño de familia?

Fácil es colegir, que el agraciado y currutaco Raimundo, suplantaria á poca costa al desairado y doliente Mauricio, en la aficion de su prima, que si bien no tenia pasiones ni sensibilidad, tenia ojos y amor propio, cosa que ni aun *las jale-tinas* dejan de tener.

Toda esta intriga se tramó pronta y secretamente; y dispensaremos al lector de sus insulsas peripecias, en las que Trinidad siguió el impulso, que con mas despotismo que cariño, le imprimió Raimundo.

Cuando se empezaron á hacer las diligencias para pedir la dispensa á Roma, para casarla con Mauricio, y cuando se hallaban reunidos con este objeto en la sala de Doña Amparo,

el cura, el escribano y la familia, entró de repente Raimundo diciendo con la mayor calma, que se presentaba allí, con el solo objeto de advertir, que se pusiese en la solicitud en lugar del nombre de Mauricio, el de Raimundo.

Grande fué el efecto causado por este golpe teatral, ideado por Raimundo para comprometer públicamente á su prima. Habia calculado con su perspicaz criterio, que si el asunto se discutia en la familia ántes de hacerse pública la decision, su madre y su hermano tendrian bastante persuasion para convencer á Trinidad de que lo que hacia era una villanía, una inconsecuencia, un capricho injustificable y una mala y cruel partida, á que no habia dado lugar, ni era acreedor Mauricio; y que estas sensatas razones tendrian bastante influencia y poder sobre la inconstante y blanda índole de Trinidad, para hacerla desistir de su nuevo propósito.

Al oir la perentoria declaracion de Raimundo, el escribano se habia quedado parado, el cura absorto, el P. Buendía terrificado; y Doña Amparo, como herida de un rayo, se hubiese quedado muda y petrificada, si en el mismo instante, al agolparse su sangre á su corazon, no hubiese sido Mauricio acometido de una horrorosa hemorragia, causada por el rompimiento de una ignorada aneurisma.

Trinidad se habia alejado asustada é inquieta, por el efecto que habia causado una cosa que Raimundo le habia pintado tan sencilla, como á ella misma pobre limitada, le parecia. Así fué que, cuando Raimundo sereno é impassible fué á buscarla, la halló llorando.

Su primer y amable impulso al verla llorar, fué incomodarse; pero lo reprimió, y le hizo notar lo bien restablecido que estaba su hermano, en quien la primera contrariedad producía un vómito de sangre, y que ella habria hecho un desatino sacrificándose á sí misma, si se hubiese casado con semejante valetudinario.

— ¡Pero es tan bueno! dijo Trinidad, en quien el remordimiento despertaba la lástima.

— Cuando estamos enfermos, todos somos buenos, repuso Raimundo. Mi madre quiere mas á Mauricio que á tí y á mí. Por esto nos quiere sacrificar á ambos á él, en vista de

que el egoismo materno es mas feroz mil veces que el personal. Ya que es mi madre tan casamentera, que case á su Benjamin con la Fuente Amarga de Chiclaná, que es la que le da la salud.

Mauricio, — que habia sido siempre uno de aquellos seres tranquilos, cuyas índoles se comparan á aguas mansas y dormidas, — habia despertado dolorosamente por cuantos estímulos pueden conmover una naturaleza inerte. Su tranquilo amor se alzaba grande é irritado, al verse traidoramente arrebatarse á la que amaba, en la que cifraba todas sus esperanzas, pues para Mauricio no existia en el mundo mas mujer que Trinidad. La indignacion del engaño sufrido, la energía de los celos, la irritacion que le causaba su impotencia para impedir su desgracia ó castigar la traicion, pusieron al enfermo en un estado tan alarmante como cruel.

Que no alterasen su sangre, ni el ejercicio, ni emociones violentas, habia sido la primera y mas encarecida prescripcion de los médicos. Pero, ¿cómo procurarle el sosiego y calma moral que requeria su estado?

Doña Amparo perdía la cabeza en las extrañas y dolorosas circunstancias que la rodeaban, las que no alcanzaba á dominar su sencillo buen sentido, que hasta entónces tan buen piloto le habia sido en su cotidiano círculo de accion.

Como todo alteraba al enfermo, los médicos prohibieron que, á excepcion de su madre y del P. Buendía, ninguna otra persona entrase á visitarle. Mas á pesar de estas y otras precauciones, á los pocos dias murió el infeliz en los brazos de su madre, ahogada su débil vida en la sangre que á borbollones vertía su corazon.

A los seis meses asistía Doña Amparo, enlutada su persona y enlutado su corazon, al casamiento de su hijo Raimundo y de su sobrina. La buena madre queria persuadir á los demas, y á sí misma, que estaba contenta; ¡pero no lo conseguía! La mortaja que envolvía el cadáver de su difunto y desgraciado hijo, habia envuelto para siempre su vida. En vano procuraba separar en su mente la sangre y la culpa. Véalos siempre unidos en su fuero interno, y culpaba á todos; á Trinidad, á los médicos, á sí misma, por tal de des-

cargar de la cabeza de Raimundo, parte de la responsabilidad que sobre ella pesaba; pues el amor de madre es un sublime sofista. Así es que dice el pueblo, ese recto y justo apreciador de amores: «¡Amor de madre! .. que lo demas es aire.»

CAPITULO XIII.

Habia tanta armonia en ella, que parecia una música muda.

LONGFELLOW.

Tan casta, tan gentil, graciosa y bella,
Que el aire en torno se enamora de ella.

ALDANA.

Doña Amparo habia perdido á un tiempo la energía moral y la robustez física, que la prometian una tardía, sana y activa vejez. Habia envejecido y decaído en poco tiempo, mas de lo que lo habria hecho en veinte años felices. Movida por su decaimiento, y otras razones, habia levantado la mano en todo, así en la direccion de la labor, como en el manejo de la casa. Y si algo le sonreia aun en esta vida, era un nietecito, que al año vino, como vienen los ángeles á las casas, estrechando los lazos de la familia, trayendo consigo el amor, la union, la esperanza y todos los sentimientos dulces.

Cuando se intentó vestir al niño de corto, procuraron las señoras que viniese una obrera hábil para que lo hiciese con lujo y primor, y con este motivo fué requerida Gracia Flores, como la mas sobresaliente bordadora y costurera del pueblo.

Esta vino traída por su abuela, y se entregó con tanto primor como asiduidad á su faena.

Hallábase instalada con todos los avíos y requisitos de su costura en uno de los corredores cerrados, y en el extremo de este se hallaba la puerta del comedor.

Un dia que, como siempre, se estaba sentada en su silla baja, y como siempre, callada y sin levantar cabeza, acabado de comer que hubieron los señores, Raimundo al salir del

comedor, dió sin causa ni razon, tal puntapié á un pobre perro de la casa, que estaba acostado en el corredor, que el animal prorumpió en lastimeros quejidos.

Al oir aquellos aullidos, Gracia, compadecida, levantó la cabeza, saliendo involuntariamente de sus labios una exclamacion de lástima.

Raimundo volvió la cara y la miró, y quedó sorprendido. Gracia, sencillísimamente vestida con un traje liso de tela de algodón lila; con un pañuelo de seda de la India, á cuadros, fondo carmelita, con su magnífico cabello, primorosamente alisado y sencillamente recogido, tenia una belleza tan cumplida y tan grave, que el verla causaba una admiracion profunda y prolongada.

Así fué que por un rato calló Raimundo; pero de repente, sonriendo á un recuerdo, exclamó: *¡La Estrella de Vandalia!*

Gracia volvió á bajar la cabeza con la misma austera gravedad con que la habia levantado, y siguió cosiendo, sin que desplegase sus labios ni palabras ni sonrisa.

— Tú eres, sí, tú eres, prosiguió Raimundo acercándose á ella, la que llorabas por las flores que jugando te destrocé. — *¡Qué hermosa te has puesto!* — Si hoy te murieras tú, las flores todas serian las que llorarían por tí.

Gracia no levantó la cabeza, ni contestó.

— Mírame, Gracia, dijo Raimundo, que recuerdo que Gracia te llamabas, aunque mala la tienes conmigo. Y qué, ¿me guardas aun rencor? ¿porqué no contestas?

Gracia estaba sobre ascuas. Toda la repulsa que habia inspirado á su dulce y delicada índole cuando niña aquel muchacho osado é insultante, surgia mas enérgica y angustiosa bajo la mirada audaz de aquel hombre. Las mujeres delicadas y castas tienen instintivas antipatías hácia ciertos hombres que las profanan solo con mirarlas. Las naturalezas elevadas se encogen en la cercanía de las naturalezas bajas, porque las presienten.

— Mucho me haces esperar tu respuesta, añadió Raimundo, viendo que Gracia no contestaba; ¿será para retenerme?

— No estoy acostumbrada á gastar conversaciones con

señoritos, respondió la acosada Gracia. — Así dispénseme Vd. que no le responda.

— Cuando se es tan hermosa como lo eres tu, replicó Raimundo, se tienen las llaves del sacristan: así no me ofendo, aunque lo que me das, se llama un tapaboca. Pero si no estudias para monja, compláceme en levantar la cara; que te prometo no hacerte mal de ojos.

Gracia ni contestó, ni levantó la cabeza.

— Mira que te pasas de esquivas, y llegas á huraña. Díme, ¿te ha dado Dios la hermosura para que te avergüences de ella? Vamos, alza la cara á fin de que yo la mire; no temas á mi vista; que no soy basilisco.

— Señor, me estais mortificando, repuso Gracia, fatigada por la insistencia de Raimundo.

En este momento se oyó la voz de Doña Amparo.

— ¡Que te mortifico! dijo exasperado y precipitadamente Raimundo. ¡Pues ahora empiezo! añadió con esa mezcla de crueldad que ponía en cuanto hacia y en cuanto decia.

Y así sucedió. Porque desde aquel dia Raimundo, primero con la tenaz voluntariedad del indómito, y despues con toda la pasion de un carácter enérgico y violento, siguió persiguiendo á Gracia, exaltándose su amor por los mismos insuperables obstáculos que hallaba en las graves y decididas repulsas de Gracia.

Aunque la pobre huérfana huia cuidadosamente las ocasiones de estar sola con su perseguidor, no siempre le era posible evitarlas.

— Gracia, la dijo este un dia, con que, decididamente... ¿me desprecias?

— Señor, contestó ella, lo que hago decididamente es ser honrada, y no dar margen ni oídos á palabras, que serian atrevidas en un hombre soltero, y que son criminales en un hombre casado.

— ¿Y porque soy casado, no me quieres?

— Aunque fueseis soltero no os querria.

— Pero, ¿porqué? ¿se puede saber? preguntó irritado Raimundo.

— ¡Válgame Dios, señor! ¡qué manera de apremiarme!

¿Nó tiene acaso su voluntad libre el pobre como el rico? ¿impónese la voluntad? ¡Dejadme... por Dios! ¡dejadme!

— No puedo, Gracia, no puedo. Quiero que me quieras, como yo á tí te quiero. Y cuenta que está por ver que lo que yo haya querido no lo haya logrado. Para Raimundo Trillo no hay imposibles.

— El mar es bravo, señor! y la humilde arena lo para, repuso con modesta firmeza Gracia.

— Serás mia, recalcó Raimundo.

— ¡Antes muerta! repuso Gracia.

— ¡Y no de otro, yo lo juro! añadió con violencia Raimundo.

Señor, respondió Gracia, cuya voz temblaba de indignacion. — Dios puso la impotencia del hombre como dique á sus desparros. — Pero yo no volveré á esta casa en la que se ofende y amenaza á una pobre honrada, no porque se la ama, sino porque se la desestima. En vista de que el lenguaje que gastais no es el del amor, sino el del desprecio.

Ves desprecio donde hay amor, porque no sabes sentirlo, repuso Raimundo. Gracia, correspóndeme, y te juro y afirmo de no amar á otra que á tí. La necia de mi mujer no puede estorbarte. Pero si así lo hiciese...

— Señor, quien en esta casa estorba soy yo, dijo Gracia levantándose; aquí soy yo la piedra del escándalo, y ántes que este se aumente y se divulgue, debo cortarlo de raíz.

Gracia dió por pretexto á las señoras para dejar de venir, el que los males de su abuela le impedían llevarla y traerla, y no volvió.

Como se podrá colegir por las muestras que hemos dado, no era por cierto Raimundo un *amante fino*, pues lo fino se va extinguiendo hasta en el amor, que por su esencia debía ser su último santuario; pero para la insolencia no hay santuarios. Dice un autor frances, Mr. Edmond About, hablando de su país, del que con tanta propiedad ha dicho Masegosa que sirve de modelo á todas las pasiones revolucionadas: — *El payo caballero es un tipo ridículo de otras épocas: en cambio tenemos en la nuestra el del caballero payo.* — En España tenemos ahora la ventaja de disfrutar de ambos tipos

á la vez. ¡Nuestra época no es estéril, no; es fecundísima en todo! ¡en obras, en pensamientos, y sobre todo..... en palabras!

CAPITULO XIV.

Amor loco; yo por vos, y vos por otro.

REFRAN.

Eran las doce de la noche. Todo estaba silencioso é inmóvil, cual si hubiesen dejado de existir á un tiempo el ruido y el movimiento. Miraba la luna á la tierra de lleno y tan tristemente, como miraria una suave y solitaria anacoreta un campo de batalla despues del combate.

Gracia estaba en su reja, aguardando con alguna inquietud á Alonso que tardaba; y aun cuando este llegó en breve, su inquietud no se disipó, sino mudó de causa, porque contra toda su costumbre, le halló triste y preocupado.

— ¿Qué tienes, Alonso? le preguntó con su suave voz.

— Nada; contestó el interrogado.

— Me engañas y me afliges, Alonso.

— ¿Porqué te aflijo?

— Porque me quitas una creencia; y cada creencia que se pierde, es una flor del corazon que se aja; repuso Gracia con su poético sentir, y su culto lenguaje, porque hay seres privilegiados que tienen la cultura en su pensar, intuitiva, y la tienen en la expresion por intuicion.

— ¿Y cuál es esa creencia que tenias, y que te quito yo? preguntó Alonso, que era todo lo bueno, lo noble y lo delicado que es dable, sin salir de su esfera sencilla y campesina.

— La que tenia de que entre tú y yo no era posible que cupiese engaño.

— Pues si quieres que te diga la pura verdad, repuso Alonso, hace dias, Gracia, que me da el corazon golpes que me sacan de tino. Y has de saber que decia mi abuela, que los golpes del corazon son avisos.

— ¿Y qué crees tú que puede avisarte? preguntó ella.

— Mira, Gracia; desde entónces se me ha clavado en el pensar, que valiendo tú mas que yo, yo no te merezco, y que no has de llegar á ser mujer mia.

— ¡Que yo valgo mas que tú! exclamó Gracia con expansion y sinceridad; ¿quién, quién, díme, vale mas que tú?

— Gracia, no se me oculta que mi persona es ruin.

— Alonso, los hombres no valen, ni se quieren por la talla. Ademas, la bendicion de mi padre te hace á mis ojos mas alto que hombre ninguno.

— Tú en cambio, Gracia, prosiguió Alonso, eres la muchacha mas bonita de Carmona.

— Calla, Alonso; deja las lisonjas á los que no tienen amor.

— No son lisonjas; es la pura verdad. Hoy lo decian todos en la tienda, y Antonio Perez, el oficial mayor, refirió que eso mismo dicen los señoritos, y que D. Raimundo Trillo (pillo, deberia decírsele) te habia puesto por nombre la *Estrella de* ¿qué sé yo qué estrella? la que está pintada en los blasones de la ciudad, en esos blasones que le dieron sus moradores remotos á este pueblo. Y otras cosas decian; pero por aprender esta de la estrella, las otras las dejé ir.

— Alonso, — dijo Gracia, disimulando la cruel mortificacion que le causaron las palabras que oia; — ¿quién hace caso de las burlas y vaciedades de los señoritos ociosos, que no teniendo en que pensar se divierten y pasan el tiempo con palabras vanas?

— ¿Quién hace caso? — exclamó el honrado Alonso, — ¡caramba! Yo, que no quisiera que los tales señoritos pusiesen los ojos, ni ménos tomasen en boca, ni para mal ni para bien, á la que ha de ser mi mujer. Y ménos que ninguno, ese señorito Raimundo, que es mas malo que cuantos Barrabases pagan sus culpas en gayola, y como ha estudiado, es un *ideista* del demonio.

— Alonso, ¿no sabes que es casado?

— Verdad es; pero tan buen marido es como fué buen hermano.

— No murmures, Alonso.

— No murmuro: digo la pura verdad. — No la hagas, y no la temas. — Quien oculta ó disculpa lo malo, no sirve á la caridad, sino al pecado; la pura verdad no la ataja Dios, porque no quiere; ni el diablo, porque no puede. El que hizo lo de Cain, podrá hacer lo de David. Yo no quiero que vuelvas allá á coser. ¡Ojalá... y que nunca hubieses ido!

— Há dias que no voy, y que me traigo á casa la costura.

— ¿A qué ha sido porque te requebró ese mal nacido?

— Fué porque abuela se puso mala, y no podia llevarme y traerme.

— ¡Bien hecho, Gracia! Y no salgas mas de tu casa; que estarse en su casa es honestidad. Y bien sabes que siempre se ha dicho:

En el cielo no hay faroles,
Que todas son estrellitas.
¡Qué bien parece, señores,
La honestidá en las mocitas,
Y la razon en los hombres!

— Pues, ya ves, Alonso, repuso Gracia, que si enseña la copla la honestidad á las mocitas, enseña tambien la razon á los hombres. Y es carecer de ella, dejarte perturbar por habladurías de casquivanos.

— Pero, hay mas, Gracia. Para meterme una devanadera en los cascós, y un gusano en el corazón..... no me parece que estás contenta ni satisfecha. Muchas veces te veo llorar.

— ¡Siempre que hablamos de mi padre!

— ¡Nunca te veo reir!

— Verdad es que me río poco. Alonso, tenemos dos ojos para llorar, y solo una boca para reir. Así como no tenemos sino un corazón solo para amar, en el que no cabe sino un solo amor.

— ¿Me quieres de veras? preguntó Alonso conmovido.

— Todo lo que hago es de veras. Si no fuera por lo que te quiero, Alonso, entraria en un convento, que es donde en la tierra se está mas cerca del cielo.

— ¿De verdad? exclamó Alonso. Y si yo me muriese, ¿te entrarías monja?

— Tan cierto como lo es el que tú eres el solo hombre que he querido, y el solo que querré!

— Gracia, dijo Alonso con todo su corazon, bien sé que dicen que yo no te merezco! Pero tan fijo como hay Dios, que ménos te merecen ellos. Gracia, casémonos pronto, porque me parece que mientras estés moza, has de andar en boca de esos guarda-cantones de las esquinas.

— Si aun no están las cosas prevenidas, Alonso.

— ¿Qué le hace? ¿Qué cosas hay que prevenir para que entre yo con mi jornal en esta casa de huérfanos y desvalidos, y que se sepa que ya no lo sois? Habla con tu madre Juana, y verás cómo dice lo propio que yo; y mañana mismo empiezo á sacar los papeles y á menear la cosa.

Así sucedió, y el domingo siguiente, se corrió la primera amonestacion.

Raimundo lo supo, y nunca pudieron la combinacion de tan varias y violentas pasiones crear una ira desesperada como la que se apoderó de él. Mas en vano buscó la ocasion de desahogarla; en vano quiso hallar el medio de impedir esa boda que le desatinaba, y que se juraba á sí mismo, como lo habia hecho á Gracia, que no se verificaria. Alonso seguia modesto en su perpetuo trabajo, Gracia encerrada en su puro y austero hogar; inútilmente rondó aquel casto nido de humildes palomas. A nadie vió, de nadie pudo dejarse oír.

Así pasó la semana.

El domingo siguiente, que debía leerse la segunda amonestacion, Raimundo se levantó ántes del alba, se envolvió en su capa, y se puso en acecho en la esquina de la calle donde vivia Gracia.

Lo que habia previsto, sucedió. A poco, salieron de su casa Gracia y sus hermanas para oír la primera misa. Por desgracia aquel dia la pobre anciana estaba indispuesta y no acompañaba á sus nietas. Raimundo les salió al encuentro; Gracia retrocedió sobrecogida.

— Una palabra, Gracia, dijo Raimundo con voz sosegada; una palabra, Gracia. Es para un encargo de mi mujer.

Las dos hermanas menores, sin malicia, é ignorantes de

lo que oculto habia quedado entre Raimundo y Gracia, siguieron adelante.

— ¿Te casas? dijo este cuando estuvo á su lado, en quedas, pero profundas y recalcadas palabras.

Gracia contestó con un sí sereno, modesto, pero decidido.

— ¡No te casarás! repuso temblando de ira Raimundo.

— ¿Porqué?

— ¡Porque yo lo impediré!

— Dios solo puede impedirlo, contestó indignado, pero siempre serena, Gracia.

— ¡Y yo, te digo!

— ¿Quién os da ese derecho, y cómo hallaréis los medios?

— El derecho me lo tomo; el medio será cerrar con tiempo y para siempre los labios, al que se atreviese á decir sí á la pregunta de si te recibe por esposa.

Gracia retrocedió aterrada, y nunca efigie alguna representó cual ella, á la Virgen de las Angustias.

Es cierto que el semblante de Raimundo asustaba!

La ira, que no se advertia ni en su voz, pues hablaba quedo, ni en sus ademanes, pues estaba inmóvil, se notaba en sus ojos, que ardian cercados de negras ojeras, y en su semblante, que parecia solemnizar esa palidez de cadáver, que á veces usurpan á la muerte el furor y el espanto en sus paroxismos.

— ¡Amenazas!... exclamó con desfallecida voz Gracia.

— Que cumpliré, aunque pierda mi alma. ¡Tú unida á otro! no sucederá en mis dias. Desprecias mi amor y te crees por eso libre de mí?... Pues entiende que no lo estás.

— Señor, por Dios, ¿porqué no soy yo libre?

— ¡Porque no se puede inspirar pasion tal como la que por tí siento, y desoir!a!

Las hermanas de Gracia, viendo que esta se detenia, retrocedieron y se incorporaron con ella en este instante, y Raimundo se alejó.

El efecto que esta escena causó á Gracia fué terrible; pero en toda la semana que siguió, se fué borrando su impresion. Considerada la amenaza de Raimundo á la serena luz de su razon, le parecieron bravatas efervescentes y vanas

de enamorado, dichas solo por ver si la retenia de casarse, pero que no podian ser premeditadas, ni ménos cumplidas. Y acabó por culparse á sí misma de crédula y pusilánime, y de que acaso daba ella mas importancia á estas amenazas de la que les diera el mismo que las pronunció.

Al siguiente domingo fué Gracia á misa con su abuela, y á hora en que estaban las calles concurridas; y en este dia se corrió la tercera amonestacion.

Debiendo pasar las veinte y cuatro horas prefijadas para mediar entre estas y el casamiento, se dispuso su celebracion para el lunes por la noche. En la del domingo acudió, como siempre, Alonso á la reja.

— ¡Qué despacio viene el dia de la boda! le dijo á Gracia; sobre que parece el tiempo en su andar, una babosa.

— No arrees el tiempo, Alonso, contestó ella; ¡quién puede saber lo que trae consigo!

— Trae la boda nuestra. Pero tú estás tan parada, que parece no la deseas.

— ¡Temo desear, Alonso!.... que los deseos á veces espantan las cosas que quieren venir con sosiegos y sin repiques.

— Ello es que tú no estás alegre, Gracia.

— ¡No, pero estoy contenta!.... que es mejor.

— ¿Y porqué?

— Porque la alegría tiene alas, y el contento tiene asiento.

— ¡Tú tienes mucho sentido, Gracia! Pero yo, aunque con peores explicaderas que tú, te diré que el contento cuando es mucho... se vuelve alegría!

Fuése Alonso, y Gracia se recogió á su alcoba. Halló aun á su abuela levantada y ocupada en algunos preparativos de la boda.

— Hija, acuéstate, le dijo la anciana, que tienes que levantarte temprano, para ir á confesar y pedir á Dios que sigas cumpliendo las obligaciones de tu nuevo estado, tan bien como has cumplido las anteriores.

— Dios me quita el mérito en cumplirlas, haciéndomelas tan dulces, madre Juana, contestó Gracia.

En este momento sonó un tiro.

Gracia y su abuela se arrojaron á la sala y á la ventana, que abrieron: la calle estaba desierta y silenciosa.

— ¿Le parece á Vd. una gracia el descargar una escopeta á esta hora? dijo cerrando su postigo la vecina de enfrente, que se habia asomado tambien á su ventana.

— Cosas de chavales ¹⁾, respondió la anciana. Gracia, hija mia, vámonos á acostar.

Gracia la siguió y se acostó; pero sin que se sosegasen los violentos latidos que en su corazon produjo la explosion siempre siniestra de un arma de fuego.

Un pensamiento que graduó de insensato, habia atravesado su mente, rápido, fulgurante, aterrador como un relámpago! Y no pudo conciliar el sueño, á pesar que repetidas veces oró:

¡Oh Jesus, mi dulce dueño
Y redentor de mi alma!
¡Dadle á mis ojos el sueño,
Y á mi corazon la calma!

A la mañana siguiente, de madrugada, se levantó la anciana para traer de la plaza los comestibles que habian de preparar para la cena de la boda. A alguna distancia de su casa, y en una encrucijada, vió, á pesar de lo temprano de la hora, gentes arremolinadas. Apénas se acercaba, cuando destacándose del grupo una mujer, se vino á ella, y le dijo con la brusca franqueza del pueblo:

— Tia Juana, ahí está un muerto; ese le mató el tiro que anoche sonó. Le ha atravesado la cabeza de sien á sien; debió caer sin decir Jesus; pues nadie de los vecinos ha oído otra cosa mas que el tiro... ¡Y es el novio de su nieta de Vd., Alonso! ¡qué dolor de mozo!

Al recibir, cual otro tiro, esta nueva, la pobre anciana quedó trastornada; se sintió desfallecer, y hubo que llevársela entre dos á su casa.

Al verla entrar, Gracia lanzó un grito agudo.

— ¡Alonso es muerto! exclamó; el tiro de anoche le mató!

1) Mozalvetes.

(N. del E.)

— Pero, criatura, preguntó una de las vecinas que sostenían á la anciana, ¿quién te lo ha dicho?

— ¡El corazon... que no miente!

— ¿Y quién que fuese aquel tiro?

— El corazon... que no engaña! — respondió la noble criatura, que aun en medio de su desesperacion, retuvo con generosa prudencia lo que hubiese podido comprometer al infame que sabía ser el alevoso asesino del compañero que tanto amaba.

La noche ántes habia entrado Raimundo tarde en su casa; venia embozado hasta las cejas, y no se desembozó sino despues de entrar en su cuarto, que cerró con llave. Entónces arrimó á la pared una hermosa escopeta de dos tiros, con la que solia ir á cazar. — Uno bastó! murmuró, tengo la mano certera: pero si un tiro hubiese marrado, otro quedaba en la escopeta... y firme la voluntad!!

Raimundo apagó su luz, y se echó sobre su lecho. — Un rayo de luna que descendia de una ventana alta, cayó de lleno sobre la escopeta, aun negra del tiro. Un pensamiento pareció ocurrírsele á Raimundo, pues de repente se levantó, cogió la escopeta, salió de su cuarto, subió con precaucion al granero; en seguida trayendo una escalera de mano, la sacó al tejado, la arrimó á la torre de que hemos hecho mencion, cuya escalera de material se habia desmoronado, la apoyó en la pared, tomó la escopeta, subió y la tiró en aquel abandonado mirador. Al oir el golpe que dió al caer, una multitud de pájaros nocturnos y de mal agüero levantaron el vuelo graznando lúgubrementel

CAPITULO XV.

No siempre es poderosa
Carrera, la maldad, ni siempre atina;
Al fin la frente inclina;
Que quien se opone al cielo,
Cuando mas alto sube, viene al suelo.

FRAY LUIS DE LEON.

Gracias á Dios, segura ya camino
De este valle de lágrimas, mi suelo,
A mi alto fin, al cielo cristalino.

PEDRO DE SALAS.

Hay personas cuyas conciencias están oprimidas por graves pesos, y hasta por losas sepulcrales; ¡y se las ve llevar un semblante sereno, hablar y aun reír! ¿Es acaso que se ha borrado de su memoria su culpa? No. Es que son pocas las naturalezas vigorosas, que bueno ó malo pueden sostener un mismo temple y conservar una misma impresion. Algunas hay ó ha habido: es verdad.

Pero los conventos de los Rancés y Franciscos de Borja, las casas de locas y el suicidio, han sido el amparo de las naturalezas elevadas, de las medianas y de las descreídas que no han podido hallar la calma de la debilidad, que es el indolente descuido, el que encubre, aunque no borra, lo que el remordimiento ó el pesar estamparon en el corazón con lágrimas ó con sangre. Obsérvese al que abriga la convicción de su maldad, aunque sea esta oculta. Por distraído que se halle, dedicado á intereses generales, si por casualidad viene á tocar una palabra, una alusión, una referencia aquel recuerdo desatendido, aquella cuerda aflojada, se verá la instantánea sombra que oscurece su semblante, se oirá decaer su voz, poco ántes recia y decidida, y su mirada huir de la de los demás, temiendo que por ella se trasparente el oculto pensamiento que en su mente ha surgido.

Oirásele á veces retar á la conciencia con el cinismo del árido despecho. La conciencia, cual un reloj que obedece solo á su propio impulso, no contesta á su reto; pero sigue su uniforme y constante golpeteo para sonar á su hora seña-

lada. Pídale el pecador á Dios que esta hora le halle con vida y con voz para clamar: *¡Misericordia!!*

Uno de estos retos que daba Raimundo á su conciencia, era este. El deshacerse de su enemigo es un derecho natural; la sociedad se le otorga, y le hace ley; las naciones le adoptan, le llaman gloria en sus guerras; el individuo le consagra en sus desafíos, y le llama honra. Solo la religion dice «no matarás;» como dice otras muchas cosas muy buenas y santas, pero poco practicadas.

¡Y no obstante!... quien hubiese visto á Raimundo algunos años despues de la catástrofe que hemos referido, y cuya causa y autor habian quedado ocultos, no le hubiese conocido! Su manera petulante habia desaparecido; su vida bulliciosa y aventurera habia cambiado. Aislado, taciturno, brusco, irritable, hostil á toda cosa y á toda persona, en particular á su mujer á quien odiaba, habia llegado á ser un ente tan mal visto como temido.

Es cierto que Raimundo era muy desgraciado; y que esto le agriaba. Pues solo las personas que no han hecho mal á nadie, y sí todo el bien que han podido, tienen el excelente privilegio de no agriarse en la desgracia. Lo que verdaderamente agría los caracteres, son los remordimientos; esa conviccion interna de la culpa y de la maldad, que se desfogan en hostilidad, en descontento de otros y de nosotros mismos, como lo hemos hecho observar en otra ocasion.

Raimundo hacia ostentacion de desden y de indiferencia. Su madre habia muerto, sin que una señal de cariño y de dolor por parte de su hijo hubiese dulcificado sus últimos momentos, y sin que este hubiese vertido una lágrima sobre su sepultura. Habia dejado salir de su casa al anciano pariente, al amigo de su madre, al respetable religioso, que con tanta paciencia y bondad habia sido su maestro, cuando obtuvo el curato de una miserable aldea, sin procurar retenerle, sin sentir su ida, sin echarle de ménos. Hacia alarde de dicha indiferencia y desden hácia su mujer, como si le fuese en todo inferior; como si quisiese abrumarla con la cadena que á él mismo tanto le pesaba. ¡A este estado de acerba desgracia le habian traído sus pasiones desenfrenadas,

esas calenturas de la humanidad, con frenesí y delirio, que la destruyen!

La sola flor que perfumaba aun el devastado y seco corazón de aquel hombre, era el apasionado amor que tenía á su hijo. Aquel niño era la única sonrisa de su triste y austera vida, la única esperanza de su árido y negro porvenir, la única estrella que lucía en el cielo de su amor, en el que habia brillado la *Estrella de Vandalia* desaparecida á su vista para siempre, absorbida en el gran sol de vida, la religión, en que habia entrado.

Gracia habia logrado entrar en el convento, ese asilo de la inocencia y de la desgracia, ese amparo de débiles, esa grey de desvalidas que se agrupan humildes alrededor del altar, para pedir á Dios proteccion, y á los hombres únicamente olvido! ¡Y este rebaño de inofensivas reclusas se ven atacadas y perseguidas en su institucion! ¿Puede esto creerse? Anticatólicos, ¿acaso os pesa no haber contribuido ó contribuir á que estas santas vírgenes aumenten la horrorosa falange de prostitutas que de otras habeis formado? ¹⁾

Pero Dios vela sobre ellas, y ha puesto como guarda, á las puertas de esos santos asilos de inocentes desvalidas, la opinion pública, tan compacta é imponente, que os hace retroceder, y bajar los ojos.

En este refugio respetado habia huido Gracia de la infame pasion adúltera, que habia perseguido y amargado su existencia; en esta clausura, — inviolable mientras haya quien sostenga aunque solo sea la equidad profana, — habia ido la infeliz, víctima del despotismo de un amor odioso y criminal, á llorar su soledad y desgracia; allí, que era donde podia permanecer pura y virtuosa, sin persecuciones osadas y criminales.

Raimundo, pues, vió su atentado sin mas resultado que

1) Apenas podrán creer nuestros lectores que durante la guerra civil hemos oido con horror expresar este bárbaro, inhumano y cobarde deseo á un jefe político de cierta provincia importante.

¡Oh qué hombres! Y sobre todo ¡qué autoridades! ¡Y cuán buena y solidamente cimentada es la sociedad que resiste á tales Mentores! (N. del E.)

de satisfacer sus celos. Mas esto solo le hubiese bastado para cometerlo.

Trinidad era infeliz, y cada dia se empeoraba y se agriaba as su carácter con la intolerable existencia que le hacia sufrir su despótico y acerbo marido. Contaminada por la constante hostilidad y contrariedad que hallaba en él, mientras mas crecian los extremos que este demostraba á su hijo, mas disminuian los de ella; porque las personas contrapuestas acaban por someterlo todo al espíritu de oposicion. Esto, ¡quién no lo ha notado con dolor!

Como ya no se divertia Raimundo con sus amigos, como su interior doméstico le era insoportable, como en fin, todo le era odioso, pasaba largas temporadas en el campo, dedicándose á las tareas agrícolas, buscando en esta actividad material alguna diversion á la interna.

En estas excursiones llevaba siempre á su hijo, que crecia alegre, robusto y hermoso, y tan travieso y sobre sí, — merced á lo que él le consentia, — que su madre, no pudiendo sujetarle, siempre veia partir con gusto tanto al hijo como al padre.

Un dia que habia ido Raimundo al campo sin su hijo, regresó luego por el ansia de verlo. Apenas se apeó del caballo, cuando preguntó por el niño; pero no pudiendo satisfacer los criados á su pregunta, entró en el cuarto de su madre á preguntar por él.

— ¿Qué sé yo? contestó Trinidad á su pregunta; ¿acaso le puedo yo sujetar? Estará en el corral con la cabra, ó en el jardin buscando nidos de pájaros.

— ¿Es ese, exclamó su marido, el cuidado que tienes con tu hijo? No solo eres cuerpo sin alma; pero cuerpo sin corazon.

— ¡Mire quién habla de corazon! repuso exasperada Trinidad; ¡el hijo, el hermano y el marido modelo!

— ¡Soy buen padre... y basta!

— No basta, no basta, repuso su mujer.

— No quiero sino á mi hijo, prosiguió Raimundo; porque él solo se lo merece.

— Pues permita Dios, exclamó desesperada Trinidad, que

ese amor te cueste todas las lágrimas que tú has hecho deramar á los que te han querido.

En este momento sonó un tiro.

Raimundo se estremeció hondamente.

— ¿Qué es esto? preguntó, saliendo al patio, á los criados que allí se habian reunido, alarmados por la explosion; ¿quién en mi casa ha disparado ese tiro?

— El tiro ha sonado hácia la torre, dijo el capataz.

Raimundo levantó la cabeza; una lívida palidez se extendió sobre su rostro! Habia visto en el tejado, arrimada á la torre, una escalera de mano, tal cual en la noche de funesta recordacion la habia puesto él, para ocultar allí á sí mismo y á los demas el instrumento de su crimen! La escopeta tenia dos tiros; uno habia bastado á su intento; otro quedaba en el cañon..... el niño buscaba nidos de pájaros, y estos abundaban en la torre..... ¡todos estos pensamientos unidos pasaron á la vez como roja exhalacion por su estremecida mente!

— ¡Mi hijo! gritó precipitándose cual el huracan hácia la escalera, subiendo al tejado, y trepando por la escalera de mano.

En el suelo del mirador yacia el cadáver de un niño en un mar de sangre, y á su lado se veia la escopeta de su padre..... negra como la culpa, inflexible como la justicia, certera como la expiacion.

EPILOGO.

Poco sobrevivió Raimundo á su hijo.

Si en el tiempo que aun vivió, sufrió su dolor, agrio y seco como castigo infructuoso, *infligido* por el *destino*, á estilo pagano, ó si lo llevó mansa y resignadamente como expiacion, segun el espíritu y la fe cristiana, Dios, su confesor y él lo sabrán.

Pero piadosamente pensando, como dice nuestra hermosa
se familiar, *conjeturamos* que Dios no pronunció su ter-
ble fallo de justicia distributiva, sin darle su doble mision
castigar lo pasado y mejorar lo venidero para el contrito
miso. Y son pocos los cristianos que en los momentos su-
remos de temor, de desamparo y de dolor, no levantan su
razon á Dios, implorando del cielo el socorro, el amparo
el consuelo que no pueden hallar en la tierra!

La noticia de la fúnebre catástrofe penetró las paredes del
evento en que estaba Gracia.

Ella fué la sola que vió patente el dedo de Dios en el
ágico suceso; y con renovado fervor oró por vivos y muer-
s; por amigos y enemigos; por el descanso de los buenos
la conversion de los malos, repitiendo cada dia con mas
alce conviccion:

¡ Dichosa el alma que en sagrado anhelo
Desprecia los engaños de esta vida,
Por solo una verdad... que es la del cielo!

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

~~DUE OCT '61 H~~

~~DUE APR '65 H~~

~~3955A~~

DUE OCT '66 H

921.360

NOV 11 '68 H

2142509

584 5848
FEB 26 1973 H

CANCELLED
FEB 26 1976 H
51 726 1072
883